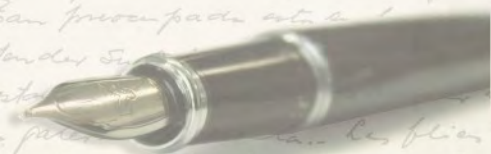


Carlos Bernardo González Pecotche
RAUMSOL

...entregado ya a la imprenta
...novela! ¡Tan pronto he avanzado
...ante todos, hubo en mi espíritu
...deprimido! ¡Una de esas veces que
...serían publicadas! - Mantente
...en ella. Me fíjame en el trabajo de
...Luis y el amor con que trabaja.
...han preocupado esto...
...donde...
...para... las flores
...todas las cosas, manda te a
...dida, viajar a Brasil para...



EL SEÑOR DE SÁNDARA

EDICIÓN
50
ANIVERSARIO

EDITORIAL
LOGOSÓFICA

LIBROS PARA UNA NUEVA CULTURA

Novela psicodinámica que al par que deleita, instruye sobre los secretos más hondos de los comportamientos humanos en relación directa con los más variados estados de conciencia. Describe en sus exactas dimensiones diversos trances de la vida y proyecta sobre el futuro del hombre la visión de un destino digno de una avanzada civilización.

ISBN 978-987-24055-7-1



9 789872 405571

www.logosofia.org



Esta obra tiene por finalidad iniciar al lector en los conocimientos más prominentes del mundo temperamental y psicológico en que se debate la criatura humana y guiarle por los luminosos caminos de la creación consciente, donde ésta halla la felicidad. Concorre también al propósito de esta obra romper la monotonía del lenguaje que caracteriza al pensamiento contemporáneo, con sus crudezas realistas, que tanto han hecho descender el nivel moral de la sociedad.

EL SEÑOR DE SÁNDARA es una novela de género nuevo, psicodinámica, que al par que exalta lo bello y fecundo del pensar y sentir del hombre y la mujer, aparta todo lo que les pervierte y desnaturaliza.

Es un toque de atención frente al desborde de obscenidad de que tanto hacen gala los novelistas modernos al poner de relieve los casos más denigrantes de las pasiones humanas.

Por el conocimiento que anima sus páginas, EL SEÑOR DE SÁNDARA es una novela edificante, que abre al lector un nuevo campo de posibilidades. Reconforta e instruye espiritualmente, porque de cada episodio, de cada giro de su trama emerge una enseñanza aleccionadora, un conocimiento de trascendencia para la vida o un acierto digno de ser tenido en cuenta en la propia conducta.

Todo en esta novela se mueve al conjuro de un pensamiento central, cuyo objeto es descubrir al entendimiento que la lee atentamente, arcanos ignorados de la naturaleza humana en su doble fondo, físico y espiritual. El lector podrá apreciar en ella la diferencia exacta entre dos mundos, que son también dos formas de vivir y dos culturas. Sus personajes, concebidos con naturalidad, permiten al lector captar nítidamente el proceso de reversión que sigue una pareja humana, hasta culminar en el reencuentro consciente con sus propios espíritus.

no, en todo y a la impetuosa
la novela! O sea, lo he avanzado
sobre treinta libros en un espacio
de un año!; lo que he hecho es
publicar!; lo que he hecho es
en ella. Aquella también he
leído y ahora voy a trabajar
para ponerla en el mundo.
Y ahora voy a trabajar para
que todos los libros sean de
la misma manera, a través de



Buenos Aires • Argentina
4ta. Edición

González Pecotche, Carlos Bernardo
El Señor de Sándara. - 4a ed. - Buenos Aires:
Fund. Logosófica, 2009.
512 p.; 22,5x15,5 cm.

ISBN 978-987-24055-7-1

I. Logosofía. I. Título
CDD 128

Queda hecho el depósito de ley 11.723
y reservados los derechos de autor.
©2009 Editorial Logosófica

ISBN 978-987-24055-7-1
Impreso en Argentina

EDITORIAL
LOGOSÓFICA

LIBROS PARA UNA NUEVA CULTURA

de la Fundación Logosófica de Argentina
Av. Coronel Díaz 1774 - 5° Piso
(C1425DQP) Ciudad de Buenos Aires • Argentina
Tel./Fax: (54 11) 4824-4383 / 4822-1238 int. 112
info@editoriallogosofica.com.ar

www.editoriallogosofica.com.ar

Este libro se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 2009
En Verlap SA - Comandante Spurr 653 - Avellaneda - Buenos Aires - Argentina

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo de la Editorial.

EL SEÑOR DE SÁNDARA



EDICIÓN
50
ANIVERSARIO

EDITORIAL
LOGOSÓFICA

LIBROS PARA UNA NUEVA CULTURA

ÚLTIMAS PUBLICACIONES DEL AUTOR

- Intermedio Logosófico (1° Ed. 1950) (1)
- Introducción al Conocimiento Logosófico (1° Ed. 1951) (1) (2)
- Diálogos (1° Ed. 1952) (1)
- Exégesis Logosófica (1° Ed. 1956) (1) (2) (3)
- El Mecanismo de la Vida Consciente (1° Ed. 1956) (1) (2) (3) (4)
- La Herencia de Sí Mismo (1° Ed. 1957) (1) (2) (3)
- Logosofía. Ciencia y Método (1° Ed. 1957) (1) (2) (3)
- El Señor de Sándara (1° Ed. 1959) (1)
- Deficiencias y Propensiones del Ser Humano (1° Ed. 1962) (1) (2) (3)
- Curso de Iniciación Logosófica (1° Ed. 1963) (1) (2) (3) (4)
- Bases para tu Conducta (1° Ed. 1965 Obra Póstuma) (1) (2) (3) (4) (5) (6)
- El Espíritu (1° Ed. 1968 Obra Póstuma) (1) (2) (3) (7)

(1) En Portugués

(2) En Inglés

(3) En Francés

(4) En Italiano

(5) En Catalán

(6) En Esperanto

(7) En Hebreo

EXORDIO

Unas palabras a modo de exordio facilitarán la lectura reflexiva de esta novela y permitirán advertir, además del extraordinario y preponderante papel que juegan los pensamientos en los diversos aconteceres de la vida, las excelencias del sentir humano que, al plasmarse en vivencias reales, neutraliza las reacciones injustas o inoportunas de la personalidad.

Es ésta una novela psicodinámica. La hemos denominado así porque obedece a una concepción que mueve con desacostumbrado vigor los pensamientos y hechos que configuran la conducta humana en múltiples aspectos. Su acción es tenaz y consecuente en la idea de forjar la imagen de lo que el hombre puede ser y hacer iluminado por el conocimiento.

Desde el principio hasta el fin corre firme en sus páginas el propósito de llevar a lector, a través de las innumerables y variadas transiciones que experimentan los protagonistas en sus cambiantes mentales y psicológicas, a la seguridad de que El señor de Sándara podrá constituirse en su más fiel consejero. Consúltelo en todo momento y le responderá, tras cada lectura, con enseñanzas nuevas, pues la fuerza de su expresión va más allá de sus palabras.

Sea esta novela propicia a los que ansían alcanzar un despertar lúcido y consciente en este mundo tan oscurecido por la falacia humana.

EL SEÑOR DE SÁNDARA

Una vez más despuntaba el verano en la paleozoica serranía de Tandil.

Don Tulio Larrecochea poseía allí un modernísimo establecimiento rural que ofrecía en la buena estación un aspecto encantador. Convertido en habitual punto de solaz, reuníanse en él estimables núcleos de personas vinculadas a sus dueños por lazos de parentesco o de amistad. Sólo por excepción privábase uno que otro de tan alegres y reparadoras vacaciones.

La imponente casona estilo vasco, plantada sobre hermoso parque, cobijaba con holgura a las visitas, ansiosas de sano esparcimiento.

Doña Fermina, esposa de Tulio, se había entregado casi por entero a la vida social. Afecta a la ostentación de su fortuna, sus cincuenta y cinco años no habían logrado atemperar aún los bríos de su pasada juventud. De figura regordeta y busto henchido, su porte arrogante y su modalidad resuelta dejaban entrever un carácter enérgico y autoritario. Dominaba con aplomo la ciencia doméstica, bastándole una mirada para que la servidumbre la entendiera. En ese sentido su técnica era de una eficacia tal que los criados, extremando sus obligaciones, cumplían a maravilla sus cometidos y colmaban de atenciones a los huéspedes.

De los tres hijos de aquel matrimonio, Nora, la menor, llenaba, por decirlo así, el corazón ambicioso de la

madre, pues Florencio y Cecilia, casados ya, pertenecían de hecho a otra época. Esbelta, de ojos glaucos y nariz graciosamente respingada, índice de orgullo, arbolaba la casi adolescente figura de la niña una copiosa cabellera de subido tono azafrán. Antojadiza y consentida, cualquier psicólogo medianamente experto hubiera predicho sin titubeos la tenaz influencia que ejercería sobre su vida ese binomio tan fuertemente adherido a su temperamento.

Las predilecciones de los huéspedes repartíanse entre la equitación y el tenis. Había, empero, los que preferían el *footing* o hacían sus apartes para comentar en amable charla las fases de algún proceso político o las perspectivas de negocios importantes, sin faltar, desde luego, las hablillas de carácter social o las alusiones picarescas y atrevidas en torno a algún lance amoroso de reciente data.

Satisfecho el afán del paseo o abandonada la raqueta, todos, pequeños y grandes, acudían invariablemente a la pileta, donde cumplían sus jornadas de natación con magnífico despliegue de habilidades por parte de algunos, que saltaban desde el trampolín en divertidas piruetas. El resto del día, partidas de *bridge* y póquer entretenían particularmente a los más entrados en años, mientras los jóvenes optaban por la música y el baile, trasladando a tan favorecido marco campero las elegancias y el refinamiento de la vida urbana.

Un enjambre de gente menuda pasaba buena parte del día corriendo como ardillas, curioseándolo todo, jugando o planeando excursiones que al punto ponía en ejecución, ya en conjunto, ya en pequeños grupos que se desplazaban a distintas direcciones para encontrarse al cabo en determinado lugar. Los varones solían cazar pájaros o hurtar huevecillos de los nidos, que coleccio-

naban «para uso escolar», según decían al justificar la diablura.

Era familiar en el ambiente la figura de don Roque Arribillaga, primo hermano de Fermina. Hombre de trato amable, y honesto a carta cabal, tenía allí en alta estima. Dueño de una estancia en Balcarce, poseía también una casa importadora de máquinas agrícolas en la Capital Federal. La intensa actividad que desplegaba en los negocios había resentido visiblemente su salud, quebrantada ya por los achaques de una vieja lesión cardíaca.

Viudo desde poco más de un lustro, de su matrimonio le quedaba un hijo, Claudio, que contaba a la sazón doce años.

Claudio era particularmente simpático. Magro de carnes a causa de su acelerado crecimiento, su silueta estirada sobresalía entre los demás niños. Animábanle el rostro, infantil todavía, dos grandes ojos oscuros y expresivos, de extraordinario brillo. Un mechón lacio, lustroso y renegrido, obstinadamente vuelto hacia la frente, daba buena cuenta de sus expansiones al aire libre. Tenía la cara ligeramente alargada, la tez morena y suave, y una sonrisa afable propensa a asomársele a los labios. Sin la inquietud y la audacia de otros muchachuelos de su edad, Claudio era, sin embargo, andariego y activo, y disfrutaba con avidez de la vida al aire libre, sacando verdadero provecho de sus vacaciones.

Acostumbrado en cierto modo a una vida retraída, ya que de ordinario no contaba con más compañía que la de su padre y de Patricio, el mayordomo de su casa, Claudio no hubiera cambiado por nada del mundo los veraneos en la estancia de su tía Fermina, a quien llamaba así no justamente en rigor de un vínculo de sangre, sino por espontánea disposición de su padre y de la misma Fermina que, criados desde la niñez sin mayor discriminación de

parentesco, habían crecido y mantenido siempre un trato de hermanos. La circunstancia de sentirse allí como en su casa aumentaba sin duda su predilección por el lugar, que cobraba a la distancia, en su imaginación de niño, las formas de un paraíso maravillosamente alegre y animado. De ahí que jamás titubeara cuando se le sometía a su elección el sitio para sus recreos estivales.

Compartía habitualmente con Nora, a quien por iguales razones solía llamar «prima», juegos y paseos, a los que se sumaban de común otros niños de la estancia. Más por su temperamento que por el mero hecho de aventajarlo algo en edad, ésta ejercía sobre Claudio acentuado dominio. Sacando sin duda provecho de la predisposición de su primo a la amabilidad y a la condescendencia, hacía ensayos con la suya, autoritaria y despótica.

Corrían cálidos y hermosos los días de aquel veraneo en la estancia de don Tulio, ofreciendo a todos sanos placeres y distracciones.

Cierta mañana el sol despuntó echando chispas. Irritado acaso por su interminable vigilia, sacó a la gente del lecho como por arte de magia, no quedando a ésta más consuelo que soportar su mal humor desde temprano.

Claudio y Nora, sintiendo al parecer como ninguno el anuncio de aquella jornada calurosa, se encontraron en el amplio comedor, silencioso todavía, y festejaron el inesperado madrugón con un abundante desayuno. Luego, despejados y alegres, decidieron salir a caminar, tomando con ese propósito el camino del arroyo. Como siempre, los acompañaba *Sultán*, hermoso ovejero, incansable seguidor de los niños en sus bulliciosas aventuras.

Con andar inquieto arribaron a un bosque de paraísos y acacias que se extendía por detrás de los grandes

galpones destinados a las máquinas de labranza. Desde allí, la espesa arboleda descendía rápida, siguiendo en brusco declive hasta un arroyo, cuyas aguas rodaban frescas y alegres a su sombra.

Los niños bajaron a saltos la cuesta, deteniéndose al borde del agua, donde comenzaron a juntar piedrecitas de colores. Mas no duró mucho aquel acuerdo, pues Nora, aburriéndose al punto, echó a volar las que había amontonado en su falda y se dispuso a abrumar a Claudio con su ostentosa charla. A horcajadas sobre una piedra, y dando a un tiempo repetidos golpecitos sobre el agua con una rama, le habló por centésima vez del viaje a Europa que muy pronto haría con sus padres. Era ya una señorita, según decía, y le tocaba realizar la *tourné* que años atrás había hecho su hermana Cecilia.

Criada entre mayores y con excesiva tolerancia, Nora mostraba cierto aire de suficiencia que apocaba la postura de su primo, sencilla e ingenua todavía. Los humos dorados del consentimiento habían propiciado en ella, no cabía duda, su tendencia a imponerse.

Absorto en la recolección de ripios, Claudio la escuchaba sin mayor atención. Súbitamente se detuvo y con desacostumbrado acento varonil, dijo a su prima:

—Oye, Nora... ¿Sabes una cosa? Cuando sea grande recorreré los mundos.

Sorprendida y ahogada por la risa, Nora replicó:

—¿Los mundos dices? ¿Qué mundos?

—¿De qué te ríes?, ¡tonta! ¿No sabes que hay un Viejo Mundo... y un Nuevo Mundo... y un mundo microscópico... y el mundo...

—¡Y el otro mundo! —remató la niña cortándole la palabra. Y festejando con sonora risa su propia ocurrencia, le advirtió—: Ándate con cuidado, porque también se te podría ocurrir viajar allá y entonces no sé si volverías.

Amoscado Claudio por el tono burlón de su prima, arrojó al agua su puñado de guijas y se irguió volviéndole la espalda. No quería seguir la discusión con ella.

Buscando al instante nuevo pasatiempo comenzó a saltar, pasando de una a otra, sobre las piedras que yacían semihundidas en el lecho del arroyo, hasta alcanzar la orilla opuesta, con riesgo de un chapuzón por las infaltables algas a ellas adheridas. Desde allí volvió a repetir la hazaña en sentido inverso. El jugueteo hizole olvidar rápidamente su enojo y propuso a su prima competir con él. Cuando se cansaron, decidieron quitarse los zapatos y deleitarse hundiendo las pantorrillas en las aguas claras y saltarinas del arroyo.

Mientras disfrutaban entregados a tan alegres improvisaciones, Claudio preguntó a Nora con interés:

—¿Qué pasó con la vaca mocha? No la he visto en la estancia este año.

—Está en lo de don Pedro —contestó ella; y agregó al punto, veloz como la idea que acababa de ocurrírsele—: ¿No quieres que vayamos a verla?

—¡Újuuu!... —exclamó Claudio, remedando el grito indio—. ¡Vayamos!

Y sin pensarlo dos veces salieron a escape.

Don Pedro, el viejo y muy estimado don Pedro Laguna, había sido hasta un año atrás capataz de la estancia de Tulio Larrecochea. Pesándole ya la responsabilidad de ese trabajo, decidió dejarlo, ocupando desde entonces un predio de su propiedad, lindante con aquélla. Habitaba allí en compañía de su hijo Bartolomé, estudioso clínico, recientemente radicado en la zona con su familia debido a la salud transitoriamente delicada de su hijita.

Don Pedro era hombre de larga experiencia campera, instruido y vivaz. Fuerte como un roble, bondadoso

y escrupulosamente honrado, había sabido granjearse la consideración y el respeto de cuantos experimentaron su trato. Su afición a la vida del campo habíale hecho elegir aquel trabajo, del que nunca pareció arrepentirse.

Cuando esa misma mañana llegaron ambos niños a la chacra del viejo capataz, éste se hallaba ocupado en podar el excesivo ramaje de algunas plantas. Al verlos abandonó gustoso su tarea y los invitó a entrar, sermoneando benévola­mente a Nora por haber pasado tanto tiempo sin visitarlo.

—Tiene razón, don Pedro —dijo la niña, intentando excusarse—, pero hemos estado tan entretenidos en la estancia que se me pasó por alto.

—¡No, no!... —protestó aquél con fingida energía—, lo que pasa es que a mí ya no se me tiene en cuenta.

—¡Por favor, don Pedro!, ¡no diga eso!...; siempre lo estamos recordando. Justamente papá tiene el propósito de invitarlo en estos días a una carneada.

—¡No deje de ir, don Pedro! —le rogó Claudio, espontáneamente.

—Y cuando vaya —agregó Nora, muy zalamera—, no olvide la guitarra. Usted sabe cuánto le gustan a papá sus melodías y aires criollos.

—¡Oh!... ¡Yo estoy viejo para eso, niña Norita!... Pero si don Tulio me invita, no tendré más remedio que hacerle el gusto, pues.

Sultán no cesaba en tanto de hacer fiestas a don Pedro, que devolvía con agrado al fiel can sus efusiones. Durante los últimos años pasados en la estancia *Sultán* había sido su perro favorito.

—Lo que es éste no me olvida —dijo satisfecho—. Se lo ve muy a menudo por aquí.

Con ruidoso alboroto por la presencia de los desconocidos, se acercaba en ese momento en dirección a ellos

un batallón de gansos que, alineados en fila india, volvían de su matinal paseo. Al compás de sus característicos graznidos pasaron muy orondos cerca de los visitantes, balanceando sus pesados cuerpos. Con las alas prietas al plumaje, parecían remedar a esos muchachos que pasan silbando con las manos en los bolsillos.

Dando bruscamente un salto hacia ellos Nora los espantó, gozándose con el torpe apuro de los animales que, abiertas ahora las alas en actitud de alzar el vuelo, comenzaron a describir curiosos semicírculos sobre el extremo de sus membranas, como si ejecutaran un paso de vals.

Atraída por la risa de los niños y la inusitada batahola de los palmípedos, Griselda, la encantadora nieta de don Pedro, se asomó desde la casa, y al verlos se les aproximó poco menos que corriendo.

Menuda sorpresa experimentó Nora, que no esperaba hallarse ante aquella bonita criatura.

Indiscutiblemente, Griselda era hermosa. La embellecía más aún su delicadeza que, realzada por su expresión limpia, candorosa, hacía de ella una niña en extremo agradable.

No había cumplido todavía los diez años. Unos cabellos sedosos, casi rubios y apenas ondulados, formábanle dorado marco en torno al rostro, rozándole los hombros. Sus ojos castaño claro, con larguísimas pestañas, y el expresivo dibujo de sus labios descubrían una modalidad afable y bondadosa.

Si grande fue el asombro de Nora, Claudio sintióse en cambio bajo los efectos de una emoción suave, mezcla de turbación y simpatía; de ahí que al principio apenas se atreviera a mirarla.

Un pequeño y común incidente vino a sacarlos de aquel embarazo, al trabarse *Sultán* en lucha con un gato que, con la cola erizada y rígida y el lomo arqueado,

bufaba y se defendía a zarpazos, encaramado a un duzaznero.

Las risas con que los niños festejaron los saltos cada vez más impetuosos del ovejero, que sin duda ya sentía bajo sus dientes al atávico adversario, favoreció la cordialidad, estimulada aún más con la invitación de don Pedro a visitar el vivar, donde sus conejos, a los que dedicaba su afición, criábanse dentro de las más estrictas normas de alimentación e higiene.

Don Pedro llevó consigo una cesta repleta de hortalizas para que los niños gozaran viéndolos comer.

—¡Verán ustedes qué lindos son los gazapillos de las últimas crías! —les decía entusiasmándolos—. Este año se han criado en abundancia.

—¡Me gustan mucho esos animalitos, don Pedro! —exclamó Claudio—. ¡Qué buena idea la de ir a verlos! En la estancia de mi tío ni en la de mi padre hay conejos.

Se echó el jopo hacia atrás, en ademán presumido, y con mucho comedimiento se ofreció a llevar la cesta.

La carga resultaba algo pesada para él. No obstante, la aguantó airoso hasta que don Pedro, calculando que el muchacho había hecho ya bastante en defensa de su hombría, volvió a hacerse cargo de la misma.

En el conejar, los niños admiraban los hermosos ejemplares guardados en jaulas, la mayor parte con crías, y los cómodos corralitos donde los gazapos, de razas varias, graciosos en extremo cuanto más pequeños, hormigueaban incesantemente alrededor de los frescos manjares que les eran arrojados por turno.

Viendo Griselda cuánto gustaban a Claudio, se acercó a ellos y eligiendo de entre todos el mejor, se lo ofreció con inocente satisfacción.

—¿Te gusta éste? ¡Tómalo!

Claudio miró con ojillos alegres primero al gazapo y luego a la niña, extendiendo en seguida las manos para tomar aquel estremecido y rebelde montoncito de pelos blancos y suaves.

—¡Qué lindo!..., ¡qué lindo es!... —repetía acariciándolo.

—¿Quieres llevártelo? Mi abuelo se alegrará mucho. Puedes criarlo manso y ponerle también un lindo nombre.

—Me gustaría. Pero, ¡qué lástima!..., no tengo dónde guardarlo.

La generosa actitud de Griselda contrarió a Nora, testigo de aquella escena. Sin poder contenerse, quitó con gesto decidido el animalito de manos de Claudio y lo volvió con energía a su corral.

—¿Por qué haces eso? —protestó el muchacho, entre molesto y sorprendido.

Nora, sin dar tiempo a más, y como si experimentara algún escozor interno, se volvió a Griselda y la reconvino con aspereza:

—¡Qué ocurrencia tomar en las manos esos bichos sucios!

—¿Sucios los conejitos? —replicó Griselda sin enfado—. Mamá siempre anda con ellos y suele dármelos para que los acaricie.

La sonrisa irónica de Nora le cortó la réplica. Silenciosa y avergonzada en el fondo, la pequeña examinó sus manos y echó un vistazo a su blanco delantalito de batista. Como viera que todo se hallaba en orden, sintióse satisfecha, tal vez porque la comprobación había sido hecha bajo el apremio de aquella mirada exigente e intempestiva.

No le pasó inadvertido a don Pedro ese incidente, propio de niños, y, a fin de borrar sus efectos, les propuso visitar el corral de las vacas y tomar leche recién ordeñada.

—¡Viva!... —exclamó Nora batiendo palmas—. Justamente queríamos ver la vaca mocha.

—Va a ser un poco difícil, niña Nora; la muy pícara suele irse lejos buscándole al ternero los mejores pastos.

—¿Sigue siempre tan mansa como antes, don Pedro?... —preguntó Claudio, no repuesto aún del pasado mal rato.

La contestación no pudo llegar a sus oídos porque Nora, cogiéndolo de una mano lo obligó a correr tras ella con el necio pretexto de llegar al corral antes que los demás.

No le fue fácil a Claudio desprenderse de su incorregible prima pero, tomándose el desquite, se despachó al llegar reconviniéndola duramente, lo que le valió una lluvia de reproches y no pocas miradas despectivas, mientras permanecían en espera de don Pedro que se acercaba sin prisa con su nieta.

En el establo, un peón se disponía a cumplir la tarea de ordeñar. Don Pedro había mandado previo recado a su nuera para que los niños fuesen convenientemente atendidos, de ahí que a poco de llegar, la criada les llevara junto con todo lo indispensable unos deliciosos pastelitos.

—¡Qué rica está la leche! —dijo Nora, apurando el vaso con ánimos de repetirlo.

Claudio bebió el suyo con menor entusiasmo, y al ver que Griselda no participaba, le preguntó:

—¿No tomas leche?

—No... —le respondió sonriendo—; tomé tarde el desayuno.

Por el camino arbolado que desde la casa se extendía a la distancia, don Pedro vio aproximarse a su nuera.

—Por allá viene llegando tu madre, pequeña —le dijo a su nieta, con cariño.

La niña, que en ese instante acaso deseara más que otras veces la compañía materna, no esperó más y se lanzó a su encuentro.

Hacia las delicias de ese paraje en los días cálidos del verano un ombú añoso, sobre cuyas raíces corpulentas sentóse don Pedro a observarlas a su paso. Claudio hizo lo mismo con muestras de agrado y de adhesión hacia don Pedro.

Deseosa de marcharse, Nora comenzaba a dar señales de impaciencia.

—¿Por qué te sientas? —preguntó secamente a Claudio—. Ya es hora de que regresemos.

—¡Pero si la estancia no está lejos de aquí, niña Nora! —exclamó don Pedro—. Además, si están cansados o quieren llegar antes, ahí tienen a disposición nuestros caballos, pues.

—No es para tanto, don Pedro. Me preocupa mamá, que estará intranquila. Contra nuestra costumbre, hoy hemos salido solos y pensábamos volver pronto.

Llegaban ya Griselda y su madre. La conversación se interrumpió.

La nuera de don Pedro, con su particular afecto brindó a los niños una cálida acogida, reiterándoles su agrado por la visita.

—Estoy segura de que han hecho ustedes muy feliz a Griselda, siempre tan solita —les dijo entre otras cosas.

Doña Laura Estévez Ursain, madre de Griselda, pertenecía a una honorable familia porteña. Se había casado muy joven y aparentaba no tener aún treinta años. Era bondadosa y atrayente, y aparte de contar con una respetable cultura, poseía gran confianza en sí misma. Grisel-

da tenía con ella gran parecido, ya que físicamente poco había heredado de los Laguna, morenos y con los rasgos típicos de los hombres adheridos de tiempo al suelo argentino.

Tan en vano como la de don Pedro fue la invitación de doña Laura a que los niños prolongaran su visita. Nora, resuelta a marcharse, les tendió la mano y, despidiéndose de ellos con forzada sonrisa, encaminóse a la salida de la finca. Estaba contrariada. Empero, a poco andar se detuvo en espera de Claudio, que más solícito y cumplido prolongaba aún su afectuosa despedida.

Obedeciendo a un impulso involuntario, Griselda lo acompañó unos pasos, deteniéndola su habitual timidez.

Llegado que hubo Claudio junto a Nora partieron apresuradamente, mas nada impidió que éste, varón al fin, volviera hacia sus amigos varias veces la cabeza agitando su diestra en señal de saludo, gesto que repitió desde regular distancia.

Calculando que se habían aproximado ya bastante a la estancia, ambos niños decidieron descansar, demorándose con ese objeto junto a un molino que alimentaba los estanques donde los animales acudían a beber. Sentáronse allí sobre unos gruesos troncos tendidos en el suelo. En ese sitio la sombra de los grandes cedros, cuyas copas unidas dejaban apenas filtrar la luz, colaboraba con la tierra húmeda en silenciosa y apacible refrigeración. Para un día tan cálido aquello se les ofrecía con la delicia de un oasis.

No obstante, el malhumor de Nora persistía. Súbitamente, queriendo quizás imitar el tono áspero con que algunas veces había oído hablar a los mayores, se desahogó con Claudio:

—¡No sé qué le encuentras a esa chiquilina para que tanto te llame la atención!

—¿Qué?... ¿te has vuelto loca?

—¿Loca yo?

—¡Claro! ¡Vaya una pregunta! ¿Qué puedo encontrarle?... Que es buena... y que me apena mucho que no tenga amigos.

Llevado por el influjo de un sentimiento generoso, frecuente en él, Claudio agregó:

—¿Por qué no la invitamos a jugar con nosotros en la estancia?

—¡Invitarla a la estancia!... ¿A ella?... ¿Cómo te atreves, si no es de nuestra condición? ¡Mamá se disgustaría si lo supiera!

—No creo que se disguste, Norita... Griselda es nieta de don Pedro...

—¡Bah!... ¿y quién es don Pedro? Eres terco, Claudio, ¡muy terco! A Griselda no le faltan entretenimientos en su chacra. Además, ¿no le oíste decir que su padre la lleva al pueblo a tomar lecciones de música? —Y echando mano a sus dramáticos recursos, exclamó—: ¡Oh, eres insufrible!

Enfurrñados, sin reconciliarse, prosiguieron la marcha por la huella de los carros que diariamente hacían el recorrido desde la población al molino. *Sultán* los seguía, sin que su noble cabeza de perro lograra entender las mudanzas que se operaban en las testas de sus amos.

Lo resentía a Claudio la falta de compañerismo de su prima. No obstante, trató de apaciguarla proponiéndole una nueva excursión para la tarde.

—¡No iré! —fue la tajante respuesta—. ¡No quiero salir contigo ni me interesa!

Para dicha de Claudio, ya iban llegando al huerto donde otros niños se les reunieron acosándolos con preguntas y contándoles las novedades. Nora eludió comentarios, y pretextando apuro por saludar a unos tíos espe-

rados en la estancia esa misma mañana, se dio prisa por entrar en la casona.



Erguida sobre sus diminutos pies Griselda había permanecido inmóvil, con la mirada fija en los niños de la estancia, hasta que desaparecieron entre los árboles del camino. Luego, volviéndose con ese modal displicente que adoptan las criaturas cuando se las ha contrariado, fue al encuentro de su madre. Pensativa, las manos entrelazadas por detrás de su figura, recorrió, con desgano al principio, un trecho; mas de pronto, como si otros pensamientos la azuzaran, aceleró el paso hasta llegar corriendo junto a doña Laura.

Colgada de su brazo, del que a menudo se desprendía para marchar sola, a pequeños saltos, a fin de satisfacer la inquieta movilidad infantil, Griselda fue narrándole entrecortadamente durante el trayecto a la casa, algunas impresiones recibidas esa mañana.

Cuando llegaron, ambas sentáronse al fresco, en la ancha galería que hacía las veces de pórtico.

La casa de don Pedro lucía el blanco encalado de sus muros entre el marco alegre de la vegetación. Su arquitectura antigua se había remozado notablemente mediante una prolija refacción, ganando en comodidad y apariencia. Contaba con una sola planta y estaba rodeada de ventanas pintadas al verde claro, defendidas por negros barrotes de hierro. La sencillez y monotonía de su trazado simétrico animábase con el detalle de las plantas y las flores, en las

que doña Laura volcaba su buen gusto con la elección de variedades apropiadas y de sitios donde mejor cumplían su función decorativa.

Durante el verano la galería era el lugar preferido, y aun lo era en los serenos días invernales, cuando los árboles, despojados de su follaje, permitían el desplazamiento del manto solar sobre la retahíla de sus viejos mosaicos de mármol.

Griselda, en cuya mente parecían revolotear con insistencia los mismos pensamientos, preguntó a su madre:

—¿Por qué se habrá portado así conmigo?..

—¿Quién?... ¿Norita?

—Sí, Nora.

—¡Oh!, hija. No debes tomar tan en serio esas cosas —le respondió su madre, procurando alejarla de aquella impresión—. No todas las personas son iguales, y las actitudes de esa niña obedecen simplemente a su manera de ser.

Sin comprender muy bien lo que escuchara, Griselda agregó:

—¡Qué pena, mamá!... Pero Claudio no es así. Él sí que es bueno y cariñoso.

—Debe serlo, sin duda —aprobó la señora; mas comprendiendo que costaba a la niña explicarse esa actitud de rechazo con que había sido tratada, añadió—: No olvides, querida, que cada familia tiene sus parientes y amigos con quienes alterna. Nuestros vecinos son gente muy rica y viven, naturalmente, con mucho lujo. Nosotros, no siendo de su misma condición, no podemos alternar con ellos habitualmente.

—¿Por qué?

—Porque hay muchas cosas que lo impiden, hija, y una, quizás la principal, es la falta de dinero para competir con ellos en lujos, gustos y caprichos.

Del interés con que Griselda escuchaba a su madre pasó a la perplejidad, lo cual le impidió objetar.

Doña Laura le explicó entonces:

—Para alternar con ellos, hijita, hay que disponer de costosos vestidos, que la moda exige y la sociedad adopta para lucirlos de acuerdo con las circunstancias.

Maquinalmente Griselda miró sus ropas y, con encantadora inocencia, preguntó a su madre si los vestidos que usaba cuando iba a la ciudad no eran suficientemente bonitos.

A raíz de esa insinuación y tratando de sacar partido de su argumento, la buena madre le explicó que, en efecto, sus vestidos eran muy bonitos, pero no del todo adecuados a las fiestas y a las exigencias que configuraban la vida de Nora.

Tras un suspiro, que fue la involuntaria forma de lenguaje con que la niña expresara su pesar, exclamó:

—¡Cuánto me hubiera gustado jugar con ellos, mamita!

—No te preocupes demasiado por eso —la conformó entonces doña Laura—. Nora es una criatura, y los niños como tú, piensan hoy una cosa y mañana otra. ¿Quién no te dice que pronto vuelvan en tu busca con otra disposición de ánimo?

El resto del día lo pasó Griselda menos alegre que de costumbre. Anocheceía cuando su padre regresó de la ciudad, adonde acudía diariamente para atender su consultorio. Al enterarse de la contrariedad experimentada por la niña, le aconsejó a su esposa que la acostara temprano para que el sueño disipase esa primera lucha que afrontaban sus tiernos sentimientos.

Bien pronto se adormeció la criatura. Pero su espíritu, extremadamente conmovido, le ofreció a su dueña aquella noche un ensueño original.

Llevada en lúcido vuelo, Griselda se encontró de pronto en la lujosa mansión de sus vecinos transformada en Nora. Con asombro iba recorriendo pasillos y aposentos hasta que se detuvo en el dormitorio de esa niña, muy diferente del suyo. Contempló extasiada aquel encantador recinto, por cuyos amplios ventanales entraba con ímpetu la luz. Aquí y allí, ubicados con inimitable acierto, regios muebles parecían ofrecer a su dueña la gracia y la comodidad reunidas en ellos. Hacia un costado, un gran armario seductoramente entreabierto, dejaba ver primorosos vestidos y zapatos en envidiable variedad de gustos y colores. También los muros atraían la mirada por sus artísticos cuadros a tono con los gustos y la vida de una adolescente. Y no faltaban los cautivantes anaqueles atestados de libros, profusa y bellamente ilustrados. En fin, los más refinados detalles adornaban aquel cuarto de tintes principescos. No obstante, el pensamiento que guiaba el sueño de Griselda la hizo apartarse de lo que veía y buscar por todas partes a Claudio, hasta que finalmente lo halló sentado en un banco de la galería. El rostro del muchacho revelaba inquietud, y a juzgar por la frecuencia con que miraba hacia uno y otro lado del extenso parque, se hubiese dicho que esperaba a alguien. Olvidando la metamorfosis operada en su persona, la niña se le aproximó, pero éste, al verla, levantóse con desdén, bajando sin prisa los pocos peldaños que unían la galería con el jardín. Conmovida por el desaire, volvióse Griselda, y con mirada afligida fue en busca del oculto rincón que le permitiese desahogar su pena. Todo le era extraño en aquella casa; y aunque no podía ser más hermosa y codiciada, se le ocurrió que alguien la espiaba tras los muebles y sillones, y que sus muecas burlonas parecían figuras de humo espeso que se desvanecían al mirarlas. Turbada por la desesperación se

echó a llorar, y, acongojada, despertó. Con muestras de agitación se irguió en el lecho, apartó con lentitud de su frente los cabellos graciosamente revueltos y exhaló un hondo suspiro.

¡Qué alivio, Griselda!... ¡Felizmente, había sido un sueño!

Libre de su perplejidad sonrió la niña. Sentíase nuevamente en sí misma, con la alegría de seguir siendo la Griselda de siempre.



Una tarde, cuando las bochornosas horas de la siesta habían quedado atrás y la vida en la estancia tornaba a su ritmo normal, Nora buscaba a Claudio sin hallarlo. Impelida por un súbito pensamiento de recelo enderezó a la chacra de don Pedro, segura de encontrarlo allí.

No se había engañado. Lo divisó mucho antes de llegar al límite de la finca en compañía de don Pedro y Griselda. Los tres caminaban a lo largo de un maizal, que ya verdeaba ansioso de ganar altura.

Cortando camino, Nora llegó al alambrado, de donde llamó al muchacho con muestras de urgencia, como si realmente algo la apremiara. Sospechó Claudio el inminente chubasco y, cediendo al impulso de obedecer, corrió hacia ella. El apuro le hizo olvidar todo; no hubo excusas ni despedidas amables esta vez.

Ello no impidió que don Pedro, pasado el primer efecto de la brusquedad, con simpático gesto campechano agitate en alto su diestra invitándola a entrar. Rehusó

Nora, y sin dispensarle la menor benevolencia se alejó con Claudio.

No podía tolerar que aquél a quien siempre había sometido a su capricho se retrajese ahora u obrase por cuenta propia cuando la ocasión le era propicia. Por eso, con todos los aprestos de un justificado enojo, acusó a Claudio de falta de compañerismo.

—¡Bah!... —replicó éste—. Siempre se te ocurren cosas raras... Tuve ganas de salir a caminar, ¡eso es todo!

—¡No me dices la verdad!

—¡Nora!... —gritó Claudio, perdiendo la paciencia—. ¿No soy dueño de ir a donde quiero?

—Sí... ¡claro!... Por eso ya no piensas en otra cosa que en ir a lo de don Pedro.

Inútiles fueron las explicaciones del muchacho, naturales y sencillas: su prima no se conformaba. Por último se le ocurrió prometerle que no volvería a la chacra, con lo que logró apaciguarla.

El cumplimiento de aquella promesa se le hizo cada vez más duro a Claudio, a quien la falta de libertad para moverse le resultaba intolerable, máxime cuando acudía a su mente el recuerdo de Griselda. La imaginaba triste y privada de las alegrías que ofrecen los juegos en común.

Le llegó sin embargo la oportunidad de emanciparse, aunque sólo fuese por unas horas, y la aprovechó. Con fútiles pretextos eludió cierta mañana una excursión a los cerros, de la que participaban grandes y pequeños. Resuelto a desquitarse de sus limitaciones, montó a caballo y pronto se encontró en las inmediaciones de la casa de don Pedro.

Sultán se le había adelantado, y a juzgar por la alegría con que el animal avanzaba hacia un punto fijo, saltando y acelerando los movimientos de su cola, Claudio

comprendió que el noble can había descubierto a sus moradores. Siguiendo la misma dirección no tardó en divisar a Griselda, que acompañaba a su madre en la atención de las flores.

La cortedad del muchacho al saludarlas se desvaneció como por encanto con el recibimiento cariñoso que le dispensaron. Desmontó de un salto y sujetó su caballo a un palenque. Luego, a instancias de Griselda, que acariciaba con entusiasmo a *Sultán*, estimuló al animal a realizar algunas de sus habilidades.

Con los pantalones y botas de montar Claudio aparentaba mayor estatura y corpulencia. La niña lo notó y no demoró en decírselo:

—La última vez que viniste me pareció que eras más chico.

—Creo que te equivocas, Griselda —repuso éste. Pero luego, reflexionando, agregó—: Aunque quizás tengas razón; mi padre dice que todo lo que como en seguida lo aprovecha mi estatura.

—¡Qué gracioso!... Papá también me dice a mí que estoy alargándome como una espiga.

Mientras reían haciendo cada cual burla inocente de su figura, fue acercándose don Pedro, que llevaba a su tordillo tomado del cabestro.

—¿Va a salir, don Pedro? —preguntó Claudio, avanzando hacia él.

—Así es, mi amigo; tengo que recorrer un poco el campo.

—¿No quiere que lo acompañe?

—¡Cómo no, muchacho! ¡Véngase no más!

Y, con satisfacción, don Pedro se dio prisa en acomodar el apero a su caballo.

Con sus amplias bombachas, sus botas de potro ajadas por el uso y la camisa holgada, don Pedro Laguna

revivía al gaucho que animara con perfiles de epopeya y mito, el escenario de tierra adentro, salpicado de tradiciones y leyendas.

—¿Y tu prima? —preguntó a Claudio la señora de Laguna, tornando al grupo, del que momentáneamente se había separado.

—Salió temprano en una cabalgata.

—¡Qué raro que no fuiste!

—Preferí salir solo, señora —respondió el niño, sonrojándose un poco.

Ya don Pedro parecía dispuesto a montar. De pronto, volviendo hacia la nieta su plateada cabeza, semioculta bajo el chambergo, le dijo risueño, saboreando la sorpresa:

—¿No quiere venir con nosotros, mi pimpollito?

—¡Claro que quiero, abuelo! —respondió la niña alegremente—. ¿Puedo ir, mamá?

—Déjela venir, señora... —insinuó Claudio, a quien había entusiasmado la perspectiva.

—¡No me la prive de este paseíto, m'hija! —intercedió don Pedro—. Daremos una vuelta corta.

—¡Como para decir que no!... —accedió doña Laura sonriendo, tan complacida como ellos.

—Por lo visto —masculló el bueno de don Pedro, fingiendo descontento—, tendré que pasarme la mañana ensillando.

Desmentía su rezongo la diligencia en embridar el caballo que un peón acababa de acercarle; bello ejemplar de petiso renegrado con que obsequiara a su nieta cuando llegó a la chacra. Claudio lo secundaba en la tarea.

Para salir de la finca, don Pedro eligió la tranquera lateral que daba a un camino lindero. Los dos niños avanzaron por él, conteniendo apenas el sentimiento que pug-

naba por saltárseles del pecho en explosión de júbilo. Marchaban juntos, al lado de don Pedro, que se divertía escuchándolos con simulada indiferencia.

—¿Te gusta el campo, Griselda?

—Muchísimo; aunque también me gusta Buenos Aires —respondió la niña.

—¿Cuánto tiempo hace que vives en Tandil?

—Poco. Desde el otoño. Vinimos porque abuelito estaba muy solo, y además yo necesitaba reponerme. Papá y mamá decían eso.

—¿Y tú no?

—Yo no entiendo bien esas cosas.

—A mí me pasa lo mismo; papá siempre teme por mí. No te imaginas las veces que me ha llevado al médico sin necesidad.

Al rato, Claudio dijo con pesar:

—¡Qué lástima que el verano no dure todo el año! —y volviéndose hacia don Pedro, agregó—: ¡Yo viviría siempre en el campo!

Éste se echó a reír mostrando de extremo a extremo su recia dentadura, y empalmó rápidamente el diálogo con su habitual estribillo:

—La vida en el campo, mi amigo, tiene sus be-moles... ¡y eso hay que saberlo!... Claro que cuando nos encariñamos con el pedazo de tierra que nos toca labrar no hay cosa más linda. Todo aquí es paz, alegría y sosiego. Mientras nosotros disfrutamos del sol en un cien por ciento, en las ciudades apenas si se lo ve... Y en cuanto al aire, que aquí respiramos a pleno pulmón, allí hay que disputárselo en parques y jardines mezclado con el humo de esas «cafeteras» que asustan a los pingos y los ponen baguales como potros. Viven allí tan apretados que ni siquiera les queda un lugarcito para churrasquear.

—Tiene usted muchísima razón, don Pedro —aseguró Claudio con seriedad—. Debe ser por eso que cuando vengo al campo no quisiera volver más a la ciudad.

Llegaban ya a una loma, donde el camino lindero se cruzaba con una ancha carretera. El ex capataz de don Tulio, señalando con el rebenque una polvareda que avanzaba hacia ellos por la derecha, les dijo:

—¡Allá vienen los de la estancia!

Claudio palideció. Su primer impulso fue espolear su caballo y desaparecer, pero frenando a tiempo el pensamiento, le propuso a don Pedro con angustia:

—¿Qué le parece si cruzamos la carretera antes que lleguen?

—¡No, amiguito! ¡Faltaba más!... Nos quedaremos aquí hasta que pasen; después seguiremos. ¿Por qué quiere cruzar?

—Por nada, don Pedro...

—¿Le da vergüenza que lo vean con nosotros? —insistió el viejo gaucho con aire burlón, excitando adrede al muchacho.

—No, don Pedro; lo que pasa es que me hice el enfermo para no acompañarlos.

—¡Ah, ya caigo!... Lo que usted no quiere es que le descubran el engaño, ¿no? ¡Malo, malo!... El hombre no debe crearse situaciones que lo lleven a ocultarse de sus semejantes. No haga eso nunca, pues, ni comprometa jamás su voluntad al antojo de nadie.

La frase pareció cumplir su objeto, porque Claudio, erguido sobre su caballo, se adelantó valientemente unos metros, asumiendo una postura de desafío que, por cierto, sólo fue advertida por don Pedro, que sonreía para sus adentros.

Entre los jinetes se hallaban los hermanos de Nora y otras personas de la estancia, que al pasar saludaron afectuosamente a don Pedro, unos con la cabeza, otros con la diestra. Alzando su negro chambergo respondía él a todas esas muestras de simpatía.

Desde el lado opuesto del compacto grupo, Nora simuló no verlos.

Cuando los excursionistas se perdieron tras la loma, don Pedro y sus acompañantes reanudaron la marcha.

Con esa facilidad que tienen los niños para olvidar sus contratiempos, pronto desapareció la nubecilla que pesaba sobre el ánimo de Claudio y volvió éste a mostrarse tan conversador y alegre como antes.

—¿Te sientes cansada, Griselda? —preguntó con cortesía.

—¿Yo?... ¡Qué esperanza!... —respondió ella, y tacaoneando con energía a su petiso lo lanzó al galope.

Don Pedro y Claudio la alcanzaron después de una buena delantera, para que disfrutara de su traviesa demostración.

El cruce de un pastizal les resultó divertido. Infinidad de perdices y teruterus remontaban vuelo al paso de las cabalgaduras. *Sultán*, azuzado por los gritos de Claudio, perseguía infructuosamente a las alborotadas aves.

—Si hubiese traído mi rifle, bajaría unas cuantas —lamentóse el muchacho, alardeando puntería.

—¡Eso sí que no, mi amigo! Sería un crimen matarlas ahora, que cada una atiende su nidada. Además, la caza está prohibida en esta época.

—Verdad, don Pedro, ¡se me había olvidado!

—Entonces —insinuó Griselda, sonriendo con picardía—, tendrás que alegrarte por no haber traído el rifle.

—¡Ya lo creo!... —respondió él, sonriendo a su vez, pero turbado.

Caía ya el sol a plomo sobre la tierra, señalando el mediodía. Claudio consideró prudente despedirse al fin de sus amigos. Una vez lejos aflojó las riendas y echó a galope su caballo, procurando llegar cuanto antes a la estancia. *Sultán* lo escoltaba rendido.

Los días transcurrieron luego tirantes entre Nora y Claudio. Ella, en vez de volcar sus habituales reproches, adoptó una actitud de indiferencia que mantuvo al muchacho retraído y molesto. Por último decidió la tiranuela trocar su frialdad por una postura más conciliadora, que no mejoró empero las cosas, porque la situación afectaba el ánimo del niño, restando a sus vacaciones gran parte de la alegría que trajera.

Llegó por fin el día del regreso. Claudio, con ferviente anhelo, deseaba despedirse de sus amigos. No pudo hacerlo, sin embargo, porque no supo eludir la vigilancia de Nora. Con el corazón oprimido y reprochándose internamente su falta de valor, se alejó de Tandil, adonde ya nunca volvería.

Como siempre, le costó al principio readaptarse al ritmo del vivir porteño. Añoraba las gratas horas del campo, y esta vez, la imagen de Griselda, orlada de cándida inocencia, llegaba a menudo a su alma con acentos de nostalgia.

La reanudación de las clases vino a sacarlo de aquella alternativa. Su ingreso en el Colegio Nacional y las nuevas obligaciones, matizadas con las necesarias prácticas deportivas, llegaron a absorberlo casi por completo. Pese a ello y al tiempo que le demandaban los paseos semanales con su padre, no perdía oportunidad de alternar con Patricio, el fiel mayordomo, que llegado a la casa paterna en vida de su madre servía en ella desde más de un lustro.

El niño siempre encontró en él a un buen amigo. Éste había sabido en verdad adaptarse a los pocos años

de Claudio y llenar comprensivamente muchas necesidades afectivas surgidas con la desaparición de aquélla.

Don Roque se desvelaba por el bienestar de su hijo; de ahí que supiese valorar las condiciones de su mayordomo y lo compensase con muestras de creciente confianza. Español de origen, Patricio tenía un carácter excelente y modales muy ajustados a sus funciones de mayordomo. Por otra parte era hombre muy leído, y contaba, al cabo de sus cuarenta y cinco años vividos a los tumbos, con un valioso caudal de experiencias que su claro y sensato juicio había sabido extraer de yerros y penurias, lo que contribuía a hacer de él un hombre ideal en las tareas que desempeñaba. Justificábase entonces que el niño lo buscara a menudo en sus ratos libres, y, no pocas veces, como auxiliar en sus estudios.

Pasaron algunos años.

A medida que Claudio crecía y con sus alas eternas el señor de las luengas y plateadas barbas distanciaba los prístinos episodios de la niñez, se iban borrando del joven los recuerdos de aquellas vacaciones. La prolongada ausencia de sus tíos, en viaje por Europa, y diversas circunstancias relacionadas con su salud, contribuyeron gradualmente a fomentar el olvido.



Quando los tíos de Claudio regresaron del Viejo Mundo, la figura de su prima había experimentado los cambios naturales que impone la adolescencia.

Nora ya era una joven de dieciséis años. La pelirroja de ojos glaucos y naricilla respingada, se había trans-

formado en una señorita vivaracha y parlanchina. De estatura más bien baja, de líneas redondeadas, graciosa y temperamentalmente inquieta, parecía envuelta en un vistoso halo de frivolidad. Habíase adelantado en demasía al despertar de los hechizos femeninos con atrevidos ensayos de coquetería, velando de ese modo los naturales encantos de la edad temprana. El deseo de ser admirada había hecho de ella una niña extremosamente presumida, acentuándose en su psicología los rasgos que la caracterizaran en la infancia.

Tal la impresión que recibió Claudio, al renovarse entre ambos la intimidad propia de su parentesco.

Él también había experimentado cambios, mas conservando siempre, a través de sus mutaciones, esa expresión inteligente a la que debía sin duda mucha de su simpatía personal. Había crecido excesivamente durante esos tres años, advirtiéndose en su pronunciada delgadez la señal de trastornos recientemente sufridos en su salud. Sus ojos, aureolados todavía por una leve sombra azulada, parecían haberse tornado más grandes, y en su mirada flotaba aún la inocencia entre las irisaciones del cambio de edad. La huella de esa transición que poco a poco burila sobre el rostro adolescente la estampa del hombre, sólo se perfilaba en él con los trazos de un esbozo.

De común afectuoso y despreocupado, su alma no parecía haber recibido aún el bautismo de fuego que sufre la vida al ingresar en la edad de la poesía. La caja de Pandora permanecía cerrada, y tal vez no se abriera nunca para él si, en vez de tentarse como Epimeteo, activaba los ojos de su entendimiento para descubrir por fuera sus secretos y precaverse de ellos.

A través del trato frecuente que procuraba mantener con él, Nora advertía su estado incierto y, encontrando en

ello un estímulo, procuraba recobrar su anterior ascendencia. Pero las angustias del verdor varonil abrían cauce en Claudio a sentimientos de otra naturaleza, y aunque ella habíale hecho retozar más de una vez su sangre moza con femeninas argucias, los afectuosos impulsos del muchacho quedaban frenados cuando la aspirante a Circe pretendía convertirlo en idólatra de su persona.

El corazón del jovencito sentíase penosamente es-
trujado frente a las acometidas de su prima, a quien sólo podía mirar con indiferencia, como si la hallara huérfana de los dones para él más preciados. No cabía duda de que tales actitudes, lejos de atraerlo, promovían en él resistencias y rechazo, ya que, a raíz de ello, tenían lugar entre ambos periódicos distanciamientos. Esto fue ocurriendo con mayor frecuencia en los años sucesivos, como si una secreta obstinación del hado pretendiera imponer sus cá-
nones fatalistas.



Aproximábase Claudio a los tramos finales de la
cuesta que marca el cuarto de siglo cuando recibió su
diploma de abogado. En aquel entonces, la precaria salud de
su padre lo había obligado a suplirlo momentáneamente en
la atención parcial de sus negocios, demorándole el pro-
pósito de ejercer su carrera. No obstante, restábale de esa
atención un tiempo libre, que dedicaba, por afición, al cul-
tivo de su sensibilidad espiritual. Atraído irresistiblemente
por lo desconocido, Claudio buscaba en los anaqueles de
las bibliotecas la palabra sabia o la inspiración feliz que a

modo de alfombra mágica lo transportara a otros hemisferios que intuía de belleza y magnificencia incomparables. Tal inquietud de su espíritu le había llevado a formar con sus amigos una peña, en la que a falta de mejor encauzamiento discutían con sentido crítico ideas filosóficas y producciones literarias de autores antiguos y modernos.

Interponíanse asimismo al cumplimiento más amplio de sus actividades las atenciones que le demandaba la salud, aunque era evidente que se preocupaba por ella más de la cuenta. Observaba, en efecto, prevenciones que lo acompañaban desde la adolescencia, a raíz de un grave debilitamiento con riesgo de su vida, cuyas consecuencias y predisposición habría de cuidar durante años. Esto contribuyó a que se trazara una línea de vida moderada en sus compromisos y aficiones mundanas y se habituara, cuando sus estudios lo permitían, a pasar breves temporadas en lugares montañosos. Su aspecto exterior no dejaba entrever, sin embargo, detrimento alguno. De buena talla y gentil estampa, ágil y desenvuelto, su constitución física era más bien recia. De no ser así, no hubiese podido compartir con sus amigos las diversiones de toda índole propias de las grandes ciudades como la urbe porteña. Con todo, forzoso es reconocerlo, no se pasaba de la medida que consideraba prudente. A su juicio, no debía rehuir los halagos del mundo ni el trato con los diferentes tipos de personas que forman la sociedad humana, a fin de conocerlas en sus respectivas funciones; ello sin exclusión de las que por sus inclinaciones o vicios atentan contra las normas de la convivencia y la moral de esa misma sociedad. Alguien le había dicho alguna vez que el hombre de mundo debe conocerlo todo, y a esa regla trató de ajustar su conducta para no ser sorprendido por ninguna argucia revestida de buena fe que apuntara directamente sobre su candidez para engañarle. Pudo co-

nocer de este modo a hombres y mujeres de índole varia; ante aquéllos pasaba Claudio por ingenuo, y ante éstas, por párvulo propenso a caer en las redes de sus seducciones. Todo ello, sumado a la honesta influencia del medio hogareño, fue cimentando en el flamante abogado el propósito de vivir en forma diferente a la del común de las gentes, dejando adivinar que su lucha interior había comenzado, más que nada como simple encuentro de reacciones que enfrentábanse por obra de esa determinación deliberadamente adoptada.

Pero a esa altura de la vida todos los estímulos de la juventud parecen sufrir un eclipse psicológico, porque la aparición del juicio frena los ímpetus juveniles y conecta los pensamientos, palabras y actos a los centros internos de la responsabilidad. Y aunque a primera vista resulte paradójico, ése es, justamente, el momento en que más propenso se halla el hombre a los sentimentalismos más variados.

Recostado una noche en el diván de su alcoba, Claudio se complacía en retardar el instante de vestirse para asistir a la fiesta que su prima Cecilia, hermana mayor de Nora, daba en su residencia particular. Era la última velada que durante la temporada invernal ofrecían sus parientes al círculo de amistades. Claudio había tratado de eludir en lo posible toda circunstancia que lo aproximase a Nora, aunque evitaba siempre lesionar las buenas relaciones con el resto de su familia, particularmente con sus tíos. Teniendo esto en cuenta y antes de que su tía Fermiña se llegase a visitarlos para lanzar sobre él sus vigorosos reclamos, se había mostrado esta vez condescendiente, aceptando la invitación.

Cumplida la intencional demora, comenzó a vestir las prendas que con todo esmero Patricio le había preparado. Media hora más tarde salía de su casa en dirección

a la de sus parientes, luciendo con su particular distinción los refinamientos impuestos por la etiqueta.

Cuando entró en la residencia de su prima, la fiesta empezaba a animarse, y no tardó en verse rodeado de parientes y amigos que celebraban su arribo. En medio de aquel vaivén y algarabía se halló de pronto entre un conjunto de caras bonitas y lozanas que lo saludaron entre risas y bromas, pero que, a los primeros compases de un foxtrot, requeridas para bailar, desaparecieron una a una, encontrándose inesperadamente solo junto a Nora. Sorprendidos ambos —él más que ella—, rieron, invitándola Claudio amablemente a seguir a las otras parejas.

En razón del trato que ambos habían mantenido desde niños perduraba en él un afecto que le hacía gustar en cierto modo el contacto con ella toda vez que, como en ese momento, un distanciamiento adecuado alcanzara a borrar las contrariedades surgidas anteriormente.

Sin otra intención que la de agasajarla, Arribillaga tuvo para Nora palabras de fina cortesía; no era, por otra parte, difícil dedicárselas, ya que, agraciada y pródiga en insinuaciones, parecía esperarlas como resultado de sus artificiosos juegos.

Bailaron una tras otra varias piezas, y no teniendo éste apremio en variar de compañera, dejóse llevar por la entretenida y sabrosa charla de ella que, lista y marrullera, no en vano utilizaba en ese momento su ingenio.

—Me parece, Nora —le dijo él, mientras conversaban sentados en un ángulo del salón—, que estoy privándote de la oportunidad de bailar con alguien que podría resultarte más interesante que yo. A propósito, ¿puedo preguntarte por qué no te has casado todavía?

—¡Bah!... sencillamente porque aún no he encontrado a nadie que me decida a abandonar los gustos que

ofrece la vida de soltera... Ya sabes que el flirteo es uno de mis *hobbies* preferidos.

—Tú como siempre, tomando la vida en broma. ¡Eres incorregible!

—¿Y no serás tú, en cambio, un poco puritano?

—Los extremos exceden siempre las medidas justas, anulando toda reflexión. Por lo tanto, me siento feliz de ser como soy.

—¡Ya te has puesto de nuevo formal!... Quiere decir, según tú, que la medida justa la encontraría casándome...

—No precisamente, pero sí mostrando una fisonomía menos cambiante.

Mientras sostenían este diálogo, Claudio pensaba para sí en lo lejos que estaba Nora de avenirse a las exigencias de su ideal de mujer, doliéndole al par, en virtud del vínculo de sangre que los unía, que aquella confundiera tan lamentablemente por influencia del doble filo de sus pensamientos, el concepto de la vida, ya que, al mismo tiempo que éstos la seducían con su falacia, cortábanle la prerrogativa de disfrutar de un hogar en el que pudiera vivir un día feliz con su marido y sus hijos. «La frivolidad y el carácter dominante —decíase él mentalmente— cuando no se contrapesan con algunas virtudes, siquiera embrionarias, que prosperen al calor de nobles sentimientos, acaban por crear en torno toda suerte de celos y desventuras, aparte de la desdicha de quien las promueve». Éste era el caso de su prima, cuyas características Claudio analizaba sin que ella tuviera la menor idea de lo que en ese momento pasaba por su mente.

Departían ambos con la familiaridad de costumbre, si bien sentíase él más cómodo que otras veces, sin duda por la desusada blandura y moderación con que Nora se le mostraba. Llegando casi al final de la fiesta,

dio ésta rienda suelta al plan que afiebradamente había concebido para crear a su primo una situación comprometida.

Situados en un lugar un tanto apartado del bullicio, con hábiles y seductores enredos, hizo lo imposible por que se confundiera la postura de su primo con la de un cortejante. La patraña tendría así el efecto que buscaba.

Era evidente que Nora se había propuesto aquella noche salirse con la suya. Llevado pues su plan a ese punto, sólo faltaba hacer correr sutilmente —como lo hizo— la voz de su reciente entendimiento con Claudio. Hermanos, primos y amigos, sin conocimiento previo de lo urdido, desparramarían la noticia, elaborada tan sólo a fuerza de argucia e impostura.

Echada la bola a rodar, días después suscitáronse comentarios. Al dar éstos la vuelta y llegar a sus oídos, experimentó Claudio una situación embarazosa. A las primeras bromas y felicitaciones respondió como si se tratara de simples ocurrencias de mal gusto. Pero luego, al advertir que algo de mayores proporciones sucedía en torno, se aprestó a desvirtuar con más empeño la versión, que —según pensó— debía ser fruto de la fantasía de algún bromista. Mas cuando observó que su prima aprobaba y aun estimulaba tales sugerencias, no titubeó en desviar resueltamente el curso de las cosas. Decidido, pues, a encarar el asunto seriamente, visitó un día la casa de sus tíos.

—Me resulta por demás molesto —dijo a Nora— que la gente nos haga blanco de sus bromas y que tú no procures hacer nada por desmentirlo.

—¡Pero Claudio!... —exclamó ella, fingiendo asombro—. ¿Qué tiene eso de particular? ¿Por qué habríamos de ocultarlo?

—Ocultar ¿qué? —preguntó Claudio, dominándose apenas ante tanta frescura—. ¿Es que hubo alguna vez entre tú y yo algo más que el mero afecto de primos?

—¡Claudio!... ¿Eres capaz de negar que me quieres? —se quejó Nora, mostrándose dolorida.

—¡Jamás pensé que una circunstancia como ésta pudiera suscitarse entre tú y yo! ¡Y menos de este modo!

Calló él un instante, pero, excitado gradualmente por todo aquello, agregó en seguida con firmeza:

—No es posible que pretendas comprometerme ante los demás, porque no harías sino sublevar mis sentimientos en perjuicio de ti misma. Jamás podré tolerar que se me fuerce a aceptar lo que en ningún momento ha estado en mis pensamientos ni en mi sentir, ¿me entiendes?

Pretendió aún Nora dominar la situación y, acudiendo a un lloriqueo histérico, deslizó esta sutil conjetura:

—¿No comprendes, Claudio, que habiéndonos visto toda la noche juntos la gente tiene que pensar que no ha sido sólo porque somos primos? Menuda tarea será querer convencerla de lo contrario.

—Sin embargo, no queda otro camino —remató Claudio, resueltamente.

Ninguna otra palabra salió de sus labios para suavizar la situación, dejando en los ojos de su prima una oscura mirada de resentimiento. En aquel mismo instante Nora se retiró a su habitación. El momento había sido demasiado fuerte para ella y necesitaba un paréntesis para reponerse. Allí se dejó caer de bruces sobre el lecho. Sola consigo misma, mientras sentía que la indiferencia de Claudio roía su amor propio con insistencia insufrible, se reprochó el haberse dado cuenta demasiado tarde que

experimentaba por él algo más que un simple afecto. Pero sólo fugazmente llegó a intuir que todo había ocurrido por su exclusiva culpa. Desde niña habíase esmerado en tenerlo sumiso a sus veleidades y caprichos, y a medida que avanzaba en edad, más de una vez experimentó reacciones muy contradictorias con respecto a él. Mientras por un lado le buscaba llevada por una atracción sentimental —amor, tal vez—, por el otro, arrinconando ese sentimiento, era impulsada por su torcida naturaleza en pos del amor de alguien que le hiciera sentir con mayor fuerza las instancias de una pasión que Claudio no le había despertado nunca.

Establecíase en ella con relativa frecuencia, una lucha interior que le producía desasosiego en virtud de no haber resuelto los conflictos que se creaba a sí misma por causa de su temperamento absorbente y dominador. Creyendo atraer a Claudio, lo alejaba irremediablemente y, obstinada en ello, empeñábase en mantenerlo sujeto a su voluntad antojadiza. De ahí partía su gran error; error que había atraído sobre ella muchas amarguras como las que sufría en ese momento, en que se resistía a aceptar un trato que tanto lastimaba su orgullo y vanidad.

Nora formaba parte de ese tipo de mujeres que se definen por la volubilidad de sus pensamientos y su vacuidad espiritual, que no les permiten aquilatar dentro de sí ninguna de las virtudes que hacen el encanto más apetecible del alma femenina. Con tal desventaja ciegamente acarreada, había imaginado que le sería fácil jaquear con hábiles jugadas los puntos flacos de Claudio, y a ello había confiado el éxito de su táctica. Ante el rotundo fracaso hubo de rendirse una vez más sin extraer, para desdicha suya, ninguna enseñanza provechosa.

Pese a todo, aquel pensamiento travieso quedó flotando en el ambiente y se mantuvo como obligado comentario en el índice social.



La chacra de don Pedro se hallaba abandonada.

¡Cuántos cambios y transformaciones operáanse en el decurso del tiempo!... La casa de blancos muros que doña Laura engalanara con los tonos y semitonos cromáticos de sus flores, yacía zigzagueada por musgosas grietas. Trepadoras silvestres, mezcladas entre el yerbajo, suplían la alegre floración de otrora. Árboles vetustos, de aspecto severo y sufrido, en cuyas ramas musculosas y vencidas parecía advertirse la nostalgia de tiempos extinguidos, daban idea del cúmulo de años que mediaron desde el instante en que el amo desaparecido los plantara, pensando tal vez pasar junto a ellos, en silenciosa compañía, las horas de su vejez. Don Pedro, el simpático don Pedro Laguna, que había sido el alma de aquel lugar, al abandonar este mundo había roto sin duda el hechizo que mantenía a su familia apegada a todo cuanto él quería y cuidaba con singular cariño. Muerto él, su hijo, el doctor Laguna, no tardó en dejar la heredad radicándose otra vez en Buenos Aires en compañía de los suyos.

Allá reabrió su consultorio. Dedicado por entero a su profesión, no tardó en alcanzar un sólido prestigio y en forjarse un bienestar que le permitió ocupar más tarde un comfortable piso en el centro de uno de los más elegantes barrios residenciales de la ciudad. Afecto a la intimidad de su hogar, el doctor Laguna resarcíase de las carencias que

le imponían sus afanosas horas de labor y estudio, disfrutando del cariño de su esposa y de su hija Griselda.

Ésta había cumplido ya veintiún años, que reflejaban en su bello rostro, gentil y expresivo, las finuras de un perfil psicológico exquisitamente configurado en sus preferencias, gustos y modalidades. Propensa a concentrar el pensamiento en las intimidades de su alma, abríanse a su inteligencia no pocos interrogantes sobre la vida. Con frecuencia engolfábase en ellos, como si a su sola pericia debiera confiar la solución de los mismos. Retraída y silenciosa, con el pensamiento puesto en indefinida lejanía, sus ojos, de mirada reposada, aparecían más de una vez velados por inexplicable tristeza. ¿Qué añoranzas palpitaban allá, en las insondables regiones de su alma, que ni ella misma, quizás, podía descifrar? Enamorada de la buena lectura muchas veces soñaba ser uno de aquellos seres que el arte idealiza y eleva por encima de las realizaciones humanas.

Predominaban en Griselda aficiones que, vigorizadas probablemente por la educación recibida de su madre, la mantenían a resguardo de todo extremo capaz de afectar sus propias determinaciones respecto a la conducta que se había señalado, la cual seguía sin que su juventud sufriera privanza alguna. Sabía por ello conciliar los compromisos sociales y el ritmo agitado de la vida moderna con las predilecciones de su espíritu. Con la mejor disposición para alternar en fiestas y reuniones sociales, Griselda eludía empero las invitaciones de sus amigas cuando se trataba de compartir esas diversiones o entretenimientos que la desprevenida juventud acepta, creyendo con ello emanciparse de prejuicios y convencionalismos, mientras ata su vida a una secuela de extravagancias que la arrollan y la resienten irremediablemente.

Contaba su madre con un considerable número de amistades, de donde provenían en gran parte las amigas

de Griselda. A éstas sumábanse las tres hijas de su tía Eulogia, hermana menor de doña Laura, a cuyo carácter alegre y dinámico se debía, sin lugar a dudas, esa disposición entusiasta con que solía animar su casa ofreciendo a sus amistades fiestas o tertulias. A ellas difícilmente faltaba la joven, a quien su tía, de no mediar razones muy formales, no se lo permitía. Gustábale no obstante simular algunas veces indecisión o apatía, pues le resultaba divertido cuando aquélla, alarmada, y sobre todo confiada en su reconocida eficacia para levantar el ánimo, la acuciaba, diciéndole: «¡Vamos, hija!... ¡Déjate de tonterías! ¿Quieres quedarte para vestir santos?... ¡Las jóvenes como tú necesitan bailar y divertirse!».

Fue justamente en una de aquellas fiestas donde Griselda oyó mencionar, después de muchos años en los que no había sabido de ellos, a Nora Larrecochea y, mezclado en el cuchicheo, el nombre del ahora doctor Arribillaga. Se trataba del reciente noviazgo de ambos; y la noticia era, al parecer, de buena fuente, ya que procedía de una dama vinculada estrechamente a ambas familias.

Griselda, que había escuchado todo aquello con el interés propio del caso, advirtió cómo, a raíz de ese hecho, se encendían en ella viejos recuerdos. Velados en parte por el tiempo vio deslizarse por su mente, en fugaz reminiscencia, pasajes diversos de su infancia en Tandil, cuando en la finca solariega recibían las furtivas visitas del hijo de don Roque. La sola evocación de tales hechos parecía devolver su plena nitidez al semidesvanecido eco de las sensaciones de otrora.

Esa misma noche, casi entre sueños, volvieron a representársele los emotivos episodios de su niñez; mas las imágenes, con reiterada obstinación, parecían empeñadas en proyectarle a la pequeña Nora, frívola y orgu-

llosa, situándola como algo incomprensible dentro del acontecimiento que acababan de referirle. Por último, la figura del abuelo, a quien veneraba, llenóle el corazón de ternura y, confortada por su recuerdo, se durmió plácidamente.

Al día siguiente, Griselda se detuvo en las anotaciones de su diario íntimo más de lo habitual; tomó luego uno de sus libros predilectos y se sumió con fruición en la lectura de sus páginas.



Setiembre había llegado. Un sinfónico prelude de colores orquestaba el vernal cántico de los pájaros anunciando la buena estación en todos los parques y jardines porteños.

La familia Laguna viajaba rumbo a las sierras cordobesas. Tras un período de intensa actividad profesional, el experto clínico había resuelto disfrutar con los suyos de unas breves vacaciones. La proposición encontró eco favorable en el seno familiar y, con tal disposición de ánimo, los preparativos se habían efectuado sin demora.

Mientras el auto cruzaba por la carretera los campos entibiados por el soplo que estimula y apura la manifestación de los primeros brotes, cada cual, respondiendo a ese renuevo de la vida, sentía palpar su aliento con el estímulo de los proyectos que forjaba.

Sobre el fondo triste e incoloro de los pastizales castigados por espesas heladas invernales, se insinuaban ya los tintes alegres con que la naturaleza revístese

anualmente mostrando a través de sus cambios uniformes la eternidad que la substancia. Pronto la yerba volvería a cubrir los prados y a ondear sobre los campos el cereal naciente. En las villas, por entre la policromía de flores primerizas, abrirían sus capullos las rosas, las mismas que en todos los tiempos llenaron de sana alegría el corazón de los hombres y las que siempre —como antes y después— hablarán al alma de Su Creación maravillosa, con el acento inefable del misterio oculto entre sus pétalos. ¿Quién, entonces, a invitación de lo que ven sus ojos, impedirá que se renueven en su intimidad los propósitos y promesas de realizar aquello que consagrara digno de ser gustado?

Avanzando en la ruta, pasaron por Rosario. El doctor Laguna recordó allí que alguien había llamado cierta vez a la urbe santafecina ciudad triste, ciudad sin atractivos... ¿Qué razón existiría? ¿Acaso algún pecado no absuelto, cometido en su seno, hubo de condenarla a permanecer de rodillas ante la majestuosa capital porteña?... ¿Expiaría algún día su inocente culpa?

Anochece cuando arribaron a la docta ciudad mediterránea, con su vieja y prestigiosa Universidad y sus casonas señoriales, rezagos de la vida patriarcal de otrora, que evoca aún incienso y mirra por las iglesias que proliferaron en su seno. Allí se detuvieron a pasar la noche.

Por la mañana los sorprendió el mal tiempo, que cedió en el transcurso del viaje dando paso a un sol radiante. Llegados a destino avistaron desde lo alto la localidad de La Falda, salpicada de rojizas techumbres, brillantes aún por la reciente lluvia.

El hotel donde se albergaron les era conocido de anteriores permanencias; por sus comodidades y ubicación, mereció la preferencia unánime. Situado a cierta altura en la falda de la sierra, podían contemplarse desde sus

ventanales y terrazas la pintoresca topografía del paraje y los costosos chalés que la urbanización extiende día a día por aquellos sitios. Del camino principal, sombreado por tupida fronda, se abrían calles y senderos a los sitios más variados.

Como ocurre siempre en la serranía cordobesa, la primavera había llegado con premura y bríos. Ya empezaba a contemplarse la maravillosa danza de las mariposas, que semejaban papelitos de colores arrojados por las manos invisibles de la naturaleza. En los lugares agrestes, el yuyal, en avance expansivo, agitado por la brisa esparcía en torno el conocido y fresco olor a piperina mezclado con poleo. El eterno misterio de la clorofila se dilataba en la vistosa tonalidad del follaje, renovándose al conjuro de la primavera.

Repuesta ya de su cansancio, la familia Laguna salió temprano a recrear su visual y respirar, con el oxígeno, la paz y las sutiles fuerzas que emanan de la naturaleza libre de contaminaciones. La novedad que ofrece el trasplante a un punto cualquiera de turismo impulsábalos a calmar las ansias de renovación que cada ser experimenta por los reclamos naturales. No hay minuto que no se aproveche, como si inconscientemente el hombre percibiera que los ciclos de la vida se tornan tanto más largos cuanto más intensamente se los vive.

Al final de la jornada, con la satisfacción de haber aprovechado su tiempo, el doctor Laguna se retiró temprano a descansar. Su esposa y Griselda lo siguieron bastante más tarde, siendo la última en dormirse doña Laura que, absorta en la lectura de un libro de Hugo, dejó que su espíritu se deleitara ante el soberbio espectáculo que ofrece la imaginación de un autor en sus transportes quiméricos.

A las dos y media de la mañana la campanilla del teléfono sonó en la habitación matrimonial, despertándolo-

los bruscamente. Atendió el doctor Laguna el inoportuno llamado, informándole el portero que de la vecindad solicitábanle atención médica de urgencia.

Harto habituado a tales premuras, el doctor vistióse con rapidez. Momentos más tarde, acompañado por el sereno del hotel, llegaba en su coche al domicilio del paciente. Allí lo recibió un amigo del mismo, que le informó en breves palabras sobre lo acontecido.

Una rápida mirada bastó al médico para apreciar el inequívoco síntoma de un espasmo laríngeo. Sin pérdida de tiempo le aplicó la medicación de práctica, e instantes después dejaba libre a su paciente de ese desagradable accidente respiratorio.

Éste —¡oh caprichos aparentes del azar!— no era otro que Claudio Arribillaga. Tan pronto sintióse recobrado le expresó a Laguna su profundo agradecimiento, y con voz franca y despejada le pidió disculpas por la molestia que acababa de ocasionarle.

—No se preocupe por eso, amigo —manifestó el clínico, con acento cordial—. Lo esencial es que siga usted bien; el resto carece de importancia.

Y tras de recetar lo necesario y asegurarle que difícilmente volvería a repetírsele la molestia, se despidió de él augurándole un pronto restablecimiento.

Durante el trayecto, el doctor Laguna, algo intrigado, preguntó al sereno:

—¿Cómo supieron esos jóvenes que soy médico y dónde me alojo?

—Muy sencillo, doctor: cuando no se da con los médicos de la villa se recurre a los hoteles, por si en ellos se hospeda alguno. Generalmente da buen resultado.

Sin esperar nuevos requerimientos, el sereno le fue refiriendo, con pesada verborragia, varios casos de llama-

dos urgentes al hotel, intentando en vano, de tanto en tanto, sonsacarle algún informe sobre el enfermo.

Mientras el doctor Laguna subía a su departamento, seguía aún el eco de su charla, simple y aburrida, y el tono gangoso de su voz, obstruida por carnosidades.

Al entrar halló a su esposa desvelada. En seguida dejóse oír la voz somnolienta de Griselda que, desde la habitación contigua, preguntó a su padre si se trataba de algo grave.

—No, nada de eso —repuso éste, y relatando en dos palabras el motivo del llamado, agregó—: Lo que pasa es que de noche los males parecen agrandarse.



Las noches, aún frías, solían reunir a buen número de turistas en el salón del hotel. Jóvenes y mayores encontraban allí los más variados motivos de expansión. Se hablaba de paseos y excursiones, con sus placeres y contratiempos; de política, de cine y de cuanto forma parte de esa vida exenta de preocupaciones, sin faltar, claro está, el comentario que casi siempre dejaba a más de un ausente expuesto en la picota.

Un gran piano dejaba escuchar los compases de bailes preferidos, que muy pocos desaprovechaban.

Fue allí donde Griselda intimó con las hermanas Liana y Albina Etchegaray, hospedadas con su madre en el mismo hotel. Las dos eran más o menos de su edad. Joviales, atrayentes, simpáticas, parecían estar siempre dis-

puestas a recibirlo todo con buen humor y alegría. Contrastaban en medida con Griselda, aun cuando coincidían en gustos y en no pocas inclinaciones.

Una tarde, mientras cabalgaban por los alrededores de la villa, notó Griselda la curiosidad con que ambas hermanas observaban un chalet situado estratégicamente sobre una cuesta, por cuyo bien cuidado parque descendía graciosamente, como incrustada en el césped, una escalera de piedra que llegaba hasta el borde mismo del camino.

Intrigada por el insistente fisgoneo de sus amigas, inquirió:

—¿Conocen a los dueños?

—De vista, solamente —respondió una.

—Vive en él un joven muy apuesto —dijo la otra, segura de que el dato era sobradamente interesante.

—¡Ah!... entonces debe haber algún secretillo por allí perdido...

—¡Oh, no!... —exclamó Liana, echándose a reír.

Mas no hubo tiempo para otros agregados, porque el aludido personaje del chalet, apareciendo en ese momento por uno de los costados de la casa, las saludó desde lo alto con gesto muy cortés.

Respondieron turbadas al saludo, poniéndose de nuevo en marcha, y cuando se hubieron alejado un trecho, un deseo súbito de huir les hizo hincar con fuerza los tacos en sus cabalgaduras, llevándose consigo el desconcierto de haber sido sorprendidas en aquella indiscreción. Cuando estuvieron lejos, rieron del motivo que las había sobrecogido, quedándose, no obstante, un poco preocupadas.

—Se me ocurre —decía Griselda a su padre horas más tarde, mientras cenaban, refiriéndose al pequeño incidente de la tarde—, que ese joven podría ser el mismo

que requirió tus servicios noches pasadas. ¿No recuerdas cómo se llama?

—No presté atención a ese detalle. La verdad es que soy bastante desmemoriado en cuestión de nombres. —Y agregó al instante—: ¿Por qué me lo preguntas?

—Por simple curiosidad, no más —respondió ella, mirando con naturalidad a su padre, en quien observó una leve expresión inquisitiva.

Recorriendo con la vista el espacioso comedor, que reunía los fines de semana gran número de turistas, atrajo la atención de Griselda la presencia de dos recién llegados que ocuparon una mesa próxima. Al instante reconoció en uno de ellos a José Gutiérrez, a quien días atrás había tenido oportunidad de tratar. No sabía quién era el otro, pero le llamó particularmente la atención. Al amable saludo del primero añadió el segundo una reverente inclinación de cabeza.

Iba a sentarse éste de espaldas a ella; mas cambiando repentinamente de propósito, tomó otra silla y se situó de frente. El detalle no se le escapó a Griselda, que experimentó una fugaz turbación. La sensibilidad, cuyo lenguaje sutil se articula en el alma por signos inequívocos que la inteligencia termina por aceptar, parecía haber expresado en ese momento a su sentir algún mensaje particular de grata repercusión.

Deseosa de satisfacer una curiosidad que la intrigaba más de la cuenta, preguntó entonces a su padre si no era aquél el mismo a quien había asistido noches antes. Laguna, accediendo a su requerimiento, aprovechó un breve diálogo con el mozo para mirar de soslayo al aludido, confirmando que, efectivamente, se trataba de la misma persona.

Doña Laura, en tanto, había seguido todos los movimientos sin perder detalle y observado, inclusive, que la comprobación había halagado a su hija.

En el curso de la cena, las miradas de ambos jóvenes se encontraron repetidas veces. Finalmente, confundida, Griselda no se atrevió a dirigir más la vista hacia aquel punto.

Madre e hija abandonaron esa noche el comedor antes de lo acostumbrado para asistir al estreno de una película. Algo apremiadas por la hora, pues debían subir a sus habitaciones para completar el tocado y recoger abrigos, prescindieron del café. Radiante de juventud la una, más avanzada en la trayectoria de su vida la otra, pero engarzando ambas la belleza de dos épocas en sucesión armónica, pasaron junto a la mesa donde se hallaban los jóvenes. Un saludo amable y gracioso de Griselda colmó el efecto grato en quien durante toda aquella cena la había contemplado con interés y embeleso.

El doctor Laguna terminaba en tanto de saborear su café y encendió un cigarrillo. Tras dos o tres pitadas deliciosas, decidióse también él a dejar la mesa.

Como si un hilo invisiblemente tendido se encargara de enlazar todos los episodios afines, al detenerse el doctor Laguna a cambiar dos palabras con ciertos conocidos, el eco de su voz llegó hasta el joven del chalé quien, mirándolo, reconoció al instante a su ocasional benefactor. Poniéndose discretamente en pie, alcanzó a aquél cuando llegaba a la puerta del salón, e interceptándole respetuosamente el paso, le tendió su diestra. Conversaron un instante con agrado de ambas partes y, al cabo, con más especulación que reconocimiento, Claudio lo invitó a una excursión por las altas sierras, que el doctor no se había animado a recorrer por falta de pericia en el volante. Rehusó éste en términos corteses, invocando su próximo regreso a la Capital y otros moti-

vos hábilmente encontrados. En realidad, consideraba la invitación un tanto prematura.

Sin denunciar la contrariedad que lo invadía, el joven aceptó sus argumentos. Tal vez allí hubiese terminado el episodio, de no ocurrírsele a Laguna preguntar su nombre.

—¡Oh, perdón!... Me llamo Claudio Arribillaga, encantado de servirle.

—¿Arribillaga?... Yo conozco ese apellido... Dígame, ¿no es usted el hijo de don Roque?

—El mismo. ¿Lo conoce?

—¡Vaya si lo conozco! ¿No se acuerda usted de don Pedro Laguna, que fue hace muchos años capataz de la estancia de su tío Larrecochea, allá en Tandil?

—¡Claro que me acuerdo!... —y golpeándose la frente con la palma de la mano, Claudio exclamó—: ¡Pero si usted es el hijo de don Pedro!... ¿Cómo no me di cuenta antes?

Mas no bien hubo terminado de dar salida a tales muestras de sorpresa, otro pensamiento acudió a su mente y le hizo exclamar con alborozo:

—Entonces... ¿lo acompañaban a usted doña Laura y Griselda?

—Efectivamente —confirmó el doctor sonriendo.

—¡Quién lo hubiera dicho!... —exclamó nuevamente Claudio, como si le costara creerlo.

Los dos se estrecharon efusivamente las manos y hubo un instante de íntima emotividad.

Lo pasado, hecho presente en el recuerdo, uníase al momento que comenzaba. Para muchos es la casualidad la que rige los encuentros de esa índole; mas para las almas sensibles e intuitivas tales circunstancias encierran un significado mucho mayor, que se desprende de los hondos enigmas de la vida.

Tal vez en el fondo de su ser Claudio conservara inalterable, y con aquella fuerza virginal que animara su despertar, un afecto que en ese instante irradiaba sus ondas sutiles. Los corazones tienen a veces tan ingeniosas formas de buscarse que la misma reflexión queda perpleja cuando el hallazgo se produce.

Seguidamente, poseído por la idea de realizar el paseo ofrecido y vislumbrando una posibilidad de éxito, Claudio insinuó, sonriente:

—¿No le parece, doctor, que este feliz encuentro merecería ser festejado?

—¡Tiene usted razón!... —respondió aquél, comprendiendo a qué se refería—. Bien amigo; véngase mañana a eso de las diez y conversaremos, porque, como es natural, en estos casos mi consentimiento queda supeditado a lo que resuelvan los míos.

Momentos después, mientras subía la escalera, el doctor Laguna percatóse de algo que, aun sin comprenderlo, no podía dejar de relacionar con la curiosidad de su hija; y musitó, frotándose la cabeza: «¡Ahora caigo!».

Abrió la puerta del apartamento. Su esposa e hija estaban listas para salir. Laguna fingió no advertirlo y, simulando preocupación, dejóse caer sobre el sillón más próximo.

—Tengo un asunto que me está dando quehacer —manifestó con sospechosa seriedad—; un asunto tan difícil que demanda una inmediata reunión de familia.

—¡Qué cara traes!... ¡Si no te conociéramos!... —burlóse graciosamente doña Laura, malográndole el intento.

Todavía hizo el doctor un esfuerzo por mantener a ambas mujeres expectantes respecto de lo que les había dejado entrever.

—¡Pero, papá..., cuánta chacota! —exclamó Griselda—. Dinos de una vez lo que ocurre. ¿No ves que se nos hace tarde?

Por fin, al cabo de tanto rodeo, la curiosidad quedó satisfecha, promoviéndose a raíz de lo mismo vivas manifestaciones de asombro.

Lo escuchado pasmó particularmente a Griselda, que no podía conectar la actitud de la persona que había visto momentos antes en el comedor, con la que correspondía a un hombre que, como Claudio Arribillaga, estaba comprometido. No obstante, sobreponiéndose a la impresión que la cohibía, participó de los comentarios de sus padres y se manifestó dispuesta a que la invitación fuese aceptada. El «difícil asunto» había quedado, pues, resuelto con el beneplácito de todos, si bien con alguna reserva por parte de Griselda.

Horas más tarde, de regreso ya, la joven despidióse de sus padres con premura y se acostó. Quería estar sola con sus pensamientos; mas aconteció que éstos la torturaron largo rato, amargándole las horas precedentes al sueño. Por momentos logró, sin embargo, solazar con ellos su espíritu, pero la realidad, presentándosele una y otra vez, la sacudía de repente haciéndole sentir como si saliera de uno de esos sueños hermosos que se desvanecen tan pronto las luces del alba disipan el fulgor de las estrellas.

Al día siguiente, por causa de su largo desvelo, Griselda se levantó algo tarde, aunque estaba serena y estimulada por inexplicable confianza. Con presteza bajó al comedor a fin de reunirse con los suyos, que sin duda alguna la aguardaban para el desayuno. Su cuerpo, liviano y esbelto, de regular estatura, vestía una indumentaria deportiva compuesta por una falda estrecha de casimir

gris oscuro y un suéter blanco que le ceñía bellamente el busto. Echada sobre los hombros llevaba una chaquetilla de color azul claro a tono con los pendientes. Sus cabellos, suaves y ligeramente ondulados, del mismo color castaño claro de los que otrora acariciarán su infantil mejilla, rozaban apenas su frente y, peinados con esmero hacia atrás, se apretaban en sedoso bucle sobre la nuca, dejándole libre el cuello. Tenía Griselda la tez clara y sonrosada, la boca fresca y bien trazada, y en los ojos una serenidad de espíritu que en ciertos momentos hacía contraste con su juvenil expresión, dándole un aire de precoz seriedad.

—Parece que estoy un poco retrasada ¿no? —preguntó a sus padres.

—Llegas justo a tiempo —le respondió doña Laura, señalando al mozo, que se acercaba con la bandeja repleta de apetitosos bizcochos y dulces.

Eran las diez y media de la mañana cuando los Laguna y Claudio, sentados en una galería que el sol transformaba a esa hora en agradable solana, conversaban alegremente, repuestos —sobre todo los jóvenes— de la emoción provocada por aquel encuentro.

Doña Laura, conversadora y cordial, y los demás, no menos cordiales que ella, habían contribuido, tras un breve intercambio de noticias sobre la vida de ambas familias, a un rápido acercamiento.

En momento oportuno la señora de Laguna preguntó a Claudio por Nora, felicitándolo por su reciente noviazgo.

—Nada menos cierto que eso, señora —aclaró el joven con premura—. Se trata de una noticia proveniente de una broma de mal gusto, y lamento de veras que haya llegado hasta ustedes.

—Sin embargo —insinuó ella—, los dos fueron siempre muy compañeros y no es extraño que de grandes se hubiese creado un vínculo más estrecho entre ambos.

—Pero la verdad, señora, es que nunca dejé de considerar a Nora como a hermana; francamente, no podría avenirme a otra clase de trato con ella.

—¿No será que alguna contrariedad lo mueve a decir eso? Las contrariedades pasan, sin embargo...

—¿Y qué razón podría moverme a ocultarlo?

—Ninguna absolutamente. Eso es cierto.

—No imaginan ustedes cuánto celebro el haber podido aclarar este incómodo asunto.

Griselda, que había seguido con el corazón pendiente el desenvolvimiento del diálogo, sintió cómo éste se le aquietaba, paso a paso.

—Sin duda su estadía en este sitio es consecuencia de lo mismo ¿no?... —volvió a decir la señora, tenaz en su indagación.

—Sólo en parte; también motivos de salud me obligan de tarde en tarde a buscar en este clima un refuerzo. Mis empeños en el estudio de una carrera que he llevado a cabo en pocos años y, sobre eso, actividades circunstanciales de otro orden han sido la causa principal de mi alejamiento momentáneo de la Capital.

—¿Se siente usted enfermo?

—Tanto como eso no, señora, pero debo prestar algunos cuidados a mi salud.

—Sin embargo, no veo por qué su salud tenga que demandarle tanto... —se apresuró a objetar el doctor Laguna, acentuando sus palabras como en los casos en que debía usar, para disipar alguna obstinación de sus pacientes, el recurso psicológico de algún pensamiento convincente—. Hace un rato le oí decir a usted con pesimismo

que se estaba acostumbrando a la idea de vivir solo. Nada más malo, amigo Arribillaga. Usted, como todos, necesita formar un hogar.

—El consejo no es malo mientras no intervenga Nora —acotó Claudio, festejando su propia salida.

—No puedo decirle eso —repuso el doctor alegremente—, aunque el conocerla de toda una vida tal vez fuese para usted una ventaja.

—Si no supiese que el largo trato familiar no patentiza el buen entendimiento... —insistió el joven—. A veces el exceso del mismo rompe con el buen juicio y la mutua consideración.

—Sabrá usted por qué lo dice —manifestó con aire bondadoso doña Laura.

El doctor Laguna recordó entonces que debían almorzar en la casa de unos amigos situada a bastante distancia. Por tal causa interrumpió la charla para concretar el paseo propuesto por Arribillaga, conviniéndose finalmente en realizarlo al día siguiente, en que saldrían a hora temprana rumbo a la Pampa de Achala.



Lo inesperado tiene siempre la virtud de alterar temporarily o definitivamente el ritmo monótono de la vida. Para Griselda, Claudio aparecía ahora como el astro que, tras el eclipse, vuelve a brillar esplendorosamente. ¿Cómo no habría de acicatear las fibras más sensibles de su alma el giro imprevisto que tomaban los acontecimientos?

El pequeño dios que ensayara su acierto cuando niños, volvía a ponerlos sentenciosamente ahora frente a su arco en tensión. Era imposible, pues, que Griselda no tejiera mil conjeturas en el telar de su imaginación.

Sin sentir las casi volaron las horas comprendidas en aquel paréntesis. El retraimiento aparta discretamente la vida de lo externo para fijar la atención en aquello que ha impresionado vivamente lo interno del ser. Aun careciendo la vida de saber y de experiencia, en ese repliegue prudente de la naturaleza, la sensibilidad, más lúcida siempre que el entendimiento, llama al amor por su nombre, y no se abandona ciegamente a él como lo hace el instinto con la pasión. La sensibilidad humana, que acusa nobleza y sinceridad, exige correspondencia en la honestidad de un afecto. Por eso, sin dejar Griselda de afianzar dentro de sí estos claros preceptos que la moral del sentimiento antepone a la ilusión y la esperanza, experimentó indecible alegría, y, con ese ánimo, inició desde muy temprano el ansiado día.

Despertó apenas los primeros reflejos del amanecer llegaron a las ventanas de su alcoba, y feliz corrió a abrirlas llevada por los pensamientos que bullían en su interior, en comunicativo deseo de hacerles disfrutar las delicias de la brisa matinal. Como el ave que se promete a sí misma un día de expansión, echó la joven a volar sus pensamientos; mas ellos, como los pájaros que han permanecido largo tiempo en sus jaulas, pronto volvieron, temerosos de perder su deliciosa intimidad. Así pareció comprenderlo su alma, al contraerse de pronto y reservar los impulsos de su sentir para ocasiones que el devenir pudiera brindarle. Sin dejar de afianzar la reflexión formulada dentro de sí, cedió no obstante a la alegría que la embargaba y, con ágiles movimientos, abrió el ro-

pero y seleccionó prendas. Quería estar primorosa aquel día, quería agradar.

Por su parte, fascinado Claudio con el recuerdo de Griselda, había pasado largas horas haciendo solitarios con las nuevas cartas que la Providencia había puesto en sus manos. Jugando con ellas a modo de oráculo, consultábalas acerca de la agradable sorpresa que el destino le había deparado y, en medio de la felicidad que le sonreía, sintió las angustias de la incertidumbre. ¿Qué manos mueven el curso de la vida? ¿Qué incógnita fuerza opera en ello? ¿Qué secretos designios encierra la diosa Fortuna, que no concede a las almas el privilegio de penetrar en los prodigios de su poder irresistible? Debía esperar inexorablemente a que Eón aclarara sus dudas.

También él saltó del lecho muy temprano y, tras la habitual práctica de saludables ejercicios corporales, vistióse con premura. Mientras aguardaba el momento de reunirse con sus amigos, complaciase en la espera entregado a la influencia seductora de alados pensamientos que la imaginación cubría con los velos celestes y rosados del encantamiento.

Aproximóse al fin la hora, que Claudio quiso superar en puntualidad llegando al hotel antes de lo convenido, mas su sorpresa no fue poca al ver que la familia Laguna se hallaba aguardándolo para iniciar la jornada.

El coche de Claudio partió velozmente, poniendo a distancia en breve tiempo la zona que escalona el ascenso a esa inmensa extensión de piedra que se eleva más y más a medida que el camino se interna trazando curvas y contracurvas entre cimas y honduras.

Apenas trepadas las primeras cuestas, que se suceden sin interrupción en tanto el camino escala los

puntos empinados, Arribillaga detuvo su coche invitando a hacer un alto. Estaban sobre la cumbre de un cerro. Desde allí, el panorama se abría amplio, dejando ver las cordilleras serranas que se perdían a la distancia sobre la brumosa planicie. A sus espaldas las nubes, flotando sobre los vértices rocosos, confundíanse con ellos. El silencio, quebrado a veces por el silbido de alguna ráfaga audaz, contribuía a la imponencia de ese espectáculo eternamente inmóvil. Cumbres y abismos, con su tosquedad inhóspita, formaban un todo inseparable, y era fácil sentir, al asomarse a sus bordes abruptos, esa succión de las propias fuerzas que más de una vez ha hecho reflexionar al hombre acerca del poder inmenso que la naturaleza ejerce sobre la vida humana.

Los cuatro caminaron un trecho juntos. Doña Laura, atraída por una grieta que aparecía a bastante distancia sobre un suelo llano, se aferró al brazo de su esposo adelantándose con él para observar de cerca aquella extraña boca, cuyas fauces —según pudieron comprobar— refrescaba un susurrante arroyuelo.

Griselda hizo ademán de seguirla, mas Claudio la detuvo gentilmente. La oportunidad de hablar con ella a solas se le había ofrecido y por nada quería perderla.

—No termino de salir de mi asombro, Griselda. Casi no puedo creer en esta felicidad que me proporciona el verla a usted de nuevo.

—Tampoco yo me he sobrepuesto todavía a la sorpresa. Si hasta me parece imposible que sea usted el mismo que conocí de niña.

—¿Me encuentra muy cambiado?

Miróle ella a la cara, y, sonriéndole luego sugestivamente, le dijo:

—Yo no sé si será cierto, pero me han dicho que el olvido suele mudar mucho a las personas...

—En algunos casos será así, no lo pongo en duda; pero no en el mío. Internamente no he variado en absoluto.

Y como si de súbito lo asaltara una inquietud, le preguntó:

—¿No estará usted de novia?

Sonrióse ella y, jugueteando, llevó hacia atrás su mano izquierda, ocultándola; mas en seguida la adelantó con coquetería, mostrándosela tal como él deseaba verla.

—¡Como para no creer en apariciones!... —exclamó Claudio, extasiado.

—¿Por qué?

—¿No es usted la más preciosa de todas las apariciones?...

Una sonrisa en respuesta a la frase galana, los arrojó dulcemente, interrumpiéndolos la voz de doña Laura que se acercaba con su esposo.

Reanudada la marcha y lograda la meta, consideraron prudente iniciar el regreso. Al descender demoráronse todavía unos instantes junto a un rancho para observar una escena del ambiente. Sobre algunas piedras, en parrilla improvisada, dorábase a la lumbre un apetitoso cabrito al cuidado de un viejo serrano fundido en el molde de la vida áspera y agreste. Al decir del mismo, éste comenzaba a «lloriquear», lo cual significaba que el manjar entraba en el punto más tentador para gustarlo. Esto les recordó que se acercaban al mediodía, ratificándolo el estimulante olorcillo con su característico reflejo estomacal, por cuya causa aceleraron la marcha para alcanzar las zonas pobladas y almorzar de paso.

Regresaron del paseo aproximadamente a media

tarde. Al separarse, Claudio preguntó a Griselda si al día siguiente volvería a verla.

—Tal vez —repuso ella, con un timbre de voz que sugería más que las palabras.



Liana y Albina, que desde la terraza habían divisado la escena, picadas por la curiosidad alcanzaron a Griselda cuando ésta llegaba al final de la escalinata. Había sido para ellas un verdadero acontecimiento el verla acompañada por Claudio Arribillaga; de ahí que la acosaran a preguntas, mostrándole la vehemencia del pensamiento que las intrigaba.

Con gracia inimitable, Griselda rehuyó aquel fogueo verbal y cubrió su retirada con la promesa de tratar luego el asunto. Mas cuando volvieron a verla, por la noche, no se lo perdonaron, y hubo allí de referirles sin ambages el origen de su amistad con Claudio.

—¡Has tenido una suerte tremenda!... —exclamó Liana, perpleja ante la serie de detalles que habían contribuido a acercarlos nuevamente.

—Es cierto —asintió Albina—. Con seguridad, no me hubiera tocado a mí tanta fortuna.

—¡Qué cosas tienes!... ¿Por qué te quejas de la fortuna, si ella puede favorecernos cuando menos lo pensamos? Además, el solo hecho de cruzarse uno en la vida con un amigo no significa nada fuera de lo común.

—¡Eso no lo sé! —objetó Liana, riendo con picardía—. Yo percibo en todo esto el aroma de un roman-

ce. Él, un magnífico muchacho, con nombre, carrera y fortuna; ella, ¡no digamos!... Se conocieron en la edad de los juegos y vuelven a encontrarse en la flor de la edad. ¿Cómo no ha de acabar esto sino con el despertar de un amor que los una para toda la vida?

—¡Ja! ¡Ja!... Bueno, querida, bueno... Vuelas más que el viento... Al final de cuentas, será lo que Dios quiera —y haciendo ademán de retirarse, Griselda les rogó—: No me regañen ahora si las dejo; estoy muy cansada.

En seguida fue la joven a despedirse de su padre, que, cerca de allí, jugaba al *bridge*. Doña Laura se había acostado temprano aquella noche, y Griselda, que deseaba hablar con ella, subió a su habitación esperando encontrarla despierta. En efecto, ésta se hallaba hojeando una revista.

Sentada al borde de su lecho y movida por el profundo afecto que la unía a su madre, la joven no tardó en confiarse a ella.

—Francamente, hija, no sé qué decirte... No creas que estoy ajena al interés de Claudio, pero pienso que debemos esperar para saber a qué atenernos respecto a sus propósitos.

Griselda permaneció pensativa, sin comprender en el primer instante lo que tales palabras significaban.

Para doña Laura, el momento que su hija atravesaba exigía de parte suya el esfuerzo de evitar que la llama del amor, recién encendida, eclipsara su razón entregando su voluntad al fatalismo de los sentidos. Comprendiendo, pues, lo que pasaba en su alma, precavida como siempre observó con tacto:

—No puedo dejar de asociar, hija mía, ciertos recuerdos que me trae este encuentro con Claudio. El orgullo de los Larrecochea me hizo sufrir bastante cuando fuimos a vivir con el abuelo. Jamás tuvieron ellos ese rasgo

que distingue la buena cuna: el de acercarse con sencillez a los que no disfrutaban de tan cuantiosos bienes. El mismo abuelo, aunque lo disimulaba, sentía en carne propia la severidad de esa distancia.

—Eran orgullosos, lo recuerdo muy bien, pero Claudio es diferente.

—Sin embargo, debes pensar que pertenece a la familia y a la misma clase social.

—¡Pero, mamá!... ¿Acaso no se puede ser bueno aunque los parientes no lo sean?

—Sí, hija sí... ¡naturalmente!... Siempre hay excepciones; no obstante, yo pienso que las circunstancias aconsejan prudencia. No olvides lo que te dije hace un momento. Debes conocer bien lo que Claudio piensa antes de dar vuelo a ninguna esperanza.

Griselda besó a su madre y se dirigió a su cuarto, acostándose en seguida. Las maternas advertencias, repiqueteando en sus oídos, le impidieron por largo rato dormirse. Por primera vez en su vida la joven experimentaba rebeldía, pues aunque no dejaba de reconocer el valor de aquellos consejos, se le hacían incompatibles con la confianza que Claudio le inspiraba. Costábale muchísimo doblegar ese naciente conflicto promovido en sus sentimientos. La influencia de los carboncillos que el azar encendiera un día en su corazón de criatura, largo tiempo inanimados por las cenizas de escondidos recuerdos, reavivábanse ahora, al aventarlos él con su presencia.

Tras la espera, el amor trajo en raudo vuelo una carta a Griselda; la carta que Claudio le prometiera. La blanca y alada alfombra, sin ser como las que iban de Persia a la India cruzando los espacios que la imaginación henchía de maravillosas leyendas, transportaba, no exenta de prodigiosos encantos para los anhelos de su alma, la confianza que con palabras de fuego le enviaba el príncipe azul, el mismo que aparece arrodillándose ante la ilusión del primer amor.

Con nerviosidad, Griselda rasgó el sobre y extrajo un billete cuidadosamente doblado, que leyó con avidez. Ya más serena, se sentó en el pequeño sillón de su alcoba y volvió a posar su vista en él, releyéndolo con calma. Decía así:

«Griselda:

»Cuando ayer le expresé mis deseos de escribirle, ya tenía resuelto lo que ahora no hago más que confirmar, esto es, que nada ni nadie podrá desviarme del camino que habrá de conducirme a los umbrales de la felicidad con la elegida de mi corazón.

»La extraña circunstancia que acaba de aproximarnos ha suscitado en mí un verdadero torbellino de interrogantes y no pocas reflexiones. Hay oportunidades que se presentan una sola vez en la vida, y si debiera acudir a un elemento de juicio que denuncie a las claras la existencia de tal realidad, bastaría señalar que tanto usted como yo hemos permanecido hasta ahora ajenos a los dardos de Cupido.

»¿Tendré que agregar algo más? Sí, claro que sí; ni los oídos ni el corazón se conforman tan sólo con la dulzura de una frase amable. Es necesario que escuchen y sientan esa maravillosa palabra que aflora a los labios amantes cuando la ternura del amor reclama al pronunciarla el derecho de ser correspondida. Amo a usted, Griselda. Y no

es la vehemencia fugaz de un instante lo que me impulsa a expresárselo; es el ascenso al trono de mi corazón del más delicado y tierno de los sentimientos humanos.

»Pero debo hacerle una confesión, una confesión que me quita buena parte de la felicidad que hoy siento. Se trata de los inconvenientes de salud que usted conoce. Ya le he referido cuánto ha influido ello sobre mi temperamento, atormentado por las rebeliones contra un destino que más de una vez amenazó con aniquilar mi vida. De ahí el pesar, la congoja que en este momento me invade. ¿Es el mío el temor de que usted se muestre indiferente a mis demandas de cariño?, ¿o el temor, quizás, de que siendo usted tan bella, tan suave y dulce, no pueda ser yo, por las razones expuestas, el depositario de su preciosa alma?

»Esta carta ha de parecerle extraña; lo sé, o más bien lo adivino. Pero sólo a la mujer amada se pueden confiar los sentimientos más preciados sin vacilación y sin temores. Le hablo con toda franqueza, seguro de que usted comprenderá la naturaleza del sentir que inspira mis palabras. El papel es un magnífico confidente del sentimiento que ansía explayarse, y el sólo pensar que estas hojas conservan viva la ofrenda que a ellas he confiado, tranquiliza mi corazón con la esperanza de que seré bien interpretado.

»Cuando días atrás me mostró sus manos, libres de sugestiva alianza, me invadió una singular ternura, y el sople ardiente de que pronto pudiera ser mía la que luciera en ellas, disipó las nubes que turbaban mi ánimo.

»He aquí, Griselda, el dictado de mi corazón. Ahora espero merecer unas palabras tuyas. No tema hacerlo con sinceridad, pues sea cual fuere su respuesta, me hallará en perfectas condiciones para recibirla.

»Con todo amor y respeto, la saluda

Claudio Arribillaga».

Algo más tarde entró doña Laura en la habitación buscando la compañía de su hija. Al verla abstraída y con la carta entre las manos, le preguntó:

—¿Quién te ha escrito?

—Claudio, mamá —repuso la joven alargándole la misiva—. Me expresa su cariño y me manifiesta a la vez serias preocupaciones...

Leyó aquélla la carta hasta el final, y, viendo luego que Griselda reprimía un sollozo, se le acercó solícita.

—¡Qué tontuela eres, hija mía!... Estoy segura de que te afliges por lo que dice de su salud. No le des tanta importancia, Griselda; un viaje en auto como el que hicimos días pasados requiere pulmones sanos y cierta resistencia física. Ayer mismo tu padre me decía algo acerca de los exagerados temores de Claudio, que obedecen, según ha observado, a una especie de manía, a una obsesión que le hace creer en presuntas deficiencias pulmonares. Me explicó que mucho de ello proviene sin duda de los cuidados desmedidos que le prodigara su padre a raíz de la enfermedad que sufrió en su adolescencia. En parte se explica; para don Roque ese hijo es el único afecto con que cuenta en la vida. Pero todo eso le ha de pasar, no lo dudes, cuando tenga preocupaciones más absorbentes.

Griselda suspiró feliz.

—¿De veras lo crees así, mamá?

—Sí, mi querida, en ese sentido puedes estar tranquila... Pero a mi juicio hay algo más importante que eso. Suponte que don Roque, por influencia de Fermina, que tanto interviene en su vida, se negara a consentir las relaciones de Claudio contigo; ¿crees tú que él sería capaz de resistirse a las determinaciones de su padre, al cual tanto respeta y tan adicto se muestra?

Sin sentirse afectada por las últimas palabras de su madre, la joven dijo con actitud tranquila:

—Yo también lo había pensado, mamá. Pero a juzgar por la seguridad que pone en sus afirmaciones, diría que lo ha descartado.

—No te fíes mucho, hija. Espera, más bien, conocer qué actitud adoptará su padre.

Cuando quedó sola nuevamente, Griselda se asomó a la ventana de su cuarto, buscando acaso en la serena calma del atardecer un sedante para su alma. Aún tenía en sus manos la carta, que oprimió contra su pecho. Era indudable que el cálido mensaje la había conmovido hondamente. Se sentía feliz con aquel cariño. Su vida, hasta entonces indiferente a los halagos del amor, experimentaba el delicioso encanto de sentirse correspondida. «Claudio mío —musitó, llevando la carta a sus labios—, para ti son mis esperanzas y mis pensamientos más puros. Hoy sé que era a ti a quien mi corazón aguardaba... Me lo anunció mi emoción, sin saber aún que eras tú aquél a quien yo estaba viendo».

Tras un suspiro feliz, como lo hace el corazón cuando desaparece la duda que lo oprime, Griselda preguntaba poco después a su madre:

—¿Sabe algo papá de todo esto?

—¡Ay, hija!... A tu padre no se le escapa ni el vaivén de una hoja.

—¿Y qué dice?

—No opuso otros reparos que los que te he expresado.

Ese mismo día Griselda confiaba a la punta de su pluma las siguientes líneas:

«Claudio:

»He leído su carta y he reflexionado mucho. Ciertamente, es éste un momento tan especial que no atino

a encontrar palabras capaces de reflejar con fidelidad mi pensamiento. Algo cohibe mi espíritu y me impide ser más explícita. Comprenda usted mi situación, se lo ruego.

»Mañana por la tarde, después del té, aguardaré su visita.

»Afectuosamente,

Griselda».



Las horas que siguieron al envío de esas líneas parecían haber transcurrido en blanco para Griselda, abismada como estaba en emotivas reflexiones. Sin embargo, el cielo de su pequeño mundo se le presentó al día siguiente ligeramente veteado de gris. Expectativa y temor confundíanse con ilusiones y esperanzas en lánguida amalgama. Su incertidumbre respecto a los ojos con que la familia de Claudio miraría su noviazgo la enervaba al aproximarse la hora de la entrevista, temiendo no saber encarar la situación.

Bajo el efecto de tales pensamientos caminaba esa tarde por los senderillos del parque, entre el verde brillante del césped recién regado y el colorido alegre de la vegetación.

Los frenos de un auto al detenerse en la explanada del hotel le hicieron volver la cabeza; bajaba de él Claudio Arribillaga. Volviendo sobre sus pasos se encaminó a su encuentro, y en pocos segundos cubrieron ambos la distancia que los separaba.

Con palabras emocionadas primero y más aplomadas después, conforme iba recobrándose de su turbación,

Claudio renovó mientras caminaban en dirección al hotel sus declaraciones de amor; mas notando en ella cierta reticencia, se detuvo.

—¿Qué le ocurre, Griselda? —le preguntó—. La noto preocupada.

—Un poco, no más... Son pensamientos que quisiera ahuyentar.

—¡Si pudiera ayudarla!... Siempre, desde luego, que ello estuviera en mis manos.

Doña Laura, saliéndoles al encuentro, los interrumpió.

—¿Qué nos cuenta de nuevo, Claudio?

—Que me siento otro desde hace algunos días, tanto que yo mismo me asombro de lo bien que estoy en todo sentido.

—Los aires serranos son maravillosos —insinuó la madre de Griselda, eludiendo la hiperbólica frase.

—Muy buenos, no cabe duda; pero no lo son todo —respondió él, espoleado por su entusiasmo—. Yo he comprobado que la nostalgia, el aburrimiento, la indiferencia pueden lo mismo asfixiarnos aunque se respire oxígeno puro.

Varias damas que en ese momento organizaban una partida de naipes se aproximaron al grupo para invitar a la señora de Laguna, la cual, dejando libres a los dos enamorados, les permitió ir en busca de un lugar discreto donde conversar holgadamente.

A instancias de Claudio, interesado en conocer el motivo de su preocupación, Griselda le expresó:

—Me inquietan, tal vez más de la cuenta, las dificultades que su padre pudiera crearle al enterarse de sus propósitos. Sé muy bien que es usted libre y que no podrá él sino ceder a sus determinaciones, pero sentiría yo tanto la interposición de un desentendimiento que pudiera lesionar los afectos...

—¡Oh, no veo el motivo, Griselda!... ¿Qué razones podrían existir para oponerse? Además, si ello aconteciera, sólo duraría el tiempo que las circunstancias demandasen para convencerlo de su inoficiosa postura. Confío mucho en mi padre, cuya única preocupación fue siempre la de verme feliz. Ya le he adelantado algo sobre el particular y no ha de tardar en llegarme su respuesta.

—¡Qué apresurado! —exclamó Griselda sentida—. ¿No habría sido más eficaz encarar el asunto personalmente?

—Tal vez, pero de todos modos ya no hay remedio ni temo ninguna consecuencia. Me preocupa muchísimo más, créame, la predisposición de mi organismo a indisponerse.

—¿Y no serán infundadas tales preocupaciones?

—¿Por qué?

—Porque me parece que es usted bastante aprensivo. Presumo que con el pretexto de su salud se ha acostumbado a mimar demasiado su propia persona.

Claudio la miró fijamente unos instantes, sin que pudiera apreciarse si la perplejidad que asomaba a su rostro obedecía a una reacción ante la duda expresada por ella o a un sobresalto producido de súbito por el reconocimiento de un error en el que hasta entonces no había reparado. ¿Las palabras de Griselda obraban en ese momento sobre él a modo de exorcismo? ¿Estaba cayéndose a pedazos el hechizo que lo obsesionara induciéndole a magnificar los síntomas de una dolencia padecida tiempo atrás y prácticamente extinguida? Sus propias palabras dieron la respuesta.

—Sólo una circunstancia como ésta —dijo— podía haberme producido semejante efecto, Griselda. Si antes de conocerla a usted otra persona me hubiera formulado la misma reflexión, la habría rechazado ciegamente.

No existía en mí, como existe ahora, el menor deseo de modificar mi creencia. Mas así como antes la alimentaba, impelido por pensamientos de rebeldía contra mí mismo provenientes de mi creencia, en adelante la rechazaré porque quiero sentirme sano, gozar de la vida, y en ese empeño aplicaré mis mejores energías. ¿Sabe usted que ha puesto sin quererlo el dedo sobre mi mal? Me siento curado, se lo aseguro; milagrosamente curado.

—¡Asusta de veras la rapidez con que aparta usted de su camino los obstáculos! Me pregunto si no convendría que pensara con más calma las cosas; que pensara, por ejemplo, en este paso tan serio que se propone dar.

—¡Por favor, Griselda!... El amor se siente, no se piensa... y aun en el caso de recurrir a algún razonamiento, éste no escaparía a la influencia del sentimiento.

—Pero ¿está usted seguro de ser correspondido? —insinuó ella, con coquetería.

—Completamente seguro, porque el lenguaje de las almas es más expresivo que las palabras, y antes que pronunciamos una sola de ellas ya nos hemos convencido en secreto de que no somos indiferentes al ser en quien hemos puesto la mirada y el sentir... En este momento yo podría agregar que me lo dicen sus ojos... y también sus labios, al sonreír, pese a que no se han pronunciado todavía.

—Parecería que no lo necesita —dijo ella, graciosamente.

—Ahora más que nunca, Griselda. Pero la relevo de tal requisito, figurándome que ya fue llenado.

Bajó ella sus hermosos ojos y un suave rubor coloreó sus mejillas.

El embrujo del momento los envolvió con sus alas inmateriales. En ese fugaz instante tomó Claudio

entre las suyas una mano de la joven y se la besó con ternura.

—Griselda, quiero que sus padres conozcan sin tardanza lo que pienso.

—Es un poco prematuro, Claudio. Será mejor que lo haga usted en Buenos Aires.

—No; no puede ser. Ansío dejar cumplida cuanto antes esta formalidad. Es para mí una necesidad de todo punto imperiosa.

El hotel volvía a animarse ya con la presencia de los que llegaban antes de la cena.



El día siguiente amaneció lluvioso.

Durante el desayuno, Griselda se lamentaba con visible mortificación. Sus padres sonreían para sus adentros ante el volumen que iba adquiriendo el imprevisto contra-tiempo en el ánimo de su hija.

—¡Qué bien les viene a los sembrados esta lluvia! —manifestó el doctor, con cierto tonillo malicioso—. Aunque no creo que disfruten por mucho tiempo de ella. Esta lluvia pasará...

—Yo pienso lo mismo. Seguramente a mediodía ya habrá calmado... —agregó doña Laura, haciendo también ella su pronóstico.

—¡Yo me temo que dure todo el día! —se lamentó Griselda, para quien el aspecto del cielo presagiaba lo contrario.

No perdía de vista el doctor Laguna la inapetencia de su hija. Mientras untaba con mantequilla y dulce un trozo de pan, le recomendó furtivamente, siempre con

el mismo tonillo malicioso, que no dejara de comer por eso. Lo hizo con tal gracia, que consiguió al fin hacerla sonreír.

Mas el mal tiempo no tenía remedio. La lluvia no cesaba, y a cada oscurecimiento del cielo renovábanse los chaparrones. Densas nubes impelidas por el viento en fuertes enviones, cumplían con apremio la tarea de descargar sus odres repletos, al punto de hacer pensar que se habían inundado los dominios del presunto guardián de las llaves del cielo.

Al atardecer, Griselda observaba con incontenible desaliento el tumulto atmosférico, que por instantes cobraba violencia. El pesado carromato de las horas parecía atascarse de tanto en tanto. Su lentitud hierática contrastaba con la angustiada mirada de la joven, que contemplaba la porfiada contienda entre lluvia y viento tras los ventanales del *hall*. De rato en rato consultaba su reloj, cuyas diminutas agujas, ajenas a su impaciencia, recorrían la esfera con imperturbable monotonía.

La voz de Claudio le hizo volver de pronto la cabeza, trocándose instantáneamente su angustia en alegría plena.

—¡Oh!..., ¡qué imprudencia!... ¿Cómo ha venido con este tiempo? —le dijo, acudiendo a las palabras más apropiadas para velar su complacencia—. ¿No le hará daño?

—Tenía una misión impostergable que cumplir, Griselda... La razón que media supera a todas las demás.

Sentáronse a continuar su plática, que más de una vez debieron interrumpir para hablar del tiempo y otras fruslerías, solicitados por los amigos que permanecían en el hotel obligados por el temporal.

—Desde ayer —manifestó Claudio— no he hecho más que tejer proyectos sobre nuestro futuro. Vea usted

cómo son las cosas: el mismo que un día atrás dudaba de poder variar el curso de su vida le entrega a usted ahora la llave simbólica de su destino.

—¿Será por ventura la primera vez que lo hace?

—Sí, Griselda; se lo afirmo con toda honestidad. Jamás me ha sucedido nada parecido, por la sencilla razón de que ninguna de las mujeres que he tratado despertó en mí la simpatía que usted me inspira. Cualquiera diría que vivo con retraso, pero la Eva actual, tan emancipada, tan extralimitada a veces, no responde a mis gustos.

—¿Se puede saber dónde ve usted tanta diferencia? Apenas me ha tratado... ¿Quién afirmaría que no pueda merecerle yo pronto el mismo concepto?

—No, Griselda, usted no. Toda su persona constituye una excepción que no comulga con el vulgarismo de una sociedad que ha perdido el encanto de la antigua intimidad familiar.

—¡Habla usted ni más ni menos que como mis padres! Ellos no se avienen a aceptar con buenos ojos el género de vida de nuestra época. No se imagina las veces que he oído a mamá combatir a sus amigas porque sostienen el criterio de que resistirse a las nuevas costumbres es caer en el ridículo.

—¿Y usted comparte sus juicios?

—Sí; pero con la diferencia de que en ella obra una convicción robustecida por sus observaciones y su experiencia de la vida, mientras que en mí todo proviene de la educación recibida y de conceptos adoptados libremente por afinidad con mis necesidades íntimas, mis aspiraciones, mis gustos, mi modo de ser.

—¡Cuán feliz me siento al ver confirmados mis propios pensamientos!

—Siendo yo niña —prosiguió ella—, recuerdo cuánto me deleitaba escuchar de labios del abuelo relatos de

leyendas en las cuales sobresalían personajes en actos de generosidad y heroísmo. Al ir creciendo, mis padres, conocedores de mis gustos, solían obsequiarme novelas y libros de diverso género que leía con verdadera pasión. Por eso luego, al aproximarme más a la vida, experimenté sensibles decepciones. Y no vaya usted a creer que pretendía hallar la copia exacta de lo que llevaba metido en mi imaginación, ¡oh, no!...

—¡Menos mal! —exclamó Claudio, riendo.

—No se alegre tanto; aún no le he dicho hasta qué punto he ido reduciendo mis pretensiones.

—Eso espero, justamente; que no las haya mantenido tan alto que me sea difícil satisfacerlas.

Tras una sonrisa, Claudio agregó henchido de entusiasmo:

—Celebro, Griselda, que sea tan reflexiva; lo celebro y la aplaudo. No sabe cuánto se exalta mi amor al oírla y al conocer de cerca las intimidades de su alma.

Intentó con vehemencia tomar de pronto entre las suyas las manos de Griselda, mas ella se opuso delicadamente.

—No es juicioso, Claudio, dejarse llevar por arrebatos.

—Tiene razón. Veo que comienza ya a guiarme para que me sea menos difícil el camino que deberé recorrer hasta usted. Ello me complace, y hasta me siento agradecido. En verdad, soy algo impulsivo.

—¿Algo, no más?

Al punto, procurando expresarse en forma de no exponerse a un nuevo fracaso, Claudio preguntó:

—¿Por qué no nos tuteamos como cuando éramos niños?

—Porque ahora somos grandes y es usted un señor muy respetable... —repuso ella, riendo.

Y así, mientras el estratega pretendiente movía sus alfiles con hábiles jugadas, la reina blanca se desplazaba con agilidad por el tablero. Los jaques se repitieron con frecuencia, mas sin llegar, empero, a definir el encuentro.

Con pesar llegó al fin la inevitable y temida hora de la despedida. Al separarse aquella tarde, guardaron ambos dentro de sí la dulce promesa de una aproximación de sus vidas que se iría acentuando en los días venideros.



Esa misma noche, mientras aguardaban en el salón la llegada de doña Laura para organizar una partida de «canasta», el doctor Laguna interpelló a su hija:

—He sabido por tu madre que Claudio Arribillaga se interesa por ti.

—Así es, papá —repuso Griselda; y, alentada por el tono afectuoso de la voz paterna, le descubrió la atracción que mutuamente sentían, suscitándose a raíz de ello un diálogo cordialísimo.

Unióse a ellos doña Laura, y, entre apreciaciones y bromas, transcurrió un instante de comunicativa alegría.

Abierto el juego, no tardaron sus alternativas en promover disentimientos —acaso los únicos que se producían entre ellos—, ya por simulada vanagloria del que ganaba, ya por disconformidad aparente del que erraba. En el fondo, todo era parte del entretenimiento.

Liana y Albina acercáronseles para invitar a Griselda a integrar un grupo juvenil. El ya próximo regreso

de los Laguna era motivo más que suficiente para su aceptación instantánea. Así, pues, el remate feliz de una jugada de doña Laura permitió a Griselda cumplir con sus amigas.

Mezclándose en el grupo, Griselda ocupó un lugar junto a Liana, quien tomándole la mano, le dijo en seguida por lo bajo, con tono cariñoso:

—No sabes cómo se habla de tu asunto... ¡Es la comidilla del día, querida!

—¿Y qué es lo que se dice?

—¡Te asustarías si te lo contase!... —le respondió la muy pícara, con deliberada exageración.

—Ya veo —manifestó Griselda, resignada a soportarlo todo— que aquí nadie escapa a la voracidad del comentario, insaciable en su afán de pasar por el molinillo de la crítica cada grano que logra arrebatar de la cosecha ajena.

—Y cuando el grano es del tamaño de un poroto... —añadió Liana, soltando una carcajada— ¡ya puedes suponer el trabajo que ha de darle al molinillo!

Su contagiosa risa contribuyó a que los demás quisieran conocer los motivos del alboroto.

—¡No, no, no!... Son asuntos particulares que no se prestan al zarandeo de la opinión pública —sostuvo Liana.

—¡Queremos saber de qué se trata! —insistieron los del grupo, coreando a media voz el estribillo.

José Gutiérrez, oportuno y cumplido como siempre, salió en defensa de las dos jóvenes proponiendo, con gestos no exentos de comicidad, perdonarles por esa vez la travesura, cuyo epílogo, dijo, parecía ser de carácter reservado. El episodio terminó con una tremolina de risas, chistes y ocurrencias.

No faltó quien, en son de chanza, expresara su asombro por no haberse invitado a Claudio Arribillaga esa

noche, insinuación a la que Gutiérrez respondió diciendo que él mismo se había encargado de hacerlo, pero que aquél se había excusado por hallarse a la espera de una comunicación telefónica con Buenos Aires.

Griselda no pudo evitar un sobresalto y, de serle posible, de buena gana habría dejado en ese mismo instante a sus amigos.

Cuando pasada la medianoche entró a su cuarto, vio luz en la alcoba de sus padres y, oyéndolos hablar, fue hacia ellos.

—¿Cuál de los dos resultó ganador? —les preguntó solícita.

—Salimos iguales —repuso el doctor Laguna—. A tu madre es difícil ganarle.

—No es eso... —protestó la señora—. Lo que pasa es que tú te distraes.

—Tal vez sea como dice mamá, porque tú generalmente pierdes.

—Y a ti, ¿cómo te fue?

—Muy bien, mamá; tuvimos una reunión divertidísima —respondió la joven.

Su rostro no atestiguaba, empero, lo que decía. Sin duda ella misma se daba cuenta y, para evitar nuevas preguntas, manifestó hallarse algo cansada, despidiéndose de sus padres con su habitual afecto.



A través de la entornada persiana los rayos de la luna formaban caprichosos dibujos sobre el raso de la colcha que cubría la estilizada silueta de Griselda. Arro-

bada tras persistente desvelo por el cántico hipnótico de Morfeo, ésta había languidecido al fin en sus brazos, quedándose profundamente dormida. Con la hermosa cabeza reposando confiada sobre la almohada, evocaba en ese instante el adorable espectáculo de aquellas princesas orientales que el numen poético describe como guardadas en torres inaccesibles. En sus alcobas, entregadas al sueño o al éxtasis, burlaban, sin proponérselo, la vigilancia de sus cancerberos. Esa evasión en espíritu les permitía alcanzar el connubio divino propiciado por sus alucinaciones, que atenuaba en parte el martirio de un encierro incomprensible condenándolas a eterno celibato. El alma de Griselda, par de aquellas cautivas regias, se había remontado sin duda hacia las estepas celestiales, de las que suele conservarse al despertar vaga memoria. La incertidumbre del futuro, las dificultades que podrían sobrevenir en las etapas de su noviazgo, constituían para ella esa simbólica prisión. Hondos suspiros, que de tanto en tanto escapaban de su pecho, parecían hacerle trasponer las murallas legendarias, para acariciar en lo más íntimo de su corazón contenidas expansiones.

La inmensa cúpula celeste con su oscuro telón de fondo desplazábase prodigiosamente hacia otras latitudes, y sus eternos luminares, como ojos que jamás conocieron el sueño, la seguían para escrutar nuevos destinos.

El imponente Febo, que no entiende la lengua de los enamorados, alzóse al cabo enhiesto, devorando con afán de cíclope los minutos que el reloj de los hombres se encarga de anotar con rigurosa precisión.

Todo parecía favorecer el instante de un agradable despertar. Mas luego de abrir plácidamente sus ojos, Griselda no tardó en recordar sus preocupaciones anteriores. Vistióse inquieta, disponiéndose, con escaso entusiasmo,

a acompañar a sus padres a uno de los últimos paseos de su estadía en las sierras.

Aquella excursión por las montañas habría de ser la menos plácida para ella, pues por un inesperado retraso al emprender la vuelta, su corazón enamorado hubo de sufrir continuos sobresaltos al ver cómo se iba malogrando el feliz encuentro con que contara esa mañana.

Tal no ocurrió, sin embargo.

Al penetrar por los grandes portones del hotel, cruzáronse con el coche de Claudio. Volver éste su vehículo en rápida maniobra, abrir la portezuela, saltar del asiento y estar junto al de los Laguna en el preciso instante en que Griselda descendía de su coche, fue todo uno.

—¿Se iba usted? —le preguntó Griselda, con ansiosa mirada.

—¡Oh, no!... Iba al correo a despachar una carta, pensando que llegarían demorados.

—Papá es temperamentalmente reacio a la velocidad.

Oyéndola, su padre se justificó muy calmosamente:

—Yo no me fío de las ruedas, hija. Por lo demás, no siempre correr es bueno cuando queremos ser puntuales.

En breves palabras, Claudio impuso a Griselda de las novedades que se le habían presentado.

—Anoche —le dijo—, al regresar a casa, encontré un telegrama de mi padre urgiendo mi regreso. Al instante presumí que su llamado respondía a mi carta, hecho que confirmé más tarde por teléfono.

—¡Oh, Claudio, ya lo presentía! El comienzo de nuestras dificultades no podía demorar.

—No piense usted en eso, Griselda. Es lógico que mi padre desee conocer mis propósitos.

—Naturalmente. Lo extraño es el apremio por su vuelta. ¿Qué piensa hacer ahora?

—Partir mañana de madrugada. No estaré tranquilo hasta resolver favorablemente este asunto.

—Se nos adelantará un día. Nosotros saldremos pasado mañana.

—Es realmente una pena que no podamos hacer juntos el viaje.

Cuando el doctor Laguna se enteró del inesperado regreso de Claudio, sugirió a su esposa que se lo invitara a almorzar. La propuesta fue acogida con agrado unánime.

Laguna y Arribillaga dirigiéronse al bar, y allí, mientras esperaban que las damas se les reuniesen, el joven enamorado expuso al doctor los propósitos que lo animaban respecto de su hija, reforzando sus palabras con la afirmación de que pondría todo su empeño en hacerla su esposa lo antes posible. A las prudentes reflexiones del doctor en el sentido de que tal proposición tendría que ratificarla en Buenos Aires después que conversara con su padre, Claudio respondió que seguiría esa línea de conducta.

—Sea como fuere —concluyó el doctor Laguna—, cuente usted con toda nuestra simpatía y nuestros mejores anhelos de que se resuelvan con acierto sus asuntos.

El almuerzo transcurrió alegremente. A los postres, el padre de Griselda brindó por la felicidad de todos. Claudio entonces levantó su copa:

—Aunque el hecho parezca prematuro —manifestó—, mi sentir me hace ya miembro de la familia, a la que auguro un porvenir pleno de ventura.

Momentos después, discretamente, los padres de Griselda despidiéronse de Claudio, retirándose a descansar.

Cuando estuvieron solos los dos enamorados, él, satisfecho por el giro de las cosas, expresó a Griselda:

—Ojalá podamos sumar a este día inolvidable muchos otros, aún más gratos y dichosos.

Invitados luego por la placidez atmosférica, salieron a dar un breve paseo por el parque. Allí, al estímulo de la dulce soledad, confiaron ambos sus corazones a la intimidad de aquel momento idílico, consintiéndose el obsequio de la más exquisita de las caricias.

Al separarse de Griselda, Claudio llevó aquel día ese dulcísimo recuerdo que renovarían en él, instante tras instante, la promesa de hacerla compañera de su vida.



En Buenos Aires aguardaba a Claudio una situación delicada. Nora, reaccionando desaprensivamente a raíz de su actitud resuelta y terminante, se había llegado solapadamente hasta don Roque en un atrevido intento de triunfo. De ello tuvo noción el joven apenas cambiara con su padre las primeras palabras, pues éste, que había dado crédito a los dichos de su prima, juzgándolo con excesiva severidad, no tardó en llenar sus oídos de cargos y censuras.

Una gran pesadumbre se apoderó de su ánimo, sobre todo al considerar los efectos de la intervención de doña Fermina que, desconociendo los tejes y manejes de su hija, había planteado el asunto a don Roque con pleno convencimiento de que abogaba por una causa justa.

Al otro día, en horas avanzadas de la tarde, Claudio, sin haber logrado aún solucionar aquel imprevisto,

vestíase dispuesto a hacer un recorrido por las calles para borrar los efectos de las anteriores horas de angustia. Todos sus movimientos relacionados con aquella tarea indicaban que la depresión impresa en su talante restaba vigor a sus miembros. Lejos estaba de suponer que Patricio, al entrar en ese instante a su habitación, le anunciaría la presencia en la casa de doña Fermina y su hija Nora.

La novedad consternó al joven. Pero luego la indignación le hizo reaccionar, y con la diligencia del criado logró vestirse rápidamente, deseoso de enfrentar cuanto antes la turbia y desagradable situación.

Descendió presuroso la escalera y, con su andar ligero, nervioso, resuelto, penetró en el despacho de su padre donde los tres se hallaban reunidos.

Con afectada explosión de asombro y alegría lo recibió doña Fermina:

—¡Claudio!... ¿Cómo estás?

Y agregó en seguida, regañándole:

—¡No nos hablaste por teléfono!... ¡Es increíble!...

Se excusó Claudio con la parquedad que la misma situación le imponía, saludando luego a Nora.

Después, todo fue silencio. Don Roque, tieso en su sillón, cohibía a todos con su actitud austera, recia, poco común en él, manteniéndolos en la expectativa de lo que parecía dispuesto a decir: las mujeres, pendientes de un pronunciamiento favorable; Claudio, prevenido contra lo que de su progenitor pudiera llegarle en aquel momento.

Don Roque, habiendo sacado suficiente brillo a sus gafas, entró en tema.

—Precisamente —expresó—, han llegado ustedes en un momento especialísimo, porque estoy proyectando un viaje a Europa en compañía de Claudio.

—¡No puede ser, tío Roque!... —protestó Nora.

—¡Pero cómo ha podido ocurrírsete semejante cosa!... —objetó la madre, irguiéndose en su asiento.

En cuanto a Claudio, no habría sido posible en tan fugaz instante afirmar si adivinó en las palabras de su padre un ardid para poder sacarse de encima la cargosa parentela, o si lo interpretó como una medida de fuerza esgrimida contra él para presionarlo. No obstante, mantúvose impassible.

Fermina se apresuró a tomar de nuevo la palabra, azorada por la intempestiva determinación de don Roque, al que increpó con energía:

—¿Justamente ahora se te ocurre viajar a Europa? ¿Ahora, que proyectábamos formalizar el compromiso de Norita y Claudio?

—¡Cómo!... —preguntó éste, perplejo— ¿quiénes van a formalizar mi compromiso?... ¿Ustedes?... ¿Y yo no soy nadie?... ¿Pero de dónde han sacado esos amores que jamás han existido?

—¡No es cierto lo que dices! —le reconvino Nora, airada—. ¡Has tenido conmigo atenciones y palabras que decían muy bien lo que en este momento niegas! También te he escrito cartas, y nunca rechazaste lo que en ellas te decía.

—¿Y no fue suficiente para ti que las dejara sin responder?

Doña Fermina enrojecía sofocada por todo aquello. Mas confiando en que aún podría hacer valer su influencia sobre Claudio, expresó, conciliadora:

—Pero hijo, ¿qué te ha pasado? ¡Te desconozco! ¿Ignoras acaso que desde hace más o menos un mes, desde la fiesta de Cecilia, todos hablan de tu noviazgo con Nora? ¡Vamos, muchacho, hay que arreglar este asunto!... Tienes que ser razonable.

—Lo siento, tía. Nada tenemos que arreglar, puesto que nada de lo que aquí se ha dicho ha existido nunca.

Nora lo miró con desdén.

—¡Qué bien!, ¿no? ¡Eso lo dices ahora, después del enredo con tu pretenciosa Dulcinea!

Claudio no le respondió. Pero decidido a poner punto final, informó a sus parientes que su noviazgo con Griselda era un hecho que no admitía discusiones.

Doña Fermina, que veía desplomarse su ascendencia familiar, no sólo sobre don Roque, que hasta allí nada había dicho en su favor, sino sobre Claudio, terminó por enrostrar a éste duramente su proceder para con ellas, que tachó de insensato. Y como si eso fuera poco, Nora, excitadísima, le dijo con despecho:

—Es innegable que he estado haciendo el papel de boba. ¡Cómo se ve que la nieta del viejo Laguna te siguió los pasos!

Don Roque, desagradado en sus adentros por aquella agria controversia en la cual las palabras subían de tono, intervino entonces con ánimo de apaciguarla, explicando en breves términos las circunstancias que motivaron el encuentro de Griselda con su hijo. Pero ello no bastó. Una y otra vez hubo de interponer sus buenos oficios, hasta que, cansado al fin, le dijo por las claras a Fermina que no insistiera y dejara el asunto por su cuenta.

Cuando ésta y su hija se marcharon, don Roque volvióse a Claudio, que permanecía cabizbajo y como aplastado en su asiento, y después de mirarlo durante un instante, acaso con menos benevolencia que la exigida por su corazón, le inquirió:

—¿Te has informado sobre la posición económica de los padres de esa muchacha?

—No me preocupé de averiguarlo... —replicó su hijo, contrariado por la índole de la pregunta y por la forma de aludir a Griselda.

Serenóse, no obstante, y agregó:

—Sólo sé que su padre es un médico de prestigio, que ejerce con éxito su profesión. Por otra parte, aunque poco he tratado a su familia, tengo un óptimo concepto de ella. En cuanto a Griselda, ya te he dicho que es buena, culta e inteligente. Si la conocieras, no dudo de que la querrías mucho.

Después de escuchar aquella respuesta, franca y sencilla, don Roque, cuyos pasos sin objeto en un sentido y otro de la sala denunciaban su gran nerviosidad, se detuvo frente a su hijo:

—Lo único que puedo decirte es que será para nosotros un bochorno cuando parientes y amigos se enteren de que has puesto los ojos en una mujer que no es de tu misma condición social. Veo en todo ello una ligereza de tu parte, y puedes estar seguro de que me negaré a transar.

No era, por cierto, el libre juicio de don Roque lo que Claudio acababa de escuchar. Conocía a su padre y podía apreciar hasta qué punto las ideas superficiales de Fermina se le habían metido en la cabeza y lo mucho que había influido ella para disminuir y aun lesionar la posición de la familia de Griselda. Dándose cuenta cabal de su situación desventajosa y dudando ya de poder romper aquel emperreamiento, le dijo, no obstante, con tono persuasivo:

—Creo, papá, que en nada habrá de desmerecerse nuestro nombre. Se trata de una familia honorable. Además, Griselda reúne todas las condiciones deseables para ser mi esposa. Y por último, como soy yo quien tiene que casarse, el mínimo derecho que me asiste supongo que es el de elegir la novia.

Viendo don Roque que ninguno de los recursos puestos en juego para someter a su hijo habían tenido éxito, se dispuso entonces a esgrimir otro más

contundente, desde luego sin el propósito de consumarlo.

—Bueno, ¡muy bien! Pero debes saber que tengo resuelto confiar la administración de mis negocios a otra persona. Hace más de diez años que don Gregorio se encarga de la contabilidad y podrá suplirte sin inconveniente alguno.

—¿Quieres decir que me desligas de todo?

—Así es. Mas eso no debe extrañarte, pues estoy haciendo lo que tú: ejercer el derecho de libre voluntad.

—Está bien... —repuso Claudio, con evidente desconcerto.

Y sin decir más abandonó el despacho.



A raíz de aquel suceso la mente de Claudio bullía como una caldera. Tras horas de agitado sueño pidió por la mañana el desayuno, marchando luego a casa de don Luciano Almeida, rico hacendado y viejo amigo de su padre.

Salió a recibirlo su hijo Luciano, el menor de sus vástagos, más conocido por Lucianito, diminutivo que conservaba desde su niñez, lo mismo que su carácter chancero y juguetón. Era coetáneo de Claudio y compañero de vida estudiantil.

Con vivas muestras de júbilo festejó éste la visita de su amigo, mas pronto se contuvo al ver su aplanamiento, que Claudio le explicó en parte diciéndole que tenía suma

necesidad de hablar con su padre por circunstancias que lo preocupaban.

Momentos después Claudio se encontraba a solas con don Luciano, que lo acogió con paternal afecto.

Era éste un hombre llano y honesto, blando y sumamente optimista, condiciones que unidas a su gran holgura económica habían influido en el carácter despreocupado y ligero de su hijo.

—¡Hola, Claudio!... ¿Qué te trae tan temprano por aquí? —le dijo de entrada; mas al ver su cara desencajada, agregó—: Juraría que hay de por medio alguna pollerita...

—No se trata de lo que usted piensa, don Luciano —replicó Claudio, narrándole el percance.

—Me hago cargo de lo que te ocurre —expresó el señor Almeida, después de escucharlo—; conozco a tu padre y sé que es medio cabeza dura; cuando se aferra a una idea, no hay quien se la saque de la mollera.

—Precisamente por eso he pensado en instalarme por mi cuenta y dejar que las cosas corran como están.

—¡No, muchacho! Eres joven e inteligente y no dudo que tu profesión te ayudará a hacer carrera, pero no creo que te convenga ir tan lejos.

—Es que yo no veo otra salida, don Luciano. La única solución posible es instalarme en el bufete de algún colega amigo.

—¡Cómo! ¿No dispones acaso de la herencia de tu madre?

—Mi padre nunca me habló de ella ni a mí me preocupó jamás ese punto, que, por respeto, tampoco me gustaría tocar ahora.

—Sin embargo —opinó don Luciano—, creo que las circunstancias te imponen un cambio de parecer, puesto que debes encarar la vida teniendo en cuenta la perspectiva de formar un hogar. Yo sé muy bien lo que ha movido

a tu padre a no hablarte nunca de esos bienes, pues es muy receloso del mal uso que a tu edad puede hacerse de una fortuna... Bueno, Claudio, si quieres, yo hablaré con él sobre esta cuestión.

—Preferiría que no lo hiciese, don Luciano; ya sabe usted que para mí eso es sagrado.

—Entonces, lo más prudente será que trates de reconciliarte con él. ¿Quién te dice que no lo encuentres hoy con otra disposición de ánimo?

—Lo dudo, y como no pienso ceder un palmo en lo relativo a mi novia, he resuelto abandonar la casa de mi padre para evitar otros disgustos.

—¿No te parece extremosa esa determinación? Procura evitar la vehemencia, muchacho.

Interpuso don Luciano varias veces su llamado a la serenidad y la templanza, mas viendo la firmeza que traducían las palabras de Claudio, concluyó ofreciéndole su casa hasta tanto arreglara su situación:

—Me dirás luego si necesitas algo. Y ya sabes, no te preocupes demasiado por este asunto. No hay que desesperar, mi amigo —añadió poniéndose de pie y apoyando su diestra sobre el hombro del joven—. Las cosas no siempre salen como uno quisiera, pero si desmayamos, será más difícil todavía alcanzar lo que honestamente nos hayamos propuesto. Ahora piensa bien lo que has de decidir y luego hablaremos.

Al dejar la casa de don Luciano, resuelto a retirar de la suya sus efectos personales, Claudio pensaba con gratitud en la nobleza de aquel gesto amplio y generoso del amigo de su padre. Absorto en sus preocupaciones y exigido al mismo tiempo por su premura de llevar a cabo la idea que lo aguijoneaba, anduvo por las calles como un autómatas, ausente de cuanto ocurría a su alrededor. Al llegar lo recibió Patricio, a quien ordenó la preparación de sus maletas.

—¿Vuelve usted a salir de viaje?... —le preguntó éste con discreción y sobresalto a la vez.

Contra su costumbre, Claudio no le respondió, y quien sabe por qué curiosa causa, en vez de subir precipitadamente la escalera que le llevaba a sus habitaciones, ascendió por ella con toda lentitud, como si contara los peldaños.

Listas ya las maletas, en cuyo acomodo intervino, pidió a Patricio le buscara un taxi.

—¿Es posible, niño?... ¿No sale usted en su coche?

—No, Patricio; no lo necesitaré.

Momentos después, Claudio se despedía de él, diciéndole algunas palabras afectuosas y recomendándole comunicar a su padre que oportunamente le haría llegar sus noticias.

Patricio, de pie junto al portal, vio alejarse el vehículo, que desapareció al doblar la esquina. No ignoraba el motivo y, ante tan extrema resolución, tampoco lo resignaba que la eventual ausencia de don Roque lo hubiese forzado a no hacer nada por impedirla.



Era aproximadamente mediodía cuando don Roque se enteró del lamentable suceso. Anuncióselo Patricio, quien al hacerlo tomó todas las precauciones para atemperar su efecto.

—¡Qué locura!, ¡qué locura!... —repetíase aquél, después de escucharlo.

Cuando pudo reaccionar del alelamiento que le provocara la noticia, decidió comunicarse con Fermina, man-

teniendo una larga y sofocada conversación telefónica durante la cual hubo de aguantarse una sarta de pullas descargadas por aquélla contra la novia de su hijo. Al final debió su parienta desatarse contra Claudio, porque se le oyó decir a don Roque:

—¡Y bueno!... ¿Qué quieres que haga?... ¿Que lo ponga en penitencia?; ¿que lo tenga pupilo en un colegio?... Déjate de tonterías, ¡qué diablos! Ya ves el resultado de todo lo que quise imponerle... No, Fermina; Claudio ya no es una criatura, y cuando lo atrapa un pensamiento es peor que yo, ¡te lo aseguro!

Don Roque almorzó apenas ese día, viéndosele luego reflexionar, como si se hubiera propuesto pasar revista a la serie de circunstancias que motivaron la situación creada. Acaso, analizando fríamente las causas que lo habían inducido a contrariar los proyectos de su hijo, reconociera que no habían existido razones valederas, porque la expresión de su rostro perdió en parte, al cabo de su examen, los duros repliegues que lo habían tornado adusto.

Fruto de aquellas reflexiones pareció ser la determinación, puesta en práctica al instante, de hacer algunos llamados telefónicos con el objeto de dar con su paradero. La indagación no dio resultado. Ocupó seguidamente el tiempo en contestar correspondencia, y, ya próxima la hora de la cena, golpeándose la frente al recordar de súbito a su viejo amigo Luciano, se lamentó de no haberlo tenido en cuenta en primer término. Comunicándose con él sin demora, en pocas palabras le impuso de las novedades de familia y le rogó que lo visitara esa misma noche.

Horas más tarde, sentados ambos amigos uno frente al otro, don Roque comentaba la breve historia de los amores de su hijo con la nieta de Laguna.

—¿Recuerdas que fue capataz de la estancia de Tullio? —le dijo a poco de comenzar.

—¡Cómo no me voy a acordar de don Pedro!... Era un excelente hombre, buen jinete y *mateador* de lo lindo. ¿No tenía un hijo médico?

—Sí, pues. Y si no estoy mal informado, vive con su familia no lejos de aquí. Al parecer, han estado en Córdoba, y allá se encontraron con Claudio, ¡y qué sé yo!..., el muchacho ha vuelto trastornado con su hija.

—Mira, Roque, discúlpame la franqueza, pero creo que haces mal en oponerte a esos amores, que al fin y a la postre no habrán de desdorar tu buen nombre. Yo no conozco al doctor Laguna ni a su familia, pero me la imagino culta y respetable; además, recuerdo, y sin duda tú recordarás también, que el finado hermano de don Pedro era un hombre de muy buena posición. Fue un médico de renombre y actuó en clínicas de Europa y Estados Unidos, becado por nuestro gobierno.

—¿Sabes que tienes razón?... Lo había olvidado. Pero dime, Luciano, ¿no tienes idea de dónde puede estar mi muchacho?

—Creo que ha llegado el momento de decirte que está en mi casa.

—¡Ah, tapujero! —exclamó don Roque, aliviado—. Lo sabías todo y te hacías el desentendido ¿eh?

—Todo no, desde que ignoraba tu posición en este asunto. Dime ahora lo que piensas hacer. Por mi parte, cumplo en adelantarte que Claudio ya fue a ver a un colega con el propósito de instalar su estudio.

—Decididamente, Luciano, no lo sé... Si me muestro indulgente, creerá que ha ganado la partida y se envanecerá, cosa que me afectaría mucho.

—No pienso eso de tu hijo. Además, yo me encargaría de hablarlo y prevenirlo convenientemente. Decide, pues, qué debo decirle.

—¡Que vuelva a casa y se deje de pavadas!

—Eso me parece bien, pero no lo recibas con rezongos porque las cosas quedarían igual. Yo pienso que debes consentir.

—Bueno, bueno..., eso lo veremos más allá.

—No, Roque; tienes que definirte de una vez. Puedo asegurarte que perderás el tiempo si intentas todavía disuadirlo.

—Está bien, Luciano... Entonces hazme otro favor: vente mañana con él y quédate a almorzar.

—Si es para celebrar la reconciliación, acepto; de lo contrario, no.

—¡Conforme!

Y con un estrecho abrazo los dos viejos amigos pactaron la vuelta del hijo al hogar paterno.



Ajeno a la entrevista que don Luciano había mantenido con su padre por la noche, Claudio salió temprano a caminar. Andaba sin rumbo, ansioso por despejar su mente, acosado como estaba por un cúmulo de pensamientos que parecían empeñados en provocar su desventura. Como suele acontecer en circunstancias semejantes, éstos se le enredaban cada vez más, justamente por causa de la imaginación, que es la que en tales casos provoca el devaneo.

Cediendo al influjo del espejismo mental, Claudio se vio de pronto envuelto en mil asuntos judiciales, cu-

yos honorarios colmaban con holgura sus aspiraciones. Las cosas iban resolviéndose en su mente con asombrosa facilidad cuando, al cruzar una calzada, la estridente bocina de un automóvil en peligrosa maniobra, le volvió a sus cabales, encontrándose nuevamente con una realidad que difería bastante de aquellas ilusiones barajadas en su abstracción quimérica. Recapacitando, pensó entonces en lo lento que resultaría el proceso de mecanizar su profesión con miras lucrativas. Su ánimo, minutos antes optimista, cayó verticalmente, y en tal estado de apocamiento llegó a la casa de los Almeida sin la menor sospecha de que allí le aguardaban noticias alentadoras.

Al entrar vio asomarse la figura regordeta de don Luciano, que lo invitó a pasar a un saloncito inmediato a su escritorio.

Viéndolo frotarse las manos, en actitud muy similar a la de su padre cuando lograba solucionar algún conflicto, pasó por la mente de Claudio una ligera sospecha de que no debían andar tan mal las cosas; mas su pesimismo, exacerbado por el ofuscamiento, anuló aquella percepción tan bien lograda.

—Anoche he conversado largo y tendido con tu padre —comenzó diciéndole— y creo que todo se va a arreglar satisfactoriamente, siempre, claro está, que no pretendas llevar las cosas con apresuramiento o cometer imprudencias.

La repercusión de tan repentina variante dejó a Claudio enmudecido, y en su semblante, tras un repetido e imperceptible cambio de visajes, asomó, como única respuesta a aquellas palabras tranquilizadoras, una sonrisa inexpresiva.

—Hay que ser menos impulsivo —continuó el señor Almeida—; hay que sosegar ese brioso corcel que todos

llevamos dentro y que a tu edad, si se desboca, difícil e ingrata tarea es sofrenarlo, hijo... Lo que no quisiera es que tomaras las cosas con aire de triunfo al acceder tu padre.

—De ningún modo, don Luciano; sólo deseo que las cosas se encaucen razonablemente.

—Muy bien; ¡así se habla! Marchemos ahora, que tu padre nos espera.

No poco esfuerzo le costó a Claudio disimular su emoción. Inesperadamente comprendió que sólo así podía haberse resuelto aquel conflicto, pues era imposible que las actitudes de su padre, siempre nobles y generosas, se manifestaran en esa circunstancia de otro modo. En un instante —¡cuánto puede el pensamiento en breve tiempo!— lo olvidó todo para contemplar con sentida reconvención su propia conducta, impetuosa, vehemente, descontrolada. Tenía razón don Luciano: debía aprender a sosegar el brioso potro que llevaba dentro. Mas ¿qué era lo que se había operado en él para que así, de pronto, como por milagro, asistiera a ese desplazamiento que acababa de transformar en luz la obscuridad que un momento antes turbaba su entendimiento y su corazón?

La voz de don Luciano, listo para salir, lo sacó de su eventual meditación.

Momentos más tarde Claudio se arrojaba en brazos de su padre, disculpándose por sus arrebatos.

—No hablemos más de eso, hijo; bastante me ha mortificado.

Pasado el momento, don Luciano saludó a su amigo, diciéndole en son de broma:

—Aquí está el hijo desaparecido, ¡y que todo sea para felicidad de ambos!

—Gracias, Luciano —le expresó don Roque, muy conmovido.

En su faz morena la palidez surgía como secuela de sus recientes padecimientos.

Del despacho donde había tenido lugar aquella escena pasaron al *living*, que les brindaba con sus luminosos ventanales y su ambiente acogedor marco favorable a la cordialidad que comenzaba a insinuarse.

Allí, fingiéndose imperturbable, rígido, don Roque preguntó a su hijo:

—Y... ¿qué has pensado sobre nuestro viaje a Europa?

Al oír eso, Claudio miró alternativamente a su padre y a don Luciano sin comprender por qué reiteraba aquél tan inoportuno pensamiento. De nuevo su corazón comenzó a bombear con fuerza llenándole las mejillas de glóbulos, como si se extendiera por ellas una bocanada de fuego; pero al punto, una suave corriente de paz lo serenó y, con una elocuencia que le salía de lo más íntimo, respondió:

—No sabes cuánto siento contrariarte, pero tú debes hacerte cargo de mi situación y comprender que no podría ausentarme de aquí en estos momentos.

Colmado de satisfacción, don Roque le respondió, procurando todavía mantener su seriedad.

—Es una lástima que todo haya venido tan de sopetón, sin dar tiempo para pensar las cosas con detenimiento. Pero, en fin; ya que no hay otra salida —agregó haciendo un furtivo guiño a su amigo— dejaré ese viaje para alguna oportunidad menos agitada.

—¡Magnífico! —exclamó don Luciano, celebrando al par que Claudio la respuesta—. Yo también tengo pensado realizar un viajecito por aquellas tierras y, a lo mejor, ¿quién dice que no lo hagamos juntos el año próximo?

Al rato, sin perder de vista su parte en aquel incidente de familia, abordó a su amigo con simpático aire bonachón:

—Me agradaría, Roque, ver definitivamente solucionado lo del noviazgo.

Claudio montó una pierna sobre otra conteniendo el aliento. Don Roque comprendió entonces que había llegado el momento de pronunciarse. Allí, frente a él, perforando los suyos, estaban los ojillos vivaces de su amigo. Había que resolverse. Ensayó con los dedos de su diestra, a modo de preámbulo, un movimiento de tecleo sobre el brazo del sillón que ocupaba, y, resuelto al fin, manifestó a su hijo que no encontraba objeciones que formular a su determinación, motivo por el cual se complacía en dar su consentimiento.

—Gracias... —musitó Claudio, aproximándose a él y estrechándole la mano—. ¡Me has dado la alegría más grande de mi vida!

Don Roque le pidió que agradeciera también a don Luciano, cuya eficaz intervención había contribuido a disipar aquella primera discordia promovida entre ambos.

—No lo he olvidado ni lo olvidaré jamás. Ha tenido usted un noble gesto, don Luciano. Un gesto que me ha enseñado toda la grandeza que encierra el culto de una amistad virtuosamente practicada.

—Los amigos, muchacho, deben serlo en todos los terrenos. Yo no hice otra cosa que lo que tu padre hubiera hecho por cualquiera de mis hijos. ¿No es así, Roque?

—Así es, mi amigo —asintió aquél.

Decidido Claudio a dejar en esa oportunidad todo en claro, estimó conveniente hacer conocer a su padre sus deseos de casarse en breve. Don Roque opuso algunos reparos, mas pronto, inspirado por su paternal sentimiento, cuyas tiernas modulaciones rebosaban su corazón de afecto, aceptó gustoso y hasta con muestras de alegría que la boda se celebrase con la premura que su hijo deseaba.

En tan armónica coincidencia de pareceres efectuóse más tarde el almuerzo, donde el júbilo coronó aquel triunfo del afecto sobre el formulismo y la rigidez de los prejuicios sociales, que endurecen el sentimiento y sacrifican, en holocausto al Moloch de las conveniencias, las más caras aspiraciones del corazón. Sin embargo, una pequeña y atrevida nube pretendió ensombrecer por un instante el venturoso cielo familiar, al llamar Nora por teléfono, pidiendo hablar con Claudio.

Acudió don Roque a atenderla, pues comprendió que su hijo no podía ni debía hacerlo.

Volvió al rato visiblemente quejoso.

—¡Qué cargosa! —exclamó, e intentando disculparla, añadió en seguida—: Tiene el mismo carácter que su tía Evelina.

—Fui siempre poco optimista respecto a la forma cómo se conduce esa muchacha —intervino don Luciano—. Me recuerda a otras, bastante parecidas, que no han llegado nunca a ser felices.

Cuando éste se despidió, Claudio fue al teléfono a comunicarse con Griselda, que ya estaba en Buenos Aires.

Con acento aplomado le relató en breves términos lo ocurrido, pero se guardó la gran noticia, que prometió comunicarle luego a cambio de un tratamiento más familiar entre los dos: la palabra «usted» debía ser sustituida por otra más deliciosamente íntima a sus oídos.

Griselda no pudo negarse a tan agradable exigencia.

El obstinado embate de las olas que intentaran hacer naufragar las esperanzas de los dos enamorados, sólo pudo, al cabo de tantas horas de angustia, probar la solidez del vínculo que las sustentaba, dejando, al cesar, un

cielo despejado y dos almas a punto de escanciar el elixir de la bienaventuranza.

En el otro extremo de la línea telefónica, Griselda, luego de cortar, corrió llena de ternura a abrazar a su madre.

—¿Qué noticias hay? —preguntó ésta, sospechándolas favorables.

—¡Buenísimas, mamá! Después de una sostenida resistencia, don Roque ha aprobado al fin nuestra boda. Lo demás me lo contará Claudio más tarde, cuando venga a visitarnos. ¿Qué me dices ahora?

—¡Qué quieres que te diga, hija!... que tu abogado ha ganado el pleito más difícil de su vida.



Puntualmente, como lo exige un corazón amante, y exaltado, además, por emociones que ya no podía contener dentro de sí, Claudio se encaminó por la tarde a casa de Griselda. Era la primera visita a su novia en Buenos Aires, y la sola idea de renovar con ella una proximidad afectiva lo llenaba de gozo.

Ocupaban los Laguna, como bien dijera don Roque, un piso relativamente cerca de su casa.

Una criada le dio acceso al *hall*. En los pocos segundos que hubo de permanecer allí, paseó Claudio su mirada por paredes y detalles observando el acierto con que la simplicidad moderna, en materia de confort, había distribuido allí las cosas. Detuvo por último su vista en un hermoso óleo de apreciables dimensiones, sobre el cual la inspiración del artista había plasmado una escena que Claudio interpretó como la eterna lucha de la ciencia con-

tra el imperio de la muerte. Tal vez en virtud de su reciente experiencia asoció esa alegoría a la incipiente espiritual del hombre, que, en desesperado esfuerzo, trata de defenderse contra las huestes satánicas que tenazmente le hieren y deprimen al conjuro de las fuerzas invisibles e incontrastables de la adversidad.

El leve rumor de unos pasos sobre la alfombra le hizo volver la cabeza, tornándosele radiante el rostro al ver a Griselda. Con espontáneo impulso tomóle las manos y las llevó a sus labios.

Ésta esperaba ansiosa el relato, que Claudio inició poniendo en primer plano la noticia que había dejado postergada. Los demás detalles vinieron después, aunque con algunas omisiones. Evitó mencionarle, por ejemplo—como lo había hecho hasta entonces, por cortesía—, la estratagema de que se había valido Nora para torcer sus proyectos, prefiriendo atribuir la actitud de su padre a la influencia de doña Fermina y su hija que, con celo de mandonas y no poco entrometimiento, se habían valido de ridículos prejuicios sociales para tornar desfavorable a sus propósitos el juicio de don Roque.

Pendiente de cada una de sus palabras, Griselda lo escuchaba embelesada. Esto influyó, sin duda, para que él acentuara más de la cuenta la parte prominente de sus actuaciones, compensada empero por la sinceridad con que le expresaba la firmeza de sus sentimientos.

La presencia de los padres de Griselda fue un nuevo incentivo a las expansiones de Claudio, quien los saludó como el niño que imita a los héroes haciendo gala de su triunfo:

—¡Aquí me tienen! «Vini, vidi, vinci».

Doña Laura le respondió jovialmente:

—Más que a César, me recuerda usted a los protagonistas de la Iliada. Seguramente debían presentarse así

ante los suyos, tras las jornadas de lucha en torno a los muros de Troya.

—Aunque aquéllos no lo harían con el humor que a mí me anima tras esta modesta batalla librada en el reducido espacio de la vida familiar —replicó el joven riendo.

—Lo cierto es que esa «modesta batalla» nos ha traído a todos una gran tranquilidad —concluyó el doctor, que había participado alegremente de aquel feliz reencuentro—. Merece usted una felicitación por la forma cómo ha solucionado el entredicho con su padre.

Y recordando que era ya la hora de visitar a sus pacientes, se retiró con doña Laura, que lo despidió junto a la puerta de salida con un beso.

—¡Qué cariñosa es tu madre! —observó Claudio dirigiéndose a Griselda—. ¿Harás lo mismo cuando nos caemos?

—¿Por qué no, si me toca en suerte un marido como el de ella?

Y a partir de allí, empuñando las agujas mentales, tejieron ambos en profusa variedad de puntos las prendas más selectas que anhelaban vestir en lo futuro.

Claudio tenía ahora nuevas obligaciones. Muy en breve debía hacer un viaje a la estancia de su padre, a fin de arreglar allí algunos asuntos y entregar cierta suma de dinero, aparte de estudiar las reformas e innovaciones de todo orden que proyectaban iniciar en ella.

—¿Es imprescindible que vayas? —preguntó Griselda.

—Desde que vuelvo a ser el administrador... Pero será cuestión de cuatro o cinco días a lo sumo, y ya sabes que durante ese tiempo mis pensamientos estarán siempre a tu lado.

Esa misma noche, Griselda anotaba en su diario: «Hoy, al ver a mis padres despedirse, Claudio me hizo una

pregunta con la cual me señalaba, sin duda, una conducta muy de su agrado. Lo tendré especialmente en cuenta para complacerlo cuando nos casemos».



La tensión nerviosa, la preocupación y la ansiedad que tanto excitaban la sensibilidad de Griselda frente a las amenazas de la adversidad, habían ido cediendo, dando paso a sensaciones más suaves a medida que los sucesos, tornándose favorables, alcanzaban, con la visita de don Roque a su casa aquella noche, feliz culminación. Regocijada, libre ya de las tribulaciones del temor y la incertidumbre, ésta se sintió al fin invadida por una dulce sensación de bienestar.

Después de despedirse de don Roque y Claudio, a quien no volvería a ver hasta su regreso de la estancia, la joven se sintió presa de una laxitud que la obligó a buscar refugio en su alcoba. Dejóse caer sobre el lecho, donde permaneció inmóvil, como adormecida. Las ideas comenzaron a moverse en su mente, confundidas entre los caprichosos y sugestivos giros de la imaginación, hasta que, dominada por irresistible sopor, sólo tuvo la sensación de que su espíritu se elevaba tenuemente en el espacio.

Su visión, borrosa al principio, fue aclarándose gradualmente, y pudo entonces distinguir, entre árboles umbrosos, la silueta de una doncella que, por su apariencia, debía hallarse en la indigencia más extrema. La fiel partícula de conciencia que jamás abandona la vida mientras ésta permanece bajo los efectos del ensueño, reconoció en aquella figura solitaria y desamparada que se le aproxi-

maba, su propia identidad. Tenía ésta impresas en su rostro huellas de dolor y extenuación; su belleza, empero, superaba a la suya inexplicablemente.

Con andar inseguro, vacilante, la joven siguió avanzando, hasta que de súbito se desplomó semidesvanecida.

En dirección a ella, Griselda vio avanzar un sólido carruaje tirado por ágiles corceles, que parecían deslizarse a ras del suelo impelidos por el viento. Detuvo éste su marcha y, acto seguido, dos hombres descendieron, uno impecablemente vestido y otro luciendo vistosa librea. Tras breve examen, ambos a dos tomaron el cuerpo de la joven y, colocándola dentro del vehículo, prosiguieron la marcha.

Una nueva visión reemplazó a la anterior.

Animábala la misma joven, totalmente recobrada. Griselda siguió viéndose en aquella adolescente, ataviada con primor ahora, y participando de la escena como si se hallara identificada con la protagonista. La lujosa mansión que le servía de morada no le producía extrañeza alguna. Por el contrario, la envolvía una deliciosa placidez. De pronto algo atrajo suavemente su atención: la serena presencia del dueño de la casa, el mismo que la socorriera y que en ese momento le sonreía con una expresión que le resultaba familiar, aun cuando no alcanzaba a unirlo con nada en su recuerdo. Quedóse inmóvil, contenida por el respeto que le inspiraba aquel ser cuya mirada parecía penetrar en lo más hondo de su alma, como si fuera él, en realidad, el dueño de su vida.

Un ruido de persianas sacudidas por el viento desvaneció la visión; Griselda, anonadada, seguía prolongando en el recuerdo, nítido aún, las recientes sensaciones. Tan grabadas habían quedado en su retina mental las fisonomías de aquellas dos personas, una de las cuales parecía

ser ella misma, que buscó en su memoria, sin hallarla, alguna probable relación con su vida.

Aunque el personaje del sueño no acusaba semejanza alguna con Claudio, la subyugaba su figura. Esto la entristecía por instantes. Presa de inquietud abandonó el lecho y sentóse en un sillón, debatiéndose por largo rato en infructuosas conjeturas. Rendida por el sueño mudóse ropas y se acostó, durmiendo hasta muy avanzada la mañana.

Al despertar refirió a doña Laura su visión de la noche, mas ésta no le dio importancia y hasta hizo de la misma un risueño comentario.

Sin embargo, Griselda no podía apartarla de su mente.



Después de aquel rapto psicológico acaecido en las fronteras de su conciencia, Griselda comenzó a experimentar los síntomas precursores de la pubertad espiritual.

Las imágenes de su visión, manifestándose sensiblemente a su alma, hicieronle reflexionar mucho, mas en vano trató de descubrir qué vinculación podía existir entre Claudio y el etéreo personaje cuya figura retenía en su recuerdo. Había entre ambos substanciales diferencias. La seguridad y confianza que había sentido frente a él no era la misma que Claudio le infundía. Pese a las buenas condiciones que le reconocía, faltábale a éste ese firme dominio de la vida que la figura central del sueño traducía en su semblante y en sus actitudes.

Para atenuar en lo posible semejante contraste comparó a Claudio con otros jóvenes de su edad, sién-

dole fácil situarlo entre los que se destacaban por sus nobles calidades; mas concluyó, empero, apesadumbrándose ante la posibilidad de que pudiese experimentar futuras oscilaciones en sus pensamientos. Hubiese preferido un Claudio de más años, para poder ver en él, robustecidos por la mano del tiempo, los caracteres definidos de su constitución moral y psicológica. Mas ¿a qué pensar esas cosas? Claudio le inspiraba un amor tierno, y ella, como toda mujer enamorada, optó al fin por disimular en él los aspectos que no se ajustaban al molde arquetípico de su ilusión. Sus aspiraciones quedaron circunscriptas, pues, a esa realidad, confiando en que el paso de los años y su preocupación por estimular en él todo propósito elevado, contribuirían a transformarlo en el hombre ideal. Como conclusión de tales reflexiones dedujo que cuando las almas logran sobreponerse a la fascinación de los sentidos, atraídas por las afinidades del espíritu, la comprensión de las respectivas aspiraciones se amplía y permite labrar la mutua felicidad. De este modo pronto se desvaneció en Griselda el temor a las dramáticas mutaciones que suelen oscurecer el cielo de la vida conyugal.

Aparentemente, esta posición no tenía ya por qué variar. No obstante, horas después sintió que su serenidad y su complacencia cedían nuevamente, debilitándose con la presencia en su mente de aquellos primeros pensamientos.

A merced de tales fluctuaciones se dispuso a escribir a Claudio, tal como se lo había prometido, exponiéndole en los siguientes términos su sentir:

«Querido Claudio:

»Confío en que hayas tenido un viaje feliz y te encuentres bien. Aún conservo viva la emoción del reciente suce-

so que vinculó a nuestras familias y dio mayor formalidad a nuestro noviazgo. Me hace sumamente dichosa pensar que me acogió tu padre con tanto afecto y simpatía.

»Tu partida me dejó, sin embargo, algo triste, y acaso por eso he estado pensando un cúmulo de cosas. Ilusiones y temores se mezclan a menudo en mí. Será tal vez porque en mis pensamientos aparecen anhelos desmedidos. Sueño en ti, Claudio. Te veo varonil y por encima de toda vulgaridad; sin embargo, me aflige el temor de que pueda excederme en mis aspiraciones y no seas un día para mí el mismo de hoy. No dudo que harás lo posible por hacerme feliz, y yo me sentiré dichosa de saber que luchas por complacerme. En el fondo, quizás no exista en mí otra cosa que el anhelo de que aquel a quien amo logre alcanzar lo mejor.

»Mas tú, Claudio, a quien quizás con exceso de sinceridad confío estas cosas, ¿no pensarás acaso lo mismo respecto de mí?... Yo no te he ofrecido aún las constancias de eso que aprecias y admiras en mí como un dechado. Sin ninguna experiencia de la vida, ¿sabré defenderme de mis propias incomprendiones y atemperar la fuerza de mis defectos cuando la necesidad lo exija? ¿Serán suficientes los consejos recibidos de mis mayores?

»Reflexionando en todo esto me afirmo en considerar que ambos necesitamos por igual confortar nuestro ánimo, acostumbrándonos desde ahora a adaptar nuestros pensamientos a esa realidad con que podríamos enfrentarnos futuramente.

»Por mi parte, comienzo desde este instante a animar mis empeños por lograr cuanto esté a mi alcance para hacerte dichoso.

»Aguardo ansiosa tus noticias.

»Cariñosamente,

Griselda».

Acompañaba a Claudio, en viaje a Balcarce, su amigo Luciano. Llegaron a destino poco después de media tarde, bastante cansados, pues la sequía reinante había tornado aún más pesado aquel día de viento norte al cargarse la atmósfera con el polvo de los campos. Los recibió el mayordomo, que a la espera de los viajeros había divisado el coche a lo lejos, siguiéndolo con la vista mientras irrumpía en los dominios de la estancia.

Una fresca ducha seguida por abundante merienda los reconfortó plenamente. Poco después, en cómodas prendas camperas, los dos amigos sentáronse a conversar con el mayordomo al amparo de la galería, amable intermedio entre el refugio hogareño y el espacio abierto, y sitio apropiado para solaz del cuerpo y el alma. Desde allí, recostados sobre los encrinados cojines que revestían los sillones de mimbre, podían contemplar a la distancia, tras el marco alegre de las trepadoras y rosales abrazados a los pilares, la sufriente planicie, donde los sembrados languidecían faltos de agua.

Entre mate y mate, el mayordomo, hombre plácido, alegre, amoldado de años al campo y aferrado a él con entrañable cariño, fue comunicando a Claudio algunas novedades, en particular los detalles relativos al rodeo del día siguiente, en el que se esperaban concentrar, según cálculo aproximado, unas ochocientas cabezas de vacunos jóvenes con destino a la venta. Interesaba a Claudio presenciar aquella faena típica del criollo de nuestros campos y prometió al mayordomo acompañarlo, adhiriéndose Luciano de muy buena gana.

Conforme a lo acordado, partieron al despuntar la aurora. Alegrementemente, al ritmo acompasado de las cabalgaduras, avanzaron hacia el sitio destinado al hacinamiento de las bestias, distante poco menos de una legua. Con la llegada de las últimas manadas, que arreadas desde distintos puntos acudían al lugar entre nubes de polvo, el campo iba cobrando poco a poco la animación característica en tales trabajos. Estimulados por el frescor de la mañana, descansados y excelentemente dispuestos, y, por si ello fuera poco, entretenidos con los dichos amenos de Luciano y el mayordomo, que se trababan a menudo en hábil contrapunto, se encontraron mucho antes de lo pensado frente al corral de la hacienda.

Claudio y Luciano habían presenciado muchas veces escenas como aquélla, tan frecuentes en el campo, mas ambos asistían a su desarrollo como si ésta revistiese nuevo y particular interés en medio de ese breve paréntesis que los apartaba de la vida ciudadana. Tras observar un rato la maniobra, Claudio, ya por puro estímulo deportivo, ya por revivir el placer tantas veces sentido en su vida de muchacho, lanzó inesperadamente a escape su caballo en pos de unas reses ariscas y empecinadas que huían promoviendo desparramos en el ganado. Diestro en la operación, logró enlazar y acorralar varias, entre los gritos aprobatorios de la peonada. También Lucianito intervino, parodiando a su amigo y provocando el jolgorio de aquella gente sencilla.

Sentáronse luego a la sombra de un espeso monte cercano y, sin perder de vista los detalles y alternativas de la ruda faena, gustaron las delicias del asado campero y las riquísimas empanadas preparadas especialmente para ellos por Rosa, cocinera de la estancia.

Molidos y cubiertos de polvo regresaron al caer la tarde.

Desde lejos, la casa, que parecía recostada al pie de

los corpulentos árboles que le servían de fondo y reparo a la vez, acicateaba sus ansias de llegar. Era ésta una construcción espaciosa. Su techo de paja, a dos aguas, protegía, formando alero, su fachada de ladrillos blanqueados a la cal. Los dos cuerpos salientes de la planta, avanzando hacia el frente, cerraban en sus extremos la amplia galería. Vista por fuera, y observada luego en sus hermosos detalles interiores, podía apreciarse cuán bien se había logrado el propósito de adaptar a lo tradicional, al ambiente, al clima, los recursos que proporciona la fortuna en materia de gusto, bienestar y recreo. Don Roque había reconstruido en vida de su esposa aquella morada que había heredado de sus antepasados, procurando reunir allí todo lo necesario para hacer más regaladas y placenteras las temporadas con su familia. Pocos años pudo disfrutar de aquello, pues su viudez le hizo rehuir por tiempo ese lugar, sobre el cual su hijo comenzaba ahora a proyectar innovaciones, con miras similares a las que alentara él en otra época.

Seguirían a aquél otros días destinados a recorrer distintos sectores de la estancia. El diario trajín sometería a constante prueba la salud de Claudio, que venía haciendo continuados esfuerzos por sobreponerse a su aprensión. Los recientes sucesos, al provocarle fuertes sacudimientos emocionales y una tremenda excitación de nervios, habíanlo predispuerto más de una vez a caer en sus viejas preocupaciones, pero el recuerdo de Griselda, conteniéndolo y animándolo, lograba borrar a tiempo todo presunto signo de malestar.

Llevaba varios días de campo cuando recibió la carta de Griselda. La leyó ávidamente y la guardó en un bolsillo de su chaqueta. Aquellas palabras requerían mucha intimidad; volvería, pues, a leerlas y a releerlas cuando estuviera solo. Mas ese momento sufrió retrasos por los

insistentes pedidos de Luciano para asistir a la fiesta que don Marcial Villagra ofrecía esa noche en su estancia con motivo del compromiso de su hija Susana. Había costado esfuerzos romper su determinación de no participar de ella, actitud que acaso Claudio asumiera como tributo de fidelidad hacia su novia. Anochecía ya, cuando el desaliento casi infantil de su amigo logró vencer toda resistencia y, a partir de ese instante, por una particular variación del ánimo, complacidos ambos por igual, vestidos y acicalados, salieron rumbo a la estancia de don Marcial, quince leguas al Norte.

Lucianito Almeida no tenía amistad directa con la familia Villagra, pero en la hermosa residencia veraniega encontróse con muchas personas de su relación, unas llegadas expresamente de Buenos Aires y otras radicadas en la zona, quienes al ver allí a tan buen animador de fiestas celebraron jubilosamente su presencia. También Claudio fue acogido con agrado, aplaudiendo todos la circunstancia que les permitía tenerlo entre ellos esa noche.

Sus primeras palabras fueron para la prometida:

—Está usted envidiable, Susana. No ha podido ser más feliz la elección de mi amigo.

—Gracias, pero no me diga usted tanto porque me veré obligada a hacer honor a sus juicios.

En seguida agregó:

—¡Qué lástima no haya podido venir Nora! Me escribió deplorando su ausencia, pues se halla bastante enferma doña Fermina.

Una respuesta breve, lacónica de Claudio, y su actitud indiferente, incitaron la perspicacia de Susana, que expresó con maña:

—También ustedes nos darán pronto la oportunidad de festejar su compromiso, ¿verdad? Hace tiempo que no

veo a Nora. Como hemos venido este año muy temprano al campo no estoy al día con las novedades.

Iba Claudio a responderle, pero se lo impidió la presencia del novio, que a los primeros compases del *jazz* acudió en busca de Susana. Lamentándolo, dirigióse entonces al encuentro de la encantadora María Emilia, sobrina de don Marcial, y la invitó a bailar.

Llena de sospechas y curiosidad, procuró Susana encontrarse de nuevo con Claudio y, al hallarlo, no tardó en encauzar el diálogo hacia el punto en que había quedado trunco. La argucia no se le escapó a éste, a quien agradó, por otra parte, poder desmentir las versiones que circulaban. Sus palabras, por lo categóricas, disiparon en Susana toda duda y, entre bromas y frasecillas sutiles, aquélla terminó por preguntarle si su corazón no había hecho todavía su elección. Como Claudio le hablara de Griselda, cosa que hizo con el consiguiente entusiasmo, Susana cambió con frialdad de tema, alejándose en seguida so pretexto de reunirse con su novio.

Aquello era perfectamente explicable. El apellido Laguna carecía de resonancia dentro de ese medio social, no siendo difícil que en el comentario a media voz ya se hubiese infiltrado alguna hablilla malévola. Contrariado, se alejó del centro de la fiesta, buscando un lugar donde poder acariciar a solas el recuerdo de su novia. Desde allí comenzó a observar a las parejas y grupos de jóvenes, muchos de los cuales reían alborotadamente festejando tal vez alguna humorada maliciosa o un chiste de subido tono. Él también había participado muchas veces de aquellas expansiones que invadían ya los ambientes de familia, pero quería que su vida se deslizara en lo sucesivo de un modo diferente, al margen de esa vacuidad que se le hacía cada vez menos atractiva. Se afirmó, pues, en la actitud que con ingenuidad suelen adoptar los hombres jó-

venes cuando están enamorados, tal vez para acreditarse ante sí mismos como personas de juicio.

No pudo Claudio extenderse más en sus reflexiones, porque la hija menor de don Marcial se llegó a él para invitarlo a tomar parte en los juegos de prendas que se habían programado. Momentos más tarde, el azar le deparaba el placer de recibir de labios de María Emilia —impuesto por el alegre jurado en pago de una prenda— un fresco beso, que ésta depositó graciosamente en su mejilla.

—Jamás hubiese imaginado que me llevaría tan grato recuerdo de esta fiesta —dijo Claudio a la joven, al tiempo que la invitaba a la terraza para sustraerla de las bromas que tendían a hacerse pesadas.

—La verdad es que deberíamos saber prevenimos contra estas sorpresas —respondió ella, fingiendo reparos.

—¡Oh! ¿Por qué?... No podría decir lo mismo, después de recibir de usted tan delicado obsequio.

—¡Cuidado, Arribillaga!... No olvide que fue por una imposición.

Iba éste a responderle con otra frase galana, pero se contuvo al hacérsele presente que su postura de persona sería podía sufrir con ello una variante.

Sin embargo, aquel fugaz episodio, en el cual no había participado la intención ni el deseo, produjo, como era natural, reacciones en ambos jóvenes, que experimentaron luego, pasada la primera impresión, un regocijo que en vano trataban de ocultarse. Claudio no carecía de experiencia en este género de lances y hubiese podido ir más lejos, mas comprendió a tiempo, presionado por sus propósitos de contención, que era incompatible con el amor que sentía por Griselda su desliz hacia el flirteo con María Emilia.

La orquesta atacó nuevamente, viniendo ello a favorecer tan repentinas prevenciones, pues la joven,

solicitada por otro bailarín, le dejó solo. Claudio no apartó de ella sus ojos, y aún continuó admirándola mientras bailaba, aliviado empero tan oportunamente de aquella situación embarazosa. Encendió un cigarrillo, gran compañero de la reflexión, según él mismo decía, y salió al jardín a tomar el fresco de la noche y a saborear aquel éxito de su juicio sobre su naturaleza pasional.

Hallándose la fiesta en su apogeo decidió Claudio retirarse, pero hubo de hacer un enorme esfuerzo para arrancar de ella a Lucianito.

Mientras rodaba el coche sobre las huellas iluminadas por los faros, aquél no cesaba de recriminarle su inusitada actitud.

—¿Se puede saber por qué tanta urgencia? —le preguntó casi irritado, al término de su letanía.

—Es difícil explicártelo, Luciano..., ya te lo he dicho.

—Habría sido mejor no molestarse en venir. ¿Te figuras lo que significa para mí haber tenido que abandonar la fiesta cuando acababa de conseguir dos piezas de María Emilia?

Claudio rió al conocer de dónde provenía el desconuelo de su amigo, mas luego procuró sincerarse.

—Lo siento, Luciano, pero, ¿qué quieres que te diga? Ese beso de María Emilia, la mirada de sus lindos ojos negros, en fin... ¿entiendes? Aquello bastaría para trastornar al más indiferente; por eso, para evitar ulterioridades, preferí retirarme a tiempo. Eso es todo.

—Sí, sí..., comprendo —concedió Lucianito, sin deponer por ello su empecinamiento.

Sus pensamientos, girando involuntariamente, le llevaron a parangonar su modo de ser con el de su amigo. De esa apreciación pasó a considerar su mala fortuna

frente al bello sexo. No veía por qué Claudio, serio, juicioso, pero de poco sabor, según pensaba, atraía a las mujeres; y él, que se desvivía por complacerlas y divertir las con sus ocurrencias, no daba con una que le demostrara verdadero interés. Planteóle a Claudio aquella situación y éste respondió:

—Tú tomas la vida demasiado en broma; por eso ninguna mujer te cree cuando procuras hablarle en serio.

Lo aceptó Luciano, considerando que su amigo podría tener razón, pues coincidía con lo expresado momentos antes por María Emilia, que había aceptado bailar con él a condición de que guardara compostura. Haciendo repaso en su memoria reconoció que eran muchas las mujeres que le habían dispensado simpatía, pero los gustos y las miradas de las que en verdad valían tomaban para sus amores otras direcciones, buscando a los de mayor formalidad. Sin embargo, no alcanzó a preocuparle mucho rato el problema, resultándole más fácil pasarlo por alto que resolverse a moderar su tendencia bufonesca y chancera. Cuando llegaron a la estancia, ya sus reflexiones, a las que no estaba su mente acostumbrada, se habían perdido en el aire.

Antes de acostarse, mientras paladeaban unos tragos de *whisky*, dejaron todavía correr libremente sus pensamientos al transmitirse sus preocupaciones sentimentales.

—Yo pienso —decía Claudio— que hay muchas formas de querer a una mujer.

—¡Qué novedad!..., ¡hablas como si hubieras descubierto la guitarra!

—Bueno..., ya sé que no es ninguna novedad. He querido, simplemente, referirme a ese amor que nos impone sacrificios y renunciamientos.

—No estoy de acuerdo. Para mí, eso es caer en un extremo.

—Porque no te entra en la cabeza que cuando se encuentra en el camino a una mujer buena, delicada, espiritual, a una mujer que lo llena todo en la vida, hay que apreciar ese hecho como corresponde.

—No me aparto. Pero también debemos comprender que los tiempos que vivimos no son para encastillarse en tales pensamientos. La vida transcurre hoy en medio de los atractivos más variados, y no tenemos por qué dejar de gustar, en razón de eso que afirmas, el placer de las fiestas, de las *boîtes*, aparte del que nos ofrecen las inofensivas aventurillas del amor. Te aseguro que falta tiempo para pensar en esas rarezas que sostienes.

—Estás en un error..., ¡eso es vivir en constante aturdimiento!

—¡No, Claudio! Lo que pasa es que sigues siendo el testarudo de siempre. Cuando te encariñas con una idea pretendes que los demás la reverencien. Al fin y al cabo, cada uno debe rendir culto a sus aficiones personales; y si éstas halagan, dueño es uno de seguirlas como sigue el perro al amo. El hecho de tener novia no creo que te dé derecho a hablar en nombre de la moral ni a censurar lo que otros hacen con distinto criterio.

—Pese a lo que dices, sigo pensando, Luciano, que la vida debe ser tomada de otro modo; no hay que dejarse llevar por las costumbres en auge. Tú ves bien cómo el abandono de prácticas que en un tiempo fueron eficaces va haciendo desaparecer progresivamente de la sociedad humana los sentimientos más prestigiados. Yo creo que debemos atribuir a la vida una finalidad más alta.

—A mí me parece, señorito —replicó Luciano, emulando la verba de Sancho—, que camote y locura

es mala fritura, y que cuando el río desborda la pesca es gorda.

Claudio, a quien la broma le cayó como un cascote envuelto entre algodones, le respondió con cierto airecillo de molestia:

—Creo que es más fácil domesticar una fiera que modificar tu porfiada mordacidad.

Mas Luciano, que nada tomaba en serio, se despa-
chó sin darse tregua con otras sátiras, haciéndolo con tal
acierto que consiguió alejar a Claudio de sus formalidades
y entretenerlo unos instantes todavía con su chispa.

Rayaba el alba cuando se acostaron.

Solo en su habitación, absolutamente tranquilo, Claudio leyó de nuevo la carta de Griselda, permaneciendo aún largo rato entregado a sus dulces pensamientos. «No cabe duda —se decía— que Griselda es un modelo de mujer. Justamente lo que yo he querido siempre: una mujer exquisitamente fina, suave, comprensiva, inteligente. Pero, ¿estaré a la altura de ese precioso regalo con que la Providencia me obsequia? La fortuna podrá enriquecer materialmente al hombre, mas si éste no enriquece también su inteligencia, su vida seguirá misérrima. ¿De qué le serviría entonces el dinero, si éste se desvanece entre las manos impúdicas de los que no saben escalar otras cumbres que aquellas donde aletean los pensamientos ávidos del bocado que halaga los sentidos y el instinto? Decididamente, Griselda parecería querer decirme que la vida no debe reducirse a la simple correspondencia de afectos. Tarde o temprano, por carencia de incentivos superiores, terminan éstos por debilitarse o por sufrir la interposición de otros que se imponen por el mero hecho de romper la monotonía en que fatalmente se cae. ¡Cuán importante sería poder escapar de ese riesgo! Griselda me ha brindado su amor y se comporta conmigo con impecable na-

turalidad; es indudable que quisiera ver siempre en mí al hombre que constituye su ideal. ¿Yo no he pensado acaso lo mismo de ella? Y si yo la quiero así, diferente de todas, ¿no debo corresponder también a ese mismo sentir? Eso es lo que cabe, indiscutiblemente».

Promediaba el día cuando se levantó. Su primer cuidado fue escribir a Griselda, a quien expresó en los párrafos finales de su carta:

«Créeme que estimo las palabras de tu encantador mensaje. Sé que aún estoy lejos de ser lo que anhelas, pero haré lo indecible por complacerte; yo mismo experimentaré con ello inmensa dicha.

»Sí, Griselda, debemos ayudarnos mutuamente a subir la cuesta de la vida, la cual, si hoy nos parece empinada, mañana nos resultará, gracias a nuestros empeños, un paseo al empíreo en medio de las más gratas emociones espirituales. Anhele verte. Faltan aún cuatro eternos días para mi regreso.

»Tuyo, con mi recuerdo más amoroso».



Griselda y su madre dedicábanse entre tanto a hermosear la casa, frecuentando con ese objeto tiendas y tapicerías. El curso acelerado que seguía aquel noviazgo había comenzado a promover, en previsión de los acontecimientos que vendrían, esa serie de movimientos conexos que van dando carácter a los preparativos de boda. Mas sin que nada tuviera que ver en ello aquel traqueteo, Griselda sentíase por momentos deprimida, y doña Laura, que seguía atenta esas variantes, las atribuía, no sin acierto, a la ausencia de Claudio.

La víspera de su regreso, queriendo sondearla, le dijo:

—Esta semana se nos pasó volando, ¿verdad?

—¡Ay, qué esperanza, mamá!... Yo diría que ha transcurrido un siglo desde que se fue Claudio. Sin embargo, no me ha venido del todo mal, ¿sabes?, porque durante este tiempo he podido pensar y sentir muchas cosas que tal vez no se me hubieran ocurrido de no mediar esta circunstancia.

—Es que las ausencias suelen ser muy provechosas, no sólo para los novios, sino para los casados. Y te diré por qué. Cuando se vive mucho tiempo juntos, el hecho de verse todos los días y a cada instante nos habitúa tanto a ese trato, nos familiariza de tal modo, que, sin que ello implique caer en la indiferencia, impide a cada uno pensar respecto del otro como se lo hace hallándose a distancia. El cariño parece entonces acentuarse, y pensamos y proyectamos poner en práctica muchas cosas al volver a reunirnos, inspirados en el sano afán de brindarnos mayores atenciones y alegrarnos mutuamente la vida. ¡Cuántas situaciones difíciles han podido encauzarse con el concurso de una ausencia!...

—Tus reflexiones son muy oportunas, mamá, pero, ¿qué quieres?, me resisto a admitir que una práctica así pueda convenir ni a solteros ni a casados.

—No es una práctica, hija mía; me he referido, simplemente, a las ausencias impuestas por las circunstancias, como la que en este momento media entre tú y Claudio. Pero no te preocupes; es muy natural que ahora te cueste aceptarlo, por más que sea una verdad.

—No es eso, mamá; lo admito, pero me parece que podrían buscarse otros recursos para llegar a los mismos fines.

—Es posible, hija. Por otra parte, bien sabes que siempre te he aconsejado seguir los dictados de

tu corazón, a fin de favorecer tus buenos propósitos.

Empero, las palabras de doña Laura no dejaron de surtir efecto en la joven. «Mi madre —consignó luego en su diario— me habló hoy de lo beneficiosas que suelen ser las ausencias que la misma vida impone a veces a los cónyuges. Ella tendrá sin duda sus razones para pensar así, y acaso yo misma lo comprenda más tarde. Por eso no apartaré de mí la idea de que tales incidencias puedan traer una consecuencia útil en la vida matrimonial. Recuerdo haber oído decir a amigas de mi madre, que encontraban más adecuado y fácil expresar a sus maridos ciertos pensamientos por correspondencia y a distancia, que cuando estaban cerca, por no atreverse o por no hallar la oportunidad o la forma natural de hacerlo. Esto también deberé tenerlo presente, por si llegara el caso».



Bullían en la mente de Claudio Arribillaga, mientras su máquina engullía voraz la ruta a Buenos Aires, mil pensamientos y proyectos que, mezclados con el afán de ver nuevamente a su novia, pugnaban por encontrar allí acomodo.

No bien llegó, y luego de dar a su padre un amplio informe de la actividad rural, comunicóse con Griselda, a quien quedó en visitar por la noche.

A punto ya de salir lo detuvo el llamado telefónico de su amigo Marcos Gorostiaga —uno de los más adictos participantes de la peña—, para comunicarle que se

reunirían al día siguiente por la tarde y encarecerle que no dejara de asistir. Aquella invitación coincidía con el estado de ánimo de Claudio, exaltado por el auge de sus aspiraciones idealistas enraizadas en la carta de Griselda, motivo que lo decidió en el acto a asegurar su puntual participación.

Después de tanta añoranza encontró a Griselda más bella que nunca, y hasta le pareció que el alma de la joven se ajustaba más que antes a la suya, fusionándose ambas en la afinidad y armonía de sus respectivos sentimientos.

Iba terminando Claudio los plásticos relatos de algunos episodios en Balcarce cuando se les acercó doña Laura. La conversación derivó muy pronto hacia la salud de don Roque y a la de doña Fermina, repuesta ya de una aguda afección al hígado. Con respecto a ella había algunas novedades que Claudio refirió. En efecto, enterado su padre del reciente malestar que la postrara, había visitado su casa y, como era de esperar, aquello dio lugar a ciertas explicaciones que pusieron en claro las cosas, aplacaron el resentimiento de Fermina y libraron a don Tulio de su aircillo de disgusto. Las relaciones entre ambas familias se encaminaban, pues, a la normalidad.

Como quien no da importancia al hecho, Claudio hizo alusión a una fiesta íntima que pensaban dar sus tíos antes de salir de veraneo, con motivo del cumpleaños de Nora y, creyendo sin duda interpretar la curiosidad que asomaba a los ojos de Griselda, se apresuró a manifestar que no iría. Tras ello agregó, con no poca benevolencia, que lo sentía por don Tulio, al que estimaba mucho, y aun por Fermina, que le había hecho llegar por conducto de su padre una invitación muy cariñosa.

—Quién sabe si hace usted bien tomando esa resolución —sugirió la señora de Laguna—. A su actitud con-

ciliadora tal vez correspondía una mayor condescendencia...

Griselda refirmó la sugerencia con repetido movimiento de cabeza, y expresó a su vez:

—Sería un desaire, Claudio, y no veo por qué.

—Es que yo no puedo mirar las cosas con la misma prescindencia de ustedes.

—No lo tome así —opinó doña Laura—. Lo que cabe es demostrar que está usted por encima de todo lo ocurrido.

El argumento, mirado desde donde ellas juzgaban, era irrefutable; no así para Claudio, a quien asistían razones que no lo predisponían a ceder. Se concretó, pues, a manifestarles que lo pensaría.

—Estoy segura de que decidirás lo mejor —vaticinó Griselda cariñosamente, mientras su madre los dejaba.

Claudio la atrajo hacia sí delicadamente y, colocándole el índice de su diestra bajo el mentón, hizo que sus ojos se encontraran con los suyos. Tomados por el encanto de aquel sublime instante, sus labios renovaron, sin hablarse, el juramento de amor que sus corazones recogían con emoción plena.



Cumpliendo su promesa, Claudio acudió a la reunión de la peña. Ésta se improvisaba con preferencia en el club adonde concurría habitualmente con fines sociales, agrupándose en ella un número más bien reducido de jóvenes, en su mayoría compañeros de estudio y egresados casi al mismo tiempo de la Universidad.

Allí encontró a Marcos Gorostiaga alternando con Justo Vega Monteros y Miguel Ángel Garmendia, abogados los tres. Juntos penetraron en una sala, donde pequeños grupos de jóvenes conversaban en espera de otros. La llegada de Claudio, a quien no se lo había visto allí últimamente, fue recibida con simpáticas muestras de compañerismo. Mas no era sólo eso lo que daba lugar a tales manifestaciones, sino la noticia de su noviazgo, llevada por Lucianito; y no faltaron, entre las expresiones de enhorabuena, bromas y preguntas en las que se advertía el deseo de saber quién era la predestinada.

Claudio hizo un discreto elogio de Griselda, en particular de sus cualidades, y, satisfecha la curiosidad, quedó en todos la impresión de su formal enamoramiento.

Justo, figura saliente de la reunión, fue quien con mayor sinceridad y buen juicio le expresó sus plácemes. Una íntima coincidencia de anhelos unió a Claudio, pues también a él lo estimulaba, aparte de un sano deseo de probidad en el ejercicio de su profesión, el noble afán de cultivar de algún modo su espíritu. Tan encomiables propósitos, mantenidos no obstante la cuantiosa fortuna recibida en herencia, parecía indicar que su influjo no lo había atrapado.

—Dar con una novia así —le manifestó estrechándole cordialmente la mano—, que reúna tantas condiciones de excepción, es por cierto muy difícil en nuestros días.

—Aunque te perdamos como miembro de la «secta», celebro tu afortunado hallazgo —le manifestó seguidamente Miguel Ángel.

Era éste un mozo simpático, alto, fornido, de físico atlético. Tenía la tez bronceada, los cabellos rubios y los ojos azules. De origen inglés por parte de madre, había

heredado de la sangre sajona ese laconismo tan particular que todo lo dice en cuatro palabras.

—¿Y ustedes?... —preguntó Claudio, sonriendo—. ¿Cuándo piensan seguir mi buen ejemplo? Aseguraría que más de uno está incubando ya la idea de casarse.

Agustín del Campo, uno de los más divertidos, queriendo tal vez dar más acabada expresión a las voces con que algunos se apresuraron a desvirtuar la suposición, dijo con la intención que le inspiraban sus aficiones un tanto ligeras:

—Como ves, Arribillaga, la mayoría de los aquí reunidos preferimos continuar en tranquilo y agradable celibato.

—No comparto esa opinión —expresó Marcos—. En lo que a mí respecta, no tendría inconveniente si la Providencia me depara la misma suerte que a Claudio. Bien sabes —añadió dirigiéndose a éste— cuán fuerte es el recelo del varón respecto a las virtudes del bello sexo.

Tales expresiones eran muy propias de la conducta prudente y formal de Marcos, que gozaba por ello de gran prestigio entre sus compañeros. Esto, unido a sus maneras corteses, distinguidas, le habían permitido conquistar respeto, simpatía y aprecio.

—Cuando el entendimiento es amplio, el amor concilia muchas cosas —replicó Claudio.

—Tal vez... —insistió Marcos—, aunque presumo que por mucho que tenga que ver en ello la buena disposición personal no podemos excluir, claro está, otros factores también importantes.

—Si no me equivoco, Arribillaga —intervino Agustín, con sorna—, debe sentirse en casos como el tuyo una sensación de irremisible entrega sentimental, ¿no es así?

Afirmaciones y risas subrayaron la ocurrencia, mas se oyó en seguida la voz de Salvador Mariani abogar por una actitud más reverente.

—Cuando el amor se manifiesta en serio —dijo— debemos respetar su realidad, ¡qué diablos!... No es cuestión de pasarse la vida donjuaneando.

—Aprobado —dijo Norberto Aguirre, amigo íntimo de Claudio—, aunque me parece que habrán de caer muchas hojas del calendario antes de hallar el ideal que nos conforme.

—Claro, pues —asintió otro—. Y la culpa la tienen las mujeres, que son en su mayoría casquivanas.

—No, ¡eso no! —rebató Salvador—. Faltaríamos a la verdad.

—Pienso lo mismo —intervino Miguel Ángel—, aun cuando admito que hay en el mundo una buena parte de ellas.

—¿Y qué es lo que hace casquivanas a las mujeres —declaró otro de los que estaban en tren de oponerse—, sino la falta de sentido común, que tanto abunda en el bello sexo?

—¡Por favor, muchachos —rogó Agustín, socarronamente—, no las critiquemos!... Tengamos presente los ratos agradables y divertidos que pasamos con ellas.

—Y también los malos —expresó con seriedad Justo—. Es ésta una comprobación que el hombre hace con mucha frecuencia, y en eso se funda, precisamente, su recelo frente a ella. El grueso de las mujeres de hoy, entre las que el hombre debe hacer su elección, gastan sus vidas desde muy jóvenes en diversiones, placeres y trivialidades mundanas que no cuadran con la delicadeza femenina; y cuando se casan, el hogar no tarda en transformarse para muchas de ellas en una roca insufrible a la que se sienten encadenadas. ¡Y no hablemos del martirio que suele crearles el cuidado de los hijos! Para mí, la falta de acatamiento a una norma más prudente

de conducta desvía de tal manera el rumbo de sus vidas, que luego, en vez de esas satisfacciones, grandes o pequeñas, provenientes de todo lo que se hace en buena ley, se produce esa oculta rebelión que suelen experimentar muchas señoras jóvenes contra todo lo que de uno u otro modo constituye un impedimento para disfrutar de la vida tal como ellas lo entienden.

—¿No estaremos moralizando demasiado? —sugirió uno de los presentes.

—Eso mismo estaba por preguntar —remató Agustín—. En resumidas cuentas, cada uno debe vivir su vida como más le plazca; y no podemos negar que la juventud tiene que proporcionarse las expansiones que le son necesarias. ¿Para qué están los cabarés y las *boîtes*, sino para recreo y expansión de los jóvenes?

Tomó Arribillaga entonces la palabra:

—No me opongo a las reflexiones de Agustín. Pero tal vez debamos convenir en que esos ambientes llenos de sensualismo, en los que el flirteo asume características agudas, no son los que más favorecen a la mujer que se precia de honesta. En fin..., pareciera ser —concluyó filosofando— que todo cumple la finalidad de mostrarnos la vida de los mil modos que puede ser vivida.

—Está bien —observó Marcos—, pero convendrás conmigo en que muchos de esos modos de vivir sólo pueden disfrutarse en la juventud, precisamente cuando la falta de experiencia nos impide prevenirnos contra ellos. Claro que el hombre sale por lo general ileso de cuanta aventura de ese género se le presenta; no así la mujer, en la cual quedan luego muchos sedimentos de rebeldía moral y solturas propias del abandono a que se entrega.

—Y esas mismas mujeres —dijo Salvador, sonriendo— son las que se nos aparecen después, muy recatadas y virtuosas, del brazo de sus novios o de sus maridos, a quienes habría que concederles, si lo hubiera, el premio a la indulgencia.

Coronó aquella sátira un vivo murmullo de risas.

—No hay duda de que tiene gracia el asunto —comentó Justo, con cierta malicia—, pero no olvidemos que el mal se ha generalizado de tal modo que mañana bien podríamos ser nosotros mismos los protagonistas de semejante comedia y los aspirantes al premio.

—Por lo tanto, acabaríamos como el cazador cazado, en aquel diálogo de los muertos de Luciano de Samosata —concluyó Miguel Ángel.

Sin salirse del asunto, Justo se refirió en seguida a las consecuencias que ocasiona mirar el mundo y las cosas como producto de una fantasía librada al capricho humano y, queriendo ilustrar sus palabras con algún ejemplo, citó el caso de una muchacha que él había conocido:

—Después de llevar durante años una existencia honesta —dijo—, dedicada a las obligaciones de su empleo y a los deberes de su hogar, cierto día, pensando en el futuro incierto de su vida, de la que nada esperaba, y temerosa de que se le pasaran los mejores años sin otras perspectivas que las de contemplar siempre las mismas caras y escuchar las mismas cosas, se dispuso a introducir un cambio en sus costumbres. Cediendo a los ardores de la sangre, frecuentó tiendas y casas de belleza, y así fue como la encontré un día inexplicablemente transformada. Más tarde volví a verla; entonces pude observar también que sus vestidos eran más costosos y lo mucho que había avanzado en la práctica de esas seducciones que tanto nos conmueven y nos quitan el tedio; aunque sólo el tiem-

po que dura la novedad, lógicamente. Pues bien, muchas son las que, como ella, se inician en la vida con la ilusión de pescar un novio, no un amante; y como por ese camino la empresa no es fácil, transan al cabo, conformándose con el mísero placer de compartir nuestra mesa, andar en nuestro coche, gustar nuestros cigarrillos y lucirse ante los demás orgullosas de nuestra compañía. Lo que no piensan esas desdichadas es que eso dura poco... Uno se cansa pronto del celuloide humano de que parecen revestidas; porque en verdad, esas mujeres son como las muñecas: muy vistosas por fuera, pero por dentro, si uno pretende buscarles allí el alma, sólo encuentra un vacío que repele. Son las eternas Mesalinas pretendiendo convencernos de que lo único efectivo en la vida es el placer, la diversión y la embriaguez.

—Se diría que estamos empeñados en atribuir únicamente a la mujer semejante desaliño psicológico —objetó Salvador—. Cuántos hombres hay, sin embargo, que para vestir sus escasas y anémicas ideas no cuentan con otro indumento que el tejido con el punto monótono e indefinido de la mediocridad; amén de otras cosas de escásima valía, naturalmente.

—Es mejor que no tratemos de establecer aquí —opinó Miguel Ángel— cuál de las dos partes sobrepasa en número, por su mala calidad, a la otra. Lo cierto es que en la vida, hombres y mujeres, a gusto o disgusto, deben soportarse mutuamente sus veleidades.

—De lo cual se infiere —expresó Marcos—, que tanto el hombre como la mujer deben prevenirse al escoger su otra mitad, a fin de que no se les transforme en una carga. Guardando ese cuidado, quizás no nos toque nunca en suerte engrosar las filas de esos infelices que pasan sus vidas conformando los caprichos de sus consortes y otorgándose todo, aunque de ello se lamenten.

—Dios nos libre de eso —dijo con vivacidad Agustín, siempre dispuesto a sacarle punta al chiste—, porque, ¿saben ustedes lo que saldría de allí?... ¡El argumento para la letra de un tango!

A tiempo de escuchar la última parte del diálogo, entró en la sala Lucianito Almeida, a quien acompañaban Dardo y Tomás, sus inseparables amigos.

—Si no me equivoco —dijo ocultando bajo una simulada seriedad su intención burlona— se han estado ventilando aquí asuntos capaces de dar vuelta al mundo.

La presencia de Luciano introdujo en la reunión un cambio favorable al temperamento juvenil, y esto apoyó la iniciativa de cenar en el club.

Algunos expresaron entretanto su disconformidad, lamentando que se hubiese dedicado todo el tiempo a una simple charla, al par que otros apoyaron a Marcos cuando éste explicó que, tocándole a él encabezar ese día el debate, no había querido interrumpir una conversación que consideró provechosa. Decidieron por último, a instancias de los más empeñosos, reiniciar después la reunión, ya que todos permanecerían en el club.

Al término de la cena dos o tres se despidieron, requeridos por compromisos ineludibles. Lucianito también pensó retirarse, mas pese a su indiferencia y a sus quejas, desistió por último.

—Los acompañaré mientras resista —dijo—. Ya saben, muchachos, que los problemas que aquí se tratan están fuera de mi órbita planetaria.

Dardo y Tomás convinieron en lo mismo.

Dispuestos para la tarea se ubicaron en un salón espacioso, donde las personas que platicaban no podían molestarlos. En confortables sillones se aprestaron, pues, a entablar conversación. La verdad era que no to-

dos se hallaban igualmente dispuestos; algunos, como Claudio, eran atraídos por inquietudes internas que buscaban satisfacer en colaboración con los demás; otros, los menos quizás, contando acaso con la promesa de que la reunión sería breve, disponíanse a escuchar con más paciencia que interés. Por su parte, Marcos, ya porque atribuyera particular importancia al tema que pensaba tratar con sus amigos, ya porque tuviera alguna preocupación especial, mostrábase serio, lo que influía en ese momento para que todos permanecieran en relativo silencio.

—Lo que voy a poner sobre el tapete —comenzó diciendo—, proviene de mi encuentro con el señor Faustino Malherbe, amigo de mi padre y persona a quien algunos de ustedes conocen. Hace apenas un mes que ha vuelto de una gira por Europa, Estados Unidos y México. Sostuve con él dos interesantísimas charlas, durante las cuales me relató sus impresiones sobre el estado ambiente de los países europeos, siempre convulsionados y comprometidos en numerosas cuestiones internacionales. Me refirió que es tal la desorientación que reina en ellos que la gente no encuentra asidero para sostener su moral. Es indudable, amigos, que esa situación de inseguridad que afecta a los pueblos termina por arrasar, metafórica o efectivamente, el contenido de la vida. Ese estado tan especial en que se encuentra la juventud en aquellos países, mezcla de hipocondría y abandono, me fue definido por el señor Malherbe como «la enfermedad del vacío» y proviene, según él, de la carencia de una razón o fuerza superior que, sacándolos del escepticismo en que han caído, los conduzca por senderos que les garanticen el reintegro de los valores del espíritu. En vano se ha buscado el gran elemento liberador de tales angustias; al final, las pocas defensas morales que res-

tan van siendo abatidas por el frenesí de las pasiones y la neurosis colectiva, que empuja irresistiblemente a esa parte de humanidad por los cauces inciertos de la perdición. Momentáneamente, esto es cuanto recuerdo de las impresiones que me fueron transmitidas. En mi opinión, evidencian un juicio madurado a través de un buen enfoque de aquellos ambientes. Pero esto no es, en suma, lo que me he propuesto destacar de lo dicho por el señor Malherbe. Tengo especial interés en participar a todos que el amigo de mi padre tuvo ocasión de conocer en México a un hombre cuyos vastos y singulares conocimientos tuvieron la virtud de impresionarlo vivamente, al punto de considerar su amistad como un hallazgo. Se llama Ebel de Sándara y se halla desde años radicado en México, donde ha dado a publicidad muchas obras. Fue una gran sorpresa para mí saber que se trata de un compatriota nuestro.

Tras una ligera pausa, Marcos prosiguió:

—Como lo expresó hoy uno de ustedes, yo también considero que la vida debe ser vivida según cada uno lo entiende; en lo que a mí respecta, tengo particular interés por todo lo que pueda servirme de algo, a fin de recibir, siempre con miras de alcanzar lo mejor, lo que ella pone a nuestro alcance. Me referiré en seguida al curioso planteamiento que el señor de Sándara hace de la vida. Lo expuso don Faustino y creo haberlo retenido fielmente en mi memoria. Dijo que, para de Sándara, la vida de cada uno de nosotros es como el texto de un libro que lleva nuestro nombre y del cual debemos ser su principal protagonista, su figura prominente, si no queremos vernos desplazados a segundo término y aún menos, por haber desempeñado en él un papel de escasa significación. Para lograrlo, no deberemos dejar que nuestra vida corra al azar por los resbaladizos caminos de la inconsciencia. Al

contrario, hemos de vivirla guiados siempre por nuestra inteligencia en lúcidos estados de conciencia, para que no se nos pase en blanco un solo día. De este modo la vida se enriquece, porque nos incita a superar nuestra concepción sobre la misma. El secreto consiste en preparar con anticipación los días futuros sembrando hoy lo que anhelamos cosechar mañana. De ese modo gustamos ya por adelantado del placer que nos proporciona la gestación consciente del futuro nuestro. Si logramos hacer de esto el objetivo principal y permanente de nuestra vida, nos habremos convertido en artífices de nuestra propia felicidad, lo cual es muy diferente, como ustedes ven, de la vida «carpe diem», programada por Horacio en aquella famosa oda que aprendimos de muchachos en las clases de latín; vida que transcurre en la ignorancia de lo que nos depara el devenir. De modo que la de hoy, de acuerdo con de Sándara, es el producto de la vida de ayer.

—¿De dónde sale tanta prosopopeya? —interrumpió Luciano.

—De mentes que piensan —le respondió Marcos al vuelo.

—Y de quienes tenemos mucho que aprender —remató Justo, sin duda bien impresionado por la información.

—Dudo yo de que alguien pueda decirnos nada excepcional sobre tan removido tema —insistió Luciano—. Además, ¿por qué hemos de complicarnos la existencia embarcándonos quizás en una quimera, cuando podemos permanecer en tierra firme paladeando el inagotable tema de las cosas que triunfan en la vida? Al fin y al cabo no veo que tengan tanto valor esas opiniones; yo creo que el verdadero autor de ese libro que simboliza nuestra vida es el destino, y nosotros, el producto de su inexorable mandamiento.

—Justamente, podré responderte a eso recurriendo a párrafos escritos por el mismo señor de Sándara sobre el concepto fatalista, tomados de los apuntes que me proporcionó Malherbe. Escucha, pues: «La carroza del destino, cuyo alegórico rodar nos habla de la ciclicidad de nuestra existencia, jamás detiene su marcha, y ¡desdichado de aquel que cae bajo sus pesadas ruedas! El destino carece de sensibilidad; es, por lo tanto, inclemente e inexorable. El hombre debe superarlo con su inteligencia, subiéndose a la simbólica carroza y conduciéndola por rutas más apropiadas a la jerarquía de su especie. Los que no lo hacen se ven forzados a tirar de ella como esclavos, hasta que, exhaustos, caen aplastados bajo sus llantas. A esto suele llamarse luego “fatalidad”. Es por tal razón que muchos, cediendo a las instancias de su sino, se dejan estar sin que nada logre apartarlos de tan absurda creencia».

A la lectura de esos párrafos siguió un rápido análisis de su contenido. Como las opiniones no siempre coincidían, la velada se prolongó bastante y con gran movilidad mental.

Al término de la misma se recibió con agrado la noticia del inminente arribo a la Argentina del autor de esos conceptos, lo cual hizo surgir en más de uno interés en tomar contacto con su persona.

Despedíanse ya, cuando Marcos y Miguel Ángel, invitados al cumpleaños de Nora, preguntaron a Claudio si lo verían en él, mas éste, que no había variado de parecer, les respondió que aún no lo tenía resuelto.

Patricio permanecía en pie hasta muy tarde cuando don Roque recibía, como aquella noche, a sus amigos; de ahí que no le extrañara a Claudio encontrarlo todavía levantado a su regreso.

Llegó el joven rebosando alegría. Al entrar le dio unas palmaditas en el hombro al mayordomo pidiéndole que le sirviera alguna bebida fresca y, como si su mismo estado de ánimo agilitara involuntariamente sus músculos, subió con presteza las escaleras dirigiéndose a su alcoba.

Patricio entró poco después con una bandeja, sorprendiéndole la diligencia con que Claudio mudaba sus ropas al compás de una canción.

Evidentemente, motivos tendría para sentirse feliz. Tal vez pasara por uno de esos momentos de dulce exaltación psicológica en que el alma, intuyendo la proximidad de algún acontecimiento promisorio, se solaza disfrutándolo por anticipado.

—¡Qué feliz me hace el verlo tan contento, niño!
—exclamó Patricio, mientras lo atendía.

—Hoy pasé una interesante velada con los muchachos. Hemos abordado temas altamente auspiciosos. Ya te diré de qué se trata.

Se calzó las pantuflas, terminó de abotonarse el pijama y acto seguido le narró con especial esmero lo tocante a los conceptos dados a conocer por Marcos como primicia.

—No sabe usted cuánto me alegran esas noticias —manifestó Patricio—. Yo también, con mis escasas luces, he cultivado ideas como las que acaban de conmover su ánimo en forma tan particular. Y a propósito... ¿sabe que tengo en mi poder algunos libros que tal vez le interesen? Los quiero como a mi propia vida, porque ellos me han dado el sosiego que ahora tengo.

—Nunca me dijiste que te atrajeran esos temas.

—¡Es que nunca me dio usted oportunidad, niño!... Tampoco sabía yo si mis ideas coincidirían con las tuyas.

—¿Y qué haces tú con todo eso?

—Practico a mi modo los conceptos que leo.

—¿Que los practicas a tu modo? ¿Cómo es eso?

—Sencillamente, cuando no puedo adaptarme a ellos procuro que ellos se adapten a mí. ¿Me explico ahora?

—¡Oh, sí, muy buena idea! —aprobó Claudio, sonriendo ante tan curioso método, y agregó—: Me parece que voy a tener en ti a un formidable consejero.

—Nada de eso; pero si en algo puedo serle útil, cuente usted conmigo.

—Muy bien; comienza entonces por prestarme alguno de esos libros que, según dijiste, tienes en gran estima.

—¡Cómo no! Pero le advierto que no son para leerlos por simple curiosidad, ¿eh? Porque podría ocurrirle lo que a mí en un principio, que después de leerlos varias veces no sentía otra consecuencia que la de solazarme con la mera lectura. Mientras tanto seguía la vida monótona de siempre; esa vida que por más que se la quiera matizar con todos los vericuetos del ingenio, continúa reflejando en nuestro rostro la misma contrariedad que asoma en él toda vez que nos engañamos con las fruslerías del mundo.

—¿Y qué otra manera existe, según tú, de leer esos libros?

—Francamente, no sabría decírselo... Es algo que uno aprende cuando lo que lee le interesa en grado tal que repite su lectura tantas veces como lo necesite para asimilar su contenido.

—Perdóname la franqueza, pero eso me parece una perogrullada.

—Tiene usted razón, niño. Sin duda no me explico bien. He querido decirle que hay cosas que es necesario

leer más con el corazón que con la mente.

—¿Por qué me dijiste hace un momento que querías a esos libros como a tu propia vida?

El rostro de Patricio se iluminó, como si de pronto hubiesen surgido del fondo de su ser imágenes de vivo colorido, recuerdos que, cual llama ardiente, de un sentir muy íntimo, lo embargaran de inefable dicha. ¡Cuántas veces había deseado que Claudio compartiera su sentir! Por eso la alegría rebasaba en ese instante su corazón al sincerarse con él.

—Hay cosas, niño, que sólo tienen explicación para uno mismo. Yo he intimado, por decirlo así, con el pensamiento del autor de esos libros, y he podido descubrir en sus páginas muchas cosas que antes no veía ni comprendía. Es que en mi afán por abarcarlo todo de una simple lectura se me escapaba lo mejor de su contenido, lo más valioso. Mucho me costó entender que yo mismo debía vivir en sus páginas y combinar para mí las fórmulas personales que habrían de servirme de guía para lo futuro. Es por ello que no me desprendo por nada de esos libros, pues por las razones que acaba usted de escuchar, los considero parte de mi propia vida. Y ahora, si me permite, voy a ir en busca del libro que me solicitó hace un momento.

Claudio se había metido ya en el lecho y, sentado en él, esperó el regreso de Patricio. Aún sentía en sus oídos las palabras del mayordomo, impregnadas de una cordura que hasta ahora no había apreciado. Pero esa sensación le duró apenas un instante. Mientras aguardaba, tomó con calma una revista y comenzó a hojearla inatentamente.

—Aquí tiene usted a uno de mis favoritos —dijo Patricio, entrando al cuarto con un voluminoso libro bajo el brazo, bastante hojeado.

Claudio lo tomó en sus manos, leyó el título y buscó al punto el nombre del autor. Mas, ¡oh sorpresa!, era una obra de Ebel de Sándara, el mismo autor de quien Marcos les hablara.

Sintió que iba a leer aquel libro con mucho interés. Apuró de un sorbo el resto del vaso y despidió al criado, diciéndole con afecto:

—Me parece, Patricio, que tú y yo vamos a conversar muchas veces sobre este asunto.

Pese a lo avanzado de la hora alcanzó a leer varias páginas. Vencido al fin, colocó el libro sobre su mesa de noche durmiéndose hasta muy entrada la mañana.



Tras dos días de involuntaria ausencia, Claudio llamaba nuevamente a la puerta de Griselda.

Allí permaneció, con el oído atento, en espera del leve roce del picaporte. Se palpó una vez más la corbata, desde el nudo hasta los extremos, en celosa comprobación de su impecabilidad. Poco después atravesaba el vano y tras él la puerta cerróse nuevamente.

—Cada vez se me hace más largo el tiempo que paso sin verte —le dijo a Griselda, en un arranque de ternura.

En respuesta a aquella frase —siempre nueva por mucha que sea la frecuencia con que se la escucha— le obsequió ella una dulce mirada en cuya transparencia vio Claudio reflejados idénticos pensamientos.

A la habitual reiteración de sus protestas de amor, propias de todos los amantes, las palabras fueron deri-

vando hacia otros contenidos de la vida de ambos jóvenes.

—Desde hace unos días —expresó Claudio con cierta extrañeza— no sé qué me pasa... Siento a veces agudizarse dentro de mí irresistibles ansias de saber qué ocultos designios se entretajan alrededor de cada vida humana. Instantes en que experimento algo extraño... como si se abrieran en mi interior los espacios nebulosos de la inconsciencia... Me parece percibir entonces, a través de sus grietas, suaves destellos, como si una luz extraña resplandeciese en mi alma con fulgores de esperanza y promesas de iluminación.

—¡Qué inspirado! —exclamó Griselda, satisfecha de oírle hablar así.

—Mi inspiración eres tú, querida, y si en las arduas jornadas que me esperan a lo largo de la vida desfallezco alguna vez, el incentivo de tu amor me levantará y andaré, como el que ha encontrado dentro de sí esa misteriosa energía que impulsa hacia lo más alto del pensar y del sentir.

—Ya veo cuán honda repercusión ha tenido en ti lo que ayer me anunciaste por teléfono. Te diré más, Claudio: tengo la impresión de que se ha aproximado a tu vida algo que tiene mucha coincidencia con los puntos que desde tiempo te preocupan. Imagina la alegría de mi corazón al saber que hay alguien en el mundo capaz de ilustrarnos sobre materia tan ponderable y espinosa. Ahora tienes que decirme —agregó tras breve pausa— qué impresión dejó en ti el libro de Patricio.

—Buena, Griselda, muy buena. Mucho me ha alentado comprobar que los conocimientos que contiene nos anticipan la existencia de nuevos e inconmensurables horizontes. Yo he sentido más de una vez cosquilleos psicológicos, una especie de inquietud que se insinuaba en mí sin que pudiera

darme cuenta de su causa ni de cómo calmarla o resolverla. Ahora veo en cambio eslabonarse una serie de circunstancias cuya afinidad con ella parecerían explicármela.

Bajo la influencia de tales pensamientos, que iban y venían sin obstáculo de la mente de uno a la del otro, Griselda expresó, en un raptó de lúcido entusiasmo:

—Cómo se ve, Claudio, que en el fondo de nosotros mismos existe algo que en determinados momentos logra manifestarse como un reclamo imperioso; algo que parecería atraer hacia el vértice de nuestras miras, a semejanza de un imán, a seres, ideas o cosas, con el fin de auxiliarnos en el devenir.

—Es en verdad un anticipo de felicidad —repuso Claudio extasiado— ver cómo nuestros corazones cõmulgan en sus aspiraciones espirituales y nuestros juicios coinciden hasta en las apreciaciones más sutiles. Eso ahuyenta de mí el temor a las desinteligencias, infaltables cuando tal correspondencia no existe.

—¡Oh, ni tú ni yo podremos contribuir nunca a hacer de nuestra vida una madeja enmarañada por las discordias y las desavenencias!

—Sin duda que no —aseguró Claudio entusiasmado—; harto sabemos que, tras el forcejeo, esa madeja se convierte finalmente en un montón de hilachas...

Como de costumbre, la señora de Laguna echó un párrafo con ellos al acercarse para saludar a Claudio, aportando ese día algunos puntos de vista bastante afines con las reflexiones de los jóvenes. A raíz de algo tocante al grado de intensidad moral y espiritual que debe alcanzar la vida humana, expresó con muestras de pesar:

—¡Si tuviera veinte años menos, cuántas cosas haría!

—Siempre está usted a tiempo, señora. ¡Le queda aún tanto por vivir!...

—Es verdad, pero eso no impide que me lamente por no haber aprovechado mejor los años. Con el tiempo, la edad lo irá tornando a uno más lento, y la mente ya no responderá con la premura ni la lucidez necesarias cuando tratemos de explicarnos el porqué de las cosas que nos suceden.

—Debemos admitir sin embargo que con paciencia y empeño se llega, si no a todo, a lo que más nos interesa.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Griselda.

—Por simple deducción, pues si de jóvenes tenemos harto explicado lo que nos intrigó de niños, lógico es pensar que la experiencia y el conocimiento nos expliquen todo lo demás.

—En parte tiene usted razón, pero no olvide que es preferible saber las cosas antes, cuando aún tenemos tiempo de remediar muchos errores, que después, cuando el tiempo nos ha envejecido.

—En efecto; y de ahí el mérito innegable que tiene la temprana dedicación de nuestros esfuerzos en procura del saber. Con todo, señora, intuyo que en la edad madura puede lograrse mucho, si nos atenemos a que todo tiempo es bueno cuando nos ocupamos en superar lo que sabemos.

A esa altura de la conversación, doña Laura se percató de que no le había preguntado a Claudio por su padre.

—Está muy bien, señora —respondió éste.

Y como si de pronto advirtiera que había olvidado decirles algo, agregó:

—¿Saben que ayer estuvo en casa tía Fermina?

—¿Con Nora? —preguntó doña Laura.

—No, con tío Tulio. Se mostraron muy conciliadores.

—Habrá quedado todo en claro, ¿no es cierto? —expresó Griselda, dándolo por seguro.

—Con ellos sí..., bastante bien.

—¿Irás entonces mañana a la fiesta?

—No he podido rehusarme, pero apenas estaré allí un rato; lo estrictamente necesario.

La presencia del doctor Laguna, que regresaba de sus actividades diarias, señaló la proximidad de la despedida, que Claudio y Griselda vieron llegar con el pesar de siempre.



Don Roque disponíase a cenar cuando Claudio entró en el comedor.

—¿No vas a lo de Fermina? —preguntó mirando a su hijo, que se disponía a ocupar su acostumbrado sitio en la mesa.

—Sí, papá, iré, pero más tarde. Ya sabes que tengo pensado hacer tan sólo acto de presencia.

—Haz como te plazca, hijo.

—¿Y tú?

—Ya le previne a Fermina que no iría, so pretexto de mis achaques. Pero he mandado a Nora un buen regalo.

Tal como había dicho, Claudio llegó a casa de sus parientes cerca de medianoche y, una vez allí, la afectuosa cordialidad con que fue recibido, en particular por parte de don Tulio, doblegó considerablemente las resistencias que aún sentía. Se dirigió después al salón para cumplimentar a Nora, la cual, viéndole, apartóse al punto del grupo donde se hallaba y se le aproximó.

—¡Cómo te agradezco que hayas venido! —exclamó

con aire triste, después de saludarlo—. No te imaginas cuánto deploro lo ocurrido.

—No le des importancia, Nora; olvídale.

La joven bajó los ojos, rehuyendo la mirada de Claudio, que observaba esa turbación tan extraña en ella con el consiguiente asombro.

—¡Qué tarde has venido! —agregó ella al punto, a semejanza de quien echa mano de lo primero que se le ocurre para salir de una situación embarazosa.

—Sí, en efecto; me entretuve más de la cuenta en casa de Griselda.

Como si no hubiese oído ni comprendido la intencionada frase, Nora volvió la cabeza hacia otro lado, pendiente su atención, al parecer, de algún detalle de la fiesta.

—¿Quieres que bailemos esta pieza? —le preguntó a Claudio con suavidad, tras breve pausa.

—Siendo hoy tu día, me haces con ello un gran honor —respondió él—. Bailemos, si gustas.

Pese a los impecables modales de Claudio, que se mostraba amable y cortés, Nora sintió su escondida frialdad y reserva y, ya porque eso realmente la cohibiera, ya porque simulara esa actitud para favorecerse en esa oportunidad, le manifestó con cortedad que necesitaba con urgencia hablarle a solas.

Para él aquello era enigmático. Lleno de prevención y extrañeza la miró fijamente, buscando en sus ojos algo que le descubriera el fondo o la intención que acaso se ocultaba en el pedido, pero ella inclinó suavemente la cabeza y, esquivando hábilmente el enfoque, dejó luego vagar la vista como si se hubiera abstraído a instancias de alguna honda preocupación.

María Emilia y Lucianito, que se encontraban allí, se les acercaron en ese momento, y al rato el gru-

po cobró cuerpo con la llegada de otras parejas, todo lo cual sirvió para atenuar las dificultades de aquel trance, con toda suerte para Nora. En medio de ese ir y venir de gente joven, vibrante de entusiasmo, se aproximó a ellos doña Fermina, que iba en busca de su hija, viéndose ésta obligada momentáneamente a ausentarse.

Claudio la vio alejarse y, mientras la observaba, reconoció en sus adentros el notable cambio operado en la joven. La encontró favorecida en extremo por su sencillez, causándole no poca extrañeza la falta de esa afectación y artificio que tanto valor había restado siempre a sus naturales prendas. Un traje de grueso encaje blanco ceñido al cuerpo constituía todo su adorno. Ninguna joya deslumbrante, ningún detalle que no fuera sobrio; hasta la expresión de mujer hueca, pueril, inconsistente parecía haber desaparecido de ella.

Al lado de Claudio, subyugadora, María Emilia le echaba de tanto en tanto miradas expresivas. Felizmente, aquello duró poco, pues las parejas, que no perdían pieza, pronto lo dejaron solo, dándole tiempo a conjeturar de lo observado los probables motivos que tendría Nora para hablar con él reservadamente.

Ocupado todo el mundo en divertirse, nadie pareció verlos cuando poco después, atravesando aposentos y pasillos, se distanciaban del centro de la fiesta. Ambos caminaban en silencio, uno junto al otro. Por último llegaron a una salita un tanto aislada, en la que Nora entró, enderezando hacia el sofá, seguida por él. Allí se dejó caer sollozante, en un supremo intento de conmover sus sentimientos.

De pie ante ella, Claudio se mantuvo esquivo.

—¿Por qué lloras? ¿Te ocurre algo serio? —le pre-

guntó después, conteniendo a duras penas su natural disposición a condolerse.

—Oh, ¡Claudio!... ¡Sufro tanto!... —respondió con voz lastimera.

—No te comprendo, ¡explícate!... —rogó él, más enternecido aún, y vacilante.

—Tú sabes bien por qué sufro. ¡Es por ti!..., ¡porque te quiero!... —balbuceó ella, y levantando el rostro, embellecido por las lágrimas, miró a Claudio con ojos suplicantes.

Lo que pasó por él quedó totalmente al margen de su conciencia. Aquella seducción irresistible prácticamente lo estaba anulando. Sin quererlo, perdiendo por momentos la noción de cuanto le ocurría, acarició con mano trémula la sedosa cabellera de Nora, sentándose a su lado. Ella, diestra en la maniobra, se estrechó entonces mimosamente contra su pecho, mientras le rodeaba el cuello con sus brazos en actitud de completa entrega.

En vano intentó Claudio, en su desesperada lucha interna, romper la fascinación que lo paralizaba. Ni una sola de sus felices reflexiones de días anteriores acudió para defenderlo de aquel eclipse que se estaba produciendo en su razón. Sintió que obraba en él una fuerza superior a la suya y que pensamientos avasalladores, de los más encontrados orígenes, se enseñoreaban de su mente impulsándolo a la acción:

«Es tuya, ¡bésala!, disfruta de este momento feliz —le decían, azuzándolo—. Vamos, hombre, ¡decídetelo!... ¿Qué te comprometes? ¡Bah! A tus años no se puede ser tan moralista. ¡Anda!... Un beso, ¡sólo un beso! ¿Crees que ello puede afectar en algo tu vida? ¡Qué disparate! Si no te decides, te odiará sin remedio; ¡más vale que conserve un buen recuerdo tuyo!».

Todo esto pasó por la mente de Claudio Arribilla-ga con tal vertiginosidad que en pocos segundos que-

dó aniquilado. El colapso psicológico le había producido un virtual anonadamiento de los sentidos. Sus ojos sólo veían dos labios rojos, suaves, aterciopelados, que ansiosamente buscaban los suyos. Hizo todavía un esfuerzo supremo. Quiso levantarse, huir, más sus fuerzas no le respondieron y entonces besó a Nora con impulso incontenible.

Al punto acudieron en turbión otros pensamientos y comenzaron a agitar su mente. Calmada la fugaz embriaguez y el ardor del frenesí pasional, la misma fuerza que había maniatado su voluntad y anulado su mente lo levantó en vilo haciéndole experimentar otras sensaciones. El aroma exquisito, sensual que envolvía a Nora había dejado de producirle el efecto turbador del principio y, súbitamente, libre de la voluptuosa emoción, se sintió recobrado, lúcido. Buscó entonces, a semejanza del que examina sus bolsillos después de un atraco, lo que le había quedado de aquel instante pasional a que fuera llevado sin el concurso de sus sentimientos ni de sus deseos, y no encontró nada.

Bajo los efectos del aturdimiento Claudio no supo en un primer momento qué decir, pero al recobrase comprendió en seguida que su situación era comprometedor. Abandonó el sofá donde estaba sentado y, ya en sus cinco sentidos, dijo a Nora en tono casi de reproche:

—¿Qué te proponías al traerme aquí?

—Darte una prueba más de mi cariño.

—¿Acaso necesitaba yo alguna demostración de esa índole? ¿No sabes que amo a Griselda y que jamás renunciaré a ese amor? ¿Por qué te empeñas en comprometerme? Por favor, Nora, no pretendas cosas imposibles.

Ésta, que hasta allí había guardado calma, no pudo ya ocultar su desagrado:

—Si es así, sólo cabe pensar que has querido aprovecharte de mi debilidad. ¡No dirás que no!

—Eso nunca... Te aseguro que ni yo mismo sé lo que pasó por mí.

—¡Buena excusa la tuya!...

Y mirándolo con desdén, Nora agregó:

—¿De modo que la prefieres a ella?

—Ya te lo he dicho: es cosa resuelta, y ni la misma muerte podría hacerme cambiar de idea.

—Está bien —le respondió la joven, y acercándose a un espejo, se dispuso a retocar su rostro.

—¿No me guardarás rencor? —le preguntó él, en el fondo inquieto.

—No; no tengo por qué guardártelo. Quizás yo misma sea la culpable de todo lo que me pasa.

Claudio estuvo a punto de decirle algo referente a las causas que habían hecho imposible todo acercamiento entre ellos, pero optó por callar.

Se alejaron de allí y volvieron al salón, cada uno por distinto lado. Pronto se mezclaron entre la concurrencia, dejando atrás aquel episodio que gracias a las cautelosas medidas tomadas por Nora había pasado inadvertido.

Claudio estimó que era impropio dejar a su prima tan bruscamente y la invitó a bailar, aceptando ella. Ambos con el pensamiento pendiente de sus propios estados emocionales, siguieron casi automáticamente el ritmo de la música. Sin mirarse observábase empero a hurtadillas, y Claudio alcanzó a ver que de los ojos de Nora rodaban dos lágrimas. Enternecido, le dijo al oído con afectuosidad.

—No te apenes, Nora; ya encontrarás al hombre que te hará feliz.

Ella guardó silencio, mas no bien terminó la danza

se dirigió a sus habitaciones con mal contenida precipitación.

Claudio quedó solo; buscó entonces refugio en la galería, donde tomó asiento. Desde allí podía contemplar el cielo abierto, cuajado de estrellas, por entre los claros del follaje que al trepar por las columnas y abrazarse al borde del alero pendía formando cortina. Permaneció allí un rato para serenar su ánimo.

Al volver al salón se cruzó con María Emilia.

—¡Qué poco animado se lo ve esta noche! —le dijo ella, deteniéndole.

—¿Le parece?...

—No sólo a mí; es lo que se comenta.

—Francamente, María Emilia, no me hace feliz que se ocupen de mí a tal extremo —dijo Claudio, sonriéndole—. Sin duda, los que comentan disponen holgadamente de tiempo.

—Gracias por la parte que me toca...

—¡Oh, no me refería a usted, precisamente!

—Es muy amable al excluirme. ¿Y Nora? Hace rato que la busco sin poder dar con ella. A propósito, ¿no la ha notado usted triste?

—En efecto; un poco triste. No será por falta de distracciones, supongo.

—¡Oh, de qué sirven éstas cuando se está triste! Sobre todo si lo persiguen a uno los recuerdos de algún querer...

—¿Lo dice por experiencia? —preguntó él, esquivando el dardo.

—¡Vaya!... ¿acaso se necesita ser actor para saber esas cosas?

—Es verdad..., pero entonces sabrá también que cuando los recuerdos se tornan fantasmas, hay que ahuyentarlos.

—Eso es cosa que resulta fácil cuando el amor le sonríe a uno por todas partes; no así con los demás...

—No tendré que darme por aludido, seguramente...

—¡Quién se pone a cubierto!... ¡El menos indicado!

—Vea, María Emilia, es la primera vez que tomo las cosas en serio.

—¿En serio para una y en broma para las demás?

—No he querido decir eso, pero es evidente que cuando se toman las cosas con otra intención es casi imposible llegar a entenderse.

—Tiene razón, Claudio —respondió ella, cediendo, con evidente propósito de poner fin a la conversación.

El simuló no haberlo notado.

—Ya que nos hemos puesto de acuerdo —le propuso—, ¿quiere que bailemos esta pieza?

María Emilia se excusó pretextando un compromiso, y despidióse de Claudio con amable sonrisa.

Apesadumbrado por los acontecimientos de esa noche, Claudio resolvió retirarse. Encontróse al paso con Luciano, a quien pidió que lo acompañase para saludar a sus tíos.

Salían ya cuando Nora vino hacia él.

—¿Te vas? —le preguntó con naturalidad.

—Sí —respondió él, tendiéndole la mano.

La joven avanzó con él unos pasos y con disimulo le entregó un pequeño sobre.

—Espero que tu noviazgo no te impida visitarnos como lo hacías antes —le dijo al mismo tiempo.

En seguida se volvió al salón, dispuesta a disfrutar de la última parte de la fiesta. Tenía la sensación de haber liquidado un asunto que hasta esa noche la había atormentado.

Ya en su coche, extrajo Claudio del sobre una tarjeta de compleja fragancia. Con obligada letra menuda, pero nerviosa, decía:

«En el instante en que más felices podíamos haber sido, te noté ausente. Ahora sé, al fin, que no seremos el uno para el otro. Que tengas suerte. Afectuosamente,
Nora».

Suspiró aliviado. Aquellas líneas, lejos de expresar rencor, le devolvían la tranquilidad.



Al día siguiente, reunidos en el despacho, Claudio conversaba detenidamente con su padre intercambiando pareceres respecto de sus planes futuros, con miras a determinar posibles fechas y a considerar todo lo concerniente a su compromiso y boda, que quería acelerar.

De pronto los interrumpió Patricio comunicándole a Claudio que Marcos Gorostiaga preguntaba por él telefónicamente. Al atenderlo, éste recibió con sorpresa el anuncio del arribo del señor de Sándara, informándole su amigo que la noche anterior habían tenido él y su padre oportunidad de conocerlo.

Visiblemente complacido, Claudio colgó el receptor. Acto seguido participó a don Roque la noticia, con el agrado de que Marcos acababa de invitarlo a la cena que su padre ofrecería al día siguiente en su casa, en honor del huésped:

—También irá el señor Malherbe y varios de mis amigos.

—Muy bueno, muy bueno... —asintió don Roque—. Te convienen esas relaciones; pues podrás familiarizarte

así con un género de conocimientos que, estimo, serán para ti de provecho.

Hizo una pausa, tras la cual agregó:

—Marcos me gustó siempre; es un muchacho reflexivo y de convicciones.

—Así es, papá; lo tengo entre mis mejores amigos.

Detúvose don Roque para observar una de las notas que en la ocasión llenaban su escritorio, y al punto reanudó la apacible conversación con su hijo:

—A mí me atrae todo lo que se relaciona con el conocimiento de nuestro espíritu; esto me ha proporcionado siempre un verdadero placer en la vida. La misma afición tenía también tu madre, que trataba de orientarse leyendo obras escogidas. Más de una vez la he visto preocupada y aun apenada por no alcanzar en el cultivo de su espíritu lo que se había propuesto.

—Nunca me hablaste de ello.

—Te lo habré dicho alguna vez, sin duda; pero hay cosas a las que permanecemos indiferentes hasta que, en determinado momento, adquieren para nosotros un valor fuera de lo común. ¿Y sabes por qué? Justamente, porque a raíz de una u otra circunstancia se despierta en nosotros ese interés que antes no sentíamos. Eso es lo que ocurre en ti ahora.

—No sabes cuánto me conmueve lo que terminas de referirme de ti y de mi madre; ello me explica en cierto modo mis propias inclinaciones e inquietudes. Te diré más, Griselda es ahora para mí lo que mamá fuera para ti anteriormente. Ella disfruta cuando encaramos estos temas.

—Eso me agrada, hijo; me agrada mucho el modo de ser de Griselda, y pienso que con ella serás feliz. Por mi parte, me sentiría muy dichoso si después de casados vinieran a vivir aquí, acompañándome por el resto de mi vida.

—¡Oh, papá!, estoy seguro de que tu proposición la pondrá muy contenta y que sabrá apreciarla en la parte afectuosa que contiene.

Avanzando la tarde, Claudio se aprestaba a visitar a su novia. Chocaban todavía en su interior dos estados diferentes: al par que ansiaba verla y transmitirle cuanto antes las gratas nuevas, experimentaba otras sensaciones que mortificaban sus sentimientos. El episodio de la víspera lo tenía moralmente cohibido. Había consultado reiteradas veces a su conciencia, pero como no observara por ese lado recriminación alguna, pensó hallarse ante uno de esos trances psicológicos donde la conciencia guarda silencio, reservando su pronunciamiento para que de él haga uso el propio discernimiento en épocas de aquilatada madurez. Debía de ser así, puesto que su razón no atinaba ahora a concebirlo en falta sin caer en lo ridículo. «Lo efímero no podrá jamás dañar lo permanente —pensó—, y mi amor por Griselda está muy por encima de cualquier traspié que las circunstancias me obliguen a dar, sin el concurso, claro está, de mis sentimientos». Al término de sus reflexiones, que guardaría para su intimidad, Claudio recobró definitivamente su aplomo, que tanto había temido le faltara al satisfacer luego las lógicas preguntas que le haría Griselda.

Ésta, por su parte, reservaría también el recuerdo del desasosiego que la desvelara aquella noche. Un pensamiento de recelo, venido a su mente tal vez por inducción psíquica, le había ocasionado el aprensivo malestar. No obstante, su despertar fue alegre, y la sola idea de volver a ver a su amado llenó todas las horas del día.

A su llegada procuró Claudio tocar lo más ligeramente posible el tema de la fiesta, deteniéndose en cambio a dar cuenta de lo conversado con su padre acerca

de la boda y sus deseos de que vivieran junto a él. No anhelaba Griselda otra cosa, siéndole por consiguiente fácil dar idea de lo mucho que la complacía el deseo de don Roque, pues le preocupaba que quedara solo; además, le satisfacía la perspectiva de animar con su presencia y su afecto el vacío que la falta de una mujer dejaba sentir en aquella casa.

—De ti no podía esperar otra cosa, querida. No me quedan dudas de que juntos edificaremos un futuro pleno de felicidad.

—Esa es mi aspiración, Claudio, aunque no ignoro que me tocará a mí una buena parte en esa labor.

—Es seguro que nuestra unión traerá aparejados, como ocurre con toda nueva situación, grandes cambios en nuestra vida. Mas para nosotros será grato al par que novedoso, pues el solo hecho de introducir tan interesante variación en la rutina diaria nos proporcionará un sinfín de alegrías. ¿No te parece?

—¡Oh sí, Claudio! Especialmente si logramos que todas esas variantes coincidan siempre con nuestro propósito de ser felices.

—Yo creo que en eso está, precisamente, la clave de la felicidad.

Del corazón de Claudio fluían esa noche las más tiernas y alentadoras esperanzas. Había encontrado a la mujer soñada. ¿Qué más podía pedir? Griselda era excelente, de ello estaba cierto; de recio espíritu, capaz de sufrir y disculpar. «¡Cuán bellas condiciones —pensaba—, que confirman la capacidad sensible, jamás negada a la mujer!». Y recordando que no eran muchas las que ponían de manifiesto esas calidades a la altura de una virtud, dejó libre a su alma con el deleite de los inefables dones con que el cielo lo estaba favoreciendo.

Horas después, al acostarse, tomó Claudio el libro de Patricio, del cual había leído ya algunas partes, con ánimo de detenerse en el primer punto que hallara interesante. Con ese propósito fue pasando lentamente las páginas, hoja tras hoja, hasta encontrar lo que al parecer buscaba: «Queda así demostrado —leyó— que el hombre tiene el privilegio de nacer dos veces. La primera, por el concurso de las leyes biológicas, que determinan el acto genésico, y la segunda por la confluencia de dos fuerzas: una de ellas espiritual, metafísica, y la otra surgida del potencial anímico del ser, actuando ambas por atracción simpática».

Recorrió luego, mirándolas muy por encima, varias páginas, y como si su atención hubiese quedado retenida por lo que acababa de leer, las volvió de nuevo hacia allí y desde ese punto reanudó la lectura: «El primer nacimiento, o sea el físico, está condicionado a la materia; el segundo, que llamaremos supracomún, es privilegio de la raza humana. Se produce por el despertar de la conciencia, que responde al llamado de conocimientos que la activan y enriquecen, surgiendo de ello el ser como entidad independiente de la vida biológica. Se configura así la vida mental, moral, psicológica y espiritual del ser humano».

No atinaba Claudio a ver del todo claro el alcance de estos contenidos y, esforzándose en comprenderlos, se detuvo a reflexionar. «Es muy cierto —terminó diciéndose— que cada uno puede venir a este mundo y vivir en él en forma semejante a la del animal, con la diferencia del refinamiento propio de nuestra condición de

humanos, a lo que se une la posesión de un intelecto que, puesto en actividad, nos permite ilustrarnos y nos hace cultos, sociables e industriosos. Entiendo que todo esto pertenece a la primera de las vidas a que alude el autor, pero... ¿y la segunda? Ésta debe corresponder, supongo, a un nuevo modo de pensar, sentir y experimentar la vida. ¿No estará ocurriendo en mí algo parecido?; ¿no tendrá algo que ver en ello ese palpitar que siento desde hace un tiempo, esa inquietud por conocer cuanto se relaciona con mi espíritu? Espíritu..., he ahí una palabra que a menudo se toma con indiferencia y aun con desprecio. Unos creen comprenderla; otros la usan para prestigiar sus creencias... ¿Habrá alguien que en verdad conozca lo que se oculta entre los pliegues del concepto que interpenetra su esencia?».

Al cabo de su meditación cerró el libro y se dispuso a dormir, pero aún alcanzó a decir a Patricio, que entraba en ese momento al cuarto para cumplir con un menester de última hora:

—Tu libro me ha resultado muy interesante. Si no te molesta, lo retendré un poco más.

Y en seguida, tal vez en atención a la respuesta amable del mayordomo, le habló del compromiso que tenía para el día siguiente:

—Mañana conoceré a su autor, ¿sabes?

—¡Imposible!...

—Como lo oyes; está de paso por Buenos Aires y lo veré en casa de Marcos.

—¡Pues cómo le envidio a usted esa suerte!

—Presumo que este encuentro me habrá de ser muy ventajoso. Ardo en deseos de aclarar ciertas incógnitas.

A Claudio no se le ocultaba, sin embargo, que los temas de su interés requerían, para ser dominados, una

experiencia y estudio de probada eficacia, todo lo cual provenía, según lo decía el autor en su libro, del conocimiento de sí mismo.



En el gran vestíbulo de la residencia del señor Gorostiaga hallábanse reunidos esa noche Justo Vega Monteros y Miguel Ángel Garmendia. Pronto se les agregaron Salvador Mariani y Marcos, que conversaban aparte, y en seguida Claudio y Norberto Aguirre, que acababan de hacerse presentes en la casa.

No tardó Marcos en decir a los recién llegados que de Sándara se hallaba en el despacho en compañía de su padre, de Malherbe y de don Javier Moudet, profesor universitario, amigo de este último. Apenas habían tenido tiempo de cruzar algunas frases cuando el criado les anunció que el señor Gorostiaga los esperaba y, momentos después, todos eran presentados al visitante.

Desde ese instante el señor de Sándara fue la figura central de aquel cenáculo.

Tal como lo había descrito Marcos momentos antes, de Sándara era un hombre de elevada talla, ágil, desenvuelto. Aparentaba bordear apenas los cuarenta años. Su tez era algo trigueña, sus cabellos oscuros y lustrosos y sus facciones bien proporcionadas. Tenía los ojos castaños, brillantes y expresivos, contorneados por una ligera sombra.

A juzgar por la actitud de los que en ese momento le rodeaban se hubiese podido afirmar que su persona había despertado simpatía.

Con su seriedad habitual, pero muy cortésmente, Marcos se apresuró a expresar:

—Tiene usted delante a los amigos de quienes le hablé, señor de Sándara; estaban deseosos de conocerlo y escuchar sus palabras. Ellos gustan, como yo, de los placeres del espíritu.

—Me complace encontrar en mis viajes por el mundo a jóvenes con altas aspiraciones, ansiosos de escrutar más allá del horizonte —respondió el visitante, con dicción clara y franca, paseando sobre ellos su mirada.

Quizás detúvose unos segundos más en observar a Arribillaga, porque éste experimentó la sensación de haber sido sometido a un examen radioscópico; no obstante, respondió con soltura:

—Nos anima una necesidad hondamente sentida, señor de Sándara.

—Una preocupación constante —apoyó Justo.

—Vale más que sea así, ya que la simple curiosidad no habría de favorecerlos en una búsqueda que requiere interés y esfuerzo permanentes.

En seguida pasaron al salón, en cuyo recinto, amplio, espacioso, amueblado con suntuosidad y refinado buen gusto se dispusieron a pasar la velada. El señor Malherbe ubicóse frente al huésped, a uno y otro lado del cual ocuparon sendos asientos el dueño de la casa y el profesor Moudet, llenando los jóvenes los espacios restantes en torno al visitante.

Malherbe parecía entre todos el de mayor edad, sin duda por el aspecto que le daban sus cabellos encanecidos y algunas rugosidades que surcaban de lado a lado su frente, las que se acentuaban o desaparecían según la movilidad de sus músculos faciales al hablar. Era delgado y de regular estatura. Su aspecto distinguido, su pulcritud

y su mucha urbanidad, dejaban adivinar en él al hombre de mundo. Tratándole de cerca, se tenía aún más la certidumbre de encontrarse ante una persona recta y honorable.

Fue éste quien deslizó las primeras frases en la charla, que se entabló con naturalidad y fluidez, como si aquella amistad, en vez de ser reciente, proviniera de tiempo. Se sirvió *whisky* y cigarros, y no dejó Gorostiaga de expresar una vez más lo mucho que sentía que su esposa, ocasionalmente de viaje con sus hijas, no se encontrara allí para cumplimentar mejor a los invitados.

Y como los que van de pesca, de peces hablan, el anfitrión terminó por rogar a su huésped que les obsequiara con alguno de sus temas favoritos.

—En verdad, no tengo predilección por ninguno —respondió éste—. Todos me son gratos cuando pueden resultar útiles a quienes me escuchan.

—Su concepción de la vida es amplia e interesante —expresó Malherbe—, ya que todo en ella se relaciona con los problemas que el hombre debe afrontar en la lucha contra la adversidad y en la búsqueda de las verdades eternas. Demás está decir, pues, que sea cual fuere el punto que usted escoja, traerá a colación algo relacionado con esa solución que, unos más, otros menos, todos necesitamos y esperamos. Sé asimismo de la densidad de sus conocimientos y de su arte para exponerlos, y ello es una razón que justifica la buena disposición con que me apresto a escucharle.

—Los que marchamos por un camino debemos tratar de no encandilarnos con los faros —repuso de Sándara sonriente, y agregó con cortesía—: Yo no puedo privar al estimado amigo Malherbe de la satisfacción de hacer por espontánea voluntad un elogio de mi persona,

pero es deber mío considerarlo una deferencia, nunca una alabanza.

—Ha sido la mía una valoración sincera y entusiasta de sus méritos, señor de Sándara, y he de permanecerle reconocido de que mis palabras no hayan llegado a usted desvirtuadas. Una alabanza de mi parte hubiese llevado implícito el deseo de que fuese aceptada, lo cual no es compatible con mi juicio, por estimar que el gustarla disminuye el área de la propia dignidad espiritual y afecta, en cierto modo, el concepto que nuestras aptitudes hubiesen logrado inspirar.

Sonrió de Sándara, respondiendo con un movimiento de cabeza aprobatorio, y agregó acto seguido, dirigiéndose a los jóvenes:

—Me agradaría conocer alguna de las inquietudes o preferencias intelectuales que predominan en ustedes.

Marcos expresó el deseo de saber algo acerca de la verdadera función del espíritu en la vida, manifestando los demás su afinidad con él.

—¿Y a qué se debe ese interés? —inquirió el visitante, dirigiéndose a todos.

—Tal vez provenga del misterio que rodea esa cuestión —manifestó Arribillaga—. Los sondeos de los más afamados investigadores no han satisfecho aún las lógicas demandas de ese interrogante planteado con tanta insistencia por la sensibilidad humana. Todo lo que se refiere al espíritu es todavía un misterio inaccesible para la inteligencia; ni siquiera los hombres más reflexivos lograron acercarse a él.

—Procuraré entonces complacerlos encarando ese tema —dijo de Sándara—, y confío en que mi tesis sobre ese asunto tan esquivo al intelecto contribuya a despejar las sombras que tan obstinadamente se ciernen sobre él.

Transcurrió una pausa, y tras ella, continuó:

—Para comenzar, diré que en las esferas ilustradas, allí donde la cultura alcanza sus más altas manifestaciones, esto es, en el arte, la ciencia, la literatura y la filosofía, el espíritu ha sido y es siempre, sin variante, el principal colaborador, aunque permanezca como incógnita a los ojos del mundo. Acaso excepcionalmente se lo reconoce legítimo autor de alguna obra extraordinaria. Siempre se agasajó a la inteligencia, al genio, cuando el hombre logró alcanzar la aureola de la gloria. Se me dirá que la inteligencia y el genio son parte del espíritu; que son su manifestación más elocuente en vidas que han rebasado las condiciones comunes. Estoy de acuerdo, pero es también cierto que en ningún caso se observan indicios de que existe una conciencia cabal de la actividad del espíritu o, mejor aún, la conciencia de su intervención directa en el desarrollo de las ideas hasta su objetivación final. No nos cabe duda de que se ha estado allí en contacto con el espíritu, mas involuntariamente, sin tenerse, como dije antes, conciencia cabal del hecho. Ni los mismos filósofos, aun cuando procedieran a veces cual si le correspondieran, han podido decir que estuvieron en entendimiento consciente con él.

De Sándara se interrumpió un instante para saborear su cigarro y prosiguió:

—En realidad, lo que el espíritu quiere es asumir plena y conscientemente la conducción de nuestra vida; de modo que, en tanto no alcancemos el convencimiento de que debemos acceder a tan benevolente exigencia, nos será muy difícil encarar con posibilidades de éxito la empresa del propio perfeccionamiento. La fisiología es, con respecto a la vida del cuerpo físico, lo que la psicología, exaltada a su finalidad trascendente, es a la vida del espíritu. Por consiguiente, constituye

una aberración el hecho de que el espíritu permanezca ajeno a lo que forma parte de su misma naturaleza. Los tres sistemas que conforman la psicología humana: el mental, el sensible y el instintivo deben girar en torno a su eje-madre o centro-imán, que es el espíritu. La inteligencia, con su vastísimo campo de actividad y sus inmensas posibilidades extrafísicas en el mundo mental es, quiérase o no, el nervión psíquico del espíritu. Mas fuerza es hacer aquí una salvedad para decir que cuando la inteligencia funciona inconscientemente resulta a menudo anulada por la inercia mental y afectada en forma directa por la ignorancia. Otra cosa es cuando ella vence, a instancia de íntimos y elevados anhelos, la pertinaz oposición de ciertos pensamientos, como los que fomentan la duda, la indiferencia, el pesimismo y muchos otros que traban su magnífico mecanismo. Todo cambia entonces y se transforma en el pensar y sentir del hombre; en una palabra, se «jerarquizan» los pensamientos y los sentimientos, y éstos dejan de satisfacer los halagos de la tierra para buscar las alturas límpidas del mundo superior. Es allí cuando el espíritu comienza a goberarnos, pudiendo comprobarse que éste es mucho más accesible de lo que suponíamos. Nosotros mismos lo habíamos hecho inaccesible al arrinconarlo en el lugar menos pensado y sentido de nuestro ser.

»Vulgarmente —continuó de Sándara— se alude al espíritu como si se tratara de algo abstracto y se lo imagina sin condicionarlo a ninguna función específica. Tal ocurre porque en verdad no la tiene para el hombre común, como no la tiene para todo aquel que no haya experimentado su realidad y conozca su posible coexistencia con el ser físico. Por lo general no se le da al espíritu ninguna participación activa en la vida,

de la que permanece ajeno, como personaje extraño, como “convidado de piedra”. En situación tan desairada, se comprenderá que su intervención en los hechos que nos acontecen sea nula. Cuántas veces se oye decir a la gente, en ocasión de ir a un concierto, a una velada teatral, a un cine, que va a “recrear el espíritu”. Desde luego que tal cosa se dice con muy buena intención, mas en la ignorancia de que el espíritu no pide un mero recreo, sino muchísimo más; el espíritu pide participación activa e intensa, como dije antes, en la vida del ser que anima».

—Nos ha hablado usted del espíritu como de una realidad absolutamente tangible —dijo Justo—; quiere decir que existe la posibilidad de ver disipado ese misterio que hasta hoy lo mantuvo ignorado.

—Exactamente; mas debe tenerse presente que ese misterio seguirá tan impenetrable como lo fue siempre para quien no llegue a conocer la esencia de su verdad. No podremos hablar del espíritu como parte inseparable de nuestro ser, en tanto no logremos constanciarnos con él; del mismo modo que no podremos avanzar nunca por el abrupto camino de la sabiduría, si no concedemos al espíritu ese papel principalísimo que debe jugar en nuestra existencia. Vemos, pues, cuán importante es llegar a ese objetivo, o sea a la incorporación del espíritu en la institución humana llamada vida racional.

Entendiendo que de Sándara, al guardar allí silencio, daba margen a que intervinieran sus oyentes, Marcos se adelantó dando muestras de conformidad respecto a los conceptos vertidos a raíz de su pregunta, e iba a formular algunos juicios, cuando su padre, observando que el criado anunciaba ya la cena, invitó a pasar al comedor. La interrupción no impidió empero,

que la conversación se reanuda allí con igual interés, encarándose en forma amena los motivos que de ella surgían.

En instante oportuno, y casi al final, Arribillaga, que ocupaba un lugar frente mismo a de Sándara, manifestó dirigiéndose a él:

—Me he sentido muy atraído por sus ideas; quizás porque me sugieren contenidos que están más allá de los meramente expresados.

—Es posible... Las ideas forman grandes familias esparcidas por el mundo. A través de los siglos ellas se buscan unas a otras con la ternura de un amor similar al de los humanos. Muchas quedan inmóviles por falta de oportunidad para manifestarse, hasta que el toque mágico de un acontecimiento feliz las reactiva. Esa circunstancia que las torna a la vida asume entonces el carácter de reminiscencia.

—Presumo que es tal lo que me ocurre, ya que concuerda enteramente con mi sentir. Por otra parte, me doy cuenta, señor de Sándara, de que si no hubiera escuchado sus conceptos difícilmente habría podido conectarme a tan remota posibilidad.

Miguel Ángel, que en el curso de la conversación había logrado disipar algunas dudas, expresó complacido:

—He gustado con fruición del manjar que usted nos ha servido.

—¡Oh!..., si no fuera por el temor de excederme exclamó Malherbe, alegremente—, pediría al amigo de Sándara que nos brinde algún postre de especial compostura.

—¿Y qué mejor postre —repuso éste, en el mismo tono— que la comprobación de que hemos estado atendiendo a un tiempo a nuestro ser físico y a nuestro ser espiritual?... Acabamos de dar a cada uno de ellos el ali-

mento de su agrado. Cuando dispensamos al espíritu los cuidados que habitualmente sólo dispensamos al cuerpo, ya lo tenemos satisfecho; mientras, la vida ensancha el mundo de sus experiencias, de sus sensaciones, de sus perspectivas.

Vueltos al salón, se habló al principio de cosas corrientes, de generalidades, matizadas con no pocas notas de humor, pero, transcurrido aquel momento cordial, se reanudaron gradualmente los temas interrumpidos. Habló durante un largo rato Malherbe, quien se refirió a su larga búsqueda de la verdad, investigando siempre, sin hallar la ansiada compensación.

—Felizmente —dijo al término de su plática—, tuve la ventura de no extraviarme nunca en esa averiguación tenaz que llevé a cabo durante años. Quizás ello se debiera a que presentía los peligros que entraña el embarcarse en esta o en aquella teoría, o en seguir ciegamente los caminos enunciados en tanta hoja suelta como anda por el mundo. Ese afán de saber, que le viene a uno del alma, nos mueve a querer conocerlo todo. Si por casualidad algo dejamos de lado, nos persiguen luego estas preguntas: «¿Qué será? ¿No estará allí lo que buscamos?». Es algo muy parecido a lo que nos ocurre cuando oímos sonar la campanilla del teléfono y no nos decidimos a atender. «¿Quién será? ¿Para qué nos llamarán?», nos preguntamos dentro de nosotros; y cuántas veces no ocurre, tanto en un caso como en el otro, que, resueltos al fin a atender al que llama, nos encontramos con un equivocado...

—El camino verdadero no se encuentra sino después de mucho andar, de mucho sufrir, de mucho esperar —expresó de Sándara.

—¿Hemos de pensar, entonces, que el sufrimiento es

irremisiblemente necesario en la búsqueda del saber y del bien? —inquirió Justo.

—Fácil será comprender que para apreciar lo bueno es menester descubrir su realidad en medio de las mil ficciones que nos rodean; vale decir, que debemos antes probar lo que creemos bueno. Ahora bien, si lo que probamos sólo tuviera de bueno la apariencia y, tras el engaño, todavía conservamos nuestra ingenuidad, volveremos seguramente a toparnos con nuevas decepciones, las que derribarán repetidamente nuestro ánimo, como si después de cada experiencia nos desmayaran de un puñetazo cada vez más recio. Recobrado el conocimiento, nos veremos empero en la necesidad de seguir marchando, pues así lo exige la vida, y esa marcha irá haciéndose progresivamente más penosa. Mas si de esos sucesivos engaños logramos extraer algo útil para nuestras reflexiones, es indudable que nos libraremos de ellos en menor tiempo, y eso mismo nos empujará hasta dar con lo que sea realmente bueno, es decir, con aquello que lejos de enmarañarnos en una quimera, nos invite a gustarlo eternamente.

»Acabo de demostrar en forma gráfica —prosiguió de Sándara— que el sufrimiento del cual les hablaba lo origina la ignorancia, pero debo señalar también que ese mismo proceso selectivo se opera a través de los innumerables hechos que intervienen en cada vida humana. Todos los sucesos, desde los que traen consigo grandes penas y sufrimientos, hasta los que entrañan insignificantes contrariedades, perturban el ánimo por ignorancia de sus causas. Se los achaca corrientemente a la fatalidad, al destino, a la mala suerte, mas ello no deja de constituir un error que, siendo de muchos, consuela a los tontos...».

—De tal afirmación infiero que el que sabe estaría resguardado del sufrimiento por su propio saber. ¿Verdad?

—preguntó Miguel Ángel, esperando la aprobación de de Sándara.

—En efecto —manifestó el huésped—; mas no exento de él totalmente. También sufre el que sabe, pero sus tribulaciones no obedecen ya a iguales causas. El mismo saber, al concederle la prerrogativa de alejar gradualmente esa consecuencia acarreada por la ignorancia, le permite luchar contra el mal, contra el error o la ficción en muy diferentes y superiores condiciones. Y en esa lid el hombre emplea a fondo sus conocimientos, perfecciona su técnica y acrecienta su voluntad y su sabiduría. Al lograr esa conquista sobrepónese también a la inevitable alternativa de la espera, implícita en el sufrimiento.

—¿Da usted al vocablo «espera» alguna acepción particular? —inquirió el profesor Moudet, viendo que de Sándara callaba.

—Los términos pueden cobrar a veces un sentido más hondo y hasta una nueva acepción, al vincularse con la realidad interna del ser o con las íntimas exigencias de su naturaleza, sin que ello implique, desde luego, desvirtuar su etimología ni su sentido. Para mí, ese vocablo constituye, en cierto modo, una clave que no tengo inconveniente en revelar. Siempre he considerado a la espera como una fuerza que nos mueve a ser conscientes de nuestro proceder o conducta, toda vez que nos vemos forzados a una situación de expectativa. Cuando confiamos esa fuerza al azar, ésta es ciega y nos trae, bueno es admitirlo, crudos sinsabores o pesares. Frente a un período de espera debemos tener plena conciencia de los factores que lo determinan. Quiero decir con esto que hemos de saber si se trata de una espera fortuita o si es consecuencia de nuestra voluntad puesta al servicio de ideas o pensamientos a los que

hemos dado una misión definida. En el primer caso será menester pensar, en tanto transcurre la espera, en qué forma podremos contribuir a que ella no nos perjudique, a que no nos lesione, para no perturbar o trastornar los proyectos en los que hemos puesto ya nuestras miras. En el segundo, hemos de tener presente que toca sólo a nosotros dominar la situación, lo cual implica conocer que la espera es la lógica alternativa de un proceso cuya feliz culminación depende de nosotros mismos. Esa fuerza a la que he llamado «espera», tiene que obedecer allí a los firmes dictados de la conciencia y actuar en función del cometido rector de la misma; vale decir que el hombre debe manejar esa fuerza con pleno dominio de su voluntad, lo que le permitirá conocer también, con la debida anticipación, cuáles serán los resultados finales.

»Merced a la asimilación de los conocimientos esenciales —los mismos que estoy poniendo al alcance de ustedes en este momento— podemos facultarnos para realizar una especie de trigonometría mental que nos permitirá establecer con exactitud los tiempos que van jalonando nuestra existencia. La vida humana, concebida desde el ángulo prominente de su estructuración moral, espiritual y psicológica, es, a mi juicio, una sucesión ininterrumpida de cortos lapsos de duración, fragmentados cada uno de ellos en tres períodos: el que se emplea en proyectar, el que se destina a la acción y el que exige la espera».

—¿Esa definición de la vida comprende también la del hombre común? —preguntó Salvador.

—Me estoy refiriendo, amigos míos, a las vidas fecundas. Dudo que existan momentos de mayor sublimidad y de efectos felices más duraderos que los vividos durante la concepción de una idea o de un proyecto; viene luego el

planteamiento y estudio de su ejecución, época también feliz en la que ponemos a prueba nuestra capacidad con las consiguientes satisfacciones provenientes de los futuros tramos a realizar; finalmente, la espera, que es la que escalona progresiva y metódicamente el desenvolvimiento del proyecto hasta su culminación. Apresurar más de lo debido el término de una obra es frustrar su resultado, del mismo modo que sacar el huevo de la incubadora antes de tiempo es malograr el normal proceso del polluelo que habría de nacer al cumplirse la etapa fijada para su gestación y desarrollo. La espera debe ser, pues, inteligente, y en tanto tengamos que someternos a ella, debemos mantenernos vigilantes para que el proceso iniciado se cumpla sin inconvenientes. Esto presupone, naturalmente, la necesidad de zanjar con rapidez esos inconvenientes que pudieran presentarse, con lo cual la espera no resultaría estéril.

»El buen agricultor —ilustró de Sándara— confía a su siembra el porvenir de su familia, porque se previene de toda posible contingencia con los recursos de su experiencia y su saber; el que espera los frutos de su ingenio e industria ocupa su tiempo en crear otras ideas o en ponerlas en acción, a fin de escalonar a lo largo de la vida innumerables incentivos y mantener los goces estéticos en permanente y renovada fluidez espiritual. ¡Infeliz del hombre que no sabe esperar, o lo hace confiando su suerte tan sólo al azar!... La espera, ¡la bendita espera!, es un paréntesis, grande o pequeño, que se abre en nuestra vida; quien no aprende a utilizar esos espacios de tiempo inteligentemente corre el riesgo de perder la paciencia...».

Seguidamente, Moudet se mostró interesado por conocer el método que de Sándara empleaba para abarcar sus concepciones, las que consideraba amplias y

diversas. Reposado y de equilibrado juicio, Moudet, por inveterada costumbre, gustaba de toda clase de referencias y detalles sobre los puntos que atraían su interés, con lo cual daba la impresión, engañosa sin embargo, de querer compenetrarse de las cosas sin mucho esfuerzo.

—Para abarcar mis concepciones —le respondió de Sándara— no utilizo método alguno; el método lo utilizo, eso sí, para enseñar.

—¿Y en qué consiste?

—Sencillamente, en ir conformando en quien aprende una férrea disciplina interna en el manejo y aplicación de conocimientos que trascienden el saber común.

—Desde luego, la posesión de tales conocimientos deja suponer una forma particular de enseñar...

—La posesión de muchos conocimientos de ese orden presupone, en efecto, amigo Moudet, la sistematización en el uso y aplicación de los mismos y el discernimiento claro que debe asistir a esa sistematización. En suma, el método consiste en la capacidad de servirse de esos conocimientos a ciencia y conciencia, ya para uso propio, ya para asistir a los demás en la adopción de los mismos.

—De acuerdo —insistió Moudet—; pero la esencia de esos conocimientos, ¿de dónde se obtiene?

—De la vida y del mundo. De allí se extrae el zumo con que son elaborados los conocimientos, los cuales sirven a la vez para dotar a la inteligencia de un poder de acción y de visión nada comunes.

—Comprendo; mas ¿cómo se generó en usted, por ejemplo, esa orientación y en qué principios fundó el encauzamiento de sus ideas?

—Usted me perdonará, profesor Moudet, pero no podría yo satisfacer esa pregunta sin transgredir un de-

ber de lealtad y respeto para con mi propia conciencia. Se trata de un secreto inviolable; inviolable por la simple razón de que nadie, con excepción de uno mismo, puede admitir y comprender su realidad. Sin embargo, y sin apartarme de tales razones, trataré de satisfacer, aunque sea en parte, su pregunta. Si partimos de la base cierta de que cada uno es el resultado de su esfuerzo, estamos proclamando con ello que el hombre se hereda a sí mismo. Siendo así, fácil es concluir que quien custodia y perpetúa esa herencia a través del tiempo es el propio espíritu. Por consiguiente, cuando el espíritu asume el gobierno de la vida, la altura alcanzada en su desarrollo por la inteligencia tiene que obedecer a influencias provenientes de ese mismo espíritu.

»Voy a exponer ahora, a guisa de acotamiento, una imagen que guarda cierta relación con lo que hemos tratado. Me agradecería que se apreciase la actitud de una persona a la que con la mejor buena voluntad estuviésemos dispuestos a ayudar con algún dinero, si ésta, necesitándolo imperiosamente, se negase a recibirlo hasta tanto su benefactor le explicase cómo inició esa fortuna que ahora le permite acudir en su ayuda, o por qué medios la ha alcanzado. Aunque no es éste exactamente nuestro caso, tampoco está de él desvinculado, y nos sugiere, por el contrario, una reflexión muy a propósito, por cuanto cada uno de los que hacen fortuna sabe que en ese proceso intervienen múltiples factores circunstanciales que, pese a su importancia, se prefieren guardar para sí por entendedérselos privativos de la intimidad. ¿Habría de acceder el médico al pedido del paciente que le exigiese, como condición para someterse a la medicación prescrita, darle a conocer cómo hizo el bioquímico para descubrir sus fórmulas, cómo fueron éstas preparadas y cómo actúan sus componentes?...

Tras esta digresión, diré a todos que las riquezas de la inteligencia, cuando son innatas, obedecen a factores de la propia herencia, la cual es fruto de un proceso de evolución seguido por el espíritu. El que estudia una profesión, ¿de quién hereda su saber y su título, sino de él mismo? No lo hereda de sus padres, indiscutiblemente; lo hereda de sí, de su esfuerzo, de su constancia y entusiasmo. ¿Por qué no han de obedecer, pues, a la misma ley los desarrollos superiores de la inteligencia? Aunque esto parezca inverosímil, podría justificar, en cierto modo, las reservas a que hice referencia hace algunos instantes».

—Estimo que es claro y convincente lo que nos ha dicho —intercedió Malherbe—. Tales riquezas son las que descubrimos a lo largo de la vida de un hombre y de su obra, y éstas vendrían a perfilarse en la actividad de sus pensamientos, madurados tras la concepción de los propósitos que animan sus esfuerzos.

—Ahora comprendo —manifestó a su vez el profesor Moudet, muy satisfecho— cuál es el punto de partida de su orientación, pues el que cuenta en su haber hereditario con los conocimientos que usted posee, lleva implícita la orientación.

Luego, como viera que de Sándara se disponía a ponerse de pie, con muestras de dar término a su visita, agregó:

—Ha sido usted muy amable al contestar a mis preguntas, y pese a que no estoy muy adiestrado en la interpretación de sus conceptos, las explicaciones brindadas me han resultado claras y accesibles.

—Sólo he tratado de favorecer un verdadero acercamiento espiritual entre nosotros —le respondió aquél, inclinándose cortésmente.

Instantes más tarde se despedían.

El dueño de la casa, después de agradecerle al señor de Sándara su participación en la velada, le preguntó:

—¿Tendremos el honor de verle otra vez?

—Espero que no haya de faltar esa oportunidad —contestóle, y al tiempo que le tendía cordialmente su diestra, agregó: —El señor Malherbe les avisará si me fuese posible estar nuevamente con ustedes. También yo deseo que se repita esta circunstancia, que me permitirá renovar tan simpática como honrosa vinculación.



Eran aproximadamente las dos de la madrugada cuando Arribillaga volvió a su casa, después de dejar a sus amigos.

Patricio, aún levantado, dormitaba en un sillón. Sobresaltóse al oír sus pasos, manifestando que lo aguardaba por si se le ofrecía algo.

—¡Vaya, que te has puesto diligente!... —exclamó el joven, simulando no haber captado la argucia.

Patricio permaneció ante él confuso, mas reanimándose ante la actitud bondadosa de Claudio, fijó en él su noble mirada, cruzándose entre ambos una simpática expresión de inteligencia.

Seguidamente comenzó Claudio a despojarse de las ropas, y, mientras lo hacía, fue refiriendo al mayordomo, para resarcirlo de la espera, algo de lo que éste deseaba saber.

—Puedo asegurarte, Patricio, que vuelvo muy satisfecho. Escuchando a de Sándara he sentido como si algo despertara en el fondo de mi conciencia. Sus palabras han reavivado en mí las ansias de conocer ese mundo del cual nos habla en sus libros, tanto más inaccesible cuanto más

pretendemos alcanzarlo al antojo de nuestra vehemencia. ¿Sabes que me ha dado la impresión de ser él mismo un heraldo de ese orbe incorpóreo? Nada te digo del ajuste de sus conceptos y la profundidad de sus pensamientos porque ya lo había comentado contigo después de leer sus escritos.

—¡Cuánto celebro que haya sido así!... —exclamó el mayordomo, sin que pudiera dudarse de su complacencia.

Al rato agregó, con toda discreción:

—¿Va a servirse usted algo, niño?

Claudio sólo deseaba descansar. Dio las gracias al criado y se dispuso a dormir, prometiéndole contarle algo más al día siguiente. Tardó sin embargo en conciliar el sueño. Le seguían, sin quererlo, las palabras que había escuchado poco antes, reconociendo el efecto de las mismas en esa sensación nueva que bullía en su interior, cual si le hubiesen infundido mayor vida y levantado el espíritu. Alcanzó a compararlas mentalmente con las aguas de Juventía, que dejaban en las almas de los que se sumergían en ellas la sensación vivificante que producen los baños de luz. No bien declinó el fulgor de sus sentidos físicos, sintióse transportado al mundo mental, a ese espacio metafísico en cuyas inmediaciones se debaten desesperadamente legiones de almas que en vano pugnan por transponer sus pórticos inmensos y en el que sólo goza de franquicias inimaginables el espíritu que logra superar en la tierra las formas esenciales de la vida.

Pese a que el espíritu de Claudio no se hallaba en las condiciones requeridas para realizar aquella inesperada excursión etérea, excepcionalmente pudo hacerla; sólo que, al despertar, apenas conservaba su retentiva muy vagos recuerdos. Es lo que acontece en los seres faltos de preparación consciente. La vigilia, al activar nuevamente los sentidos, cierra el circuito de la inteligencia abierto

por la acción del espíritu, y la memoria trascendente, la que actúa en el curso del sueño, queda eclipsada, oscureciéndose de tal modo la película mental que las imágenes apenas se distinguen, cuando no se borran totalmente. En cambio, cuando el alma cultiva durante la vigilia las excelencias de su naturaleza superior es incuestionable que los resortes mentales se agilitan en esas expansiones anímicas, permitiendo el recuerdo de tales experiencias.

Al despertar, Claudio intuyó sin embargo que los enigmáticos sueños que a modo de reminiscencias aparecían dibujándose en cortísimos fragmentos en las inmediaciones de su conciencia, tenían mucho que ver con lo escuchado por la noche al señor de Sándara.

El hombre no se detiene a pensar qué secretos designios imperan sobre su mente mientras duerme, e ignora qué es lo que sin intervención de su voluntad realiza prodigios con su ser anímico, haciéndole volar a veces como un pájaro, penetrar otras a través de muros inexpugnables o poseer de vez en cuando el cetro de los reyes o la vara de los magos.



A pocos días de aquella velada se le presentó nuevamente a Claudio la oportunidad de encontrarse con el señor de Sándara. Esta vez la invitación le había llegado por conducto de Malherbe, quien los reunía en su casa.

Su moderno departamento se había abierto esa noche, ofreciendo a sus intercambios el amable y tranquilo recinto destinado a la recepción. Allí, en torno a

de Sándara, en actitud atenta, hallábanse las mismas personas que le rodeaban días antes, a las que se habían sumado Agustín y algunos amigos del dueño de casa.

—Si me permite, señor de Sándara —se le oyó decir a Claudio, al calor de la conversación—, deseo formularle esta pregunta: ¿En la creación de los protagonistas de sus novelas lleva usted algún propósito definido?

—El mismo que usted puede apreciar en mi concepción de la vida, de la persona humana y de las cosas que estimo importantes para el ejercicio de nuestras aptitudes mentales y morales. En ninguno de mis libros he dejado de hacer notar ese propósito, transparentándolo en cuanta oportunidad se me ha ofrecido.

—¿Cómo concibe y articula usted la trama de sus novelas? —volvió a inquirir Arribillaga.

—El mundo que se espeja en mis novelas es sólo un fragmento de mi pequeño universo, y los movimientos y la vida misma de los personajes que actúan en ellas cobran a través de la ficción una realidad efectiva, pues obedecen a la trama de un vasto y originalísimo plan de reeducación superior del espíritu humano. Constituido éste en objetivo principal de mi vida, hago que todo concurra a su realización, incluso las novelas, que, como dije antes, forman parte del mencionado plan.

—¿Podemos pensar entonces que sus ideas tienen origen en una inspiración metafísica? —preguntó el señor Gorostiaga.

—Efectivamente. Existe, amigos míos, un mundo maravilloso, el mundo mental, o sea aquél donde vive y actúa el pensamiento creador y donde proliferan las grandes ideas de la mente universal. He sorprendido en él más de un enigma de esos que tanto han preocupado a la mente humana. Y fue justamente contemplando

ese mundo cómo he podido preparar los conocimientos destinados a habilitar las almas, no sólo para contemplar esa realidad metafísica, sino también para integrarla. Todos mis pensamientos, como podrá apreciarse dondequiera se manifiesten, se vinculan instantáneamente a la vida universal que late sin cesar en los seres. Sea dentro de mis libros, sea en el trato directo con las personas, éstos persiguen siempre el mismo fin. Si algo, pues, me diferencia de otros escritores, es eso, precisamente.

»En el pequeño mundo que, repito, se espeja en mis novelas, impera mi voluntad, y las partículas de mi creación se sustentan con mi pensamiento, exactamente como ocurre en nuestro mundo físico, donde impera visible e invisible la voluntad de Dios y donde nuestras mentes se sustentan de su pensamiento universal. Inspiro a los personajes que pueblan el mundo de mi ideación, plasmado en mis obras, una confianza ilimitada en los arcanos que alientan la vida dentro y fuera de la existencia corpórea, infundiéndoles la virtud de sentirla y vivirla en plenitud de conciencia y espíritu. De más está que me refiera al cariño entrañable que siento por todos los vástagos que mi mente ha fecundado y hecho nacer en él y a los cuales he infundido mis ideas y pensamientos.

»Ellos son la representación exacta de lo que realizo en quienes guío con mi saber; de ahí que cobren éstos especial significación. Así es como resulta un verdadero placer para mí atenuar las faltas en que incurre uno u otro de mis personajes y, con mayor razón, estimular sus acciones nobles; y si en ocasiones debo reprender a alguno cuyo comportamiento no fue bueno, sufro con él pensando en las causas que lo indujeron a ello. Reveo entonces su proceso en mi conciencia y encuentro que la sanción era no obstante necesaria, que una razón superior justificaba mi

actitud. A él dedico entonces particularmente mi atención, siguiéndole a través de sus pasos inseguros; y cuando he logrado conducirlo de nuevo por el buen camino experimento una alegría sin igual, una dicha indescriptible que me enternece y me hace amarle cada día más. ¡Cuántas veces pienso si no es esto mismo lo que Dios hace con nosotros!...».

—Vale decir —dijo allí el padre de Marcos—, que plasma usted en la vida de sus personajes un proceso de educación psicológica similar al que describe en sus proposiciones.

—Así es; efectivamente. Tales personajes, aparte de constituir la representación psicofísica y espiritual del hombre, mantienen vivo el pensamiento de una evolución superior.

—Resulta curioso —manifestó Salvador— que muchos de los seres que animaron el mundo de la novela hayan llegado a parecernos tan reales como los corpóreos. A cuántos de ellos no hemos visto hacerse tan conocidos, tan populares, como muchas lumbreras de nuestra existencia terrenal. Hay casos en los que hasta parecería no existir diferencia entre esos famosos personajes y los otros, los que ya se fueron de este mundo...

—Francamente —expresó de Sándara, acompañando sus palabras con expresión jocosa—, yo hubiera preferido ser uno de ellos antes que vivir en oscuro anonimato.

Al punto agregó, dirigiéndose a Salvador:

—¿Sabe usted por qué acontece eso que acaba de mencionar? Pues porque en el mundo mental los seres que fueron de carne y hueso se confunden con los de esencia puramente espiritual. Unos y otros continúan viviendo en ese mundo, en el cual nuestra memoria los busca y se encarga de hacérmolos presentes.

El profesor Moudet, cuyos ojillos vivaces no se apar-

taban del señor de Sándara, dijo a continuación, ansioso de nuevas explicaciones:

—Siendo que todos sus pensamientos tienden a un solo fin, es lógico que las criaturas que hace usted vivir en sus libros tengan la propiedad de ejercer sobre los lectores una saludable influencia. Pues bien, yo quisiera saber si muestran ellas las alternativas que deben seguir los seres humanos en su gradual evolución hacia el aquilatamiento del saber en los tramos superiores de la vida del espíritu.

—Naturalmente, pues. A través de tales alternativas o episodios ellas muestran las posibles fases que se le han de presentar al hombre al disponerse a evolucionar conscientemente. Al modelar los rasgos, las características, peculiaridades y calidades de las mismas, refirmo en mí el poder conceptual de las proyecciones mentales con que animo la vida de cada una de esas criaturas, y es así cómo, en tanto les insufló un hálito semejante al que sostiene la vida humana, configuro arquetipos accesibles a las posibilidades de todo hombre o mujer, aun en sus más elevadas y exigentes aspiraciones. Me refiero, desde luego, a los casos en que encumbro a los personajes, lo cual nunca hago llevándolos a alturas imposibles.

»Mientras escribo —continuó— sigo a unos y a otros a través de sus vidas; unas llenas de abnegación y sacrificio, otras sedientas de ambiciones; aquéllas realizando proezas, éstas con intenciones siempre aviesas. La suspicacia, mezclada a veces con la ironía y el desprecio en fuertes e irrefrenables reacciones psicológicas, o el gesto acerado de los malvados, que estilizan la risa mientras mastican la goma amarga de la desdicha, ofrecen un contraluz muy útil para destacar la innegable realidad de los valores del espíritu que el hombre puede alcanzar en su trayectoria por la tierra. El contraste entre el bien y el mal, que tan inmensas perspectivas

abre al artista que se propone trazar sus rasgos, me permite utilizar ese recurso para robustecer la voluntad en la lucha que cada ser debe librar para vencer al pérfido saboteador de la felicidad humana. Frente al pesimismo, la rebelión y a la incuria, tristes cuadros que reflejan los estados por que el hombre pasa, yo opongo mi optimismo, mi entusiasmo y mi empeño nutridos en mi propia conciencia, para neutralizar en quienes los circundan los efectos perniciosos de sus decepcionantes estados morales y psicológicos.

»Animado siempre por el mismo propósito describo cómo se ejercen las grandes virtudes que, cual la paciencia, la prudencia, la tolerancia, tanto se mencionan y tan pocas veces se practican a conciencia. A instancias del mismo incentivo enseño cómo es posible amar con ese amor sublimado y embellecido por la pureza del sentir que se substancia en la abnegación. Cuán diferente es éste del amor pasional, egoísta y rara vez sincero, que todo lo estruja, pervierte y aniquila, pues el sentimiento no cuenta cuando gobierna el instinto.

»Se comprenderá que los personajes de mis libros no terminan en la novela misma. Como autor busco que la vida de éstos, perfeccionada, se encarne en los que leen mis páginas con miras de saber y anhelos de avanzar por la ruta que dejo trazada. Los pensamientos, palabras y acciones de mis criaturas trasuntan enseñanzas y ejemplos de fácil recordación. No llenarían éstas su verdadero cometido, si a lo largo de su actuación no se perfilara con claridad en ellas la imagen de un proceso que estimula y alienta la vida humana, mostrando cómo ese proceso puede ser consumado en la realidad para ennoblecimiento de la misma. Esto y no otra cosa me ha llevado a forjar estructuras y rasgos psicológicos modelos, al servicio de quienes anhelan escapar del

suplicio de Tántalo, suplicio al que son sometidas casi todas las criaturas humanas desde su mocedad, debido a la falta de una sana y eficaz preparación mental y psicológica para enfrentar la vida. ¿Cómo no terminar en esa tortura cuando las pasiones, los vicios, la vida ligera y el libertinaje, más que calmar extreman la sed del que los escancia? Perdida la medida, ¿qué resta del deleite que deslumbró los sentidos? Tan sólo un morboso agotamiento, un hastío, y, tras breve pausa, otra vez la danza de la libélula en torno a la llama que habrá de quemar sus frágiles alas... Cuando se escribe sobre estas cosas, amigos míos, se siente uno tentado a acometer la empresa de unir el cielo con la tierra, el espíritu con la materia, y a matar de una estocada al dragón de las tinieblas, esa alada personificación del mal que gobierna el instinto indómito del hombre».

—¡Cuánto me agradecería poseer el dominio que usted tiene de la pluma, para poder hacer otro tanto! —dijo Claudio, cediendo al impulso entusiasta de su corazón.

—No es cosa imposible —le respondió risueñamente el aludido—. Se necesita, en primer término, conocer a fondo el mundo mental y sus secretos, y, logrado eso, se requiere poseer... ¿cómo podría decirle?... se requiere cierto exceso de vida para infundirla en los demás.

Rió Claudio al sentir tan prestamente contenida su vehemencia, y contestó con gracia:

—Eso significa que habrá de correr mucha agua bajo el puente antes de embarcarme en semejante empresa.

—Le costará un poco, naturalmente. Al principio todo es difícil... —le respondió de Sándara, asintiendo; mas súbitamente lo sorprendió con esta pregunta, en la que puso cierto dejo de ironía—: ¿Y por qué no piensa us-

ted que por ahora podría serle más sencillo y más cómodo dedicar su tiempo a la lectura?

Sin captar, probablemente, el sentido de tales palabras, insinuó Marcos:

—No obstante, el goce estético, la emoción, el sabor de la fuerza creadora, las sensaciones que resultan de las felices combinaciones del lenguaje no se experimentan del mismo modo leyendo que escribiendo.

—Se diría —dijo de Sándara, mirando con simpatía a los dos jóvenes— que en ambos existe una predisposición al cultivo de las letras. Es ésa una aspiración muy loable, por cierto; mas debo advertirles que la eficiencia en su cultivo depende por entero del cultivo del espíritu, por ser él, justamente, quien da la tónica feliz a las producciones del ingenio. Con esto he querido significarles que no basta obedecer a un deseo; es mejor, muchísimo mejor, capacitarse en el ejercicio de las potencias creadoras del espíritu, para poder alcanzar así la meta definida por nuestros anhelos.

Transcurridos unos instantes, intervino Salvador.

—Perdone usted, señor de Sándara —manifestó—, pero me gustaría aclarar un punto. Según lo que nos ha venido expresando, parecería ser que las obras de ficción, aun las creadas por célebres autores, carecerían de valor o no estarían substanciadas por un sentido verdaderamente elevado.

—A fe mía que no he querido significar tal cosa —apresuróse a enmendar de Sándara—. ¿Cómo habría de negar el valioso aporte de aquellos autores cuya producción alcanzó preponderante influencia en las letras? Es crecido el número de los que han sabido trazar con genial maestría rasgos, modalidades, virtudes o pasiones de sus personajes; de los que han descrito con tal fidelidad el medio, los tipos, las costumbres, los acontecimientos que

circundan la vida de sus protagonistas, que sus relatos suelen resultar a veces verdaderos documentos históricos. Estimo, con toda justicia, que ello les ha valido la aureola de la gloria. Sólo cabría, a juicio mío, una objeción a sus talentosas concepciones encerradas en las más bellas y acabadas formas literarias, y es que, habiendo podido sus autores conmover a tantas almas, no lograron, ¡he ahí lo curioso!, enseñar una senda que subyugara el espíritu y ofreciera al hombre la ansiada perspectiva de un destino mejor. Admiro la fecundidad imaginativa de tan encumbradas inteligencias, su vigor, su nervio, su poder descriptivo, su dominio del estilo; pero las grandes obras también deben estimarse por su contribución a la elevación espiritual de la evolución humana.

Miguel Ángel, que no había intervenido hasta entonces, preguntó a su vez:

—¿Podría decirnos, señor de Sándara, en qué época escribió usted su primera novela?

—No podría precisarlo... Yo vivo tan intensamente la vida, que los años tienen para mí la dimensión de los siglos. Era, eso sí, muy joven. Además, mi primera novela tuvo un sólo y único lector: yo mismo... Aún me restaría agregar que el contenido de mis novelas se pierde en el confin de las edades o, mejor dicho, se confunde con el tiempo propiamente dicho, de suerte que, al leerlas, renace todo lo que hay en ellas con la frescura de una mañana de primavera al rayar el alba... Con esto quiero decir que mis ideas no son para una época, sino que abarcan todas las edades, por palpitar en ellas las energías de un permanente y renovado sentir, de un sentir que es un verdadero grito de fe y de amor a la vida en su maravillosa función existencial.

El señor de Sándara guardó silencio. En su actitud apacible, en su mirada profunda y serena era

difícil distinguir si había plácida tristeza o recóndita felicidad.

Mientras el pensamiento de los que escuchaban estaba aún pendiente de sus últimas palabras, Miguel Ángel, empeñado en reunir, acaso sin objeto preciso, algunos datos, preguntó a de Sándara si cuando escribió sus primeras novelas había leído in extenso a otros autores.

—En efecto —respondió éste, que, sonriente, parecía someterse con agrado al interrogatorio—; pero siempre tuve buen cuidado de no mezclar las ideas ajenas con las mías. Eso nunca me fue difícil, porque mis pensamientos se substancian en mi propio ser, esto es, nacen en mí y se nutren en mi propia vida mental. En cada uno de mis libros yo he vivido toda una vida, intensa, plena de emociones, de amor, de felicidad, como también he experimentado el dolor que se esconde en la desdicha, en el sacrificio o la injusticia. He podido verme a mí mismo en todas las edades y circunstancias, al enfocar las múltiples situaciones felices o adversas que matizan el fondo de las tramas morales de los seres humanos en sus complejidades psicológicas más sutiles y agudas.

»Así, pues —añadió tras breve pausa—, impulsado por el anhelo de sentir dentro de mí las palpaciones sensibles de cada vida, para extraer de ellas la nota aleccionadora, cierta vez me transformé en mendigo. Trasladando la imagen a mi mundo mental, tomé por vivienda una choza, que compartí con otros indigentes. Salía a diario a ambular por las calles, pidiendo de casa en casa una limosna. Mis compañeros, que eran muchos, pasaban su vida maldiciendo a los pudientes, sin hacer absolutamente nada por aliviar su situación. Cuanto centavo recogían lo disponían para sus vicios, en particular la bebida. Eran

sanos, fuertes; podían trabajar y ganar honestamente el sustento, mas preferían la mendicidad y la holganza.

»Esa monotonía depresiva y miserable me cansaba; me sublevaba de día en día, hasta que decidí cambiar semejante modo de vivir. Comencé a trabajar, sin pretensiones, como ayudante en una fábrica. Al principio todo se me hacía pesado: la tarea, el horario, las órdenes, la disciplina. Sin embargo, puse empeño y me acostumbré a ella y, progresando, llegué a capataz. Un día me casé y de mi matrimonio nacieron hijos, que eduqué con esmero.

»Andando el tiempo encontré al azar a uno de mis antiguos camaradas. Su aspecto era el mismo de antes, aunque más envejecido. Me miró y no me reconoció. Yo había cambiado mucho. Me pidió una limosna; cuando le extendí un billete se mostró sorprendido, y sus ojos lacrimosos, enrojecidos por el alcohol, me contemplaron con visos de gratitud. Tembloroso, maltrecho, arruinado por el vicio y las privaciones, ocultó el dinero entre sus andrajos y prosiguió la marcha. De no haber transformado yo mi vida habría sido exactamente igual que él. Tan sólo de pensarlo me estremecí de espanto.

»La vida estéril y miserable del hombre al que acababa de socorrer me llevó a meditar, y con ello a confirmar, que debajo de aquellos mugrientos harapos físicos y morales se ocultaba un egoísmo irritante».

—¿Egoísmo?... —inquirió Marcos.

—Exactamente; egoísmo. Y le diré por qué. Al penetrar yo en el alma del mendigo hice que éste buscara en el trabajo su regeneración. Ya no dilapidaba mezquinamente sus ganancias satisfaciendo sus vicios; antes bien, formó un hogar, y fue su familia la que disfrutó de sus ahorros, complaciéndome ello mucho, pues sirvieron para la educación de sus hijos, a quienes hice que les inculcara

sentimientos generosos. Ayudó también a otros, amigos y allegados; en una palabra, se transformó en un ser útil a la sociedad. Todo ello era, repito, de mi agrado, y me hacía pensar en lo que puede un hombre cuando ha resuelto dejar de ser mendigo...

De Sándara permaneció unos instantes pensativo, y, como si al escudriñar el fondo de su conciencia encontrase allí una prenda querida, manifestó, al cabo, que relataría un nuevo episodio.

—En otra ocasión penetré en la vida de un joven inválido, a quien un accidente había dejado sin brazos. Viví con él las angustias que de continuo le oprimían; sufrí a su lado la crueldad de sus momentos de profunda desolación. Mirando a los seres privilegiados, a los que tenían brazos, sentía rebelarse dentro de él su juventud mutilada, con ansias incontenibles de ser como ellos. Imposible le era comprender por qué, sin culpa alguna, se le había privado de tan inestimable bien. Pude apreciar entonces el mal uso que generalmente hacemos de tan preciosas prendas, así como de todas las demás que nos fueron concedidas por Dios. Al verme en aquel joven sin manos, pensé en el amor con que las cuidaría si las tuviera y en todo lo que podría hacer con ellas. Enternecido, recordaba a los que las usaban para servir a la humanidad, ennobleciéndola o defendiéndola del mal. Veía al cirujano operando para salvar una vida; al ingeniero trazando planos de edificios, de fábricas, de caminos, de puentes y mil otras obras que contribuyen al progreso humano; al pintor estampando en el lienzo imágenes que perdurarían a través de los tiempos; al escultor perpetuando en el bronce o en el mármol obras imponderables; al músico arrancando del instrumento sublimes armonías. Veía al agricultor sembrando los campos o recolectando las mieses que colmarían las bodegas de los barcos en signo de abundancia. ¡Oh, manos!, ¡órganos

divinos! ¿Qué es lo que no puede el hombre hacer con ellas? Y mirando las mías al escribir todo esto agradecía a Dios una y mil veces la bendición de tenerlas.

»Cuando mi inválido sentía que otras manos se deslizaban en suave caricia por sus cabellos, percibía, con recóndito sentido, ya la santa ternura que fluía del corazón de su madre, ya la pena lacerante que desgarraba el de su padre; ora la piedad de sus hermanos, ora la compasión de sus parientes o la de sus amigos. Pero, ¡desdichado de él!, nunca le había sido dado experimentar la sensación inconfundible de una caricia de amor. Ninguna mano femenina le había hecho sentir esa felicidad, y la seguridad de que nunca, de que jamás podría experimentar ese momento sublime, recrudecía horriblemente su íntimo calvario. Encantadoras jóvenes reuníanse a menudo en su casa, buscando la compañía de sus hermanas; pero ello trocábase en tristeza para el infeliz lisiado, a quien sus miembros truncos le negaban el placer de rozar con sus manos, cabellos y rostros como aquéllos. ¿Quién podría poner sus ojos en él, de cuyos hombros pendían, cual angustiosas pesadillas, sus dos mangas vacías? ¡Si ni siquiera era capaz de bastarse a sí mismo! No podía negarse que era el suyo un horrible martirio. ¡Y pensar que hay hombres que utilizan sus manos para el crimen!

»Un día, el dolor de mi pobre inválido se tornó tan insufrible, su desesperación tan desgarradora, que ya no pude resistir más y de un plumazo transformé su vida en sueño. Al despertar lloraba como un niño. Se miraba las manos con embeleso y las oprimía contra su corazón. «¡Manos mías! —exclamaba— ¡Manos queridas!... ¡Que Dios me conceda la dicha de usarlas siempre con honradez e inteligencia!...»».

—Mientras ponía usted de relieve los sufrimientos morales que atormentan a un lisiado —manifestó

Claudio— no he dejado de observar el símil que existe entre éste y el lisiado mental. Me parece que une a ambos una semejanza perfecta; claro que cabría una salvedad respecto al último, y es que debe su invalidez al hecho de no saber o no querer usar las manos de su inteligencia o, mejor dicho, de su entendimiento, con las que tanto podría hacer en su beneficio y en el de sus semejantes.

—Lo felicito, amigo Arribillaga; acaba usted de utilizar las suyas con habilidad y acierto.

Siguiendo a Arribillaga en el uso de la palabra, Norberto, sujeto a otra clase de preocupaciones, expresó:

—Nos haría falta una gran memoria para retener con fidelidad los conceptos que nos ha dado usted a conocer.

—Ello no cuenta; las palabras que escuchamos son como las personas que tratamos por primera vez: si nos son gratas las recordamos y aun cultivamos su amistad; de lo contrario, pronto las echamos al olvido.

—Es la suya una respuesta muy alentadora, ya que podré contarme entre los primeros... —repuso Norberto.

Llegada la reunión a ese punto, de Sándara expresó que quizás se estuviera excediendo en la extensión de su charla, dado lo avanzado de la hora, mas el señor Malherbe protestó amablemente, rogándole que tomase para sí toda la libertad que le fuera menester. Su sinceridad manifiesta al decirle que se hacía eco del ruego de sus amigos allí presentes al pedirle que continuara decidió a de Sándara a narrar la historia de otro de sus personajes:

—Queriendo conocer a fondo la vida de un famoso mistificador —comenzó diciendo—, lo incorporé al elenco de los que hacen su representación en mi escenario mental, a fin de observarlo a través de sus correrías. Supe

así de la vida azarosa y agitada que llevan todos esos señores del engaño y la ambición. Su objetivo en la vida es aprovecharse sin miramiento alguno de la buena fe de los demás; en el fondo, sólo ambicionan poder, riquezas y renombre. No desprecian medios, por viles que sean, para el logro de sus fines, y hacen víctimas de sus patrañas a amigos y parientes y a cuantos se ponen al alcance de su astucia. En su sangre llevan el germen del desvío y la perversión, pues nada queda en ellos por desnaturalizarse, desde la palabra, que emplean con refinada falsía, hasta lo que tocan o hacen. En su mente sólo tienen cabida los pensamientos que alientan sus innobles propósitos o fomentan los designios de su baja moral, y para encubrir sus aviesas intenciones ejercen el disimulo o atribuyen a los demás, con astucia diabólica, las maldades que dicen, piensan o llevan a cabo. La impostura es, quiérase o no, el fin primordial que caracteriza sus actos. Tan pronto me hube cerciorado de que no podía ponerse en aquel hombre la más remota esperanza de regeneración, hui del mismo repugnado y entristecido. Había conocido por dentro a una clase de tipo psicológico que constituye un verdadero escarnio para la humanidad.

Sorbió de Sándara la bebida que acababan de servirle, y en seguida se dispuso a continuar.

—Libre ya de aquel energúmeno, corrí al mar a zambullirme en sus límpidas aguas y a respirar a pleno pulmón el aire puro de la naturalidad. De allí pasé a encarnar en un rey. Pude así ver de cerca su vida fastuosa. Mi monarca era autoritario y sensual, apegado a la magnificencia y los placeres. Observé cómo los consejeros manejaban a mi presuntuoso monarca haciéndole creer cuanto convenía a sus intereses personales, a fin de mantenerlo ajeno a todo lo que ocurría en el exterior del país y aun dentro de él. Divorciado del pueblo, que sentía los rigores de la

estrechez, aquél estampaba su firma y los sellos reales a cuanto decreto le presentaban para esquilmar a sus súbditos, principalmente a los que de sol a sol cultivaban los campos e incrementaban con su esfuerzo las industrias, para riqueza de sus amos.

»Vi a los cortesanos aproximarse a él con estudiados gestos y palabras de adulación. Sin escrúpulos de conciencia, éstos manteníanse sumisos a costa de prebendas. Cuán claramente evidenciábase la miseria moral de esos palaciegos que, mientras por una parte se entregaban al más artificioso y deleznable servilismo frente al rey, por la otra, ya sin la máscara de las circunstancias, demostraban todo su despotismo y su impiedad oprimiendo al pueblo, atado a la carroza del tirano.

»Despreocupado y sensiblero, el monarca pregona-ba por todos los ámbitos de sus tierras los favores que a modo de limosna dispensaba a unos pocos; y mientras daba a entender que su prodigalidad abarcaba a todo el país, cerraba desdeñosamente sus ojos y oídos a la miseria, al descontento y al dolor que hacían presa del mismo.

»Tampoco encontré allí nada constructivo ni se me ocurrió pensar que pudiera enderezarse el cauce de esas vidas soberbias, torcidas por milenarias costumbres, que fueron degenerando con la evidente decadencia de una sangre que distaba mucho de ser azul, como la de legítimo cuño que dio brillo y esplendor a reinados y dinastías memorables.

»En la estampa psicológica de ese rey identifico a todos aquellos gobernantes de vieja y nueva data que una vez en el poder se tornan tiranos despiadados, con la diferencia de que éstos han debido pasar primero por la etapa servil. En ellos impera su voluntad omnímoda, aun cuando hacen creer al pueblo que obran de acuerdo con el sentir

de la mayoría. Mas cuán fácil resulta descubrir allí, donde la ostentación de robustez colma la fatua embriaguez de la omnipotencia, el olor característico de las cosas en plena descomposición. Lección de los siglos que los pueblos y cada hombre en particular no han sabido aprender para impedir con su inteligencia y decisión que surjan y se entroniquen esos entes diabólicos, carentes de todo resto de sensibilidad humana».

Deteniéndose apenas, de Sándara pasó a relatar un nuevo episodio:

—También me introduje en la vida de varios obreros. Quería vivir con ellos sus necesidades y penurias, al par que observar sus ideas, anhelos e inquietudes. Me encontré allí con uno de los complejos más intrincados de la maraña psicológica humana. El obrero de nuestros días ya no es aquel que tiempo atrás acusaba las angustias de la necesidad, agravada por el rigor patronal y una escasa remuneración. Hoy, aunque las causas sean en apariencia las mismas, el problema reviste otros tintes y contornos. El obrerismo se ha transformado en masa de resentidos sociales. Antes, el trabajador esforzado se abría camino, y por él marchaban sus hijos, muchos de ellos hacia posiciones espectables. Ahora, padres e hijos sólo buscan la vida fácil, mínimo de trabajo y máximo de retribución. El obrero apto, el obrero capaz, se ve así desplazado, y su lugar lo ocupa el que lejos de hacer prosperar la industria o el comercio para ser parte en sus beneficios, pretende aumentos con exigencias cada vez más incolmables. Sus demandas giran dentro de un círculo fatal, sin que ninguno de ellos advierta, y suman millones, que tales demandas, por justas que sean, jamás alcanzarán a satisfacerles si antes no vencen al más terrible de sus enemigos, la inflación, que va anulando tenaz e implacablemente todos los beneficios logrados

con sus conquistas. Lo sensible es que en ese tira y afloja en que se hallan empeñados, todo el mundo se perjudica, siendo ellos quienes a la postre se llevan la peor parte.

»En realidad, lo que más complica y reactiva el problema obrero es que los hombres de gobierno y los partidos políticos, en vez de buscar la fórmula—solución que contemple el hecho desde su raíz, fomentan la permanencia de ese gran conflicto entre el capital y el trabajo, a fin de mantener por esa vía apoyos electorales u obligar a que siempre deba recurrirse a ellos para zanjar la agudeza del problema cada vez que recudece.

»Es evidente que hay dos clases de obreros, ambas perfectamente definidas: la de los buenos, que hacen de su trabajo un culto y prosperan por su propio esfuerzo, y la de los malos, que asumiendo la postura de resentidos sociales usurpan intencionalmente el lugar de los primeros. Integran el número de estos últimos los de ideas disolventes, cuyas mentes son verdaderas fraguas donde se moldean al rojo los pensamientos más avanzados y perturbadores de la tranquilidad pública. Tal vez se llegue un día a contemplar con la debida amplitud este problema social que asume proyecciones universales, dando a los unos mejores oportunidades de adelanto y fomentando en los otros la conciencia del deber que, al contener el frenesí de sus equívocos, nutrirá en sus pechos sanos y nobles propósitos de mejoramiento y de progreso.

»Hemos visto con pesar cómo vienen sucediéndose de antiguo más o menos las mismas situaciones. Los gobiernos y los regímenes pasan y los problemas quedan. Se ha pensado encontrar su solución en las guerras. ¡Grave error! Tras los conflictos armados sobreviene el estupor

provocado por lo incomprensible frente al martirio inútil y la desolación sin cuento. He ahí una realidad a la que a menudo se vuelve la espalda. Ayer los que nos precedieron, hoy nosotros, echamos sobre los hombros de las generaciones que nos sucederán el peso de todas las cuestiones que no hemos sido capaces de resolver con inteligencia y decisión. Sobre todo no nos llamemos a engaño pensando que los problemas del hombre han de resolverse a expensas de su libertad. Podrá acallarse la voz de la inteligencia, podrá acallarse la rebelión del espíritu, pero jamás podrá acallarse la reacción de la naturaleza humana, que en última instancia reclama con fuerza incontenible el imperio de normas dignas para el hombre en sus más caras y legítimas aspiraciones de evolución.

»Recuerdo que uno de los obreros de mi mundo era un calco perfecto de los que trabajan en talleres y fábricas. Oíasele a menudo despotricar contra los ricos, atribuyéndoles la culpa de cuanto infortunio padecen los necesitados. Interrogado un día acerca de lo que haría si lo favoreciera la fortuna, no vaciló un instante en afirmar que socorrería a los pobres. Poco después ganaba un alto premio de la Lotería. “Bueno —me dije—, ya lo tenemos rico; veamos qué hace ahora”.

»Los parientes, amigos y vecinos de este hombre se deshicieron a partir de allí en atenciones y, por turno, cada uno fue infiltrando en su mente ideas de grandeza. El pobre luchaba en tanto con sus anteriores pensamientos, aquellos que más de una vez le habían hecho proclamar ideas humanitarias; mas no se trataba ya de despojar a otros, sino de despojarse él mismo de lo que había sido antes motivo de sus enardecidos ataques. Optó entonces por justificar ante su propia conciencia la retención de su fortuna, para lo cual se apoyó en el propósito de acrecentarla, asegurando que así podría ayudar con mayor efica-

cia. El propósito no era en verdad malo, si bien no estaba de acuerdo con sus anteriores ideas que proclamaban el reparto de sus bienes.

»Decidido a poner en práctica la determinación de abultar su caudal, pensó y pensó, hasta que al fin, después de dar mil vueltas al asunto, se le ocurrió asociarse a otros en la explotación de alguna industria. Salió al paso en la oportunidad un experto en tejidos y el asunto marchó. Alentado por las perspectivas, que eran realmente brillantes, adquirió en seguida una casa lujosa y confortable, que ocupó con su familia. Ésta, que hasta entonces no había disfrutado de mucha holgura, se inició en grandes gastos y comenzó a vivir con cierto tren. El mismo fue cambiando gradualmente su aspecto rudo y su carácter irascible por una apariencia más a tono con su nueva posición. Llegó a vestir con refinamiento y, como nada le faltaba, hasta se tornó afable.

»El primer balance de la industria fabril explotada por el consorcio arrojó una considerable ganancia y, sobre tan buena base, comenzó a armar proyectos de viajes a lugares lejanos, de veraneos costosos, mucho de ello con miras a que su hija, a la sazón adolescente, aprendiera a codearse con otras gentes y a tantear la suerte del matrimonio en mejores ambientes. Pero de tarde en tarde acudían aún a la memoria del ex obrero aquellos pensamientos cuyas exigencias había ido posponiendo a sus ambiciones. “Anda, reparte tus ganancias —sugeríanle éstos—. Socorre a los pobres. Llama a tus parientes, a tus amigos pobres, a tus obreros y ayúdalos, ahora que tienes mucho... ¿Que no es oportuno? ¿Que trabajen ellos como lo has hecho tú?... ¡Oh! ¿Dónde están tus convicciones? ¿Dónde tu idealismo?”. Mas él respondía sin reparos a ese reclamo, diciéndose para sus adentros: “¡Bah!

¡Pamplinas!... Ahora tengo que gozar de la vida, que buena falta me hace. Además, debo pensar en el porvenir de mis hijos. Ya los ayudaré cuando desborden de mis arcas los caudales”.

»Pero también había otro obrero que alentaba las mismas ideas y, sin pérdida de tiempo, me introduje en su vida. Cierta vez recibió éste la herencia de un pariente rico, y, fiel a sus convicciones, como buen vasco que era, repartióla entre sus parientes pobres, amigos y compañeros de trabajo, quedándose él con una parte igual a la de todos. Con excepción de algunos, que hicieron de aquel dinero gran derroche, varios de sus favorecidos aprovecharon el providencial aporte para mejorar su situación, colocándolo en negocios lucrativos.

»El benefactor sentíase en tanto halagado por las aprobaciones que todo el mundo le brindaba, pero en cuanto a los resultados de su generosidad pronto advirtió que no eran los calculados en sus devaneos. Los ayudados comenzaron a levantar humos; unos se mudaron del pueblo para que no se vieran sus nuevas apetencias; otros, considerando a su benefactor falto de luces, lo trataron con cierto airecillo de superioridad y algo de burla, y no faltaron tampoco los que negaron haber recibido de él ayuda alguna. El buen vasco sufría en silencio la ingratitud de esos seres a quienes había socorrido, y maldijo mil veces la hora en que se le había venido a las mientes la idea de favorecer a aquellos tráfugas, a los que entre “íes” y “redioses” calificó de sabandijas».

El señor Gorostiaga, interpretando que de Sándara daba por terminado allí su relato, manifestó:

—Ciertamente que frente a esos y otros episodios que con alguna frecuencia se promueven en la vida de los humildes, sorprende que no se haya dado todavía con

alguna fórmula razonable y justa, capaz de solucionar el problema que aflige a esa clase social.

—No pienso que sobre ese particular pueda ensayarse nada con éxito —respondióle aquél—, si no se procura equiparar la conquista del mejor trato y salario con el rendimiento, exigiendo al trabajador el buen empleo de sus aptitudes. La verdadera justicia estribaría en compensar sin dilación los méritos de cada obrero auspiciándole un mejoramiento constante de sus condiciones de vida. De lo contrario se perjudicará a la larga la economía general de una nación porque en vez de nivelarse los esfuerzos para acrecentar la producción, que al fin de cuentas es el arca de donde sale el gran salario, se producirá el desequilibrio en la dinámica del engranaje financiero de la misma, relajándose los resortes vitales de su estructura económica.

—Eso es muy comprensible, y como usted mismo ha dicho, el obrero es el que tiene que sufrir luego con mayor intensidad las consecuencias —expresó Gorostiaga, a quien el punto atraía particularmente en razón de sus mismas actividades—; primero, por el encarecimiento incontenible de la vida y, segundo, por la escasez, la desocupación y la miseria.

—Ante una situación como ésta —opinó Justo—, que se mantiene con persistencia y que seguirá repitiéndose quién sabe hasta cuándo en el curso de la historia, uno se pregunta: ¿qué otras realidades más fuertes que las conocidas tendrán que intervenir finalmente para convencer al hombre de su error?

Comprendiendo que las anteriores palabras no exigían rigurosamente una respuesta, Gorostiaga preguntó a su vez:

—¿Y cuál sería a su juicio, señor de Sándara, el mejor camino a seguir en la cuestión obrera?

—Como no soy estadista —respondió éste, sonriendo—, no puedo adelantar juicio sobre asunto tan escabroso. Me he limitado, simplemente, a la semblanza o el planteo de esa cuestión tan debatida y ensayada en todos los países del mundo. Toca resolverla, pues, a los hombres que manipulan los engranajes del gobierno; y ojalá haya entre ellos quien, comprendiendo a fondo tan complejo problema, encuentre el método eficaz que lleve al obrero a la conciencia cabal de sus deberes para con la sociedad y lo conduzca por el vasto campo de las posibilidades humanas con aprovechamiento útil y duradero de sus recursos, convirtiéndolo en dueño, como el que más, de su propio destino.

Sin detenerse, de Sándara volvió a tomar la palabra:

—Ahora, si ustedes lo permiten, voy a agregar algo más, con lo cual completaré mis narraciones de esta noche. Se me comprenderá, no lo dudo, si digo que también interesó a mis propósitos internarme en la vida de los hombres de fortuna, y allí fui como el Ayacuá, ese diminuto diablillo de la mitología indígena, a esconderme en un rincón de sus mentes, para examinar mejor sus pensamientos. Hallé, pues, entre los nacidos en cuna de oro, cuyas riquezas provenían de la herencia, a los que haciendo del servicio al semejante un culto se acercaban a sus inferiores de clase sin hacerles sentir la condición que los diferenciaba, y encontré asimismo a los que preocupaba la solución de los problemas económicos que acosan a los carentes de recursos; mas la proporción dentro del grupo social del cual formaban parte era tan pequeña, tan reducida con relación a los de cerrado corazón y entendimiento, que casi podían considerarse una excepción.

»Criados y educados en las costumbres de la vida aristocrática, los veía presentarse al mundo empuñando

con alardes de señores el cetro patriarcal de la opulencia. Viagé con ellos por todas partes, hurgué sus billeteras siempre colmadas, pero no hallé en sus mentes pensamiento alguno de solidaridad humana. Menospreciaban a los pobres, aunque se mostraban compasivos con sus desventuras, sobre todo las matronas, que con fundar sociedades de beneficencia, asilos y maternidades, creían cumplir sobradamente con los deberes que impone la caridad.

»Descendiendo de jerarquía, hallé al que acumulara su fortuna favorecido por la suerte o por vía de los negocios. Inspeccioné la mente y ausculté el corazón de muchos de ellos, hallando tan sólo, como en aquel mendigo, un egoísmo atroz. Cuántas veces advertí que sus gestos generosos eran precedidos por luchas interiores en las que aparecía con asombrosa elocuencia la réplica del avaro al arranque humanitario; y no faltó, desde luego, aquél que destruía sigilosamente con sus manos el cheque altruista que poco antes había firmado con su corazón. ¡Pobre humanidad!... ¡Cuán pocos son los que piensan en aliviar el peso agobiador de sus desdichas y en conducirla por los senderos de un ideal sin quimeras que hermane definitivamente el pensar y el sentir del hombre en una conciencia libre y sin limitaciones!».

Con estas últimas palabras finalizó la reunión. Al marcharse, cada uno parecía llevar en sus oídos el eco profundo de pensamientos que conmovían con fuerza su sensibilidad.



En franca y cordial camaradería hallábanse reunidos al día siguiente en el club, Arribillaga y los amigos que habían estado con él la noche anterior. El encuentro con de Sándara tuvo la virtud de reanimar en ellos anhelos y esperanzas que yacían tal vez sepultados en el fondo de sus almas, como yacen tantas otras cosas que se traen a la vida sin saber jamás quién las metió en el maletín de viaje que el ser lleva consigo al venir a este mundo.

Hacía rato que conversaban, participándose recíprocamente sus impresiones de la víspera, cuando uno de ellos se pronunció sobre la conveniencia de ver nuevamente a de Sándara, con el fin de recabar de él directivas vinculadas con el estudio que estaban resueltos a emprender.

—No creo que sea ello posible —arguyó Marcos—, porque viaja de nuevo a México en estos días.

—¿Regresa ya?... —lamentó Claudio.

—¡Qué poco se queda en su patria! —exclamó Salvador.

Tras comunicarles Marcos lo que sabía sobre el particular, y conjeturar los demás respecto de algunos puntos relacionados con la persona del visitante, entre frase y frase todos terminaron vertiendo su opinión sobre los conocimientos que éste les había brindado, en lo cual no hubo disparidad.

—Yo estimo que el suyo es un saber que tiende a sacarnos del ámbito rutinario de nuestras especulaciones intelectuales —expresó Justo—, para mostrarnos las excelencias de una realidad que desconocíamos. En sus palabras parecía acentuarse el propósito de enseñarnos un camino, de hacernos reflexionar y despertar, acaso, una inquietud nueva.

—Pienso que algo particular ha visto en nosotros para que nos hablara como a viejos amigos —opinó Norberto.

—Podría haber influido en ello la buena disposición con que lo escuchábamos —convino Claudio. De lo que

no cabe duda es que nos ha tendido una mano en esta indigencia espiritual en que nos hallamos y que a menudo pretendemos ocultar bajo consentidas creencias y complejos de superioridad.

—Si pudiéramos liberarnos de esa carga que tanto nos envanece y perjudica... —dijo Salvador, con pesar.

—¿Por qué no hemos de pensar que sí —manifestó Marcos, muy animoso—, ahora que vemos tendidos hacia nosotros los hilos de un saber capaz de orientar nuestros afanes?

—Así lo considero yo —afirmó Claudio—. Y tú, Miguel Ángel, ¿qué dices?... Te veo muy pensativo.

—¿Qué quieres que diga?... —repuso de muy buen humor el aludido—. Que me siento convertido en un perfecto liliputiense, aunque con muchas ganas de aumentar mi estatura.

Un estado particular de ánimo, una simpática corriente de compañerismo los unía en ese momento, propiciando la expansión.

—Sería importante —manifestó Salvador— saber si somos en verdad aptos para alcanzar esa plenitud consciente que se relaciona con el perfeccionamiento de nuestras aptitudes. No ha de ser empresa fácil, creo yo.

—Sea como fuere —repuso Justo, con vivacidad, oponiéndose a los reparos de su amigo—, no nos descalifiquemos antes de conocer las probabilidades que tenemos para tan excepcional magisterio.

Asaltado, era evidente, por una racha de escepticismo, Salvador insistió aún:

—El temor al fracaso hace pensar, sin embargo, en lo ideal que sería recibir el maná del cielo...

—Vamos, desecha ese cómodo pensamiento —dijo Claudio, afablemente—. ¿De qué habría de servirnos el cruzarnos de brazos en espera de que nos sea dado por

revelación lo que debemos encontrar mediante el esfuerzo y poniendo a prueba nuestra voluntad y nuestra inteligencia?

Poco después se despedían.

En tanto se alejaban, cada cual continuó analizando a su modo las sensaciones que experimentaba, deduciendo, mientras auscultaban el propio sentir, que sus espíritus no eran indiferentes a esa realidad superior que de Sándara les dejara entrever.



Con tales pensamientos Claudio llegó a la casa de Griselda, a quien no había hablado por teléfono desde la mañana, motivo que lo constituyó en envidiable acreedor de algunos cariñosos reproches.

El día del compromiso estaba muy próximo, y tan inminente como singular acontecimiento demandaba de Griselda una actividad fuera de lo común. Como las chiquillas que dan mucha importancia a la labor que realizan por primera vez, ella pronto refirió a Claudio la cantidad de cosas que la atareaban, protestando con exagerado y gracioso disgusto por el tiempo que le hacían perder tiendas y modistas. Mas no tardó en echar de lado tales preocupaciones, que tachó de pequeñas y pueriles, y se aprestó a escuchar a Claudio, cuyas novedades aguardaba.

—Resulta difícil —le decía éste, después de narrarle algunos juicios sobre la reunión de la noche— describir fielmente mi estado de ánimo. Siento como si alguna par-

te de mi ser hubiese cambiado súbitamente, permitiéndome pensar y sentir de otra manera.

—No es poca suerte que hayas podido ver de nuevo al señor de Sándara —expresó ella, enternecida y como si su amor por Claudio se acrecentara al percibir ese despertar de emociones afines con las suyas—. Estoy convencida de que todo lo que ahora vivimos tendrá sobre nuestra felicidad futura un efecto favorable; lo digo porque observo que no sólo influye sobre nuestro ánimo, sino sobre nuestra mente, que se activa atraída por las inesperadas verdades que acuden a nosotros. Mi corazón me advierte que un mayor acercamiento espiritual se ha producido entre tú y yo; experimento algo así como si una fuerza nueva se hubiera incorporado a nuestras vidas, una esperanza que ambos deberemos alimentar sin olvidos hasta el instante que culmine en realidad.

—Me hace muy feliz oírte, Griselda. Estaba seguro de que corresponderías a mis pensamientos.

—Y yo me siento feliz de saber que te gusto así —replicó ella, sonriendo; y agregó en seguida, muy ufana—: Pero pienso serlo mucho más todavía, cuando, andando el tiempo, hayas logrado aumentar tu caudal de conocimientos.

Como él la mirara fingiendo asombro, ella insistió, diciéndole con gracia:

—En verdad, Claudio, quisiera verte un día convertido en magnate del saber.

—¿Para qué?... ¿Para ser la clienta número uno y llevarte las mejores prendas de mi provisión?

—¡Eso sí que no!... En todo caso seré tu asociada o, si te parece mejor, tu colaboradora.

Si hubiese sido posible examinar con un espectroscopio adaptado a la figura humana las radiaciones mentales del alma de Claudio cuando abandonaba aquella

noche la casa de su novia, se habría observado, entre las proyecciones de una vehemencia incontenible, su alegría interna, semejante a la que experimenta quien descubre la veta de algún metal precioso o tiene en perspectiva y a punto de plasmarse en realidad alguna situación envidiable. Se habrían podido ver allí muchos proyectos surgidos casi espontáneamente, mezclados con el temor de sufrir alguna decepción; porque no ignoraba él que todo requiere tiempo y paciencia, y que un aprendizaje tan excelso como el que se proponía comenzar, demanda esfuerzos y hasta sacrificios. Sin embargo, algo le decía que habría de triunfar; que se impondría a todo. De ahí su júbilo. Y todo ello venía a acrecentar el caudal de dicha que le ofrecía el amor de Griselda, con la que estaba a punto de contraer enlace.



En una sala reservada del hotel donde el señor de Sándara se alojaba hallábase congregado un distinguido grupo de personas, formado en su mayor parte por los amigos que habían rodeado al huésped en las oportunidades conocidas. Era la víspera de su regreso a México y el visitante los reunía en una cena de despedida.

Mientras los invitados se entretenían dialogando amistosamente, distribuidos en distintos puntos de la espléndida sala, de Sándara departía a solas con Arribillaga. Trataban ambos sobre una cuestión que pronto pasaría a ser del conocimiento de todos, al expresar aquel que les brindaría en esa ocasión algunos conceptos sobre el matrimonio, dedicándolos especialmente al que habría de iniciarse en breve en esa difícil experiencia.

—Es éste un asunto muy delicado y complejo —dijo muy sonriente, al par que los invitaba a sentarse.

Acomodados ya en los acogedores sillones que constituían el principal adorno de la sala, prosiguió con aire sutil:

—Un asunto que nos obliga a asirnos fuertemente al famoso hilo de la hija de Minos, si no queremos extraviarnos en ese laberinto donde tantas oscuridades se interponen al intento de descubrir sus tramas misteriosas, esquivas al examen de nuestro juicio.

De allí surgió un intercambio ágil y vario sobre el punto, que cobró tono ameno y de donde derivaron no pocas sutilezas enfiladas alegremente hacia su blanco: Claudio Arribillaga.

Pasado ese instante, de Sándara volvió a tomar la palabra.

—La experiencia matrimonial —dijo— se extiende a lo largo de un proceso que comienza desde que el hombre y la mujer conciben la idea del sexo, aun cuando no haya aparecido todavía para uno ni para otro la Dulcinea o el pretendiente que por unanimidad del sentir escogerán un día con fines de alianza. El proceso se inicia, pues, quiérase o no, desde ese momento. La naturaleza sensible tiende desde allí a configurar las demandas incipientes del instinto a la idea conyugal, asociando a los actos de la emoción pasional las confidencias del sentimiento afectivo. La idea conyugal, amigos míos, prevalece en el ser por propia reacción de las fuerzas creadoras y sustentadoras de la especie; por consiguiente, se lleva impreso en la sangre el mandato supremo de la perpetuidad.

»Los tempranos síntomas que denuncian en el ser la presencia de tal predestinación insinúanse con las primeras ilusiones, con la idealización del futuro o la futura dueña del corazón, mediante el acopio hecho in mente de

las mejores calidades y los más bellos rasgos fisonómicos que se observan y admiran en cada semejante del sexo opuesto. No falta allí la influencia de las figuras arquetípicas de seres sobrenaturales, de belleza y virtudes extraordinarias, creados por la fantasía o la invención artística, con lo cual tenemos colmadas las exigencias que en torno a la perfección ideal del futuro cónyuge se perfilan en el ser como aspiración íntima. Es innegable que son muchos los factores concurrentes a modificar esa imagen durante la soltería, pues tanto el hombre como la mujer, muchas veces sin que de ello se den cuenta, viven y experimentan de solteros múltiples episodios psíquicos y emocionales que, aunque pálidamente, reflejan las relaciones normales de la futura vida matrimonial. Ello no logra empero alterar la imagen ideal concebida y, con tales pensamientos, la juventud de ambos sexos va conformando el esquema de una vida conyugal que, naturalmente, rara vez concuerda con la realidad.

»En el instante en que se decide la suerte del futuro sentimental de la pareja humana, instante que puede producirse espontáneamente o tras un tiempo más o menos breve de observación, contemplación y entusiasmo, es indudable que una conmoción exquisitamente sensible embarga a las partes, al colocar definitivamente la imagen querida en el sitio de honor dentro del corazón. A partir de allí, el amor seguirá el curso que cada cual sea capaz de imprimirle.

»Casi invariablemente, tanto el hombre como la mujer visten su persona con las mejores prendas, pero, ¿con qué visten al ser moral, al espíritu y, en suma, a ese conjunto de valores que constituyen la espuma sin mácula del propio ser? Es precisamente ese ser conceptual, tenido en menos quizás por su naturaleza sensible, el que se venga luego, mostrándonos al desnu-

do y destruyendo con ello al artificio de nuestra falsa personalidad. He ahí donde comienza esa lucha interior cuyas causas muy pocos saben definir y, menos aún, comprender. La parte ideal, débilmente apuntalada, se derrumba, quedando sólo la física, aspecto del ser por el cual se juzgó sobre sus calidades espirituales. Mas ocurre que también esa parte va perdiendo paulatinamente sus encantos, marchitándose tarde o temprano el amor mutuamente prodigado».

Una ligera pausa permitió a Claudio manifestar:

—Entonces, en la mayoría de los casos el matrimonio parece destinado al fracaso...

—A fe mía que no he dicho tal cosa, pero la innumerable cantidad de hechos conocidos nos habla con harta elocuencia no del fracaso del matrimonio, sino del fracaso de los contrayentes. Sin una preparación adecuada éstos acometen la más delicada y a la vez trascendental de las empresas privadas, ya que la institución del matrimonio crea deberes y obligaciones que sin estar comprendidos en ningún documento contractual, han de cumplirse unas veces en obediencia a leyes morales, otras veces a leyes dictadas por la propia conciencia.

»Es nefasto para la vida en común la incompatibilidad de caracteres, y es particularmente a la mujer a quien toca ejercer en esos casos la función misionera, propia de su naturaleza sensible y temperante, a fin de que el ritmo armónico de la vida conyugal no sufra el ultraje de la irreflexión y la violencia. Colocándose por encima de toda inconveniencia, ésta ha de saber constituirse en la compañera noble, leal y afectiva, que por su capacidad de comprensión exceda el estrecho concepto vulgarmente atribuido a su misión.

»La mayor parte de los dramas que se promueven en el seno familiar son producto inequívoco de las incomprendiones mutuas o, más exacto aún, de la falta absoluta de conocimiento sobre los elementos básicos que configuran el edificio de las relaciones matrimoniales. Dramas que, no pocas veces, degeneran en tragedias o separaciones definitivas, cuando el amor propio, siempre acompañado de intolerancia, violencia, obstinación, oprime hasta ahogarlo al amor, a ese mismo amor que uno y otro se juraron eterno.

»Es indudable, y bueno es decirlo en honor de la verdad, que la proporción de tales casos no es alarmante y que existen muchísimos matrimonios que se mantienen en pie a pesar de los vendavales que soportan. Sin embargo, quienes los constituyen rara vez sobrepujaron los conflictos provenientes de la disparidad de caracteres mediante el respeto consciente de los principios que rigen la vida matrimonial; antes bien, han debido sus reconciliaciones a factores de diverso orden, verbigracia las situaciones creadas, los hijos o manos amigas. También los hay que no pudiendo obviar dificultades íntimas, creen haber encontrado la clave estableciendo, tácitamente o de común acuerdo, un *modus vivendi* que les hace llevadera la vida. No deja de ser ésta una solución a ciertas situaciones que afectan la estabilidad del hogar, mas de ningún modo resuelve ella el fondo espiritual del gran enigma del matrimonio.

»La adopción de un método eficaz para salir airoso de esa gran prueba no es, sin embargo —prosiguió de Sándara—, privilegio de nadie, aun cuando excluyo, al hacer esta aseveración, a quienes estiman que el matrimonio es sólo un hecho normal de la vida humana que se llena siguiendo las normas corrientes, sin sospechar siquiera

que tras los lazos del himeneo existe una vasta y riquísima zona de la vida humana totalmente inexplorada. No corren esos seres peligro de que el poema de Milton les quite el sueño; a cambio del “paraíso perdido” conforman sus vidas a las urgencias del reclamo doméstico».

Un silencio expectante llenaba sus breves pausas.

—Es común —continuó— que se confíe al azar lo que escapa al dominio de las previsiones; de ahí que no demore el hombre en ver al espectro de la infelicidad rondando su hogar, como el buitre en torno a Prometeo para devorarle las entrañas. Encarar con éxito la gran experiencia del matrimonio supone un cabal conocimiento de la magna arquitectura espiritual que estructura sus bases morales con fórmulas estupendas y reglas sublimes de conducta; fórmulas que ennoblecen el alma de los seres, embellecen el panorama de la vida conyugal, dignifican la especie y abren para los corazones humanos las puertas de la confianza en los designios del sentimiento, tantas veces menospreciado y ultrajado por la incompreensión.

»Yo aconsejaría a todos los jóvenes de ambos sexos en trance de contraer matrimonio, y principalmente al varón, formularse la siguiente pregunta: ¿Para qué quiero casarme? He aquí, amigos, el interrogante que debería plantearse el hombre antes de acometer semejante empresa; interrogante que pocos se formulan, y, si lo hacen, no es con el necesario acierto. Al disponernos a esa íntima indagación hemos de tener en cuenta, desde luego, que no se trata de someter al amor (que coloco por encima de toda manifestación sensible) ni a la vida conyugal (que debe ser su extensión lógica) al crisol de razonamientos que minan su esencia. Examinada la pregunta a la luz de nuestros pensamientos y posibilidades discernitivas, ésta habrá de conducirnos a pensar que la

determinación de casarnos responde al deseo de adoptar el género de vida ofrecido por el matrimonio. A esa conclusión tendrá que llevarnos necesariamente el hecho de haber hallado a la mujer que responde a nuestras aspiraciones y que reúne, por consiguiente, las condiciones para hacernos felices.

»El hombre quiere formar un hogar y dedicarse con la espontaneidad que surge de su corazón a los seres queridos que habrán de vivir en él, esto es, su esposa e hijos. Mas, para que sea esto una realidad, el amor que la mujer haya llegado a inspirarle habrá de predominar siempre en alto grado sobre su condición sexual, propensa a excitar sus sentidos y desviarle de ese objeto; de tal suerte, jamás se empañará la imagen reflejada en el espejo de su sentimiento. Pero, ¿cómo conservar a través de los años el encanto de ese amor puro, noble, entrañable, que el alma respira en los días de noviazgo?».

El señor Gorostiaga intervino entonces:

—En este momento se me hace presente un hecho que traeré a colación. Ocurre con suma frecuencia que el hombre, después de experimentar el trato de muchas mujeres, decide de pronto cerrar los ojos a todas para mirar solamente a la que escoge para librar juntos la gran batalla de la vida. ¿Qué misteriosas particularidades ha visto o sorprendido en ella para distinguirla, ubicándola en tan privilegiado lugar? Lo más sorprendente es que este mismo hecho se repite en todos los hombres en similares circunstancias. Fuerza es pensar, pues, que la totalidad de las mujeres poseen esas curiosas particularidades que se revelan tan sólo al que parecería destinado a descubrirlas. ¿Y por qué tan a menudo sucede que el hombre cree haberse equivocado en su elección?

—Si éste se detuviera a pensar en sus propias deficiencias o culpabilidad —respondióle de Sándara— es probable que en la mayoría de los casos tal cosa no sucedería. Mucho es lo que tiene que aprender el hombre, y no menos la mujer, se sobrentiende, para que ese pronunciamiento del Creador que determina la perpetuidad se lleve a cabo dentro de los cánones llamados a regir y ordenar su alta finalidad. Para que la imagen de la esposa, la misma que cada hombre conforma cediendo a imaginativos impulsos estéticos, no pierda su belleza ideal, se impone la moderación. Dos cosas son indispensables para que perdure ese amor fresco y puro que se siente por la amada, sin que se debilite jamás. La primera es el afecto, que, menos impulsivo que la pasión, asegura su arraigo, ya que si bien la pasión infunde vida al amor, el afecto es llamado a preservarlo y conservarlo. La otra, la segunda, tan indispensable como la primera, es nuestra dignificación a los ojos del ser querido. Ésta únicamente se logra por medio de los esfuerzos y las preocupaciones por el bienestar de la familia, y alcanza su máxima expresión cuando nos elevamos en superación constante por encima de la vulgaridad. En tales condiciones se disfrutan, fuera de toda duda, prerrogativas mucho mayores que las comunes, traducidas en un aumento considerable de la capacidad mental, que habilitará a la vez para enriquecer progresivamente la vida y colmarla de felicidad. Esto es algo que puede y debe hacerse, cualesquiera sean nuestra edad y estado, ya que a mayor preparación y conocimiento corresponderá mayor bienestar y más en las manos tendremos también los hilos de nuestro destino.

»No me referiré a los comportamientos de la naturaleza y del carácter de los que unen sus vidas para marchar en armonía por los caminos del mundo, por entender, y ello es muy justo, que ése es terreno re-

servado a la propia discreción. Hablaré en cambio del ideal conyugal, tal como lo concibo a través de mis observaciones. Siendo el amor una fuerza y también un poder, ninguna circunstancia podría ser más oportuna para ensayar su virtud que la de usarlo en la consagración definitiva de un hogar que pueda ser ejemplo de hogares. El amor es el gran elemento con que se suplen muchos claros producidos en el ámbito sensible por las deficiencias caracterológicas, y es asimismo el que infunde confianza en nuestras propias fuerzas para esperar una correspondencia más elevada a las demandas, a veces silenciosas, de nuestro ser moral; demandas que en unos casos creemos justas y en otros lo son en verdad. Es allí donde la tolerancia cumple su grande y alto objetivo aleccionador.

»La mujer que ha de acompañarnos en el difícil derrotero de la vida —prosiguió— ha de formarse a nuestra semejanza si anhela ser feliz, mas habremos de ser el todo para ella y luchar juntos en igualdad de condiciones para alcanzar los mayores progresos en la superación individual. Para lograrlo, nada mejor, a mi juicio, que preparar cada uno por sí mismo las circunstancias y oportunidades que anhele vivir y disfrutar en lo futuro. Cobrarán así verdadera belleza y se tornarán inefablemente hermosas y lógicas las esperanzas que confiemos a nuestras almas y a nuestros corazones, y tendremos asimismo la seguridad de que no será defraudado nuestro dulce esperar.

»Nunca he contribuido a alimentar en los demás ilusiones y, mucho menos, respecto de este asunto, tan frágil como el más sutil de los cristales. Antes bien, he prevenido contra ellas; es decir, contra las ilusiones de origen quimérico nacidas de los devaneos de la imaginación y, por lo tanto, inalcanzables, pues también hay ilu-

siones sublimes, fruto de la inspiración racional. Cuando preparo un trabajo, por ejemplo, intuyo las deliciosas satisfacciones que me proporcionará su finalización, y lo prosigo alimentando esa ilusión, a la que he llamado racional, que influye sobre mi ánimo en tanto marcha hacia la meta de la realidad que estoy forjando. Si utilizamos esto como principio y lo aplicamos a la vida conyugal, tendremos entonces que la felicidad podrá ser para la pareja humana una conquista siempre que ni uno ni otro se aparte de lo que yo denominaría ley de la sensatez.

»No queda duda de que al darle forma legal al ayuntamiento humano se buscó el amparo de la herencia, haciendo que ésta se deslizara por los cauces genealógicos, y cada ser, consciente o no de su responsabilidad histórica, se reencontrara en su propia sangre a través de los siglos. Induce a pensarlo así el hecho de que en la célula genésica queda impresa la filiación que el vástago presenta en el parecido inconfundible con sus progenitores, ya en sus preferencias, ya en sus inclinaciones, inquietudes, etc., las que por impulso de la misma evolución impuesta por las leyes universales se ve obligado a superar. El sólo enunciado de esta realidad habla meridianamente acerca del oficio que cumple la institución familiar y de la importancia que la solidez y perfeccionamiento de su estructura cobra en el avance y progreso de la comunidad humana.

»Ahora bien; sólo podremos conceptuar a la familia como núcleo indisoluble, cuando padres e hijos se identifican entre sí en virtud de los mismos anhelos e ideales que sustentan; cuando todos sus miembros, en mutua colaboración, dedican sus esfuerzos en forjar un destino superior, que no podrían forjar los que marchan por cami-

nos distintos y opuestos a ese alto ideal. Aun cuando esto pueda resultar a primera vista incomprensible, dejará de serlo no bien se piense que ello no implica restar al hombre libertad para dirigirse adondequiera, cumpliendo individualmente sus propósitos. Por el contrario, podrá dar a esos mismos propósitos la máxima amplitud, sin que ello importe contravenir el orden y la armonía familiar. Hermoso es, precisamente, que cada integrante pueda hacerlo ayudado por el concurso que le presten los demás miembros de su familia».

Al llegar aquí el señor de Sándara se detuvo.

—Espero —dijo con un gesto de amplia cordialidad— no haber fatigado demasiado la atención de ustedes. Es éste un tema inagotable que bien merece el esfuerzo de ahondarlo; pero prefiero reservar para alguna ocasión futura el aditamento de nuevos conceptos.

Instantes después pasaban al comedor.

Cuando transcurridas las horas llegó a su fin la velada, Arribillaga saludó a de Sándara, despidiéndose de él con estas palabras:

—Confío en que algún día podré hacer conocer a usted la medida en que me haya sido posible poner en práctica sus consejos.

—No faltará oportunidad, amigo mío, mientras andemos por este mundo...

Y sonriéndole, agregó:

—Le auguro un gran éxito en tal sentido.

Tras un efusivo apretón de manos se separaron.

Mientras Claudio recorría las calles de la ciudad y hasta el instante de dormirse, envolvíalo ese estado alegre, dulce, plácido, obsequio prenupcial de la vida misma en aquellos días, con la diferencia de que esa noche lo sentía con mayor intensidad.

¿Cómo dudar de que las imágenes captadas horas antes habían enriquecido decididamente sus arcas? Advertido como estaba de las situaciones que sobrevienen en el recorrido del proceso matrimonial y habiendo adquirido relieve a sus ojos tan nuevas y mejores formas de encararlo, desbordaba su corazón de dicha y de confianza. Él no correría en esa seria aventura un albur, pues sabría preservar su hogar de las experiencias penosas que se promueven por ignorancia de su origen. ¡Y cuán grata era la perspectiva de evitarlas sin necesidad de extraer su fruto a través del dolor! Porque, indudablemente, muchos peligros acechaban a la embarcación matrimonial desde el instante que, levadas las anclas que la mantenían inmóvil sobre las tranquilas aguas del noviazgo, se echaba a la mar, pero él sabría afrontar con pericia y valentía, ¿por qué no?, las variaciones del tiempo y las cambiantes del oleaje, que tan a menudo ponían a prueba su resistencia y conducción.



En un venturoso día de noviembre llevóse a cabo el compromiso matrimonial de Griselda y Claudio.

Los hilos que el hado iba enhebrando en el alma de los dos enamorados habían echado con ello el primer nudo, y ambos vivían ya ese transporte inefable de la etapa prenupcial.

El tiempo individual sufría una pequeña merma en ese importante paso que daban hacia la unión física y espiritual de sus vidas, pero deberían más allá apren-

der a moverse con la idea de facilitarse mutuamente el espacio de libertad que ambos necesitarían para no experimentar, casados ya, las angustias de una esclavitud que, aunque atenuada por el afecto y la buena voluntad, puede fomentar esas rebeldías internas capaces de romper la armonía conyugal si no se las detiene a tiempo.

A partir de aquel día, el trato de la familia Laguna con don Roque se hizo más íntimo y estrecho. En razón de correspondidas instancias las visitas de una a otra casa se hicieron más frecuentes, todo lo cual permitió a Griselda familiarizarse con el medio donde habría de transcurrir su vida en adelante.

Claudio volcaba su alegría en aquella floreciente cordialidad; nada en verdad hubiera faltado a su felicidad, de no sentirse algunas veces turbado por cierto reclamo íntimo que lo invitaba a aclarar sus ideas, a ordenar sus pensamientos y abrirse a la asistencia de esa línea de conocimientos que le habían permitido vislumbrar una realidad nueva para sus posibilidades mentales y espirituales.

Repetidamente, cediendo a la influencia de tales reclamos, se propuso iniciar en firme un estudio de aquellos conocimientos. Dispuesto a crear su propio mundo realizó ensayos, interrumpiéndolos a los primeros tropiezos. No obstante, sin variar su objetivo se esforzó en nuevos tanteos, procurando en lo posible orientarse; mas, reducido al fin por el fantasma de su incapacidad frente a las dificultades y a la importancia de aquel trabajo que se le hacía de Hércules, terminó por rendirse. ¿Qué conocimiento, qué imagen concreta tenía él del mundo al que deseaba dar forma? Ninguna. Además, debía crear el personaje que animara ese mundo, lo cual no era fácil, ya que no sólo se trataba

de ponerlo de pie, sino de mantenerlo vivo y activo dentro de aquel medio. En vano pugnaba Claudio por aclarar tales dificultades en los breves momentos de soledad que a duras penas se procuraba en el curso de aquellos días que corrían aceleradamente hacia su dicha: siempre la misma inseguridad sobre lo que se proponía hacer, siempre la misma frustración en sus empeños.

Inesperadamente, y con pasmosa oportunidad, recibió una carta con sello postal de México. Era del señor de Sándara. Abrió con avidez el sobre y leyó:

«Mi estimado amigo:

»Aun tengo presente la ansiedad con que su espíritu se imponía de mis conceptos, al exponerles allá, en Buenos Aires, algunas fases del proceso creador que mi pensamiento desenvuelve dentro del mundo mental. No dudo que intentará usted ensayar algo parecido, y es eso, precisamente, lo que me mueve a escribirle. No se trata de nada imposible, pero la tarea exige un constante esfuerzo, pues lo que se busca es promover el desarrollo de las aptitudes en forma integral.

»La norma que yo he seguido y le aconsejo, es la de no crear personajes antojadizamente. Comenzará usted por llevar adelante ese proceso de conocimiento del que ya le hablé en su oportunidad; en él encontrará todos los elementos que necesita para los desarrollos que anhele encarar en lo futuro. Esto reclama una severa vigilancia sobre la conducción de la vida hacia el nuevo rumbo que uno procura darle, labor que brinda como resultado óptimos frutos, puesto que, aparte de la capacitación consciente que en este orden de conocimientos se obtiene, permite gozar por adelantado de las delicias de una promesa que se va cumpliendo conforme aumentan los particulares méritos.

»Simultáneamente con la valorización de las propias condiciones y calidades, se impone la creación de un personaje cuyo arquetipo podría ser uno mismo. Induzca a éste a realizar toda suerte de acciones nobles, hazañas, gestos virtuosos, y observe las situaciones en que se coloca para ayudarlo a salir airoso de ellas, caso de que incurra en desaciertos. Idealizándolo, mezcle en la vida del mismo algo de leyenda y hasta un pedazo de cielo, de ese cielo que plasma el mundo mental donde se nutre la inteligencia que logra su acceso a él. Hecho esto, compárelo con usted mismo y decida si será usted quien debe imitar a su personaje o quien conceda al mismo la gracia de imitarle».

Meditando concienzudamente sobre lo leído, Claudio Arribillaga concluyó imponiéndose, con mayor formalidad esta vez, la determinación de seguir al pie de la letra aquellas recomendaciones que le facultarían para dar nacimiento a ese mundo íntimo, de proyecciones nuevas, donde no sólo él, sino Griselda y los seres que en él tuvieran cabida cumplirían importantes objetivos. Su corazón desbordó de júbilo al entrever lo mucho que podría hacer auxiliado por el genio tutelar del señor de Sándara, quien al escribirle lo consideraba su amigo. Era, pues, necesario poner manos a la obra.

Gustando las delicias de esa promesa que acababa de hacerse, dio en recordar los pasajes del Génesis, cuando Dios creó la tierra y alentó la vida del primer hombre, para el que trazó con maravillosa simetría los encantadores conjuntos del Edén. En ese Edén o Paraíso había una figura central, el hombre, al que dio por compañera una mujer, para quien él era su dueño y señor.

Claudio presintió que en su proyectado mundo habría de reproducir, siguiendo la ley de analogía, un sí-

mil de aquella imagen. Él conduciría a Griselda, cuando fuese su esposa, por los caminos del mundo con tacto y prudencia, y ella debería seguirle comprensivamente en toda su trayectoria. En el paraíso de su creación sólo reinarían él y ella; pero, ¿cómo alcanzar semejante prodigio? ¿No aparecería de pronto la fatídica serpiente para tentar a su amada induciéndola a abandonar la dulce y apacible posesión edénica y terminar ambos rodando como Sísifo y su piedra por los caminos del infierno? ¡Oh, no!... Nada de eso sobrevendría si él llegaba a poseer el conocimiento que los inmunizara contra semejante peligro. La vieja fábula de Filemón y Baucis es una lección para el alma de una mujer, y él ayudaría a Griselda a aprovecharla. No tenía por qué dudar; decididamente, él guiaría a su esposa hacia las fuentes del conocimiento.

Estas reflexiones acrisolaron en su espíritu cuanto había sentido, experimentado y vivido en los últimos meses. Empero, cualquier observador medianamente atento habría podido advertir que el ánimo de Claudio acusaba, cual los tableros que marcan las oscilaciones febriles del enfermo, los altibajos de sus estados psíquicos. Tales variantes, suscitadas por las fluctuaciones temperamentales que en mayor o menor grado todo hombre padece, eran propias, sin embargo, del ser que procura evolucionar encauzándose hacia más altos grados de conciencia.

Patricio, con la experiencia que en ese sentido había logrado, y extremándose en el uso de su excelente tacto, le prevenía acerca del recrudecimiento de tales anomalías psicológicas toda vez que las veía asomar, y le mostraba, a fin de que no fuera sorprendido por ninguna de ellas, las deplorables consecuencias que suelen traer consigo cuando dominan el campo mental. Aquel hom-

bre bueno y sencillo, asistido por el saber extraído de sus lecturas favoritas al par que por el afecto que tributaba a su amo, solía ser a menudo su eficaz auxiliar, interviniendo atinadamente, ya para frenarlo en sus desmedidos vuelcos de entusiasmo, ya para estimularlo en sus desmayos, ya para facilitarle la labor discernitiva sobre los problemas de la conciencia.

—En cuanto se relaciona con el espíritu y la inteligencia —solía decirle entre otras cosas— debe privar la constancia y no el apuro, y en todo hay que dar participación activa a la conciencia.

Tras breve tiempo, y con un día de anterioridad a la boda, Claudio recibió una segunda carta del señor de Sándara, que lo alegró sobremanera.

«Amigo mío —le decía en elocuentes párrafos—, todo cuanto hagamos aquí, en la tierra, tiene que ser grato a nuestro espíritu y encerrar un valor positivo para nuestra existencia. Quiero con esto decirle que todos nuestros actos deben hallarse íntimamente relacionados entre sí, en permanente función creadora. El inefable placer de vivir no se experimenta hasta tanto no comenzamos a mirar nuestra vida como el principal de los trabajos que debemos acometer. De ello habrá de surgir una obra de arte que nos pertenecerá eternamente; ¿y qué satisfacción podría haber más sublime que la de sentir en nosotros mismos la honra de nuestros propios méritos forjando el juicio de la posteridad? Pongamos frente a esta proposición aleccionadora el contraste que nos ofrece la conducta egoísta del que, especulando con la abundancia, sacia sus apetitos embriagado por las pasiones que ciegan el entendimiento. Seres de ese género son obras malogradas, como lo son todos aquellos que emprenden de continuo proyectos diferentes sin dar término a ninguno.

»Usted, mi joven amigo, va a casarse; esto significa que su responsabilidad se duplica. Haga que su futura esposa comprenda y concilie ese paso con las prerrogativas que abre la evolución.

»Y no olvide que la mujer, cuando en ella existen sentimientos sanos y concepto verdadero del hogar, es la que primero se adapta a las exigencias de la vida matrimonial. El hombre, por lo común andariego y libre, no experimenta esa realidad hasta pasado un tiempo; más claro aún, no se comporta en todos los casos, fuera del hogar, como hombre casado, pues no advirtiendo cambios externos en él, tiende a actuar tan sueltamente como de soltero. Motivo es éste de no pocos dramas, a veces de honda repercusión en el alma de su compañera.

»Yo me he figurado al recién casado como a un pájaro que, aprisionado dentro de una enorme jaula, conserva todavía la ilusión de su perdida libertad, y sólo cuando tropieza contra las limitaciones de su encierro, advierte la realidad que le señala el deber de avenirse a las condiciones de su nuevo estado. Claro que únicamente ubico en este trance a quienes por ausencia de sentido común sufren los rigores de esa situación.

»El que forma su hogar cifrando en él sus más caras aspiraciones, pronto se adapta al matrimonio. Los hay también que por encima de esas aspiraciones levantan su pensamiento y su sentir buscando horizontes más sublimes. Para éstos, su paso a través del matrimonio tiene otro significado y trascendencia. Quiero situarlo a usted entre los últimos, pues sus inquietudes espirituales, apreciadas en el curso de mi estancia en ésa, me inducen a pensarlo así.

»Aproveche usted la magna ocasión que se le presenta para edificar la obra de su vida y la de la mujer que pronto será su esposa, sobre cimientos eternos».

Arribillaga leyó repetidamente la carta, ansioso de alcanzar su exacto sentido, y no olvidó agradecer a Dios las puertas que le abría para que se encaminara con acierto por el mundo, en pos de la felicidad que se le aproximaba ofreciéndole perspectivas por demás promisorias.



Aparte de los estímulos que recibía de Claudio, Griselda tenía en su madre a la consejera que instante tras instante velaba por su felicidad futura. Las conversaciones que a menudo sostenía con ella constituían toda una preparación para la vida, pues el propósito de aquella era asesorarla, protegiéndola así de su inexperiencia frente a la etapa que estaba por abrirse a su paso.

Inteligente y de fina percepción, dotada asimismo de esa disposición natural a brindarse al bienestar de los suyos, doña Laura había sabido hacer de su hogar el sitio preferido de su esposo, a quien rodeó de afecto, de paz y alegría; a quien con recio espíritu alentó en los momentos difíciles y de quien supo lograr una íntima correspondencia en sus afanes por llevar a niveles espirituales más altos la vida de ambos en común.

Griselda, que conocía las exquisiteces que embellecían el alma de su madre, cuyas virtudes había heredado en buena parte, sentía por ella tal admiración y respeto que su corazón desbordaba a menudo en sensaciones de filial ternura.

—Yo nunca fui esquiva a los consejos de mis padres —decíale doña Laura en uno de los tantos ratos que pasaban juntas—. Eso me sirvió de mucho, pues la palabra

de ellos me guió en no pocos momentos de incertidumbre y desorientación. De haberlas rechazado u olvidado, seguramente sería hoy una mujer muy desdichada. Porque, aunque te parezca extraño, querida mía, entre tu padre y yo hubo a corto tiempo de casados repetidas incidencias por disparidad de caracteres.

—Nadie lo diría; ¡se avienen tan bien el uno al otro!...

—En realidad, en nuestro caso, como en tantos que conozco, esa disparidad no existía; faltaba, simplemente, propiciar la recuperación de un entendimiento mutuo eventualmente alterado, y mantenerlo, desde luego.

—¿Y cómo resolviste esa situación?

—Me ayudaron, como te dije, los consejos de mis padres, en particular los de mi madre, de cuyo ejemplo había aprendido mucho. A su influencia debo en gran parte el haber podido enmendar los errores que la inexperiencia no me permitió evitar a tiempo, pues con frecuencia esos consejos asomaban en medio de mis vacilaciones señalándome el recorrido de una senda justa y honorable.

Movida doña Laura por la evocación de esos pensamientos, otrora en plena combustión, se dispuso a mostrar a su hija, más de cerca esta vez, el crisol donde había depurado sus prejuicios y conseguido dar transparencia a su antes opaca y falsa estimación de sí misma.

—Te imaginarás, hija, que en semejante trance me sentía invadida por una gran pesadumbre. Mas no tardé mucho en descubrir que eran mis propios defectos los que me empujaban hacia la infelicidad. Desagradada por cualquier brusquedad de tu padre, rebelábase mi amor propio, haciéndome incurrir en intencionados descuidos para con él. Comprenderás que por ese camino las discordancias se suman y multiplican, sobreviniendo distanciamientos que en muchos casos conducen a una

separación definitiva. Felizmente advertí a tiempo el peligro al que podía precipitarnos aquella situación y pude hacer de ella una experiencia muy aleccionadora, pues reaccionando saludablemente me decidí a sacrificar en aras de la felicidad que ansiaba ver reinar en nuestro hogar mi tonto orgullo. Tú eras entonces muy pequeña y tu presencia constituía un poderoso estímulo para reafirmar esa determinación. Me empeñé, como primera providencia, en poner en claro el verdadero motivo de nuestras rencillas; pero no creas que me fue fácil... ¡Oh, no!... Pude hacerlo, no obstante, y en ese empeño llegué a reconocer un día que mi postura frente a tu padre era ridícula y hasta odiosa. Pero necesitaba yo algo más, algo que diera mayor sostén a la decisión que había tomado. En charlas con mis amigas vine a dar al fin con lo que buscaba, lo cual fue para mí como el descubrimiento de un gran secreto. Lo sorprendí mientras censuraba en mis adentros la actitud de una de ellas que, envalentonada, refería las diferencias con su marido haciendo alarde de las represalias que tomaba contra él. Te diré al paso, Griselda, que la indiscreción de aquella buena señora me pareció el más feo de los defectos que una mujer casada puede tener; hoy sé que es también el que le acarrea a menudo las mayores desventuras. Pues bien, reflexionando sobre lo que había escuchado, encontré, como te decía, lo que tanto había buscado, lo que constituía el principal motivo de todas mis dificultades conyugales.

—¿Cuál?...

—Los desencuentros, hija mía..., los desencuentros... Éstos son el resultado de esas escondidas reacciones que suelen promoverse en nosotras por motivos muchas veces pueriles y que en determinado momento desbordan provocando episodios desapacibles dentro del

hogar. Generalmente ocurre que restamos a nuestra participación en esos episodios toda importancia, en tanto conceptuamos injustos y hasta abusivos los enojos que tales actitudes desencadenan en nuestros maridos. Esas cosas suceden, querida, porque ignoramos que el punto de partida de las mismas está en otras causas que es imprescindible conocer.

La expresión de expectativa dibujada en el rostro de Griselda hizo sonreír a su madre, que, resuelta a ser explícita, continuó:

—La mujer que se casa, hija mía, por lo común ignora que el hombre, por bueno y amante que sea, después de un tiempo se retrae, lo cual en manera alguna quiere decir que ha dejado de ser bueno y amante; son simples variaciones propias de su sexo. Eso, precisamente, es lo que suele traer como consecuencia los desencuentros a que me he referido y que en la vida matrimonial se repiten en proporción al grado de desarmonía que van creando. Habitualmente, la mujer interpreta tales cambios del marido como un desaire, y así, cuando se reavivan en él las manifestaciones afectivas, ella se muestra fría y esquiva a sus caricias. He ahí, Griselda, uno de los grandes errores que la mujer comete, sin prever los efectos desastrosos que le acarrea, ya que, al final, los desencuentros, que en un principio se repiten siguiendo el mismo ritmo de los retraimientos, acaban por tornarse permanentes. Comienza la dueña de la casa —¡esto lo he visto tan a menudo!— por contrariar al marido en sus gustos, y no falta la que en ese afán tan mezquino como insensato llega a hacerlo a tal punto que si éste prefiere un plato, se lo suprime; si un postre, lo mismo; si él la invita al teatro, ella se niega; si resuelven ir al cine y él encuentra aburrida o mala la película, ella se deshace en elogios. De esta manera tú ves, Griselda, que insensible-

mente se penetra en un círculo vicioso; en un círculo que va estrechándose más y más cada vez, hasta debilitar en grados extremos el amor conyugal.

—Cuán feliz te habrás sentido al salir de esa encrucijada...

—¡Oh, figúrate!... Cuando comprendí que estaba en mí la posibilidad de hacer algo por evitar esos momentos amargos, consecuentes de mi propia conducta, me sentí con otro ánimo, como si reviviera...

—¿Y cómo lograste tanto? Porque yo nunca habría podido sospechar siquiera que entre papá y tú hubiese existido nunca el menor desacuerdo.

—¡Oh, me costó bastante!... Verás. Llevada por mi propósito, comencé a mostrarme más cariñosa con tu padre; mas él, recordando sin duda las veces que yo le había hecho otro tanto, me correspondió apagadamente. Eso me apenó; lloré, lloré muchísimo... Pronto reconocí, sin embargo, que mi anterior comportamiento no merecía otra cosa, lo cual me ayudó a sobrellevar la repetición de tan doloroso pasaje. Sin desmayar, procuré complacerlo proporcionándole cuanto era de su agrado, y obtuve en ello tal éxito que la tarea de rodearle de todos esos pequeños cuidados que tanto gustan y conforman al hombre se transformó para mí en un motivo de alegría.

—Pero no creo que papá estuviera totalmente a salvo de censuras...

—No digo lo contrario, mas si en algo hubo él de enmendar su conducta, estoy segura que le fue mucho más fácil lograrlo con la asistencia de una compañera más tierna y comprensiva. Al final ocurrió lo que no es difícil que ocurra cuando los protagonistas de episodios como éstos se quieren y son afines en sus inclinaciones, vale decir, me sentí correspondida en todo cuanto hacía.

—Y por supuesto que no volvieron a producirse otros desencuentros.

—Exactamente; porque aprendí a mirar a tu padre de diferente manera, y sus retraimientos, cuando los tenía, lejos de mortificarme me infundían más bien respeto y hasta yo misma procuraba que le fueran más gratos.

—¡Oh, mamá, qué inteligente eres! —exclamó Griselda, envolviendo a su madre en una mirada de reconocimiento y afecto—. ¡Cuántos de esos errores podría yo misma llegar a cometer, de no advertírmelos tú con tanta claridad!

—No puedes imaginar, Griselda, las veces que bendije la hora en que reparé que en mí estaba, como en toda mujer, la clave para labrar mi dicha y la de los míos. Me sentía en verdad feliz, muy feliz, y no pude ya considerar ese secreto como algo individual, como algo que me concernía exclusivamente. Había visto en otros hogares reproducidos más o menos los mismos episodios, y una vez que reconquisté la paz del mío, me propuse ayudar, extremando mi prudencia, a las dueñas de esos hogares, que eran, naturalmente, amigas mías. No creas que mis sugerencias encontraron siempre buena acogida; hubo quienes desdeñaron mis consejos, y recuerdo que hasta se me tildó de falta de carácter. Pero aquellas amigas siguieron siendo muy desdichadas y, andando los días, sembraron esa misma desdicha en los hogares de sus propias hijas.

Un llamado telefónico alejó por unos instantes a Griselda del lado de su madre y, de regreso, el motivo de la conversación varió, pues la atención de ambas se entregó de lleno a los asuntos relacionados con los preparativos de la boda.

Cuando Claudio Arribillaga visitó a Griselda horas más tarde, sentíase ésta la más dichosa de las criaturas. Los pensamientos aleccionadores de su madre habían repercutido gratamente en su alma. Aparte de constituir una

verdadera preparación para su próximo cambio de estado, éstos, obrando a modo de reactivo moral y psicológico, habían tenido la virtud de transformarse en saludables estímulos. De ahí que se mostrara a Claudio más expansiva que de ordinario y como si hubiese adquirido de pronto mayor soltura. Ella misma se sorprendió advirtiéndolo, al punto de sonrojarse.

—Qué contenta estás, querida... —le manifestó él al verla.

—¿A que no sabes por qué?

—Como no sea yo la causa...

Sin negárselo, pero dándole al mismo tiempo a entender que había algo más, Griselda terminó por confiarle, con la exuberancia propia de la emoción juvenil, aunque con las necesarias reservas, los motivos de su alegría, haciéndole con ello partícipe de aquel regalo con que doña Laura se adelantaba en su afán de tornarles más propicia su dicha futura.

—Quiero a tu madre como si fuera la mía —le dijo él, correspondiéndole con una dulce mirada.

Cuando a la mañana siguiente, según su costumbre, doña Laura entró en el cuarto de Griselda, ésta dormía aún.

—¡Arriba, remolona!... —le dijo besándola.

Y sentándose al borde del lecho, agregó, al par que le ofrecía un fino envoltorio:

—Toma, querida, es un libro. En sus páginas encontrarás un conjunto de observaciones y reflexiones que he reunido durante mi vida. Más de una vez he pensado en ti al escribirlo.

—¡Oh, gracias!... —exclamó la joven, contentísima, incorporándose con presteza en el lecho—. ¡Es un regalo precioso!... El mejor que podías hacerme.

—Estaba segura de que lo apreciarías.

Doña Laura se encaminó al punto hacia la ventana para recoger el cortinaje que impedía el paso de la luz en la estancia y, tras examinar con detenimiento varias prendas del ajuar de Griselda, se dedicó a acomodar algunas cajas que entreabiertas y amontonadas con cierto desorden dejaban al descubierto primorosos detalles del avío nupcial.

Entretanto, la joven, después de hojear el libro que su madre acababa de entregarle, detenía su atención en estos párrafos: «No concibo que pueda el corazón humano sentir verdadera felicidad, si la vida no ha sido dotada de los recursos morales y espirituales que la embellecen. Esos recursos son la suma de lo que logramos extraer como fruto de nuestras experiencias y de nuestras meditaciones en tanto procuramos dar forma concreta al ideal que perseguimos. Puedo afirmar que en mi caso ese ideal se substanció al descubrir en mis propios desaciertos la causa de mi infelicidad, o sea al enfrentarme con una realidad que me obligó a cambiar fundamentalmente mis puntos de vista. Y he ahí que cuando creí que la vida perdía sus mayores encantos, mi corazón comenzó a palpar de otra manera, con más fuerza, con más alegría, con más confianza, sin esa inquietud o desasosiego que antes hacía presa de mí. ¡Cuán tonta había sido!... Eché una mirada a mis ilusiones muertas, mas sin pesar, sin nostalgia, sin pretensiones de volverlas a la vida. Comprendí que pertenecían a una época en que bullían en mi cabeza muchas fantasías, muchos sueños y antojos, como los que animan a todas las mujeres que desean muchas cosas bellas y agradables sin pensar que es preciso hacer algo por merecerlas; y vislumbré que por encima de aquellas ilusiones o, mejor dicho, reemplazándolas, existían dentro de mí recursos que me ayudarían a ser ciertamente feliz. Echando, pues, mano de ellos me consagré a reforzar-

los y acrecentarlos, sirviéndome de aliento el amor de los míos. Logré por ese medio llevar adelante mis empeños y en esa labor diaria encontré bellísimos incentivos. Desde entonces fui más comprensiva, más tolerante y paciente, y pude disfrutar, en compensación, de una gran paz y un íntimo regocijo».

Griselda cerró el libro, sobre cuya cubierta deslizó su mano leve y sedosa. Siempre había reconocido los grandes valores morales de su madre, pero en ese momento se le aparecía como un alma ejemplar que la guiaba con elementos vivos, extraídos de la experiencia de su propia vida. Ésta había depositado allí sus memorias, que ahora ponía en sus manos para que ella, su hija, sirviéndose de tan valioso contenido pudiera evitarse las angustias que la inexperiencia y la candidez de la juventud suelen crear. ¡Cuánto le agradecía ese inapreciable legado! Noches y días pasaría embelesada leyéndolo.

—¿Cómo hiciste para saber tanto, mamá? —preguntó Griselda, con interés.

Rió doña Laura benévolamente, como lo hacen las madres ante las preguntas ingenuas de sus hijos, y sentándose de nuevo a su lado, le expresó:

—Me preguntas algo, hija, que ni yo misma sé... Tal vez todo sea el fruto de un esfuerzo tenaz, constante, ordenado. Recuerdo que cuando lograba aprender alguna cosa que ignoraba, la consideraba como un fragmento de vida nueva que incorporaba a la mía, produciéndome ello un extraño e íntimo placer. Todo mi afán fue sentirme cada día más digna de mí misma.

—¡Yo quisiera llegar a saber tanto como tú, mamá! —exclamó Griselda, entusiasmada.

—¡Oh, yo soy apenas aprendiz!... Pero tú sí podrás ser lo que anhelas. Poniendo empeño y firmeza en la voluntad y manteniendo vivo el pensamiento de lograr-

lo, alcanzarás el fin que te propones. Trata, eso sí, de ser muy consciente en todos tus actos, aun en los más simples, para poder sentir de cerca la realidad de cuanto vivas.

—Te aseguro que no escatimaré esfuerzos por acercarme a tan hermosa conquista.

—Y cuando notes que el amor de novia, por ejemplo, pierde fuerza, debilitado por esas contrariedades que nunca faltan en la vida matrimonial, busca en ti la manifestación de otras formas de amor. Únas veces usarás la dulzura maternal, que rematará alguna rencilla intrascendente; otras, serás la hija que busca refugio en el corazón del padre; y, en fin, cuando sea necesario, serás también la hermana y la amiga de todos los días. Yo he aprendido, hija mía, que la mujer debe conquistar dos veces al hombre a quien une su vida: la primera con su físico y sus calidades visibles; la segunda con su espíritu, con su inteligencia, su tacto y su abnegación. ¡Desdichada de aquella que se deja llevar por otra clase de pensamientos y va en busca de otros caminos!...

Griselda besó a su madre, como tributo de su corazón al amparo que le ofrecían sus palabras.



Sobre cubierta, en un transatlántico que surcaba airoosamente las aguas en dirección al Viejo Mundo, una pareja de recién casados evocaba con emotiva ternura los pasajes nutridos de afecto que culminaron la noche de su boda.

Con las miradas fijas donde los ojos pierden la sensación de lo físico, parecían empeñados en escrutar el más allá. Pero el misterio de la vida ofrece matices tan di-

ferentes de los que pueden captar los sentidos corporales que no le es dado descubrir al hombre, por simple intento, las recónditas tonalidades que aparecen en el fondo de su existencia.

—Me siento anonadada —expresó ella con dulzura, recostando la cabeza sobre el hombro amado—. ¿Tanta felicidad no será por ventura un anticipo que Dios nos otorga a cuenta del cumplimiento de nuestras promesas?

—Puede ser... —dijo él, saliendo de su abstracción; y agregó—: Pero dejemos estos pensamientos hasta que nos sea dado saldar tan inestimable deuda. La vida nos sonríe, Griselda; correspondamos a su gesto mostrándonos alegres.

Y ofreciéndole el brazo, ambos se dirigieron felices al salón, donde momentos más tarde se confundían entre otras parejas que danzaban.

Días y días siguieron a aquél, entre mar y cielo.

Desde Pernambuco, Griselda envió a su madre estas líneas:

«Queridísima mamá:

»Hemos tenido hasta aquí un viaje espléndido. Ahora cruzaremos el océano. A bordo nos sobran distracciones y a menudo debemos eludir compromisos para estar solos.

»Tus recomendaciones me auxiliaron bastante. Claudio es buenísimo y correspondió con toda delicadeza a mi turbación. Puedes suponer con cuánta emoción agradecí en lo íntimo de mi ser las finezas de su trato, tan comprensivo como tierno. La quinta noche de nuestra boda pude apenas trasladar a mi conciencia la noción exacta de la nueva realidad que estoy viviendo.

»Procuró agradar a Claudio en todo. Días pasados me dijo que le gustaba mucho el carácter expansivo de Susana Lemery, una señorita francesa en extremo sim-

pática, que con otras personas contribuye a hacer más amena nuestra travesía. Desde ese momento me propuse serlo yo también; naturalmente que sólo en la medida permitida a mi modalidad. Creo que no se le pasó por alto mi disposición a complacerle, porque se muestra contentísimo. No sabes, mamá, lo dichosa que me siento con este primer triunfo.

»Mis cariños a papá y dile que siempre lo recuerdo. Háblale a don Roque expresándole mis afectos, y tú, madre querida, recibe un largo y tierno abrazo de tu hija».

Llegados a Dakar, Claudio se sintió algo indispuerto y, contrariamente al resto del pasaje, que se apresuró a tomar tierra, viéronse forzados a permanecer a bordo. El calor era aquel día bochornoso.

Hundíase la tarde en melancólico crepúsculo cuando el barco levó anclas. El navegar trajo un alivio.

No lejos del puerto la temperatura varió bruscamente y, contra lo esperado, invadió el aire un sombrío anuncio de tormenta.

A través del espacio, súbitamente ennegrecido, nubes compactas, en rigurosa línea de batalla, avanzaban desde el septentrión impulsadas por el viento que por momentos acrecentaba su furia. Al cabrilleo sucedió el ímpetu del oleaje, aumentando las aguas su volumen cual si debajo de las mismas el fuego cósmico las sometiera a violenta ebullición. El fragor indescriptible de un trueno hizo vibrar de pronto el prisma de la atmósfera, que proyectaba desde el infinito tonalidades confusas por la refracción de la luz desfalleciente del ocaso.

Minutos después arreciaba la tormenta con fuerza aluvional, poniendo en duro brete a la tripulación y al pasaje.

En su camarote, aferrada al brazo de Claudio, que sufría los efectos del mareo, Griselda compartía la ansiedad general. En esa zozobra pasaron la noche y la mayor

parte del día siguiente. Cuando al caer la tarde amainó el temporal, perdiendo el mar su violencia, permitieron salir a cubierta.

Aún no totalmente repuesto de su malestar, Claudio pudo empero acompañar a Griselda, que le instó a salir, segura de que se recobraría al contacto con la calma que empezaba a reinar. Apostados tras una de las ventanillas de cubierta vieron desde allí la tempestad que se alejaba, cuyos últimos embates semejabán los coletazos de un monstruo perdido entre nubes de azufre y yodo.

Al cerrar la noche, en el firmamento completamente despejado, miríadas de estrellas volvieron a ocupar sus puestos de vigías eternos. Los recién casados subieron al puente para disfrutar a cielo abierto de la placidez del espectáculo.

Claudio contempló esos ojos de mirada rutilante suspendidos en lo alto y pensó en la tormenta que acababa de aplacarse, asociando esa dichosa sensación de bonanza que los envolvía con lo que ocurre en el cielo de la conciencia cuando se apaciguan las borrascas mentales desencadenadas por la adversidad y el carácter en arrebatos de violencia o desesperación. A su mente, acaso por un estado especial de su alma, agregábase esa dulce sensación de infinitud que sobreviene al confundirse el espíritu del hombre con la naturaleza incorpórea de la Creación, que interviene en los hondos procesos de la evolución humana. Sumergida la mirada en el piélago ondulante e inconmensurable, antojábasele que ocultaba en su seno designios inescrutables, y rememorando pasajes de lecturas casi olvidadas, brotaron de sus labios estas palabras apenas perceptibles, que una ráfaga arrebató para ofrecérselas al oleaje codicioso, como primicia de una invocación extraña e inesperada:

—¡Oh, Atlántida legendaria y remota, que guardas en el fondo de estos abismos el secreto de tu enigmática

existencia! ¿No emergerás un día trayendo de las entrañas cósmicas las magistrales claves con que habrán de descubrir los hombres el enigma del destino?

Sus ojos buscaron los de Griselda. En sus rostros había expresiones indefinibles, como si por extraño acontecer íntimo se desplazara desde el fondo de sus almas un mismo pensamiento de ansiedad sobre los giros inesperados de la suerte.

—¿En qué piensas?... —preguntó Claudio a Griselda al cabo de un instante.

—Hay emociones que, traducidas en palabras, pierden gran parte de su encanto... —le dijo con suavidad.

En esa frontera íntima que demarca los límites del mundo interior, cada alma reina soberana. Penetrar en él sin el consentimiento expreso de su dueño le es al hombre negado, y aun contando con él, habrá de limitarse a lo que le sea posible compartir. Ese mundo se torna en paraíso cuando se lo sabe cuidar y proteger de toda intromisión extraña, y en infierno si, faltando a las normas que impone la discreción, se lo deja expuesto a la avidez ajena.



Días más tarde, el barco atracaba en El Havre. De allí partieron sin demora hacia París, la gran capital donde tantas veces se jugó la suerte del mundo.

Por breve tiempo ella sería escenario de su felicidad, de sus alegrías y de cuanto sus almas fueran capaces de gustar dentro de tan luminoso medio. Éste les era en parte conocido, los dos habían estado allí con anterioridad: Griselda, acompañando a su padre en via-

je de estudio; Claudio, poco antes de su ingreso a la Universidad. No obstante, todo les parecía ahora nuevo, como si la felicidad de recorrer juntos esos sitios tuviese la virtud de cambiarlo todo, tornándolo más novedoso y atractivo.

Discretamente, sin dejarse invadir por el vértigo que a menudo azuza la curiosidad del turista, se dispusieron a admirar lo que pudieran de las innúmeras maravillas de la gran ciudad, encontrando en ello no pocos motivos para que las inquietudes de sus espíritus se manifestaran a través de las más diversas conjeturas. Sintieron particularmente conmovidos al visitar museos y monumentos, y todas aquellas obras en las que el cincel de la historia aparece plasmando el pensamiento de las grandes figuras que enriquecieron el acervo artístico de la humanidad. Miraron y admiraron con emoción estética y evocativa aquella conjunción de luminarias que a prueba de tiempo conquistaron el asombro del mundo entero.

«¡Cuánto contrasta todo este pasado deslumbrante con la realidad de un presente en tinieblas!», decía Claudio cierto día, mientras recorrían juntos las calles, de regreso a su alojamiento.

Griselda, que parecía seguir el giro melancólico de aquellas reflexiones, le expresó:

—Me siento verdaderamente extasiada ante lo que estamos viendo; todo me parece maravilloso, pero, ¿no percibes tú en esta infinita variedad de cosas que nos rodea la falta de algo más real, más positivo; la falta de un arte, diría yo, capaz de modelar el pensamiento y el sentir de los hombres haciéndolos más dignos de la alta calidad de su naturaleza?

—Algo parecido estaba yo pensando... Lástima que tantas manifestaciones del talento humano no hayan logrado arrancar al hombre del oscurantismo y la miseria

moral en que está sumido. Faltó sin duda una gran inteligencia, que hiciera posible la intelección de los seres, favoreciendo la emancipación de las almas hasta llevarlas a su máxima plenitud consciente.

—Todo esto podrá ilustrar al hombre, podrá conmovirlo, no lo dudo, mas, ¿le sirve de algo para su evolución?; ¿le es acaso útil para modificar el rumbo de su vida? He ahí lo triste. Yo encuentro que, al admirar tantas maravillas, en vez de experimentar uno la exaltación del propio juicio sobre las posibilidades que le asisten, se siente en cambio empequeñecido.

—Tienes razón, Griselda; ésa es la sensación que nuestro ánimo percibe.

Repetíanse a menudo entre ambos estos diálogos. Surgían de la intimidad y constituían el puente más apropiado para el mutuo entendimiento, pues intervenían opiniones tan afines y concordes que no era aventurado esperar lo mejor para el futuro de su dicha.

De común acuerdo habían resuelto cenar a diario en diferentes lugares a fin de conocer la vida nocturna de París en los sitios más caracterizados. Cumpliendo ese propósito hallábanse una noche en uno de los restaurantes más lujosos de la Ciudad Luz. Claudio, excelente *gourmet* al que Griselda se confiaba plenamente, recorría con detenimiento la lista. Después de proponerle algunos platos, ordenó los más apetecibles. Lúculo no los habría seleccionado mejor.

En ese momento, un saludo reverencial del *maitre*, dirigido a alguien que acababa de llegar, les hizo volver la cabeza. Hay movimientos tan expresivos en las personas, que involuntariamente incitan a la curiosidad.

Una joven bellísima, vestida con exquisito gusto y sobriedad, a la que acompañaba una distinguida dama,

ya entrada en años, se había hecho presente en el comedor, ocupando ambas una mesa a pocos metros de ellos.

—¿Quiénes son? —preguntó Claudio al *maitre*, en buen francés.

—Americanas, señor —le respondió éste—. Es extraño ver a las señoras solas; habitualmente vienen en compañía de un caballero.

El rostro de la dama joven, al volverse sonriente hacia su acompañante, puso al descubierto una expresión harto agradable.

Su presencia en el salón había hecho experimentar a Griselda un movimiento de curiosidad a la vez que de franca admiración. Sentíase contenta y conversaba alegremente.

—¿Te has fijado qué atractiva es y con cuánta distinción se conduce?

—En efecto; muy atractiva —respondió él, afectando indiferencia.

Griselda lucía bellísima esa noche con su elegante traje negro, de amplio escote, sobre el que chispeaba una rica gargantilla de brillantes; pero aquella joven de maravillosa figura tenía algo que la destacaba entre todas.

En el curso de la comida no pudo Claudio resistir la tentación de volverse hacia ella varias veces, lo cual puso un tanto mohína a Griselda, que disimuló su disgusto con una tosecilla muy particular.

Al retirarse aquéllas, cosa que hicieron con inesperada premura, pasaron cerca del lugar donde ambos se hallaban. La más joven miró a Griselda con muestras de simpatía, actitud que fue correspondida por ésta con cierto apocamiento por el estado de turbación en que se hallaba.

Claudio la siguió con la vista hasta que desapareció,

como si algo más fuerte que él le obligase a escoltarla de ese modo.

Cuando se volvió, no del todo tranquilo, para conversar con Griselda, ésta le insinuó deseos de retirarse. Sospechando que acababa de rozar la sensibilidad de su tierna esposa, no opuso reparos, y, ya de vuelta en el cuarto del hotel, no tardó en confirmarlo.

Por primera vez veía Claudio el rostro demudado de Griselda, que, a través de ese íntimo reclamo, se le aparecía más adorable que nunca.

—Siento haberte disgustado —le dijo cariñosamente.

Confundida, ocultó su rostro en el pecho de Claudio, que la abrazó con una ternura que mucho decía de su afán por ahuyentar aquella nubecilla.

Sinceramente preocupado por esa circunstancia que acababa de inquietar el corazón confiado de Griselda, se propuso adoptar en lo sucesivo una actitud capaz de borrar todo vestigio del imprevisto pasaje. En eso pensaba cuando algo providencial pareció ocurrírsele, porque, acercándose alegremente a ella, le dijo:

—¡Qué casualidad, querida! Anoche, leyendo unos ensayos del señor de Sándara, encontré algo que creo nos explicará esta circunstancia; te lo mostraré en seguida.

Dicho esto fue en busca del libro, en una de cuyas páginas leyó: «En nuestro fuero íntimo, que es inviolable, se verifican desde las más ínfimas hasta las más grandes variantes de nuestra naturaleza sensible, sin que éstas afecten, en muchos casos, el sentimiento que hemos consagrado digno de reinar en nuestro corazón y en nuestra mente. La intervención ajena no siempre suele ser oportuna en ese momento en que se produce tal especie de metabolismo de nuestras emociones y sensaciones mentales,

que sirve, quiérase o no, a los fines de nuestra nutrición y perfeccionamiento espiritual».

—Querida mía —concluyó Claudio—, incidencias como la reciente, que podríamos llamar accidentes de nuestra vida moral, se producen a veces involuntariamente, debido, claro está, a deficiencias que todavía debemos vencer y eliminar.

Sus palabras parecieron conformar bastante a Griselda, que le respondió con su serenidad habitual:

—Sin duda ello tiene relación con lo que me ocurrió a mí, al no poder dominar la impresión que experimenté esta noche... Comprendo que me he excedido tal vez un poquito, y lo siento, pero la verdad es que me sentí inquieta.

—¡Qué ocurrencia!... —exclamó él acariciándola con alivio—. Siempre debemos tener presente que hay movimientos tan fugaces en la intención, que ni uno mismo los advierte, y hasta seguiríamos ajenos a ellos si hechos posteriores no se encargasen de ponérselos en evidencia. Por ejemplo —agregó con gesto expresivo y alegre— en este caso, en que hube de encontrarme con una consecuencia extremadamente adversa.

El cruce de dos bellas sonrisas borró toda huella de aquel pequeño sobresalto.

Ambos habían comprendido, más por intuición que por vía reflexiva, que hay señales en la vida, perceptibles para la sensibilidad, no para los sentidos, que pueden protegernos preservándonos de peligros mayores.



De París pasaron a Suiza, y de allí, a la Costa Azul, privilegiado lugar donde todas las bellezas de la naturaleza se dan cita en profusión inigualable.

Cannes, ciudad principesca, les ofreció, con la magnificencia de sus palacios y la vida ostentosa de sus clubes y lugares de esparcimiento, todas las satisfacciones que el gusto más refinado es capaz de exigir.

Los días sucedíanse plácidos y felices en aquel rincón del mundo. Cuando nada parecía poder abreviarlos, un cable recibido inesperadamente les informó que don Roque se hallaba gravemente enfermo. Esto los resolvió a poner fin al viaje y regresar en avión a Buenos Aires.

Iniciaron apresuradamente las gestiones consulares y demás trámites con el objeto de salvar los inconvenientes propios de tan repentina partida. El aparato saldría dos días más tarde, lo suficiente para llevar todo a término, pero en cambio tendrían por delante muchas horas de penosa e interminable espera.

Cuando regresaron al hotel, ya cerrada la noche, estaban extenuados.

Claudio se dejó caer sobre el diván en evidente estado de excitación. El anuncio había repercutido hondamente en su ánimo.

Griselda trató de atemperar su preocupación con frases de aliento, pero nada parecía tener poder para reconciliarle consigo mismo.

—En medio de la felicidad que nos ha proporcionado este viaje, ¡cuánto tengo que lamentar mi imprevisión! —dijo con amargura—. Debí haber pensado que mi padre podía agravarse y necesitarme... ¡Qué inquietud tremenda, Dios mío! ¡Que no me niegue Él la dicha de volverlo a ver!...

Tan vivo era el dolor que traducían sus palabras, que Griselda, conmovida, y quizás estimulada por algún reconfortante presentimiento, le expresó:

—No ha de ser más que una simple recaída de las que suele tener don Roque; verás que no ocurrirá nada.

—La bondad de tus palabras, querida mía, pone cierta calma en mi corazón, pero no logra disipar esta angustia que me atormenta.

—Lo comprendo muy bien, Claudio; ¿acaso hay algo comparable con la vida de nuestros padres?

Alguien llamó a la puerta en ese mismo instante.

Casi sin saber cómo, tal el volumen de la impresión que la oprimía, Griselda se encontró de pronto con un segundo cable en las manos.

—¡Dios mío!... —murmuró con creciente congoja, mientras rompía temerosa el sobre.

Mas no bien leyó el contenido, lanzó una exclamación de inenarrable alegría:

—¡Claudio!... ¡Escucha!: «Don Roque fuera de peligro. Afectos. - Laguna».

Corrió hacia él y ambos se confundieron en jubiloso abrazo.

Nuevamente el cielo de las perspectivas gratas volvía a mostrarse despejado de nubes.

Sin embargo, resolvieron no postergar el regreso; pero desistirían de hacer el viaje en avión, al que Griselda era poco afectada, y se embarcarían en el primer transatlántico que zarpara de Marsella. La travesía en vapor, como etapa final del viaje de bodas, los compensaría de la interrumpida permanencia en tierra, proporcionándoles, para su tranquilidad, la certeza de que la distancia inmensa que los separaba de don Roque iría disminuyendo día a día.



Numerosos pasajeros, atraídos por la serena belleza del mar, circulaban aquella tarde por la cubierta del barco que conducía de regreso a Claudio y Griselda. No era difícil descubrir entre ellos a la gentil pareja que, repitiendo el recorrido que parecía haberse trazado como límite de su excursión, deteníase de trecho en trecho para observar a través de un catalejo los movimientos de una embarcación que navegaba a regular distancia en dirección opuesta, rumbo quizás a la costa que ambos abandonarían el día antes.

Desde la amura del barco, miraba en ese momento Griselda hacia aquel sitio, cuando, girando pausadamente la cabeza, enfocó al azar con el prismático a un grupo de personas que departían alegremente, unas en pie y otras recostadas cómodamente en sus sillas. La insistencia con que sostuvo el enfoque denunciaba a las claras que algo muy excepcional acababa de llamar su atención. Una turbación apenas perceptible se extendió por su rostro, bellamente yodado por el aire marino, y, segura ya de lo que había visto, exclamó sin poder contenerse:

—¡Mira quién está allí, Claudio!... ¡La misma joven que vimos en París!

—¡No puede ser! —dijo él, tomando el antejo que Griselda le tendía; y, confirmándolo, exclamó a su vez: — ¡Pero qué coincidencia!...

Si alguien hubiese tenido en ese momento el poder de observar a la distancia, habría podido sorprender la inteligencia con que se mueven los hilos del destino para auxiliar a aquellos que, sin poseer el dominio de la vida

mental, ignoran cómo ciertos pensamientos, actuando al margen de la voluntad, inducen a complacer las caprichosas demandas del instinto. Cuántos momentos desapacibles e ingratos podría evitarse el hombre, si con noción exacta de la influencia invisible que tales pensamientos ejercen, supiese guardarse de sus asechanzas toda vez que éstos intentan desviar sus sentimientos nobles. La naturaleza humana es compleja, y para dominar sus secretos es menester sorprenderlos uno a uno cuando de su enigmática fuerza se desprenden los elementos vivos que los ponen de manifiesto. Examinando las debilidades que aflojan las resistencias del individuo, cuán bien se comprende lo mucho que debe avanzar la criatura humana en sus afanes de perfeccionamiento.

Sin poderlo evitar, Claudio experimentó ese sutil estremecimiento que proviene de una variación del ánimo. No cabía duda de que la presencia a bordo de aquella joven, que en su recuerdo se le reproducía particularmente bella, habíale causado de nuevo cierta conmoción. Supo sobreponerse, empero, y, feliz por la vigorosa reacción, tan pronto estuvieron en el camarote abrazó tiernamente a Griselda, diciéndole:

—Querida mía, tú eres la única mujer que ocupará en mi corazón el lugar más alto y venerable, porque tú sabrás hacer que el sentimiento que me une a ti constituya una realidad a lo largo de toda mi vida.

Griselda, observadora y perspicaz, simulando no comprender a qué obedecía esa súbita manifestación, asintió con la cabeza, prodigándole a un tiempo alentadoras palabras.

En las expresiones de uno y otro había tal pureza y sinceridad que sus corazones, olvidando la fugaz alteración que sufriera su ritmo, experimentaron inenarrable alegría.



Al internarse en aguas del Atlántico, el barco que los volvía de nuevo a su patria comenzó a moverse con el típico subir y bajar de ambas cubiertas. El cielo encapotado y la presencia fugaz de repetidos relámpagos anunciaban la proximidad de violentos chaparrones. Una fuerte ráfaga azotó de pronto a la nave, silbando furiosamente sobre la arboladura, y los pocos pasajeros que aún permanecían bajo cubierta desaparecieron rápidamente. A la fuerza del viento, que duró poco, siguieron unos momentos de suspenso, y en seguida comenzaron a caer gruesos goterones como preludio de la recia tormenta que se desencadenaría después.

Sensible a los mareos, Claudio se sintió de pronto indispueto y, en consecuencia, impedido de almorzar. A ruego suyo, Griselda aceptó ir sola al comedor, aun cuando hubiese preferido permanecer en el camarote. Protestó suavemente por aquel antojo de su marido, pero, resuelta a complacerlo, se despidió de él con la idea de regresar cuanto antes.

Ordenó un almuerzo frugal, a cuyo término comprobó satisfecha que su relojillo había andado poco más de media hora.

Salía del comedor, cuando a pocos pasos de ella la presencia de una persona que le pareció conocida la sobrecogió de pronto. In mente acababa de representársele la imagen de aquel que la había asistido en su inolvidable sueño.

—¡Qué parecido! —se dijo.

Cuando entró en su camarote, Claudio dormía bajo los efectos de un calmante. Su primer impulso fue des-

pertarlo, mas se contuvo y procuró dominar a solas su emoción y el tumulto de ideas que se le ocurrían. Se tendió vestida en el lecho, donde poco a poco se recobró. Pudo entonces hacer un repaso de su sueño, tratando a un tiempo de hacer deducciones; mas no encontró asidero en qué apoyarlas.

«¿Qué recónditos enigmas se ocultan en el fondo de nuestra vida —se preguntó—, que nos mantienen perplejos cuando somos sorprendidos por situaciones como ésta, en la que parecerían mezclarse manifestaciones de dos mundos relacionados entre sí, como si ambos obedecieran a leyes inescrutables que forjan o cambian los destinos y las vidas en sucesión interminable de hechos ajenos a nuestra conciencia?».

Mirando dormir a Claudio, pensó: «Aquello fue una visión y lo que hoy vivo es una realidad». Y resolvió no decirle por el momento nada de lo que le ocurría.

Afuera, la lluvia había perdido su violencia y el barco navegaba sereno, bajo un cielo que no tardaría en recobrar su natural transparencia.

Al día siguiente subieron al puente y allí Griselda optó por revelar a Claudio su secretillo, que ya no podía conservar por más tiempo dentro de sí.

Lo hizo sin poder evitar cierto aire misterioso, con preocupación, como si en realidad atribuyera al hecho una significación extraordinaria.

—Me parece —díjole él, un poco displicente— que das exagerada importancia a una simple cuestión imaginativa.

—Quizás... —respondió ella, sonriéndole.

Mas la actitud retraída que a partir de allí observó en él, pronto le hizo comprender que su espontaneidad no había tenido la respuesta que esperaba, y desde ese momento trató con afán de borrar del rostro de Claudio esa

intempestiva sombra, que de ningún modo se justificaba. Obtuvo tal éxito que al término de algunos instantes los dos se correspondían amigablemente, sin que la más leve variante atenuara su dicha.

En idas y venidas por aquel bellissimo mundo flotante, recreándose con cuanto motivo podía servirles de distracción, tal como lo hacen quienes saben que el tiempo les sobra para todo, las preocupaciones, cuando las había, desaparecían de ellos como por encanto, disipadas por las exteriorizaciones del ánimo, afectivas y tiernas. El recuerdo de don Roque se les presentaba a menudo, pero las últimas noticias recibidas casi al salir de Marsella los tenían relativamente tranquilos.

Fue en uno de aquellos días felices pasados a bordo, cuando Griselda, deteniéndose al atravesar el pasillo contiguo al salón de fumar, oprimió nerviosamente el brazo de Claudio, urgiéndole a mirar hacia una de las personas adentro reunidas.

—No entiendo bien a quién me señalas —expresó él, tratando de acertar.

—A aquel señor de traje claro, Claudio... En este momento se le ve conversar con el que está a su lado.

—¡Ah, sí; ya lo veo!... —dijo él, pero en ese mismo instante, asaltado por un pensamiento poco feliz, preguntó a Griselda, con prevención—: ¿A que es el mismo que se cruzó contigo el otro día?

—El mismo... —le respondió ella, sin inmutarse.

Claudio se volvió de nuevo hacia el personaje en cuestión, clavando en él sus ojos con fijeza, y ella, que se mantenía a la espera, vio con sorpresa que su rostro se despejaba cambiando inesperadamente de expresión.

—¡Griselda!... —le oyó exclamar, radiante—. ¿Sabes quién es?... No te lo imaginas... ¡Es el señor de Sándara!

—¡Oh, no puede ser!...

—Sí, Griselda, es él... —y conteniéndose, agregó—: Pero será mejor que no nos vea hasta otro momento en que lo encontremos solo.

Ya en el camarote, adonde convinieron volver para comentar el hecho, los dos se miraron sin saber en un primer momento qué decirse.

—¡Increíble!... —exclamó al fin Claudio, entre sorprendido y preocupado—. ¿Cómo explicarnos tanta casualidad?... ¿Quieres que te diga una cosa, amor mío?... En otra circunstancia, el encuentro con de Sándara habría sido para mí motivo de gran alegría; hoy no lo es... Siento dentro de mí algo que no podría definirte; como si su presencia aquí, en el barco, me produjera temor, malestar, incomodidad; en fin, no sé qué...

—Es curioso; siempre me hablaste de él con entusiasmo, con afecto, con simpatía. ¿Por qué te asalta ahora esa inquietud? ¿Será acaso por lo que te referí, relacionado con mi sueño?

—No, precisamente... —contestó él, rehuendo la mirada de su esposa—, pero convendrás conmigo, querida, que todo esto tiene algo de extraño y desconcertante. Primero, la enfermedad de mi padre obligándonos a acelerar nuestra partida; ahora el señor de Sándara viajando con nosotros en el mismo barco y, para colmo, lo del sueño. ¿No crees tú que hay algo sugestivo en estos hechos?

—No digo que no, pero pienso que tratándose del señor de Sándara deberá servirnos más como motivo de alegría que de preocupación, pues todo esto debe tener algún significado, aun cuando no atino a imaginarlo.

—Por el momento sólo alcanzo a ver que su presencia a bordo introduce en nuestro viaje un particular motivo de interés.

—Verás, Claudio, que algo bueno resultará de este encuentro, aunque nos parezca un tanto extraño.

Se oyó anunciar afuera la hora del almuerzo.

Griselda, delante del espejo, retocó ligeramente sus cabellos, y luego de realzar con hábil trazo la bonita línea de sus labios, dio por terminado su arreglo, no sin antes requerir con coquetería la aprobación de Claudio, que la observaba.

Poco después hacían ambos su entrada en el salón comedor, con una expectativa que se habría de calmar seguramente al producirse el encuentro con el amigo. Mas ello no aconteció, pues no lo vieron por parte alguna.

—Tiene que haber almorzado en su camarote —presumió Arribillaga.

—Tal vez, pero ¡cómo nos hemos chasqueado! —dijo Griselda, sentida.

—Siguiendo el orden de los acontecimientos, deberemos dejar que el encuentro se produzca naturalmente, ¿no te parece?

—Pienso también que eso será lo mejor.

Pero ni por la tarde ni por la noche se produjo lo que esperaban.



Al día siguiente, de tarde, conversaba Claudio con un compañero de viaje en las cercanías del jardín de invierno cuando vio dirigirse hacia allí al señor de Sándara. Con indescriptible asombro divisó junto a éste a la

misma joven que había visto en París y a su distinguida acompañante.

Dejó a su amigo, y desde la puerta por donde aquéllos acababan de pasar pudo observar que se detenían en el extremo opuesto del recinto, al parecer con intención de sentarse, mas pronto comprobó que no estaba en lo cierto, porque las damas saludaron a de Sándara y se alejaron en dirección a la salida más próxima. Evidentemente, las había llevado hasta allí el propósito de acompañarle, y a juzgar por la familiaridad con que se trataban, ya no le cupo duda de que debía existir entre ellos algún lazo afectivo.

Al término de estas conjeturas se percató de que la oportunidad de hacerse presente a su amigo había llegado, pues éste, sentado plácidamente en un sillón, parecía no tener en ese momento otra preocupación que deleitarse saboreando un cigarro de hoja.

Sin pensarlo más, se encaminó hacia él.

—Señor de Sándara —le dijo con mucho respeto—. ¿Es posible?...

—¡Oh!... ¡Arribillaga! —expresó él a su vez, poniéndose en pie y estrechándole la mano efusivamente—. ¡Qué placer inmenso tengo de verle!...

—En verdad, señor de Sándara, es rarísimo que este encuentro se haya postergado tanto. ¡Con los deseos que tenía de volverlo a ver!

Acto seguido le refirió que sólo hacía dos días que tenía conocimiento de su presencia a bordo.

—Yo en cambio lo sé desde mucho antes... —le dijo aquél—. Por la nómina de pasajeros me enteré en Marsella de su embarque; pero como viaja usted en su luna de miel, no estimé prudente robarle un solo minuto.

—Sin embargo, nos hubiera dado una enorme alegría. No se figura los deseos de mi esposa por conocerle.

Mis repetidas alusiones a su persona han despertado mucho su interés.

—Espero que su esposa, cuando me quepa el placer de serle presentado, me conceda el honor de no decepcionarse. Las versiones sobre las personas, por ajustadas que parezcan, no siempre coinciden exactamente con la realidad.

—No en este caso, en que la realidad habrá de responder con toda seguridad a lo anunciado.

Desde que de Sándara conociera a Arribillaga en Buenos Aires, no dejó de recordarlo. Había observado en él ciertas condiciones requeridas para ser iniciado en la ciencia de los conocimientos causales que él dominaba, y de esa observación elaboró proyectos respecto de él para el caso de que las circunstancias, que no dudaba se promoverían, volvieran a ponerlos en contacto.

Conversaron a continuación del viaje, refiriéndole Claudio el motivo que había adelantado su regreso, y enterándose él, por su parte, de que su amigo no se dirigía a Buenos Aires, sino a Río, donde pasaría un par de semanas antes de volver a México. Deploró la noticia, que le privaba de llegar juntos, como había pensado, al lugar de destino, y no bien se le ofreció la oportunidad, deseoso de conocer la punta del hilo que le intrigaba, inquirió.

—¿Viaja usted solo?

De Sándara, que parecía esperar la pregunta, le respondió:

—Viajo con dos familiares míos.

—¿Se trata tal vez de las damas que acompañaban a usted al entrar? —preguntó Claudio, con vivacidad.

—Exactamente. La de mayor edad es mi tía y la joven que ha visto usted con ella, su hija adoptiva. El nombre de mi tía es Cristina de Sándara, viuda de Lan-

dívar; se trata de una persona a la que me une un gran afecto.

En el rostro de Claudio asomó una expresión harto sugestiva, de esas que se adelantan al pensamiento en franco tren comunicativo, y acto seguido relató a su amigo la serie de sorpresas que habían tenido durante el viaje, a todo lo cual se unía ahora la de saber que aquellas damas tenían con él un vínculo familiar.

Le pareció de pronto que de Sándara no correspondía a sus palabras con la misma efusividad que él ponía en las suyas, y optó entonces por variar de tema.

—Decía usted hace un rato, señor de Sándara, que este viaje que acaba de realizar por Europa lo ha hecho por mero turismo.

—Así es, amigo Arribillaga. Resentido el físico por los cuidados a veces extremos que tenemos con el espíritu, nos urge de tanto en tanto a que volvamos la vista hacia él para hacerle algunos mimos y llevarlo de paseo.

Siguió a sus palabras, expresadas en tono amable, un silencio.

De Sándara, pensativo, parecía como si consultara algo consigo mismo. De natural impenetrable y reservado, punzábale esta vez con acentuada insistencia el pensamiento de abrir por unos instantes al joven Arribillaga las puertas de su intimidad. Su propósito era conducirlo a través de uno de los trechos de su vida para que pudiera apreciar de cerca el fondo moral de su modo de ser.

El afecto que había cobrado por él desde que lo conociera, reactivado por la circunstancia que los reunía nuevamente, le llevó a confiar en la posibilidad de que, a semejanza de un hijo, pudiera éste convertirse un día en fiel depositario de sus ideas.

Fijando los ojos en Claudio, que aguardaba atento su palabra, le dijo:

—La hija adoptiva de mi tía, que se llama Mariné, reúne todas las condiciones que distinguen el alma de una mujer. Ella ha tenido desde niña una acentuada inclinación a ir más allá del juicio incipiente de la edad, y es precisamente en lo relativo a esa inclinación que mostró siempre la más amplia disposición para aprender cuanto yo le enseñaba. Su abuelo era primo del difunto esposo de mi tía. Éste había pasado de España, su país natal, a la Argentina en calidad de vicedónsul. Allí nació el padre de Mariné, un mozo inteligente, pero de aquellos que emprenden mil cosas sin terminar ninguna... Más de una vez hubo de verse en apuros para sufragar los gastos que le ocasionaba la familia. Andariego y de vida un poco disipada, no había sentado cabeza, como se dice comúnmente, cuando falleció su padre. Aquel suceso lo dejó muy deprimido, y desde entonces comenzó a andar más derecho, empleándose como viajante en una importante firma comercial de Buenos Aires. Cierta día salió de paseo con su esposa y su hija a un lugar distante de la capital. De regreso lanzó su coche a toda marcha, y cuando nada hacía prever una desgracia, chocó bruscamente contra otro vehículo, con tan fatales consecuencias que sólo Mariné sobrevivió a la catástrofe. Su salvación obedeció al feliz suceso de haber sido despedida por la ventanilla, resultando apenas con algunos magullones. Difícil fue consolar a la pobre huérfana, que sólo contaba entonces nueve años. Mi tía Cristina era su única pariente. A la sazón viuda y en muy buena posición, se hizo cargo de la niña y la adoptó como hija. Mariné creció rodeada de gran afecto.

»Yo las visitaba a menudo —continuó diciendo de Sándara—. En ese mismo año, mi padre se radicó en

México como agente de una gran empresa naviera, casándose allá en segundas nupcias. Quedé, pues, solo, circunstancia que aprovechó mi tía para rogarme fuera a vivir con ellas, lo que hice poco después. Tanto me encantaba el carácter bondadoso y alegre de la pequeña, que le tomé gran afecto. Su inteligencia, poco común, absorbía con facilidad cuanto conocimiento se proponía alcanzar, dejando entrever mientras crecía, que sus aspiraciones no se detenían en los muros que cercan las posibilidades corrientes.

«Ya era moza Mariné cuando hube de ausentarme a México para hacerme cargo de los bienes que mi padre me dejara al morir. Pude allá convenir con la viuda que pasara a mi dominio la propiedad que tenían en esa ciudad, pues había para ello un motivo. El motivo era mi determinación de vivir allí durante un tiempo, ya que eso me era indispensable para llevar a cabo algunos estudios e investigaciones que debía realizar. Habitado a la compañía de mi tía y de la niña, insté a aquélla a compartir mi vivienda. No pocos esfuerzos me costó decidirla a semejante cambio, pero al fin cedió y desde entonces estamos radicados en esa parte del mundo».

—¿Le gusta a usted México más que la Argentina?

—Como es natural, predomina en mí la atracción por mi patria —contestó de Sándara—, pero eso no me impide reconocer que México posee encantos y rarezas que cautivan con fuerza irresistible. Por otra parte, cada país, por su ubicación geográfica y su adecuación telúrica tiene en su composición física y anímica algo a cuyo contacto responde por afinidad nuestro ser, y eso es sin duda lo que habilita al hombre para vivir a gusto en los más diversos puntos de la tierra.

A las anteriores palabras siguió un silencio, que Arribilla interrumpió para expresar:

—Muy interesante su relato, señor de Sándara... Lo considero una demostración de confianza de su parte y le estoy por ello muy agradecido.

De Sándara continuó:

—Como le decía, todo se combinó admirablemente, y eso me permitió triplicar los esfuerzos empeñados en la prosecución de mis proyectos. Mariné fue para mí, desde que nos trasladamos a México, una eficaz colaboradora, y aquí debo hacer presente su naturaleza dócil y comprensiva, que tanto contribuyó a que me rodeara la más perfecta armonía. Con los años acentuóse en ella su afición por conocer cuanto atañe a la vida del espíritu; una afición que la ayudó a asimilar provechosamente todo lo que yo ponía a su alcance. Eso la acercó mucho a mí, y a ello atribuimos en un principio el que prefiriese mi compañía a la de otros jóvenes de su edad; digo en un principio, porque luego las circunstancias nos encaminaron hacia otras conclusiones. Mariné, a quien ha visto usted ocasionalmente, es hoy mi prometida. Tal vez sea ello la consecuencia lógica entre dos vidas que corren paralelas, sustentadas por los mismos ideales... He aquí, amigo Arribillaga, una síntesis de lo que quería hacerle saber.

De Sándara pareció haber llegado al término de su exposición, mas aún agregó:

—Siempre di a Mariné la más amplia libertad para que dispusiera de su corazón. Nunca le faltaron fiestas ni diversiones, por el contrario, procuré favorecerle todas las oportunidades para que no se viera privada del incentivo que implica para toda mujer el ser cortejada. Esa condescendencia de mi parte la sostuve inalterablemente a través de años, a fin de que fuera ella misma quien decidiera sobre su destino.

—Ya se ha visto que nadie ha podido ganarle en semejante *handicap* —le dijo Claudio, procurando sonreír.

Al cabo de un rato, osó preguntarle:

—¿Cuando estuvo usted en Buenos Aires le acompañaba la señorita Mariné?

—Sí, amigo Arribillaga; también hice aquel viaje en compañía de ella y de mi tía. Y se la hubiese presentado, de no saber que estaba usted de novio. En aquel entonces, Mariné era libre...

De Sándara acababa de sorprender en Claudio la enconada lucha de dos pensamientos rivales. Ello atrajo a su memoria aquella sugestiva cita, donde la mujer encinta siente en sus entrañas el rudo combate de dos criaturas enemigas, y, queriendo evitar a su amigo trance análogo en sus sentimientos, expresó:

—No vaya usted a lamentarse, por favor, porque sería incurrir en una ingratitud. Por sus propias referencias presumo que su esposa es una mujer encantadora y no dudo que sabrá hacerlo muy feliz. ¿No piensa usted lo mismo?

—¡Oh, sí! ¡Ya lo creo!... —exclamó Claudio con sofocación, procurando volver rápidamente a sus cabales.

—Y bien, amigo mío, acabo de hacerle la presentación de una de las criaturas mejor dotadas por la naturaleza, y esa criatura es la que voy a tener el gusto de presentarle muy pronto.

Al decir esto, de Sándara dejó su asiento, como si se dispusiera a poner fin a aquel rato de charla.

—Si le parece bien —propuso a Claudio—, dentro de media hora podríamos encontrarnos de nuevo en el salón.

—¿Solos?...

Palmoteándole suavemente la espalda, su interlocutor sonrió y repuso:

—No, con las damas.



El ruido del cerrojo al penetrar Claudio en su camarote, despertó a Griselda, que se había dormido mientras leía.

—¡Querida mía! —le dijo con alborozo, yendo hacia ella.

—¿Qué ocurre?...

—Lo que tenía que ocurrir. ¡Me encontré con el señor de Sándara!

—¡Oh, cuánto me alegro! ¿Se sorprendió mucho al verte?...

—Demostró tanto placer como yo. Hemos charlado un largo rato; por eso he demorado. ¿Sabes quiénes le acompañan?

—¿Quiénes?...

—Tendrás una gran sorpresa, te prevengo.

—¿De qué se trata? ¡Dilo!...

—¿Te acuerdas de las dos desconocidas que vimos en París y que viajan en este mismo barco?

—¡No puede ser!...

—Sin embargo, es; te convencerás de ello, y muy pronto. ¿Sabes que de Sándara nos ha invitado a reunirnos todos esta misma tarde?

—¿De veras?... ¡Oh, qué noticia más grata, y qué emocionante!

El paso por su mente de un pensamiento de recelo, contuvo en ese mismo momento su alegría, pero se libró de él instantáneamente y, fijando en Claudio sus ojos, de luminosa transparencia, le preguntó:

—¿Serán parientes?

—¡Oh! Casi, casi aciertas...

Claudio hizo en seguida a Griselda un breve relato de lo escuchado a de Sándara, y advirtiéndole que estaban demorados, la urgió a iniciar su arreglo.

Despreocupada ahora y feliz, ésta se desprendió de su *déshabillé* y comenzó apresuradamente a vestirse.

—Trataré de estar pronta lo antes posible, querido, pero tal vez me falte tiempo... Si no lo encuentras mal, podrías ir tú primero y excusarme, pues no quisiera que llegásemos retrasados.

—Ya veo que no hay otra salida... —repuso él, con simulado rezongo.

Retocó cuidadosamente los detalles de su corbata, besó a Griselda y se despidió alegremente hasta un rato después, en que pasaría a buscarla.



Arribillaga fue el primero en hacerse presente en el lugar convenido. Poco después llegó de Sándara.

Al verse los dos sin sus acompañantes se miraron sospechando el motivo, lo que provocó la espontánea carcajada de ambos mientras se presentaban las excusas por la ausencia de las damas.

—La mujer demora más tiempo en aprobar su tocado que el que ocupa en vestirse —manifestó de Sándara.

—Es cosa muy comprensible, ya que según ella, de esa aprobación depende el ser grata a los ojos de quienes la miran —opinó Claudio.

La satisfacción que sentía por el hecho de encontrarse de nuevo en compañía de su amigo, le llevó a

expresárselo una vez más, manifestándole cumplidamente que atribuía ese hecho a influencias de su buena estrella.

—Las estrellas son buenas, en efecto, cuando tienen algún interés particular en servir al terráqueo de su predilección —le respondió de Sándara.

—¿Y qué interés particular pueden tener las estrellas por nosotros? —inquirió Claudio.

—Alguno, sin duda, puesto que acaba usted de concederles el honor de intervenir en esta circunstancia...

La agudeza confundió a Claudio, quien no pudo evitar sonrojarse.

—No dé usted a esto ninguna importancia —se apresuró a decirle de Sándara, sin dejar traslucir que había reparado en ello.

—¡La que merece! —repuso Claudio, trocando rápidamente en franco gesto jovial su confusión—. Esto nos ocurre por llevar ideas metidas de años en la mente, sin analizarlas jamás.

—No habrá sido por falta de tiempo, ¿verdad?...

Hubo un ligero silencio, tras el cual Arribillaga expresó sonriente, cruzando una mirada de inteligencia con su interlocutor:

—¡Trataré de asimilar la lección!...

Y seguido a ello, añadió:

—Si me lo permite, señor de Sándara, me ausentaré un instante para ir en busca de mi esposa.

Cuando regresó, esta vez acompañado, de Sándara aún permanecía solo, mas casi al mismo tiempo se hicieron presentes en la sala Mariné y la señora de Landívar, que al punto se incorporaron al grupo y, cosa muy natural, de lo primero que se habló fue de la coincidencia que los había reunido.

Vistos ahora de cerca, los rasgos fisonómicos de Mariné aparecían envueltos en cierto aire de templanza y seriedad que embellecía sus juveniles años. Contribuía sin duda la mirada de sus bellos ojos, negros y de largas pestañas, que traslucía las bondades de su exquisita naturaleza. Graciosos bucles negros y brillantes orlábanle el rostro, de tez nacarada y líneas armónicas. Su cuerpo era fino, esbelto, proporcionado; y su trato, por demás aprobable.

La señora de Landívar, en quien se unían distinción y sencillez, era de esas personas que sin esfuerzo alguno logran granjearse rápidamente simpatías y afectos. Los muchos años que llevaba vividos ciertamente no se advertían a su lado, tal su jovialidad y optimismo; por otra parte, su físico se mantenía vigoroso y conservaba aún huellas de la gran belleza que debió poseer cuando joven. Su faz pálida, de óvalo redondo, muy expresiva, guardaba mucha armonía con sus cabellos blancos y abultados, peinados con esmero. Por una condición muy suya pronto dejó sentir en los allí presentes los efectos de su carácter sociable, entretenido, que movía a la expansión.

De Sándara ponía también su nota de interés, al substanciar en todo momento la charla con sus oportunas intervenciones, por pueril que se tornara a veces. Y sin que dejara nadie de contribuir con su porción de acierto e ingenio, pronto reinó en el seno de aquella reunión, en la que se agrupaban personas que no se habían visto nunca, la más franca cordialidad.

Mirando sonriente a Griselda y Mariné, que departían juntas con muestras de agrado, de Sándara las sorprendió con estas palabras:

—Viéndolas allí reunidas, cualquiera diría que son hijas de una misma madreperla...

—¡Bien dicho! —opinó Cristina—. ¡Dos perlas que no están enhebradas en un mismo collar, pero que el azar parecería haberlas reunido bajo el signo de la amistad!

—La comparación es amable y se agradece —respondió con gracia Mariné, haciendo una inclinación de cabeza.

—Y en particular, las derivaciones que la señora ha hecho surgir en favor nuestro —dijo Griselda, a su vez.

Para ésta, lo mismo que para Claudio Arribillaga, el acogimiento que en ese momento se les dispensaba era doblemente halagador. No se trataba de una simple vinculación más, de esas que tan a menudo brinda la convivencia. No, para ellos ese hecho asumía los contornos de un acontecimiento y, según lo estimaba Griselda, ello prepararía tal vez la oportunidad de satisfacer inquietudes de largo tiempo contenidas.

Quizás fuese su mismo rostro, denunciador de ese íntimo anhelo, o el sentido de alguna pregunta allí formulada, lo que en determinado momento movió a de Sándara a expresar:

—No cabe duda de que los seres humanos andan a tientas por el mundo, hasta que encuentran, lo mismo que los astros, la órbita del gran espíritu precursor de rumbos y destinos... Hasta entonces deben rodar por la tierra como aquéllos ruedan por el espacio, en busca de los elementos que, integrándolos, harán propicio su advenimiento en otras formas más elevadas de existir.

—¿Se refiere usted a la teoría de la supervivencia del alma? —preguntó Griselda, que le seguía con atención.

—No, precisamente. Para mí, la única supervivencia que en principio debe interesar al hombre es la que puede hacer en vida renaciendo en sí mismo tras la superación

en grado máximo de su viejo ser; de ese autómeta, diré, que vive en cada individuo humano cuando el mecanismo de la inteligencia no ha sido aún perfeccionado en el desarrollo de la conciencia, que es la que permite la libre función del espíritu.

—Quizás yo no haya comprendido bien, señor de Sándara, el sentido de la palabra «autémeta» con que se ha referido usted al común de las personas —objetó Claudio—. Creo que en todos nosotros existe, en mayor o menor grado, naturalmente, un fondo de responsabilidad que nos obliga a medir nuestros pensamientos y acciones. ¿No incumbe esto directamente a la conciencia?

—La conciencia, amigo Arribillaga, no tiene a mi juicio el sentido que corrientemente se le asigna. Considero que ésta constituye, cuando se halla en posesión de los conocimientos que la habilitan para su alto cometido, el gobierno central de nuestro mundo interior. Nada de cuanto en él ocurre puede ya permanecer ajeno a su intervención y aquiescencia. Seré más amplio: si desde mi conciencia yo rigiera mis pensamientos y mis actos, de suerte que en todo instante me hallase al tanto de los progresos de mis ideas y de los movimientos operados en mí llamados a propiciar cuanto me propusiese hacer en el curso de los días, ¿no llevaría a cabo algo que no está plasmado en la generalidad? Pese a las referencias de la ciencia y la filosofía, nada claras al respecto, hay, pues, un hecho evidente, una realidad inobjetable, y es que se vive más automática que conscientemente.

—¿En virtud de qué estímulo se movería entonces el hombre?

—De estímulos psicológicos y sensibles unas veces y de estímulos provenientes del instinto otras, pues sabido es que la sensibilidad, como el instinto, suelen suplir a la

conciencia en tanto obran espontáneamente, impulsados por exigencias naturales de diversa índole. Pero también se mueve el hombre, y en forma más positiva, por influencia de los estímulos que proceden de los conocimientos que su inteligencia acumula, aunque cabe hacer notar que no en todos los casos éstos le permiten tener cabal constancia de la intervención de la conciencia, ya que los conocimientos, mantenidos en el plano teórico, no siempre se mueven y pronuncian con el consentimiento de ella.

—¿Qué medio seguro habría, según usted, para librar al hombre de ser sorprendido por esa engañosa ilusión conceptual que implica, en cierto modo, una presunción?

—El medio existe, aun cuando convendrá usted conmigo en lo difícil que sería realizar tal prodigio por la esporádica ayuda de un consejo dicho así, al paso... Los cambios reales no se producen, amigo mío, por meros accidentes del azar; se producen tras un cultivo profundo, tenaz, consecuente, del entendimiento. No debemos olvidar que el hombre acostumbra su vida a una rutina, a un *modus vivendi* íntimo y social que no gusta alterar. De ahí que le veamos resistirse tenazmente a los cambios que de un modo u otro alteran su forma de vivir. ¿No recuerda usted haber observado cuán a menudo experimenta éste la sensación de que le falta todo cuando alguna contingencia rompe esa rutina o se quiebran sus preferencias consuetudinarias?...

—Por mucho que cuesten tales cambios —expresó Griselda con encantadora convicción—, entiendo que es de todo punto necesario al hombre salir de esos estados, conquistando formas más venturosas de existir. ¿Será ello difícil, señor de Sándara? Cuando en el alma alienta el anhelo de enriquecer espiritualmente la vida, no creo que lo sea...

—Ha dicho usted bien, señora; mas cabría aún agregar que la conciencia, hablando de ésta con propiedad, es siempre fuente de actividad y no debe permanecer ni por un instante al margen de lo que el hombre aspira, piensa o hace.

—Tenga usted la seguridad de que la advertencia no ha pasado por alto —le respondió Griselda con agrado.

—Podrá usted suponer, señor de Sándara —insinuó Claudio—, que no me resultará muy grato conducirme en lo sucesivo como un autómatas.

—Ni a mí —apoyó Griselda—, aun cuando nos será difícil remediarlo si el señor de Sándara no viene en nuestra ayuda.

—Para que vean ustedes cuánto gusto tengo en ello, comenzaré por expresarles, a modo de simple sugerencia, que los anhelos en proceso de realización, al igual que las plantas de invernáculo, no deben ser expuestos al exterior. Más allá podrán éstos crecer lozanos al aire y al sol, pero antes habrá que aclimatarlos poco a poco. Esto significa que los conocimientos que les brindo, cuya virtud es convertir en realidad esos anhelos, requieren ser celosamente guardados en el ámbito interno individual. Ponerlos al alcance de la curiosidad ajena no es conveniente mientras no hayan entrado a formar parte inseparable de la vida.

Al llegar aquí, de Sándara hizo a sus amigos una cortés invitación:

—Si ustedes no se oponen, haremos honor a unos platos que encargué ex profeso para celebrar este encuentro.

La invitación produjo regocijo. Era evidente que en aquellos corazones existía un franco anhelo de intimar, y esa circunstancia se encargaría sin duda de llevar a un terreno más familiar lo que aún estaba sujeto al estiramiento de las fórmulas sociales.

Precedidos por Griselda y Mariné se encaminaron al comedor, los últimos más despaciosamente, dando lugar a que Cristina se explayara sobre el arte de conservarse joven, tema que constituía su debilidad.

Pocas veces de Sándara se había mostrado a Claudio tan comunicativo y jovial como aquella noche durante la cena. Conversó alegremente, propiciando con su expansividad la de sus invitados. Era perceptible que en los ágiles giros que imprimía a sus frases había un deliberado intento de sondear el alma de los jóvenes esposos. Se encontraba frente a dos psicologías diferentes que se complementaban, no obstante, en forma admirable. Observaba en Claudio una gran vivacidad mental y una tendencia levemente acentuada a exceder con su imaginación los límites de la realidad. Fácilmente sugestionable, y todavía sin la madurez del hombre hecho verdaderamente en las luchas de la vida, ofrecía blancos que podían ser vulnerados por el azar si pensamientos de sólida contextura no lo auxiliaban y lo condujesen por segura senda al encuentro de las defensas internas que le faltaban. Griselda era de naturaleza sensible, pero fuerte. Nadie le haría cambiar el rumbo de sus convicciones ni flaquearían sus fuerzas frente a las grandes dificultades de la vida. Su inteligencia mostraba perspectivas hermosas, favorecidas por el influjo de cualidades internas que ponían su tinte de armonía y belleza en su conjunto psicológico y espiritual.

No escapó al señor de Sándara el menor detalle. Acababa de formarse clara idea de la realidad de esos dos seres que, buscando el encauzamiento espiritual de sus vidas, se ponían al amparo de sus conocimientos y experiencia.

Vueltos al salón, donde sirviéronse café y licores, la señora de Landívar, siguiendo su costumbre de entregar-

se más bien temprano al descanso, no tardó en despedirse, acompañándola hasta su compartimiento las dos jóvenes.

Claudio las vio marcharse mientras fumaba silenciosamente un cigarrillo. En la galería interior, donde el alma agrupa las vivencias que más la impresionaron, había un recuerdo, una imagen que acababa de sufrir esplendorosa transformación. La de Mariné, ante la cual sus sentidos habían llegado a perturbarse, y a la que ahora, tras lucha íntima con su naturaleza varonil, admiraba en toda su dignidad y virtud. Ante ella, ante la fortaleza espiritual que realzaba extraordinariamente sus encantos físicos, Claudio experimentó una sensación desconocida hasta entonces: el desplazamiento enérgico de un pensamiento de codicia o pasional por otro que toma su fuerza invencible de lo bello y verdadero. Al operarse esa transición se proyectó sobre su juicio el rubor de la censura, y súbitamente la figura del amigo asomó en su recuerdo como activo ejecutor de aquella transformación, al propinarle una lección que jamás olvidaría.

Próximo a él, de Sándara parecía meditar. Al término de algunos instantes, unas palabras pronunciadas por Claudio le anunciaron que éste, tras el suspenso, se disponía a proseguir la conversación, lo cual le decidió a hacerle nuevos sondeos, esta vez más directos, sobre sus proyectos futuros.

No atinó él a concretarlos con la claridad propia del que sabe a ciencia cierta lo que quiere, pero bastó para que de Sándara, considerándolos con mayor precisión que su dueño, le hiciera varias proposiciones, todas con el objeto de guiarle hasta la salida del laberinto constituido por los caminos ilusorios que el ser humano tantas veces recorre tomándolos por reales sin lograr jamás satisfacer sus aspiraciones.

—Si lo que usted me señala es imprescindible para alcanzar ese mundo paradisiaco, reservado a los espíritus abnegados, fuertes y libres, no titubearé en seguir su consejo, señor de Sándara.

—Y no le será difícil; mas siempre que recuerde que no es con el cuerpo que se penetra en él, sino con el espíritu; con esa parte del ser que por encima de lo físico puede, si se la atiende y dirige, disfrutar de las inapreciables prerrogativas que ofrecen las frecuentes internaciones en ese medio.

Claudio parecía absorber con su entendimiento una a una todas sus palabras.

Mariné y Griselda, entretanto, después de dejar a Cristina, habían salido a cubierta, pero sorprendidas por un inesperado descenso de temperatura, no tardaron en buscar el reparo interior del barco.

A poco se despojaron de los abrigos, que echaron sobre sus hombros y, reconfortadas plenamente por el cambio, con las mejillas en plena reacción por el frío que les había azotado el rostro, iniciaron a paso lento el regreso al salón; era evidente que no tenían prisa.

Habían llegado mutuamente a confiarse las trayectorias de sus vidas, deteniéndose especialmente en los pasajes más recientes, en los que habían predominado las experiencias sentimentales y las emociones.

La expresión inconfundible que presta el conocimiento al permitir el lúcido relato de los hechos que conforman la existencia, exaltaba a los ojos de Griselda la figura ejemplar de Mariné. La verdadera identidad de esta última se manifestaba abiertamente en esos instantes de íntima expansión, mostrándole las excelencias de una evolución que estaba muy por encima de la suya. Las referencias sobre la belleza inenarrable de los conocimientos que de Sándara pusiera al alcance de aquella

y la identificación con sus pensamientos y preocupaciones, así como el entusiasmo con que compartía sus afanes altruistas, pronto le mostraron que ambas vivían en dos mundos diferentes: Mariné en el que entreviera entre suspiros y sueños, y ella en el de los halagos y las alternativas comunes. ¡Cuánta distancia mediaba entre las alturas espirituales alcanzadas por su bella amiga y lo poco que ella había logrado escalar! ¡Cuánto le faltaba para superar su realidad; esa realidad que no había llegado nunca a satisfacerla plenamente! Mas ello, lejos de ocasionarle tristeza, la estimulaba, pues presentía que la amistad de Mariné iba a reportarle grandes beneficios en ese sentido. Al fin veía claro el camino que debería tomar. No perdería más tiempo en los tanteos y vacilaciones de la incertidumbre: una brecha se abría ahora entre la bruma que envolvía su vida y por ella aparecía para su alma un rayo de luz que por momentos se tornaba más promisorio.

Tan sumergida estaba Griselda en esos pensamientos, que Mariné, advirtiéndolo, le expresó:

—Pareces preocupada...

—Pensaba en tus palabras. Escuchándote he sentido nacer en mí la esperanza de vivir una vida así... como la que acabas de describirme...

—Una esperanza de todo punto realizable, Griselda. Quiérela como lo he querido yo, todos los días con la misma intensidad, y verás cuán pronto tus deseos se verán cumplidos.

Llegaban ya al lugar donde de Sándara y Claudio se hallaban, y las dos pusieron punto final a su charla.

—¿Hemos demorado mucho? —preguntó Mariné.

—Nada más que lo indispensable para permitirnos tomar tres pocillos de café —respondió de Sándara, sonriendo.

—¿Tanto?... —exclamó incrédula, mientras se inclinaba para confirmarlo en el reloj de él—. ¡La una!... Es lo que pasa cuando los minutos son bien aprovechados; las horas no cuentan.

—Lo mismo digo yo —manifestó Claudio—; es como si discretamente se esfumaran de nuestra vista para no interrumpir nuestra dicha con su persecución monótona e implacable.

Cuando instantes más tarde, después de despedir a los recién casados, de Sándara se alejó con Mariné en dirección a sus respectivos compartimientos, pudo apreciar el grado de estima que Griselda había inspirado en ella.

—Me complace que hayas encontrado en Griselda a una amiga ideal —le dijo—. Esto hará que puedas compartir conmigo la dicha de ayudarlos a marchar por el camino de las altas realizaciones humanas, que tan por encima están de las apetencias comunes.

Besó de Sándara la mano que Mariné le tendía y, augurándose mutuamente un sueño feliz, se separaron.

En su departamento, Claudio y Griselda, inhibidos para hablar por la dicha que conmovía sus corazones, no tardaron en dar rienda suelta a sus particulares estados de alma, comunicándose uno a otro sus impresiones y emociones, mezcladas a ratos con las más tiernas y delicadas confidencias. Con las manos entrelazadas y en los ojos la dulce expresión de lo impronunciable, nunca como entonces habían sentido la felicidad de estar unidos; quizás nunca, tampoco, experimentarían igual seguridad ante el futuro, hacia el cual miraban ahora con renovada confianza.



En su camarote, de Sándara no se acostó. Cambió sus ropas por una cómoda bata y, sentándose a la mesa en la que tenía dispuestos sus útiles de trabajo, tomó la pluma y la deslizó sin pausa sobre las albas cuartillas, que parecían estarle esperando. Amanecía cuando, vencido por el sueño, abandonó el trabajo.

Hacia el mediodía no había ido aún en busca de Mariné, razón por la cual ésta terminó por inquietarse; así se lo confió a Cristina, mientras paseaban juntas contemplando el mar.

—¡Sabes bien cómo es Ebel, mi querida!... —le dijo la señora—. Cuando se sumerge en sus papeles lo olvida todo... ¡aun a ti!

—Lo sé; pero, ¿no te parece que demora hoy más de la cuenta? ¿Le habrá ocurrido algo?...

—Podemos averiguarlo.

Y entrando ambas por la puerta más inmediata, encaminaron sus pasos hacia el lugar donde tenían sus compartimientos con el propósito de cerciorarse.

—Es casi seguro que el señor trabaja —les informó el camarero—. A las nueve ordenó el desayuno y más tarde aun seguía escribiendo.

—¿Has visto, tontuela?

Mariné aprobó con una comprensiva sonrisa. ¡Qué bella asomaba su alma en ese instante!

Luego, como Cristina insistiera en regresar a cubierta, ella, que no tenía muchos deseos de acompañarla, se disculpó, y después de buscar entre sus conocidos a quien la reemplazara, se acomodó en un sillón cerca-

no al lugar donde se hallaba de Sándara, para continuar, mientras lo esperaba, la lectura de un libro que llevaba consigo. Después de recorrer con la vista algunas de sus páginas sin que lograra fijar la atención en ellas, lo dejó caer con abandono sobre su falda y permaneció pensativa. Sabía cuánto se apartaba él de las cosas que lo rodeaban cuando su pluma corría sobre el papel llenando carilla tras carilla. El recuerdo le trajo entonces el eco de unas palabras que rememoraba a menudo, y que le había oído cuando era todavía una adolescente: «Nunca me interrumpas cuando pienso o escribo. Puedes permanecer a mi lado el tiempo que quieras, pero muy quietecita, para no distraer mi atención». En seguida revivió las horas felices que solía pasar en el estudio de la casa que ocupaban en México, acompañándole en el curso de su trabajo mientras esperaba pacientemente, ocupada en alguna labor, el instante en que él le dirigiera la palabra o le diera a leer algún trozo de sus producciones.

Recordó que cierto día se hallaba cerca de él, como de costumbre, cuando se le escapó de las manos, cayendo sobre la alfombra con gran ruido, un pesado pisapapeles con el que jugueteaba distraídamente. Era una bella pieza rectangular de ébano y bronce, en cuyo centro lucía una efigie antigua hábilmente tallada en jade. La había adquirido de Sándara en uno de sus viajes y le servía desde años para ese fin. Intimidada por el contratiempo la joven optó por desaparecer alejándose de puntillas con gran prisa, pero él, irguiéndose, corrió tras ella, dándole alcance antes de que pudiera transponer la sala contigua al estudio. Parecía a Mariné sentir aún la presión vigorosa de la mano de él asiéndole el brazo mientras la detenía en su fuga, y asimismo parecía escuchar su voz cuando con afectiva persuasión antes que con disgusto, le dijo: «Ten-

go que conversar mucho contigo, Mariné... Vayamos a mi despacho».

El pasaje que siguió se le representó a la joven con toda efectividad, y una a una fueron acudiendo a su memoria las palabras que él le expresara cuando ambos se sentaron en el gran sofá: «Lo sucedido, Mariné, carecería de importancia si no fuera por lo que representa en los dominios de mi pensamiento. Te lo explicaré mejor; escucha... Tú sabes que yo he creado mi propio mundo. Soy, pues, dueño y señor de esa creación que mi voluntad anima y sostiene; no obstante, hago frecuentes concesiones a las exigencias, a veces ineludibles, del mundo en el cual todos viven y del que también soy parte. Concilio así, sin el menor esfuerzo, el tratamiento cordial y sincero que debo a mis semejantes con el que prodigo a los súbditos de mi mundo, o sea los seres, los pensamientos y las cosas que animo en las esferas de acción de mi inteligencia y en las que viven en las páginas de mis libros. Disfruto así, dentro y fuera de él, de las prerrogativas que la libertad más absoluta me confiere; libertad cuyo secreto, para no perderla, reside en no exponerla nunca a necias ostentaciones. La caída del pisapapeles, querida mía, al interrumpir mi concentración, me previene contra otra clase de interrupciones en las que por descuido o incompreensión podrías incurrir en momentos de hallarme yo entregado a los cuidados que me demanda la atención de ese mundo; y es indudable que ello promovería tormentas que nublarían, entristeciéndole, el cielo de nuestra dicha». «¡Yo no haré eso jamás!», habíale respondido ella desahogando su emoción en un sollozo, mientras él, rozando apenas sus cabellos, le prodigaba dulce caricia. «No llores, Mariné; sólo he querido significarte que será para ti una realización quizás superior a tus fuerzas el sacrificio al amor de un hombre que, como yo, ni puede ofrecerte los arrebatos de

la juventud ni prodigarte su tiempo con la amplitud con que lo haría cualquier otro en las condiciones corrientes. El reciente episodio fue un mero hecho casual, y te aseguro que no habría merecido de mí cuidado alguno; lo he tomado en cuenta tan sólo para conectarlo a posibles descuidos de otra naturaleza, en los que podrías incurrir y yo deseo prevenirte».

Ésas y muchas otras palabras desfilaron por la mente de Mariné, todas ellas en torno a la forma de conducirse si quería seguirle y reinar un día dichosa en su corazón; y no faltaron las últimas que en aquella ocasión le dijera cuando recobrando su aire habitual, le había propuesto alegremente: «¡Deja ahora caer el pisapapeles cuantas veces quieras!...».

Aquel episodio al que de Sándara había conferido particular significación y del cual su entendimiento había extraído al presente buena parte, fue durante muchos días motivo frecuente de inquietud para su alma. ¿Qué más habría querido decirle él, que ella quizás no comprendiera?... Varias veces estuvo a punto de preguntárselo, mas se contuvo. Él le había aconsejado a menudo que anotara en su recuerdo todo lo que le resultase incomprensible y permaneciera luego atenta hasta que las circunstancias, ofreciéndole motivos vinculados a lo no comprendido, se lo explicaran. Y había sido justamente en momentos como los que actualmente vivía, en que atenta a las oscilaciones íntimas de su alma se esforzaba en contener sus impulsos de impaciencia, que había sentido iluminarse su inteligencia y revelársele el pensamiento de su amado. ¡Con cuánta claridad y belleza se le aparecieron entonces sus palabras!

Eso había ocurrido meses atrás. Recogida ahora en voluntaria y pacífica espera, Mariné se complacía en re-

cordar los pensamientos que la asistieran en la pasada emergencia, al comprender que Ebel se había valido de un episodio intrascendente como lo era el de la caída del pisapapeles, para que ella, trasladándolo a posibles derivaciones de su propia conducta, pudiera comprender que los hechos y detalles más insignificantes de su vida le conmovían y eran motivo de especial preocupación para él. «Pero de mí depende —se había dicho a sí misma en aquella ocasión— que él se muestre sensible a las más pequeñas oscilaciones de mi pensamiento o de mi sentimiento, o sea indiferente. En este último caso en vano podría yo arrojar mil veces el pisapapeles o cualquier otro objeto, y aun arrojarme yo misma al suelo y golpear desesperadamente con manos y pies, que él permanecería inconmovible».

Al asociar Mariné ese recuerdo con lo que al presente vivía, se sintió invadida por una dulce alegría y, como si interiormente volviera a afirmarse en las determinaciones que se impusiera, prometióse con fuerza ser siempre lo que él tanto anhelaba.

Con el alma plena de confianza miró su reloj, y viendo próxima la hora del almuerzo, recogió su libro y, resuelta, se alejó en busca de Ebel.

Cuando sus nudillos se apoyaban sobre la puerta de su camarote, se sorprendió viéndolo aparecer a él, listo ya para salir.

Marcharon unidos del brazo por los corredores y, a poco andar, de Sándara le propuso tomar asiento.

Gustaba él auscultar el alma de Mariné sorprendiéndola en las más variadas formas; de ahí que le dijera ese día, con aire preocupado:

—Esta mañana, mientras trabajaba, experimenté una tremenda decepción contigo.

Como la mirara con gran ternura y tristeza a la par, ella, que había aprendido a defenderse de tales ardidés, no pudo esa vez dominar su aflicción.

—No te comprendo...

—Tranquilízate, mi querida Mariné; la culpa no ha sido tuya, sino mía... Te explicaré en seguida cómo aconteció. Me hallaba absorbido en una de las partes más profundas del libro que estoy escribiendo, en el que tú eres la protagonista, cuando advertí que la Mariné que actuaba en él, superada al máximo por la rigurosidad de mi pensamiento, exigía de mí un trato de tan elevada idealidad que me convencí de la imposibilidad de realizarlo contigo.

—¿Por qué? —interrogó ella, con asombro —¿Pienzas tal vez que no podré yo elevarme a esas alturas?

—Hay aún algo más, Mariné. En ese mundo mental donde los goces estéticos del espíritu se satisfacen plenamente, todo se mueve, vive, alienta merced a la acción de nuestra voluntad; de tal suerte que la Mariné de ese mundo quiere a su amado porque yo se lo impuse, causándome ello, como antes te he dicho, honda decepción... Yo hubiese preferido mil veces que ella le amara por espontánea determinación de su sentir.

La joven guardó silencio, sin poder ocultar en el primer momento su turbación, mas, recapacitando, expresó de pronto con encantadora naturalidad:

—¿Quiere decir que yo soy diferente a aquella Mariné, porque te he querido y te quiero por mi propia voluntad?

—¡He fracasado sin remedio! —exclamó él, enternecido y feliz—. Yo pensaba que la Mariné de mi novela sería mejor que tú, pero me he equivocado...

Efectivamente, de Sándara acababa de contemplar en ella algo que jamás podría él crear en la persona de su concepción; algo que únicamente Dios ha tenido po-

testad para concebir y plasmar en la delicada naturaleza de la mujer: el encanto sublime del candor, que sólo es posible ver, sentir y respirar en este mundo que los hombres han desnaturalizado tanto con sus desbordes pasionales.

Al mirar en ese momento a Mariné y sentir palpar junto al suyo su tierno corazón, de Sándara vio tornarse más luminosa la visión de sus propias concepciones relacionadas con el renacer espiritual. Ciertamente que él no haría morir a la protagonista de su novela para idealizarla en el recuerdo, sino que la haría vivir con toda la fuerza ideal con que la concebía su pensamiento. Esto lo pensaba mientras su vista ahondaba en el maravilloso proceso que pueden seguir las almas en su evolución hacia la cima del perfeccionamiento, descubrimiento del cual había extraído útiles claves, cuyo poder usaba en la gran experiencia de su vida.

—A veces —expresó a Mariné, siguiendo el hilo de sus pensamientos— puede más la fuerza de un sentimiento que la de mil pensamientos juntos. Es lo que me ocurre en este instante en que va a comenzar para mí un nuevo tiempo, como si debiera, por especial gracia de la Providencia, vivir en un renacer glorioso la juventud que no tuve en los años de mi adolescencia. Y a ti, Mariné, que tan hondamente has penetrado en mi vida, te llevaré a mi reino y en él vivirás, porque posees la imponderable virtud de la discreción, sin la cual no es posible a nadie franquear las puertas del misterio que oculta los arcanos de la sabiduría. Ya ves, querida mía —agregó sonriendo—, que a la «decepción» y al «fracaso» han sucedido los momentos de placer y de triunfo más dichosos, con los cuales estoy celebrando mi decisión de acelerar nuestra boda.

—¿Lo dices en serio?

¿Por qué no?... Tú señalarás la fecha y yo procuraré que seas la mujer más feliz de la tierra, si ello es posible.

Tras el embeleso de aquel instante fueron pasando suavemente al plano de las realidades inmediatas, advirtiéndose de pronto que se hallaban retrasados para el almuerzo.

—¡Mamá Cristina debe estar esperándonos!... —exclamó la joven, saltando casi de su asiento.

De Sándara le pidió que se adelantara para hacer compañía a su tía, prometiéndole reunírseles en seguida.



Mariné supuso que encontraría a Cristina cerca del comedor y no se equivocó.

Al instante estuvo junto a ella, con quien se excusó adelantándole como motivo de su tardanza razones sumamente atendibles.

—Ha sido por algo muy, muy interesante, mamá Cristina, te lo aseguro... Ya te lo diré luego...

—¿Por qué no ahora?... —expresó ella, y trocando su aire de curiosidad por un gesto de forzada resignación, agregó—: Ya veo que hoy estoy destinada a acumular paciencia...

Mariné la miró, compensándola con una dulce sonrisa.

Con diferencia de algunos minutos, también de Sándara estuvo con ellas, y los tres se sentaron a la mesa, excelentemente dispuestos para el almuerzo.

Tenía de Sándara en su mirada la profunda claridad de un poniente otoñal, de esos que anuncian días

estimulantes, que invitan a respirar el aire con toda plenitud.

Su tía fijó en él sus ojos escudriñadores, y al notar en su semblante esa imperceptible expresión que jamás se le había pasado por alto cuando éste quería hacerla partícipe de alguna confidencia, murmuró con intención de ser escuchada:

—No sé por qué tengo a veces la sensación de estar en Babia; justamente cuando menos quisiera ser indiferente a lo que me rodea...

Sus palabras tentaron el pensamiento del sobrino, al tiempo que el recuerdo de un alegre episodio familiar se despertaba en él; y como si se trasladara mentalmente al escenario donde aquél había acontecido, expresó entre bocado y sorbo a su tía:

—En este momento recuerdo aquella ocurrencia que me valió de ti el calificativo de «salvaje».

—¿De salvaje?... —repitió Cristina fingiendo hacer apremios a su memoria para atraer con fidelidad la imagen—. ¡Ah, sí!... ¡Ahora recuerdo!... Pero entonces lo dije creyendo que era otro y no tú el que pretendía robarme a Mariné.

Aquel hecho al cual de Sándara acababa de referirse pertenecía a un episodio inolvidable para cada uno de los que intervinieron en él. El calificativo en cuestión había brotado aquella vez de los labios de Cristina, indignada entonces por la supuesta presencia de un pretendiente que, según ella, era el causante de ciertos estados de Mariné, a menudo silenciosa y preocupada.

—¡Salvaje tiene que ser —sostenía la buena señora, en ocasión de hallarse con de Sándara en su alcoba— quien tan pronto comienza a apenarle la vida a esta niña! ¿Tú no sabes nada?...

Él, que en ese instante saboreaba la dicha de sentirse íntimamente ligado a aquel secreto, sólo parecía delei-

tarse con el ritmo que su cuerpo imprimía al mecerse en el sillón hamaca de su tía.

—En verdad, Mariné tiene dos pretendientes —háblele dicho—: uno es joven y buen mozo y la quiere mucho; pero se propone, ¿sabes?, llevársela lejos, porque a ti... ¡no te pasa!

Las enérgicas protestas de la buena señora, que afirmaba y refirmaba que no lo permitiría, movieron a de Sándara a apaciguarla, diciéndole:

—Por lo que Mariné me ha dicho, tampoco ella lo quiere, de modo que puedes permanecer tranquila. En cuanto al otro pretendiente... es ese salvaje al que te referiste hace un rato. Un hombre ya maduro, de quien ella se ha enamorado; mas sucede que éste no se atreve a quererla por temor de que pueda cambiar de idea pasado un tiempo...

—¡Mira tú si será estúpido!...

—¡Exactamente! Sin embargo, mi queridísima tía, hay algo muy interesante, y es que ese estúpido siente una gran simpatía por ti.

—¿Le conoces?...

—Creo conocerlo, aunque después de lo que me has dicho no sé, en realidad, qué pensar...

—¿Qué te he dicho?...

—¡Oh!, ¡casi nada!... Me llamaste salvaje primero y estúpido después.

De más está decir que llegado el enredo a ese punto había sido festejado con una explosión de risa; con esa risa franca y comunicativa que tanto se aviene a las expresiones íntimas del alma.

Ese episodio en el que celebraran con el feliz desenlace de la inocente treta un acontecimiento de virtual trascendencia para la vida de Mariné y Ebel, era recordado ahora, previo al anuncio de un segundo acontecimiento, más importante aún, del cual pronto tendría participación Cristina.

—No dudo de que te sentirás muy feliz cuando conozcas la novedad que te tenemos reservada —dijo de Sándara, dirigiéndose a su tía; y, tras detenerse con la expresa intención de avivar su expectativa, agregó—: El asunto en cuestión es que el personaje de quien hablábamos y que por fortuna es pariente tuyo tiene el propósito de casarse muy pronto con Mariné, para lo cual sólo espera que ella se digne fijar la fecha.

—¡Ya me lo sospechaba, ya me lo sospechaba!... —exclamó ella, complacida y alegre.

Poco después abandonaban el comedor.

Algunos conocidos que encontraron al salir hicieron círculo con ellos, ampliándose luego el mismo con la presencia de los esposos Arribillaga. Cuando de Sándara acabó de fumar su cigarro, apremiado por la necesidad de descanso se aprestó a retirarse, adhiriéndose otros a la iniciativa, siendo la más decidida Cristina, para quien la siesta era su mejor tónico.

—Yo también los acompañaré, pero no a descansar —dijo Mariné, y tomando el brazo que de Sándara le ofrecía, expresó a los que quedaban—: Al punto estaré otra vez con ustedes.

Mientras se alejaban, él la premió con estas palabras:

—Mucho agradan a mi corazón estas atenciones que tienes para conmigo; tanto como me apenaría si no fueras la dueña de esa pequeña, pero simpática virtud.

—Es mérito exclusivo de mamá Cristina, que desde niña me enseñó a ser amable con todos; aunque la verdad es —agregó con una insinuación graciosa— que yo me he especializado en serlo con una sola y única persona...

Apenas se despidieron, Mariné descendió la escalinata que conducía al piso inmediato, donde hallaría a sus

amigos, deslizándose por ella con la rapidez prodigiosa de sus pies, que parecían no tocar el suelo al andar. Sólo la esperaban allí Griselda y Claudio, y aun este último no tardó en dejarlas, lo cual favoreció a Mariné, que deseaba hacer partícipe a su amiga de la dicha que le había deparado aquel día. Luego se separaron para proporcionarse ellas también el habitual descanso.



Cuando Mariné salió de su camarote aquella tarde, después de escuchar los conocidos golpecitos con que Ebel acostumbraba llamar a su puerta, éste la envolvió en una tierna mirada de aprobación.

Comprendiendo ella que ése era un homenaje dirigido a su persona, alegremente y con ingenua gracia se inclinó haciéndole una ligera reverencia.

—¿Sola?... —le preguntó él—. ¿Y tía Cristina?

—¡Andariega como siempre! Cualquiera diría que está en la flor de la edad...

Aunque todavía era algo temprano, decidieron pasear un poco al aire libre. El sol brillaba con mucha intensidad, reverberando sobre las aguas como si quisiera estampar en ellas la variedad cromática de sus vibraciones. Siéndoles casi imposible soportar el centelleo de aquella superficie inquieta e incommensurable, desistieron, pues, de su propósito y se internaron de nuevo en el barco, donde a poco andar descubrieron a Cristina de charla con otras señoras.

Tenían cita con el matrimonio Arribillaga para la hora del té, y ese motivo los reunió a todos más tarde en

el salón, incluso a Cristina, que había dejado a sus amigas para unirse a ellos.

La vida de a bordo ofrece siempre campo propicio para ovillar la madeja de comentarios que se tejen y destejen alrededor de cada asunto, por privado que sea; y evidentemente que la buena señora debía de haber experimentado esa tarde alguna viva contrariedad, a juzgar por el tono con que se refirió a esa práctica social tan poco edificante.

—Mentira parece —expresó, algo amoscada— que deba ser tema casi obligado entre la gente el averiguar vida y milagros de sus semejantes.

—Así es —dijo Mariné—; y cuando no logra satisfacer su curiosidad, ¿qué hace?... Comienza a dar vueltas al huso de la fantasía hasta que surgen las más extravagantes historias.

—Será sin duda para no desacreditar su profesión de corresponsales oficiosos —subrayó Arribillaga, riendo.

—No comprendo —insistió Cristina— cómo esos resabios de incultura persisten aún en las personas de bien. Muchas veces he debido sufrir decepciones por esa misma causa allí donde creí encontrar afecto, sinceridad, correspondencia.

—¿Por qué tanta desazón, mamá Cristina? —le expresó Mariné—. Tú has dicho muchas veces que la experiencia, cuando no rehusamos su consejo, suele hacernos sabios y prudentes.

—Sí, hija, sí, mas pese a estar prevenidos contra las sorpresas que a menudo nos depara la buena fe, no siempre puede uno evitarse el mal efecto que producen ciertas cosas.

La señora de Landívar se refirió en seguida a la larga serie de desengaños sufridos en el círculo de sus amistades antes que despertara el alba de sus re-

flexiones y se iluminaran para su conciencia muchos hechos que habían sido hasta entonces causa de pesar para ella.

Mariné conocía algunos de esos hechos y sabía también de la entereza con que los había afrontado.

De Sándara, que seguía con agrado el desenvolvimiento de la charla, expresó con sorna, haciendo deducción de todo lo escuchado:

—Es común observar, dentro del medio donde las personas se vinculan, episodios comparables al coloquio filosófico de los perros de Cervantes, cuando se deshacían en conjeturas frente a la efigie del hombre...

—En resumidas cuentas, ¿qué más da que otros crean de uno lo que les plazca? —expresó Claudio.

—Es cosa que no debe preocupar, naturalmente —repuso de Sándara—. Lo que importa es saber descubrir en las apreciaciones de quienes nos juzgan el grado de probidad y sensatez que les asiste.

—Estimo que así debe ser —asintió Claudio—. Si ubicáramos siempre las cosas en sus respectivos y exactos lugares, ¿podrían los diceres de las gentes tener para nosotros algún efecto dañoso?

—Ninguno, absolutamente ninguno; y en contraste con esos hechos ingratos sobre los que hemos estado discutiendo y cuyo conocimiento nos pone a resguardo de la excesiva buena fe, nos sentiremos sobradamente reconfortados con las satisfacciones inigualables que nos proporcionan los verdaderos amigos, los que penetran hondo en nuestro corazón y nos brindan, con su amistad, el fruto de su afecto y de su sinceridad. Por eso he dado siempre un valor inmenso a la amistad, a ese proceso que se forja en las intimidades del ser y se verifica por la consolidación del afecto en grados progresivos de confianza.

—¿Sería error decir que es la consecuencia de un conocimiento mutuo rendido en un sinnúmero de pruebas? —preguntó Claudio.

—No, al contrario; y utilizando otras palabras para referirse a ella, podríamos también decir que es algo así como una comunión mental de afectos que se establece por el enlace de pensamientos y sentimientos.

Los motivos finales del diálogo terminaron por despejar de sombras el ánimo de Cristina, quien recuperó rápidamente su alegre optimismo. En inmejorable estado de cordialidad todos salieron a cubierta, donde finalizaron la tarde entretenidos en la contemplación de los infinitos efectos de luz que el sol proyectaba sobre el cielo y el mar al ocultarse en el ocaso.



Aquella travesía, que tantas emociones nuevas e inesperadas deparara al feliz matrimonio, acercábase rápidamente hacia las últimas etapas.

Claudio y Griselda, que ansiaban llegar a Buenos Aires cuanto antes para estar junto a don Roque, sentíanse no obstante apenados por el arribo del transatlántico a Río y el inminente desembarco de sus amigos.

Mientras recorrían con indolencia el puente, afectados por el calor y la baja presión atmosférica, veían avanzar la tarde hacia el crepúsculo y, con ello, el instante que pondría punto final a aquella sucesión de días alegres, plácidos, de grata y honda amistad y particularmente provechosos por las proyecciones que sin duda habrían de

tener en la vida que acababan de iniciar. Sin poder substraerse al efecto que les producía, parecían sentir como si la nave, que había disminuido ya su marcha, se deslizara con desacostumbrada rapidez rumbo a la bahía, que se aproximaba a su visual en superposiciones de belleza panorámica cada vez más definidas, cual si una mano invisible desplazara gradualmente desde el infinito el celeste telón que cubriera la escena.

Las explicaciones claras y precisas del señor de Sándara, a quien tan a menudo habían tenido oportunidad de escuchar, les infundía, empero, una saludable sensación de confianza y optimismo en esos instantes en que estaban a punto de verse privados de su valiosa asesoría.

Sabían que el camino de acceso al mundo del espíritu se recorre internándose primeramente dentro de sí mismos. Ése sería, pues, el paso obligado para poder ascender luego hasta los estrados del mundo superior, allí donde no pueden llegar los tontos, los crédulos, los burlones ni los pedantes, mas sí los limpios de mente, los psicológicamente sanos, los libres de prejuicios y de creencias dogmáticas y, en fin, las almas de buena voluntad.

En tanto aguardaban la llegada de sus amigos para despedirse, se enfrentaron con de Sándara.

—¿Y Mariné?... —le preguntó Griselda, al verle solo.

—Vendrá en seguida con Cristina. Están dando los últimos toques a sus preparativos.

—Iré entonces a buscarlas —y dicho esto, Griselda se marchó.

Apremiado sin duda por el inminente alejamiento de su amigo, una vez más quiso Claudio atestiguarle su interés por abarcar con mayor exactitud los conceptos de ese mundo interior organizado, cuyos movimientos podían ser manejados por uno mismo a discreción.

—Esos conceptos —le expresó aquél, al tiempo que proponía a Arribillaga un lugar para sentarse— se irán definiendo con gradual claridad en usted no bien vaya poniendo en práctica los conocimientos esenciales que en parte le he venido proporcionando. Mediante esa práctica tal organización nos es totalmente permitida, pudiendo ese mundo ser gobernado por nosotros con acierto al par que convertido en un lugar de descanso y aliciente para la vida. Le recordaré que él está formado por nuestra vida mental y psicológica, por nuestra conciencia, por los pensamientos, que son entidades animadas y de cuya autonomía ya le he hablado, y por los sentimientos que actúan en la región sensible de nuestro ser.

—No deja de preocuparme, sin embargo, ni de parecerme difícil la posible realización de tal proeza en dominios tan abstractos...

—Se equivoca usted, amigo Arribillaga; nada más real ni más positivo dentro de las posibilidades humanas que esa prerrogativa estimulante de conocer el propio mundo interno. Y no es éste un privilegio de las personas disciplinadas intelectualmente. No; la ley de evolución no excluye a nadie. Le aseguro a usted que muy frecuentemente el escaso de ilustración intelectual suele sentir y experimentar esa verdad mucho antes que aquél, pues en éste suele obrar con mayor fuerza la sensibilidad, que es unpreciado auxiliar del entendimiento.

—A propósito, ¿por qué esa prevención del intelecto cultivado, tan propenso a rechazar verdades de esta índole por más que le hayan sido inobjetablemente demostradas?

—Por una razón muy sencilla. El entendimiento cultivado recela de cuanto no ha entrado aún en la órbita de sus dominios, máxime cuando sospecha que para afrontar investigaciones de naturaleza trascendente debe variar

su rígida postura y obligarse a esfuerzos que considera superados.

—Cierto que no se trata tan sólo de admitir verdades...

—Se trata, ha sugerido usted bien, de penetrarlas con el entendimiento; y para eso hemos de valerlos de todos los elementos que conforman armoniosamente la unidad de esa verdad, aun cuando tales elementos aparezcan dispersos. Pero dejemos de lado estas consideraciones marginales y hablemos aún algo sobre ese mundo interior que a nadie le está vedado crear para sí. Relea usted de vez en cuando las cartas que le envié a Buenos Aires. Ya sabe que ese mundo no abarca únicamente la propia vida, sino que a él pertenecen los seres que uno ama, las cosas que nos son queridas y cuanta manifestación mantiene contacto permanente con nuestro pensamiento y nuestro sentir. En él se viven las emociones que experimenta el alma, sean éstas dulces o amargas, con plena conciencia de sus causas; se vive con los pensamientos, sirviendo ese íntimo contacto con ellos de poderoso estímulo para las funciones que deben ser desempeñadas en favor de la propia vida y también de los seres vinculados a uno, que deleitan sus espíritus con el bien que les brindamos. Cuando se ha constituido ese mundo jamás se está solo y siempre sobra tiempo para acudir en auxilio de aquellos a quienes sea necesario ayudar.

Claudio escuchó las anteriores palabras tratando de retenerlas, seguro como nunca de que el apoyo que tendría para aplicar lo aprendido durante el viaje lo encontraría en la vastedad de los desarrollos mentales que en un sentido u otro de Sándara empleaba para fomentar las disposiciones tendientes al encumbramiento del hombre mediante el progresivo avance en la evolución de su conciencia.

La presencia de Cristina y las dos jóvenes, y la agi-

tación que en torno a ellos crecía con la proximidad del arribo, puso término a la conversación.

—¿Tienen ya todo listo? —les preguntó de Sándara.

—Todo..., menos el ánimo para separarme de una compañera tan gentil y buena como Griselda —se apresuró a responder Mariné.

—Espero que no sea por mucho tiempo —dijo Cristina, y bajando la voz, agregó con cierto airecito de misterio: —Tengo noticias de que pronto, muy pronto, visitaremos Buenos Aires.

Claudio y Griselda buscaron la respuesta confirmatoria en el que mejor podría darla, el cual asintió con una sonrisa.

A la emoción de la cercana despedida acababa de mezclarse inesperadamente una gran alegría, que favoreció el momento de los abrazos finales.

La noche se había ido extendiendo paulatinamente sobre la ciudad: una noche cálida, sofocante, pese a la proximidad del mar. La bulliciosa actividad del desembarco había cesado, oyéndose cada vez con mayor claridad el eco de las bocinas de los autos que circulaban por la metrópoli y el ir y venir de los pasajeros y tripulantes que descendían a tierra buscando los atractivos de la urbe.

Claudio y Griselda también resolvieron hacer un breve recorrido buscando con ello disipar su melancolía. La bella bahía fluminense invitaba a solazarse en la contemplación de su brillante espectáculo nocturno.

Al día siguiente, cerca de medio día, se oyó a bordo, mezclado con la trepidación de los motores, el profundo sonar de la sirena anunciando el instante en que la nave soltaría de nuevo sus amarras. El matrimonio Arribillaga, que hallábase a poca distancia de la borda, se corrió hacia ella para observar desde allí la operación y saludar con el

pensamiento a los amigos que dejaban en tierra. El barco comenzó a deslizarse lentamente, desprendiéndose de la costa e internándose poco a poco en la ruta que los volvería de nuevo a la patria.

—Ahora —decía Griselda, mientras el transatlántico tras varias horas de marcha navegaba hundiendo su proa en la solitaria inmensidad— nos dedicaremos de lleno a edificar nuestra felicidad futura. Ardo en deseos de llegar a nuestro hogar. Allí, rodeados del afecto de nuestros padres, presiento que encontraremos los más estimulantes motivos para realizar nuestros proyectos. Sabemos los dos que lo futuro depende de lo que pensemos y hagamos al presente, todo lo cual depende a su vez de algo muy esencial, que ni tú ni yo deberemos olvidar...

Allí Griselda se detuvo, y mirando expresivamente a Claudio, quedó en espera de que éste agregara el resto.

—¿A ver si lo recuerdas?...

—Acaso no tan bien como tú, pero creo no haberlo olvidado. Eso tan esencial que dices, es saber qué es lo que queremos ser y hacer; y una vez resuelta esa cuestión, evitar todo cambio de pensamiento para no malograr lo que nos hemos trazado como meta. ¿Está bien? —preguntó, esperando haber salido airoso.

—¡Muy bien! —asintió ella, y le miró a los ojos con intensa ternura.

En seguida continuó:

—Pienso que eso mismo es lo que debe hacer Mariné, a juzgar por lo que yo he podido apreciar. Ella alienta su vida con las inspiraciones de él y es dócil al cincel que la modela. He visto cómo la subyugan los altos problemas del conocimiento humano; he observado su preocupación constante por vivir en el mundo que él le hizo conocer y el

empeño con que participa de sus tareas. ¡Qué bello sería si nosotros pudiéramos parecernos a ellos!

—¿Por qué no, Griselda? ¿No es por ventura ése el anhelo que abrigamos?

—Sí, pero necesitaremos mucho empeño, mucho esfuerzo para seguir sus huellas. Tendrá que ser firme e inalterable ese querer en nuestros corazones... ¿Sabes que ahora me siento más contenta? Hagamos Claudio, nuestros planes para ese futuro dichoso que queremos vivir y tratemos de ser el uno para el otro lo que hemos soñado. ¿Verdad que lo haremos?...

—Con todo amor, vida mía, y hoy con más entusiasmo que nunca.



A discreta distancia del grupo que rodeaba a la feliz pareja en el momento de su desembarco en Buenos Aires, formado por parientes y amigos, se hallaba Patricio. En su rostro enjuto, de líneas afiladas, se reproducían las cambiantes de lágrimas y risas que la efusividad de los primeros abrazos promovían en unos y en otros. Permaneció allí mientras duró la escena, inmóvil, casi estático, y al fin, reaccionando con no poco esfuerzo, se apartó prestamente para hacerse cargo del equipaje.

Instantes después el coche del doctor Laguna se alejaba del lugar conduciendo al matrimonio en la grata compañía de sus padres.

Pronto participó también don Roque del dichoso acontecimiento.

Imposibilitado por la reciente enfermedad, éste esperaba a los viajeros postrado todavía. Allí recibió conmovido el abrazo de su hijo y de Griselda, que inclinada sobre él experimentó gran ternura cuando aquél, acariciándola, le dijo:

—Al fin puedo verlos aquí nuevamente.

—Y Dios habrá de querer que sea por mucho tiempo, porque pensamos hacerlo muy, muy feliz —le respondió ella, alentándolo con una sonrisa llena de afecto y sinceridad.

La casa de los Arribillaga cobró aquel día inusitada animación.

Claudio y Griselda vieron colmada su felicidad al visitar su departamento, que doña Laura había terminado de alhajar teniendo presentes las recomendaciones y los gustos de su hija y las comodidades de ambos.

Cuidadoso don Roque de que nada pudiera faltar a los recién casados, había destinado para ellos un considerable sector de la casa, reformándolo y adaptándolo convenientemente. La enfermedad le había asestado aquel rudo golpe en momentos en que, estrechando mucho su amistad con los padres de Griselda, todos colaboraban entusiastamente en la preparación de ese pequeño paraíso para los hijos.

La alcoba matrimonial, precedida por una pequeña antecámara, era un recinto amplio, sobrio y alegre, de paredes claras y tapizados de tonos suaves, en bella combinación con el colorido delicado del mobiliario. De frente a la entrada aparecía el lecho conyugal luciendo a lo largo de la cabecera un gran panel pintado. Una alfombra azul cubría el piso en su totalidad, y otra, de color gris claro y forma rectangular, extendida a los pies del lecho, lo recubría en parte, sirviendo de base a dos cómodos sillones y una pequeña mesa. La luz del exterior inundaba la estan-

cia desde uno de sus costados, filtrándose por el cortinado que cubría una gran puerta vidriera. Sobre el costado opuesto, entre dos puertas, una de las cuales daba paso a una salita íntima y la otra al baño, había sido colocada una cómoda y un espejo, con detalles de refinada femineidad.

—Todo ha quedado mejor de lo que pensamos al proyectarlo —decía Griselda entusiasmada, recorriendo las habitaciones y deteniéndose aquí y allí para apreciar efectos y observar pormenores.

Fresca, alegre, vestida con un ligero traje blanco, de amplia falda y gran escote, elegido con acierto como complemento de su delicada belleza, Griselda parecía moverse bajo la influencia de una sensación nueva. La hacía evidentemente feliz ese primer contacto con el medio dentro del cual transcurriría en adelante su vida, entregada a las responsabilidades de un hogar, dentro del cual se proponía introducir de día en día el fruto de algún esfuerzo tendiente al logro de una existencia dichosa para los dos.

Complacido escuchaba don Roque, desde su lecho de enfermo, los relatos del viaje; su rostro, demacrado y prematuramente envejecido, se iluminaba por instantes, reconfortado por la alegría que disfrutaba. Alentaba a todos el saber que no tardaría en abandonar su postración. Doña Laura, por su parte, no cabía en sí de gozo aquel día, y, asediada por su hija, respondía gustosa a las mil preguntas que ésta le iba haciendo. Ello daba lugar a que el doctor Laguna hiciese valer de tanto en tanto sus derechos reclamando la compañía de su hija, pues también él necesitaba resarcirse de su prolongada ausencia.

Entre las noticias que aguardaban el regreso de los jóvenes había un suceso muy ruidoso, el de la debacle financiera de los Larrecochea, debida a los turbios manejos de su administrador. Correlativamente se

enteraron del noviazgo de Nora y de su casi inmediato rompimiento, vinculado tan sugestivamente con la desaparición de los millones de don Tulio. La desgracia de sus tíos impresionó profundamente a Claudio, y no menos a Griselda, que tuvo una idea clara del imponente derrumbe.

¡Qué inesperados suelen ser los giros del destino cuando éste rige a su arbitrio la vida de los hombres! Desventurados aquellos que, carentes de los conocimientos que dan potestad para forjarlo por sí mismo, son incapaces de evitar a conciencia los infortunados trances a que son sometidos. Sin saber por qué, son arrastrados por una fuerza que los empuja, unas veces con suavidad, otras con violencia y sin piedad alguna, hacia una meta común, intrascendente, que por conocida suscita indiferencia.

Cuando la noche puso fin a las actividades de esa jornada memorable, Claudio y Griselda, sentados uno junto al otro en los sillones de la pequeña terraza sobre la cual se abría la puerta de su alcoba, descansaban de sus recientes emociones acariciados por la brisa, aún caldeada, de aquel sofocante día estival.

—¿En qué piensas, Griselda?

—En nuestra felicidad... Hoy me sería imposible pensar en otra cosa. Pienso en la vida que nos espera dentro de esta casa, en la que tú viviste desde niño y a la que Dios parecería haberme traído para llenar todos los lugares vacíos con el calor de mi afecto... Tan sólo pensando en esa dulce misión mi corazón se siente dichoso.

—Eres buena, Griselda...

—Aspiro a serlo, que no es lo mismo. Y siento que me alientan en esa aspiración pensamientos que ya anidan en mí sugiriéndome nuevas formas de sentir y de obrar. Es como si otra vida se anunciara a mis sentidos deleitando mi sensibilidad. La línea que en el horizonte

separa el cielo del mar me ha hecho pensar muchas veces en su similitud con la que separa los dos mundos, el trascendente y el otro, el común, dentro del cual mi alma se reanima con sólo saber que aquél existe y se ofrece a las posibilidades de mi voluntad y de mi esfuerzo.

—También yo pensé que ambos debían confundirse en una línea semejante, formando una zona de transición. Una zona en la cual, una vez internados, se nos exigirá decisión y destreza, ya que es allí donde habrán de sortearse los pasos difíciles que se aventuren en la empresa de transponer sus límites y franquear al fin las puertas del más subyugante y anhelado de todos los mundos.

—Presiento, mi querido Claudio, que en esa zona de transición, tú y yo hemos de penetrar muy pronto...



La residencia del señor de Sándara en México, situada sobre el paseo de la Reforma, había recobrado, con el regreso de sus moradores, su movimiento habitual. Envuelto en el blanco revestimiento de sus muros y ventanas, que se erguían sobre un oscuro zócalo de piedra, el edificio destacábase sobre el fondo alegre de jardines modernamente trazados. Las flores parecían haber reservado sus festivos tonos para brindarlos a sus dueños como gentil bienvenida.

En el interior de la casa todo tendía hacia la iniciación de la vida normal. Era admirable la actividad que desplegaba Mariné secundando a la señora de Landívar

en la tarea que siempre demanda la reanudación del contacto, de tiempo interrumpido, con las cosas que nos rodean y el vincularse a las que se van creando en virtud de necesidades recientes, que dan a menudo origen a nuevos proyectos o introducen cambios en el planeamiento de los ya emprendidos. De entre todas sus preocupaciones, la mayor era, sin embargo, ayudar a Ebel en la reorganización que éste se proponía hacer de su trabajo. La diligencia de la joven aumentaba en la medida de su afán por proporcionarle cuanto fuese de su agrado y cuanto llenara algún requisito para la mejor o más cómoda ejecución de su labor.

En los primeros días de su llegada de Sándara había optado por descansar, aun cuando más que sometida a descanso su mente parecía concentrarse en profundas elaboraciones del pensamiento. Hablaba poco y por momentos se mostraba taciturno.

Mariné, que conocía bien esos estados en que de Sándara a veces se sumía, lo observaba con cierta sensación de nostalgia, esperando pacientemente a que aquello pasara, confiada en la inalterabilidad de su cariño. Mas como esta vez se prolongara demasiado, con una prudencia que en ella era virtud, decidió recurrir a un simple ardid. Para llevar a cabo su propósito aguardó uno de esos instantes en que él solía sentarse en el sofá de su estudio y, como si quisiera evitar ser importuna, entró silenciosamente en la sala con el fin manifiesto de acomodar sus libros.

Vestía aquella mañana una falda estrecha, a cuadros, de tonalidad oscura y un suéter rojo. Había peinado en alto sus cabellos, por variar sin duda, con lo que su rostro lucía más fresco y juvenil aún. Mariné, siendo tan bella, parecía sin embargo ignorarlo. Era dulce y sencilla, y en ello acaso residiera el motivo mayor de sus encantos. Todo tenía

en su persona la propiedad de ser esencialmente sano y elevado, y su belleza, en la que se perfilaban las líneas características de los espíritus fuertes, que sobrepasan los márgenes de las aptitudes comunes, lejos de perturbar los sentidos de quienes la miraban, inspiraba el respetuoso homenaje y la admiración que se traduce en emociones suaves y delicadas.

El rumor de sus pasos al cruzar la sala atrajo la atención de Ebel, que aunque debió experimentar placer al verla no dio prueba de ello ni varió su actitud meditativa, afectando no observar los movimientos de la joven en su tarea de acomodar volúmenes.

De pronto, ella, que en ese instante parecía entretenida repasando a conciencia con un lienzo el pisapapeles, lo dejó caer con intención al suelo y, fingiéndose impresionada por el «contratiempo», miró a de Sándara con expresión de susto.

Aquél rompió a reír, bastando esa inconfundible manifestación de benevolencia para que Mariné corriese a su lado, satisfecha y feliz por el éxito de su argucia.

Atrayéndola alegremente hacia sí, Ebel le dijo:

—¡Estaba esperándolo!..., pero esta vez el episodio me agrada.

Y como si quisiera compensarla de sus recientes afa-nes, añadió:

—Te he hablado ya en otras ocasiones de lo mucho que me apena privarte a veces de mi tiempo; mas no ignoras, Mariné, que la trascendencia de los planteos que circunstancialmente se me ofrecen en el curso de mi labor me obligan a una dedicación que me absorbe por entero, lo cual implica que muchos de los movimientos naturales de mi modalidad queden contenidos o se manifiesten con cierta restricción. Acontece que cuando el conocimiento amplía el poder de acción de nuestros pensamientos, la

vastedad de nuestros dominios mentales se extiende indefinidamente y nos obliga, para conservar la autoridad sobre ellos, a dispensarles una parte ponderable de atención. Nada sería más grato para mí, querida Mariné, que hacerte participar un día de los altos deberes que impone el sacerdocio de la sabiduría.

Ciertamente, de Sándara no hacía una relación exagerada de su actividad. Estaba organizando en el mundo mental que interpenetra nuestro mundo físico un sistema de vinculación espiritual que, respondiendo a las directivas centrales de su concepción, se iría extendiendo progresivamente por el orbe en beneficio de los demás seres humanos. Su plan abarcaba desde el conocimiento profundo que el hombre debe poseer de sí mismo hasta el que domina el área suprasensible del mundo metafísico. Para dar cuerpo a plan de tal envergadura debía transmitir a cada mente humana que tomaba contacto con la suya pensamientos que, al par que establecían en ellas verdaderas bases de colaboración e inteligencia, las constituía en órganos defensores de sus conocimientos humanísticos, desconocidos aún por el resto de los hombres. La tarea de dar a conocer individualmente esa verdad hasta lograr su penetración en el entendimiento, le permitiría contar luego con la seguridad de haber conectado a su sistema una mente más y, a la vez, con una nueva base de operaciones que obraría con acierto dentro de su órbita, usando el poderoso auxiliar de sus conocimientos para extender a otros semejantes el bien contenido en ellos. Quien lograra hermanarse con la fuerza activa proyectada por su pensamiento establecería de hecho contacto directo con él. El movimiento en cuestión representaba el comienzo de una nueva era para la humanidad. «Los hombres irán despertando —afirmaba— a una realidad que subyugará sus espíritus y llenará de felicidad sus corazones». Cuanto mayor fuese el número de mentes

que se incorporaran a la magna organización planeada, con tanta mayor eficacia y contundencia serían rechazadas las ideas disolventes y los extremismos impregnados de violencia. Era la suya una empresa ardua y delicada, pero le asistía una confianza absoluta en las nobles reservas de la sensibilidad humana. Puesto en marcha ese movimiento, que él llamaba Civilización del Espíritu, nada podría inducirle a cambiar de propósito.

Mariné habla escuchado con regocijo las palabras de Ebel. En cada uno de sus gestos, en cada sonrisa o frase suya ella había visto siempre una permanente asistencia, un desvelo constante por conducirla hacia las fuentes mismas del saber; pero ese amor con que era asistida no se brindaba a ella con exclusividad, sino que se nutría en sentimientos altruistas que tenían una extensa órbita de acción. Identificada la joven con ese sentir, advirtió conmovida que su amor por Ebel se agrandaba al par que crecía en ella su disposición a supeditar sus gustos y los requerimientos de su juventud a los imperativos de una vida como la de él, sujeta a tan elevado ministerio.

—Trataré en lo posible de ser cada día más comprensiva, aunque me cueste —le dijo.

—¡Oh!, sé de lo que eres capaz para hacerme feliz, Mariné, y por mi parte siento de veras no poder prodigarme a ti como mereces.

—No debes sentirlo. ¿Acaso tienes de ello culpa?

—No la tengo, en efecto, pero ¿qué quieres?, me pesa que no puedas disfrutar de los espacios de tiempo más dulces de toda enamorada; por ejemplo, de aquellos en que espera la visita de su prometido, y luego, las horas plácidas, llenas de ilusión, que pasa junto a él...

—No sé por qué me lo dices.

—Te lo digo por la sencilla razón de que al vivir ambos bajo el mismo techo estoy impedido de hacerte esas

visitas de las que sin duda habría gustado tu corazón.

Como de Sándara sonriera al pronunciar aquella frase, Mariné le respondió dando a las suyas un tono alegre y juguetón:

—¡Oh, eso se arregla muy fácilmente!... Bastará con que dediques a ello uno o dos días por semana; ¿te parece bien? Me visitarás tal como lo harías si yo viviese en otro lugar, lejos de ti. Vendrás a la hora del té, o más tarde si quieres, y yo te esperaré procurando estar lo más bonita posible; hablaremos de nuestra boda, de nuestros proyectos futuros y no te ocuparás de otra cosa más que de mí. ¿De acuerdo?

—¡Magnífico!... —exclamó él, uniendo a la de ella su alegría—. Te prometo ser puntual como un reloj; y tú sabes que no suelo variar mi pensamiento.

—Así tendrá que ser, de lo contrario me verás muy enfadada...

—¿Y qué cosa más hermosa habrá que verte a ti enfadada?

—¿Por qué?

—Porque tienes unos ojos tan dulces que no saben ni sabrán jamás mostrarse con la dureza del enojo o del resentimiento; por eso, aun cuando mucho quieras demostrármelo, ellos te denunciarán irremediabilmente.

Y poniendo fin al coloquio con un beso, le dijo con cariño señalándole el pisapapeles:

—Ve ahora a recogerlo y vuélvelo a su lugar.

Mariné se apresuró a levantarlo del suelo, preguntándose mentalmente mientras lo colocaba sobre el escritorio: «¿Qué mágico poder tendrá esta pieza, que promueve tantas cosas ligadas a mi felicidad?».



De Sándara escribía sin tregua, avanzando en la preparación de una nueva obra. Años había pensado en ella, madurando en su mente ese propósito mientras reunía observaciones y daba coherencia a sus conocimientos enlazándolos a la idea que ahora fluía de su pluma en elaboración incesante.

Creado en su mente el protagonista central, personaje idealizado al que dotó de vigoroso espíritu y no menos robusta inteligencia, habíale hecho concebir un plan de gran genialidad, del cual debía hacer antes un detallado estudio considerando todas las probabilidades en pro y en contra de su éxito.

En los aprestos de su empresa revistó primero cuanto libro se publicara sobre tan medular asunto, y más convencido que nunca del derroche de fantasía de sus autores dedujo que la imaginación de Scheherazada no era una excepción. Seguro, pues, de que nadie había registrado datos precisos sobre el particular, resolvió un día dar comienzo a su hazaña. Conocedor de los peligros que correría en la aventura de arriesgar sus pensamientos, que él consideraba verdaderas potencias que animaban y cumplían las grandes finalidades de la existencia humana, unió a la intrepidez de su ingenio una voluntad de hierro y una paciencia a toda prueba.

Pertrechado con tan invencible armadura se embarcó en su bajel metafísico, similar al de los argonautas, seguro de que su pericia habría de conducirle a las inefa-

bles playas del mundo incorpóreo, patria de los espíritus que animan el género humano, cuya célula es el hombre. Desdeñó por ineficaces los baños de la laguna Estigia y miró con indiferencia los de Juventa; mientras el hombre no fuera más que el hombre, seguiría siendo vulnerable desde la coronilla al talón, y tan inexorable su proceso biológico hacia la senectud que a engaño se llamaría si pretendiese detenerlo por medios extranaturales.

Respecto de todas estas cosas hizo anotaciones en su carta de viaje. Se proponía tocar, como los primeros navegantes que surcaron los mares, puntos muy distantes e ignorados por las gentes, que luego descubriría a sus ojos asombrados. Su propósito era demostrar la existencia de una nueva ruta, señalando en su mapa las zonas peligrosas, donde los arrecifes, formando barreras, semejabán enormes trampas que ocultas bajo las aguas esperaban a la víctima propiciatoria. ¡Con cuánta frecuencia, mientras se internaba a lo largo de esa ruta, hubo de sortear escollos insalvables para tantos navegantes!

De sus exploraciones, a medida que avanzaba, fue extrayendo múltiples y atinadas conclusiones.

Era indudable que Dios, al forjar la criatura humana, la había equipado con un organismo fisiológico perfecto; tan perfecto que su funcionamiento realizaba su cometido sin intervención alguna por parte de la misma, salvo las que se promovían en razón de la constante actividad que requería el sostenimiento de esa maravillosa máquina humana. Mas faltábale aún al Creador llevar a la culminación su obra, y ello lo decidió a satisfacer lo que era una necesidad impostergable de su pensamiento: establecer el enlace permanente de su Divina Naturaleza con la naturaleza material del hombre.

Menudo debió ser el trabajo que la criatura humana ocasionó con ello al Señor, cuando éste, cumplida la

sublime jornada, al despuntar la aurora de su creación se dispuso a descansar. El vástago le había creado la primera de las tantas complicaciones que habría de motivarle, y ella había sido resuelta en beneficio exclusivo del mismo.

El acoplamiento del espíritu al cuerpo físico había solucionado el problema del incierto destino del hombre, sobreentendiéndose que éste, munido como estaba de un sistema mental a prueba de eficiencia, debería forjar, según las deducciones del intrépido navegante, la estirpe de semidioses que haría de la Tierra una copia fiel del célico Edén.

Pudo descubrir que en el momento de su descenso a este mundo los espíritus poseían una lucidez que fue gradualmente eclipsada por la luz material, debiendo por ello conformar su existencia a las leyes que imperaban sobre la haz del planeta. Duro habíales sido tener que recurrir a los miembros físicos para moverse después de haber andado por el espacio con prescindencia de ellos, y angustiosos fueron los primeros tiempos de su adaptación corpórea. Su desconsuelo había sido tal que lloraron amargamente durante muchos días y muchas noches interminables, y cuando al fin cesó el llanto, vieron que éste corría a torrentes debajo de sus plantas, hecho que les hizo llamar a la Tierra «valle de lágrimas». Mas nada era posible hacer; no les quedaba otra salida que vivir en ella y buscar en los grandes recursos de la Creación el elemento revelador del gran enigma: el mental, en su formación consciente, puente entre Dios y el hombre y palanca poderosa de la reversión.

Con tan singulares apreciaciones de su protagonista sobre aquellos episodios vinculados con los comienzos de la vida terrenal, de Sándara había completado la primera parte de su libro. Y como si en la segunda

se propusiese abrir a las inteligencias las puertas de la gran explicación, hizo transponer al héroe el umbral y lo acompañó en la relación de una verdad larga y empeñosamente buscada.

A medida que avanzaba en su itinerario adentrábase más el héroe en el conocimiento de tan singular creación; y llegó a comprender que el espíritu, en la nueva forma que había adquirido dentro de la estructura física y psicológica humana, debería cumplir en la Tierra fundamentales etapas de evolución.

Recipiendario de la ciencia original, el espíritu había cumplido, antes de su descenso a este mundo, con el adiestramiento necesario para poder manejar con inteligencia los elementos cósmicos correspondientes a su esfera de acción. Terminada con ello la mitad de su instrucción, cerróse el capítulo, para reabriese en los ciclos de existencia terrena donde en obediencia a supremos designios habría de completarla.

El Creador habla equipado al hombre de conciencia para que pudiera realizar los grandes trabajos de perfeccionamiento que su condición de humano le imponía, mas pese a ello, no tardaron en sobrevenir las debilidades de la carne, las tentaciones y demás complicaciones que agobiaron luego al género humano.

Se imponía, a juicio del protagonista, el cumplimiento de un proceso de reversión que llevase al hombre al recobro de su pureza original, fuente inmanente de los recursos del espíritu, en cuya realización habría de usar, como herramientas de trabajo, conocimientos que en virtud de esa aspiración le sirvieran para ejecutar la magna obra exigida a su arbitrio. No contaba con más dioses tutelares que los elementos de su propia inteligencia ni había otro milagro posible que su resurrección o despertar consciente en un mundo superior. El esfuerzo, la perseverancia

y las ansias profundas de superación le ayudarían a saltar por encima de los muros metafísicos que dividen los dos mundos opcionales a su voluntad.

Recordó los pasajes iniciales del espíritu en la Tierra. El ave, acostumbrada a volar con libertad, sentíase esclava, oprimida entre los barrotes de la carne. Extenuada por el dolor, sumióse al fin en profundo sueño, circunstancia que Dios aprovechó para dar el toque cósmico a su creación haciendo emerger de su divina alquimia a la mujer. ¿Qué causas habían intervenido en la división anatómica de la célula humana?... No cabía duda, la necesidad del núcleo para que se eslabonara la especie. Tanto el hombre como la mujer habían sido dotados del poder de pensar, de sentir, de amar, de crear y de procrear, con lo cual esa finalidad se iría cumpliendo cronológicamente. Pero aún descubrió algo más, y era el papel principalísimo que la mujer habría de desempeñar en la vida del hombre, ya que en la femenina naturaleza está contenida gran parte de los misterios que el hombre deberá descubrir para lograr su ascensión a los dominios de la sabiduría.

Con tales perspectivas, el espíritu había comenzado, dentro de su encierro humano, su evolución a través de sucesivos e interminables centenares de siglos. Era la suya una evolución lenta, porque la conciencia, inerme, se había sumido en profundo sueño y, como la bella durmiente del bosque, esperaba que su dueño, aprendiendo su nombre, la llamara, y despertándola, le ofreciera el cetro de la vida. ¿Qué significado tenía eso?... Que el hombre debía alcanzar la más codiciada e incomparable de todas las posesiones, con lo cual la franquía y el conocimiento del mundo suprasensible habrían de tornársele propicios.

Era preciso, pues, absolutamente preciso, que el ser humano advirtiera y comprendiera que el abando-

no divino al que tantas veces hubo de hacer alusión en sus lamentaciones creyéndose injustamente condenado a eterno cautiverio terrenal no obedecía a ningún castigo, y, si lo era, sólo a factores de su cuenta y riesgo obedecía.

Con esto cerró de Sándara el segundo capítulo de su libro. Su mano siguió escribiendo, obediente al dictado de pensamientos que se eslabonaban unos con otros trazando los pasajes finales de la épica jornada.

El héroe había regresado de su feliz exploración y se hallaba ahora entregado a un dulce sueño que lo transportó a un nuevo escenario.

En él se vio a sí mismo caminando por la Tierra, asombrado a la vista de las cosas y los hombres que le rodeaban, los cuales permanecían quietos, inmóviles, como si la existencia misma hubiese desaparecido de ellos. Miró hacia uno y otro lado y no vio más que aquellas cosas y seres inertes, faltos de movimiento y, ¡oh, sensación extraña!, sintióse inesperadamente identificado con ellos.

Caminó, caminó mucho, y en todos los lugares por donde pasaba, fuesen ciudad o campo, palacio o choza, montaña o llano, siguió viendo cosas y hombres inmóviles, como petrificados. Se aproximó a unos, luego a otros y a otros, y les habló, pero ni lo veían ni le respondían... Era porque al aproximárseles lo hacía en espíritu y en espíritu también les hablaba. Aquello le provocó amargo sufrimiento; un sufrimiento que lo impulsó casi con desesperación a llamarlos instándoles a que despertaran. Nadie sin embargo lo vio ni oyó; mas, pese a ello, él sabía que existía.

Tras mucho andar llegó al fin a un punto donde se detuvo. Allí sintió brotar de su ser un canto, un canto dulce que se expandía y alcanzaba gran volumen. Miró a su alrededor y observó que lo que hasta entonces ha-

bía permanecido inanimado comenzaba a animarse. ¡La dulzura de su canto acababa de despertar a los hombres de su sueño!... Pero él no podía manifestarse a sus ojos, porque hallándose en espíritu como se hallaba, éstos no le veían.

—¡Oh!... —exclamó con alegría—. ¡Mi canto les ha infundido vida y aliento!... ¡Que él llegue a todos, y todos sientan la vida de mi canto! ¡Que por medio de él avancen y se consubstancien con la perpetuidad de los tiempos! ¡Que mi canto derrame sobre la Tierra la felicidad y la paz que los hombres necesitan!

Animado por lo que sus ojos habían visto continuó su marcha por el mundo, y, mientras andaba, su canto iba transformándose en palabras de luz y de amor. No tardó en advertir que los hombres le escuchaban atentos y que también ellos cantaban formando en torno suyo un coro sublime. Era el canto de la liberación; el canto de la alegría, de la comprensión y la reciprocidad humanas.

Al comprobar que todo había cobrado vida y actividad, que la Naturaleza abría generosamente su hermoso y fecundo seno para que reinase perennemente en la Tierra el pensamiento de Dios, su voz fue plegándose hasta apagarse. Y prosiguió su marcha recogido en sí mismo, llevándose consigo la imagen de esa creación a la que primero había contemplado estática, sin vida, y luego animada por el más grande de todos los agentes que pueden confluir en ella: el inmenso amor de Dios.

Al despertar de su sueño tuvo la sensación de que había escuchado su propio canto, mas sabía que, aunque éste había surgido de su ser, ese canto divinamente hermoso no era suyo; no podía ser suyo, sino de Aquel que lo había dotado de ese poder hecho Verbo.



El hogar de los Arribillaga, pasado el fervor de la luna de miel, iba entrando en ese período de expectativa en que los caracteres, tras el acomodamiento de los gustos, de las ideas y las formas de apreciar las cosas en común, comienzan a definirse. La tolerancia y el tacto con que uno y otro actuasen en el trato cotidiano sería lo que habría de poner a prueba en lo sucesivo la sinceridad del amor, sellado ahora por el vínculo matrimonial. Sin conocimiento cabal de cómo pueden promoverse las dificultades provenientes del contacto frecuente y familiar, Claudio y Griselda habían iniciado aquella etapa tan trascendental de la vida con una confianza ilimitada en la dicha que les depararía el estar asistidos por la conjunción armónica de sus altos ideales.

Un acontecimiento doloroso había venido a conmover la alegría del nuevo hogar al cumplirse apenas dos meses de la llegada de Claudio y Griselda a Buenos Aires. La muerte de don Roque, acaecida inesperadamente, los había sorprendido cuando parecía estar más próximo su restablecimiento. Juntos lloraron la pérdida de aquel ser querido, al que por mucho tiempo añorarían. Allí, en los rincones más familiares de la casa que por tanto tiempo había habitado, estaría él presente siempre proyectando sobre sus descendientes, como fiel guardián de su herencia, los rasgos de su vida noble y ejemplar.

Transcurrieron meses.

Con sorpresa vio Griselda nublarse cierto día el cielo de su felicidad, al comprobar que una objeción formulada a Claudio, en la que procuró poner la mayor deli-

cadeza, había sido acogida por él con vivas muestras de escozor. La mal disimulada rigidez de su rostro, de común risueño, y una leve restricción al hablar, mantenida invariablemente en el curso de aquel día, llevó a Griselda a comprender que en lo sucesivo debería abstenerse de tales objeciones. Mas no le costó esfuerzo ayudar a despejar aquel ceño ensombrecido y el trato de nuevo se hizo suave, desvaneciéndose el dolor de la primera desarmonía.

—¿Por qué cuando se nos contradice —le decía él, al cabo de unos días—, experimentamos ese desagrado que nos predispone contra la persona que se opone o enmienda nuestro juicio?

—Tal vez sea porque no hemos logrado dominar nuestros impulsos, con lo cual podríamos demostrar con mayor éxito la consistencia de nuestro juicio frente al de los demás.

—Creo que ni aun así sería posible contrarrestar la molestia que nos produce.

—También debemos pensar, Claudio, que no siempre es posible determinar en un instante si estamos ciertamente en lo justo; a veces las circunstancias mismas de la vida son las que a corto o largo plazo se deciden a darnos la razón, si es que la tenemos.

—Pero no siempre es el deseo de dilucidar un asunto lo que lleva a nuestro contrincante a contradecirnos, pues es notorio que en muchos casos lo hace por prurito...

—Mejor aún si es así. Hecha la deducción, tendremos oportunidad de contraponer nuestra paciencia y tolerancia a la pulla de un criterio equivocado.

—No soy del mismo parecer. Paciencia y tolerancia podremos poner de nuestra parte, sobre todo si no nos queda otro recurso; pero considerar, como tú lo haces, que es mejor que así sea...

—Claudio... ¿hasta cuándo seguiremos pensando que son los demás quienes deben cambiar su modo de ser? ¿No es eso desear un bien que a nosotros mismos nos negamos?

Tan persuasiva y afable era la voz de Griselda, que Claudio recapacitó.

—Si me opones esas reflexiones tendré que rendirme y echar por el atajo... Contradecirte sería ponerte en el caso de elaborar virtudes a expensas mías, y no creo que me convenga. Pero... ¿qué quieres?... ¡A veces me parece que extremas demasiado!... Comprendo que somos nosotros los que debemos cambiar, elevando nuestros estados de conciencia, con lo cual aventajaremos en mucho a los que se mantienen invariables en sus modalidades, pensamientos y hábitos; mas todo eso resulta casi impracticable frente a las reacciones que se desatan sobre nuestro ánimo, a veces por motivos bien justificados.

Griselda permaneció pensativa, sintiendo dentro de sí un pesar por esa inusitada vacilación de Claudio frente a conceptos que tan íntimamente habían compartido. Habían descartado desde tiempo, por inoficiosa, la vulgar pretensión de que cambiaran los demás; antes bien, pensaban y aceptaban de común acuerdo que modificando la propia conducta podían conciliarse las diferencias.

Discretamente, Griselda se cuidó de insistir y procuró, por el contrario, que la conversación se desviase hacia otras cuestiones, con lo cual quedó disimulada la huella que había dejado en ambos aquel pequeño incidente de la vida en común. Claudio tomó luego un diario, a cuya lectura se entregó por entero; Griselda vio al alcance de su mano un libro, lo abrió al azar y, fingiendo que leía, fue pasando lentamente las páginas.

Las palabras que expresara a Claudio tiempo atrás, en las que por mera intuición se había referido a la próxi-

ma incursión de ambos en esa zona difícil que deberían atravesar para el logro de sus aspiraciones, se le hicieron en ese momento presentes, quizás para prevenirla en el instante inicial de su recorrido.

Con frecuencia se sucedían intercambios de opinión entre ambos y, pese a la complacencia que él mostraba en esas conversaciones, no se ocultaba a la perspicacia de Griselda cierto debilitamiento de los propósitos que concibiera en su contacto con de Sándara; de ahí que no siempre coincidieran en sus apreciaciones ni tampoco en sus estados de ánimo.

Era un hecho evidente que Claudio estaba descuidando más de la cuenta sus propósitos de otrora y que éstos no le inspiraban ya el mismo entusiasmo. ¿Qué causas habían intervenido en ello? Sin duda la inestabilidad de sus pensamientos, no encauzados aún en la dirección deseada. Pero lo que contribuía en realidad a promover esa situación era su entrega un tanto excesiva a su felicidad conyugal, que si por una parte le llevaba a prodigar a Griselda las más delicadas atenciones y cuidados, por otra desviaba insensiblemente su atención hacia las atracciones de la vida exterior. Claudio parecía sentir ahora un placer que no había experimentado antes al contacto con el mundo que lo rodeaba, lo cual lo empujaba a desarrollar una actividad social que fue tornándose cada vez mayor y más exigente. Unido esto a las obligaciones de su profesión y al cuidado de sus intereses comerciales, escaso tiempo le restaba para dedicarse a otras preocupaciones que no fuesen las comunes. Costábale por lo tanto retomar el proceso de su evolución interna en plena fase inicial y, a merced de tales oscilaciones, producíanse en él reacciones que perturbaban su temperamento y hacían flaquear su voluntad.

¡Cuánto esfuerzo demanda al alma que se apresta a emprender la hermosa tarea de la propia redención vencer la resistencia enconada de los pensamientos enraizados en la mente, que con tenaz intento de impedir su desplazamiento conspiran incansablemente contra los designios de quien persigue tan noble como loable conquista! Ese era el drama de Claudio, y el drama de todo aquel que quiere emanciparse de la esclavitud de sus pensamientos y de la presión indómita de sus instintos; drama que se desencadena con mayor intensidad en el hombre, ya que el alma de la mujer es más dócil a los cambios que impone la evolución.

El amor propio era en Claudio Arribillaga, como lo es en todo individuo, algo similar a la soberanía que ciertas naciones agitan como bandera de la independencia frente a las demás, mientras internamente hombres y pueblos sufren la humillación del sometimiento a los pensamientos despóticos de quienes los gobiernan bajo el imperio del absolutismo. Los cambios en la estructuración mental, sensible e instintiva, no pueden lograrse tras repentinas transiciones. El proceso de transubstanciación psicológica y espiritual comprende importantes y reñidas etapas de la evolución, y en su realización habrán de experimentarse las más curiosas alternativas, ora dulces, ora amargas, según las causas que concurren para definir las. De ahí los altibajos que hacían su aparición en la conducta de Claudio; de ahí los oscurecimientos de sus estados psicológicos.



Las primeras visitas que Arribillaga hizo al club después de su casamiento habían tenido el especial objeto de establecer nuevo contacto con aquellos amigos que, empeñados en lograr un mayor desenvolvimiento de sus aptitudes morales y espirituales, vinculaban sus esperanzas a de Sándara, con quien mantenían frecuente intercambio de correspondencia. Tuvo ocasión de apreciar en tales oportunidades el grado de afecto y de respeto que dispensaban a aquél y la buena disposición con que se entregaban a la investigación de sus conocimientos. Marcos, Justo y Norberto eran los que sobresalían por su dedicación y los que ajustaban con mayor naturalidad su conducta a las líneas severas del proceso interno de perfeccionamiento que habían iniciado. Asistían infaltablemente a las reuniones, que unas veces realizaban en el club y otras en la casa particular de uno u otro, el señor Malherbe y, con no menos asiduidad, el profesor Moudet. Miguel Ángel y Salvador eran también de los más consecuentes en su asistencia a aquel círculo constituido con el fin expreso de intercambiar los resultados de individuales estudios en materia trascendente.

Este nuevo motivo de interés había enfriado a tal punto en algunos la afición que los había agrupado en la peña, que dejaron totalmente de frecuentarla. Pese a ello contaba ésta con buen número de adictos, que acudían allí en busca de pueril entretenimiento. A insistentes demandas de Luciano, Claudio asistió varias veces, haciéndolo muy de tarde en tarde y con regular disposición de ánimo al principio; pero no tardó en contarse luego entre los entusiastas. Y no sólo eso, sino que, perdiendo de vista el motivo principal que lo había llevado a frecuentar de nuevo el club, se dedicó a la peña casi con exclusividad.

La reanudación del contacto con tales amigos había revivido en Claudio el sentimiento de camaradería

que lo unía a muchos de ellos desde la infancia, mas al mismo tiempo daba muestra de haber perdido esa prudencia que le había asistido en vida de su padre, cuando entre sus compañeros daba preferencia siempre a los mejores.

Obedeciendo sin duda a alguna inclinación frívola que yacía allá en el fondo de su ser, y a despecho de su sana constitución psíquica y moral, Claudio fue cediendo gradualmente a la influencia de aquéllos. Avanzando el invierno sus ausencias del hogar hiciéronse notar y el grupo chancero y desordenado de Luciano contó con él en muchas de sus horas de jarana.

Eventuales reuniones en el club o diversos encuentros por motivos profesionales fueron los pretextos invocados para excusar sus salidas nocturnas, y Griselda, que no lograba ahuyentar de sí las preocupaciones, veíale cambiar gradualmente de conducta y acentuarse los signos de tan incomprensible desviación. Sus contradictorias actitudes, sus vacilaciones, eran prueba cabal del debilitamiento de su voluntad, que cedía al influjo arrollador de pensamientos en plena efervescencia y se doblegaba bajo el imperio de su instinto, aún indómito y autoritario.

Sentada cierta noche en un sillón de su alcoba, Griselda leía en espera de Claudio para cenar. Al oír el eco de sus pasos en la antecámara, súbitamente acudió a su encuentro. Pero la inestabilidad mental de su esposo habíala hecho prevenida, de ahí que al verlo se detuviera indecisa, tratando de apreciar el grado de contrariedad que le había parecido descubrir en su rostro.

Vencida al instante su vacilación, se le acercó, y con cariñosa solicitud le preguntó si alguna seria preocupa-

ción lo afligía; mas él, rehuyendo la mirada límpida con que era observado, mostróse esquivo.

—No cenaré en casa —le respondió con sequedad, recorriendo a largos pasos la estancia.

—¿No?...

—¿Te extraña?

—Me extraña, efectivamente; pero si algún motivo te lo impide...

—Sí, pues; un motivo muy sencillo: esta noche pienso cenar con mis amigos. Quiero retribuirles ciertas atenciones y demostrarles que no deseo distanciarme de ellos.

—¿Por qué habías de estar distanciado?

—¡Eso mismo me pregunto yo! ¿Por qué?... Es que cuando uno se engolfa en preocupaciones que le llevan demasiado arriba termina por olvidar que se halla en la tierra y que en ella tiene forzosamente que vivir; y eso de ninguna manera es posible.

—En cierto modo —observó atinadamente Griselda— somos un poco extremistas al situarnos en el punto opuesto, aun en las cosas menos importantes.

—¡Pues por eso!, para evitarlo —dijo él, pasando por alto la sutileza—, voy a dedicar en adelante un tiempo a mis amigos y otro a la realización de lo que pensaba.

—No lo veo mal... aunque no sé, en realidad, cómo harás para que en tu mente no se produzcan interposiciones.

—¡No te preocupes!; ya sabré yo cómo evitarlas.

Mudó sus ropas, en lo cual puso tiempo, y se despidió de ella hasta el día siguiente.

¡Insensato! ¡Así respetaba lo que un día fuera tan caro a sus aspiraciones! La zorra que desdeñó las uvas arguyendo que estaban verdes, sabía que para ella eran inaccesibles, pero él desdeñaba los conocimientos que se hallaban casi al alcance de su mano porque le exigían me-

sura. ¡Cuánto cuesta al hombre comprender que puede ser el artífice de su propio destino! Podía esperarse de Claudio un comportamiento más a tono con sus aspiraciones, pero era evidente que la juventud gobernaba aún su voluntad moviéndola por los caminos fáciles de la vida mundana.

Griselda cenó aquella noche en su habitación; era la primera vez que Claudio la dejaba sola por motivos tan poco atendibles.

Patricio, que la servía, entraba en silencio a la estancia y de nuevo salía llevando y trayendo las viandas, siempre en silencio. Todo lo comprendía el buen mayordomo, que sufría por Claudio los desvelos de un padre. Repetidas veces intentó dirigir a Griselda la palabra con el fin de distraerla, pero dándose cuenta de que de sus labios no saldrían expresiones suficientemente felices, optó por extremar su amabilidad, conformándose con ese recurso humilde y sencillo.



Excediéndose en las concesiones de su amistad, Claudio llegó en aquella ocasión a su casa en horas de la madrugada. Venía pensando que podría ser quizás el más feliz de los hombres con sólo dejar que su vida se deslizara dentro de la rutina en que otros viven, sin tener que someterse a la presencia constante de ese censor interno que se complace en señalar las malas actuaciones.

Cuando entró en su aposento Griselda parecía dormida. Acercóse a ella para confirmarlo, y en ese instante percibió en su rostro huellas de llanto.

El corazón se le oprimió con fuerza.

Ensayó en seguida una explicación que pudiera conformarla, mas comprendiendo al punto que ninguna razón podría justificarlo, dejó apagar la explicación en sus labios.

—Procuraré evitarte nuevos motivos de pena, Griselda querida... —díjole al fin—. ¡Te lo prometo! Deberé esforzarme por encontrar a tu lado esa felicidad honda y amplia que mi alma intuye y tanto cuesta a mi corazón alcanzar. ¡Cuántas veces he intentado luchar contra los pensamientos que creí desplazados hace mucho de mi mente! En medio de esa lucha veo a veces iluminarse los recursos que debo esgrimir frente a ellos y hasta siento cómo su extraño poder me defiende. Pero esos pensamientos siguen cobijándose en mí, resentidos, sin cejar en sus intentos de perturbar mi vida.

—Comprendo, Claudio, pero conozco también la nobleza de tus sentimientos y tengo fe en la fuerza que encontrarás en ellos para dominarlos.

—Sólo sé que sus persuasivos argumentos terminan por oscurecer mi razón, desatan mi amor propio, azuzan mi intolerancia y mi impulsividad y anulan en mí todo intento de consagrarme al bien y a la elevación de mi vida. Tú desconoces, Griselda, esta faz escondida de mis alternativas y asimismo los movimientos internos de mi sensibilidad en procura de lo que juntos nos hemos propuesto.

—¡Pero yo sé que vencerás un día, Claudio!; no lo pongo en duda un solo instante. Entonces ya nada se interpondrá en tus propósitos porque se habrán transformado dentro de ti en una hermosa realidad; en esa realidad que es el fruto de un cultivo que sólo la evolución gradual de nuestra conciencia nos permitirá realizar.

Claudio la estrechó fuertemente entre sus brazos, conmovido por aquellas palabras tiernas y reconfortantes.



Griselda, lejos de abandonar la continuidad de su diario, habíase hecho aún más perseverante en sus anotaciones, a las que acudía a menudo cuando necesitaba desahogar su alma o poner orden en sus pensamientos. En aquellos manuscritos que compendaban la pequeña historia de su vida seguía depositando sus más íntimas y delicadas confidencias, en las que sus estados de ánimo se transparentaban, ora tristes, ora plácidos, ora con aliento de esperanzas, aunque pocas veces alegres como antes.

En el retiro amable de su pequeña salita transmitía al papel paso a paso lo que iba experimentando y comprendiendo en el curso de los sucesos que la conmovían, volviendo sobre sus anotaciones toda vez que necesitaba reforzar sus propósitos y actualizar el fruto de alguna de sus experiencias.

Sin duda era eso lo que Griselda buscaba después de aquella noche en la que había sufrido tan hondas conmociones, al detener su atención sobre estas páginas de su diario:

«28 de setiembre. Claudio afronta penosas luchas internas que repercuten hondamente en mí. Sus estados de ánimo me provocan desconcierto, asombro y toda la tristeza que es posible experimentar ante el posible derrumbe de las más dulces esperanzas que animaron mi vida. Lo observo, estudio sus estados a través de todas las incidencias de nuestra breve vida matrimonial, y al presente me parece haber comprendido algo de lo que pasa en él; mas no puedo, no sé ayudarlo... Claudio es de temperamento razonable, mas impulsivo. Felizmente, esa alternativa ingrata de su temperamento pronto cede

si algo logra conmover sus sentimientos. Su corazón es de oro, pero su mente lo traiciona a menudo, nublandole la clara comprensión que suele tener de las cosas. ¡Cuántas veces le he rogado que modere los excesos de su temperamento! Cuando tras la tempestad serénase el oleaje de los pensamientos que lo obstinan, se siente apesadumbrado. Es indudable que ello lo hace sufrir. Empero, su carácter afable tórnase de pronto hosco, sin que descubra yo siempre el motivo; sufro por eso bastante, pero me consuela pensar que con el tiempo cambiará. Siempre cree tener razón; y si me ve alguna vez resentida, mayor es su disgusto; por esa causa ha cenado a veces fuera de casa o ha salido sin razón alguna. Nunca pensé que Claudio fuera tan difícil de llevar... Pasando ahora a mí misma, ¿por qué me he mostrado con él resentida? Hube de preguntármelo repetidamente para poder llegar a ver claro dentro de mí. Al principio me aprobé por entero; luego, cada vez menos; ahora soy algo más avezada en la discriminación de lo que hago bien y de lo que hago mal, de ahí que procure mantenerme en lo posible serena, sin resentirme. No logro estarlo siempre internamente, pero tampoco incurro en la torpeza de exteriorizarlo. He podido comprobar la importancia que tiene la serenidad en estos casos, pues cuanto más templada me hallo mejor dispongo de mi prudencia, y pareja a la satisfacción posterior que me brinda esa pequeña eficiencia veo que logro neutralizar muchas consecuencias ingratas.

»En los últimos tiempos he visto a Claudio hacer gala de mucho amor propio, y ya sabemos lo susceptible que se es cuando éste se manifiesta. He podido observar —pese a que lo disimula bastante— que le exaspera algunas veces la firmeza de mis convicciones. ¿Le molestará quizás ver en mí lo que él por ahora no posee? ¡Qué dolo-

rosa me resulta esa manifestación de su amor propio, Dios mío! No obstante, cuando logra recogerse en sí mismo y piensa, es totalmente diferente; es otro; entonces sí es el Claudio que yo quiero.

»Hace mucho que no recibe carta del señor de Sándara. ¡Lo estimulaban tanto sus noticias!... ¡Pobre Claudio! Cuántas veces se ha propuesto seguir firmemente otra conducta y, pese a mis esfuerzos por sostenerle, su entusiasmo pronto decae y recrudecen sus estados de impaciencia. A veces se lo ve abatido... Aterra pensar en lo inconstantes que somos con nuestros propósitos; el menor incidente de nuestra vida sirve para postergarlos, resintiéndose sensiblemente la voluntad, que debería mantenerse siempre activa. ¿Con qué secreta clave hemos de contar para poder conducirnos por el camino de la felicidad sin tropiezos y sin que factores tan secundarios demoren nuestros pasos? Mariné me ayudaría, sin duda, a sortear estos escollos. ¡Qué feliz debe ser Mariné en estos momentos tan cercanos a su boda!; ¡ella, que tiene junto a sí al hombre que tanto sabe de nuestras flaquezas y de todo lo que nos es incierto! Sin duda será inmensamente dichosa al casarse, ya que estará a salvo de estos inconvenientes. Pensando en ella me siento invadida de tierna alegría. ¿Será que llega hasta mí, por el cariño con que la recuerdo, una pequeña parte de su dicha?

»En circunstancias como las que atravieso no experimento la alegría que debiera al pensar que pronto seré madre; por el contrario, siento ahondarse con ello mi pesar. ¿Podía yo haber sospechado alguna vez que Claudio, al que tanto amé y amo, menospreciaría un día estar a mi lado uniendo su ventura a la mía en este instante?

»Me cuesta bastante sobrellevar estos inesperados giros de la vida matrimonial; pero a nadie más que a mi

intimidad puedo confiarlos. ¿Podrían mis padres ayudarme, si a ellos recurriera? Por mucho que conozcan y comprendan esta clase de problemas no podrían ir más allá del consejo contemporizador, que obra a modo de sedante pero que no cura... Además, hay un límite que no debo sobrepasar en mis confidencias. Algo más fuerte que mi necesidad de expansión y de sostén me obliga a callar todo lo que en mi hogar crea una situación anormal. ¿Cómo podría, pues, comunicar, ni aun a mi madre, incidencias reservadas únicamente a la intimidad? Sin embargo mamá no parece ignorar lo que ocurre; observo que se esfuerza en auxiliarme poniendo a mi alcance elementos para atenuar muchas situaciones; y con qué discreción y cariño lo hace. ¡Qué feliz se siente ella pensando que la haremos abuela, y qué dulce entusiasmo pone en los preparativos que estamos haciendo para recibir a nuestro primer vástago! Han sido forzosos algunos cambios en la casa para poder destinar a él la habitación próxima a la nuestra. Y no ha sido difícil; sólo hubo que trasladar mi buduar a la salita contigua. Ahora estamos pendientes de su decorado, en cuya elección gustamos por anticipado muchas delicias. ¡Será bien recibida la diosa Lucina! Claudio disfruta también con nosotras y comparte la alegría que en mí se manifiesta cuando juntos hablamos de tan venturoso acontecimiento, mas no con la amplitud que yo quisiera.

»Necesito elevar mucho mi espíritu; remontarlo a las alturas que lo vivifican para que desde allí me ilumine mientras trato de descubrir en todas y en cada una de estas circunstancias que rodean mi vida motivos que me guíen en mis empeños por aumentar la eficiencia de mis aptitudes y me ayuden a llevar adelante la hermosa misión de mi vida».

«5 de octubre. ¿A qué obedecerá esta desazón que tan a menudo me invade? Algo, dentro de mí, parecería estar impulsándome a buscar la causa. Diríase que mi sensibilidad quiere conducirme al examen de algún hecho sobre el cual no me he detenido todavía. Busco dentro de mí y siento definirse en la zona de mis pensamientos una pregunta: ¿No habré entorpecido o dificultado involuntariamente alguna vez los buenos propósitos de Claudio? Quizás haya sido con él un poco exigente. ¿Un poco?; ¿estoy segura?... Equivocadamente pensaba antes que por hallarnos en procura de un perfeccionamiento espiritual efectivo, debíamos al punto dejar de cometer errores. Hoy, que me he tornado más comprensiva, sé, por haberlo aprendido a través de mi propia experiencia, que éstos son al principio absolutamente disculpables. En el caso de Claudio yo debí saber disimularlos siempre. ¿Fui en todo momento tolerante con él?; ¿bondadosa en mis juicios?; ¿suficientemente discreta con sus desaciertos? Sin duda, no. Es que también yo estoy aprendiendo a sofrenar los efectos que en mí promueven las contrariedades, y prematura prudencia sería la mía si siempre fueran correctas mis actuaciones. ¿Es esto una disculpa? Tal vez lo sea, pero sólo en parte; también es para mí una buena lección de tolerancia.

»Es escaso el conocimiento que tengo de estas cosas, pero en este instante me siento movida a pensar que tal conducta tiene que promover por fuerza en el varón la reacción mental consiguiente y despertar en su alma resonancias de análoga intolerancia. No podría de ningún modo decir que es éste el factor preponderante en las alternativas que agitan la vida de mi hogar, ya que no fueron muchas las veces que me he dejado llevar por tan imperdonable error. Pero me atrevería a afirmar que,

de no ser contenido a tiempo, podría llegar a constituir un motivo de seria perturbación para el hombre, el cual, molesto por el acecho y la censura, tratará de zafarse de un modo u otro de las rencillas domésticas que a raíz de ello sobrevienen. ¡Cuánto conocimiento se requiere para evitar tales incomprendiones o neutralizar sus efectos cuando se promueven! Sería, sin embargo, suficiente auxilio recordar oportunamente que nuestra vida interna, como la de cada semejante, es inviolable, y que a nadie le asiste el derecho de inmiscuirse en ella; la responsabilidad sólo cabe a su dueño.

»¡Como serena y reconforta a mi espíritu este acercamiento que le estoy propiciando, y cuán saludable el efecto que invade mi ánimo a su contacto!...».

«10 de octubre. Cuando novias, mucho nos place ser halagadas y motivo de mil delicadezas por parte del hombre que amamos; luego, al internarnos en la vida matrimonial, el panorama cambia impensadamente y nos encontramos con que tales prodigalidades disminuyen y hasta se interrumpen. ¡Qué necesario es que nos interese-mos por descubrir a tiempo hasta dónde somos ajenas a las causas que dieron lugar a ese cambio! Mucho tiene que ver en ello, sin duda, la falta de realidad con que miramos el futuro matrimonial; ni por un instante suponemos que al internarnos en él todo irá encaminándose gradualmente hacia lo natural. ¡Qué extrañas cosas nos pasan! Pienso en aquellos pasajes primeros, anteriores y posteriores a nuestra boda, y todo se me aparece como envuelto en los tintes del ensueño... ¿Seré una desengañada? En tal caso una desengañada sin pena, pues todo aquello ha cobrado para mí la significación de una fiesta con que la vida celebra, casi siempre con sumo derroche de inconsciencia, es cierto, su próxima iniciación en la senda de las realidades;

una senda difícil de recorrer, pero también hermosa. Por lo que yo misma he podido apreciar, ese pasaje inolvidable de la vida puede tener muy diferentes resonancias en los corazones. Dichoso el mío, me digo, porque con su ayuda he podido formar en mi entendimiento, tras el palpar constante de íntimos anhelos, la imagen que hoy me descubre aquellos instantes como un simbólico anuncio de la felicidad que habré de disfrutar más tarde, cuando después de gustar de ella las pequeñas partes que con el esfuerzo diario iré ganando haya logrado alcanzar al fin su conquista.

»Mi pensamiento parecería querer detenerse aún en la meditación de las causas que alteran la felicidad conyugal y agravan el instante en que la vida matrimonial pasa de las abundancias afectivas a deslizarse por el cauce de la normalidad. Vienen a mi mente algunos casos conocidos, quizás como advertencias de lo que nunca deberé imitar. El de Liana, por ejemplo. Liana es una de las amigas que más quiero, y como tiene conmigo confianzas, me ha contado algunas de las cosas que le ocurren. Pese a mi corta experiencia en estos asuntos advierto sin embargo que ella misma es la causante de su situación. La mujer siente en lo varonil un amparo bajo el cual su femineidad se refugia; supongo yo que el hombre, en virtud de su misma naturaleza, corresponderá a esa actitud del alma femenina, complaciéndose a su vez por esa posición de predominio que su virilidad le confiere. El caso de Liana es de aquellos en que la docilidad, la blandura con que la mujer acepta al principio la superioridad del hombre, se transforma a la primera contrariedad, encontrándose éste, de pronto, con la mujer que le discute en pie de igualdad gustos y opiniones y reemplaza la suavidad y la blandura de antes por la aspereza que el amor propio fomenta. ¿Qué efecto puede promover en el hombre tan inespera-

da como inadecuada conducta? Soy, no cabe duda, muy nueva en la observación de la psicología del sexo fuerte, pero quizás no ande errada si pienso que se ha de sentir disminuido, porque el dominio que aun sin quererlo extendía sobre la mujer cuando se sentía dueño de su amor y objeto de su respeto, debe aminorarse al comprobar que ella sólo le pertenece en parte. Tal vez no ocurra lo mismo en todos los casos, pero lo cierto es que en el marido de mi amiga se ha producido una reacción un poco fuerte, que hoy lo lleva a hacerle sentir por imposición esa misma autoridad que ella, inadvertidamente, auspiciara un día. ¡Cuántas sorpresas nos evitaríamos si recordáramos siempre lo que pensábamos de novias!... Yo aconsejo a Liana que trate de recuperar en su hogar el lugar que le corresponde; ese lugar que nunca deberíamos perder; que nunca perderíamos si supiésemos conservarlo con el sentido y la comprensión cabal de nuestra misión. ¡Pobre Liana!..., es buena y estoy segura que llegará a comprender a su marido porque lo quiere».



El rudo golpe sufrido por don Tulio al desmoronarse estrepitosamente su sólida fortuna y la insólita huida del decepcionante cazador de dotes, lastimaron hondamente el orgullo de Nora que, lejos de pensar en adaptarse juiciosamente a vivir con prescindencia del excesivo lujo que hasta entonces la había rodeado, se rebelaba contra la adversidad, lamentándose con renovado encono a la vista de cualquier obstáculo que la fuerza misma de las circuns-

tancias oponía a sus gustos. Sujeta como cuando niña a su carácter tornadizo, caprichoso e irreflexivo, y reavivados quizás los insatisfechos deseos de otrora, concibió un día la idea de acercarse nuevamente a Claudio. Lo había visto por última vez con motivo de la muerte de don Roque; desde entonces no había vuelto a visitar la casa, pero no tuvo reparo en frecuentar su estudio.

Mientras aseguraba falsamente que se sentía reconfortada en su compañía, Nora ocultaba debajo de esa mansedumbre que parecía tener origen en las rudas contrariedades sufridas, una aviesa intención: mantener con él una vinculación más íntima. Tan desdeñables propósitos, embozados al principio tras los visos de una simple adhesión amistosa, estuvieron a punto de alcanzar su objeto, pues poco faltó para que la impostora le trastornara el juicio. Aquello fue para Claudio una verdadera prueba. La misma vida que en ese entonces llevaba predisponía-lo a ser presa fácil de tan atrevido asedio; y Nora, por cierto, no era mujer de pocos recursos. Dominaba mejor que nunca los peligrosos juegos de la seducción, lo cual singularizaba en ella ese tipo de mujeres que viven para el lucimiento y para gustar de todas las trivialidades de la vida mundana.

No obstante, algo de aquella cordura que siempre lo había resguardado de las asechanzas de su prima, parecía, también ahora, prevenirlo contra ella, siendo sin duda eso lo que lo resolvió un día a poner fin a tales entrevistas. Una vez más se vio ésta rechazada, sin que su entendimiento lograra advertir aún las consecuencias desafortunadas que invariablemente atraía sobre sí.

El consentimiento excesivo con que había sido criada; la influencia de las liberalidades en auge alzándose en ella con menosprecio de las formas sanas y normales del vivir; su natural inclinación a seguir una trayecto-

ria oblicua; todo, en fin, había contribuido a que Nora creciera y se hiciese mujer en medio de una confusión dañosa en extremo sobre los conceptos éticos y morales de la vida.

Mientras tanto, la conducta descaminada de Claudio venía preocupando seriamente a aquellos amigos que casi había abandonado, algunos de los cuales se acercaron no obstante repetidas veces a él procurando influir en su recobro. Porque éste, a pesar de las reiteradas promesas que le hacía a Griselda, mantenía un ritmo de vida fuera de toda prudencia, frecuentando lugares de esparcimiento que embriagaban sus sentidos y lo tornaban frívolo, reservado y a menudo tempestuoso.

Fue Norberto, copartícipe de sus ideales más caros, quien, dolido tanto como los demás por su deserción, resolvió un día hablarle seriamente y llamarlo a la reflexión y a la cordura, las mismas que aquél con tanto fervor había defendido antes, cuando se mostraba decididamente inclinado a la realización noble, metódica, comprensiva y consciente de objetivos que interesaban a ambos por igual.

Las palabras de su amigo, elocuentes y sinceras, provocaron la evocación en él de sus ahora desvanecidos entusiasmos, turbándosele visiblemente el ánimo al súbito reconocimiento del abandono en que había caído. En su rostro, demudado por el desgaste proveniente de sus mismas flaquezas, volvió a asomar al escucharle la expresión de su clara inteligencia, y en su mirada, antes viva, espiritual, soñadora, se proyectó de nuevo el reflejo de los sentimientos de su alma, sensible al bien, mientras repetía a su leal amigo la promesa formal de su retorno al buen camino.

Atormentado, abrumado, Arribillaga se propuso seguir tenazmente, a partir de entonces, la línea de conducta señalada desde los fueros de su razón, y, pese a que una

y más veces reincidió en el malogro de sus buenas intenciones, pudo no obstante conducirse con más moderación en lo sucesivo.

Recibió poco tiempo después la visita de Malherbe, quien invocó como motivo de la misma el haber recibido una carta del señor de Sándara, en la que le solicitaba algunas noticias relacionadas con los intercambios que solían realizar y le anunciaba el próximo envío de nuevos elementos de estudio. Sabía que la sola referencia a su persona produciría en Arribillaga un efecto psicológico favorable.

A las preguntas que le dirigiera Malherbe sobre ciertos objetivos que antes le interesaban manifiestamente, Claudio respondió con hábiles evasivas; pero al fin, salvando escrúpulos de conciencia, no tuvo empacho en decirle que había estado saldando cuentas con el viejo Adán.

Decía bien, ya que cegado por la efervescencia de la sangre, su juventud estaba rindiéndole aún los honores del culto dionisiaco.

—Lo lamento —expresó Malherbe, haciendo con la cabeza un movimiento desaprobatorio—. Eso demuestra que prefiere usted rondar las posesiones de la verdad, antes que internarse decididamente en ellas.

—El tratamiento es allí un poco severo...

—Severo, no. Pero es diferente, sin duda, del que acostumbra darse usted aquí, en este mundo, donde los instintos dominan e impera el prurito de la contradicción que confunde, desorienta y malogra finalmente hasta las más firmes y nobles aspiraciones del espíritu.

Malherbe dejó caer sus palabras con cierto peso sobre Claudio, haciéndolo como aquel que, al disparar un arma, está seguro de dar en el blanco.

Hombre de brillante actuación en la vida pública y figura de mucho respeto en su esfera de acción, no podía

Arribillaga dejar de reconocerle autoridad para dirigírselas; por otra parte, Malherbe era una persona por la que sentía gran aprecio.

Tieso y sin mucho aplomo, le contestó empero:

—No creo que sea ése mi caso, señor Malherbe, pues yo mantengo vivo el propósito de dedicarme a ese género de investigaciones, en el cual la propia vida juega un papel preponderante.

—Evite usted, entonces, doctor Arribillaga, que le pase lo que a muchos, que por querer franquear subrepticamente las puertas del ignorado mundo metafísico se dan con ellas en las narices... No alterne irreflexivamente el uso de una cosa con el abandono de otra, como el que escoge hoy una prenda que mañana cambiará por otra porque lo cansa. ¿Ignora usted que los procesos de la inteligencia, que culminan en sabiduría, no deben interrumpirse jamás, so pena de echarlo todo a perder? Podemos, es indudable, atender un nuevo asunto, caso que se nos presente, pero ello no implica la necesidad de reaccionar negativamente contra los que ocupaban hasta ese momento nuestra atención.

Claudio permaneció mudo, como si las palabras de Malherbe le hubieran quitado toda posibilidad de objetar.

Intercambiadas que hubieron algunas otras frases, aquél informó a Claudio respecto de la próxima venida del señor de Sándara a Buenos Aires, noticia que dejó a éste desconcertado, aun cuando procuró disimularlo.

Tan pronto se hubo retirado Malherbe, Claudio se dejó caer pesadamente en un sillón, como si lo hubiesen molido. Colocó una pierna encima de la otra, cruzó luego los brazos sobre el pecho y, buscando por último una posición más cómoda para el caso, alzó su diestra a la altura del rostro tomándose la barbilla. En esa postura se mantuvo largo rato, completamente inmóvil.

¿Qué efecto le había producido aquella noticia que parecía poder más que otra fuerza sobre su voluntad? La perspectiva de encontrarse en breve con de Sándara había promovido en él perplejidad. Era evidente. No tardó, sin embargo, en reaccionar de ese impacto psicológico y, como si algo lo conminara a tomar una determinación, decidió juiciosamente enfrentarse consigo mismo antes que las circunstancias lo pusieran en presencia de aquél. Gradualmente, a medida que recapacitaba y discernía acerca de las alternativas de su conducta, fue serenándose, y en su rostro, sombrío al principio, con huellas de preocupación, de lucha, de hesitación, se operó al cabo una mudanza favorable, signo inequívoco de que se hallaba en plena posesión de sí mismo.

¿Qué acababa de producirse en él? ¡Cuán triste y desolado se sintió al principio, al apreciar el cúmulo de sus desatinos! ¿Era ése el resultado de sus meditados proyectos, de sus aspiraciones, de sus entusiasmos? ¿Era ése el resultado de sus concienzudas resoluciones? Necedades y más necedades. De cuanto se propusiera no había alcanzado nada, absolutamente nada. Por donde mirara aparecía el descuido total de la vigilancia sistemática que se había impuesto llevar a cabo sobre sus pensamientos.

Al abarcar la dimensión cabal de sus yerros, Claudio sintió ahogo, desazón, congoja, y no pudo menos que calificarse de insensato. ¿Cómo no había descubierto y detenido a tiempo ese juego mental mediante el cual los pensamientos afines con el instinto dan rienda suelta a sus aficiones? Sólo ahora, únicamente ahora, al verlos huir cobardemente, lo comprendía todo, reprochándose su doblegamiento a ellos. Huían para no ser vistos ni obligados a dar cuenta de sus jugarretas. Mas todo lo llegaría a descubrir él a medida que avanzase en el estudio de esa amarga y depresiva experiencia. Felizmente, otros pensa-

mientos volvían a asistirlo: aquellos que antes lo habían estimulado y que habían permanecido hasta allí recluidos en las celdas de su mente; aquellos pensamientos con los cuales había compartido un día los propósitos de acrecentar sus valores internos y de los que tan poco uso había hecho para encarar el problema de su adhesión a la causa por la que sentíase inclinado. Al llegar a ese punto Claudio Arribillaga pensó en su espíritu, y no tuvo duda de que era él quien lo impulsaba en ese momento a retomar las abandonadas posiciones conquistadas al principio de su enrolamiento en las filas del señor de Sándara.

Al tiempo que sentía crecer y robustecerse dentro de sí una nueva determinación, seguían manifestándose en su mente los recuerdos de hechos que, si bien lo entristecían, ilustraban provechosamente su entendimiento. Una gran pesadumbre lo invadió al pensar en Griselda y en su hogar, edificado con tanto amor y esperanza y sumido ahora poco menos que en la infelicidad. Mas todavía estaba él a tiempo de evitar que la gota inexorable, rebasando la copa de la tolerancia, lo destruyera. Y Claudio sintió acentuarse en lo más hondo de su alma, libre de trabas, el propósito de rehabilitarse.

Rememoró las veces que se impusiera, sin lograrlo, el enderezamiento de sus pasos, buscó detenidamente las causas que promovieran la violencia de sus pasiones, identificándolas al fin al recordar los sufrimientos que el amor propio le había hecho experimentar a raíz de sus primeros tropiezos. A esa altura de su examen recordó que éstos, lejos de servirle de advertencia y señal a la vez para actuar aplicando los conocimientos que poseía, habían abatido su ánimo y causado verdaderos estragos en su voluntad. Del estado floreciente de su mente, que él debía haber acrecentado aún mediante una actividad interna siempre en aumento, había pasado a una inercia

imperdonable. ¡Con qué certeza apreciaba en ese momento las causas que lo habían empujado a tan deplorable situación!

Como si hubiese alcanzado en su examen el punto máximo, Claudio suspiró profundamente y, cambiando de postura, hundió la cabeza entre sus manos. Permaneció así largo rato. Luego, como si le proporcionara alivio, las deslizó repetida y alternativamente, una después de otra, desde la frente hacia la nuca. Por último se puso de pie, refrescó con agua su rostro peinó sus cabellos y, tras arreglarse la corbata, continuó todavía unos instantes más frente al espejo procurando dar a su fisonomía una expresión de optimismo. Aquello pareció ayudarlo a recobrase. Tomó con celeridad el teléfono y disco un número, comunicándole a su esposa que pronto se reuniría con ella a cenar.



Con esa aparente celeridad que cobra el tiempo cuando aproxima en su transcurso acontecimientos precedidos de gran actividad, así avanzaban los días en México con antelación al casamiento de Mariné. Por circunstancias imprevisibles éste debió postergarse más allá de la fecha establecida, coincidiendo su celebración con el comienzo del otoño.

Aquel día, como tantos otros de los que aproximaban el suceso, había sido de intenso ajeteo, sobre todo para Mariné, que era la que mayor parte tomaba en ese movimiento nuevo que agitaba la casa. Había iniciado la

mañana con el recorrido de tiendas y casas de moda; luego, como siempre ocurre en tales casos, aquí y allí había tenido algo urgente que resolver, aparte de algunos detalles que vigilar en los toques finales del departamento que se estaba instalando para ellos en la casa; de tanto en tanto un llamado telefónico apremiando un envío o previniendo un incumplimiento, o la atención de un deber social o una orden a los criados. En fin, avanzada la tarde, Mariné se hallaba físicamente rendida.

Deseosa de proporcionarse un pequeño recreo en el jardín, invitó a Ebel a que la acompañase. Se dirigieron como habitualmente lo hacían hacia el lugar más espacioso y acogedor del mismo, situado en la parte posterior de la casa, y allí eligieron para su descanso un banco emplazado junto al muro lindero, sobre el cual los rosales, agotados por el largo rendimiento estival, ostentaban sus últimas flores.

Hacía el mejor tiempo que pudiera desearse; suave la temperatura; la atmósfera diáfana y como en suspenso. Una gran placidez llenaba el alegre parque. Sólo los pájaros interrumpían la quietud de la tarde. Al término de sus afanes diarios, éstos mostrábanse activos en procura del último sustento. Desde las ramas de un inmenso cedro —su vivienda— lanzábanse al césped, unos primero, otros después, en busca de algún grano o simiente, o del gusanillo que había asomado imprudente a la superficie. De allí volvían precipitadamente a su refugio, donde con gran derroche de vitalidad revoloteaban y mezclaban sus bulliciosos trinos, como lo hacían siempre y con iguales energías tanto al término como al iniciarse la jornada en cada amanecer.

Una gran felicidad se transparentaba en los rostros de Mariné y Ebel mientras confundían en dulce diálogo la efusividad de sus corazones.

—¿Y si pasado un tiempo no fuera yo tan ideal como lo piensas?... —decíale ella, bromeando.

—¿No crees que habría forma de remediarlo?

—¡Oh, sí!... Y por cierto que yo procuraré que fuese la más fácil.

—¿La más fácil?...

—¿Por qué te complaces siempre en preguntarme lo que tú mismo sabes?

—No me lo digas, pues; de todas maneras, sé que no habrá necesidad de recurrir a nada. ¿No acabo de decirte que serás una esposa ideal?

—Tanta confianza obliga, Ebel, y yo nunca quisiera defraudarte.

—Ni lo harás, Mariné, estoy seguro; seguro de que serás para mí la mujer que soñé en los años de mi juventud y la que acaricié entre las cosas más queridas que mi corazón haya acunado. ¿Hay un pensamiento que yo tenga, que tu sensibilidad y tu amor por mí no descubran?

—Eso no es en absoluto difícil cuando se concibe la comprensión de un amor grande y puro. En servir a ese gran amor empené mi voluntad y, con ella, mi vida toda... Lo serví como se sirve a una causa: con abnegación, con pureza de sentir y con toda el alma. El amor que siento por ti es único: nada ni nadie ha podido ni podrá nunca variar mis sentimientos. Pero sé también, porque lo he leído en tu propio corazón, que nadie me apartará del sitio en que me has colocado.

Destacábanse en Mariné los signos inconfundibles del espíritu que reina ya sobre la vida que anima. Guiada por Ebel en el aprendizaje del conocimiento trascendente, que propicia la manifestación consciente y sin limitaciones del espíritu, participaba en plena juventud de las riquezas del máspreciado legado. De

ahí que la ley de la herencia se mostrara en ella con toda certeza al otorgar a su ser, además de los perfiles característicos de la madurez espiritual, el goce de los bienes convertidos en virtud que, acumulados a través de la evolución lograda en los diversos períodos de existencia, forman, al sumarse, la esencia misma del espíritu que protagoniza los tiempos de vida en este mundo.

Al expresar a Ebel su amor, éste percibió en su acento el tono que adquiere la voz humana cuando en sentidas palabras expresa algo más que una confesión y, como si desde lejanos tiempos arribaran a su espíritu pensamientos reveladores del misterio evaico, sorprendió en su vida y en la de Mariné detalles evocadores de tan primorosas criaturas. ¡Con qué luminosidad concibió su entendimiento la imagen candorosa y celestial de la primera reina del mundo!... Bajo la influencia de esa imagen, Mariné se le apareció transfigurada, como si se reflejase en ella toda la gracia con que había sido adornada la figura física y moral de la mujer. No pudo menos que recordar entonces el episodio aquél en que las mismas jerarquías celestiales se sintieron conmovidas ante la belleza y esplendor de la dueña del Paraíso.

Enterneado por las palabras que le oyera pronunciar y bajo la exaltación de esa fugaz proyección de imágenes, dijo a Mariné:

—En ese Paraíso donde juntos aprendimos la lección de los siglos, reinarás conmigo, Mariné... Tú, comprendiendo con toda lucidez las tres fases de la sublime experiencia edénica; yo, cumpliendo a conciencia los preceptos eslabonados a lo largo de la historia para reivindicación del género humano Tú, mostrándome los encantos de tu sensibilidad; yo, descubriendo los enigmas del sexo reflejados en la evolución de tu alma. Am-

bos, tú y yo, prodigándonos a un tiempo la excelsitud de un amor que busca su cauce fuera de la órbita humana, para internarse en las inefables regiones donde moran los sentimientos más puros, de esencia incorruptible, salvaguardados por las manos piadosas de la eternidad. ¡Oh!, ¡cómo no experimentar la adorable embriaguez que promueve en nuestras almas el favor de tan inapreciable ventura!

—Una dulce emoción me embarga, Ebel. Siento como si una luz interior, iluminando mi espíritu, me dejara ver, sin exceder mi razón, el secreto que se oculta entre los pliegues de un momento feliz. En esta mutua comunicación del sentir podemos mirar a fondo en nuestro ser y convencernos de que la intimidad es inexpugnable cuando en ella se cobijan los sentimientos que dan contenido ideal a las expresiones del alma.

—Todo forma parte, querida mía, de esta vida hermosa, tan nuestra. Cada pequeña variante matiza y mantiene el dulzor del vivir, sin que resulte jamás desabrido un solo instante. Esto lo aprendemos en este mundo de las maravillas inmateriales e invisibles, que tiene sobre la vida física imponderable influencia.

Tras el suspenso, como si regresaran del ámbito sublime de la idealidad, volvieron a encontrarse en la mutua comprensión de sus propias aspiraciones, sujetas a las realidades del mundo en que vivían.

Algunas estrellas asomaban sobre el cielo aún claro y las luces comenzaban a encenderse en el interior de la casa cuando los dos abandonaron el jardín.



El anhelado día de la boda tocaba ya a su fin.

Al filo de la media noche Mariné y Ebel, entregados a su dicha, viajaban en automóvil rumbo al paraje elegido para disfrutar de su luna de miel. Inhibida por el efecto creciente de las emociones que la embargaban, ella permanecía en silencio, mientras desfilaban por su mente, sin que hiciera esfuerzo alguno por atraerlas, las imágenes de los acontecimientos que de hora en hora había vivido desde la mañana. Unas veces era la ceremonia de los esponsales la que se le aparecía, solemnizada por el sentimiento que diera a aquel acto su verdadera significación; otras, el recuerdo de la fiesta, que había alcanzado dentro del marco familiar singular lucimiento, como si todo se hubiera reunido allí para realzar el acontecimiento que se celebraba. Pugnaban por colocarse en primer plano aquellas imágenes que reproducían las escenas más dulces o más conmovedoras. Entre estas últimas insinuábase con fuerza evocativa el tierno y emocionado abrazo de Cristina al despedirlos; entre las primeras, la mirada en extremo feliz de Ebel en el instante de aprobarle su atavío nupcial, escogido por ella con tanto cuidado.

Transpuesta la distancia que mediaba desde la capital mexicana hasta el lugar de destino, los recién casados se hallaron finalmente alojados en un departamento del hotel escogido para su permanencia.

En la habitación contigua al aposento matrimonial donde había dejado sola a Mariné, Ebel esperaba el momento de presentarse ante su dueña. Consciente de la trascendental naturaleza de ese instante, buscaba en su corazón la fuente de ternura que daba alimento a aquel amor, para que su espíritu, así preparado, pudiera penetrar a fondo el misterio que se oculta tras el suceso nupcial.

Entretanto, sentada Mariné delante del espejo arre-

glaba sus cabellos cuyas suaves ondulaciones deslizaba con el peine hacia la nuca, donde se perdían a poco de rozarle el cuello. Frente a ella proyectábase su delicado rostro, de líneas regulares y graciosas, labios bien trazados y aquellos ojos de mirar inteligente y profundo que tanto la embellecían. Una imperceptible turbación coloreaba sus mejillas, de ordinario pálidas. Se observó durante un rato, levantándose luego; hizo ante el espejo algunos movimientos para mejor observar el efecto de su bonita indumentaria íntima y, tomando en seguida su maletín de viaje, extrajo del mismo un pequeñísimo envoltorio.

Entrando en la alcoba, Ebel sorprendió aquel movimiento.

—¿Me aguarda alguna novedad?... —le preguntó con viveza, sospechando el obsequio.

—Tal vez... —repuso Mariné, presentándole con naturalidad el objeto en la palma de su mano.

—Es mi regalo de boda —añadió—. Lo tenía reservado para cuando estuviésemos solos.

Desenvolviéndolo, Ebel se halló ante un pequeño y delicado estuche, del que extrajo una medalla. Advertido por Mariné de que ésta guardaba un secreto, la abrió en seguida. Sobre un fondo esmaltado, de color azul, apareció, realzado en oro, un pequeño corazón sobre el cual podía leerse claramente: «Mariné a Ebel»; debajo había una fecha y, más abajo aún, siguiendo la curva posterior del relieve, esta leyenda: «Perpetuamente».

—¿Qué significa esta fecha, Mariné? —inquirió él, rodeándole el talle con un brazo, mientras sostenía con la otra mano el obsequio, símbolo de un sentimiento que viviría eternamente.

—El día en que sentí despertar mi amor por ti, Ebel...

Desde entonces te amé con veneración, porque lo fuiste todo para mí.

Él la atrajo hacia sí y sus labios se juntaron en casta expresión de amor.

—Querida Mariné —le expresó luego, con ternura—, al contemplarte hoy con el atavío nupcial, que es símbolo de recato y de candor, no pude menos que compararte en mi mente con las vestales que atizaban el fuego purificador en los altares de la diosa a la que rendían culto... Tú, a semejanza de aquéllas, me ofreces el fuego sagrado que alienta tu vida, para que yo perpetúe en ti la sublime pureza que trasciende de todo tu ser, como un perfume celestial que sin embriagarme los sentidos deleita mi espíritu y me permite prolongar indefinidamente este instante durante el cual infundo en mí la certeza de su realidad.

Un prolongado silencio siguió a sus palabras. En la intimidad de su pensamiento Mariné se le reprodujo acompañándolo en los tramos e incidencias de la vida que desde años le había enseñado a vivir, y en él se afirmó la certidumbre de que ella sería en adelante su exclusiva confidente en todas sus creaciones mentales y en los descubrimientos, fruto de su ciencia y experiencia, que en lo sucesivo fuera dando a conocer al mundo. Veíala entregada con afán a la obra de él, como si los días y las noches, confundiéndose entre sí, dejaran aparecer permanentemente entre ambos la diáfana claridad del espacio allí donde el tiempo gravita inexorablemente sobre los espíritus que no se nutren de su esencia eterna. Ella, Mariné, se desposaba ahora con él, confirmando las nupcias con que había unido un día su espíritu al suyo, cuando resolvióse a seguirle a donde fuera.

Apoiada la cabeza sobre el hombro de Ebel, Mariné permanecía callada. Sólo una leve agitación de su

cuerpo anunció el hondo efecto de aquel sublime instante.

El arrobamiento inundó poco a poco sus almas; se apagaron las luces de la externa contemplación, y ambos se buscaron en lo más íntimo de sus corazones para experimentar el estremecimiento divino que se produce en el espíritu por la correspondencia de un amor que no conoció ni conocerá rival que lo dispute.

Llegó la mañana.

Un indiscreto rayo de luz, abriéndose paso en la alcoba, bañó el rostro de Mariné con riesgo de interrumpir su sueño. Velando por su descanso, Ebel se apresuró a cerrar el cortinado, sentándose luego junto a ella. En tanto aguardaba paciente su despertar, pensó en la trayectoria de sus vidas.

No se borraría jamás de su memoria aquella mirada de sus ojos, aquel gesto de asombro de su rostro ni la inefable emoción que experimentó su alma de niña cuando le vio por primera vez. Tampoco podría olvidar él la impresión que le había producido aquella mirada y aquel gesto. ¿Sería ése el instante en que se reconocen las almas que se han buscado durante mucho tiempo? Había tenido la sensación de haber visto esos ojos en lejanas edades, de las que su espíritu parecía conservar reminiscencias cuya fuerza evocativa coincidía con lo que su propio corazón le anunciaba.

¡Cuántos recuerdos queridos acudían a la memoria de Ebel, como si desearan estar presentes en esos momentos en que la felicidad colmaba de dicha su corazón!

Siguió evocando a Mariné en su infancia, cuando Cristina y él, disputándose su cariño, se divertían como niños preguntándole a cuál de los dos se lo dispensaba en mayor grado. Al instante asomaron fugaces las graciosas protestas de aquélla para zafarse del aprieto y su expre-

sión de triunfo cuando, tras provocarlo, escondía el rostro esquivando su reacción y emprendía la fuga poniéndose a cubierto de su persecución.

¡Cosas de chicuela y también del afecto!

Un día, el ruedo del vestido de Mariné anunció que la niña se había convertido en una señorita. A partir de entonces, su amor por ella —amor de padre, de amigo, de hermano— fue cambiando de naturaleza, apareciendo en su lugar un sentimiento más vivo, pleno de ardor juvenil. A aquella variante sucedió un discreto distanciamiento; un distanciamiento que coincidió con reservas igualmente discretas por parte de Mariné, cuyo carácter, antes alegre y libre de preocupaciones, habíase tornado triste y reconcentrado hasta el punto de inquietar a su tía, que comenzó a proporcionarle fiestas y paseos a fin de abrir cauce a las expansiones naturales de su juventud, caso que estuvieran contenidas. Huellas de llanto impresas a menudo en sus ojos no tardaron en dar cuenta de la ineficacia de tales recursos. La situación exigía, pues, otra salida y él la procuraría.

Remontándose en su evocación, Ebel alcanzó el instante en que junto a Mariné se disponía a interrogarla. La luz que entonces iluminaba el jardín, tamizada por el cortinado que cubría las ventanas de su sala de trabajo, daba al ambiente la suave claridad del satélite en plenilunio. Allí, tras la primera pregunta, sobrevino el desenlace. Los bellos ojos de Mariné, alzándose hacia él, dejáronle sorprender en su mirada un fulgor tan particular que lo anonadó. Al conjuro de aquel divino hechizo Ebel sintió que renacían en él todas las fuerzas y esperanzas de su juventud. Como si todo hubiese quedado explicado en el fondo de sus corazones, ambos se contemplaron en silencio. Resplandecía en Mariné la inocencia con gracia incomparable.

Con delicioso encanto siguieron afluyendo a su mente recuerdos gratisimos. ¡Cuán tierno y sublime había sido para él aquel momento en que viera culminar con matemática precisión dos procesos sentimentales paralelos: el de ella y el suyo! El amor de ambos, mutuamente correspondido, se le aparecía cual dos ríos que al buscarse encontraran un cauce común. La alegría alcanzó en sus almas los niveles más altos de la bienaventuranza. Él no hubiese podido precisar en aquel entonces la duración de ese inefable fragmento de eternidad, pero sí lo que significaría el amor de Mariné en su vida.

¡Cómo alentaban a Ebel esos recuerdos!... Sabía que el hombre podía hacer muchas cosas grandes en su vida, pero sabía también que unido a una mujer inteligente, capaz de comprenderlo, podía llegar a rebasar los límites de lo humanamente posible. Pensando en todo eso y en las bellas condiciones que adornaban a Mariné, pronunció con voz inaudible estas palabras: «¡Oh, dulce amor mío, que me sigues confiada a través del espacio, como si fueras una parte inseparable de mi vida, mientras viajamos camino de la eternidad! Yo haré que tu nombre, inmortalizado por mi pensamiento, cruce mares y continentes y perdure en los oídos humanos como símbolo de una vida embellecida al máximo por el ejercicio consciente de virtudes que en ti se tornarán prodigiosas».

Mariné hizo un ligero movimiento con evidente propósito de continuar su sueño, pero en ese preciso instante una sensación muy sutil pareció advertirle la presencia de alguien a su lado y abrió los ojos. Viendo allí a su dueño, se abrazó a él como si volviera en sí después de haber trascendido con felicidad las fronteras que separan del orbe terrestre el mundo incorpóreo de la suprema ventura.

Había en los ojos de ambos fulgor de encantamiento. Sus almas, en mutuo trasporte contemplativo, prefirieron la dulzura del silencio a toda otra exteriorización.



En el hogar de los Arribillaga, la felicidad, que por varios meses se había mostrado esquiva, comenzaba otra vez a prodigarse, anunciándose su presencia en la regularidad con que volvía a desenvolverse en él la vida.

La llegada de una hermosa niña había contribuido a ello con su poderoso incentivo, como un envío que del cielo llegara justamente a tiempo para consolidar la sensación de confianza que empezaba a insinuarse dentro del ámbito familiar.

En la primorosa cuna, adornada con esa coquetería que parecería querer traducir todas las ternezas del amor maternal, la pequeñísima Adriana dormitaba en la inconsciencia de sus primeros días. Allí, en el cuarto donde comenzaba a vivir, el gusto y la previsión habían logrado reunir en feliz combinación todo lo que la holgura económica permite poner al alcance del niño para su buena crianza y la mejor formación de su carácter. Claridad, comodidad, colores apropiados a las sensaciones infantiles, graciosas pinturas murales y muchos otros motivos para recreo de la inocencia rodearían a la niña mientras creciera. Mas, de poderlo comprender, nada valoraría tanto la tierna Adriana como la presencia de su madre, a menudo vigilándola y envolviéndola con la dulzura de sus pensamientos, como una protección que obedeciera al reclamo de su inmenso caudal afectivo.

Comenzaba diciembre, señalando a los esposos Arribillaga los albores de su segundo año de existencia conyugal.

Portadora de agradable mensaje llegó cierta mañana a Griselda una carta de Mariné. En ella le anunciaba su arribo a Buenos Aires en el próximo mes de enero. Tanto alegró su ánimo la confirmación de su visita en plazo tan breve, que no pudo ya demorar el instante de comunicárselo a Claudio y, corriendo al despacho donde éste se hallaba, cumplió con gran vivacidad su propósito, como si con ello quisiera hacerle partícipe de las lucientes esperanzas que sentía con fuerza insinuársele en el alma con la llegada de sus amigos.

—¿Te alegra la noticia? —le preguntó, apoyando las manos sobre el escritorio y sonriéndole mientras lo miraba.

La aprobación que se proyectó en la fisonomía de Claudio hubiese por sí sola bastado para colmarla de satisfacción, pero dando aún mayor calor a su respuesta, aquél, en un raptó de íntimo desahogo, tomó el bello rostro de Griselda entre sus manos y lo besó con ternura.

Era innegable que cediendo a las instancias de la firme determinación tomada al hacerse cargo de las consecuencias penosas que arroja sobre el propio comportamiento la falta de un gobierno interno capaz de regir la vida, Claudio venía haciendo desde tiempo esfuerzos muy meritorios, mas, pese a ello, las cosas no habían llegado aún entre ambos a esa franca e íntima correspondencia que los había unido siempre. Signo evidente de que no se hallaba del todo recuperado era la falta de continuidad con que participaba de los estudios que realizaban sus amigos. Razón, pues, tenía Griselda en ese instante para sentirse alentada, por cuanto la expresiva demostración de Claudio daba rienda suelta a sus esperanzas de ver desvanecerse muy pronto los últimos resabios de dureza

impresos todavía en su carácter. Sin embargo, no tardó mucho en sentirse defraudada, al oírle decir con claros visos de suficiencia:

—Estoy seguro de que esta visita me proporcionará la oportunidad de disipar algunas dudas que siguen violentando mi espíritu.

Advirtió rápidamente Griselda cómo el amor propio, enconado todavía, acababa de incitarle a disimular con pretextos pueriles sus pasados descuidos. Empero, sin dar a esas palabras respuesta y sin variar tampoco su actitud alegre y confiada, procuró interesarle en el contenido de la carta que llevaba consigo, leyéndole con ese propósito algunos párrafos en los que Mariné le decía estar contentísima de realizar aquel viaje y le hablaba de la impaciencia de Cristina por conocer a la pequeña. Trató de no dar mucho realce a las partes donde ésta le hablaba de la felicidad que había encontrado en su reciente matrimonio y concluyó ponderando con muestras de júbilo su propia dicha, que le permitía recibir a sus amigos en un hogar ahora animado por la presencia de un hijo.

Como si sus propias preocupaciones le atrajeran más que otra cosa obligándolo a no apartarse de ellas, Claudio se mantuvo callado, casi ausente, y Griselda, que lo observaba atenta, notó inesperadamente una nueva variante cuando éste, con voz franca, aunque dolorida, le expresó:

—Me parece sentir, mi querida, que de día en día mejoran mis condiciones para afrontar sin riesgos los cambios que toda renovación de conceptos exige; creo que con empeño y sin regatear esfuerzos ni tiempo podré favorecerlos.

La actitud bondadosa con que Griselda correspondió a aquella frase expresó a Claudio con maravillosa elocuencia cuánto la habían reconfortado sus palabras y,

satisfecho por el apoyo que eso le significaba, pensó, sin poderlo evitar, en el efecto desastroso que una manifestación de duda o desdén le hubiese ocasionado. Fugazmente, mas con incontenible fuerza, una vez más pasó por su mente el recuerdo de los proyectos que su inconstancia había postergado y, avergonzado de sí mismo, confesó con hondo dolor a Griselda, como no lo había hecho nunca, su arrepentimiento.

En aquel momento de intensa emoción, un sollozo le salió a ella del alma.

—¿Por qué lloras?... —le preguntó él.

Enjugó Griselda las lágrimas que empañaban sus ojos y, posando en él la mirada, que iluminó con dulce sonrisa, le respondió:

—Tal vez porque mi corazón me anuncia la llegada de días muy venturosos.

—¡Oh sí, querida!... Haré cuanto de mí dependa por que sea así.

En su voz percibió Griselda una nueva expresión de firmeza y en sus ojos vio asomar el fulgor de la sinceridad que aparece en las pupilas cuando lo que se expresa responde a los dictados de una honda convicción.

Con palabras que más parecían un arrullo y entre caricias que traslucían dulzura y sinceridad, ambos renovaron sus promesas de amor eterno bajo los auspicios de una nueva comprensión, basada en una mutua solidaridad espiritual. ¡Cuán felices y revitalizados se sentían ahora, después de remover con acierto las últimas inconveniencias que estorbaban su marcha por el camino de la superación!



Calladamente, como las golondrinas que van en busca de una nueva primavera, así fueron Claudio y Griselda, al día siguiente del arribo de sus amigos, hacia el hotel donde éstos se hospedaban, en pos de ese algo que aún faltaba a sus vidas y las tornaba inseguras.

Invitados a subir al departamento que aquéllos ocupaban, pronto se hallaron frente al mismo. Únos golpecitos a la puerta unieron instantáneamente, cual mágico toque, dos periodos de tiempo: aquél en que se vieran por última vez y el presente, como si lo vivido entre ambos tiempos perteneciera a una de las tantas vidas que aparecen configuradas en la existencia humana.

Amplio y cordial fue el gesto con que de Sándara y Mariné recibieron a sus amigos, y emotivo el saludo de Cristina a los dos, especialmente a Griselda, a la que abrazó con gran alborozo.

—¡Cuánto tenemos que conversar!... —dijo esta última a Mariné, apenas cesaron las efusividades; y agregó en seguida, dirigiéndose a de Sándara—: Mañana o pasado, si usted no se opone, se la robaremos todo el día.

—¡Cómo habría de oponerme! —repuso aquél—. Además, será para Mariné un gran placer; pero no deberá extrañarle, Griselda, que luego, confiando en la bondad de su marido, la raptemos a usted...

—Estamos incondicionalmente a sus órdenes —expresó Arribillaga, y contestando a la broma, añadió—: Lo que tendré que lamentar es que no se me rapte a mí también.

—¿Tendría usted de veras interés en ello? —le replicó de Sándara, de un modo muy significativo.

Claudio experimentó al pronto una rara sensación de aturdimiento, y luego, como si aquellas palabras hubiesen

dado en el punto hacia el cual iban dirigidas, terminó por sonrojarse. ¿Cómo podría él alegar interés, si cuando lo subieron al palacio incorpóreo de la vida mental se había arrojado por la ventana, sin dar tiempo a que le explicasen las ventajas allí ofrecidas?

Se sobrepuso empero, y respondió:

—Quizás mucho más de lo que parece, señor de Sándara. Si los porrazos son útiles para despabilar el espíritu, ¿por qué no ha de ser el mío el que me induce en este momento a buscar en su compañía lo que podría serme ahora doblemente beneficioso?

En consideración a tal respuesta, y viendo al mismo tiempo oportuno dejar libertad de expansión a las señoras, de Sándara invitó a Claudio a bajar al bar, y allí se ubicaron.

Sentado próximo a su amigo, Arribillaga no dudaba de que el pensamiento de éste había abarcado ya su pasado inmediato, mas, resuelto por noble dictado de su conciencia a franquearse, le refirió sin omisiones las alternativas por que acababa de atravesar.

—Como ha podido usted ver —dijo al terminar, con sentimiento—, no supe frenar el potro que bellaqueaba en mí, y enhorquetado en su lomo me lancé hacia donde quiso llevarme.

De Sándara, que le había escuchado con mucha atención, le respondió con estas palabras, que su acento afectivo tornaba menos severas:

—¿En tales condiciones pensaba usted que podría realizar la proeza de su conversión? Cuando no se está a gusto con la vida que se lleva; cuando se ha entrevisto que existe otra más honrosa, más generosa y más amplia y a ella se aspira, únicamente nos queda una alternativa: cambiarla. Y no olvide que el tiempo que dejamos pasar sin registrarlo fielmente en nuestra con-

ciencia es tiempo que no vuelve y que restamos al que pensábamos disfrutar.

—Comprenderá, señor de Sándara, que no puedo dejar de reprocharme la inconsecuencia y el abandono en que incurrí, causas indudables de muchos estados inciertos y confusos por los que pasé después.

—Eso le demuestra lo frágil que es el ser humano, cuya personalidad, fuerte en apariencia, pero en realidad débil, inconsistente, se resquebraja y se hace añicos, vencida por su propia inoperancia. Sólo cuando surge la individualidad, modelada en el crisol de las luchas internas por sobrepujar los estados incipientes de conciencia, el hombre se transforma en un ser inquebrantable. Es el primer triunfo efectivo sobre sí mismo. Pero antes de alcanzar el cetro, debe éste dejar el báculo en el que apoya sus debilidades y marchar derecho, como marchan los fuertes y los rectos, por el camino de la más alta de las ciencias: la del conocimiento universal y humano en su esencia eterna.

—No deja de ser cierto, sin embargo, que la empresa nos demanda a veces tan grandes esfuerzos que caemos agobiados por el peso de las imposiciones que nos hacemos con el propósito de llevarla a cabo.

—Precisamente eso resulta, amigo Arribillaga, de exigir sin tasa a la propia fortaleza sacrificios que por exagerados la resienten, motivando la reacción a menudo violenta del instinto.

—Entonces, ¿qué debemos hacer?

—Ser tan sólo mesurados, así en las demandas de la naturaleza inferior, cuyos desbordes frenaremos, como en los arrebatos de entusiasmo que se promueven tras los primeros despliegues conscientes del espíritu. Dos tendencias luchan en constante pugna dentro de cada individuo: la baja, marcadamente extremista y dogmática, y la elevada o liberal, que busca la conciliación y el

equilibrio. Las fluctuaciones del pensamiento humano a ello obedecen, y hasta tanto no se hayan dominado las fuertes presiones de la naturaleza inferior se estará expuesto a caer una y más veces, como a usted mismo acaba de pasarle, en esos estados de cruda desorientación.

—Si pudiéramos, como punto de apoyo, abarcar la suma conceptual del precepto...

—Para ello sólo se requiere saber apreciar el fondo de la cuestión, traduciéndolo en máxima moral. Aparecerá así ante los ojos una realidad tan hermosa como aleccionadora: por un lado la vida superior, floreciente y exuberante en perspectivas felices; por el otro, la vida intrascendente, común, sin contenido específico, vivida al azar, como la vive el vulgo, sin que represente absolutamente nada para el ser que la encarna. En tales condiciones, ¿qué se es? Nada. Un ser embrionario, vegetando a lo largo de toda una vida insubstancial, de una vida en la que no podrá satisfacerse nunca la necesidad íntima de constituir al ser íntegro, individualmente liberado y capaz.

—Abandonarlo cuesta, sin embargo.

—Cuesta, en efecto, abandonar al pretendido ser del cual tanto se precia el hombre; y tarde se llega al convencimiento de que lo material en la tierra queda, y lo que es del espíritu a él vuelve en lo universal y eterno de su existencia. Yo he visto caer a muchos de los que ascendían penosamente la cuesta de la sabiduría; ellos me recuerdan la tragedia del hijo de Éolo. No es posible empujar hacia arriba la mole inerte de la vida terrenal, nunca satisfecha, sin que peligre su estabilidad. El enriquecimiento de la conciencia favorece la evolución del espíritu y promueve a su vez el despegue gradual de la vida común, sin que esto quiera decir que debemos abandonar el mundo en que vivimos ni desentender-

nos tampoco de sus exigencias; por el contrario, nos sentiremos en él más a gusto, siempre, desde luego, que vivamos honrando nuestros espíritus con pensamientos y rasgos que jerarquicen lo que durante siglos y milenios el hombre inferiorizó por ignorancia e inconsciencia. Nada habrá de ser más grato a la criatura humana ni podrá causarle mayor placer que cumplir con ese recóndito mandato de la conciencia. Sólo así, por el conocimiento y la virtud, podrá restablecerse en el individuo el orden moral, que debió ser incorruptible. Entonces sí cabría esperar el levantamiento de esa sanción que parece pesar sobre las almas como deuda incancelada.

—Convengo en todo lo que usted acaba de exponer, señor de Sándara; mas insisto en que la tarea del perfeccionamiento es ardua; casi podría decirse, superior a nuestras fuerzas. El predominio que la influencia de la materia tiene sobre nuestra vida justifica en parte los conflictos internos que se producen entre ella y el espíritu.

Sonrió de Sándara benévola, pensando en la necesidad que siempre tiene el hombre de inventar una razón para excusar el tiempo que pierde. No obstante, cuán real era lo que su amigo acababa de poner de manifiesto, como reflejo de lo ocurrido en él.

—Es indudable que la tarea del propio perfeccionamiento entraña esfuerzo —repuso—. No es cuestión de una simple manipulación especulativa. Pero no debemos hacer como aquel que al iniciarse en el aprendizaje de un arte u oficio pretende dominar al instante lo que es tarea de tiempo y paciencia. El resurgimiento de los valores y de las calidades sólo cobra realidad en el individuo cuando éste comienza a trabajar por la resurrección de su alma en recónditas esferas de conciencia, y es en

el desempeño de tal función que el hombre se convierte en su propio redentor.

En seguida, como final de aquella plática, de Sándara agregó, dando a sus palabras un tono más afable y cordial:

—El acceso al mundo de los conocimientos causales tiene, es innegable, un elevado precio, amigo mío; pero no se asuste usted, que a todos se nos acuerda un amplio crédito, cuya vigencia está en relación con nuestro cumplimiento; en nosotros está, pues, beneficiarnos con él o perderlo.

Las anteriores reflexiones dejaron a Claudio fuertemente estimulado. Al sólo enunciado de esas posibilidades que su espíritu ávido de liberación anhelaba, nuevamente, con sano y noble entusiasmo, volvió a brotar dentro de él el injerto virtual que los pensamientos frívolos, procreados por el abandono, habían tronchado como tronchan las hormigas los tiernos brotes de un rosal. Impulsado por esa reactivación de energías expresó a de Sándara, con palabras impregnadas de sinceridad, su resolución de entregarse con integridad al cultivo de tales preceptos, pero éste, llamándolo a la prudencia, le hizo notar que esa promesa debía formularse a sí mismo, a fin de que la propia conciencia, haciéndose cargo de su cumplimiento, le evitara todo riesgo de engaño.

Claudio y Griselda regresaron de aquella visita en extremo felices.

En la casa los esperaba doña Laura, que había pasado la tarde al lado de la nietecilla. En seguida se les reunió el doctor Laguna y cenaron juntos. Lo pasaron alegremente, participándose las novedades y haciendo planes para el día siguiente, en que tendrían con ellos a Mariné y a Cristina desde la mañana y muy probablemente también a de Sándara para el almuerzo.

Igualmente Patricio compartía la animación de sus amos, demostrándolo en el interés y el apresto con que recibía las órdenes y se hacía cargo de todo lo concerniente a los preparativos para agasajar dignamente a los huéspedes.



Al promediar la mañana del siguiente día Mariné entró en la casa de los Arribillaga acompañada por la señora de Landívar. Todo parecía respirar allí la comunicativa alegría de sus dueños.

Voces festivas invadieron muy pronto el interior del gran vestíbulo. Doña Laura, y sobre todo Cristina, celebraron a cual más el instante de conocerse y el comienzo de una amistad que de tiempo deseaban entablar.

Precedidas por Griselda subieron la escalinata que conducía a las habitaciones altas, ansiosa Mariné de conocer a la hijita de su amiga. Penetraron en el cuarto de la pequeña en el preciso instante en que la niñera, obligada por uno de los habituales apremios, se hallaba mudándole ropas, lo que dio lugar a que se la admirara de cuerpo entero en medio de esas clamorosas apreciaciones que siempre surgen a la vista de una criatura venida al mundo en buenas condiciones de salud y con un físico agraciado.

Finalizado el engorroso aditamento de pañales y mantillas, Mariné, amorosamente, tomó a la niña en sus brazos:

—¡Qué preciosidad!... —exclamó, y después de contemplarla a su agrado, añadió: —Creo que se te parecerá en los ojos, Griselda.

—¡No ha de ser poca suerte!... —opinó Cristina.

—¡Mira qué encanto! —volvió a decir Mariné, inclinándose hacia la señora de Landívar que, sentada, se aprestaba a colocarla en su regazo.

—¿Verdad que se parece mucho a Griselda? —intervino allí doña Laura, no suficientemente satisfecha con el solo parecido de los ojos.

Cristina miró con toda atención a la niña, primero de frente, luego de costado, respondiendo por último con disimulada picardía:

—Sí; en efecto, es bastante parecida. Pero tiene también mucho del padre, ¿eh?... Sobre todo ahora que muestra ese gesto de diablilla.

Claudio rió.

—Ya sé que no poseo la aureola del santo —manifestó— pero tampoco creo tener gran cosa de común con el jefe demoníaco.

—Ni una cosa ni la otra —aseguró Cristina, agitando con gracia su índice— son necesarias al hombre de juicio.

Las oportunas ocurrencias de la señora, que fluían con naturalidad de su carácter alegre y vivaz, hicieron sin duda más agradable la circunstancia que los reunía.

Por último ubicaron a Adriana en su coche, encargándose la niñera de sacarla a tomar aire a la pequeña terraza. Era un día de temperatura suave, apropiado para ella.

Recorrieron luego algunos sectores de la espaciosa residencia, exponente de una época que se extingue rápidamente ante el avance de las grandes transformaciones que particularizan los tiempos actuales, y otra vez en la planta principal, las dos jóvenes, seguidas por Claudio, entraron en el estudio que antes fuera de don Roque. Allí, contra uno de los muros, un hermoso óleo que reproducía su figura venera-

ble parecía animarse y cobrar vida con el recuerdo de quienes le llevaban en su corazón. Mariné se detuvo respetuosamente ante el retrato unos instantes, tras lo cual pasó a admirar la nutrida biblioteca, en cuya lujosa estantería hallábase presente lo más selecto de la literatura universal.

Arribillaga le señaló el anaquel donde estaban ubicados los libros de de Sándara.

—Ya veo que no falta ni su obra más reciente —dijo aquélla, después de observarlos. Dirigió en seguida la vista hacia otra sección de la biblioteca, donde con severa reciedumbre se alineaba el pensamiento filosófico de antaño y hogaño.

—Se hallan aquí los más valiosos exponentes de la cultura... —observó, tras una pausa.

—Sí, en efecto; pero es preciso convenir que esa cultura no ha logrado formar en el hombre la conciencia de un destino superior para su vida. La humanidad aún marcha a tumbos por caminos inciertos...

La observación de Claudio promovió un intercambio de reflexiones. Finalmente, ansiosa Griselda de abrir su corazón a la amiga, expresóle con satisfacción:

—Nunca terminaré de alegrarme, Mariné, por el cambio que se ha operado en mi vida; mejor dicho, en nuestra vida, ¿verdad, Claudio?, porque es la vida de ambos la que ha cambiado. ¡Es tan agradable sentirse capaz de romper la monotonía de la vida rutinaria y forjar una nueva forma de vivir!...

—¡Oh! Eso indica que han interpretado con provecho la ley de causas y efectos —expresó sonriente Mariné.

—Las experiencias aleccionan —manifestó Claudio—. Por duras que sean, su estudio nos deja siempre un saldo favorable. Merced a ellas hoy sé positivamente que esa ley sólo es inexorable con los que no logran trascender

la influencia de su poder terreno. Comprendiéndolo así, no poca necesidad sería la de estancarse bajo su influjo, cuando podemos dedicarnos al cultivo de aptitudes capaces de encauzarnos hacia un destino mejor. Sólo que, para lograrlo, debemos realizar paralelamente un concienzudo estudio de nuestra psicología, lo cual no es nada fácil...

Mariné le respondió sin oponerse:

—Es, en verdad, una investigación en la que se anudan dificultades de muy variada índole.

—Insalvables sin la asistencia de un preceptor experto —se apresuró a decir Claudio—. De eso no me quedan dudas, Mariné. Después de meterme en un lodazal del que no hubiera salido bien por mis propios medios, debo reconocer la eficacia de los conocimientos que me fueron brindados para orientar mi vida, amén de algunas recomendaciones muy directas y oportunas. A salvo ya de los escollos, disfruto de la pequeña transformación operada en mí, lo que alienta mi espíritu y me hace pensar a menudo en la ventura de aquellos que han logrado transponer ya las fronteras de sus posibilidades mentales y entrar en los dominios de la sabiduría.

—El sólo pensarlo predispone a acatar dócilmente las pruebas que implican cambios sustanciales para nuestro ser —expresó Griselda.

—Ya lo creo —convino su amiga—. Siempre hallaremos allí un sólido refuerzo para enfrentar a nuestra naturaleza inferior, tan propensa a sublevarse contra toda sujeción y a destruir los resultados que vamos sumando tras pacientes esfuerzos por llevar a posiciones más altas la vida.

—Acaba de tocar usted un punto que se asocia a recuerdos no muy gratos para mí —objetó Claudio, mirando a Mariné significativamente.

—¿Sí?... Lo siento, Arribillaga —respondió ella con viveza—. En ese caso no olvide el estímulo que usted

mismo mencionó hace un rato, pues con ello tendrá un excelente recurso para borrar la huella de tales recuerdos.

Daban las doce y media en el reloj del vestíbulo cuando llegó de Sándara, y con diferencia de pocos minutos, el doctor Laguna.

—Lamento hallarme un poco demorado —dijo el primero, excusándose—; me he encontrado con amigos a quienes no veía desde tiempo.

—¡Oh! Invitados como usted nunca llegan tarde —le respondió el dueño de la casa.

Todos fueron reuniéndose en el *living*.

Claudio ofreció a de Sándara un asiento al lado de Mariné, a quien doña Laura refería en ese momento lo mucho que había deseado conocerla.

—Mi hija no ha hecho otra cosa que recordarla.

—También ella a bordo me hablaba mucho de usted; de modo que ya la conocía y la estimaba desde lejos... —repuso Mariné.

De Sándara, que las escuchaba, intervino a su vez:

—Griselda no mezquinó jamás elogios en favor de su persona, señora, y yo nunca he podido dudar de su exactitud.

—¡Oh! No creo que mis méritos puedan abonar tales elogios —respondió doña Laura—. El afecto y la simpatía suelen llenar con benevolencia muchos huecos. De todas maneras, les estoy muy agradecida, y pueden estar seguros de que les correspondo con mi cariño.

Almorzaron, y horas más tarde, tras una prolongada y alegre sobremesa que contribuyó a favorecer la familiaridad, retiráronse los hombres, requeridos cada cual por sus obligaciones. La señora de Landívar se hizo acompañar hasta el hotel para proporcionarse un breve descanso y hacer una visita esa misma tarde. Doña Laura se entregó

también al reposo, quedando Mariné y Griselda en libertad de expansión.

Teniendo en cuenta que de Sándara había de volver al término de aquel día en busca de Mariné, Claudio invitó al señor Malherbe, a Marcos y a Norberto, a la breve tertulia que se realizaría con ese motivo.

Desde que resolviera con buen tino enderezar sus pasos, había vuelto a una progresiva vinculación con sus amigos y compañeros de ideales; de ahí que aquella tarde, mientras aguardaban al señor de Sándara, se lo viera departir con ellos evidentemente complacido.

Cuando llegó éste, el doctor Laguna, uniéndose a la cordial acogida que todos le brindaron, le manifestó con esa simpática llaneza que lo distinguía:

—Ya sabe usted, señor de Sándara, que mi hija y mi yerno, y cada uno de los amigos que nos acompañan en este momento, han contribuido a familiarizarme con esa simpatía con que ellos lo reciben y que se inspira, no lo dudo, en motivos muy respetables. No me he compenetrado todavía del alcance de sus méritos, pero tratándose de mis hijos, sobre todo, fácil le será a usted comprender que no pueda yo permanecer al margen de lo que es motivo del interés de ellos, y asimismo de su estima y afecto.

La conversación se encauzó rápidamente con amabilidad y desenvoltura crecientes.

—Repetíamos hace un rato —manifestó oportunamente Arribillaga— nuestros habituales tanteos sobre el mundo mental. A ese respecto, nuestro amigo Malherbe destacaba la sencillez y precisión con que nos descubre usted esa realidad.

—Es lo que exigen las realidades inobjectables —respondió de Sándara—. Para referirse a ellas no se requieren revestimientos artificiosos. Quienes recurren

a tales artificios, los necesitan sin duda para dar noticias de ese mundo al cual no tuvieron acceso. Empero, del cúmulo de tantas irrealidades, ha surgido esa gran variedad de conjeturas que excitan permanentemente la curiosidad humana.

—Creo que nadie ha dejado de pensar, siquiera una vez —expresó Norberto—, en la posible existencia del mundo mental, ni creo tampoco que nadie haya dejado de sentir su incuestionable influencia, puesto que se habla del alma, del espíritu, de la conciencia, de las facultades mentales, que, aunque no se han precisado sus funciones con absoluta certeza, mueven y alientan la vida humana con pasmosa energía.

—Hablando de funciones, no sé si los autores que se aventuran a exponer sus ideas sobre el campo metafísico cumplen alguna función constructiva —manifestó de Sándara—; de lo que no cabe duda es de que siempre dejan al lector librado a sus expensas para discernir sobre sus argumentaciones, plagadas de inexactitudes. Obras de tal índole son escritas con gran exuberancia imaginativa; no existe en ellas veracidad y todo se desenvuelve allí en el plano de lo arbitrario. Como es natural, eximo de este juicio a las obras de carácter científico, que presentan hipótesis, muestran los adelantos de la investigación y se abstienen de pronunciamientos definitivos.

Al ofrecerse la oportunidad, Griselda hizo mención de las novelas escritas por de Sándara, diciendo que el lector las absorbía con particular interés por sus conceptos sobre la conducción de la vida en sus diversas fases y edades, y asimismo por sus instructivos contenidos acerca de la ubicación correcta del hombre y la mujer en sus tratos y consideraciones recíprocas, tan diferentes —agregó— de la marcada tendencia a lo exótico, que

lleva a algunos autores a la licencia, de por sí desconcertante.

—Haciendo excepción —acotó Marcos— de los grandes novelistas, es indudable que se han emulado unos a otros en el arte de fantasear, abrazando con fervor casi religioso el elemento trágico, que deja en el alma las angustias de la fatalidad, o entregándose a un romanticismo febril, que casi siempre choca contra el palpitar sincero del corazón.

—Muy acertado —subrayó de Sándara—, pues el corazón no se aviene a endiosar personajes ajenos a la realidad que conocemos y respetamos.

—Quiero completar, si se me permite —terció el señor Malherbe—, el pensamiento de la señora de Arribillaga cuando hizo referencia a los autores de tendencia realista. Yo he leído a muchos de ellos y he visto que incurren en extremos verdaderamente censurables, inspirados, desde luego, por el frenesí de las pasiones, al pintar con toda crudeza los vicios y las lacras de la baja naturaleza humana, sin que pase por sus mentes la idea de que están infiriendo un agravio a la moral ni piensen en las perturbaciones que ocasionan en las mentes juveniles.

—¿Ven —observó de Sándara— qué escasos son los medios y recursos con que cuenta el hombre para elevarse por encima de tanta miseria voluptuosamente preferida a la riqueza moral?

—De acuerdo —concedió Norberto—; pero hemos de convenir que tanto el hombre como la mujer necesitan conocer de jóvenes ciertos episodios de la vida pasional y psicológica para crear sus propias defensas, en lugar de exponer su candidez en beneficio de los aventajados en esas andanzas.

—No hay duda de que hasta cierto punto es necesario lo que usted acaba de expresar —replicó de Sán-

—, mas el caso es que nadie sabe detener a tiempo esa curiosidad y, naturalmente, cuando se quieren acordar quedan atrapados por los sutiles hilos de una corriente frívola que los habitúa a aceptarlo todo porque así lo imponen los tiempos que corren, aunque ese «todo» afecte sensiblemente las buenas costumbres y los sentimientos de quienes siguen esa corriente.

Variando el tema, y a propósito de una sugerencia recogida durante la reunión, el señor de Sándara se refirió a ciertas particularidades que podían advertirse en sus novelas:

—He buscado siempre infundir a los protagonistas todo mi optimismo para atenuar, cuando lo hay, el padecimiento o la tristeza que el alma suele experimentar en los momentos aciagos de su existencia. No los he hecho llorar las miserias de este mundo ni vengar agravios. Hijos de mi pensamiento, debíales una herencia mejor. Los doté, pues, de una capacidad particular para comprender y neutralizar los efectos nocivos del mal en sus propias vidas. Aun cuando reconozco que los dramas humanos, muchos de los cuales desembocan en tragedias, son parte del existir corriente, al hacerlos asomar en mis narraciones procuro enjugar el dolor que trasuntan dándoles un elevado contenido y arrojando sobre la herida abierta a la tristeza el bálsamo de la comprensión, que llega por conducto del espíritu.

»Hay un pasaje de mi niñez —continuó diciendo— que mi memoria conserva con toda la fuerza emocional de aquella edad. Era yo muy pequeño cuando perdí a mi madre. Durante años me sentí profundamente afectado por su ausencia, siendo el llanto el que más de una vez contribuyó a calmar mi congoja. Mi incipiente razón no comprendía por qué, apenas mis ojos se habían acostumbrado a verla y mi corazón a amarla, partió de mi lado

sin que de ella me quedara otro recuerdo que su adorada imagen y su venerado nombre. Pues bien, cuando he debido referir en mis libros, en razón de los hechos que concurren a elaborar la trama de su desarrollo, casos análogos, he procurado siempre transmitir al lector, por entender que debemos ser cautos en la reproducción de episodios o acontecimientos tristes, una sensación edificante, haciendo que éste se sienta consubstanciado con las virtudes que infunden entereza en tan amargo trance de la existencia humana».

Tras un silencio, que nadie interrumpió, de Sándara tomó de nuevo la palabra:

¡Cuántas veces —dijo—, al contemplar los cabellos de la que hoy es mi esposa, he pensado si los de mi madre no serían iguales, y cuántas veces también hube de enjugar en ellos una lágrima de gratitud a la divina Providencia por haberme permitido acariciar con mis manos de hombre los cabellos que no pudieron deslizarse nunca por las tiernas manos del niño!...

A medida que de Sándara hablaba, sus ojos parecían desaparecer de sus órbitas para plasmar en su amplia y difusa mirada la imagen de su pensamiento.

—Desde muy joven —continuó— pensaba yo que no estaba todo en la forma física de las personas. Algo había que, desde la cúspide adonde se remontaban mis aspiraciones, me decía que el espíritu sobrevive a la materia por ser eterna la fuerza que lo anima. Mas ¿qué inviolable secreto hacía que su presencia fuese esquiva a mis ojos? Eso fue lo que me propuse descubrir.

Al llegar aquí de Sándara se detuvo, mientras apretaba distraídamente contra el cenicero la colilla semiapagada de su cigarro.

Valiéndose de esa pausa, el doctor le preguntó si había logrado desentrañar ese misterio, a lo que de Sándara

ra, prevenido ya contra la desconfianza de la ciencia, que apoya sus cálculos sobre bases y comprobaciones materialmente concretas, respondió:

—Desde el punto de vista de mis exigencias, sí. Sabemos perfectamente que existen en nuestras vidas dos realidades innegables que se mantienen entrelazadas en forma admirable, hasta tanto una de ellas, la material, cesa en su función física. La inmateral, en cambio, constituida por la esencia de nuestro espíritu, perdura. Si todo se redujese en el hombre a lo terreno, como en los animales, habría en él la más absoluta indiferencia ante la desaparición de sus semejantes, aun los más próximos. La bestia, aunque doméstica, carece de conciencia y de sensibilidad y, por lo tanto, no puede afligirla la pérdida de uno ni de todos los individuos de su especie. Es obvio pensar, entonces, que siendo el hombre un ente inteligente, aspire a descubrir cuanto existe y gira en derredor de su espíritu. Hemos sido dotados con dos maravillosos sistemas: el mental y el sensible, y sabemos que merced a ellos se han podido intentar las más arriesgadas empresas en la investigación, desde la del átomo, que nos muestra su energía ultrapoderosa sustentando las fuerzas cósmicas y telúricas del planeta, hasta la de las inmensas estepas siderales y la bóveda espacial tachonada por miríadas de estrellas. Y si todo eso es accesible al saber humano, ¿por qué no ha de serlo también la órbita activa de ese mundo incorpóreo, cuyas vibraciones recibe nuestro ser sensible por conducto de nuestra mente y de nuestra alma? Tras lúcidos esfuerzos de la reflexión analítica llegué un día a la conclusión de que el espíritu individual no es esclavo de nuestro antojo ni se halla unido a nosotros como un insufrible hermano siamés, y que, si bien nos pertenece, lo poseemos en la medida que le damos participación en los asuntos de nuestra vida. Recuerdo que fue en los

años de mi mocedad cuando rompí lanzas con la duda pasiva, que adormece los sentidos y mantiene postrada a la inteligencia. Tal ocurrió al transformar yo esa duda en activa y enfrentar sin rodeos inútiles el conflicto que desde tiempo inmemorial la ciencia mantiene con el espíritu. Eso me permitió entrar decididamente en el mundo incorpóreo, a todas luces inaccesible para la mente y la sensibilidad comunes. El espíritu se manifiesta y obra allí sin las restricciones que le impone la presunción humana, tan propensa a negar a ciegas lo que cree inexistente. En ese inconmensurable mundo metafísico, en ese «reino de los cielos», cuán bien se aprecia la sabiduría, la misericordia y la prudencia del Supremo Creador en obsequio del más soberbio, fatuo y temerario de sus súbditos: el hombre. Meditando sobre el complejo mecanismo de las leyes universales, tan maravillosamente armónicas y precisas, pienso que no nos queda otra alternativa que reconocer el sublime resguardo y tacto de la Augusta Voluntad frente a los desbordes de la ambición, la codicia y la insensatez que el ser humano pone de manifiesto en grado superlativo al pretender disputarle palmo a palmo su potestad sobre lo creado... Pues bien, buscando a mi madre en la inmensidad de ese mundo, no en su imagen física ni en las ternuras de su afecto, sino en su representación simbólica y en la excelencia de su función espiritual, la hallé sobreviviendo a la carne en su postura inmortal ante mi espíritu. Ella, mi madre, desaparecía así como tal para confundirse, en la concepción suprema de su excelsa misión, con el alma de todas las madres; con el alma de la que aparece luego encarnando en la madre de nuestros hijos para prolongar la vida del género humano hasta el fin de los siglos.

—Mueve usted con pericia el escenario metafísico —expresó Laguna—. Diríase que todo obedece en usted al deseo de hacernos comprender esa verdad que, según

sus afirmaciones, existe en cada episodio o movimiento psicológico de sus ideas.

—Es un deseo que me pone a disposición de ustedes en este momento y siempre para cualquier aclaración que desearan de mí.

Mas nadie puso de manifiesto esa necesidad, escuchándose tan sólo las opiniones de unos y de otros, en las que los estados de ánimo de los más jóvenes se confundían con el reposado y sentido acogimiento de los mayores. Entre todos, Claudio fue de los más parcós, prefiriendo reservar para sí lo que de Sándara le dejara entrever en sus palabras.

El matrimonio Arribillaga cenó solo aquella noche, después de una jornada feliz y pródiga para sus espíritus.



Los siguientes días ofrecieron a Claudio y Griselda el matiz alentador que particularizó los primeros contactos con sus amigos en Buenos Aires.

Arribillaga había mantenido dos entrevistas con de Sándara, que le sirvieron para sincerarse a fondo y plantearle con extensión sus problemas de orden interno, a raíz de lo cual obtuvo su valioso concurso en el sentido de afirmar sus propósitos tendientes a vencer la obstinada resistencia de los pensamientos negativos con mayor arraigo en su mente, que eran también los que más gravitaban sobre su ánimo. Todo ello contribuiría a orientar en forma definitiva sus pasos hacia la meta ideal erigida como objetivo de su vida.

—Cúidese usted mucho —hábiale dicho aquél al término de la segunda entrevista— de incurrir en el gravísi-

mo error de fabricar un dios destinado a servirle incondicionalmente.

—¿Cómo es posible que un ser en sus cabales pueda caer en tamaña aberración?

—Muy sencillo: se acondiciona la idea de Dios a las conveniencias personales y se estima Su Amor, Su Justicia y Su Compasión tal como alcanza a concebirlas la limitación individual. Desde luego, semejantes apreciaciones no condicen con la realidad; de ahí que quienes así conforman sus juicios sufran luego crueles desengaños.

Bajo la influencia de las sensaciones promovidas en él por la frecuente asistencia del amigo, y acicateado cada vez más por la necesidad de acrecentar su saber, Claudio fue haciendo de la reflexión un hábito. «Hay dos fuerzas —decíase a sí mismo, con atinado juicio— que se disputan el dominio de nuestro ser: la física o material, que gobierna los sentidos y el instinto con indiscutible preponderancia sobre nuestra naturaleza inferior, y la espiritual, metafísica o inmaterial, que abarca dos sistemas: el mental y el sensible, constituidos, uno por nuestro prodigioso mecanismo pensante y creador, y el otro por la sensibilidad, los sentimientos y los divinos atributos del corazón. Entre esas dos fuerzas, la voluntad es el péndulo oscilante que, como una palanca, abre y cierra las puertas de nuestra felicidad...».

Estos conceptos, que iban definiéndose claros y terminantes en la mente de Claudio Arribillaga, subyugaban su alma, que acariciaba a menudo la prematura idea de llegar a ser un portento de sabiduría. Pero, ¿para qué deseaba él la posesión del saber? ¿Había pensado en ello seriamente? Tras la consulta apareció a sus ojos la pugna de esas dos fuerzas que de tiempo sentía debatirse dentro de su ser. Una sana, generosa, inflamada de virtuoso sentir; otra disfrazada de noble aspiración, mas enarbo-

lando su pendón característico, en el que la codicia y la ambición asomaban juntas. Repetidas veces, al advertir las trapacerías del instinto y la fascinación de los sentidos sobre su voluntad, había celebrado con inefable regocijo la salida airosa de tales experiencias, pero ¡cuánto debería esforzarse aún para llegar a sorprender en cada una de sus solapadas arremetidas a su implacable enemigo, la naturaleza inferior, en su obstinada pretensión de reinar sobre su vida!

«¿Por qué mientras unos necesitan siglos para descifrar los enigmas que se anidan en el fondo de sus almas —siguió interrogándose Claudio, en tanto avanzaba en sus reflexiones—, otros logran descubrir sin dificultad sus claves, como si se tratara de meros problemas matemáticos que la pericia en el cálculo resuelve al instante?... ¡Cuán inmenso abismo el de la ignorancia, que engaña a los hombres cuando por refracción de la luz aparece en sus oscuridades el espejismo de las cumbres! Mas ¿qué pesado letargo abrumba las mentes para que requieran tan crecido número de explicaciones antes de resolverse a salir del mundanal aturdimiento? Increíble es lo que cuesta al hombre llegar al convencimiento de su inhabilitación espiritual; y le cuesta, sin duda, porque nunca entró en sus proyectos, como posibilidad digna de ocuparle el tiempo, llegar a sentir la necesidad de un despertar interior. Es incuestionable que mientras éste permanezca en la ignorancia de tales verdades, todo se reducirá a escanciar la copa de la vida, a grandes sorbos cuando le embriega el placer, y a muy pequeños y medidos cuando se torna amarga y desagradable a su consentido paladar». Llegado a este punto se le hicieron inesperadamente presentes unas palabras de su amigo, ajustadas a los pensamientos que en ese momento cruzaban por su mente: «Revocará el hombre la sentencia

que fija para su vida un destino incierto y azaroso con sólo reabrir el proceso de su evolución, que le llevará a alcanzar el juicio benévolo de las alturas, que es también el de la Historia. Unirá sus fuerzas y su tesón al de las almas que buscan la verdad, la verdad sin mácula, que agrupa en su seno todos los arcanos de la Sabiduría, y sentirá cómo se hermana con ellas en el más sublime de los parentescos».

Al paso que hilaba, asombrábale comprobar la relación que tenían las palabras de su preceptor con lo que le acontecía interiormente, y hubo un instante en que, al evocar su mirada, experimentó una particular emoción, cual si de nuevo sintiera que algo escrutaba los ámbitos más recónditos de su conciencia. Acompañado por el dulce aleteo de esperanzas que lo revivían y estimulaban, comparó Claudio el calibre mental y moral de su preceptor con el de los amigos en cuya compañía había perdido deplorablemente el tiempo, y le pareció como si vivieran en edades primarias, rondando en torno de los mitos que la ceguera espiritual erige como alicientes únicos de la vida.

—Es curioso lo que suele acontecerme cuando estoy junto a de Sándara —decíale días después a Griselda en tono confidencial—. Mientras escucho sus pláticas y procuro asimilar sus palabras, percibo en mí una lucidez que me asombra. Créeme, querida, que a veces tengo la impresión de que me meto dentro de otro Claudio, equipado con un extraordinario órgano pensante que me permite concebir ideas preciosas y sentir y mirar la vida desde un ángulo totalmente ignorado por mí. En ese estado, que debería esforzarme en hacer permanente, cuán fácil me resulta comprender que existen realidades a las que yo permanecería ajeno aún, si no hubiese llegado para mí la hora del despertar y la conciencia no me expresara el reclamo de otro género de vida en el que

pueda experimentar las delicias de un existir incomparable y pleno de ventura.

Griselda, a quien complacían sobremanera tales declaraciones nacidas del alma de su esposo con simpática espontaneidad, contribuía con el rico caudal de su afecto y su bien dotada inteligencia a hacer más firmes, duraderos y conscientes los efectos entusiastas de aquellas comprobaciones. Sabía ella hacerse cargo de lo mucho que Claudio tendría que luchar todavía, pues no se le ocultaban ciertos asomos de vanidad que por momentos lo cegaban haciéndole superponer su estiramiento a las satisfacciones sencillas de la humildad. Sin embargo, ella lo había visto salir repetidamente triunfante de los trances a que lo llevaban sus debilidades, prueba innegable de que iban cediendo terreno. Más de una vez vio a éste doblegar su orgullo y mostrarse sin la pompa con que el engrimiento reviste y desluce los méritos que se poseen. En tales oportunidades desaparecía la personalidad con su séquito de veleidades dando lugar al ente sensato, noble y sincero, aprisionado en el lugar más reducido del pequeño mundo interior humano.

Durante el tiempo que llevaban casados, tanto él como ella habían logrado comprender dónde residía el punto clave de la armonía que debía reinar entre ambos. El estudio sereno y consciente de sus propias experiencias les había permitido descubrir que la armonía conyugal radica en el mutuo respeto y en la honra que cada cual es capaz de dar a su nombre y a la sagrada institución de la familia ajustándose a la ética elevada que en forma natural y espontánea es deber practicar. Importaba en particular que fuesen comunicativos, mas respondiendo siempre a los impulsos propios de la intimidad y no por una obligación, ya que todo debía concurrir armónicamente a la eficaz actuación dentro del

mundo familiar, que es parte del campo experimental del mundo extramaterial que estaban conociendo. Mas ni uno ni otro habría de interferir en el proceso interno que ambos seguían en busca de la ansiada felicidad. La vida interna es inviolable; su virtud es la discreción, que la ampara contra toda eventualidad; su encanto está en su secreto, que sólo el dueño de esa intimidad conoce y disfruta.

La presencia de Mariné, en cuya compañía Griselda se recreaba a diario en aquellos días, sería, a no dudarlo, de gran provecho para ella y para la estabilidad futura de su hogar, ya que su asistencia le facilitaría trascender muchos de los escollos psicológicos que podían presentársele para conturbar su alma de mujer que aspira a una mayor perfección en el cumplimiento de su misión genérica. La vida matrimonial encarada en una formación espiritual a prueba de vacilaciones, donde la comprensión es base y mutuo sostén del amor profesado, tenía para Griselda el valor de algo inefable. Todavía sin la seguridad necesaria para moverse con el acierto deseado —cosa que para ella constituía la realización del más dorado sueño—, su sensibilidad, supliendo lo que no estaba al alcance de su razón, le permitía captar muchos detalles factibles de ser mejorados, a lo cual disponíase de buen grado para facilitar el desenvolvimiento armónico y feliz de la vida hogareña.

Por tal motivo sentíase dichosa, y mientras Claudio experimentaba las más saludables reacciones al gustar la prodigiosa esplendidez concedida a toda conciencia humana que sobrepasa los campos trillados del saber común, en su corazón de mujer se iban reafirmando el ahínco y la dedicación con que se aprestaba a triunfar sobre los acontecimientos que el continuo transcurrir de la vida presenta tras cada amanecer.



Fue durante la permanencia del señor de Sándara en Buenos Aires cuando se le ofreció nuevamente a Claudio la ocasión de verificar su firmeza en la práctica de una conducta exenta de intromisiones extrañas a sus anhelos.

Había logrado hasta entonces substraerse al incansable asedio de sus amigos, que, poco dispuestos a disminuir su número, arreciaban de tanto en tanto con llamados telefónicos y visitas a su estudio proponiéndole participar en las andanzas de sus mal orientadas vidas. Las negativas de éste, expresadas sin titubeos ni vacilaciones, parecían haberlos ahuyentado al fin; por lo menos así lo había supuesto Claudio, mientras veía con alivio pasar los días sin que aquellas proposiciones se repitieran.

No obstante, cuando menos lo esperaba, lo sorprendió una visita de Luciano, que presentóse una tarde en su estudio.

—¡Estoy ardiendo en deseos de saber de ti! —exclamó éste, enfáticamente, al entrar—. ¡No se te encuentra en ninguna parte! Te he llamado por teléfono sin éxito, y con igual suerte he venido varias veces a verte; ¿en qué andas?

—¡Hombre, en nada del otro mundo!... Sencillamente, me hallo ocupado con la visita de unos amigos llegados del extranjero.

—¿Ese señor de Sándara, tal vez?... —preguntó Luciano, con un dejo de ironía.

—Tú lo has dicho —le respondió Claudio, con seriedad.

La sonrisa de Luciano tornóse inexpresiva, contenida por la actitud austera de su amigo.

—Vienes seguramente a proponerme alguna juer-ga... —expresó Arribillaga, volviendo a su cordialidad habitual.

—¡Figúrate!..., ¡y qué buena!...

—Sin embargo, tendrás que prescindir de mí; te lo imaginarás...

—¿Por qué?

—Lo sabes.

—¡Eso es una locura!

—Júzgalo como quieras; eres dueño. En cuanto a mí, trata de comprenderme y procura no insistir en adelante. Ya sabes, Luciano, que estoy resuelto a abstenerme de andanzas y sugerencias que no convengan a mis responsabilidades actuales. ¿Por qué habría de enajenar mi vida atándome a compromisos que me absorban un tiempo del que quiero hacer mejor uso?

—¿Ajá?... ¡Quién lo diría!... Yo creí que cuando te jactabas de ser dueño y señor de tus ideas y de tu voluntad ponías en ello firmeza.

—Entonces estaba en el error; ahora me he propues-to reparar ese error y no he de variar.

Luciano, aferrado a sus razones, o poseído por ellas, y convencido de hallarse en lo cierto, replicó:

—Discúlpame, pero me parece que ésa es una de-terminación poco juiciosa en un hombre como tú.

Y tan pronto hubo dicho eso, con expresivas mues-tras de que la decisión de Claudio de ningún modo le entraba, volvió briosamente a la carga describiéndole la perspectiva de un «programa monumental». La invitación cobraba en sus labios gran seducción, al adornarla con cuanto artificio se le ocurría para despertar las apeten-cias de su amigo, que se mantuvo, no obstante, imper-

térrito y sordo al murmullo insidioso de los sentidos que espoliaban sus instintos.

—Escúchame, Luciano —le dijo, al margen ya de su paciencia—. Es menester que comprendas de una vez por todas que eso ha terminado. Debes convencerte de que estoy absolutamente decidido a conservar mi libertad, tal como yo la entiendo. ¡No iré, pues!; ésta es mi respuesta. Y te ruego encarecidamente respetes mis ideas, como yo respeto las tuyas.

—¿Lo dices en serio?... ¿De veras, Claudio?

—Así es.

—¡Yo no podría compartir jamás tu manera de pensar!

—Lo siento, Luciano; yo tampoco pensaba antes como pienso ahora. Pero al fin comprendí mi engaño; pue-
de que también tú lo adviertas un día. Cabe esperarlo...

—La verdad —insistió Luciano— es que me cuesta convencerme de una cosa así. ¿Es tu última palabra? ¡Qué ha de ser!... Estoy seguro que vendrás con nosotros, aunque sea por última vez.

Viendo Claudio que su amigo desviaba hacia el lado de la chanza su respuesta, tornándose obstinado, se afirmó aún más en su postura, y, poniéndose de pie, le tendió la mano, despidiéndole con estas palabras:

—Si a esto has venido, lamento decirte que pierdes el tiempo. Por favor, procura no insistir.

Al retirarse Luciano, Claudio respiró con desahogo. Le había parecido ver detrás de su amigo la sugestiva figura de Mefistófeles, a quien acababa de ahuyentar con decisión y energía, cansado de representar el triste papel de Fausto.



Coronó la estadía de Ebel y Mariné en Buenos Aires una cena en casa de los Arribillaga, de la que también participaron Cristina y el señor Malherbe, además de los padres de Griselda.

Ésta se llevó a cabo en medio de chispeantes ocurrencias, y cuando finalmente pasaron al salón, el espíritu jovial de los concurrentes no aminoró el ritmo de sus expansiones; y así habría continuado, si un coloquio entre de Sándara y el doctor Laguna no hubiese polarizado la atención, con lo que la actitud mental varió casi instantáneamente, disponiéndose todos a participar de un tema más serio.

—¿Cuáles serían entonces los motivos esenciales que rigen su pensamiento en materia de investigación trascendente? —preguntaba el médico en aquel momento.

—Por supuesto que tales motivos no me permiten apartarme de los cánones que rigen la conducta científica —le respondió de Sándara.

Se interrumpió un instante para servirse un cigarro de la caja que Patricio le ofrecía, y continuó:

—Yo avanzo por otros caminos. Sigo otros métodos; métodos propios, conformados en el campo mismo de la experiencia y elaborados mientras adapto y readapto mis sentidos y mi juicio a las exigencias de un rigor que no perdona descuidos ni distracciones. Como podrá usted suponer, cuando me decidí por este género de investigaciones internándome en el mundo metafísico donde tantas verdades y satisfacciones he hallado, no dejé de prever las dificultades que encontraría a mi paso.

—Perdone, señor de Sándara, que interrumpa con una nueva pregunta. Cuando usted dice mundo metafísico, ¿a qué se refiere?

—No al que ocupó y ocupa la atención de los filósofos antiguos y modernos, pronunciadamente inclinados

a concebirlo como emergiendo de lo absoluto y, por lo tanto, infranqueable a la experimentación del hombre por las limitaciones propias de su naturaleza corpórea. En mi opinión, ese mundo es consubstancial con nuestra vida, lo cual permite que los pensamientos e ideas que viven en nosotros mantengan perfecta correlación mental con el proceso de la vida universal. Los hombres de ciencia, escépticos por excelencia, desdeñan cuanto se relaciona con las manifestaciones del espíritu y con nuestro mundo interior, exclusivamente mental y sensible. Cierta vez, al visitar un laboratorio donde trabajaba una pléyade de distinguidos investigadores, hube de detenerme ante el afán del hombre que, buscando dominar el universo, escudriña las fuerzas del átomo, aísla bacterias y combina elementos poderosamente destructores mientras abandona la guardia de sus defensas internas y cede, para mofa de su soberbia y humillación de su espíritu, al dominio que instintos y pasiones ejercen sobre él. «Pues bien —me decía en aquella oportunidad—; que cada uno haga como lo preceptúa la fórmula ritual “según su leal saber y entender”, y sigamos nuestra senda. Dejemos que los hombres de ciencia continúen buscando el misterio de la vida en la célula material, mientras nosotros conservamos la certidumbre de haberla hallado en la célula mental; dejémoslos entregados al devaneo de estrujar en sus manos el pensamiento de Dios y someter el cosmos a su voluntad, mientras nosotros proclamamos su augusta presencia en cada partícula de la Creación y lo adoramos en la única forma grata a sus divinos ojos: trabajando por nuestro bien y el de nuestros semejantes, reconstruyendo la vida con lo más ponderable que encontremos dentro de nosotros mismos y completándola con lo más valioso que seamos capaces de lograr para dignificar el destino de la especie a la cual pertenecemos».

—La abundante colección de conocimientos que usted posee, señor de Sándara —intervino doña Laura—, será sin duda fruto de largos años de labor.

—Efectivamente, señora; de largos y fatigosos años... A través de ellos he logrado reunir para mi uso particular eso que usted acaba de llamar «colección de conocimientos», en verdad lo más precioso que hallarse pueda dentro de ese mundo del cual hablábamos. Merced a ello he podido fijar en mí las sensaciones sublimes que se experimentan al reproducir las imágenes contempladas allá, en la esfera metafísica, en esa infinita inmensidad tanto más inaccesible cuanto más remotas son las posibilidades individuales de penetrarla. Eso me ha permitido vivir dichoso y sentirme tan a gusto allí como en el mundo donde estamos viviendo.

—¿Me permite?... Yo pienso —objetó el doctor Laguna con ánimo de aclaración— que todo descubrimiento debe darse en pertenencia a los hombres, para que con él se beneficien. Si bien muchas de sus palabras denuncian en usted esa generosa conducta, lo que acaba de decirnos ¿no podría llevar a suponer que utiliza los suyos en obsequio exclusivo de su persona?

—Verá usted cómo suelen engañar las apariencias —le respondió de Sándara; y agregó al punto, con perspicacia—: Por cierto, no descarto la posibilidad de que haya usted querido promover un amplio movimiento explicativo de mi pensamiento respecto de una concepción que podría haberle parecido aventurada.

Sin negar la hipótesis, el doctor sonrió.

—Los conocimientos científicos —continuó de Sándara— benefician al que se sirve de ellos; en ese punto estoy seguro de que coincidimos sin reservas. Pues también se benefician con estos de los cuales es-

toy hablándole, ya que no son exclusivos de nadie, los que sin prejuicios y sin pretensiones de modificarlos acuden a ellos y se someten a su acción prodigiosa. Lo único exclusivo es lo que cada uno logra para su propia ventura al tomarlos por guía. Como usted comprenderá, ninguna otra cosa podría ser más grata a mi espíritu que acercar un alma a ese mundo y sostenerla hasta que por sí misma se convenza de que no existe nada comparable a ello para poder sentirse feliz en la máxima expresión del término. Me interesa vivamente cuanto comprende la maravillosa conformación del hombre, mas en mis estudios hago abstracción de su constitución biológica, regida, como sabemos, por leyes que gobiernan la vida celular sin el concurso de la voluntad. No me cansaré de repetir, doctor Laguna, que mis conocimientos no se prestan al examen frío y analítico de los hombres de ciencia; no puede prestarse al estudio y la investigación llevados a cabo de ojos para afuera, lo que dentro de uno mismo, en la propia vida, ofrece el campo experimental más vario y rico. Los conocimientos cuyas virtudes encarezco tienen la propiedad de penetrar en la vida psicológica y mental del individuo, allí donde el hombre se adueña de su destino en tanto aprende a usar su inteligencia, su voluntad y energías, dirigiéndolas hacia el punto en el cual se opera el enlace sublime de su vida con el pensamiento que anima la Creación. Yo sólo puedo auxiliar el entendimiento del que se propone emprender ese quehacer hasta los límites permitidos; pero señalarle el punto de enlace, no, porque su ubicación es en cada ser humano diferente. Mientras en los menos se halla, podría decir, casi al alcance de la mano, los más deben cubrir largas y abrumadoras jornadas de lucha para llegar a él. Por otra parte, cada uno tiene su

forma particular de moverse... En fin, se trata de una variedad de situaciones absolutamente complejas; sin embargo, no hay obstáculo que se oponga a las aspiraciones de lograr esa meta siempre que el interesado esté dispuesto a educar los movimientos internos que con ese objeto deben realizarse, acostumbrándolos a un ritmo de aceleración que tienda a quebrar la resistencia de ese hábito que todo lo acomoda lenta y perezosamente en las anchuras del tiempo.

—Lamento tener que expresarle que en lo que concierne al ejercicio técnico de la profesión científica disiento en parte con usted, señor de Sándara; creo advertir cierto prejuicio en lo que atañe a los hombres de ciencia y, como usted comprenderá, me gustaría dilucidar un asunto tan importante para nuestras mutuas convicciones.

—No ha sido mi intención, querido doctor, menospreciar el mérito indiscutible de los hombres de ciencia, ni existe en mí tal prejuicio; pero convengamos que la explicación de los grandes enigmas encerrados en la persona humana se mantiene aún inaccesible para la ciencia. Filósofos y psicólogos no tuvieron tampoco mayor éxito al abordar los misterios de la psiquis. Ciencia y filosofía nunca señalaron un camino que condujera al hombre a la verdad sin vacilaciones, sin los interminables rodeos de sus teorías e hipótesis puestos a manera de mojones para determinar caminos inciertos. Día llegará, sin embargo, en que la una y la otra, ciencia y filosofía, tomarán cartas en el asunto para rectificar conductas y errores en la apreciación del hombre y su destino.

—Ateniéndome a sus conceptos, deduzco que eso acontecerá cuando los científicos, los filósofos, psicólogos y demás interesados en el asunto, decidan por convencimiento estudiar sus propias psicologías.

—¡Ahí está la clave! En el estudio de sus propias psicologías: el espíritu, la conciencia, la vida de los pensamientos y las mil reacciones internas que no siempre salen a la superficie, pero que forman, entre tantas otras cosas, el mundo de cada persona.

—Creo que tendremos que admitir, señor de Sándara, que si la duda es inseparable de la ciencia, también lo son las convicciones tras la evidencia.

—Exactamente, doctor Laguna; y eso podrá usted lograrlo mediante comprobaciones, tan pronto decida llevar la ciencia dentro de su propia persona.

—Eso me hace suponer —expresó, recapacitando, el padre de Griselda— que para sobrepasar en alto grado las condiciones de nuestra potencia psíquica y mental se impone la ejecución de un proceso de adiestramiento interno. Interno porque se trata de acrecentar lo que está dentro y no fuera de nosotros. Ya ve usted, señor de Sándara —agregó jovialmente—, que voy familiarizándome un poco con sus fórmulas.

—Aprovecharé entonces para agregar que es también de rigor crear las condiciones que la vocación superior exige, a fin de poder aumentar, en constante esfuerzo, la capacidad de penetración y discernimiento de la inteligencia.

—Es absolutamente comprensible.

Se detuvo allí el doctor, al parecer satisfecho, mas dio en seguida curso a esta otra pregunta que lo aguijoneaba:

—¿No cree usted que otros hayan andado ya por el mismo camino?

—Prefiero no ser categórico en la respuesta; me limitaré tan sólo a hacer notar una posible diferencia. Esos otros, a quienes usted se ha referido, recorrieron de él apenas unos trechos, que no cuentan, cierta-

mente, si se los compara con su verdadera extensión. Tal circunstancia hace que a su regreso exhiban en alto el fragmento de verdad hallado —hallado sólo por casualidad— y lo usen no para exclusivo bien del semejante, sino para adquirir notoriedad. ¿Qué uso se ha hecho de ese fragmento de verdad?... ¿Para qué ha servido?... Para sembrar por el mundo teorías a granel, muchas de las cuales derivan en apasionantes esnobismos, tan inútiles como insubstanciales. No puede afirmarse que se ha andado por ese camino cuando de él se ignora lo esencial, es decir, qué zonas del saber atraviesa, qué exige su tránsito por él y qué ocurre al aproximarse a sus escarpadas cumbres. Convengamos, pues, en que sabe mucho más y es asimismo más consciente de su saber quien cubrió extensos tramos del mismo, que quien se detuvo a escasa distancia de su punto de partida. Podemos decir abiertamente que ese camino o sendero, el de la vida universal, es también el de la propia vida cuando el hombre resuelve consumir la alta finalidad de la existencia. Ese camino está poblado por presencias de toda especie, animadas unas, inanimadas otras, pero visibles todas para la mirada escrutadora del observador inteligente y sagaz. Sólo la torpeza de los sentidos impide verlas, ya que ese camino es el mismo que todos recorren; la diferencia estriba en que mientras unos marchan por él descubriendo a su paso muchas cosas, otros, por más que anden, no ven absolutamente nada. Las oportunidades que unos pierden por desidia, indiferencia o inadvertencia, son sin embargo las mismas que otros, más aprovechados y capaces, usufructúan. Podrá servirnos para ilustrar este hecho el caso de los rutinarios, que repiten hasta el últi-

mo de sus días los mismos movimientos, las mismas cosas y llevan consigo los mismos pensamientos, y también el de los que realizan estudios, acometen con éxito empresas difíciles y riesgosas y despliegan una actividad múltiple, mas sin extender nunca la vista fuera de la órbita en la cual se mueven.

—Estarían en la misma situación del enfermo que ignora, para curar su mal, la existencia del remedio que a otros les ayudó a recobrase.

Dicho esto, el doctor Laguna permaneció en silencio. Quizás recordara allí lo que su yerno le dijera cierta vez, al afirmarle que de Sándara era refractario a los vuelos de la imaginación, tan propensa a recrearse sobre el terreno de la fantasía, apreciación de la cual él mismo podía dar fe ahora, asegurando que en sus palabras no había observado el más leve asomo de articulación quimérica.

Doña Laura intervino en tanto:

—Habrà luchado usted mucho, señor de Sándara... Sin duda habrá contado con muchos enemigos...

—No puede haber lucha sin enemigos, señora, y yo en verdad los he tenido...

Como si las palabras de doña Laura hubiesen encendido en él recuerdos de épocas lejanas, al remover las cenizas que cubren los tizones de ese fuego eterno que palpita en los corazones que han sufrido mucho, de Sándara continuó:

—La vida es lucha, lucha constante; y la mía lo fue de singulares proyecciones. Mas nunca deprimieron mi espíritu las malas artes usadas por quienes me atacaron emboscados como los salteadores de caminos, creyendo que podrían saquearme y aun eliminarme. No sabían, por cierto, que los bienes del espíritu son patrimonio inalienable e indestructible.

—Debe sentir usted una gran satisfacción por haber triunfado en esa lucha... —conjeturó doña Laura.

—He considerado siempre mis triunfos como estímulos inapreciables para apuntalar mis convicciones y penetrar más hondamente en la brecha abierta dentro del vastísimo campo de las ideas y de los conocimientos.

Efectivamente. No era de Sándara de los que se dejaban atraer fácilmente por los sahumeros con que Armida adormece a Reinaldo en el poema de Tasso, ya que nunca lo habían envanecido los éxitos. Sin dar lugar a que la celebración de un triunfo detuviera nunca el ritmo de sus actividades, habíase dedicado con exclusividad a transformar en esencia de enseñanza los sabores de jornadas que parecían interminables, depositándolas en las páginas de sus libros como fruto de sus contiendas psicológicas, para que sirvieran de pauta e incentivo a quienes los necesitan para la defensa de sus vidas.

Una copa de champaña en honor de los huéspedes, que emprenderían su retorno al día siguiente, dio motivo a nuevas exteriorizaciones del sentir.

Brindó Claudio por la felicidad de los mismos, cerrando su breve discurso con estas palabras:

—Sé que existe una jerarquía tanto en los afectos como en la amistad, y yo he ubicado a usted, señor de Sándara, y a su familia, en el sitial más alto de mi estima y admiración. Su amistad, con la cual me honro, me ha enseñado a distinguir sin equívocos lo que debe ser para mí motivo de permanente adhesión y respeto.

Le siguió en el uso de la palabra el doctor Laguna, y luego Malherbe, quienes en términos efusivos y cordiales ofrecieron a los amigos sus augurios de un viaje feliz y un próximo regreso.

—Mucho han conmovido mí espíritu —agradeció de Sándara— estas sinceras expresiones del sentimiento que acabo de escuchar. No encuentro mejor forma de retribuir a tanta amabilidad que el dar a todos la seguridad de que tales expresiones son correspondidas ampliamente en mi sentir y que guardaré en mi recuerdo, como algo tierno y valioso, estos ratos tan agradables que hemos pasado juntos. Que los días futuros —agregó, alzando su copa—, y hasta donde alcancemos a llegar en esta vida, sean una constante afirmación de la amistad y simpatía con que todos los presentes hemos acogido el afecto que nos tributamos.

—¿Cuándo volverá usted por estas tierras? —inquirió luego el doctor Laguna, con gesto cordial.

—El retorno, si nada se opone —dijo de Sándara—, será para radicarnos aquí definitivamente; hace tiempo que acaricio la idea de volver a mi país de origen.

—¿Tendremos que esperar mucho ese día?... —preguntó doña Laura.

—Antes deberemos disfrutar nosotros de la visita de sus hijos, señora, que nos han prometido seguirnos sin mucha demora en nuestro viaje a México.

Se acentuó a partir de allí una comfortable sensación de alegría, que contribuyó a que todos guardaran de aquella velada un recuerdo feliz.

Cuando momentos más tarde Ebel, Mariné y Cristina entraron en su departamento del hotel, les esperaba sobre una mesa, junto con algunos vistosos envoltorios, un artístico manojo de rosas de cuidados tallos, en cuya tarjeta se leía: «Claudio y Griselda, afectuosamente».

—¡Qué cariñosos son!... —exclamó Mariné conmovida, mientras contemplaba con ojos admirados el sugestivo presente.

A pedido de Ebel, desarrolló luego el regalo dedicado a su esposo, dejando a la vista un hermoso poncho de vicuña de finísima hebra, que admiraron y ponderaron repetidamente.

Mientras Cristina y Mariné se ocupaban de sus respectivos obsequios, de Sándara, emocionado por la actitud de sus amigos, guardaba silencio, gustando la dicha de haber contribuido a la felicidad de aquéllos. ¡Cuán inefable paz inundaba en ese momento su conciencia!

El hombre, en su andar por el mundo, poco o nada se ocupa de ella; mas un día, cuando apremiado acaso por la adversidad decide regirse por sus dictados, debe sufrir la amarga decepción que le acarrea esa conducta. Inmovilizada, adormecida por su larga inactividad, la conciencia ya no ejerce fuerza ni autoridad sobre él. No la ilustró en los claros preceptos del bien, no la enriqueció con los elementos valiosos que la observación y el juicio acumulan a través del estudio y la experiencia, no le confirió los conocimientos de naturaleza pura y elevada que habrían de exaltarla en su función rectora de la vida. Llegado el hombre a ese punto crítico, no puede en absoluto decir, como suele hacerlo, que se halla en paz con su conciencia por el hecho de no haber ocasionado mal a nadie. ¡Cándida manifestación del egoísmo humano, que ignora u olvida que también se ocasiona mal al semejante cuando se lo priva del bien que puede hacerse!... ¡Cuán diferente es, sin duda alguna, la paz de aquel que, después de cumplir consigo mismo ilustrándose en el conocimiento del bien, extiende generosamente ese bien al prójimo, iniciándose en la práctica de tan humanitario deber! ¡Oh bello sentimiento del alma humana que jamás debería apartarse de los corazones!

Un reloj de las cercanías dejó oír dos campanadas.

Cristina, sobresaltada por la hora, se apresuró a despedirse.

Ebel y Mariné quedaron solos.

No tardó el silencio en envolver la estancia, guardando el reposo de sus moradores, que se remontaron en sueños hacia las regiones donde el corazón siente la influencia de la vida inmaterial y el espíritu echa su vuelo magnífico por los espacios del reino donde ocurren los más sublimes alumbramientos.



Aún no del todo desvanecida la imagen del avión que transportaba a sus amigos, Claudio meditaba con sereno juicio sobre lo vivido en el transcurso de aquellos días. Al par que la fuerza fertilizante de los conocimientos con los cuales su mente estrechaba progresivo contacto, manifestábase en él, como inquietud del alma, la angustia proveniente de la escasa actividad espiritual desarrollada por él hasta entonces. Pensamientos que tal vez la conciencia utilizaba para hacerse escuchar, le llevaron a pensar en cómo se esfuma la vida cuando los años transcurren sin que hechos sobresalientes hagan gustar al hombre el sabor exquisito de las proezas que la voluntad, guiada y estimulada por profundos anhelos de elevación espiritual, es capaz de realizar.

Pensó en la monótona sucesión de los días sin variaciones ni perspectivas halagüeñas, que nos denuncian el acompasado ritmo con que el tiempo mueve las pesadas ruedas de su ley inexorable, mientras quedan trituradas, como los granos en la poderosa garganta del

molino, las vidas de los que no han sabido rehuir la ciclicidad de sus destinos inciertos. «Debo hacer algo; debo intensificar mis empeños —se dijo, imponiéndose firmeza—; debo pensar seriamente sobre mi comportamiento futuro para liberarme de la censura interior que me agita. Y no cesaré hasta no haber alcanzado la altura desde donde se dominan todos los horizontes y se conoce el porqué de los anhelos y afanes ligados a la esencia de nuestro existir».

La preocupada fisonomía de Claudio tornóse a través de su silencioso discurrir más despejada, al dibujarse en ella la expresión patente de la seguridad y confianza surgidas como resultado favorable de su examen. Sin duda su vida cobraba en aquel instante, por haber alcanzado el grado preciso de absorción mental de los conocimientos recibidos últimamente, ese aliento singular cuyo poder enciende las energías del alma y sacude vigorosamente hasta las fibras más íntimas del ser.

Satisfecho de sentirse ahora mejor orientado, Claudio Arribillaga levantóse del sillón y poniendo en orden algunos papeles amontonados sobre el escritorio salió en busca de Griselda.

La halló al cruzar el vestíbulo. Deseoso de conversar un momento con ella, la retuvo a su lado.

—Justamente te buscaba, querida —le dijo, tomándola del brazo—. Me eres tan necesaria para desahogar mis alegrías, como lo son en ciertos momentos la soledad y el silencio para esclarecer mis ideas.

—¡Oh! Tus palabras gustan mucho a mi oído —expresó Griselda, respondiendo a la afectuosidad de su esposo.

Al instante agregó:

—Me alegra inmensamente verte cambiado.

—¿En qué lo notas?

—¡En tu rostro!... Cuando no estás contento, como te ocurría hace apenas una hora, advierto en él una inconfundible huella que, aunque imperceptible, permanece impresa mientras dura tu pesar.

—¡Qué bien me conoces!

—Lo mismo que tú a mí, seguramente —respondió Griselda, y al punto le insinuó con interés—: Me parece que querías decirme algo ¿no?

—Y lo haré comenzando por hablarte de lo que me tiene contento. Me hallo en este momento bajo el efecto de sensaciones en extremo felices. Diría que se ha puesto en marcha dentro de mí el engranaje de un poderoso sistema de articulaciones psíquicas y mentales que exalta mi entusiasmo. ¿Comprendes, Griselda?... Algo así como si las células anímicas de mi organismo, moviéndose en ferviente actividad, se hallaran cumpliendo la tarea de prepararme para una labor más sutil.

Le refirió luego cómo bullían todavía en sus oídos las últimas advertencias que le había hecho de Sándara sobre la forma de usar con provecho los propios recursos internos a fin de crear las defensas de la mente y acrecentar la potencialidad de la inteligencia, y le confió asimismo cómo aquél, ante sus protestas al reconocerse sin méritos para ser depositario de la confianza que le dispensaba, le había instado a ampliar sus conocimientos y a unirse a ese conjunto de hombres que desde los más diversos y alejados puntos de la tierra colaboran a diario en el esfuerzo por salvar a la humanidad del mayor de sus infortunios: la ignorancia.

—Esos hombres son los científicos —siguió diciendo Claudio—, consagrados unos a contrarrestar los males que minan la salud y otros al perfeccionamiento técnico en todos los órdenes del progreso de los pueblos. Son también los filósofos, cuyas teorías polemizan sobre los

problemas del espíritu, despertando el interés por la investigación en esa rama del saber. Son los artistas, que perpetúan en sus obras las excelencias del alma, unos reproduciendo en el lienzo, el bronce o mármol vidas ejemplares para eterna memoria de las mismas o creando e idealizando en sus concepciones magistrales los rasgos arquetípicos de la criatura humana, y otros expresando en el portentoso lenguaje de las notas sus ideas y emociones. Entre esos hombres están los poetas y los escritores, que transmiten al mundo los mensajes de la inteligencia, desde los más complejos y abigarrados temas filosóficos, científicos y artísticos, hasta el relato cordial y sencillo que proporciona al alma instantes de placer. A ese conjunto pertenecen también el industrial, el artesano y el obrero, el navegante y el labriego, y todos aquellos que ponen en su trabajo algo más que el afán de sustento y la ambición de bienestar personal, y contribuyen honradamente al afianzamiento de la sociedad, a su tranquilidad y a su progreso.

—No se trata, pues, de nada inalcanzable...

—¡Oh no, ciertamente!... —aseguró Claudio, atrayéndola hacia sí, enternecido—. Y menos con una compañera como tú... ¡Eres tal como te vieron los ojos de mi alma en el instante en que mi corazón te consagró su reina!

—Claudio... —musitó Griselda, mirándole con dulzura—. ¡Cuánto me gustaría que estuvieras siempre satisfecho de mí!

—Debería decirte yo lo mismo —replicó suspirando—. Mas una fuerza extraña a nuestro sentir nos mueve a veces como si fuéramos títeres; y por supuesto que el sabor de esas experiencias no nos produce ningún bienestar. Querida mía, el hombre debe afrontar en la vida luchas en extremo duras contra su naturaleza; luchas que la mujer,

diferentemente conformada, no está llamada a librar. Por otra parte, la capacidad de sufrimiento del alma femenina es también diferente de la nuestra, y eso coloca a la mujer en situación ventajosa frente a trances de la vida que el hombre, por esa misma razón, soporta con dificultad.

—Es verdad —dijo Griselda con afecto, aprobando tan promisorios desplazamientos del juicio al apreciar ahora las cosas—. Además, el sufrimiento nuestro cesa no bien encontramos consuelo en el amor, que una vez encendido en nuestro corazón jamás se apaga si lo avivamos constantemente con lo mejor y más puro que atesora nuestro sentimiento.

—Eres una mujercita inteligente —le expresó él, compensándola con la misma ternura que le prodigara en los días más felices de su matrimonio—. Todo en ti es claro y puro; todo en ti respira sinceridad y dulzura.

Diálogos como éste sucedíanse a menudo en el curso de los días, en tanto se dedicaban al estudio y práctica de los conocimientos que por propia convicción de su efectividad cada uno trataba de incorporar a su patrimonio espiritual. Ambos verificaban con entusiasmo creciente que lo que antes permanecía fuera de ellos como una promesa se iba manifestando de una manera clara y progresiva en sus almas, proporcionándoles el deleite de participar de una preciosa realidad. Antojábaseles entonces que una luminosa sucesión de fragmentos de cielo se iban suspendiendo sobre el firmamento de sus vidas, y se agrandaban al unirse a otros nuevos fragmentos que, con tesón y esfuerzo, conseguían retener como trofeos conquistados afanosamente a la ciencia de la luz eterna que alumbraba la Creación.

Patricio, observador sagaz y prudente en grado sumo, celebraba para sus adentros los cambios operados en su amo; mas, conocedor de su impulsividad y vehemencia,

incontenibles cuando le asaltaban estados de apasionamiento, era medido en la confianza que solía dispensar a tales exuberancias de su temperamento. Cierta día, en que su intervención se le hizo propicia y oportuna, le expresó:

—No es raro verlo alegre, señor; mas hoy diría que de un tiempo a esta parte está usted resplandeciente.

—¡Cómo no habías de notarlo, si me siento como si acabase de nacer en un mundo que me permite saborear anticipadamente las delicias de una existencia plena de felicidad!

—Es muy explicable ese entusiasmo, señor, pero...

—¿Cómo?... —dijo Claudio, volviéndose al mayordomo que, próximo a él, sólo parecía interesado en recoger las persianas, para dar mayor luz a la habitación.

—Discúlpeme usted, señor... Yo sólo quería decirle que el entusiasmo es algo muy bueno, muy saludable, siempre, ¡claro está!, que no nos lleve a olvidar que todavía nos hallamos un poco sujetos a este mundo en el cual vivimos.

Acostumbrado Claudio a tales salidas de Patricio, se echó espontáneamente a reír.

—No se me escapa —dijo en seguida— que has querido frenarme. Mas, ¿por qué piensas en eso, si nunca como ahora me he sentido tan cómodo ni con más alegría dentro de él? Todo lo que este mundo me ofrece habrá de serme utilísimo para llevar a buen término cuanto quiero lograr con miras a expansionarme en el otro.

—¡No seré yo quien lo ponga en duda! —repuso el mayordomo, moviendo significativamente la cabeza, mientras in pectore parecía atento a otros pensamientos—. Usted es muy joven y puede hacer mucho en su favor y en el de sus semejantes, mostrando con ejemplos que convengan todo lo que es posible conseguir cuando se educa el alma en claros principios de bien.

—¿Tú no puedes?

—¡Si lo habré intentado!... Ese ha sido mi mayor anhelo, pero por mucho que lo deseara, sólo me fue dado rondar muy por las afueras ese mundo superior, aún lejano para mi pobre y escaso entendimiento. No puedo quejarme, sin embargo, pues espiando, sí, digo bien, espiando tras la cortina que lo preserva de nuestras miradas; una cortina metafísica, se entiende; alcancé a columbrar algunas de las grandes verdades que en él existen y que deben ser el sustento de los espíritus que se nutren en ellas.

Calló Patricio, y al instante agregó:

—Ahora que viene al caso, señor, permítame un desahogo... ¡Quién hubiera dicho que yo conocería en persona al autor de esos libros que he conservado con tanto cariño! ¡Y qué diferente es de lo que yo pensaba, pues me lo había figurado con más arrugas en la frente que pelos en la cabeza! Ha sido una gran alegría conocerlo...

Claudio, que quería de veras a Patricio, le miró con simpatía y, festivamente, le dijo:

—Pues mira; sobre esa alegría te proporcionaré otra —y colocando ambas manos sobre los hombros del mayordomo, exclamó—: ¡Te nombro desde ya mi escudero! Y espero que no tengamos que luchar mucho contra molinos de viento ni «desfacer entuertos», ¿me entiendes?

—Perdone usted, señor —le respondió Patricio, siguiéndole la broma—. Sospecho que el escudero no le servirá de mucho; habrá más bien de estorbarle, porque ese camino por el cual usted marcha se recorre dentro de uno mismo... Sólo allí nos es permitido conocer los recursos que habrán de asistirnos para emprender el otro, que abarca la humanidad entera, según creo, y se extiende por los grandes ámbitos de la Creación. Seguramente usted

me comprenderá, señor; son dos caminos que al unirse se confunden y forman uno solo.

—¡Vaya!... ¡Nunca pensé que fueras tan ducho en esta materia!

—¡Nada de eso! Apenas si me hallo en los primeros tramos de la cuesta; y ello al cabo de mucho andar, y también de no pocas intrincadas peripecias, morales y psicológicas. Claro que desde donde yo me hallo, es decir, a poca altura, pero altura al fin, se tiene una visión más clara y más amplia de las cosas que mirando desde el llano... Pues como le decía, aquí donde usted me ve, he debido afrontar situaciones espinosas, y no pocas veces hube de sacar fuerzas hasta de mis propias flaquezas para no quedarme retrasado y expuesto a renegar de mi suerte bajo la reacción tortuosa del desánimo. ¡Oh, no le sucederá a usted lo mismo, estoy seguro! Tiene usted quien lo asiste y aconseja; claro que es esencialmente preciso no descuidar los buenos propósitos, tan expuestos al debilitamiento. Aquel que tiene empeño en llegar debe hacer de cuenta que va montado sobre esos propósitos como al lomo de nobles corceles a los que confiamos las riendas cuando emprendemos largas jornadas de marcha, y ha de alimentarlos con frecuencia y cuidarlos celosamente para que resistan sin sufrir el agotamiento del largo trayecto que tiene por delante.

—De lo cual se desprende que los propósitos que animan mi voluntad habrán de ser mis caballos de batalla, ¿no es así? —repuso Claudio; y agregó con énfasis, en un arranque de buen humor—: ¡Oh, ya me los figuro echando al viento sus frondosas crines, como los fogosos corceles que Aquiles lanzaba con ímpetu por las reseca arenas que circundaban los muros de Ilión!

Mientras Patricio sonreía con benevolencia por la jovialidad de su amo, éste, reparando de súbito que sus pa-

labras no estaban del todo exentas de veleidad, reprochóse a sí mismo el haberse dejado llevar por aquel vuelo de la imaginación, en cuyas alas el hombre se remonta presa de un mareo tanto más intenso cuanto más viva es su ilusión de tocar los astros. Es la imprudencia de Ícaro, de la que se arrepiente más tarde, al comprobar su tontería.

Ese fugaz episodio le trajo luego a la mente el recuerdo de sus fragilidades, lo cual le sirvió para disponerse mejor a no ceder a ninguna de sus incitaciones; antes bien, apreciaría cada una de esas circunstancias como oportunidades que se le brindaban para medir su prudencia y los alcances de su voluntad.



A menudo hacía Claudio benévolos comentarios respecto de Patricio. Narrábale a su esposa pasajes de su vida en los que el mayordomo aparecía asistiéndolo en los momentos críticos de su niñez y adolescencia, todo lo cual había ido cimentando en ella gran estima por el noble servidor. Por otra parte, le había resultado éste un excelente colaborador en su vida de casada, pues la fue imponiendo de todas las costumbres y modalidades de la casa, que ella cambió en parte para introducir, de común acuerdo con su esposo, modificaciones en consonancia con los gustos y modalidades de ambos.

—Patricio me agrada por su bondad y su discreción, y muy especialmente por el afecto que te tiene —decíale Griselda a Claudio aquel mismo día, en momentos en

que este último se refería al buen juicio de su mayordomo y a la oportunidad con que solía prevenirle contra las asechanzas de sus pensamientos. He observado que se preocupa por ti como un padre, y no ignoro que en ocasiones ha sabido también llenar el lugar de tu madre. Me relató una vez que, viéndola afligida en sus últimos días por tu porvenir, la había tranquilizado asegurándole que sabría velar por ti y que en la medida que se lo permitieran sus escasos recursos trataría de ayudarte para que florecieran en tu alma los mismos anhelos e inquietudes que ella había alimentado siempre en su corazón. Desde entonces, por encima de quienes te instruían, procuraba poner a tu alcance cuanto pudiera hacerte falta para resguardarte de cualquier sorpresa de la vida, y empeñado en hacerse más eficiente, buscaba en los libros que mejor pudieran auxiliarle la formación en sí mismo de una conducta que hasta entonces inútilmente se había propuesto alcanzar. La responsabilidad que por propia cuenta se había echado sobre los hombros le dio fuerza para aprender y ensayar en él las reglas más severas de moral.

El conocimiento de ese hecho, referido por Griselda con emoción y dulzura, tuvo una profunda resonancia en el alma de Claudio, cuyos ojos se humedecieron.

—Sin quitar méritos a mi padre, que me brindó siempre gran cariño y mucho se desveló por mí, debo reconocer en Patricio al gran amigo de mi infancia y de mi juventud —dijo conmovido—. Con él jugaba y reía; y con cuánta paciencia soportaba mis enojos, mis caprichos y mis impertinencias de niño.

La entrada del mayordomo en la salita donde tenía lugar esa escena, los interrumpió.

Traía una bandeja con champaña que su amo acababa de pedirle.

—No me has entendido bien —le dijo Claudio con afabilidad, mirándole—. Te pedí tres copas y sólo has traído dos; ve, pues, a buscar la otra.

Sin entender qué razones había para ello, se apresuró el mayordomo a cumplir la orden, y, poco después, vertía en ellas el espumoso vino.

—¡Deseamos beber a tu salud, Patricio! —manifestó Claudio entonces, ofreciendo a éste una copa—. Si las personas se diferencian por su cuna, en lo espiritual las almas se nivelan y conviven en la santa paz de sus ideas cuando en ellas existe limpieza de sentir, comprensión desprovista de egoísmo y, sobre todo, tolerancia, respeto, y el favor que impone la correspondencia de sentimientos y aspiraciones.

Sin poder contener el llanto que afloraba a sus ojos, Patricio se echó en los brazos de Claudio que, de pie junto a él, lo contemplaba con emoción.

Pasado aquel instante en que las palabras desaparecían para dar lugar al sentimiento, Griselda tendió su mano a Patricio, quien, al estrechársela con respeto, exclamó:

—¡Gracias, señora! ¡Muchas gracias!

—Y ahora —dijo Claudio, levantando su copa— brindemos por la felicidad de los seres queridos; por ti, Patricio, por que nos acompañes durante muchos años; y, finalmente, por que con nuestro esfuerzo logremos conquistar cada día un palmo más a la «tierra de promisión», patria incorpórea de los que con su ejemplo nos mostraron el camino que a ella conduce.



El matrimonio Arribillaga pasó los restantes meses del verano en su estancia de Balcarce, alegrados por la presencia de los Laguna y de amistades íntimas. Mas las vacaciones fueron ese año muy breves, ya que aparte de iniciarse tardíamente fue forzoso acortarlas en razón del mal tiempo, que irrumpió con días lluviosos y prematuramente fríos.

A su regreso Claudio se apresuró a reunir en su casa a aquellos amigos que, como él, se hallaban de vuelta de sus vacaciones. Colmada la natural necesidad de descanso y recreo que los había alejado de la capital, habían vuelto a activarse con ánimos de combinar el curso de sus indagaciones.

Reunidos en su despacho, familiar ya para sus pláticas, todos seguían en ese momento la palabra de Malherbe.

—En su reciente visita —deciales éste—, el señor de Sándara nos ha dejado claves interesantísimas, cuyo estudio nos permitirá manejarnos satisfactoriamente en el desplazamiento de viejos y arraigados conceptos que aún existen en nuestra mente, de ideas fijas que nos mueven todavía como autómatas y de tantos prejuicios que nos inhabilitan para un contacto más íntimo y directo con los conocimientos que despiertan actualmente nuestro interés.

—Estimo que a más de oportuno es asimismo fundamental —manifestó Arribillaga—, refirmarnos en la resolución de dejar a un lado cuanto pueda estorbar o entorpecer nuestra labor, si queremos equipar mejor nuestra razón y marchar a pie firme hacia adelante.

—Tiene eso gran importancia —expresó Marcos, allí presente—, porque mucho dependerá nuestro éxito futuro de la firmeza que en este momento pongamos en nuestra resolución de avanzar.

—Dependerá de eso —ratificó Malherbe— y de su

inalterabilidad durante todo el tiempo que demande la eliminación de esa carga.

A continuación, Salvador, que también se hallaba entre ellos, manifestó:

—Estamos tratando de realizar la exploración de un mundo acerca del cual sólo tenemos referencias. Es la nuestra, por lo tanto, una situación en cierto modo similar a la de los que emprenden la exploración de los polos, de las grandes montañas, de la jungla, etc. He leído siempre con afición los libros que describen tan arriesgadas empresas, y en este momento se me hace presente la minuciosidad con que se atiende en esos casos todo lo concerniente a su preparación, de la cual depende en buena parte su éxito.

—Las circunstancias son, en efecto, similares —consideró Malherbe—, si bien hay en ellas una diferencia que las destaca, y es que en nuestro caso esa preparación tiene que ser individual, o sea que ha de llevarse a cabo dentro de sí propio, ya que individual es la empresa y cada uno debe vérselas consigo mismo en todas las emergencias.

—Entiendo que el solicitar ayuda ajena no nos está negado —objetó Claudio.

—En absoluto —aprobó Malherbe—; pero la solución de los conflictos internos, la solución de los problemas íntimos planteados por las situaciones que se vayan creando, concierne exclusivamente a cada uno.

—Estimo que la intervención de un participante único en esa experiencia —insinuó Salvador, valiéndose siempre de su analogía— no obsta, sin embargo, para que intercambiamos mutuamente, como acostumbramos hacerlo, nuestras ideas, nuestros puntos de vista, en suma, nuestros particulares recursos acerca de la mejor forma de introducirnos en lo desconocido.

—Desde luego que así es —convino Malherbe—. Esa preparación o adiestramiento individual en absoluto está reñida con este canje desinteresado de opiniones y criterios que nos hallamos realizando; por el contrario, nuestra labor permite a cada uno de nosotros formar el propio equipo para avanzar con mayor seguridad en la exploración que nos proponemos llevar a cabo dentro de nosotros mismos; es decir, que nos hallamos aquí auxiliándonos los unos a los otros para poder acometer la aventura con el mínimo de riesgo.

Malherbe dio seguidamente lectura a varios pliegos provenientes del señor de Sándara, que contenían nuevas aclaraciones sobre aspectos de la evolución humana y la vida del espíritu. Se tomaron apuntes, se discutieron normas a seguir y finalmente se acordó celebrar con ordenada frecuencia aquellas juntas, unas veces allí y otras en casa de Marcos o de Malherbe, contando con que la presencia de los amigos que aún no habían regresado de sus vacaciones les permitiría en breve aumentar su número.



A poco más de un mes aquellos proyectos se concretaron en una labor tenaz y entusiasta. Participaban de ella Miguel Ángel que, concienzudo y dinámico, estimulaba a todos en la prosecución de los esfuerzos; Norberto, muy formal y estudioso, y eficaz colaborador; Salvador y Agustín, muy capaces ambos, aunque menos activos y consecuentes que los otros. Marcos, Justo y Claudio corrían a la par en esa «maratón» espiritual, y si bien este último perdía

en ocasiones terreno, afectado más que sus compañeros por los contrastes que se operaban en él por efecto de su descontrolada pujanza, cierto era también que sabía encontrar luego el nivel que balanceaba sus fuerzas, llevándose consigo, para enriquecimiento de su saber y experiencia, una nueva faceta de las tantas que a la verdad habría de ir conquistando. Era indudable que mucho lo impulsaba en sus esfuerzos el deseo vehemente de obtener el beneplácito de su preceptor cuando le viera; por otra parte, contaba con el aliento que le infundía Griselda, ya fuese a través de su juiciosa palabra, ya de su aprobación discreta por algún triunfo obtenido sobre las fallas de su temperamento o sobre las dificultades creadas por la inercia mental, que de vez en vez postraba sus buenas intenciones.

Entre los de mayor edad se hallaban el señor Gorostiaga, padre de Marcos, concurrente de gran vocación y por ende muy asiduo, y Moudet, que en su afán de obtener de todo amplias aclaraciones forzaba a los demás a superar los resultados de sus búsquedas. Aventajaba a todos Malherbe, por su dominio en esa rama del saber y por su gran penetración psicológica, aparte de distinguirse por su profundo sentido humano de la vida, su sencillez y su pulcritud moral, que hacían de su persona un ser grato y eficazmente influyente. Por lo común, tendía a moderar o contener en los demás toda manifestación que implicara una ponderación o un homenaje a sus aciertos, fueran éstos del orden que fueren, y su mayor afán era favorecer a los que le acompañaban en aquella noble tarea, vigorizándolos en sus entusiasmos o afirmándolos en sus convicciones.

Pese a tan bien programada labor y al favor de tan empeñosos contribuyentes, las cosas no se deslizaban siempre para Claudio de acuerdo con el desarrollo inalterable del plan que se había trazado. Sin que ello influyese en desmérito de sus buenas aptitudes, que eran muchas,

al término de pocos meses contaba en su haber individual con algunos colapsos psicológicos, que en sus adentros consideraba desdorosos y en contradicción con sus propósitos. Trataría en lo sucesivo de ser más precavido. ¿Por qué habría ello de repetirse?

Aconteció que cierta mañana, sin pensarlo ni quererlo, se despertó de mal talante y, dando a Griselda como razón de aquel estado sombrío dificultades provenientes de su profesión, se introdujo en su despacho presa de los escozores de la disconformidad. Allí se dejó caer pesadamente en un sillón, con muestras de gran desaliento.

¿Examinaba Arribillaga en ese instante de dónde partía esa desazón volcada de súbito sobre su ánimo? No; ni siquiera recordaba que el día antes la había apartado de sí con sólo acudir a una juiciosa reflexión. Cautivo ahora de ella, se le antojó, mientras permanecía allí sin ver ni oír nada de cuanto le rodeaba, que algo semejante a una oruga con ojos de dragón trepaba por lo interno de su ser y devoraba los tiernos brotes que con placer había visto asomarse en su alma cual una promesa que nutría con savia nueva el simbólico árbol de la vida; ese árbol que tantas veces había imaginado frondoso y gigantesco, balanceando su robusta copa sobre grueso y duro tronco, a prueba de siglos, a cuyo pie descansaría de su largo peregrinar, refrescaría su fatigado espíritu, gustaría su magnífico fruto y, levantándose, comenzaría desde allí a andar con paso firme y seguro por el Gran Camino.

Abandonando súbitamente el sillón, como si de pronto se le hubiese tornado insoportable, Arribillaga comenzó a dar pasos en una dirección y en otra, sentándose y poniéndose de pie, a semejanza de aquel que habiendo cometido un delito o hallándose abrumado por gran preocupación no sabe librarse del peso moral que lo agobia. De pronto, cual si todos los pensamientos que

alimentaban sus anhelos de sabiduría le hubiesen abandonado, se detuvo y, arrojando lejos de sí unos papeles que acababa de extraer de un cajón, se dijo con hastío: «¡Para qué tanto sacrificio! ¡Para qué estudiar y empeñarse en ser mejor! ¿Sólo para satisfacer una vanidad que nos exige gastar todas las energías de nuestra juventud? ¡Formidable tributo que de ningún modo estoy dispuesto a pagar!...».

Claudio Arribillaga había sido oportunamente advertido acerca de la consagración, el esfuerzo y la paciencia que la conquista del gran saber requiere, y asimismo prevenido contra las incansables embestidas del instinto, que no transaría jamás con la nueva forma de vida que estaba dispuesto a adoptar. Destronado de su reino, del cual las pasiones, los deseos impuros y la liberalidad son su representación, pronto reaccionaría éste contra su nuevo soberano, el espíritu, que en lo futuro orientaría sus pasos por sendas mejores. Instruido sobre la forma de luchar contra tales crisis internas, Claudio hubiese podido sobreponerse a ellas con sólo hacer uso de su saber, mas psicológicamente débil todavía, fue vencido antes que esgrimiera en su defensa la técnica que habría hecho retroceder a su oculto adversario, librándolo a un tiempo del efecto envolvente de ese movimiento mental y volitivo que se había adueñado de su ser.

«¡No aguanto más!», se dijo Claudio, progresivamente excitado; y siguió dando riendas a su desagrado: «Esto de hallarme como fascinado ante dos fuerzas que me succionan el alma, porque las dos ejercen en mí igual atracción, amenaza con aniquilarme... He querido con la mejor intención abandonar la vida que me es conocida, para vivir en el mundo de las ideas, de los pensamientos y las sensaciones sublimes, y cuán lejos estaba yo de pensar que en los umbrales mismos del gran objetivo

concebido como meta ideal correría el riesgo de confundir, en medio de un angustioso y desesperado suplicio, lo material con lo espiritual, y de admitir con naturalidad ese híbrido maridaje. Decididamente, esto no entraba en mis cálculos, ¡pero me lo sospechaba! ¡Oh, sí; me lo sospechaba!... Cada día que pasa más me convengo de que marchó a paso de tortuga... ¡Yo, que me veía a mí mismo dominando el espacio, provisto de grandes y doradas alas!... Ahora, en cambio, siento como si mi cabeza, metida dentro de una dura envoltura psicológica, estuviese condenada a mirar el suelo con ojos estúpidos. Total... ¿para qué?... ¿Para qué quiero tanto saber, si el que tengo me alcanza y sobra para obtener todo lo que deseo?... ¡Cuántos halagos, cuántas atracciones he dejado a un lado!... De seguir así, pronto se me mirará como curioso ejemplar de una estirpe desaparecida... No; no puede ser; si no he logrado hasta aquí vivir en el mundo prometido, seguiré entonces viviendo en éste, que al fin y al cabo no es tan malo».

Así argumentaba el incauto doctor Arribillaga, sin duda para justificar ante su conciencia un posible mal paso. Tan sólo un instante de serenidad y prudencia le hubiese bastado para desbaratar el juego malévolo de sus pensamientos que, desde un rincón de su mente, ávidos de represalia apoyaban con ardor y astucia el descontento que le acarrea su impaciencia.

Patricio, intuyendo acaso que a su amo le sucedía algo extraño, se coló en el despacho.

—¿Qué le ocurre al señor? ¿Se siente mal?

Ante la pregunta del mayordomo, aquel torbellino de ideas y el bullicio anunciador del triunfo mefistofélico cesó como por arte de magia.

Extenuado por la terrible lucha interna, Claudio se echó sobre el sillón al tiempo que articulaba palabras im-

precisas, con las que trató de sofrenar el agresivo impulso que lo inducía a hacer manifiesta la determinación de renunciar a sus anhelos. Sus cabellos estaban en desorden, el cuello de su camisa, desabotonado, y la corbata, después de soportar un violento estrujamiento, curiosamente transformada en una sombra chinesca.

Patricio no necesitó más para comprender que su amo había caído en uno de esos estados de depresión que se promueven cuando el instinto, dueño aún de la naturaleza inferior del hombre, se rebela al pretender éste librarse de su influencia tiránica. Por propia experiencia sabía que era ése un estado comparable al que se experimenta en momentos de gran desilusión.

—Sin duda que algo muy serio ha de tenerlo a usted tan preocupado... —le insinuó sin cejar en su intento de iniciar una conversación en la que pudiera hacer uso de su acervo para apaciguar y volver a su juicio aquella mente agitada.

—Sencillamente, que he resuelto abandonar todo proyecto que no me resulte de fácil ejecución.

—De verdad que no entiendo...

—Entonces te lo diré en términos más claros: No tengo tiempo de ocuparme de otra cosa que no sean mis intereses.

—¡Ah!..., comprendo, ahora comprendo... —murmuró Patricio, con los ojos fijos en el suelo, mientras se rasca la cabeza, buscando acaso algún recurso salvador.

En sus adentros, se decía: «¡Válgame Dios! ¡Las razones que da el hombre para justificar sus desatinos!...».

Algo más atemperado, Claudio expresó:

—No tengo temple para estar sometido a disciplinas que me privan de libertad para hacer cuanto se me antoja.

—Pero ¿quién le priva a usted de libertad?

—¿Quién?... Pues mi conciencia, hombre, mi conciencia.

Y en seguida, cual si los pensamientos causantes de tanta violencia, acorralados por un instante se recobraran en un postrer intento de imponer su voluntad, exclamó con brío:

—¡Sí, Patricio, mi conciencia, cuyo poder de persuasión e injerencia en mi vida es cada día más insoportable!... A veces me la figuro como a una de esas mujeres reparonas que pasan sus horas fiscalizando cuanto hacemos. En un principio apenas si advertía yo que existía, mas ahora de todo me pide cuenta. ¡Vaya!... Ni que fuera yo un empleado a sueldo, obligado a ajustar la conducta al cumplimiento de una obligación. ¡Esto es insufrible, Patricio!... ¡Yo no aguanto más!...

Éste hubiese reído allí de muy buena gana, de no haberlo contenido el respeto que debía a su amo, como también la prudencia, que le impedía atizar con una actitud impropia aquella combustión mental que luego de quemar con gran estrépito los últimos argumentos acumulados por la reacción, ofrecía ya los signos del extenuamiento; un extenuamiento en el que había no poca astucia, pues las brasas rebeldes, enrojecidas aún de furor, aparentando morir ardían empero bajo las cenizas con la intención aviesa de producir al menor descuido un nuevo incendio.

Muy cauteloso, Patricio le respondió:

—Pues señor, si manda usted todo al diablo anotándose en la corte de sus infelices vasallos, no le quepa duda de que le proporcionará un tremendo gusto.

Esta vez le tocó a Claudio sonreír; mas poseído todavía su ánimo por la acritud, agregó:

—Es innegable, Patricio, que queremos ser grandes actores en el escenario de nuestra vida y terminamos por

comprobar que sólo somos simples Polichinelas, incapaces de representar un papel más importante.

—¡Oh, eso no!; y prueba de ello es que antes no se daba usted cuenta de lo que acontecía en sus propios dominios, ni tampoco experimentaba las satisfacciones nobles que disfruta ahora cuando logra escapar de esos estados de abatimiento que cargan el ánimo sin razones de por medio... Pero, mirándolo de una manera más adecuada, ¿no le parece a usted que estos mismos destemples pueden ser también signo de un positivo progreso?

—Convendrás conmigo, Patricio, que es un poco difícil llegar a comprender que el estar a punto de sucumbir en una borrasca mental pueda ser una circunstancia que nos señale un grado de progreso.

—Pues a mí se me ocurre, señor, que tales circunstancias son algo así como filtros o, mejor aún, como cedazos, en los que se nos zarandea fuertemente para que pase por ellos lo poco o lo mucho de bueno que en nosotros existe, mientras lo malo permanece allí a la espera de ser fundido en el crisol de las experiencias que irán viniendo. La parte buena que resulta de ese zarandeo supongo yo que debe ser el oro con que pagamos la entrada a ese mundo singular, cuyo espectáculo sublime colmará con creces nuestras esperanzas.

—Bien sé, Patricio, que tras cada una de esas sacudidas lo que conviene al hombre es entrar en cuentas consigo a fin de orientarse sobre la manera más práctica de acrecentar el propio caudal de bienes. Cuán a menudo olvidamos que sólo a costa del desprendimiento de nuestras flaquezas habrán de abrirse las puertas de ese mundo en el cual nos son revelados los misterios de la Creación, pues, según tengo entendido, en él aparecen reproducidas fielmente todas las fases del proceso de la vida universal, que avanza obedeciendo a una fuerza suprema que la

mantiene en perpetuo movimiento. Se explica perfectamente que ese mundo no esté al fácil alcance de la mano ni su acceso a él sea instantáneo, ya que nuestra mirada torpe no podría abarcar ni una pequeñísima parte de su infinitud. Para no encandilarse con las miríadas de luces que han de alumbrar sin duda los ámbitos de ese mundo inefable, es forzoso sentir, ¡y esto es lo difícil!, verdadera vocación por la más prominente de las ciencias y las artes: la Sabiduría. Melquisedec la poseía en alto grado, según el decir bíblico; de ahí que figurara entre los más encumbrados e ilustres oficiantes del Antiguo Testamento.

—¿No le parece a usted halagüeña semejante perspectiva?

—Halagüeña en extremo; mas parece faltarme a mí esa vocación. El aliciente, el estímulo que unas veces encuentro en este singular noviciado, me abandona otras a merced de fuerzas que las mías, aún poco desarrolladas, temen afrontar.

—Vea usted, señor... Tal como yo he podido llegar a comprender este asunto, le correspondería a aquel que no tuviera vocación fomentar dentro de sí la idea de llegar a tenerla, no cejando en ese empeño. Igualmente debería proceder respecto de las virtudes, de las calidades y hasta de las disposiciones. Si no existen, crearlas pues en él, para igualar y aun sobrepujar a los mejor dotados.

—Lo malo es no saber cómo se hace... —lamentó Claudio.

—Pues tampoco es difícil llegar a saberlo; sobre todo para una inteligencia clara como la suya. ¿Qué me tocaría decir a mí, entonces, que me veo precisado a esperar horas y a veces días para compenetrarme, en el supuesto de que lo consiga, de cualquier sugerencia?

—No te falta razón, Patricio; pero es necesario tener mente zahorí y voluntad de atleta para abordar el enigma

de nuestro complejo mecanismo psicológico. Además, no veo que los que poseen mayor número de virtudes o los que se distinguen por sus aptitudes me aventajen en los resultados que obtienen.

—¡Oh, pero es que el solo hecho de poseerlas no quiere decir que se usen siempre con inteligencia y conciencia en un fin como el que está usted procurándose, pues!... Se puede tener, por ejemplo, la virtud de la paciencia, mas ello no quiere decir que esa paciencia haya alcanzado el grado de cultivo necesario para obtener lo que se pretende. Las virtudes, como las vocaciones, supongo yo que tienen su origen en recónditas perspectivas del alma; parecería ser que desde tiempo inmemorial éstas se hallaran abiertas a las posibilidades del hombre como una invitación a ascender hacia el mundo de las maravillas y como una promesa de facilitar esa ascensión.

—Acaso sea eso lo que nos sostiene y levanta toda vez que caemos en alguno de estos desdichados trances psicológicos.

—Con el agregado de que a veces hay que sumar a ello la intervención de algún gánapiro como yo, que sirva de animador.

Una risa franca y alegre fue la mejor respuesta que el mayordomo podía esperar.

—¡Bueno..., ya pasó lo peor! —exclamó Claudio recobrándose y saltando de su asiento, dispuesto a abandonar el despacho—. ¡Vuelve a renacer en mí el optimismo y la confianza que creí perdidos! Mira, Patricio, a veces se me ocurre que me hallo empujando una carretilla sobre una escarpada cuesta. Diría yo que el mismo diablo, al solo objeto de fastidiarme y hacer más lenta y fatigosa mi marcha, se halla empeñado en llenarla de trecho en trecho de guijarros, y, cuando no ando listo, ¡zas!... ¿Qué ocurre?... Que termino por desbarrancarme a causa de su

enorme peso, y allá voy yo cuesta abajo, perseguido por la pedrisca, que redondea sus cantos sobre mis aporreadas espaldas.

—¡Oh!... También yo he tenido a veces esa sensación; naturalmente que imaginada de otro modo.

Ajena por completo a cuanto acababa de ocurrir en el diminuto mundo de su esposo, Griselda disfrutaba poco después de uno de esos momentos en que juntos se entretenían agradablemente contemplando los progresos de su pequeña heredera, que les ofrecía ya sus primeras gracias.



Semanas más tarde fue Salvador quien, en plena reunión, ponía de manifiesto su disconformidad con una norma que, aceptada hasta entonces por él sin reserva, consideraba ahora injustificadamente excluyente. Quizás experimentara en ese momento uno de aquellos pequeños dramas internos que suelen producirse de improviso en las personas de cierta preparación intelectual, cuando entregadas a algo que excede los conocimientos que son de su dominio se ven obligadas a reflexiones que en cierto modo menguan su consentida personalidad, todo lo cual, dicho en términos más claros, no es otra cosa que el simple brote de una reacción psicológica provocada por encrespamiento de la vanidad.

Era a todas luces evidente que los había agrupado allí un fin común; el de ilustrarse a fondo sobre los problemas del espíritu. Pero las diferencias de carácter, y muy principalmente las modalidades psicológicas aún no maduras, así como la abundancia de prejuicios, unas veces congénitos y otras de propia incubación, influía conside-

rablemente complicando a menudo el curso de las investigaciones, hecho este que en oportunidades tornaba un tanto difícil la conciliación de puntos de vista, ya que se trataba de poner las opiniones a tono con las formas y dictados de una cultura que apenas comenzaban a examinar y comprobar.

Casi siempre era Malherbe, con la autoridad que le confería su vinculación directa con de Sándara y su consiguiente dominio en el área de los conocimientos que éste le brindaba, quien lograba devolver al conjunto la coordinación armónica que todos anhelaban conservar.

Reunidos esta vez en casa de Marcos, y a punto de terminar un juicioso análisis sobre el valor que concedían a la posibilidad de partir de una base cierta en investigaciones de carácter tan trascendental como las que encaraban, uno de los presentes subrayó —tal vez con algo de vehemencia— la importancia que tenía el poder comprenderlas sin el riesgo que se corre cuando no se cuenta con más guía que la confusa línea trazada por el pensamiento del hombre en su incansable afán de arrojar un poco de luz sobre su incierto destino.

Salvador, adherido hasta entonces plenamente a lo establecido por todos con el objeto de facilitar la marcha de la labor, y de ordinario mesurado, declaró con la consiguiente sorpresa de quienes en ese momento le escuchaban:

—Sería faltar a un deber de sinceridad ocultarles que no estoy aún del todo convencido de que exista disimilitud entre el sistema que tenemos en estudio y aquellos otros a los cuales debemos nuestra ilustración en materia filosófica, psicológica y moral. Estimo que la prescindencia que hacemos de estos últimos es absolutamente innecesaria y que el persistir en tal conducta nos impedirá obtener resultados que surgirían con menor dificultad del conjunto.

Los esfuerzos que hemos hecho hasta aquí para extraer de esta ciencia elementos de juicio han estado muy bien encaminados, y yo mismo acepté de buen grado la no injerencia de otras corrientes de pensamiento en el seno de estas reuniones, pero no veo bien que esto haya de continuar indefinidamente. Se hacen necesarias las confrontaciones; se hacen necesarios los cotejos con las proposiciones de otras celebradas inteligencias. En mi opinión, deberíamos dejar de engolfarnos en esta sola concepción para abarcar zonas de conocimiento más amplias y acrecentar así nuestra erudición.

—No se trata —respondióle Malherbe cortésmente— de hacer entre nosotros comparaciones o confrontaciones, aun cuando entiendo que el hacerlas pertenece al fuero individual y a nadie están, por consiguiente, vedadas. No estuvo tampoco nunca en nuestro propósito al reunirnos conciliar la disparidad que teorías, métodos o sistemas suelen guardar entre sí. Nuestra idea, y creo que en esto nos hallamos todos de acuerdo —continuó, acentuando sus palabras—, ha sido seguir el derrotero trazado por esta nueva concepción de la vida del hombre, esforzándonos en profundizar y esclarecer el conflicto entre sus dos naturalezas, la superior, manifestada en su mente, en su conciencia, en su espíritu, y la inferior, que aun cuando logra sobresalir por efecto de las ideas que hacen al progreso material del mundo, no deja de ser influenciada casi permanentemente por el instinto, representado por las pasiones y por ese complejo de animalidad que caracteriza la arraigada tendencia humana a lo estrictamente material o físico, con prescindencia poco menos que absoluta de lo espiritual.

Marcos pidió allí la palabra, y dijo:

—Si estos conocimientos que atraen particularmente nuestra atención y que acaso alguno de nosotros con-

sidera todavía como una teoría más, se limitaran al enunciado de problemas, tal como lo hiciera Aristóteles, y tras él los pensadores que le sucedieron hasta nuestros días, yo declaro que no habría dedicado a ellos mi tiempo, ya que no podría afirmar que he satisfecho en esas fuentes mis aspiraciones de saber, y, mucho menos, sentido la influencia benéfica de ese saber en mi vida; pero considero que nos hallamos ante un caso diferente, pues esta ciencia que tiene por finalidad específica situar al hombre en la realidad de sus altas prerrogativas, ofrece a nuestros pasos una ruta perfectamente trazada y corta, y un asesoramiento que nos asegura el tránsito por ella, al señalarnos, como hitos del camino, las leyes que rigen y regulan el pensamiento humano en sus avances hacia la meta de la perfección.

Seguidamente volvió a hacer uso de la palabra el señor Malherbe, quien dirigiéndose a Salvador, manifestó:

—El error en que acaba de incurrir usted al juzgar paralelas ideas substancialmente diferentes, reside en que las ha acogido desde el punto de vista de la simple ilustración intelectual, conformándose con sustentar una erudición que, si bien es muy respetable, no nos conducirá más allá en el terreno del verdadero conocimiento o, dicho más claramente, no nos conducirá al logro de nuestro objetivo. Debemos recordar, amigos míos, la recomendación emanada de la ciencia en estudio, que nos señala la necesidad de profundizar la investigación por vía de la comprobación racional; no haciéndolo así ¿cómo podremos pensar que el propio juicio haya sido suficientemente ilustrado? Para determinar, por ejemplo, la calidad y el valor de un brillante, ¿basta tan sólo con tocarlo?, ¿no será necesario establecer también su legitimidad, sus quilates, la perfección de su tallado, en cuyo caso se requiere poseer la capacidad del experto?... To-

memos otro ejemplo: frente a un apetitoso manjar que aún no hemos probado, ¿podremos ponderar de él otra cosa que su presentación? Si no lo gustamos, si no lo saboreamos, ¿cómo hemos de comprobar su calidad y apreciar el grado de placer que puede proporcionar al paladar?

—De acuerdo, señor Malherbe —objetó Salvador—, aunque pienso que probando ese manjar todavía podría faltarnos la seguridad absoluta de que el paladar no se haya engañado al gustarlo.

—En tal caso, le advierto que eso no le acontecerá nunca al que lo ha educado adiestrándolo en el ejercicio del gusto hasta lograr su exquisitez. Vemos, pues, querido amigo, cuán indispensable es que en todo concurra el elemento más ponderable y noble de nuestra vida, y es esa medida llamada sensatez, que hemos de usar siempre para sopesar las cosas y colocarlas en el cuadro de sus respectivos valores.

A impulsos de la vanidad, neciamente ofendida por las palabras que acababa de oír, Salvador replicó, sin cuidarse mucho de parecer recalcitrante:

—No quisiera molestar a nadie con mis palabras, pero lo cierto es que optaría por ser un sofista consumado antes que admitir de lleno una concepción que, por elevados que sean sus giros, se halla aún en los períodos embrionarios de la investigación.

Malherbe, que conocía por experiencia el entrevero de ideas que suele promoverse en la mente cuando obstinada quiere dar preeminencia a una de ellas —hecho que guarda relación con ciertas actitudes extremosas del hombre—, preguntó a Salvador con calculada ironía:

—¿Hemos negado alguna vez que sea del libre examen de donde deba surgir, cuando se elabora el propio juicio, la valoración cierta concedida a cada línea de pensamientos?

Y decidido a rematar el punto con una proposición satisfactoria, adicionó estos conceptos:

—Ha sido considerado repetidamente entre nosotros que nos hallamos ante la confrontación de dos culturas: una, traída de lejos por una tradición a la que nos hemos sometido dócilmente y cuyos dictados y preceptos no responden ya al imperativo de la conciencia en sus legítimas demandas por la preeminencia de la verdad sobre toda interpretación, conjetura o argumento que la desvirtúe, y otra, que deberá ser forjada por el hombre mediante el perfeccionamiento llevado a la efectividad por vía rigurosamente consciente, y cuyo advenimiento habrá de estar acompañado por el testimonio vivo de las generaciones presentes, invitadas a intervenir en esta gesta emancipadora del espíritu humano, liberadas mediante una racional y exhaustiva investigación de todo prejuicio y de toda creencia reñida con la razón. Por ese medio éstas serán guiadas a comprobar el saldo exiguo que las ciencias empeñadas en descifrar los grandes enigmas que envuelven la vida del hombre y del universo han logrado reunir como contribución efectiva al progreso espiritual del mundo y a la dignificación del individuo; y por ese medio serán asimismo guiadas a discernir acerca de la realidad que consubstanció aquellos hechos históricos que, revestidos de carácter místico, profético o milagroso, fueron, al par que fuentes de inspiración, origen de las más atrevidas creencias. Estoy convencido de que la nueva cultura a que acabo de referirme se concreta claramente en los postulados que estructuran la ciencia que tenemos en estudio. Mucho me complazco en expresar esto, del mismo modo que me complazco en testimoniar, aunque sólo sea de palabra, las satis-

facciones que en todo instante me ha proporcionado su estudio y su ejercicio.

—Lamento el tiempo que nos lleva esta ligera disensión, señor Malherbe —expresó Salvador—, por lo cual pido a usted disculpas; pero no quisiera reservar para mí que, al insistir en ese desbrozamiento de ideas y conceptos que proponía introducir en nuestra labor, iba implícita una necesidad personal de modificar, o de fortalecer, mejor dicho, considerándolo un medio, la adhesión un tanto débil de mis convicciones con respecto a algunos puntos, particularmente el que trata sobre el mundo suprasensible, de cuya referencia está cuajada la nueva concepción.

—Creo no equivocarme si pienso que acaso se halle usted en una de esas circunstancias en que el propio juicio es impelido a abrirse una brecha, sea la que fuere, en busca de una razón que supere los planteos que preocupan al entendimiento.

—En tal caso me vería obligado a aceptar que estoy obrando sin tener de ello conciencia —replicó Salvador, sin lograr reprimir la molestia con que había recibido la frase de Malherbe.

Mas viendo que su interlocutor no denunciaba la menor intención de zaherirlo, se calmó al punto.

—La verdad es que no he querido decir tanto —expresó Malherbe, con afabilidad—. Fue una simple alusión a un hecho muy corriente y, por otra parte, muy comprensible o justificable; pero volvamos al asunto en cuestión. Acerca de lo que usted nos decía hace un instante, al señalar como motivo de sus dificultades lo que esta concepción expresa sobre el mundo suprasensible, me place decirle que tenemos al alcance tantas explicaciones y es tan vasto, tan abundante el material de ilustración con que contamos y tan susceptible de verificación su realidad, que en este momento no se me ocurre mejor

respuesta que repetir lo que al mismo señor de Sándara le oyera en ocasión parecida, y es que dudar de su realidad sería incluirse uno mismo en esa duda, puesto que gran parte de nuestra naturaleza, como la de todos los seres humanos, pertenece a ese mundo, aun cuando se lo ignore.

—La duda nos pone, sin embargo, a resguardo de caer en la fe ciega, que declina todo razonamiento.

—Exactamente...; pero admitamos también que podemos caer en el fanatismo de la duda, cuando puestos a razonar persistimos en la valorización excesiva de lo que tantos dijeron, sin percatarnos de que tales valores carecen de fuerza para resistir lo que una verdad ampliamente expresada viene de pronto a descubrirnos. No debe extrañarnos que esto ocurra; yo mismo caí en ese error antes de verificar el contraste entre lo adquirido en materia filosófica a través de largos años de estudios universitarios y de otros más largos aún, transcurridos en contacto directo con la vida, y la evidente realidad que nos ofrecen estos conocimientos. Todos los que aquí estamos podemos atestiguar dos hechos que nuestra apreciación considera irreconciliables: la simple ilustración que ofrece al hombre el inmenso caudal filosófico, y el conocimiento cabal que para reconstruir la vida puede extraerse de esta ciencia que comenzamos a interpretar y experimentar.

Todos habían seguido con marcada atención esa pequeña pugna filosófica. Algunos, probablemente, experimentaban la sensación de que asistían a la representación de uno de aquellos pasajes en los que habían desempeñado papeles similares, ya que mucha es la relación que guardan entre sí las perturbaciones psicológicas que suelen operarse previo a la maduración que ordena y equilibra definitivamente la vida. Acaso

fuera eso lo que llevó a Claudio a acudir en auxilio de su amigo, a quien una ligereza había dejado un tanto deslucido.

—Es curioso —dijo— ver cómo esta circunstancia se vincula con lo que yo mismo he vivido algunas veces, por no decir muchas, en las que me he sentido ateneado por la duda, la vacilación, la confusión, la disconformidad y otros estados psicológicos análogos. He observado que cuando tales cosas ocurren es porque algo no identificado aún en nosotros nos está impulsando a sobrepasar estados que debemos ir abandonando; prueba de ello es que trascendido el obstáculo se comprueba siempre que en las elaboraciones de la inteligencia interviene una porción mayor de luz. No estará, pues, de más en el haber individual de cada uno lo que acabamos de escuchar, por cuanto podría ayudarnos a contrarrestar los riesgos de cualquier alternativa embarazosa del ánimo. Lo digo con la convicción del que no se considera a salvo de tales riesgos.

Varios más sintieron movidos a referirse a sus propias mudanzas, las cuales, a unos más, a otros menos, los habían afectado mientras procuraban escalar posiciones más avanzadas en la conquista del conocimiento.

Salvador no dejó de expresar al señor Malherbe su agradecimiento por haberlo soportado —así dijo— con tanta amabilidad y paciencia; mas faltó a su palabra ese tono franco y cordial que hubiese puesto de manifiesto el ablandamiento de las trabas interiores que en ese momento lo oprimían.

Cuando al despedirse esa noche le estrechó Claudio su diestra, comprendió, por la rigidez que le endurecía el rostro y por la expresión esquiva de sus ojos al mirarle, que su amigo seguía obstinado en sus ideas. Le palmeó

no obstante la espalda con aire cordial y afectuoso, como si nada extraño hubiese advertido en él.

Mientras recorría en su automóvil el tramo que lo separaba de su casa, se hizo una serie de reflexiones, algunas un tanto extrañas. Entre otras cosas, imaginó a Salvador trepado a la columna del prejuicio, como Simeón Estilita y sus congéneres. ¿No preferiría él también pasar la vida convertido en estatua de carne y hueso, a vivir como Dios manda, andando y luchando por las calles de este mundo?... Al término de sus reflexiones sintióse notablemente reconfortado, pues veíase a sí mismo, ¡feliz de él!, desembarazado de pensamientos como los que turbaban en esos momentos la mente de su amigo y que tantas veces habían turbado la suya.

Dos días más tarde, justamente cuando acababa de cenar, Salvador llamó por teléfono a su casa.

Acudió Claudio con premura al aparato, deseoso de conocer los motivos que podían haber inducido a su amigo a hablarle. «A lo mejor —se dijo— es para justificarse o para comunicarme algo que me incline en su favor».

Se equivocaba, sin embargo, pues al instante descubrió en su voz una promisoria reacción. Así era, en efecto.

—¡Mi enhorabuena, entonces!, ¡y con la alegría de un amigo a quien habías dejado un tanto preocupado! —exclamó Arribillaga con vivacidad, después de escucharlo.

A continuación oyó algunas reprobaciones que Salvador hacía a sí mismo. Le hablaba con su recuperada simpatía y cordura, refiriéndole las conclusiones a que había llegado una vez pasado su empecinamiento, que matizó con algunas frases en las que reconocía cómo las mejores intenciones de los semejantes pueden ser a veces desvirtuadas por la mente alterada y obrar a modo de cáustico, provocando en la epidermis psicológica esa tremenda erupción que se llama susceptibilidad. Satisfe-

cho, le manifestó que poseía ahora una noción más acabada de su verdadera estatura psicológica y que estimaba también, de una manera más precisa, la diferencia entre erudición y saber.

—Desde luego, Salvador —le dijo Claudio—. Piensa que mientras la erudición se funda en estudios de superficie y en la especulación intelectual, el saber se forma en el estudio concienzudo, en la investigación, en la experiencia, en la asimilación directa del conocimiento. Podríamos decir que la erudición es el báculo que nos lleva a la prédica sin realización personal efectiva, y el saber, el cetro que representa la superioridad del poder noblemente conquistado. Si tratándose del conocimiento trascendente nos valiésemos tan sólo de la primera, no alcanzaríamos nunca la esencia que lo distingue de los demás; de ahí que debamos llegar a la comprensión de que únicamente por vía de su estudio, de su práctica y por la asimilación perfecta de sus contenidos obtendremos la conciencia de sus altos valores. Logrado esto, podremos entonces decidir sin engañarnos si es más conveniente seguir dedicados al acrecentamiento de ese saber o entregados a los cotejos que tú proponías.

A esa altura de la conversación, Griselda se acercó a Claudio y, apoyándose cariñosamente en el brazo que éste le tendía, escuchó el resto, segura de que se trataba de una buena noticia.

Elegantemente vestida, mostrábase bellísima entre el rutilar de las joyas y su hermoso traje de raso, de tono suave, cubierto en parte por el abrigo de pieles que se había echado sobre los hombros.

Tenían dispuesta la noche para asistir a una fiesta, mas era aún temprano y podrían disfrutar todavía, junto al hogar que ardía no lejos de ellos en el gran *hall*, unos instantes de intimidad.

Mientras Claudio la ayudaba a despojarse del abrigo, que colocó sobre el sofá, Griselda conversaba alegremente, con claros deseos de expresar las ideas que se le habían ocurrido a raíz de lo que terminaba de oír.

—¡Qué movimientos tan sutiles existen en el complejo mecanismo de la psicología humana!... —observó—. ¡Cuántas reacciones se promueven al margen de nuestra voluntad, que inclusive decidirían, si de ello no nos diéramos cuenta a tiempo, la suerte de nuestra vida!...

Claudio sonrió al escucharla, reflejando su rostro una satisfacción cuya causa en seguida puso de manifiesto, cuando, sentándose ambos, uno junto al otro, le dijo:

—Sin quererlo acabas de darme la punta del hilo que acaso nos lleve a encontrar algo interesante.

—Sería maravilloso...

—Dime, Griselda, ¿no estribará todo en descubrir esa fuerza que activa los movimientos que se operan en nuestra psicología?; ¿en conocer el origen de esa fuerza o la fuente donde se nutre, y en conectarla a nuestra voluntad en vez de dejar que ella obre en nosotros ciegamente?

—¿Por qué piensas tú que esa fuerza obra ciegamente? ¿No será lo contrario?; porque parecería haber en ella una gran inteligencia. Los movimientos que genera, imperceptibles a veces, ¿no nos demuestran que lleva en sí un fin aleccionador que debiéramos saber aprovechar?

—Tu reflexión me parece sumamente atinada.

Echó Claudio una vista a su reloj y se dispuso a seguir.

—Ciertamente que no es apropiado el momento para que nuestra mente se arriesgue en cuestión tan profunda —dijo sonriendo—, pero tampoco podemos negar que nos hemos dejado atraer por ella sin resistencia, ¿no

es así? Volviendo a lo que hablábamos, te repito, mi querida, que estoy conteste en que no se trata de una fuerza ciega.

—¡Pues me alegro!... —le respondió Griselda, agradada por la coincidencia; y agregó—: Yo presumo que el único ciego es el hombre, que no ve tan extraordinaria realidad.

—Sospecho, Griselda, que ese movimiento sutil que al principio mencionaste, guarda una extraña relación con el de las mareas... La articulación de ese movimiento que llamamos flujo y reflujo está sujeta, como sabemos, a una fuerza cósmica que mantiene en calma o embravece las reacciones del mar; algo de eso debe seguramente suceder en nosotros; claro que en nuestro caso es el mismo ser quien corre peligro de zozobrar, como peligran en el mar los barcos arrollados por su vorágine, mas no el mar como ser monstruosamente inmenso, circunscripto a una órbita que jamás excede.

—¿Has visto cómo cobra interés el panorama de nuestra vida interior en el instante que logramos disipar esa ceguedad tras la cual se ocultan tantos bienes? Es comprensible que eso ocurra; cuando la observación que debemos dispensarle no funciona o lo hace de una manera defectuosa o sólo parcialmente, se nos escapan infinidad de elementos de valor imponderable. ¡Qué no haría el hombre si se supiese con posibilidades de enriquecer con ellos su paupérrima vida intelectual y espiritual!

—Quizás utilizaría más a menudo esa preciosa facultad. Llegaría así a comprobar, como lo iremos comprobando día a día nosotros, que la observación, dirigida por la conciencia, se convierte en ama y señora de nuestro mundo interior, a la vez que en puente de unión con el mundo trascendente.

—¡Qué delicada sensación nos invade al ver las transformaciones que se operan a través de ese prisma!... Aunque, a decir verdad, también hay motivos que afligen el corazón, si nos ponemos a considerar las causas de la desolación que experimenta la criatura humana expuesta a los más variados y tempestuosos sacudimientos psicológicos.

—Eso y muchas otras cosas sumamente importantes se definen, mi querida señora..., pero... —y terminando la frase con un beso, Claudio le dio a entender que estaban ya sobre la hora.

—¿Tendré tiempo de ver a Adriana? —preguntó ésta.

—Sí, pero escaso.

Y tomándola del brazo, agregó alegremente:

—Te acompañaré.

Apenas transcurrido un cuarto de hora, Patricio echaba el cerrojo a la puerta por donde sus amos acababan de marcharse. Su rostro traslucía toda la serenidad que infundía a su alma el saber que la felicidad había encontrado decididamente cabida en el seno de aquel hogar.



Sabía de Sándara manejar el tiempo con plena noción de su valor. Allá en México, sus intimidades hogareñas mediaban ajustadamente con sus movimientos mentales, efectuados en diversos sentidos, para captar las imágenes auténticas y positivas que habría de desarrollar luego, al engolfarse en sus trabajos de creación. Su estudio era un verdadero laboratorio de ideas y su escritorio una maternidad donde los pensamientos gestados en su mente nacían a diario, al ser confiados al papel tan pronto alcanzaban claros signos de madurez conceptual. En esa labor pasaba

muchas horas del día y aun de la noche, cuando otras tareas disminuían su tiempo. Extensamente vinculado, solía recibir en su despacho a considerable número de personas que lo visitaban por amistad o por adhesión al mundo de sus ideas. Hablando hoy con ésta, observando mañana a aquélla o siguiendo mentalmente los pasos, necesidades o afanes de otras, de Sándara penetraba sin esfuerzos en los misterios que pueblan las sombrías cavernas de la psicología humana y en los arcanos de su región sensible, en cuyas adyacencias pugnan por manifestarse las calidades más bellas de alma. De este modo acrecentaba su saber, que volcaba luego en sus escritos o ponía directamente al alcance de quienes lo necesitaban.

Acostumbraba interrumpir de vez en vez su labor diaria para recrearse en la compañía familiar, proporcionándose así pequeñas treguas. Cuando la hora y la temperatura se asociaban excitando su deseo de esparcimiento al aire libre, un apacible rincón situado en los fondos del parque que circundaba la casa constituía su refugio predilecto. Alzábase allí la titánica figura de un cedro añoso, cuyas gruesas ramas inferiores, mecidas por la brisa, parecían abanicar con sus extremosos dedos vegetales las matas y arbustos artísticamente ubicados en su torno. Desde aquel punto podía la vista deleitarse contemplando la verde alfombra que tapizaba el ámbito del jardín decorada aquí y allí con el alegre multicolor de las florecillas de estación.

Ebel y Mariné solían desayunarse dentro de aquel paraíso familiar en las mañanas entibiadas prematuramente por el sol. Tras sus alegres muros naturales hallábase cuanto era menester al buen descanso del cuerpo y solaz del espíritu: cómodos sillones para el reposo y una mesa de piedra con pequeños bancos rústicos para meriendas o eventuales refrigerios. A veces los acompañaba Cristina,

mas sólo cuando ésta lograba sobreponer el estímulo de sentirse acompañada al de holgar un rato más en el lecho. Al menos, así decía ella; pero bien se advertía que era un simple pretexto con que solía encubrir una actitud meramente discreta.

Cierta mañana, en las postrimerías del estío, hallábase de Sándara bajo la sombra del colosal cedro, engolfado en las noticias de un periódico mientras aguardaba la llegada de Mariné.

Alegre y radiante como aquel día final de agosto la vio venir hasta el refugio, justo al término de su lectura.

—Si me hubieses despertado, Ebel, desde tiempo me hallaría aquí disfrutando de tu compañía —le reprochó ella con cariño al llegar, besándolo en la mejilla.

—La verdad es que sentí pena de hacerlo. Dormías plácidamente.

—Pero sabes cuánto significa para mí cada momento que paso a tu lado.

Sonrió de Sándara, y le respondió:

—Bien, bien..., trataré de ser menos piadoso en adelante.

—¡Oh!...

—La «o» es una letra que a menudo protesta por lo que hacen las otras letras del abecedario.

Sus risas resonaron alegres.

Retozones los pájaros, se escurrían entre el follaje con chispeante algarabía.

En el semblante de Ebel dibujábase con serena elocuencia la felicidad que lo embargaba. Respiró con profundidad, como si quisiera dar mayor expansión a su regocijo. Sentíase en verdad dichoso. Durante los meses que siguieron a sus nupcias no había hecho más que confirmar en la intimidad de su espíritu la exactitud de los juicios

que Mariné le había inspirado. Ella se había hecho cargo de sus nuevas responsabilidades con tal seguridad y con tan exacto sentido de las atribuciones que la asistían, que el cambio operado desde entonces dentro del hogar tornó mucho más feliz la vida de sus integrantes. Habíase resuelto, con plena conformidad, que después de la boda Mariné reemplazaría a Cristina en la administración de la casa, tarea que para esta última iba tomándose ya algo pesada. La joven fue asumiendo la dirección de la misma, sin que en ningún momento Cristina se sintiera suplantada. El sutil y humanitario tacto con que había depuesto sus despreocupaciones de soltera para llenar su cometido de mujer casada motivó la aprobación de Ebel, que se valió de una broma para decírselo esa mañana.

—¿Sabes, Mariné —le manifestó con seriedad—, que estoy queriendo divorciarme de ti?

—¿Sí?... —respondió ella con vivacidad—. ¿Y para qué? ¿Para tener la dicha de volver a casarte conmigo?

—Ése era justamente mi pensamiento, porque la verdad es, Mariné, que estoy muy satisfecho de ti.

—¡Lo celebro!... —repuso ella, exagerando con gracia su agrado—. ¡No podías haberme dicho nada más grato!

El criado había finalizado los preparativos para el desayuno y Mariné dispúsose a servirlo. Mientras lo hacía, cual si deseara prolongar el tema, confesó:

—En todo este tiempo no creo haber hecho otra cosa, Ebel, que permanecer fiel a mi sentir; eso me ha permitido ser dueña de mí misma en todo momento.

Mariné no hubiese podido traicionar jamás la sinceridad con que latían sus nobles anhelos. Habríase humillado ante los ojos de su conciencia, de haber cedido un instante su autoridad a la frágil e insegura dirección de pensamientos pueriles, frívolos, mezquinos, capaces

de empujar la vida hacia los abismos del infortunio. Mujeres hay, y muchas, que después de hacer gala de bondad, afecto, dulzura y otros preciados dones del carácter femenino, se muestran al casarse como si tan notable cambio les quitara el juicio. Esclavas de la vanidad, del orgullo y de otras no menos perniciosas debilidades que influyen sobre la inestabilidad humana, se entregan sin recato en brazos del capricho cuando la vida les sonríe. Logrado el objeto, se olvidan pronto de los días que precedieron a su advenimiento al sitial de desposadas y, altaneras, intransigentes, negando virtud a sus blanduras y benevolencias anteriores, se erigen sin más en dueñas de la situación. ¡Funesto cambio que desvanece el hechizo y convierte al hada bondadosa en bruja cruel e inaguantable! Todo ello consecuencia forzosa de defectuosas formas de conducta adoptadas por la sociedad, que denuncian la ausencia de una educación basada en altas concepciones de bien. Prevenir contra los males de la incuria moral y espiritual el alma de la mujer que ensaya, como las aves nuevas, sus primeros vuelos, ¡con cuánta eficacia neutralizaría muchos de los sufrimientos que la violencia del carácter y la vida misma habrán de imponerle después!

Aceptó Mariné, gustosa y entusiasmada, la invitación de Ebel a recorrer las vecinas serranías, y, en alas de una expansiva sensación de alegría, partían poco después en automóvil hacia el punto elegido para el agradable paseo matinal.

Al cabo de unas horas detuvo de Sándara, en plena montaña, su vigoroso corcel de acero. No lejos del camino, ascendieron a unas peñas para disfrutar del vasto panorama que se abría desde allí. Por mucho que se hallaran familiarizados con tales parajes, la acaso extraña sugerencia que promueven en el ánimo las huellas pri-

mitivas impresos sobre valles y montañas, vinculó muy pronto sus palabras con motivos provenientes de la tradición.

—Tú sabes, Mariné, que bajo la apariencia de colonias agrícolas, vivieron en diversos puntos de estas montañas tribus aisladas descendientes de las civilizaciones indígenas que poblaron antiguamente estas tierras. Su vida transcurría, por así decir, en un mundo aparte del nuestro, sometidas a ritos y costumbres heredadas en parte de sus antepasados. Digo en parte, porque aunque pretendían ser esencialmente tradicionalistas, sus prácticas estaban sujetas a las variantes e innovaciones adoptadas por el jefe de cada tribu para dominar el alma de sus vasallos, que lo tenían por un dios. Te narraré si quieres, la historia de una doncella que perteneció a una de esas tribus.

—¡Oh!, bien sabes cuánto me atrae todo lo que nos pone en contacto con hechos y leyendas que revelen costumbres, formas de vida y creencias de las gentes que habitaron estas regiones. Cada vez que contemplo estos hermosos panoramas mi alma siente el influjo de ese misterio que flota en todo lo que se pierde en las honduras del tiempo. Comienza, Ebel; te escucharé complacida. Rodeados como estamos por el escenario donde aconteció lo que me anuncias, me parecerá que revive.

—Comenzaré entonces por hablarte de la protagonista, una hermosa muchacha llamada Ximara, hija del Cacique de una poderosa tribu. Ximara amaba entrañablemente a Huipec, mancebo indígena que parecía no ser del gusto de su padre. A raíz de ello, éste hízola acudir un día a su presencia, y luego de preguntarle si en verdad amaba a Huipec, quiso también que le dijera cómo podría demostrarlo. Tierna y recatada, la joven no se atrevió a

alzar la vista ante su padre, mas tuvo la firmeza de expresarle que lo haría permaneciendo fiel a su amor hasta el último latido de su corazón. Al día siguiente, acusado de haber infringido cierta ley indígena, Huipec fue condenado por el gran consejo de la tribu a morir, y Ximara, por orden expresa del Cacique, obligada a presenciar el suplicio a que aquél sería sometido. Cerrada la noche de ese mismo día, cumpliríase la cruel y bárbara sentencia. Desde mucho antes los tambores comenzaron a anunciar el suceso llamando a la tribu, cuyos miembros, congregados en gran número, iban rodeando la gran pira del suplicio en amplio semicírculo. Acudió también Ximara, conteniendo con dificultad su desesperación y sus lágrimas. Llegado el momento, el vivo resplandor de la hoguera iluminó la atlética figura de Huipec, que avanzaba hacia el lugar del tormento custodiado por varios guerreros. Marchaba con arrogancia, desafiando acaso, con su valor, la crueldad del injusto castigo. Por breves instantes, el fulgor de las llamas se proyectó sobre su varonil estampa, y luego, empujado con violencia hacia la parte opuesta al semicírculo y la hoguera, fue arrojado al suelo. Las grandes lenguas rojizas elevábanse en tanto, ávidas, con ansia diabólica, ocultando a la tribu, con su resplandor, lo que detrás de ellas ocurría. Oyóse de pronto un golpe de hacha, y al punto, enarbolando el verdugo la cabeza sangrante, la arrojó a las llamas seguida por el cuerpo del condenado. De los labios de Ximara brotó un grito desgarrador, de esos que sólo el alma humana es capaz de lanzar en el paroxismo del dolor y del espanto. Desde ese día...

—¡Me has hecho erizar, Ebell!... —le interrumpió Mariné.

—Verás lo que sigue... —continuó éste, sonriendo significativamente, cual si quisiera con ello aligerar aquella impresión—. Desde ese día, sin faltar uno solo,

la bella joven indígena fue a prosternarse y a derramar copiosas lágrimas ante el lugar de la ejecución. Muchos, entre tanto, se acercaron a ella y le ofrecieron su amor, pero Ximara siempre respondía que prefería morir antes que incurrir en tamaña infidencia. Un anochecer, mientras invocaba como de costumbre a su amado en el lugar donde le viera por última vez, Ximara creyó oír su voz. Alzó su bellissimo rostro y, ¡oh sorpresa!, allí, a pocos pasos, hallábase Huipec, erguido entre la maleza. Quiso la joven precipitarse hacia él, mas la aparición la contuvo. «No te acerques, bella Ximara —oyóle decir—. Evitarás así que desaparezca de tu vista para siempre. Haz lo que te pido y me verás todos los días en este mismo sitio. Ahora ve a decir a tu madre que me has visto». Obediente, Ximara se alejó, y, al volver la cabeza para contemplarlo nuevamente, Huipec había desaparecido. Cuando la joven india refirió aquel curioso episodio a su madre, ésta se compadeció de ella, creyendo que tenía trastornado el juicio. Pasaron los días y, siempre, al declinar la tarde, Ximara volvía a ver a Huipec en el lugar del tormento. Pero he ahí que ella misma empezó a temer que aquello sólo fuera una alucinación, y, por tal motivo, rogó a su madre que la acompañara. Ésta, que mucho temía por su hija, accedió, y juntas fueron allá una tarde al hundirse el sol. Tras largo rato de acecho ocurrió que ambas, madre e hija, vieron de pronto al mancebo frente a ellas, tan fielmente representado que aquello era como verlo en vida. La madre de Ximara, sin poder contenerse, corrió a informar al Cacique y a cuantos encontraba a su paso que acababa de ver a Huipec en cuerpo y alma. A partir de entonces no faltaron indígenas que se agruparon curiosos en el lugar, junto a Ximara; mas nunca jamás la aparición se hizo presente. Un buen día, la bella joven fue llamada a la presencia del

Cacique, quien, tras asegurarle que no volvería a ver a Huipec, le ordenó por tres veces que tomara por esposo al hombre que él le proponía; por tres veces también, Ximara imploró piedad, rogando a su padre, con toda la mansedumbre que el dolor ponía en sus labios, le hiciera correr a ella la misma suerte que corrió su amado. La voz del Cacique tornóse de pronto benévola, y dijo: «Has vencido, bella Ximara, en la gran prueba; has glorificado a tu raza. Digna eres, pues, de llevar sobre tu pecho este collar que te impongo para que mi tribu te respete como Hija del Sol». Inmediatamente, ante el asombro creciente de la doncella, que no podía dar crédito a lo que sus ojos veían, apareció Huipec, quien luego de recibir el saludo del Gran Jefe se apresuró a reunirse con ella. Y aquí, mi querida Mariné, termina esta historia, de la que nunca dudaron quienes oyeron su relato.

—Pero de la que puede afirmarse que es leyenda; de lo contrario no entraría en ella lo sobrenatural.

—Sin embargo, nada de eso hubo. Todo fue resultado de una simple treta, de una treta hábilmente preparada. La cabeza de Huipec, que todos vieron caer sobre la pira, no era tal, sino la de otro condenado a muerte, llevado a ocupar su lugar en el momento de la ejecución mediante un ingenioso escamoteo al amparo de la noche, de la luz de la hoguera y diversos objetos esparcidos en torno.

—¿Y las apariciones?

—Podemos presumir que fueron dispuestas por el Jefe, quien habría hecho instruir al mozo prohibiéndole divulgar el secreto so pena de suplicio verdadero si lo traicionaba.

—De ser como dices, hemos de considerar curiosa, aun cuando muy propia de seres salvajes, esa forma de probar la fidelidad; por otra parte, la fidelidad, en natura-

lezas tan rudimentarias, parecería estar indicándonos que ha sido un sentimiento inculcado al hombre en los albores de su existencia.

—La fidelidad, querida mía, surge en el ser humano como sustento inapreciable del sentir; por lo tanto es innata. Pero he de aclararte que alcanza no obstante su máxima expresión, su expresión verdadera, cuando toma la forma de un conocimiento que debe el hombre descubrir en su propia conciencia si no quiere ser engañado por pensamientos volubles.

El interés con que Mariné lo escuchaba movió a de Sándara a continuar:

—Cuando la fidelidad es tan sólo un sentimiento de lealtad, ¿me entiendes?, fácilmente puede ser afectada por inesperados advenimientos; pongamos por caso, la falta de correspondencia en el afecto, los enfriamientos de la pasión, los distanciamientos que se suscitan en el seno del hogar, frecuentemente por causas pueriles y, en fin, desencantos de diversa índole. Pero cuando la fidelidad surge de lo más recóndito de nuestro ser como conocimiento, es difícil y hasta imposible que ella pueda negar su propia fuerza constructiva. La fidelidad es una fuerza indisoluble cuando su objeto, trátese de un ser, una idea, un pensamiento, constituye algo que se halla consubstanciado con nosotros mismos.

—La diferencia entre ambas residiría, entonces, en la pasividad de la una frente a la actividad de la otra, que encuentra en sí misma el elemento que la hace invariable.

De Sándara aprobó.

Pendiente todavía su atención de la leyenda que acababa de escuchar, expresó Mariné:

—Es un verdadero alivio lo que uno experimenta cuando piensa que prácticas como la que terminas de na-

rrarme han sido superadas por la civilización. Ya no tenemos caciques que se arroguen el poder de vida o muerte sobre sus semejantes.

—Cierto es que la conducta personal, luego de absorber los elementos que padres y educadores ofrecen al juicio aún no maduro de la juventud, está en nuestros días librada al propio arbitrio; pero no es menos cierto que en países enorgullecidos de su alto grado de civilización existen aún formas de crueldad y de sometimiento que sumergen a hombres y pueblos en la más espantosa miseria física y moral.

—Tienes razón, Ebel. Cuántas veces me pregunto si podrán librarse un día los pueblos de la esclavitud a que son sometidos por el despotismo de sus gobernantes.

—Eso ocurrirá, mi querida Mariné, cuando los hombres que piensan, cualquiera sea el lugar donde se encuentren, enseñen a pensar a los demás y se unan en el mismo pensamiento de liberación. El hombre debe aprender a defender su libertad, no sólo con el pensamiento y la palabra, sino con todos los medios lícitos de que pueda echar mano para favorecer su evolución y la de los pueblos hacia la conquista definitiva de tan supremo bien.

—¡Qué hermosa suena al oído la palabra libertad!...

—¡No podría ser de otra manera! Tan luego se trata del más sagrado y precioso de nuestros bienes. Quien atenta contra ella, atenta, en verdad, contra los más caros sentimientos humanos: el amor y el respeto que nos debemos a nosotros mismos y a nuestros semejantes. Pretender anularla es alzarse contra Dios, que la instituyó como imprescindible para la vida del hombre.

—Hace apenas unos instantes pensaba que sólo perteneciendo a la sangre de tribus salvajes podrían so-

portarse crueldades como las que Ximara sufriera, pero ahora advierto cuán grande tiene que ser el grado de fortaleza que en los días actuales se necesita para enfrentar las perturbaciones y las guerras que la anulación de la libertad y el despotismo lanza sobre los pueblos. ¡Cuántas veces, en el transcurso del tiempo, hubieron de sorprender al corazón humano esos trances cruciales, al desatar el hado las fuerzas ciegas que arrastran con el torbellino de su furia a las almas señaladas por su índice fatídico!

—No cabe duda, querida mía, que tu sensibilidad se resentiría si hubiera de sufrir alguna vez aflicciones semejantes.

—¿No piensas, acaso, que sabría encontrar consuelo en ese inviolable arcano constituido por el poder piadoso que aparece tras el acatamiento de la voluntad de Dios? Tú mismo has grabado eso en mí, Ebel, y allí donde yo vaya lo llevaré conmigo como un talismán que me preservará de todo mal.

—Me agrada sobremanera esa espontaneidad con que se encienden las luces de tu sensibilidad toda vez que tu espíritu se conmueve por algún pensamiento o hecho que roza tus convicciones, reunidas en un haz inquebrantable para sostén de tu vida y felicidad de tu alma.

Movida por las palabras de Ebel, para ella dulces y significativas, confesó la joven:

—Siempre observé que cuanto aprendía de ti me acercaba con fuerza irresistible a tu corazón, como si la totalidad de mi alma penetrara en él y se tornara una sola con la tuya por correspondencia de sentires. Desde el instante en que anhelé fueras mi dueño, lo fuiste decididamente, y todo mi celo fue cuidar para ti lo que a ti sólo pertenece: mi vida, que tú has enriquecido con tanto afán y cariño.

Se detuvo y ambos se miraron con esa inteligencia y ofrecimiento íntimo que reflejan estados de conciencia paralelos, semejantes a los que sobrevienen cuando se comparten momentos de arrobadora felicidad o de grandes pesares. Había quizás en sus miradas algo del fondo luminoso que inspiró la epopeya homérica y exaltó la imaginación de Horacio y de Virgilio cuando describieron en sus poemas las particularidades del espíritu humano, confundiéndolo con todo lo que vive y existe en la órbita inconmensurable de la Creación.

Rompiendo aquel instante de encantamiento, Mariné volvió a confiarse sin reservas a las delicias de su voluntaria confesión:

—Sabía que para librar mi vida del horror del vacío debía darle un contenido... Me preguntaba a menudo si ese contenido era igual en todos los casos, y cada vez iba aproximándome más a la confirmación de lo exacto. Cuán clara llegué a ver la escala esquemática de los contenidos que pueden satisfacer la vida de unos y de otros. Evidentemente, no son iguales; mas pueden sin embargo semejarse y aun llegar a ser idénticos si los anhelos coinciden, si coinciden también los modos de concebir y de sentir la vida y si existe el mismo grado de afinidad en las aspiraciones superiores del espíritu. Pero es manifiesta la facilidad con que se desvirtúan y anulan tales propósitos. Cuando no se sabe conservar la fuerza de un querer, éste se mezcla y se corrompe contaminado por deseos opuestos que concluyen por imponerse, volviendo el ser a sus andanzas y vacilaciones de otrora. Así es como se derrama ese querer que alentó la vida durante ese período que la voluntad presidiera cuando estaba al servicio de una necesidad noble y hondamente sentida.

—Exactamente. Pocos son los que se avienen a conformar la vida a las exigencias de un alto ideal; la

finalidad perseguida no siempre resiste la prueba del tiempo.

Interrumpiendo su diálogo, Ebel y Mariné descendieron del peñasco donde se hallaban y a paso lento se dirigieron a una arboleda. Allí, sobre la alfombra de hierbecillas frescas y olorosas que recubrían el suelo, sentáronse a descansar.

—Sin tu ayuda —confesó Mariné— nunca hubiera podido hallar ese escondido y encantador pasillo que une las lindes de nuestra vida intrascendente con la tierra de promisión, que es su contenido estético y el divino solar de nuestra existencia, ajeno antes a los dominios de mi pensamiento no obstante su realidad innegable.

—¿Se puede saber qué contiene ese divino lugar descubierto por ti?

—¡Pues lo necesario para hacer de mí una mujer feliz!... Nunca olvidaré mi encuentro con esa realidad. ¡Fue como un despertar maravilloso!... Todo cambió a partir de entonces. Transformóse mi naturaleza por su adaptación al ritmo y a las palpitaciones de una vida nueva, de una vida que yo había entrevisto y ansiado vivir, y que tú me enseñaste a encontrar guiándome hacia la frontera que me separaba de ella y señalándome el camino que debía recorrer dentro de mí para encontrarme con la esencia misma de mi ser. Allí comprendí cuanto me sería dado hacer para el mantenimiento firme e inquebrantable de los propósitos concebidos como supremos ideales de mi vida.

—¿Y cuáles son esos supremos ideales? —volvió a inquirir de Sándara, complacido de oírla.

—Sé bien cuánto te agrada comprobar si soy fiel a mi recuerdo. Por mi parte, siendo ése uno de los ejercicios más necesarios a nuestra sensibilidad, lo practicaré ante ti de buen grado. Se aviene, pues, tu pregunta, con

la necesidad que siento de renovar las imágenes que me son queridas. Dentro de nosotros, acaso se produzcan las mismas instancias que caracterizan las variaciones y los cambios que se operan en la naturaleza. Los árboles a veces parecen muertos, como si la vida se hubiese detenido en ellos; en su interior bulle sin embargo la savia, en permanente aquilatamiento de las energías que sostienen su vitalidad y permiten su crecimiento si son pequeños, y su floración, si son grandes, lo que evidencia su fuerza potencial. La evocación de mi pasada adolescencia, cuando apenas se perfilaban entre sueño y vigilia las imágenes creadas por la ilusión de la edad temprana, me trae a la mente, en sucesión ininterrumpida, los trechos que más destacan en el curso de mi vida. Como siempre ocurre en esa etapa de la existencia, mi imaginación volaba en procura de los más caprichosos gustos, y en la permanente insatisfacción de las cosas, la audacia de la falta de reflexión me hacía exigente. Para mi felicidad, eso duró poco. Apareciste tú como una estrella en la noche de mi vida, y desde la calígne donde mi alma vacilante buscaba a tientas un punto de apoyo para sus inquietudes, fuiste guiándome hacia la claridad del día. Mi comprensión iba gradualmente percibiendo cómo esculpías en mí, con arte consumado, los rasgos indelebles de tu raro y sinestésico cincel. Comprendí entonces cómo al par que me alejaba de lo que yo era, roto el hechizo de los encantos quiméricos y libre de la embriaguez letal de los años inciertos, me internaba más y más en esta realidad que hoy desborda mi corazón de ventura. Con el auxilio de tus consejos, siempre oportunos, y bajo tu mirada vigilante aprendí a ser medida en mis pensamientos y a valorar la dimensión de mis aspiraciones para no excederme nunca. En ese aprendizaje fui tomando conciencia de lo que significaba ajustar mi

conducta a los requerimientos de un proceso que me iría superando gradualmente. Debía fijar en mí la imagen de ese gran querer o ideal supremo de mi vida, intuido primero y ansiado después por mi corazón y mi alma, y en ese esfuerzo enfrenté grandes luchas conmigo misma y derramé por mis incomprendiones muchas lágrimas. Una circunstancia particularmente dolorosa vino a coincidir con aquellos tramos que entonces recorría, insegura aún. Fueron en verdad días de zozobra inconsolable, porque ahí donde ansiaba hallar mi alma un sentimiento de mayor ternura veía tan sólo el sereno afecto de tu corazón. En ciertos momentos, Ebel querido, sentía mi vida como de cristal. Estrujada por el dolor, más de una vez aguardaba el instante fatal en que se haría añicos... Por fin, una tarde, descubriste mi secreto en el lugar más inexpugnable. Vaciló mi alma, conmovida de pudor, consciente acaso de que en la respuesta comprometía su destino. Me dijiste luego que habías asistido aquel día a uno de los episodios más inocentes, graciosos y a la vez imponentes de la vida íntima de una mujer. Desde entonces fui feliz. Sabía ya que nunca te había sido indiferente, y tu voz, al hablarme, tenía la suavidad y la dulzura del amor. Después de trascender aquella difícil etapa de mi vida, los anhelos que agujijoneaban mi alma de continuo acentuaron su perfil y, desde el oculto rincón que los albergaba, el iris primario de la comprensión fue matizando de colores definidos las imágenes mentales de los más caros a mi sentir.

De Sándara escuchaba las palabras de Mariné con la atención y el respeto que le infundía ese instante en que el alma de la joven se manifestaba en un fácil fluir de pensamientos afines con los que él guardaba en el arcano de su corazón. Viéndola al fin alcanzar la meta en su vuelo mental a través del recuerdo, le expresó:

—Advierto que dominas con mucha seguridad el espacio dimensional de tu vida en las variadas direcciones que recorrió en su pasado.

—¿No te parece que exageras?... Sabes bien, Ebel, que no es cosa difícil evocar los recuerdos que llenan mi vida, porque su fuerza nos permite unir a lo vivido lo que estamos viviendo.

—Así es, en efecto. Si olvidáramos la parte de vida que nos alentó en los comienzos de nuestro andar consciente por el mundo, en el que tanto participaron pensamiento y querer, esa parte moriría irremediamente. Deber es que ella se una a lo que vayamos viviendo, que se consubstancie con todos los días de nuestra vida. No experimentaremos así ese vacío que angustia y desespera a los que sin conservar de ello siquiera memoria, derramaron en las arenas del pasado todo lo que hasta ayer vivieron.

—Si me preguntaras ahora a qué pienso dedicar mi vida te respondería, con toda certeza, que a cumplir la misión que acertada y discretamente me enseñaste. Seré ante todo, señor y dueño mío, tu compañera ideal, porque yo soy lo que tus manos forjaron. Tengo ante mí ese maravilloso mundo de conocimientos que abriste a mi sentir, para que mi espíritu, cultivándose, escanciara el más delicioso de los néctares. ¡No habría podido encontrar para mi vida incentivo mayor ni destino más preciado con que llenar de ventura los días de mi existencia!

—Eres fiel, y me agrada, a los pronunciamientos caros a tu espíritu; lo contrario de aquellos que quisieron dar a sus vidas un contenido y echaron luego en saco roto sus proyectos, trastornados acaso por ambiciones que no supieron frenar.

Tras una pausa, y con objeto de que Mariné volviese nuevamente a tocar la tierra con sus pies, de Sándara agregó:

—Si tuviera que calificar tus adelantos en esta materia, en verdad la más difícil, te premiaría con «sobresaliente».

Satisfechos por la feliz expansión de esa mañana, resolvieron regresar.

Subieron al coche y, a marcha regular, emprendieron el retorno, por el camino que bajo los rayos del sol parecía una cinta zigzagueando esmalte, desde la Sierra Madre hasta la épica meseta de Anáhuac.

Cristina los esperaba para almorzar, y no dejó de regañarlos con fingido mal humor por el tiempo que la habían dejado sola. Mas la dicha de verlos tan felices hizo muy pronto asomar a sus labios la alegría que en vano intentaba contener y que se acentuó al concretar Mariné su respuesta en un beso lleno de cariño.

Tomando del brazo a su tía, de Sándara se internó en la casa, mientras Mariné, que presurosa se les había adelantado, volvía hacia ellos ostentando alegremente una carta.

—¿Es para mí? —preguntó Ebel, sospechando algo muy especial entre la correspondencia de aquel día.

—¡No lo dudes! —respondió Mariné, sonriente; y dispuesta a bromear, agregó—: Pero no te la entregaré si antes no me dices algo lindo.

—¿Algo lindo?... ¡Pues no se me ocurre nada que sea más lindo que tú!

—¿Es en serio o en broma?

—Señora... ¿no hablo yo siempre en serio?

Cristina intervino para pedirles que no se comportaran como chiquillos.

Poco después festejaban todos una buena noticia. La carta era de Claudio, en la que les anunciaba su viaje a México hacia mediados de setiembre próximo en compañía de Griselda.



Apacibles y felices transcurrían en México los días para el matrimonio Arribillaga; breves en número, pero abundantes en plenitud y provecho.

Tal como se lo prometieran a sí mismos cuando planeaban el viaje, así había ido cumpliéndose hasta el momento, lloviéndoles satisfacciones de las hojas que se desprendían del almanaque de sus anhelos. Sólo el recuerdo de Adriana, a la que habían dejado en Buenos Aires, turbaba de vez en vez la felicidad de Griselda, que sabía calmar no obstante ese legítimo reclamo de su corazón abandonándose a la seguridad y confianza de que la pequeña se hallaba cuidadosamente atendida por la abuela.

México les ofrecía el afecto singular de sus amigos, de los cuales fueron huéspedes durante su permanencia en el país. La amplia mansión del paseo de la Reforma les había ofrecido su bello y luminoso albergue, su alegría y su cordialidad. Por otra parte, el momento era harto propicio; de Sándara había dado término a un libro, favoreciendo el ardiente anhelo de nutrir sus espíritus la circunstancia de que aquél podría dedicarles ahora mayor tiempo.

Hasta allí no habían vivido día sin que les dejase en el recuerdo las constancias de un transcurrir dichoso. Aparte de los placeres que les proporcionaban los paseos diarios, tenían para ellos particular encanto los ratos pasados en la intimidad del hogar, y en especial modo las charlas en el despacho, donde la familia solía reunirse habitualmente y por afectivo acercamiento durante las horas en que de Sándara permanecía solo.

El despacho era amplio, amueblado con refinamiento, y tan cómodo como acogedor. Se había logrado que fuese igualmente apto para el trabajo en invierno y en verano; a ese propósito contribuía la ancha vidriera que limitaba la sala por uno de sus costados oficiando de muro móvil. En los meses cálidos podía unirse por ese medio el estudio con una ancha galería, transformándose el recinto en un lugar amable y desahogado. Abríase la galería hacia una de las caras de la propiedad con vistas al jardín, donde los arriates, casi permanentemente florecidos, ponían una nota de frescura y alegría. Al frente, marcando el linde de la residencia, extendíase un seto con ensortijados malvones y rosales, que cada primavera orquestaba su invariable sinfonía de colores.

Reunidos en el comedor a la hora del desayuno, concretaban entre todos el programa del día. De Sándara propuso a Claudio recorrer algunos lugares apartados de la ciudad, a fin de mostrarle de cerca sus ambientes típicos.

—Dejaremos así libres a las señoras, pues tengo entendido que quieren recorrer los escaparates céntricos. ¿Irás con ellas, Cristina?

—¿Yo?... No lo pensaba. Pero mira que tienes razón... Podría remontar vuelo y surtirme de algunas cosas.

—Las llevaremos entonces hasta el centro.

—Acepto. Mas no nos dejarán en el mismo sitio, ¿sabes? —aclaró Cristina—. Que las jóvenes se muevan a gusto; yo iré a lo mío y al ritmo de mis años.

—La verdad que eso del ritmo poco se advierte —observó Griselda, mirando a la señora con afabilidad.

—¡Convenido, pues! —acordó de Sándara; y luego, por provocarla, añadió—: Pero te advierto que si te retrasas en el arreglo no podré esperar.

—Entonces, mi queridísimo sobrino, te prometo solemnemente estar pronta en menos de un periquete. ¡De algo habrán de servirme los buenos hábitos!

Poco más tarde caminaban de Sándara y Claudio por los arrabales de la ciudad, con sus chozas, tiendas y mercados; es allí muy numerosa la población indígena y las precarias formas de vida no han experimentado todavía los efectos del desenvolvimiento social y económico que favorece e impulsa activamente a otros sectores de la ciudad.

Un precipitado remolinear de gentes a la salida de una venta los atrajo, y cerca de allí divisaron a dos gendarmes que apresaban a un hombre mal entrazado.

—Es un *macuteno*... —le explicó de Sándara—. Así llaman aquí a los rateros. Estos sujetos merodean por todas partes en busca de víctimas.

Trasladándose con el coche de uno a otro punto, visitaron algunos de los más caracterizados lugares, ilustrando de Sándara a su amigo sobre gustos, modalidades y costumbres de las gentes.

Decidieron pasar luego al sector céntrico, prolongando así el recorrido. Después de ubicar el coche se dirigieron hacia uno de los puntos de mayor movimiento, confundiéndose muy pronto entre la multitud que hormigueaba por las calles de un lado a otro con nervioso andar.

Al paso, queriendo tal vez rendir tributo al *chisgo* de las mexicanas, o alentado acaso por la sugestión de alguna sonrisa bonita, Claudio ponderaba con excesivo entusiasmo la belleza de las mujeres de aquel país, cuya gracia y acento le habían evocado el garbo de las andaluzas. Lejos de oponerse a juicio tan entusiasta, el señor de Sándara lo escuchaba con benevolente atención.

Andando llegaron ante un lujoso comercio y en ese punto detuvieron la marcha, apostándose junto a la acera para observar mejor el paso de las gentes. Desde allí de Sándara avistó de pronto a un amigo, que al verlo se le acercó presentándole a sus acompañantes, dos preciosas muchachas mexicanas que se conducían con notorio desenfado y liberalidad. Como si se propusiera celebrar aquel encuentro, de Sándara invitóles a tomar el aperitivo, idea que fue aceptada al instante y que en manera alguna desagradó a Claudio, quien sólo vio la oportunidad de contemplar de cerca a esas dos beldades alegres y parlanchinas.

Cuando el inesperado episodio llegó a su término, previa despedida en la que no faltaron insinuaciones para un posterior encuentro, ambos amigos, considerando cumplido su paseo, resolvieron encaminarse hacia el lugar donde habían dejado estacionado el coche.

Durante el trayecto a pie, de Sándara, que seguía muy de cerca los movimientos psicológicos que se operaban en Claudio, apretóle con rápida presión el brazo, riendo al mismo tiempo con esa risa tan particular que ya otras veces había producido en éste desconcierto. Entre turbado y confuso, Claudio rio también, como aquel que desconociendo el idioma que le hablan festeja lo que oye, aun sin entender una jota. Recuperándose trató en seguida de hallar sentido al hecho pero al fracasar en su intento, dejóse guiar entonces por sus medios intuitivos, descubriendo al punto lo que buscaba, al experimentar, tras el estremecimiento que le produjo la súbita huida de algunos pensamientos indiscretos que danzaban en su mente, una sensación sumamente favorable.

Pasado aquel instante de confusión, volvió Claudio a pensar en el reciente encuentro, mas variando su án-

gulo de enfoque. Todo le parecía muy natural, pero no dejaba de llamarle la atención que el señor de Sándara ocupase su tiempo en pláticas tan superficiales y, sobre todo, en compañía de mujeres que podían comprometerlo. Con la mente sumergida en tales reflexiones, no bien se ubicaron en el coche confió sus pensamientos al amigo, quien, dispuesto a valerse de esa coyuntura para brindarle el asesoramiento que en aquella materia necesitaba, desvió la dirección de su vehículo hacia uno de los paseos más próximos, deteniéndolo sobre una amplia avenida protegida del sol por hileras de árboles frondosos. Allí, sin apearse del vehículo, dispúsose a llenar con un rato de conversación el tiempo que les restaba.

—Podemos dar por seguro —comenzó diciendo—, que si nos dispusiéramos a observar, escogiéndolas de los más diversos ambientes, a mil esposas en el momento en que una casualidad o una circunstancia cualquiera las coloca en el trance de ver a sus respectivos maridos en compañía de otra mujer, veríamos producirse en cada una de ellas la misma reacción de celos, resentimiento o enojo, descontando, desde luego, las variantes que puede ofrecernos cada caso. Veríamos asimismo que, por educadas que sean, esas señoras adolecen en su mayor parte de cierta miopía mental que las inhibe para enfrentar como corresponde tales incidencias de la vida conyugal. Comprobaríamos, en una palabra, su falta de capacidad para neutralizar con reflexiones atinadas los trágicos efectos de esa clase de episodios. Pensamientos que no siempre vienen al caso las atrapan, y es entonces cuando a menudo acontece lo peor, que es la búsqueda del consejo ajeno; y como el tal consejo suele no ser bueno, se exponen entonces a convertir la vida matrimonial en un infierno.

Extrayendo un cigarrillo de la petaca que Claudio le ofrecía, de Sándara continuó:

—Si queremos saber lo que hay en el fondo de una caverna, deberemos, lógicamente, introducirnos en ella y satisfacer nuestra curiosidad; pero quizás se oponga a esa intención un enemigo tenaz, la oscuridad, malográndonos el propósito. En lo humano, la ignorancia, que es tiniebla mental, impide igualmente ver el fondo de las cosas; de ahí que la imaginación, creyéndose iluminada, enhebre las más antojadizas versiones de los hechos, las cuales, al no mediar el menor análisis reflexivo, suelen tomarse por ciertas. Así, amigo Arribillaga, los dramas humanos se generan sin cuento en la engañosa penumbra de la incompreensión... Los conflictos conyugales tienen allí, justamente, su origen y se agravan por la mutua intolerancia.

—Entiendo, señor de Sándara, que esa actitud que usted ha mencionado, y que podríamos considerar de intransigencia en la mujer, obedece al hecho de que ella, frente a las acometidas del sexo, no sólo revela en muchísimos casos tener más conciencia que el hombre de su responsabilidad matrimonial, sino que demuestra también cómo su propia dignidad la defiende cuando culmina en razón de su sentir. Contempladas ambas posiciones, la del hombre y la de la mujer, cabe sin embargo pensar que aun cuando el varón es con frecuencia impotente para evitar los yerros en que incurre por efecto de sus fuertes predisposiciones naturales, puede corregir empero tales predisposiciones, y hasta neutralizarlas por completo, si se lo propone.

—Sin duda; mas en ello debe mediar, necesariamente, y lo digo refiriéndome siempre al matrimonio, un proceso interno de comprensión que conduzca a cada una de las partes y en especial modo a la mujer, a alcanzar la razón de ese vínculo carnal y afectivo, a fin de poder do-

minarse y fortalecer, en vez de debilitar, el sentido superior del lazo conyugal.

—Es perfectamente comprensible. De otro modo el amor, lo que llamamos el amor del corazón, que es en extremo sensible, puede afectarse por cualquier incidente en las relaciones de mutua correspondencia. Prueba de ello es que en muchos casos su existencia no es menos efímera que el amor pasional, que sólo aspira a la posesión circunstancial, aun cuando existan de por medio promesas y juramentos.

—¿Sabe usted por qué? Me parece haberle dicho algo al respecto... Es porque el amor solamente perdura cuando llega a convertirse en afecto. El afecto es el gran poder que persuade, que atenúa los resentimientos y perdona; es el que atempera los golpes de la adversidad y el que elimina los efectos perniciosos de todas las discordias. Ahora bien, cuando ese amor que ha sido condensado en afecto es todavía sublimado por el conocimiento, se torna inmutable e incorruptible.

—Agrada en verdad comprender que el alma humana se halle integrada por elementos tan preciosos.

—Ha dicho usted muy bien, pero aún faltaría agregar que esos elementos preciosos, aliados entre sí, forman la inmovible base de nuestro ser sensible.

Callaron. Claudio trataba de retener en su mente las palabras del amigo, en las que no asomaba todavía la respuesta clara a su consulta. De Sándara mostrábase sin otra preocupación aparente que la de encender un segundo cigarrillo. A poco, este último retomó la palabra, dispuesto a ser ya más expeditivo.

—Yo he templado el alma de la que hoy es mi mujer en el crisol de las experiencias, asistiéndola en su incipiente con acendrado amor. La he premiado en cada uno de sus triunfos ofreciéndole una oportunidad

más de conocerme mejor. Esto fue dándole respecto de mí una seguridad tal que pocas mujeres sin duda tienen de sus maridos en este mundo. Sabe que nadie, a excepción de ella misma, podrá suplantarla en el sitio que ocupa en mi corazón. Esto lo ha comprendido tan bien, que jamás me ha molestado con celos de ninguna especie. Podrá ocurrir que ella me sorprenda circunstancialmente en compañía de una mujer o de varias, tal como pudo suceder hace un momento, pero no experimentará curiosidad ni inquietud por ello. Tal actitud podría ser tomada como indiferencia, mas no es lo exacto. Mariné es así porque sabe, porque lo ha comprobado innumerables veces, que ella es, de hecho, mi bien amada, y que entre todas las mujeres es para mí la primera; la primera aun entre las que están por encima de todas. El concepto que le he inspirado es como un tatuaje en su alma que nada ni nadie podría borrar jamás. Pero debo reconocer que Mariné fue capaz de comprenderme a su vez y de corresponderme con sinceridad, con naturalidad, rindiéndome asimismo obediencia inteligente, antítesis de la obediencia ciega, que hace tontas a las mujeres.

—Estimo, señor de Sándara, que es difícil alcanzar tales comportamientos y adaptaciones, mas presumo que ello coloca a la criatura humana tan cerca de la felicidad soñada, que el sólo hecho de saber que puede lograrse me estimula grandemente a procurar cuanto antes posiciones de tan alto equilibrio y comprensión.

Arribillaga recibió por toda respuesta una sonrisa de significado dudoso. En el primer instante creyó ver en ella total asentimiento, mas no tardó en reparar que había repercutido fuertemente en sus adentros, recordándole que siempre, en sus arranques de entusiasmo, debía

asistirlo la conciencia. A hurtadillas trató de observar a su interlocutor, cuya actitud plácida, tranquila, contrastaba manifiestamente con los golpes certeros, provenientes de su juicio. No ignoraba, pues se lo había confirmado la experiencia, que éste apuntaba siempre al corazón de las cuestiones y que jamás gatillaba en vano cuando ejercitaba su sereno pulso. Tenía absoluta seguridad de que de Sándara conocía a fondo las alternativas del proceso psicológico que se cumplía en él, y asimismo tenía presente que sus palabras y actitudes, aun cuando en ese momento le producían resquemor, no llevaban otro fin que el de asistirlo en tales alternativas, previniéndole contra la repetición de crisis morales como las que a menudo había experimentado.

—Lo que acabo de referirle —continuó de Sándara— no es ciertamente un imposible; la condición estriba en que el hombre sepa dominar su naturaleza pasional, sus impulsos, sus reacciones instintivas. Cuando se piensa hoy una cosa y mañana otra; cuando se emprende la realización de un proyecto y luego se lo abandona, no se logra sino disminuir la propia capacidad creadora. Extraiga usted consecuencias, amigo Arribillaga. ¿En qué podrá acabar el hombre por ese camino?

—Acabaría en la negación perfecta de sí mismo.

—¿Por qué piensa eso? —inquirió de Sándara, acentuando la sutil pregunta.

—Porque habría negado a su persona el derecho de ser y hacer lo que ésta se propuso en horas de luz.

La frase no pasó de allí, pues Claudio sintió de improviso como si un pensamiento con escozor de ortiga le hubiese rozado la epidermis. Se recuperó empero, y aferrándose inesperadamente a los últimos bastiones de su

presunción, disparó un cartucho al aire, esperando atraer con ello la atención de su interlocutor:

—A título de simple acotación, señor de Sándara, me permitiré referirle un hecho acerca del cual tengo constancias. Luego de gustar por unos instantes la compañía de una mujer, experimento notable atracción por la mía, cuyas virtudes se me aparecen más salientes y valiosas. Tengo gran confianza en que esa circunstancia habrá de inmunizarme de los peligros, caso de ocurrir, de cualquier embriaguez pasional.

—¿No le parece a usted que eso sería confiar demasiado en el espejismo de los sentidos? Yo no creo en absoluto que sea usted de los que sucumben en brazos de las debilidades, pero de todos modos me siento en el deber de advertirle que tal confianza podría minar sus principios y hacerle pasar por más de una experiencia amarga. Es indispensable, amigo mío, precaverse a tiempo de la ingenuidad con que suelen encararse esos asuntos. Además, tenga usted en cuenta que no siempre son interpretadas nuestras actuaciones en su exacta dimensión. Pero no se desanime; tengo para mí que llegará usted a poseer un clarísimo concepto de la vida superior. Le diré más, persevere, y me dará usted la alegría de verle incorporado definitivamente a ese mundo reservado a las almas que se esfuerzan, el cual, quiérase o no, es la meta ideal codiciada por el hombre desde que intuyó su existencia.

—Sus buenos deseos habrán de servirme de aliento, no lo dude, señor de Sándara —manifestó Claudio que, discurrendo para sí, empezó a calcular lejana todavía esa halagüeña perspectiva.

Entretanto, Mariné y Griselda descansaban de su activo correteo por el centro de la ciudad, perezosamente tumbadas en los sillones de la galería.

Cuando de Sándara y Claudio penetraron en la casa, el murmullo de sus voces los guió hasta ellas.

—¡Vaya, qué sorpresa!... —exclamó de Sándara—. No pensé que se hallaran de vuelta.

—Y eso que hemos estado activísimas —le respondió Mariné, acercándosele—. Recorrimos negocios hasta el hartazgo y aún nos quedó tiempo para este ratito de descanso. También ustedes habrán andado mucho, seguramente.

—Muchísimo.

—Desde luego, necesitarán tomar algo estimulante. Llamaré al criado.

—Por nosotros no te molestes, Mariné; venimos re-confortados —manifestó de Sándara, echando a su amigo una intencional mirada.

Seguidamente preguntó por su tía.

—Llegó casi al mismo tiempo que nosotras —repu-so Griselda.

—Iré a buscarla entonces.

Y diciéndolo se alejó, pensando sin duda en el gusto que le proporcionaría con ese pequeño cumplido.

Griselda aludió risueñamente a las atenciones que dispensaba de Sándara a Cristina, y Mariné, con esa benevolencia con que solía hablar de ella, se refirió al valor que ésta daba a tales muestras de cariño, las que, por otra parte, parecían ser un reclamo de los años. Mientras hablaba observó que Claudio permanecía en silencio, ausente allí, como trabado por quién sabe qué preocupación. En vista de ello y a fin de no forzarle la atención, optó por callar. Con toda delicadeza, pretextando la necesidad de dar una orden a la servidumbre, se alejó un instante dejándolos solos. También Griselda había observado el hecho y, considerándolo apropiado, permaneció a la expectativa.

Nada que a simple vista pudiera concretarse hubiese explicado la extraña mortificación que ensombrecía el talante de Claudio. Sólo él, acostumbrado a examinar lo que acontecía en los estrados de su conciencia, sabía a ciencia cierta que lo que en esos momentos turbaba su serenidad y reprimía las buenas disposiciones de su alma, de común alegre, vivaz, comunicativa, tenía su causa en sutiles resabios de susceptibilidad y amor propio.

De súbito experimentó un deseo incontenible de substraerse a toda presencia que no fuese la propia y, decidido a cobijarse en la soledad de su cuarto, dio a Griselda una trivial excusa y se retiró prometiéndole no demorar.

Comenzó entonces a recorrer su habitación de un lado a otro, hasta que, dejándose caer sobre el borde del lecho, permaneció allí sentado, con la cabeza baja y las manos entrecruzadas.

Era fuerte e insistente el repiqueteo de su campanario moral llamando a la oración, pero era también tan vibrante el clarín que alistaba sus pensamientos en son de guerra, que en ese momento no pudo substraerse al torbellino que amenazaba arrollarlo.

Sentía agitarse en todo su ser, disputándose el triunfo, a las dos fuerzas antagónicas de su naturaleza que le anunciaban la proximidad de un desenlace cuya suerte él mismo debería decidir. Su mirada interior, concentrada en el escenario de su pequeño mundo, veía alinearse en él, rencorosas y amenazantes, a las reacciones del instinto dispuesto a no ceder, a luchar hasta el fin para recobrar el tiránico imperio que había ejercido sobre él. Encabezando la rebelión vio pasar fugazmente a las tentaciones, al autoritarismo, a la licencia, a los placeres mundanos, a la codicia sensual, que pretendían todavía seducirlo con el

brillo de su oropel, y, tras de ellos, irguiéndose enhiesto, despojado de su inofensiva apariencia, reconoció al temible félido, al culpable de las agitadas contiendas tantas veces desatadas en él: su amor propio, ese invisible enemigo que se encrespa furioso y salta a la menor contrariedad impulsando a los más diversos desatinos.

A esta altura de su observación interna Claudio se detuvo. Acababa de comprender el peligro a que lo había expuesto una vez más su necia susceptibilidad, desatada imperdonablemente. Una indescriptible sensación de triunfo invadió su ánimo y se proyectó sobre su rostro, hasta entonces contraído por la dolorosa excitación. Allí, frente a las horribles huestes engendradas por las pasiones, dominándolo todo desde las posiciones más altas, su visión, libre de sombras, contemplaba las falanges impo- nentes del espíritu urgiendo la rendición incondicional del implacable enemigo.

Único protagonista y testigo de lo que acababa de producirse en las intimidades de su conciencia, Claudio dejóse embriagar por la inefable sensación de aquel triunfo que le restituía la paz y la felicidad, por un instante perdidas.

Aquello duró tan sólo el tiempo que ocuparon los demás en regresar, y hasta pudo pensar Claudio que nadie había reparado en su ausencia.

Media hora más tarde, durante el almuerzo, la alegría batía palmas en los corazones; diríase tal vez que aquello era un tácito homenaje a la brillante victoria de una batalla librada en silencio, en las profundidades del alma.

Una siesta reparadora y un prolongado paseo por las montañas a la caída de la tarde concluyeron por tonificar grandemente el ánimo de Claudio.

A las delicias de la excursión agregóñonse también las que le proporcionaba esa confianza en sí mismo, que

ahora sentía manifestarse en él con clara conciencia de la potencialidad que el ejercicio de la vida superior había ido acumulando en su ser. Ya no se veía en el difícil trance de que esa confianza lo abandonara, cuando decayesen los bríos de su voluntad.

La fuerza de los conocimientos esenciales brindados por Ebel de Sándara le había permitido triunfar y obtener positivos resultados a través de las múltiples contingencias debidas tan sólo a impericia suya en el manejo de sus impulsos; y en alas de los elevados goces estéticos que todo ello le inspiraba, pronunciábase en la intimidad de su alma la certidumbre de que la vida comenzaba a ofrecerle en mayor volumen los encantos reservados al hombre que logra ahondar en sus secretos.



Repitió de Sándara varias veces aquellos paseos por la ciudad en compañía de su amigo. Si bien no parecían responder éstos a otro móvil que el de hacerle conocer diferentes puntos de la misma y favorecer sus observaciones sobre modos de vida y costumbres de la población, no obstante dejaban siempre en Claudio algún elemento más para afirmar las nuevas posiciones que espiritualmente iba escalando.

Cierta noche lo invitó a conocer el club que él frecuentaba, en cuyo seno reuníase lo más granado de la intelectualidad mexicana.

En esa oportunidad le dijo a Claudio:

—Es indudable que la presencia de nuestras respectivas esposas aumentaría el agrado que pueden dis-

pensarnos estos pasatiempos, pero la verdad es que ellas gustan mucho, y además lo necesitan, estar a solas para sus confidenciales charlas.

Advirtió Claudio en las palabras de su amigo una argumentación algo forzada para justificar el hecho; con todo, aceptó de buen grado la invitación.

—Invoca usted una razón que nos libera del pesar de dejarlas en la casa —le respondió, pues, cortésmente—. Estoy a sus órdenes, señor de Sándara.

—Dedicaremos entonces esta «fuga» a la observación de los hombres en el saludable ejercicio de sus músculos mentales.

Dicho esto, con ese espíritu entusiasta con que se aprestaba aun a las pequeñas cosas de su agrado, lo enteró de que aquella era una de las noches que el club destinaba a recrear a sus asociados con una tribuna de carácter filosófico, en la cual hacían uso de la palabra uno o más miembros elegidos por sorteo entre los que ofrecían voluntariamente su concurso. En efecto, desfilaron por esa tribuna hombres de ciencia, polemistas, pensadores y aun sofistas, quienes sometían su saber al veredicto de un público igualmente erudito, que a menudo acosaba al orador con preguntas o le salía al paso con objeciones y réplicas, promoviéndose no pocas controversias.

La información interesó a Claudio, excitándose en él la disposición de asistir.

De ahí a poco ambos atravesaban las espaciosas salas del elegante lugar de reunión, animado por la presencia de numerosas personas, muchas de las cuales le fueron presentadas a Claudio, que gustó en gran manera esa oportunidad que se le ofrecía de conocer personalmente a tantas figuras de prestigio.

Al anunciarse la iniciación del acto, de Sándara tomó a Arribillaga del brazo e impulsándolo ligeramente hacia el salón, le dijo en tono alegre:

—*Mon petit*, la función está por comenzar.

El salón era un recinto más ancho que largo, que fácilmente podía dar cabida a unas doscientas personas. Desde la amplia puerta de acceso, junto a la cual ambos amigos se detuvieron un instante, veíase al fondo un estrado, cubierto, como el resto de la sala, con alfombra de tono claro y, frente al mismo, repetidas filas de cómodas butacas colocadas en semicírculo.

Claudio ya estaba al corriente de cómo se organizaban las citadas tribunas.

Asumía la dirección de las mismas un miembro de la referida institución, quien, abierto el acto, invitaba al orador elegido a extraer al azar, de una urna ex profeso puesta, dos sobres con preguntas allí depositadas por voluntad de los interesados. El orador podía escoger libremente entre las dos o evacuarlas ambas si así lo deseaba. A veces, cuando la exposición del disertante era breve, o cuando se trataba de la aceptación parcial de las preguntas, otro le sucedía en el uso de la palabra. Así ocurrió aquella noche, en que el orador, después de contestar con brillo y amplitud una de ellas, se declaró incompetente para la otra.

La sala lo premió, no obstante, con insistentes aplausos, Claudio incluso, quien excelentemente impresionado le brindó los suyos con claras muestras de asentimiento.

Abandonaba el orador el estrado, cuando oyó que el director anunciaba a de Sándara como segundo participante.

Volvióse Claudio hacia su amigo con súbito movimiento de sorpresa, pero éste ya había dejado su asiento y se dirigía rápidamente a ocupar la tribuna. Dominando

su asombro y festejando dentro de sí aquella novedad que tan desprevenido lo tomaba, pudo observar la simpatía con que el público recibió a de Sándara, acompañando su acceso al estrado con insistentes aplausos.

A Claudio le pareció ver en la sonrisa que desde lejos le envió su amigo, la satisfacción de haberle deparado tan viva sorpresa.

De acuerdo con la fórmula habitual, el director comenzó a leer en alta voz las preguntas que aquél iba extrayendo de la urna, con los nombres de quienes las suscribían.

La primera definía así las inquietudes ideológicas del firmante, conocido escritor de fuerte tendencia liberal: «¿Dios existe?; ¿puede usted probarnos su existencia?». La segunda había sido expresada por un médico en los siguientes términos: «¿Cuál es su opinión sobre el eslabón perdido, origen de tantas teorías sobre la génesis del hombre?».

De Sándara tomó de manos del director las carillas que las contenían y, colocándolas sobre el pupitre, las examinó brevemente, pasando en seguida a cumplir su cometido.

—Señores —dijo—, al pronunciarme con respecto a la primera cláusula doy por descontado que si la Creación que nos rodea y de la cual formamos parte no es por sí misma lo suficientemente elocuente como para persuadir al hombre de que la existencia de Dios es innegable, menos podrá serlo la palabra de un semejante, por mucho que se empeñe en demostrarlo. Hecha esta aclaración, entremos de lleno en el asunto. Cuando se afirma que Dios existe, es absolutamente necesario acompañar tal afirmación con una proposición desvinculada de toda idea que lo limite o impida concebirlo en su inmensidad, omnipotencia e infinitud. Partiendo de la base de que la

Causa Primera es Dios y no teniendo a nuestro alcance a ningún ser visible a quien pueda atribuírsele el acto de la Creación Universal, lógico es que reconozcamos a Dios como Supremo Hacedor; mas la capacidad para considerar su existencia no depende de esa existencia en sí, sino de la medida en que cada ser humano la reconozca, la sienta y la palpe individualmente.

»Hay dos cosas que son, sin duda alguna, inseparables, por cuanto constituyen una misma y absoluta verdad: la Creación y su Creador. La una presupone con toda certidumbre la presencia de la otra, de manera que si la Creación existe, lo cual nos consta porque la vemos, la palpamos y dentro de ella vivimos, es imposible poner en duda la existencia de Quien, habiéndola concebido primero, la plasmó después en suprema realidad, dictando a un tiempo las leyes que mantienen su equilibrio y velan por su conservación eterna. La existencia de Dios, señores, se prueba por la existencia misma de cuanto nos rodea y por nuestra propia existencia, y, sobre todo, por la prerrogativa que nos fue concedida de formularnos esa pregunta y también de contestárnosla sirviéndonos del conocimiento que se adquiere a través del estudio, de la observación y de la experiencia conscientemente realizadas en el diario vivir.

»Acabo de expresar que Dios, en razón de su inabarcable dimensión cósmica, no puede ser limitado; mas he de agregar también que siendo esto tan fácil de comprender, no siempre fue tenido en cuenta por el hombre. Es un hecho cierto, pese a lo paradójico, que éste ha pretendido hacerlo a Dios a su imagen y semejanza, sin medir, probablemente, las proporciones ni las consecuencias de tamaño sacrilegio. No debemos olvidar que las creencias echaron sus raíces en la ignorancia de las tribus primitivas. En plena incipiencia mental, carente de entendimiento, cada tribu

adoraba a los dioses de los cuales se apropiaba. Avanzando el tiempo y el desenvolvimiento humano, pero siempre en un clima de ignorancia y de ingenua credulidad, hicieron otro tanto las religiones, las cuales llevaron sus creencias al convencimiento de que Dios les pertenecía por haberlo dispuesto así sus sostenedores. Y no sólo eso, sino que cada secta lo iba conformando según las conveniencias y las exigencias de sus respectivos dogmas, presentándolo velado, naturalmente por los llamados “misterios”.

»Las creencias, señores, paralizan la noble función de pensar. ¡Dichosos los ojos del entendimiento no contaminado que, a diferencia de los que fueron cegados por la fe dogmática, pueden nutrir su vida con las enseñanzas esparcidas por Dios en la Creación! El dogma pudo ser útil a los hombres en las épocas de barbarie, de atraso moral, intelectual y espiritual, pero no en estos tiempos, que están marcando los cambios más sorprendentes en casi todos los órdenes del vivir humano. Lisa y llanamente, el dogma es hoy un contrasentido; insistir en su sostenimiento es pretender cerrar los ojos de los que han logrado sobrepasar el oscurantismo espiritual en que la humanidad está aún sumida. El hombre ama la verdad, la ansía, pero a fin de no ser atrapado por el engaño debe buscarla con su razón, y esa razón debe ser unánimemente respetada. No puede pretenderse, atribuyendo a la fe ciega virtudes que no tiene, excluir de las posibilidades humanas las funciones de discernir y de juzgar, y someter al hombre, sin previa discriminación de su parte, al acatamiento de fórmulas que adulteran la verdad».

—Señor de Sándara —expresó uno de los concurrentes, alzando su voz sobre el inquieto murmullo de la sala—, ¿no podemos rebelarnos contra los dogmas!... Como cristiano me resisto a escucharle. Oponerse a los dogmas es declararse abiertamente en contra de la verdad

revelada, que es el sacro sustento de la religión. Además, ¿podríamos negar que en gran parte los dogmas constituyen hechos históricos?

—Permítame usted decirle que los dogmas, por lo mismo que son imposiciones de carácter religioso, están reñidos con la Historia. Por otra parte, en los mismos textos bíblicos aparecen contradicciones tremendas, que en vano se intentó enmendar. La razón humana las descubre tan pronto se apresta a analizar a fondo esos textos. Sabido es que la Historia, para ser verídica, debe estar legitimada por testimonios incontrovertibles; por verdades que concuerdan con nuestra realidad interna, que es la que debe alentar el juicio de los hombres. De allí debe surgir la aceptación o la no aceptación de sus pasajes. Los hechos históricos sólo pueden considerarse incommovibles cuando están sostenidos por realidades que libren a la posteridad de toda sospecha acerca de la fidelidad de su origen. No ha ocurrido tal cosa, por cierto, con los hechos mencionados en las narraciones bíblicas, puesto que no están avalados por ninguna certificación responsable, como lo sería el testimonio de los historiadores de la época. Para exaltar las figuras de sus protagonistas se insistió en divinizarlos, cuando debieron ser, por el contrario, humanizados para que pudieran servir de ejemplos aleccionadores al género humano. No hay hazaña ni virtud que pueda sernos accesible, y menos aún, comprensible, en un ente «divino» que pretende poner ante nuestros ojos atónitos sus aptitudes para el milagro, pero sí la hay en cualquier ser humano que, siendo como todos los demás, nos muestra con su saber y con su ejemplo una parte siquiera de las grandes prerrogativas que sus semejantes pueden alcanzar en el camino de la evolución.

»En cuanto a los dogmas —continuó el señor de Sándara, atento a la creciente expectativa del público—,

afirmo que Dios no ha establecido ninguno. He ahí una verdad; como es asimismo verdad que Dios no excluyó jamás a nadie de su gran familia humana, la que creó para que habitara este mundo. No llamó herejes a los que disentían con el verdadero modo de pensar respecto de Él ni excomulgó tampoco a nadie, y menos aún pudo aprobar que alguno de sus hijos lo hiciera, porque esa actitud entraña un principio de desamor, un malquerer. Si Dios ha permitido a pueblos que lo niegan, a pueblos ateos, perjuros, colocarse en las avanzadas de la ciencia, ¿no tenemos con ello la evidencia de que sigue considerando a esos pueblos hijos de su Creación?

»Todo hombre debería aspirar a esclarecer lo que la razón se resiste a admitir como verdad. Verbigracia, las sostenidas afirmaciones sobre la existencia de un Infierno que condena a los pecadores al fuego eterno. ¿En qué verdad se apoya esa afirmación? ¿Puede arder el espíritu, que es inmaterial y por lo tanto incombustible? Admitámoslo, empero; admitamos que el espíritu pueda quemarse, que pueda arder eternamente; en tal caso, ¿qué consecuencia útil tendría para la vida humana la condenación eterna del espíritu en el fuego?... ¡Hasta cuándo, señores, hasta cuándo habrá de seguir la humanidad aferrada a una creencia que carece de todo sentido aleccionador! Las faltas cometidas por el hombre no pueden ser saldadas con un martirio inacabable, con un suplicio perpetuo. No puede caber, pues, en la inmensa grandeza de Dios tanta crueldad; pero sí, puede caber, en quienes pregonan y atemorizan a las gentes con semejante dislate. Dios no ha podido crear el prodigioso ser humano para aniquilarlo luego inexplicablemente. Ello implicaría la violación de leyes expresas, destinadas a reglar la evolución del hombre; implicaría una negación que en absoluto puede admitir la inteligencia humana. Dios creó al hombre para que a tra-

vés de todos los sacudimientos y experiencias que acompañan su tránsito por el mundo aprenda a conducir su vida por la existencia que le fue determinada y que, presumo, no tiene fin. Las faltas que cometa, él mismo por su sola y exclusiva cuenta podrá y habrá de saldarlas. He ahí el prodigio de la ley de la evolución que, conscientemente interpretada y vivida, convierte al hombre en su propio redentor. ¿Podría haber algo más hermoso, más consolador y sublime para él, que sentirse capaz de realizar por sí mismo tarea tan edificante, cuya gloria habrá también de pertenecerle? ¿No es mejor esto que acumular falta sobre falta confiando con ciega fe, y en algunos casos con no poca especulación, en que alguien con poderes divinos pueda absolvernos de culpas? Analicemos serenamente en cuál de los dos casos el hombre es más digno de sí, de sus semejantes y de Quien lo creó.

»Mucho se ha hablado de la verdad revelada; aquí mismo, en esta sala, acaba de ser mencionada... ¿Cuál es, señores, esa verdad revelada que el hombre no puede conocer, que le es inaccesible? La verdad revelada por Dios, la más grande, la más trascendental, es Su propia Creación. ¡He ahí la gran verdad revelada!... De esa Creación, de esa verdad revelada por Dios, accesible —permítaseme la afirmación— a todas las mentes humanas, se desprenden los hilos conducentes a todas las otras verdades que a su tiempo serán también reveladas. El hombre que se propone conocer lo que hay dentro de una montaña, que representa, tengámoslo en cuenta, una pequeñísima parte de la gran verdad, tendrá, indefectiblemente, que llevar a cabo ese propósito penetrando en sus entrañas con el entendimiento y con la acción, seguir sus vetas, descubrir sus yacimientos. Si alguien se lo prohibiera, asegurándole que debe conformarse tan sólo con admirar la montaña, ésta seguirá siendo una

verdad revelada, pero una verdad revelada en cuyo fondo su inteligencia no penetra. La mente humana, lo repito, tiene libre acceso a todas las verdades, mas eso sí, debe seguir un proceso de riguroso adiestramiento mental y psicológico, un proceso de cultura interior que le haga posible elevarse hasta ellas.

»Para el hombre en pleno ejercicio de su libertad de conciencia no hay dogma alguno tras el cual la verdad pueda mantenerse oculta. Esto es muy lógico. Es perfectamente comprensible que el que piensa, que el que ejerce esa función en la plenitud de sus cabales habrá de saber descubrir la verdad ahí donde se encuentra, y que, llegado el caso, en virtud de esa misma cordura sabrá negarse a aceptar, por ejemplo, que pueda caberle a un planeta la posibilidad de introducirse en un cabello para enseñarle al hombre a evitar la calvicie. Todas las facultades de la inteligencia son pródigas cuando se las utiliza de continuo, pero las creencias, señores, no activan en modo alguno su ejercicio. Las creencias adormecen la inteligencia; obran como hipnóticos. La vida es pensamiento y acción, y la vida se debilita, desfallece, muere, cuando la mente cesa de pensar, cuando por efecto de esa inmovilidad la voluntad se relaja, cuando las células se aburren porque les falta la actividad que las reanima y estimula. Las creencias son, por tal causa, un medio de opresión, una tiranía impuesta al espíritu humano; son la muerte lenta del espíritu, que, no pudiendo evolucionar en cumplimiento de su alto destino, se consume día tras día, siglo tras siglo...

»El hombre no es lo que es por lo que come, sino por lo que piensa. Si lo inhibimos de ejercer esa función, si lo ponemos dentro de una horma de hierro para impedirle que piense, ¿qué conciencia podrá alcanzar de su existir en este mundo? Si más allá le preguntásemos a

ese mismo hombre qué hizo de su ser, de su espíritu, probablemente nos respondería: “He creído; he tenido fe”. Fe ¿en qué?... ¿Acaso le está vedado al hombre conocer la verdad? Dios no puede haberlo hecho para semejante absurdo; ni pudo condenarlo a ser un ente vulgar, un ente que no piensa, un ente cuyo espíritu está sometido a la esclavitud de una creencia. Prueba de ello es el magnífico mecanismo psicológico de que lo ha dotado, mediante el cual le permite conducirse independientemente. Cada ser humano está constituido por un alma y un espíritu. Además, cada uno posee una psicología diferente, peculiar; vale decir, una psicología individual. ¿Por qué entonces se ha insistido durante siglos en torcer el rumbo que la humanidad debió seguir, adormeciendo a unos y a otros con creencias y equívocos? ¿Se ignoraba, acaso, que inducir al hombre a que piense por dictados y a que sienta lo que se le inculca implica transgredir las leyes universales, que consideran delito todo lo que tiende a favorecer la absorción del individuo por la masa? ¿Se ignoraba que ello tiende a fundirlo en ese conjunto nómade que sigue un rumbo falso, porque el rumbo verdadero sólo puede llegar a conocerlo el hombre por sí mismo? Desechar peyorativamente, o peor aún, execrar, como tantas veces ha ocurrido, a los que hacen legítimo uso de su razón para discernir lo justo de lo injusto, la verdad de la no verdad, es ofender la voluntad de Dios, quien instituyó esa facultad para que el hombre alcanzase la elevación mental, moral y espiritual que corresponde a su condición de humano».

—Permítame una interrupción, señor de Sándara —expresó al llegar a este punto el depositante de la pregunta—. Deseo declarar que si me hubiese asistido la seguridad absoluta acerca de la inexistencia de Dios, no habría solicitado opinión alguna sobre el particular; la

mía habríame bastado. Lo que yo no he podido aceptar nunca son, sencillamente, las concepciones con que se nos ha pretendido ilustrar sobre un Ser de tan encumbrada jerarquía. La teología no ha logrado hasta aquí inspirarme convicciones firmes, las que tampoco he podido sustentar mediante el estudio de los dogmas que fundamentan cada religión, en los cuales la idea de la existencia de Dios dista mucho de ser, a criterio mío, la que corresponde a tan inmensa paternidad. En muchísimas ocasiones, buscando satisfacer las dudas declaradas en mí por natural influencia de las leyes que gobiernan nuestra razón, me he sentido desconcertado. La filosofía, con su espíritu reflexivo, nos ha expresado sus conclusiones a ese respecto con otra amplitud, es cierto, mas no he encontrado en ella una demostración que llegara hasta mí con la evidencia inequívoca de una realidad. Es en verdad difícil formarse un juicio claro y acabado de las cosas, cuando cada afirmación que nos disponemos a analizar se nos transforma de pronto en la antítesis de lo que habíamos estado analizando antes. Así, pues, frente a lo que jamás satisfizo las demandas de mi razón y frente a lo que en tantas ocasiones he debido considerar absurdo o falto de toda verdad, no he titubeado en declararme liberado mental y espiritualmente; pero, frente a Dios, mi posición es otra, pues lo siento íntimamente y lo admiro en su excelsitud y grandeza. Me interesaba muy particularmente, amigo de Sándara, conocer cómo concebía usted a Dios; de ahí mi pregunta; una pregunta un poco audaz quizás, mas cuya respuesta me ha satisfecho sobremanera. Honra la grandeza de Dios y, por otra parte, honra a ese súbdito de la Creación hecho «a Su imagen y semejanza», la afirmación de que la verdad, la gran verdad, es accesible a su conocimiento, y es también el camino por el cual habrá de aproximarse a Él. Tal vez no

haya comprendido bien algunas fases de su pensamiento, pero supongo que me brindará usted la oportunidad de aclararlas en una posterior conversación.

—El autor de la pregunta acaba de manifestarse satisfecho, señores —dijo de Sándara, después de responder cortésmente al aludido—; pero desearía, siempre que ello no implicase un esfuerzo para los que me escuchan, se me concedan algunos minutos más para completar mi exposición.

A una señal aprobatoria del director y del público, continuó:

—La simpática relación del inquiridor me ofrece la oportunidad de referirme a un punto que, de otro modo, y por razones obvias, hubiese yo pasado por alto. No me cansaré nunca de insistir sobre la conveniencia de no cerrar el entendimiento a la investigación causal, por cuyo medio hasta el más ateo puede llegar a comprender que no habiendo sido el hombre autor de la Creación, alguien necesariamente debió serlo, alguien que se reservó sabiamente para sí el gobierno de todo el universo. ¡Cuántas veces hemos visto al ateo calarse las «gafas» del escéptico, usadas por Pirrón, y anunciar, con una contumacia a toda prueba, que nada sabe de la existencia de Dios!... Y ello tan sólo porque el Gran Desconocido no se ha hecho presente a su juicio tal como a él se le ocurre que debiera haberlo hecho. Así es, señores; el ateo es a menudo el más fanático de los creyentes: creyente de la deidad que conforma su «yo» personal. Niega la existencia de Dios, pero en el fondo, el coleóptero de la duda le carcome las entrañas... Mas he ahí que, pese al escepticismo de tantos, el Gran Desconocido, a quien con empeño se quiere privar de existencia, es, paradójicamente y en síntesis, la existencia misma de todo cuanto existe; y es deber de la criatura humana sentirlo y comprenderlo, pero a través del

conocimiento, porque sólo por medio de él podrá amárse-lo de verdad, vale decir, conociendo las razones supremas de ese amor que es fuente inagotable de eternidad.

»Me he encontrado en el mundo con muchos ateos y también con muchos creyentes, a quienes he tenido que considerar tan ateos como el que más. A estos últimos los he identificado aun entre los que más se preciaban de creyentes sinceros de la religión que profesaban. En realidad suelen ser éstos los más temibles, porque mientras proclaman a Dios con los labios, execran y niegan ignominiosamente Su Nombre con sus ocultos e innobles proceder. Son ellos los que en todo tiempo armaron el brazo de sus cofrades para herir de muerte a seres inocentes, por la única razón de no coincidir con los pensamientos emanados de sus cultos. Son también los que por esa misma causa escarnecieron a genios, a héroes, a inventores ilustres y a investigadores que llegaron con su ciencia a descubrimientos maravillosos. ¡Cuántas grandes figuras —la Historia lo declara— no sufrieron la más escandalosa porfía y la persecución más despiadada por parte de los dadores de gracias e insufladores de creencias!... En cada benefactor de la humanidad hubo, sin embargo, una chispa divina en eclosión, una superioridad y una grandeza de la cual carecían los enconados creyentes que los acusaban de impíos y de diabólicos y herejes. Prueba palmaria del ateísmo del creyente son los crímenes de la Edad Media y del Renacimiento. ¿No fueron monstruosos engendros de ese ateísmo los que prepararon suplicios y hogueras para destruir y calcinar las carnes gloriosas de tantos mártires que pagaron inocente tributo a la ingratitud humana sustentada por la barbarie? ¿No pertenecieron a la familia de creyentes ateos, siempre recalitrantes, los que falseando el concepto de las doctrinas que decían profesar, negaban con

los hechos a Dios? Por eso digo que el que sólo cree en Dios hace entrega de su alma a quienes lo han de tornar intolerante e intransigente con el prójimo; en cambio, el que lo siente y empeña su vida en aproximarse a Él por el conocimiento, ése sí sabe amar a su prójimo como a sí mismo aunque sus pensamientos no coincidan».

—¡Está usted atacando abiertamente a la religión, como si ella no hubiera cumplido a través de siglos, en forma amplia y ponderable, sus piadosos cometidos con su obra redentora y civilizadora!... —se oyó decir con mal contenida irritación a un señor de edad que, de pie, mostraba a las claras su determinación de marcharse.

Un movimiento de desorden se extendió por la sala, de donde surgían voces de protesta y de aprobación a la vez.

—Señores, no he terminado aún. Ruego, pues, que se me escuche con calma hasta el final —replicó de Sándara, alzando el tono de la voz, que resonó vibrante y bien templada en la sala—. Afirmo que no es mi propósito atacar a ninguna religión, sino invitar a todas a que entren por los fueros de la realidad y se despojen de todo su artificio, sugestión y cuanto ellas mismas saben que no es verdadero, para reencontrarse, si ello es posible, humana y espiritualmente en una comprensión amplia de los altos fines que esperan al hombre y a la humanidad. La verdad es una e indivisible; es lo que fue, lo que es y lo que será. La no verdad carece de esa virtud; no ha sido nunca lo que pretendió ser, ni lo es ni lo será jamás. Mi esfuerzo tiende a poner al descubierto lo falso, la mistificación y el embuste, trilogía esta que resume el pensamiento de la gran impostura. ¿Qué puede temer entonces esta o aquella religión, poseedoras de la verdad, según ellas mismas lo han proclamado? ¿Qué inquietud puede causarles lo que yo diga? ¿Son acaso

mis palabras tan contundentes que esa «verdad» no resiste su influjo? De todas maneras, señores, convengamos en que si Dios nos ha dado el uso de la razón, es para discernir y juzgar con plena noción de nuestra responsabilidad ante el Creador, lo que es justo y verdadero de lo que no lo es. A esta altura de la edad histórica de la humanidad se impone un nuevo tratamiento espiritual para todos los hombres del mundo, y a ese cambio debemos disponernos comprensivamente, porque la misma verdad revelada por Dios, la Creación, nos muestra en sus constantes mudanzas que todo en ella está sometido a permanente transformación. Al ritmo de esa transformación habrá de florecer también en los seres humanos una nueva naturaleza; una naturaleza fuerte, enaltecida por la renovación interna llevada a cabo con toda conciencia. Esto, señores, es lo más grande que la mente y el corazón de los hombres pueden y deben esperar. Los hombres no han de vivir aferrados al pasado, como si se resistieran o temieran lo futuro, lo que ha de venir; ello sería oponerse a la evolución, vale decir, al proceso de la emancipación del espíritu. Entiendo, y con esto cierro mi discurso, que las religiones deben fomentar la unión y no dificultarla con irreductibles intransigencias, y esa unión, señores, podrá lograrse por el acercamiento mutuo y un claro concepto del respeto reclamado por la sana convivencia, unidas todas las religiones y todos los seres en el esfuerzo por alcanzar las altas verdades que al hombre le será dado conocer, experimentar y disponer para llevar adelante el gran proceso de su evolución.

A estas palabras finales siguió un intervalo.

La concurrencia, después de volcarse en el *hall*, sobre el cual el salón abría sus puertas, comenzó a desplazarse por las galerías, encaminándose los más en dirección al bar.

Mientras el director y un nutrido grupo de personas departían amistosamente con de Sándara en una sala contigua al salón, Claudio, momentáneamente impedido de acercársele, conversaba con varios colegas, sin que por ello dejase de pulsar, a través del bullicio que agitaba el ambiente, el efecto producido por las palabras de su amigo. Había, entre aquella distinguida concurrencia, quienes aprobaban sin reservas y quienes se declaraban abiertamente contrarios o deslizaban sutiles objeciones, y había también quienes con prudencia guardaban silencio.

Por último, ambos amigos pudieron reunirse, con la consiguiente satisfacción por parte de Claudio, que ansiaba dar libre curso a sus emotivas impresiones.

Transcurrido aquel intermedio y colmada nuevamente de público la sala, el director anunció que el orador respondería en seguida a la segunda pregunta.

De Sándara, desde el estrado, apoyadas las manos en el pupitre, miraba a la concurrencia con simpatía. Al punto dijo sonriente:

—Señores, se me ha pedido que exprese mi opinión sobre el «eslabón perdido», pero, a mi vez, me veo en la necesidad de pedir que se me excuse si sobre este punto no logro ser muy explícito, pues en verdad jamás me he preocupado mucho de la cola, sino de la cabeza...

Se oyeron risas y un murmullo del público.

De Sándara dio comienzo a su exposición:

—He aquí, sin preámbulos, mi opinión: En el supuesto de que se hubiese llegado a un total acuerdo de que el mentado eslabón existe allí donde algunos científicos han creído hallarlo, y pese al acrecentamiento de pruebas que en ese sentido pudieran futuramente ser reunidas, estimo que ese hecho no habría resuelto el problema de la ciencia acerca de los orígenes del hombre,

pues la tal solución estaría minada por un gran equívoco. Quiero decir con esto que la ciencia habría de verse un día obligada a reiniciar sus búsquedas orientándose por otros caminos. La sola idea de que el hombre pueda descender del mono es un insólito mentís a la creación del ente humano por el Supremo Hacedor. Cuatro son los reinos naturales que integran los seres; lo afirmo pese a las conclusiones a que arribaron las autoridades en la materia, al clasificarlos en tres solamente. Es un error haber incluido al hombre, atendiendo a razones exclusivamente biológicas, en la escala de los irracionales. Existe, sí, un elemento que es compartido por ese reino o, mejor dicho, que es común a todos los reinos; ese elemento es el átomo, pero éste nada tiene que ver con las posibilidades de desenvolvimiento de cada reino y sólo interviene como elemento portador de la energía universal. Debemos considerar que el hombre es el único ser de la Creación capaz de experimentar cambios por propia determinación. Ello explica por qué, mientras la naturaleza cumple a través de ciclos existenciales de muy larga duración su labor de selección de las especies inferiores, la raza humana es particularmente impulsada en sus avances por la ley que gobierna la evolución. Ahora bien, esa ley de evolución, a menudo contenida en el cumplimiento de sus altos objetivos por la ignorancia que el hombre suele tener de sus preceptos, puede llegar a regir su destino con fuerza imponderable. He aquí una prerrogativa que, por ser específica del género humano, tiende una línea divisoria aún más profunda entre el hombre y el reino animal. Ello ocurre en virtud de ese substrato maravilloso denominado conciencia, que sólo él posee, merced al cual es capaz de experimentar transformaciones psicológicas extraordinarias y avanzar sin limitaciones en el camino de su autoperfeccionamiento,

por cuanto es allí, en la conciencia, donde se verifica la evolución del espíritu y donde éste se potencializa.

»El hombre fue creado, pues, con una individualidad propia y dotado de todos los atributos indispensables para evolucionar por sí mismo hacia un fin superior. Tales atributos se concretan en una mente con capacidad retentiva y creadora, en una conciencia donde se registran sus adelantos y se verifican los cambios trascendentales de su evolución y en una facilidad o aptitud para sobrellevar y asimilar las experiencias, filtro psicológico decantador del néctar purísimo del conocimiento que oculta sus lecciones bajo la apariencia material de los hechos, sean éstos excepcionales o corrientes. Los mentados atributos configuran con entera claridad a un ser extraordinariamente conformado, al que anima, además, un espíritu de esencia eterna».

Al llegar a esta parte, uno de los concurrentes, con evidente propósito de sondear el criterio del orador sobre una debatida cuestión metafísica, pidió la palabra.

—Si el espíritu —dijo—, tal como lo acaba usted de manifestar, es de esencia eterna, resulta de todo punto aceptable que la perpetuación de su existencia se realice alternando etapas de vida física y extrafísica. Yo diría, por lo que de sus palabras he podido colegir, que su tesis no está en desacuerdo con la palingenesia.

—Si bien el término empleado por usted tiene una acepción muy amplia en cuanto a la renovación o renacimiento de la vida se refiere, tomaré de ella, para no desviarme del tema, lo que más se aproxime a mi planteo. Así, pues, sin considerar a fondo esa alternación mediante la cual el espíritu perpetúa su existencia a través de consecutivas transmigraciones humanas, me concretaré a un punto que, aparte de su inmediato interés, se halla también más cercano a nuestras posibilidades;

es aquel que concierne al abandono que puede hacer el hombre de una vida durante el período de su existencia en la tierra, para renacer en otra eminentemente superior.

—¿Cómo puede suceder tal cosa sin antes haber muerto? —objetó la misma persona—. Habría que atribuirlo a un milagro...

—Por descontado, no se trata de ningún milagro. Los milagros están reñidos con la realidad, por cuya causa me es imposible dejar de rechazarlos. Una vida puede ser cambiada por otra con sólo quererlo. El hombre que por propia voluntad se desprende de sus viejos y raídos hábitos, confeccionados con prejuicios o miras oblicuas, mezquinas, cerradas a todo discernimiento; el hombre que se desprende de tan embarazosas vestiduras para adoptar las valiosas e indestructibles prendas de una concepción superior que transforme fundamentalmente su modo de ser y por lo tanto su ser mismo, ¿no abandona la vida que se hallaba viviendo para renacer en otra? Tenemos también al que soporta a lo largo de su existencia períodos críticos, de pesares y sufrimientos. Difícilmente atinará éste a marchar en pos de la felicidad, pero, si lo logra, ¿no se sentiría renacer en otra vida, tal la sensación de alivio que proporciona la variante?... Vemos, entonces, que las mutaciones propicias a la evolución espiritual del hombre, sus pasos metódicos en busca de más elevados estados de conciencia, implican breves más positivas supervivencias que el ser experimenta dentro de su presente existencia; ello es tan real que al cabo de algún tiempo cuesta recordar las anteriores formas de ser y de pensar, y hasta resulta imposible volver a las mismas. El hombre, valido de su espíritu, puede cambiar los estados de su conciencia, lo que implica, tácitamente, trocar una vida por otra de

mayor jerarquía moral y espiritual. He ahí por qué pienso que es bueno favorecer tales cambios, ya que aparte del beneficio que a corto plazo reportan, se sabrá lo que puede esperarse del regreso a la tierra tras el viaje de ultratumba... Bien, señores, después de esta breve interrupción, agregaré que si el espíritu humano no tuviese a su cargo la función de recoger todo lo que el hombre realiza en su vida acuciado por las ansias de superarse y de acercarse a las fuentes de la Creación, no tendría razón de existir, ni habría tampoco una razón valedera para que se le haya hecho poseedor de tan admirable equipo psicológico. Habríale bastado ser como los irracionales, que carecen de todos los privilegios que le fueron concedidos a él para su perpetuación.

»Me referiré en seguida a un eslabón verdaderamente perdido o, dicho con más propiedad, ignorado, cuyo hallazgo podría ser altamente beneficioso para el género humano. Ese eslabón es el que enlaza al hombre con el Creador; el que lo une a Su Pensamiento, a Su Voluntad. En suma, ese eslabón es el espíritu, sometido al más injusto abandono por parte del hombre, quien pese al espectacular progreso técnico y científico que caracteriza a nuestra época, permanece en el más absoluto desconocimiento de la misión que ese espíritu está llamado a cumplir, no sólo como depositario de la herencia individual que custodia a través del tiempo y como ente superior capaz de iluminar la vida humana encauzándola hacia un destino más a tono con sus grandes prerrogativas, sino como agente de cohesión con el mundo metafísico, que es su mundo, en donde vibra de continuo la palabra creadora de Dios.

»No se trata, pues, de buscar, hurgando la cola, conformaciones óseas que denuncien nuestro posible nexo con los simios. Insisto que por ese lado, aun cuando mu-

cho se osara proclamar el hallazgo de los orígenes del hombre, habría de reiniciarse la búsqueda. Vano empeño es, en verdad, encontrar la huella que atestigüe nuestro enlace con el supuesto congénere aprisionado en los zoológicos. En el más aceptable de los casos, ese vínculo del cual tanto se habla estaría reflejado en el afán poco edificante de enraizar al hombre en la tierra en vez de elevarlo a las alturas; aunque, encarando el asunto con un poco de humor, también podría esperarse que un día se logre dar en el clavo con sólo achacar el tan desdoloroso parentesco, antes que a razones de ascendencia atávica, a la inveterada costumbre que tienen algunos hombres de imitar y de copiar.

«Al considerar que, en principio, lo que ha de preocupar más hondamente al hombre es el descubrimiento de ese eslabón que ha de unirlo con Dios, no está en mí el propósito de disminuir el mérito de los esforzados paleontólogos, dedicados a encontrar justo acomodo a sus hallazgos, pues no admite desmerecimiento alguno el noble afán que aspira a conectar los hilos trancos de la Historia y a disipar el misterio que rodea a la vida humana en sus albores».

—Ha mencionado usted un eslabón cuya existencia no determinaría el origen del hombre, sino su destino —expresó con mucho interés uno de los presentes—. Le agradeceré una breve aclaración.

—No ha de ser difícil, pienso, inducir que a la verdad hemos de llegar ascendiendo hacia ella; buscando los puntos de conexión en línea ascendente, de donde se proyectará la luz que habrá de revelarnos el secreto de ese origen. A la crisálida humana debe interesarle esencialmente la mariposa, no el gusano. No obstante, diré que partiremos de un punto cierto si convenimos que el hombre tuvo su origen en un pensamiento nacido

en la mente del Creador, puesto que allí cobró expresión todo lo que existe. En el principio, su imagen arquetípica hubo de plasmarse en estado de espíritu, luego, del mismo modo que ocurrió con los minerales, los vegetales y los animales al tomar éstos forma física, tuvo que ocurrir con el hombre, a quien Dios concedió, además, prerrogativas excepcionales como la de sobrepasar por medio del conocimiento los límites de su esfera física y humana. Pero, repito, lo fundamental a mi juicio debe ser el descubrimiento de nuestro destino y no el de nuestro origen, pues nada ganaríamos con encontrar lo último si descuidamos lo primero. Que el devenir nos halle, pues, empuñando tenazmente el cetro de nuestro reinado interior, como corolario de una lucha tenaz y constante en procura del bien y la verdad que entraña nuestra existencia. Nada más, señores.

Aplausos y felicitaciones premiaron al orador, a quien amigos y simpatizantes rodearon durante largo rato, algunos con evidente propósito de obtener aclaraciones. Sin substraerse a ello, de Sándara pudo, no obstante, evitar que se prolongase más de la cuenta su permanencia en el club.

Era la una de la mañana cuando ambos amigos, tras recorrer a marcha regular las calles quietas y silenciosas que conducían hasta su residencia, se apeaban alegremente del coche llegados a destino.

Ya dentro de la casa, entretuviéronse todavía un rato charlando, mientras tomaban un ligero refrigerio que ellos mismos se sirvieron.

Claudio, satisfecho y jovial, discurría con su amigo explayándose a placer, aunque sin el menor asomo ya de aquel entusiasmo desmedido con que su incipiente de

antes lo caracterizaba, alucinado con la idea de fáciles conquistas que luego la realidad no confirmaba.

—Estoy seguro —le decía— de haber echado esta noche por la borda algunos arraigos dogmáticos que andaban dentro de mí, ¡quién sabe desde cuándo!; y todo a cambio de un mayor abultamiento de mis alforjas mentales. La verdad es que desde mi venida a México cuentan ellas con un volumen de valores positivos muy acrecentado, del que me propongo obtener bastante provecho.

—No lo dudo, amigo Arribillaga, ni he esperado nunca de usted otra cosa —repuso aquél, acompañando sus palabras con una mirada que confortó a Claudio hondamente por la confianza que traslucía.

En seguida agregó:

—Todo es obra de los conocimientos con los cuales está usted familiarizándose, los que constituyen un poderoso estímulo para poner en hora el reloj de la vida y encarar lo futuro sin la rémora del retraso espiritual.

A continuación se puso en pie; y como si quisiera infundir mayor aliento aún en el alma de su amigo, palmeándole un hombro con afecto, le dijo:

—Probablemente dediquemos parte del día de mañana a hacer un prolijo repaso de eso que guarda usted con tanto celo en sus alforjas...

Con andar muy cuidadoso para no turbar el descanso de los que dormían, subieron ambos la escalinata que conducía a la planta alta, donde se separaron para dirigirse cada cual a sus habitaciones.



Deleitaban a Griselda los momentos vividos en compañía de Mariné, intercambiando pensamientos y dando al entendimiento y al juicio la oportunidad de ampliarse y robustecerse con el trueque.

Mas rara vez los acaeceres felices transcurren sin que alguna causa, aunque pequeña, pretenda romper su continuidad. Esos mismos días Griselda consignaba en su diario, dejándolo allí como una constancia de los vaivenes que suele sufrir el ánimo bajo el imperio de sugerencias engañosas, los efectos penosos que le acarrea el figurarse pospuesta a Claudio en la atención que recibía del señor de Sándara. Le agradaba que su marido fuese objeto de tan abundantes dispensas, pero la asaltaba el temor de quedar rezagada. Sufría en silencio al ver a su preceptor dedicado, poco menos que de continuo, a ilustrar y ayudar a aquél en el perfeccionamiento de su espíritu.

Se le hacía extraña la presencia en sí misma de esas dos posiciones contrapuestas. Siempre había alentado a Claudio, y ahora, creyéndolo rutilar en alturas para ella aún lejanas, no podía apartar de sí el pesar y la incertidumbre respecto de su situación, que la envolvían como el capullo envuelve a la crisálida.

No le fue sin embargo difícil poner fin a ese conflicto al recordar, tras empeñosa búsqueda de una explicación, que el pensamiento promotor de ese trastorno debía descubrirlo en su propia mente. Al instante, un cúmulo de imágenes esclarecedoras invadió el ámbito de sus ideas, cual palomas mensajeras hasta entonces recogidas en ocultos nidos.

La reflexión, al despejar el cielo de su entendimiento de las nubes que lo oscurecían, la condujo gradualmente a ubicarse en otro ángulo, desde donde podía hacer consideraciones más atinadas. Todo se le apareció entonces, al variar de enfoque, absolutamente natural y explicable.

Ambos, él y ella, no estaban llamados a afrontar en la vida iguales luchas ni experiencias, ni estaban tampoco idénticamente conformados ni destinados al mismo fin. Lo que a ella, como mujer, la naturaleza le había prodigado con creces dotándola de una sensibilidad que por el conocimiento tornábase altamente receptiva, a él se lo otorgaba en menor grado en razón de su vigorosa estructura varonil, llamada a batirse en la ruda lucha por la vida poniendo en juego las fuerzas concedidas a su particular condición humana. ¿Por qué no pensar entonces que por otra vía, la de sus dotes naturales, su entendimiento podía alcanzar comprensiones que, ajustadas a sus funciones femeninas, serían para ella tan provechosas como las que su marido estaba recibiendo directamente del señor de Sándara? Tenía muchas pruebas ya de que tal cosa era absolutamente posible, y le bastó sólo recordarlas para que su alma rebo-sara de paz nuevamente.

Pensó luego en Claudio, situándolo muy por encima de ella. ¿La contrariaba ese supuesto? No; jamás podría anidar en su corazón tal mezquindad. Además, aparte de regocijarla la idea de sus triunfos, sabía que la superioridad de él le facilitaría el acatamiento y respeto que como esposa le debía.

Inclinada sobre su pequeño escritorio, Griselda repasaba las carillas sobre las cuales acababa de escribir aquel bello episodio de su intimidad. Finalmente, dulcificado su rostro por una tenue sonrisa, consignó con mano firme: «Después de este fecundo acomodo de mis ideas, ¿por qué no pensar también que algo muy bien calculado por el señor de Sándara pudo haberlo llevado a relegarme en sus atenciones?... En tal caso, la estratagema tuvo éxito, y a ella debo agradecer, sin duda alguna, la ventura de agregar una comprensión más a las muchas que he podido reunir en este diario».

Días después, restándoles ya poco tiempo de permanencia en México, Griselda observó que nunca había experimentado con igual rigor el efecto de ciertas verdades que pugnaban por abrirse paso en su mente. Dudas, indecisiones, inquietudes, cerníanse sobre ella creándole un incómodo abatimiento del que ansiaba liberarse cuanto antes. Más de un prejuicio que presumía desaparecido había vuelto a aflorar en sus razonamientos, entorpeciendo sus juicios. En efecto, la asimilación de esas verdades, ahora quizás menos distantes que nunca de su entendimiento, por caras que fueran a sus aspiraciones la sumían en estados de perplejidad.

Cuando decidió confiar a Mariné tales inseguridades, ésta le respondió:

—Eso que te ocurre, querida mía, no debe preocuparte. Es una simple derivación de las grandes transiciones que se operan en el interior de nuestro ser, mientras avanzamos en pos de los cambios que queremos introducir en nuestra psicología.

—Tengo entendido, sin embargo, que no debo permanecer al margen de tales cambios...

—Es cierto, Griselda, pero también debemos saber que en tanto ellos se promueven, podemos no ser en todo momento conscientes de esos movimientos; por consiguiente es natural, o normal, que a veces nos veamos sorprendidos por el choque de los elementos que allí entran en juego, entre los cuales podemos observar, como está ocurriendo en ti ahora, la presencia de modalidades o adherencias de composición varia que, aún no del todo anuladas o desplazadas como pensábamos, reaccionan y se manifiestan intempestivamente en actitud de rechazo o resistencia.

—Será para darnos a entender que todavía no se han extinguido, ¿verdad?... —expresó Griselda, suavemente.

—Desde luego...; mas tú conoces demasiado bien lo que de nuestra parte corresponde hacer.

—Salta a la vista, entonces, que mis dificultades provienen de pensamientos no identificados, que sin duda me acosan para confundirme y hacer tambalear mis decisiones.

—Pese a ello, no debemos temerles; sobre todo si tenemos presente que nuestra conciencia se adapta automáticamente a lo que somos capaces de ofrecerle.

—Expícate...

—Quiero decir, Griselda, que conforme al número de conocimientos que logramos confiarle, nuestra conciencia nos procura sin demora todos los recursos necesarios al feliz cumplimiento de nuestros fines.

—¿Y tú piensas que en ese sentido tendré éxito?

—¿Por qué no he de pensarlo, si en la práctica te has conducido siempre tan bien?

—Lo que acabas de decirme sobre la conciencia lo he confirmado infinidad de veces; por eso pienso, Mariné, que sin perder más tiempo deberé empeñarme en un prolijo análisis crítico de mi situación interna. Podré determinar así, tras un bien meditado cotejo, las ventajas que me reportaría un oportuno cambio de posición; pues ¿cómo habrá mi conciencia de corresponderme en forma que convenga a mis merecimientos, si continúo distrayéndome con devaneos que me entretienen sin objeto?

Requerida por Cristina, que aquel día guardaba cama por un ligero resfriado, Mariné debió dejar unos instantes a Griselda. Ambas se hallaban esa tarde en una pequeña sala de estar, contigua a la habitación de la anciana, y en ese mismo momento se disponían a compartir la merienda.

Vuelta Mariné, una nueva pregunta de Griselda reinició el diálogo:

—¿En qué medida piensas tú que la mujer debe prestar su aporte a los propósitos u objetivos perseguidos por su marido?

—¿En qué medida?... ¡Oh!, eso se establece por natural gravitación de las circunstancias, ¿me entiendes?

—Creo que sí... Has querido decir que la preocupación de la mujer en tal sentido encuentra su cauce y se resuelve conforme al grado de eficiencia con que colabora en los empeños y afanes del esposo. ¿No es así?

—Exactamente. Cuando se marcha por un mismo camino, un camino que, como el nuestro, es senda de verdad y de perfeccionamiento, tú sabes que el entendimiento entre uno y otro propende a ampliarse y a ser también más efectivo. Lo que corresponde es aprender juntos la tarea de atenuar los desacuerdos y las dificultades procedentes de cualquier desnivel de comprensión. La armonía entre ambas partes no se hace esperar; y esa armonía es tanto más firme y duradera, te aseguro, cuanto mayor es el ánimo que impulsa a prodigarse en esa ayuda.

—Pero lo ideal es que el marido supere en evolución a la mujer, ¿no te parece?

—¡Figúrate!... Si quien nos da su nombre nos brinda también, aparte de su amor, su experiencia y saber, la comunión de espíritus tenderá a hacerse más rápida y perfecta en virtud de lo que representa para nosotros esa ayuda y de la correspondencia que nos sentimos movidas a prestarle; pero cuando ello no ocurre, o cuando el caso es a la inversa, el buen entendimiento puede tener asimismo cabida en el matrimonio y la armonía alcanzar estabilidad, siempre, como es natural, que sepamos ajustar inteligentemente nuestra conducta a las circunstancias.

—Me es fácil comprenderlo, Mariné; sin duda porque me favorecen las experiencias vividas en mi matrimonio.

—¡Claro!...

—Me gustaría conocer también otra opinión tuya, siempre que no te parezca abusiva, Mariné.

—De ningún modo, querida. Habla con amplitud.

—Pues yo me he preguntado algunas veces, mientras observaba tanto a la mujer soltera como a la casada en el desempeño de sus respectivas funciones, si el matrimonio no confiere a esta última mayores ventajas en sus afanes de superación.

—En lo que se refiere a la evolución no creo que ese estado le acuerde ninguna. Casada o soltera, la mujer puede rivalizar en sus esfuerzos y seguir la línea del conocimiento trascendente, cuya luz no es retaceada a nadie.

—¿Y qué podemos pensar de aquellas que no dan con tan valiosa tutela?

—Que tendrán que guiarse por sus propias inspiraciones hasta encontrarla.

—No lo pongo en duda, Mariné. Claudio y yo hemos sido realmente afortunados al encontrar en la vida quien nos brindara tales conocimientos y sus correspondientes explicaciones, para no equivocarnos en la interpretación de los arcanos que se ocultan en ellos.

—En el peligro de errar estribaría, justamente, la necesidad ineludible de ser guiados.

—Conozco bien, Mariné, lo difícil que resulta trascender las experiencias que el perfeccionamiento nos impone aun en los casos en que contamos con esa guía; por eso jamás se me ocurriría pensar en la posibilidad de lograr sin ella algo efectivo. ¿Cómo podríamos por ejemplo, llegar a establecer la relación que existe entre nuestro mundo interior y el mundo del espíritu, si esto requiere crear antes

la capacidad de apreciar esa relación por sí mismo? Esto nos dice muy a las claras que es necesario desarrollar una aptitud en principio inexistente, para lo cual es forzosa la presencia de alguien que nos enseñe a ejercitarla. A propósito, Mariné, ¿me equivoco si pienso que esa relación entre ambos mundos comienza a manifestarse con cierta evidencia cuando experimentamos dentro de nosotros algo así como un renacer feliz, en instantes que cobra en nosotros nuevo aliento la necesidad de superar todo lo que de nuestra vida nos es conocido?

—Estás en lo cierto, Griselda. Es entonces cuando comenzamos a tener idea de cómo se conectan los dos mundos. De lo que vemos y aprendemos mientras mantenemos contacto con nuestro mundo interno podemos comprender, ya por analogía, ya por deducción o intuición, muchos pequeños misterios que se encuentran semiocultos en las adyacencias del maravilloso mundo que progresivamente nos es dado contemplar; vale decir, conociendo los secretos que nos reserva el primero, descubrimos el segundo. Sólo internándonos dentro de nosotros mismos es posible conocer a nuestro propio espíritu; y la conciencia que alcancemos de su realidad y poder nos ayudará a abrírnos paso y a marchar serenamente por la más hermosa de las sendas.

—La apreciación de estas cosas nos permite comprender por qué el mundo incorpóreo de la realidad ideal es desconocido entre los hombres y casi sistemáticamente negado y hasta menospreciado.

—Se carece de un claro concepto sobre el particular, naturalmente, y ello aleja toda posibilidad de alternar en los dos mundos y satisfacer los reclamos y las exigencias de las dos naturalezas que los conforman. Para disfrutar de esa prerrogativa es imprescindible despertar

la conciencia a esa realidad, y sabemos, Griselda, que eso requiere el concurso, único en poder y en ciencia, de los conocimientos que presiden su alumbramiento. Quienes niegan tal posibilidad incurren en muy lamentable error.

—Habrás observado, Mariné, que muchas personas creen que uno se aparta total y deliberadamente de las costumbres corrientes para formar rancho aparte.

—Tú sabes que eso es tan incierto como absurdo. Los que así piensan, querida, desconocen sin duda que nosotros, aparte de vivir como los demás, los aventajamos en mucho, porque aprovechamos ese tiempo que ellos pierden por no tener cabal noción de su valor, para comportarnos como lo exige la promoción a un pensar y un sentir más vastos.

Griselda, agradada por el efecto que le producía aquella charla, exclamó:

—¡Cuántos momentos felices nos proporciona el noble afán de superarnos y cuánta fecundidad trasluce el ánimo mientras nos preparamos a enfrentar todo quehacer con buena disposición y alegría!... Es evidente que las virtudes mismas se nutren en este esfuerzo constante por enaltecer la vida mediante el renuevo de nuestras energías y el aquilatamiento de nuestras calidades.

—Perdona que te haga descender de alturas tan eminentes, mi querida Griselda —interrumpió Mariné, sonriendo ante el entusiasmo de su amiga—. ¡Casi no has comido!... ¿Te sirvo otra taza de té?

—¡Oh!... ¡Tienes razón! Me he distraído conversando. Sírvemela nomás.

Griselda siguió en silencio los movimientos de la joven. Mariné acababa de hacer palpitar en su alma verdades profundas, que el entendimiento de ésta había

asimilado mientras sondeaba con particular habilidad mental los densos y heterogéneos elementos que configuraban psicológica y esencialmente su vida. A raíz de ello, las más halagüeñas sugerencias acudieron en tropel a su mente, entremezclándose con el recuerdo de su hijita. ¡Oh, qué bella labor esperaba a su corazón de madre! ¡Poder guiarla con el acierto de la verdad dentro de un mundo en el que imperaban la confusión y el desvío!

Las dos jóvenes reiniciaron su diálogo, que esta vez se deslizó hacia motivos hogareños, y de allí, al intercambio de algunos pareceres acerca de la fiesta celebrada la noche antes en la casa de una amiga íntima de Cristina, a la que todos habían asistido.

La voz de la señora de Landívar les impidió continuar, llamándolas desde su alcoba.

—¡Cómo se ve que mejoras! —le dijo cariñosamente Mariné, acercándose con Griselda al lecho de la enferma.

—En efecto; los remedios me han hecho bien; pero mejor me hará la compañía de ustedes.

—Y te aliviará de la tiranía de este encierro. ¡No tienes temperamento para estarte tan quietecita y sola!

—Cuando es necesario me adapto, sin embargo. ¡Y bien que lo soporto!

—¡Nadie dice que no! Eres muy juiciosa, mamá Cristina. Lástima que anoche, sintiéndote un poquitín resfriada, no renunciases a la fiesta.

—Fue una pequeña tentación... ¿Pero saben ustedes que me siento más aliviada?

—¡Cuánto me alegro!... —exclamó Griselda, con espontaneidad.

—¿Quieres acomodarme un poco las almohadas, Mariné? Y arrégrame, por favor, estos cabellos tan desordenados.

—Te pondré lindísima en seguida.

Cuando Mariné hubo terminado esa tarea, que cumplió con diligencia y ternura, Cristina respiró con agrado y premió a su protegida ponderándole su bondad.

—¡Quién sabe si soy tan buena como dices! —protestó la joven—. Has sido para mí más que una madre y justo es que yo aspire a ser para ti más que una hija.

Luego, sentándose al borde del lecho, agregó:

—Si te repones pronto, como lo espero, serás de la partida en un paseo que estamos proyectando.

—Será el paseo de despedida —añadió Griselda.

—¡No me hablen de cosas desagradables!

—¡Es que ya no lo son, mamá Cristina!

En efecto. El proyecto anunciado en Buenos Aires no tardaría en ser puesto en práctica. Los esposos de Sándara, y con ellos Cristina, trasladarían muy pronto su residencia a la Argentina, en cuya capital habían nacido y vivido largos años. Tiempo ha que alentaba de Sándara el propósito, acuciado por el anhelo de intensificar en ese país la difusión de sus conocimientos.

—¡Lástima que tengamos que abandonar esta casa tan llena de recuerdos!... —exclamó Mariné.

—Para todos será muy sensible desprendernos de ella —dijo la señora de Landívar, después de un suspiro—; pero, aparte de los motivos que nos deciden a dar este paso, debemos pensar que la vida va experimentando ya tales transformaciones que lo prudente es decidirse por otro tipo de vivienda.

—Sin embargo —observó Griselda—, oí decir al señor de Sándara que en Buenos Aires construirían una igual.

—No, querida —se apresuró a aclarar Mariné—; lo dice, y aun lo haría, pensando que yo podría no conformarme; pero mamá Cristina tiene muchísima razón: de-

bemos ponernos en consonancia con los cambios de todo orden que caracterizan nuestra época.

Hubo allí una pausa, que Cristina interrumpió muy pronto para preguntar:

—¿Adónde iremos de paseo?

—Eso es todavía un secreto —le respondió Mariné con aire juguetón.

—Bueno, bueno... Alguien más complaciente que tú ya me lo dirá —dijo Cristina, haciendo un guiño a Griselda.

Al rato Mariné y su amiga abandonaban la habitación, no sin que esta última deslizase al oído de Cristina la respuesta que esperaba.



Un afecto sincero y una alegría sin par presidía la estancia del matrimonio Arribillaga en el hogar apacible y querido de los de Sándara.

Claudio continuaba instruyéndose en la difícil ciencia del saber trascendente, cuyas proyecciones evolutivas se le ofrecían como metas imponderables. Ya no cabía duda de que el flamante recipiendario, dominadas las oscilaciones de su juicio, iba acercándose cautelosa pero irresistiblemente a los umbrales de ese mundo, en cuya atmósfera augusta el espíritu humano se siente en su elemento.

Desde su prudente posición de observadora, Griselda asistía con tierna emoción al desenvolvimiento acelerado de los cambios que se iban operando en el alma de su esposo. Percibía cómo los pensamientos de éste, agilitados a través de una internación más profunda en el estudio,

convergían promisoriamente al iluminar su inteligencia en actos positivos de su voluntad. Diríase que obraba allí la influencia del espíritu con claro sentido de la realidad. Era evidente que Claudio, después de trasponer los peldaños de la mediocridad, triunfaba en su decisión de escalar la simbólica montaña de la Sabiduría, la más alta de todas las metas deseadas por el hombre, para cuya ascensión es preciso descender primero a las más profundas e ignoradas regiones del mundo interior humano.

El asombro crecía en uno y en otro a medida que penetraban en las adyacencias de ese orbe incorpóreo, tantas veces intuido o imaginado por la inquieta mente humana. Las imágenes que la fantasía del hombre había diseñado sobre el prometido Paraíso de los buenos, iban siendo suplantadas por la presencia de una realidad inefable que las sobrepasaba en grandiosidad y belleza. Había amanecido para ellos una nueva existencia; una existencia que era constante alumbramiento. ¡Cuán lejano el viejo tiempo, cuando exprimían días y años en la vacuidad de una vida infecunda para el espíritu!

Griselda sentíase ahora muy estimulada. En momentos en que confiaba al señor de Sándara su admiración ante el panorama que la vida iba abriendo progresivamente a su paso mientras se dedicaba a escrutar sus secretos, éste habíale dado a entender que tal hecho respondía a la germinación de un proceso mental puesto en marcha dentro de su conciencia. ¿Sería posible?... ¿La simiente del saber, que en las mentes sin fecundidad permanece estática, había, en verdad, germinado en la suya? ¡Oh, cuán dulce era saberlo!

Embriagada por tanta felicidad, Griselda se propuso mantenerla indefinidamente. Sabía que una de las claves del éxito consiste en conservar las alegrías que el alma experimenta, pues agotarlas en los extremos dichosos equi-

vale a perder los incentivos que han de acompañarnos en forma permanente.

Bajo la sensación del triunfo, remitió su pensamiento al examen de las calidades que en mayor grado se había visto precisada a cultivar. «La paciencia —se dijo mentalmente— es una admirable virtud; una virtud que siempre nos regala la dicha de no haberla ejercitado en vano. En cuanto a la perseverancia, no cabe duda de que es otro factor de suma importancia para llevar adelante nuestros planes. La perseverancia es como un gran filtro depurador de nuestros esfuerzos, que nos permite aprovechar los verdaderos valores de nuestra voluntad, con lo cual adquiere solidez el pensamiento encargado de realizar los propósitos que concebimos en las horas de inspiración».

En esa progresiva iluminación que el saber iba operando en Claudio y Griselda, nuevas formas de comprensión se insinuaban en sus mentes proyectándose, ora sobre las que deberían ser allí reemplazadas, ora sobre las que yacían olvidadas o inmóviles, a fin de activarlas. Ambos encontraban en esa renovada afluencia de imágenes más de un motivo con que animar la intimidad de sus diálogos.

En el transcurso de aquellos memorables días, el recuerdo de los pensamientos que habían poblado sus mentes en los albores de la niñez acudió a ellos y, sobre ese punto, intercambiaron conclusiones.

Partieron del hecho cierto de que todas las criaturas humanas son atraídas durante la infancia por el mundo del espíritu; atracción que se define por los frecuentes y curiosos tratos que los niños mantienen con los personajes que pueblan y alegran su pequeño mundo mental, y que se manifiesta por la influencia que el espíritu de cada cual ejerce sobre las facultades del tierno ser que anima, en particular sobre su imaginación.

Ellos mismos habían comprobado como el esplendor de aquellas primeras imágenes iba palideciendo al llegar la adolescencia, para dar paso a las que avivan el fervor de los entusiasmos en esa edad en que la ilusión enciende sus luces y a sus reflejos despiertan extrañas y seductoras ideas seguidas de penosos desalientos, pues la imaginación, huérfana de gobierno, se engaña a menudo en sus raptos quiméricos al tomar como ciertas las figuras que por instantes el espejismo refleja en las estepas mentales de la inconsciencia.

Encauzados los pensamientos en esa dirección, Claudio y Griselda coincidieron en sus juicios al pensar que existía una correlación entre las imágenes que la fantasía proyectaba en sus mentes de niños y los secretos del mundo superior que la inteligencia del hombre descubre alumbrada por el conocimiento. Dedujeron que era ésa una correlación más aparente que real, pues si bien en ambos casos la tónica mental excedía los límites habituales, los dos eran no obstante de índole antagónica. Sabían que en el primero obraba la facultad de imaginar sin el freno de la razón, imprimiendo sobre la delicada pantalla mental del niño un sinnúmero de imágenes, vinculadas muchas de ellas a episodios de su pasada existencia, de las cuales, convertido ya en adulto, conservaba, más que el recuerdo, las impresiones poco precisas que solían perdurar a través de toda la vida, quizás con manifiesta intencionalidad; en el segundo, la exploración era llevada a cabo con conocimiento y firmeza, y de ese mundo metafísico o superior se extraían los más valiosos elementos para la formación consciente de la sabiduría humana.

A través del citado enfoque no tardaron en arribar a la conclusión de que esa influencia del espíritu, manifiesta en la infancia, retraíase al llegar a la pubertad, razón por la cual debería el hombre buscarla con empeño hasta

tomar nuevamente contacto con ella. Su valioso concurso le permitiría vincularse a las realidades del mundo metafísico, donde las ideas y pensamientos, como entidades autónomas, servían al gran propósito de la evolución consciente.

Unidos en esa armónica y estimulante convivencia que les era dado disfrutar ahora, los protagonistas del drama que un día se había insinuado pretendiendo cubrir de tristeza el cielo de la dicha familiar, hallábanse a salvo de las comunes disensiones que, eslabonándose unas con otras, bloquean inadvertidamente la voluntad de sus descaminadas víctimas y las arrojan sin remedio por la pendiente de males irreparables.



Había transcurrido un tiempo no muy largo desde que Claudio se había dejado arrebatarse tan belicosa como irrazonablemente por los incontenidos impulsos de su naturaleza; no obstante, contaba ya con la mejor credencial para aspirar a la consideración de su preceptor. Y aunque de vez en cuando volvían a su mente aquellos mismos pensamientos que antes le provocaban vacilaciones y luchas, como así también episodios varoniles que a modo de reminiscencia pretendían resucitarle su propensión a la aventura, nada de eso tenía ya fuerza en él, antes bien, le servía para comprobar el dominio logrado sobre la intemperancia de sus viejas debilidades. En realidad, su proceso habíase definido tan inesperadamente que ni tiempo había tenido de hacer un análisis a fondo de los acontecimientos que habían intervenido en su aceleración.

Así se lo manifestó a de Sándara, en uno de los ratos que pasaban juntos:

—Tengo la certeza de haberme situado en un punto que hasta hace poco era todavía inescrutable en la trayectoria de mi evolución... No sé, en verdad, señor de Sándara, cómo expresarle lo que siento por tanto bien recibido de usted.

—El bien que hacemos, amigo mío, no es más que el oro espiritual que ahorramos colocándolo en el Banco Universal de la Justicia Eterna, allí donde se registran los créditos y las deudas de cada ser humano.

—No pienso que haya esfuerzo humano mejor remunerado.

—Así es, efectivamente, pero siempre que ese bien represente un valor como contribución al proceso evolutivo de la humanidad.

Oyéndolo, siento que cobran volumen mis empeños por acrecentar esos ahorros y dar holgura a mi exiguo haber espiritual... Espero que ello no habrá de serme difícil, ahora que ya no corro el riesgo de defraudarme a mí mismo con la creencia de un futuro de bienaventuranza que pueda concedérseme sin merecerlo.

—Las llaves del cielo, amigo mío, y la inmunización contra las faltas acumuladas a lo largo de la vida no las obtendremos, por cierto, a cambio de una incondicional sumisión a creencias que nutren tan engañosa esperanza. Nadie puede intervenir en lo que es privativo de nuestra conciencia y, mucho menos, tomar para sí la responsabilidad de nuestros actos para sacudirlos al viento y librarlos de sus graves consecuencias. Las gracias o mercedes gratuitamente concedidas a quienes enajenan su voluntad bajo la presión de tan voluminoso absurdo, sólo existen en la imaginación de los que en ello confían.

—Celebro sus palabras, señor de Sándara, y estimo que nos es ineludible el deber de alumbrar el entendimiento de los que alientan tales esperanzas sin haber podido librarse del daño que con ello se ocasionan. No hay placer más sentido ni mejor ganado que el proveniente del bien que hacemos a nuestros semejantes; un bien que yo extendería hasta el último de los seres que pueblan la tierra.

De Sándara, en cuyo rostro se traslucía la aprobación con que acogía las palabras de Claudio, espontáneas y sentidas, puntualizó:

—Un bien que sólo es tal cuando se apoya en ese espléndido quehacer que extiende de alma a alma, de semejante a semejante, la influencia de verdades altamente poderosas, que emancipan el espíritu de los hombres de toda opresión mental.



¡Cuánto había ganado Griselda en el corazón de Claudio, que la admiraba viéndola marchar a su lado sin vacilaciones, con amor y prudencia imponderables!

A menudo pensaba en lo mucho que la había hecho sufrir cuando aún se debatía en las tinieblas de la incomprensión, empujado hacia los placeres del mundo por el impulso frenético de las pasiones. ¡Cuántas promesas echadas a rodar por la pendiente del olvido! El pesar que tantas veces lo había acosado, devolvíasele hoy su conciencia piadosamente transformado en la sublimidad de un afecto más tierno y más puro, nunca por él sentido. Juzgábase

doblemente culpable al recordar que ni aún cuando se precipitaba en el vacío de la embriaguez sensual había dejado de tener presente a Griselda en el lugar más puro de su alma. ¡Cuántas veces el recuerdo de su amor inocente le había evitado una caída! En tales trances había sentido como si unas cuerdas invisibles, bajando hacia él desde lo alto, le ciñeran el cuerpo y lo elevaran suspendiéndolo y balanceándolo suavemente en el espacio hasta que sus plantas volvían a posarse de nuevo en el suelo firme. Tras ello acudía al encuentro de Griselda, buscando en la dulce tibieza de su corazón refugio para el suyo, maltrecho y perseguido por el peso de las faltas que lo afrentaban. No había sabido leer en los ojos de su esposa la explicación del drama que él vivía, que también era el drama de ella. Dolorida y sufriente, ésta le curaba sin embargo las heridas morales con el bálsamo de su ternura, reservada únicamente para él. La contemplaba ahora, después de haber dejado atrás la procelosa etapa de sus yerros, desde una posición a la que temió no poder llegar nunca, confirmando con alegría que el alma de Griselda había traspuesto, igual que la suya, los límites de la pequeñez elevando su vuelo hacia las cumbres donde el espíritu humano anhela ascender siempre.

Una tarde, hallándose en su alcoba, en torno acaso de tales recuerdos debía de andar su pensamiento, a juzgar por la ternura con que atrajo a sí a Griselda, que se le había acercado buscando su proximidad.

Muy pronto una tierna plática, en la que asomaba ese férvido entusiasmo que parece brotar de las entrañas mismas de la vida, los cautivó.

—Tengo a menudo la sensación, Claudio, de haber encimado varios años de mi vida, comprimidos en el escaso tiempo de mi evolución; tal es la fuerza y la intensidad de lo vivido en ese lapso de alternativas y experiencias fe-

cundas que hoy veo culminar en una verdadera apoteosis de íntima felicidad. ¿Sabes en qué pienso?

—¿En qué?

—En algo que tiene mucho que ver con lo que desde tiempo tú y yo venimos experimentando. En este momento lo vivido se me aparece con tal claridad que podría decir que es recién abarcado en su totalidad por mi pensamiento. Es como si un diáfano rayo de luz, penetrando libremente en las sombras que ocultan el más allá, se proyectase con plenitud sobre uno de los secretos que sólo se abren, a modo de cerradura combinada, al que descubre su clave.

—Tal acontece, Griselda querida, cuando las densas sombras que la ignorancia tiende sobre el entendimiento, son ahuyentadas por el esfuerzo tenaz del que ha aprendido a esperar la claridad sin inmutarse. Cuéntame ahora lo que tanto alegra en este instante tu corazón.

—Tú sabes, Claudio, cuánto se exige comúnmente de la vida sin concedérsele nada o, en el mejor de los casos, una que otra satisfacción.

—Es cierto; se busca extraer de ella toda clase de ventajas para colmar halagos y pueriles antojos, sin tener presente que debemos realizar lo que ella nos demanda en obras y en conducta.

—No se miden ni tiempo ni expensas, y hasta se llega a comprometer la salud en empeños egoístas, pasionales o efímeros. Eso se produce, lo sabemos perfectamente, porque predomina la atracción de lo material; pero he ahí que también cuando despierta en nosotros ese sentido superior que se abre como flor en nuestra conciencia, solemos comportarnos con el mismo autoritarismo, buscando codiciosamente los placeres del espíritu y el logro de venturas a corto plazo, con exigencias de que todo se nos otorgue con creces por el mero hecho de haberle con-

cedido un interés particular. A esos extremos nos conduce la falta de adaptación a los dictámenes de la realidad que comienza a regirnos... Felizmente, la vida misma, movida por ese sentido superior que se ha despertado en nuestra conciencia, reacciona con toda nobleza y nos reclama tiempo, dedicación, constancia, abnegación y altruismo a trueque de aquello que habrá de ofrecernos no bien vayamos conquistando lo que en esencia contiene. A partir de allí sabemos muy bien lo que sucede; aparecen los primeros conflictos internos agravados poco o mucho por nuestra incompreensión, de los que salimos airoso unas veces y apabullado o maltrecho otras. Únicamente cuando ceden las resistencias que nos oponen los pensamientos materialistas, aquellos que a menudo hemos mimado y hasta endiosado; cuando caen los viejos conceptos, degenerados a veces en prejuicios recalcitrantes, únicamente entonces comenzamos a movernos con mayor independencia y a sentirnos también más seguros dentro del medio que la vida, elevada por nuestro propio esfuerzo, nos brinda generosa y espontáneamente. Tras ese importante cambio, el mundo de antes, en el que vivíamos sujetos a las miras mezquinas de nuestras ciegas ambiciones, desaparece, encontrándonos de pronto como si hubiéramos nacido en otro, encantador, maravilloso... ¿Verdad que es ésta la sensación que se experimenta?

—Así es, querida; y así, como lo acabas de describir, se produce también la extraordinaria transubstanciación mental y anímica que se opera en nosotros en tanto perdura el proceso depurador de nuestras deficiencias psicológicas.

—Los dos hemos estado sujetos a estas variantes que señalan las primeras etapas de nuestra emancipación mental consciente. De no ser así, yo no hubiese podido describírtelo ni tú comprenderme en la medida que lo haces.

En seguida, a instancias de una emoción que a lo largo de esos días la embargaba, mientras saboreaba el fruto exquisito de sus conscientes empeños, Griselda expresó entusiasmada:

—¡Cuánta belleza nos reserva este camino, Claudio, tan incierto al principio y tan seguro como luminoso después!... Pienso que el recorrido que en tan breve tiempo hemos cumplido es enorme... ¿no te parece?

—Enorme en la trayectoria de nuestra presente existencia, has dicho muy bien; mas sabemos que esa enorme distancia es tan sólo un punto en la inmensurable extensión de este camino.

—¡Es cierto!...

—Habrás observado, Griselda, que después de mucho andar y mucho pensar hemos aprendido al fin a apreciar la magnitud del problema del ser humano desde el punto de vista de su ascensión consciente a los estrados de la excelsa Sabiduría.

—¡Oh, sí!... Lo hemos aprendido mientras avanzábamos buscando empeñosamente dentro de nosotros mismos la explicación de tantos hechos y aconteceres de la vida. Es ésa una explicación que muchos buscan fuera, tratando de penetrar en la vida de los semejantes, sin tener en cuenta que esos semejantes no están todos a igual nivel de evolución ni tienen tampoco idénticas inquietudes ni similitud en sus posibilidades mentales y sensibles, como no tienen las mismas deficiencias ni los mismos estados internos de carácter psicológico.

Calló Griselda, mas al punto, posando en Claudio la mirada de sus grandes ojos, en los que se transparentaba su alma clara y limpia, expresó:

—Tú sabes, Claudio, que siempre he anhelado para ti lo que a mí misma me he prometido, sin conocer, ésta es la verdad, que existieran dentro de nosotros posibilida-

des a tal punto sorprendentes y tan próximas al contacto de nuestras manos. Hoy eres como yo íntimamente he anhelado que fueras. ¡Calcula, amor mío, con cuánta gratitud mi pensamiento se vuelve hacia todo lo que contribuyó a que se realizaran mis anhelos!

Un sollozo, expresión inigualable de la alegría que el corazón experimenta en su intimidad mientras se inclina reverente ante la majestad de la Divina Providencia, siguió a las palabras de Griselda.

—Ahora se me revela —dijo enjugando sus lágrimas— el significado de aquel sueño que tuve hace tiempo, ¿recuerdas?

Claudio, tan conmovido como ella, la estrechó en sus brazos.

Allí entre las exquisitas ternuras del afecto, agradecieron a Dios la dicha de sentirse indisolublemente unidos, y una vez más, como homenaje a Su Excelsa Bondad, consagraron el pensamiento de que Él presidiera siempre las alegrías y las fiestas que la vida les deparase.

Pasado aquel momento de emoción, Claudio no pudo contener estas palabras, que Griselda acogió sonriente:

—Si debiera expresar con exactitud lo que siento, diría que alcanzan hasta el fin de nuestros días los favores con que hemos sido colmados. Mas tú, querida mía, ¡cuánto contribuiste a ello, alentándome y ayudándome a lograr esta culminación que yo llamaría el triunfo de la claridad sobre las sombras, de la luz sobre la ceguedad del entendimiento y del espíritu sobre el instinto!

En el rostro de Claudio asomaba la satisfacción de haber brindado a Griselda tan dulce resarcimiento.



Atardecía. Una temperatura deliciosa desprendíase del seno fluente de la naturaleza, suavizando los rigores del avance otoñal. Ebel y Mariné, reunidos con sus amigos en el jardín de la casa, gustaban al aire libre de tanta benignidad. Sobre ellos, un cielo encendido aún por los reflejos del sol que se hundía en el ocaso, era como un traslúcido cendal que parecía señalar la frontera divisoria de la tierra con las altas regiones del espíritu.

Bajo su apacible influencia, Claudio y Griselda lo contemplaban por instantes, acaso con la emoción recóndita que se experimenta frente al eterno misterio.

De Sándara, reclinado sobre una cómoda hamaca, fumaba plácidamente un grueso habano.

Tal vez por efecto de un comunicativo deseo todos permanecían poco menos que en silencio. Una que otra frase, expresada seguramente con el propósito de interrumpir tanta quietud, se había apagado sin hallar eco.

En ese agradable suspenso, cuán variadas e interesantes imágenes desfilaban por la retina mental de unos y de otros. Claudio, quizás el más adentrado en sí mismo, complaciase en recordar el acierto con que había sido guiado hacia ese mundo del cual lo separaba al principio una oscuridad impenetrable. Esa oscuridad la habían creado los ojos de su entendimiento, cerrados por el prejuicio, la vanidad, la intemperancia y cuantas fallas psicológicas les son afines. El temor de abrirlos, de ver proyectarse la luz de ese mundo sobre las profundas oscuridades de su alma y sobre el bagaje de sus faltas, había eclipsado su razón más de una vez; pero siempre la oportuna intervención del señor de Sándara, o algún auxilio a él vinculado, lograron evitar a tiempo que sus caídas lo dañaran, hasta que un día, apurando el paso, acostumbróse a mirar sin recelos la diáfana claridad del amanecer espiritual. Claudio lo tenía presente en esos

momentos en que experimentaba el inenarrable placer de haber encontrado las claves de su propio enigma, el mismo que cada criatura humana debe descubrir en las espesuras de su vida cuidando no extraviarse, por ser zona totalmente desconocida para el entendimiento común.

Rompiendo la quietud, de Sándara expresó en ese momento unas palabras que sacaron a Claudio de su abstracción:

—¿En qué piensa, amigo mío?... ¿Reminiscencias, tal vez?

—Efectivamente; reminiscencias —respondió éste, agregando—: No sé si podré olvidar, señor de Sándara, los movimientos de resistencia con que mi naturaleza inferior se opuso a mis primeros esfuerzos por substraerme a ella. Desconocía en aquel tiempo mi propia realidad y, consecuentemente, eran débiles mis esfuerzos por contenerla.

—¡Es tan lógica esa rebeldía del instinto!...

—¡Oh!, ciertamente. Después de sentirse mimado durante tanto tiempo no se somete así no más a una severa abstinencia.

—Como usted sabe —continuó de Sándara—, las neuronas se resienten, aunque momentáneamente, por el inesperado tratamiento sedante impuesto a las fibras nerviosas, después de habérselas mantenido en tensión al servicio de funciones instintivas.

—Lo cual ocurre cuando la naturaleza superior comienza a accionar mediante la articulación psicológica de una nueva línea de conducta.

—Exactamente; es entonces cuando el hombre se da cuenta al fin de que no es lo mismo ser sirviente que amo, aunque los dos vivan en el mismo palacio; y también cuando se convence de que saldrá siempre ganancioso si en toda oportunidad sirve a sus propósitos

de mejoramiento, en vez de servir al juego de las circunstancias que el azar maneja caprichosamente a sus expensas.

—Al principio —expresó Griselda—, nuestras condiciones son tan extremosamente precarias que no es fácil evitar los intempestivos virajes de nuestros afanes; el propio conocimiento no se ha enriquecido aún con el aporte de las experiencias en esta nueva forma de vivir y sólo se tiene acerca de lo que se persigue como meta una vislumbre intuitiva que a menudo perdemos de vista por las mismas oscilaciones en que nos debatimos.

—Sí; pero convengamos —señaló de Sándara, ampliando el concepto— en que todo eso desaparece cuando el hombre se compromete seriamente con la idea de cambiar su vida por otra que intuye magnífica. A partir de ese instante dejará ya de cortejar las seductoras vidas que halagan a esa naturaleza inferior, a la cual hemos estado aludiendo.

Claudio intervino, repitiendo lo que entendía de las anteriores palabras:

—Al mencionar usted esas vidas interpreto que se ha referido a la variedad de conductas inspiradas por nuestras pasiones o debilidades, las que nos absorben mucha parte del tiempo que debemos dedicar al enriquecimiento intelectual y espiritual de la vida que ha de sernos más cara.

—Así es, Arribillaga; de la vida que nos demanda el privilegio de ser soberana en nuestros sueños y vigili-
lias, ya que para eso nos ofrece su inigualable emporio de satisfacciones. Para los que se dejan cautivar por la falacia de los sentidos y ceden a los hechizos de la vida ligera y voluptuosa no hay exorcismo que valga contra sus encantamientos. Las pasiones encadenan al hombre a la roca de la adversidad, y como éste no es de la estirpe de

Prometeo, difícilmente halla al Hércules que lo libere de los buitres que acechan su lento suplicio.

Quizás nadie comprendiera como Claudio las anteriores palabras, que, llegándole muy adentro, le permitían mirar los cuadros que de Sándara describía como acontecidos en lejana época; más aún, sentía que ya no volvería a ser el protagonista de tales escenas. Sabía además que todos los episodios vividos por él no habían sido meros efectos de la casualidad, y que a veces, aun a pesar suyo o resistiéndose, había no obstante avanzado en las etapas de ese proceso psicológico que ahora culminaba despertando en él las mismas sensaciones que experimentan los que después de fatigosa búsqueda hallan un tesoro o ven premiados sus esfuerzos con el hallazgo de algún descubrimiento.

Llegado hoy a ese punto sentía, con el consiguiente deslumbramiento ante la realidad soñada, o sea ante su sueño convertido en realidad, la responsabilidad de la posesión y su obligación de adaptarse a la nueva existencia. Las puertas que se abrían para mostrarle el secreto de codiciados arcanos no se movían al azar. No; él mismo, con su propio esfuerzo, las había hecho ceder después de sobrellevar durante tiempo las vicisitudes de un proceso interno que, madurado en su conciencia, le otorgaba las aptitudes exigidas por el lúcido trance que estaba atravesando.

—Podría afirmar —le expresó Claudio a de Sándara, llegando ya al término de aquella reunión— que nada de cuanto he leído o escuchado respecto de la vida superior es comparable a lo que he comprobado, experimentado y comprendido en el transcurso de estos últimos meses. Sin la inapreciable orientación brindada por usted, señor de Sándara, nada o muy poco es lo que yo habría podido obtener; la inexperiencia y la inconstancia atentan de continuo contra nuestros mejores pro-

pósitos, y si a ello agregamos los inconvenientes de la duda y las flaquezas del carácter, no es difícil suponer el peligro que corre nuestra voluntad de zozobrar en medio de fuertes tormentas morales. ¡Con qué placer inmenso contemplo la distancia cubierta, afirmado en la inexpugnable fortaleza de mis convicciones! Se ha dicho que el dinero llama al dinero, como la gloria llama a la gloria; mas no podemos olvidar que se necesitan primeramente las luchas, los esfuerzos, desvelos y afanes para que esos bienes vengan a nosotros, y no como tantas veces lo pretende la candidez o la inconsciencia humana, que quiere alcanzarlos tan sólo mediante un fervor no exento de egoísmo. Mi vida, señor de Sándara, pertenece ya a la generación de espíritus que siguen la ruta de la emancipación psicológica y mental del género humano. Me ha hecho usted vislumbrar cosas maravillosas del mundo prometido a los limpios de corazón y entendimiento, a los que poseen el don de la ubicuidad, a los que sin dejar esta tierra viven acaso siempre en los excelsos dominios de ese mundo; y digo esto como una ofrenda de gratitud a la Providencia, que ha guiado mis pasos hasta este invulnerable peñón de señorío, desde el cual evoco humildemente el desarrollo histórico de los acontecimientos que forjaron mi destino.

De Sándara, que había seguido atentamente el pensamiento de Claudio, le tendió la mano sin decir palabra.

Nada más adecuado a la circunstancia que el silencio. Su finísima malla dorada nimbó ese tributo de la espontaneidad a las verdades que lo inspiraban.

De Sándara expresó al cabo:

—Para ser justo, amigo Arribillaga, deberé agregar a las tuyas algunas palabras. Su esposa, sin que su destino le haya deparado similares trances, ha superado notable-

mente mis previsiones y, a decir verdad, cuenta hoy en su haber con numerosos elementos de valor, que la enaltecen a los ojos de esa misma Providencia a que usted aludiera. Su privilegiada capacidad sensitiva le ha permitido captar la verdadera onda que transmite al corazón humano los dictados inviolables del conocimiento, y en obediencia a ellos orientó su conducta, invariablemente digna, hacia el ideal perseguido, sin claudicar nunca frente a las situaciones difíciles, confiando sólo en la pureza de sus sentimientos y, como antes dije, en su privilegiada sensibilidad.

—Gracias, señor de Sándara... Eso es más de lo que merezco —manifestó Griselda, con voz velada por la emoción.

—Después de este feliz instante, pasemos adentro. Allí brindaremos porque los días futuros sean como perlas llenas de dicha, que iremos enhebrando en el collar de nuestra vida.

Y así, con el mejor de los auspicios, fue aproximándose a su fin aquel día inolvidable.



Claudio Arribillaga había absorbido con verdadera fruición los elementos de juicio con que de Sándara, casi hasta los últimos instantes de su permanencia en México, procuraba equiparlo para su mejor actuación futura. Receptivo, y además apto para asimilar cumplidamente tales elementos, se complacía en apreciar la profundidad de las nuevas explicaciones con que aquél lo ilustraba sobre el mecanismo constructivo de determinados conocimientos,

los cuales, una vez incorporados al dominio de su inteligencia y mediante su concurso, le permitirían establecer con exactitud las dimensiones de cada objetivo que se trazase y su relación con sus posibilidades efectivas.

Sabía distinguir claramente, entre ese fecundo caudal de recursos tendientes a activar sus aptitudes cognitivas, aquéllos que utilizaría para ampliar la capacidad creadora de su mente y los que le servirían para aumentar el poder de su voluntad y el de su resistencia viril para soportar sin desmayos ni vacilaciones las severas pruebas que, en mayor o menor grado, y sin exclusión, el hombre se ve precisado a afrontar en la vida.

Fortalecido en alto grado su espíritu, sentíase con acrecentadas fuerzas para emprender el regreso a su patria y continuar allí los estudios y las investigaciones de la noble ciencia del conocimiento metafísico. Estaba resuelto, ahora más que nunca, a ocupar un puesto de avanzada en esa gran gesta emancipadora del espíritu humano emprendida por de Sándara, para lo cual contaría con la importante colaboración de sus amigos y la no menos valiosa de Griselda, ya que ella sería un auxiliar principalísimo por ser parte esencial de su felicidad y la de cuantos lo rodeaban. Había aprendido al fin a marchar por los caminos de este mundo sin extraviarse, e iniciado al mismo tiempo el recorrido de ese Gran Camino que tiene por meta las máximas realizaciones humanas, esto es, la explicación de la propia vida, la elección del propio destino, el reencuentro con el espíritu, alejado del hombre desde los tiernos años de su infancia, y, finalmente, dominando la ciencia del saber trascendente, el servir a la humanidad con sabiduría, paciencia, tolerancia y prudencia. Ejercitándose en el supremo arte de enseñar la verdad, conociendo los tiempos en que maduran los frutos del simbólico árbol del saber, esperando con inteligencia

ese tiempo, Claudio experimentaba la felicidad trashumana de sentirse iniciado en los misterios de la más alta de las ciencias, la del conocimiento trascendente, que abre, cual llave maestra, las puertas que dan acceso al mundo invisible de las concepciones universales: el Mundo Mental de la Creación.

En vísperas de la partida, y encontrándose todos nuevamente en amable tertulia, de Sándara, a raíz de algunas actitudes melancólicas provenientes de la misma circunstancia, expresó:

—Aunque las despedidas siempre conmueven nuestra sensibilidad, estimo que los alejamientos bajo el signo del aprecio y la amistad resultan altamente beneficiosos. Nos hacen pensar y recoger en nuestro recuerdo hechos y detalles que, por ser valiosos, compensan en mucho los hábitos del trato asiduo. Las ausencias, cuando son promesas de nuevos encuentros, sirven para afianzar los lazos del mutuo afecto, como el que nos reúne hoy para rubricar con un hasta pronto el momento de nuestra despedida.

Y con ánimo de dejar impreso en las mentes de sus amigos algo que les haría pensar mucho, agregó:

—Como recomendación final he de referirme a una verdad que quisiera se grabe en ustedes muy profundamente.

Poniendo de por medio una pausa, continuó:

—La vida humana obedece irresistiblemente a las oscilaciones de su péndulo evolutivo. Ese péndulo sufre la influencia magnética de dos partículas lingüísticas, expresión de dos fuerzas antagónicas que se arrojan y disputan el imperio de los sucesos que jalonan el destino de la criatura humana: el monosílabo «sí», signo adverbial de afirmación y emblema a la vez de bien y de felicidad; y el monosílabo «no», signo de la negación, que ensambla, confundiendo sus designios, la adversidad, el

infortunio y la desesperanza. Cuando, como dos sílabas, el «sí» y el «no» se juntan en híbrido connubio; cuando gobiernan alternativamente la vida en proceso monótono e intrascendente, forman la palabra «sino», sinónimo de fatalidad. He ahí el fin de todos los que no saben forjar para sí un destino mejor doblegando la influencia del «no» y triunfando sobre él para que la vida se convierta en una permanente afirmación de cuanto de noble, excelso y grande existe en la mente y en el corazón del hombre. Todo ser humano, aun sin saberlo, vuelca sus afanes en lograr la posesión de esa codiciada sílaba como corolario de cada deseo, de cada aspiración u objetivo. Es ella la nota musical que el hombre espera oír de la mujer amada, y es también ella quien preside la alegría y provoca las gracias y el júbilo con que celebramos los pequeños y grandes acontecimientos de nuestra vida. Lo contrario acontece con el «no», cuya tétrica presencia se refleja en la tristeza y el llanto que empaña nuestras pupilas, como expresión de la felicidad o del bien negado a nuestros corazones. Para aumentar el volumen del «sí», que es, a la postre, la fuerza vital de la que se nutren nuestras esperanzas, y disminuir el del «no», que nos oprime y anula, debemos trabajar sin descanso en perfeccionar la obra de nuestra vida; en perfeccionarla de tal manera que eso mismo nos permita repartir a manos llenas la felicidad y el bien conquistados por nosotros.

Cuando al día siguiente el avión en que viajaban desplazábase por las alturas rumbo al sur, Claudio y Griselda recordaban, mezclados con sensaciones inolvidables, los momentos pasados junto a aquellos seres en cuyas almas se espejaban sus vidas, dignas del respeto y el afecto de cuantos disfrutaban de su amistad.

La voz convincente, clara y afectiva que había derramado tan generosamente sobre ellos el caudal de su sabi-

duría, seguiría vibrando en la intimidad de sus almas, con el recuerdo imborrable de los días pasados en aquel insospechado oasis de ensueño que habían conocido en México: el hogar del señor de Sándara.

EDICIONES LOGOSÓFICAS

UNA NUEVA FUENTE DE SABER AL SERVICIO DE LA HUMANIDAD

Aprender Logosofía es conocer una técnica nueva para encarar la vida con auspiciosos resultados. Hacia esa finalidad conduce el pensamiento expuesto en las *ediciones logosóficas*, al alcance de cuantos quieran experimentar su eficacia.

Ellas responden a un plan de reeducación del espíritu concebido por la sabiduría logosófica para que el ser humano penetre triunfalmente en los arcanos de su existencia y descubra la verdad, incontrovertible e inobjetable, de cuanto le interesa conocer sobre sí mismo y el mundo metafísico.

Los libros logosóficos no deben leerse de corrido, sin dar lugar a la reflexión, porque se pierde de ellos lo substancial, o sea la asimilación de sus valiosos contenidos. Valiéndose de diferentes géneros literarios, explican y esclarecen las enseñanzas que constituyen parte del cuerpo principal de la Logosofía, a fin de que el lector que siga con interés el desarrollo de los mismos compruebe cómo los conocimientos logosóficos se complementan entre sí y abren, una tras otra, las puertas que dan acceso a las fuentes mismas del Saber.

SEDES CULTURALES DE LA FUNDACIÓN LOGOSÓFICA EN EL MUNDO

ARGENTINA

Ciudad de Buenos Aires

Av. Coronel Díaz 1774 - Palermo
Tel.: (+54) (011) 4824-4383 / 4822-1238

Av. Cabildo 811 - Belgrano
Tel.: (+54) (011) 4772-1252

Buenos Aires

Alvear 630 - Piso 2° 10 - Quilmes
Tel.: (+54) (011) 4224-5678

Matheu 3360 - Mar del Plata
Tel.: (+54) (0223) 15-497-4262

Córdoba

Sucre 373 - Ciudad de Córdoba
Telefax: (+54) (0351) 421-6597

Entre Ríos

9 de Julio 23 - Paraná
Telefax: (+54) (0343) 431-2303

Santa Fe

Santiago 710 - Rosario
Telefax: (+54) (0341) 425-8610

Mendoza

Olascoaga 730 - Ciudad de Mendoza
Telefax: (+54) (0261) 429-2520

Jujuy

Balcarce 340 - Piso 1° Of.: 2 - Ciudad de Jujuy
Tel.: (+54) (0388) 422-4787

Salta

20 de Febrero 166 - Ciudad de Salta
Tel.: (+54) (0387) 401-0731

BRASIL

Distrito Federal

SHCG/NORTE - Quadra 704
Área de Escola - Brasília
Tel: (+55) (061) 3326-4205

ESPAÑA

Barcelona

Comptes del Bell-lloc, 133 - Entlo. 4º - Les Corts
Tel: (+34) 93 490 21 72

ESTADOS UNIDOS

New York

304 Park Ave. South, 11th Floor
New York, NY 10010
Tel: (+001) (212) 590-2307

Florida

2640 Hollywood Blvd., Suite 112
Miami - Hollywood, FL 33020
Tel: (+001) (954) 894-0936

MÉXICO

México

Huatusco, 35 Planta Alta - Colonia Roma Sur
Tel: (+52) (5) 5584-6836

URUGUAY

Montevideo

Av. 8 de Octubre 2662 - Gerardo Grasso
Tel.: (+598) (2) 480-0710

Nueva Helvecia

Luis Dreyer entre Colón y Guillermo Tell.
Tel.: (+598) 099 948 552 / 099 524 445 /
094 406 021

Paysandú

Bolívar 1251 Esq. Montecaseros - Paysandú
Tel: (+598) 72-33403 / 72-41849 / 72-26289

Salto

Tel: (+598) 73-33512, 073-21841

VENEZUELA

Caracas

Av. Libertad, entre Palmas y Acacias
Ed. YETESA, Of.: 1-B1 - La Florida
Tel: (+58) (212) 882-5579

Consulte por otras Sedes Culturales en el mundo en: www.logosofia.org